

Universidad Autónoma de Madrid

Facultad de Derecho

Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales

**El impacto de las prácticas digitales en la racionalidad neoliberal:
un análisis a partir de sus criterios rectores.**

Tesis para optar al grado de Doctor presentada por:

César G. Ruvalcaba Gómez

Director de Tesis:

Fernando Vallespín Oña



Programa de Doctorado en Derecho, Gobierno y Políticas Públicas

Madrid, Noviembre 2020

Agradecimientos

En *“La montaña mágica”* de Thomas Mann, Hans Castorp llega a Berghof -casi ocasionalmente- para quedarse ahí siete años. En aquella cumbre suiza, lejos de lo que le era familiar, abstraído de lo inmediato y desprendido de la rutina, empieza a comprender el mundo desde otra perspectiva. Dentro de un sanatorio en reclusión, por fin encuentra la pausa necesaria para permitirse ser verdaderamente libre y así reflexionar sobre su vida y su historia. Es precisamente esa distancia, aquel espacio imprescindible que Sócrates necesitó para pensar reposadamente en la justicia, desde casa de Polemarco en el Pireo, condición de posibilidad fundamental para reconocernos en toda dimensión... así, mi Berghof fue el Departamento de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales de la UAM; mi Pireo, Madrid.

Gracias a Fernando Vallespín Oña, director de mi tesis por su generosidad y por el arte con que conjuga la libertad creativa del alumno y su genio inspirador; conduce sin coartar.

A Alberto Castellanos por su inagotable amistad y por hacerme parte de un proyecto de vida. A Ricardo Villanueva y Raúl Padilla por permitirme alcanzar objetivos, por su consejo y su talante. Gracias también a mis amigas y amigos que no son ni muchos ni pocos, solo los mejores. Seguiremos caminando.

Finalmente, gracias a mi familia: a Edgar y a Julio que son chingones; a mi Madre y a mi Padre que son los que siempre estuvieron, los que están y los que estarán sin regateos ni condiciones; a Marianita por centrarme e inspirar; y a Alexis por ser mi compañera en la batalla y, como dice Benedetti, mi amor, mi cómplice y todo... simplemente, gracias.

Resumen

Esta investigación constituye un esfuerzo por analizar el impacto de las prácticas digitales contemporáneas en la reproducción y diseminación del neoliberalismo en tanto racionalidad específica. Se trata de emplear la digitalidad como rendija de observación para indagar sobre la relación que existe entre la intensificación de las prácticas digitales, los procesos de subjetivación y la reproducción de los criterios que fundamentan la racionalidad neoliberal.

¿Es posible que las prácticas digitales estén contribuyendo a consolidar y expandir el proyecto neoliberal a lugares inimaginables y velocidad inédita? A pesar de la presunta diversidad, ¿no se estará erigiendo la sociedad más homogénea en la historia de la humanidad, en la medida que existen criterios y premisas básicas compartidas como razón global? La hipótesis que subyace en las siguientes páginas es que la intensificación de las prácticas digitales no ha servido para subvertir las bases de la racionalidad neoliberal, sino que por el contrario, la ha profundizado y expandido de una forma más ágil y efectiva hasta garantizarla como razón global.

Para conducir este análisis se establecen dos estrategias principales de observación: 1) la revisión de las características y la funcionalidad de las plataformas digitales, en tanto estructuras reproductivas de las relaciones de poder que inauguran nuevas formas de subjetivación; y 2) la identificación, conceptualización y operacionalización de una serie de criterios que se consideran fundamentales para el desarrollo de la racionalidad neoliberal. De esta forma se intentan relacionar ambos fenómenos, reflexionar sobre su afectación dialéctica y concebir sus potenciales consecuencias.

Abstract

The current dissertation constitutes an effort to analyze the impact of contemporary digital practices on the reproduction and dissemination of neoliberalism as a specific rationality. On regards to these, the present work uses digitality as a slit for observation to inquire about the relationship that exists between the intensification of digital practices, the processes of subjectivation and the reproduction of the criteria that base neoliberal rationality.

Is it possible that digital practices are helping to consolidate and expand the neoliberal project to unimaginable places and unprecedented speed? Despite the presumed diversity, isn't the most homogeneous society in the history of humanity emerging, to the extent that there are shared basic criteria and premises as a global reason? The hypothesis underlying the following pages is that the intensification of digital practices has not served to subvert the foundations of neoliberal rationality, but on the contrary, it has deepened and expanded it in a more agile and effective way to guarantee it as a global reason.

To conduct this analysis, two main observation strategies are established: 1) the review of the characteristics and functionality of digital platforms, as structures that reproduce power relations that inaugurate new forms of subjectivation; and 2) the identification, conceptualization and operationalization of criteria that are considered fundamental for the development of neoliberal rationality. In this way, an attempt is made to relate both phenomena, to reflect on their dialectical involvement and to conceive their potential consequences.

Índice

Agradecimientos	1
Resumen	2
Conceptos preliminares	8
<i>Primera Parte. Racionalidad, neoliberalismo y digitalidad: la expansión de una razón global</i>	
1. Digitalidad y neoliberalismo: dialéctica de una racionalidad	12
2. Objeto de estudio y preguntas de investigación	17
3. Marco teórico e hipótesis	22
4. Estructura de la investigación	28
5. Alcances y limitaciones	32
5.1 Covid-19: la incógnita	35
<i>Segunda Parte. Tecnología y política: la digitalización de una relación histórica</i>	
1. Sobre la relación entre tecnología y política	39
1.1 Tecnología, poder y relatos en el Estado Moderno	41
1.2 De la industrialización a la digitalización ¿estamos ante una cuarta revolución industrial?	46
1.3 Condiciones compartidas en las coyunturas <i>inter-revoluciones</i>	47
2. Revolución digital: contexto de emergencia y desarrollo	51
2.1 Condiciones de posibilidad al arribo de la era digital	53
2.2 División de la estructura temporal en etapas de análisis	59
2.3 Web 1.0 Características y primeros debates	62
2.4 Web 2.0 Una revolución dentro de la revolución	66
2.5 Plataformas digitales interactivas	72
3. El impacto de las prácticas digitales	78
3.1 Aproximación a las plataformas interactivas	87
3.2 La experiencia de <i>Facebook</i> como ejemplo ilustrativo	92
3.3 Conceptos y debates contemporáneos de la digitalidad	97
3.4 Análisis sobre tendencias y efectos de las prácticas digitales	102

Tercera Parte. Subjetivación digital: análisis de las prácticas digitales

1. Definición y dimensiones específicas de análisis	112
1.1 Como estructuras reproductivas de las relaciones de poder	113
1.2 Como modelo de negocios productivo	117
1.3 Como estructuras de subjetivación dinámica	124
2. Procesos de subjetivación digital	130
2.1 Las prácticas digitales como objeto de estudio	133
2.2 Condiciones constitutivas de las prácticas digitales	135
2.3 Sobre el impacto político de las prácticas digitales	155
3. Desmitificando las plataformas digitales	179

Cuarta Parte. Nacimiento de un dispositivo biopolítico digital

0. Introducción	186
1. La vida a través de dispositivos	189
1.1 El dispositivo como criterio epistemológico	191
1.2 Biopolítica y poder como premisas disciplinares	194
2. El dispositivo de Foucault: una estrategia para pensar el poder	200
2.1 Apuntes sobre el dispositivo	202
2.2 Una fuerza disciplinar sofisticada	205
2.3 Operacionalizando el dispositivo	208
3. La digitalización del dispositivo biopolítico	216
3.1 Nuevas fronteras de análisis	218
3.2 Un dispositivo perfeccionado y global	231
4. La diversidad de lo igual	246
4.1 ¿Fragmentación o nueva homogeneidad?	249

Quinta Parte. Racionalidad neoliberal en tiempos digitales

0. Introducción	254
1. Genealogía de la racionalidad	256
1.1 Antecedentes y condiciones de posibilidad: la razón como premisa	258

1.2 Racionalidad y algunos conceptos equiparables	260
1.3 Delimitación conceptual: la racionalidad como práctica	272
2. Neoliberalismo 3.0	274
2.1 Del Liberalismo al neoliberalismo: secuelas de dos guerras	275
2.2 Características observables en el neoliberalismo	283
2.3 Rupturas fundamentales	286
3. Racionalidad neoliberal: conceptualización y prácticas específicas	297
3.1 Delimitación del concepto de racionalidad neoliberal en función de esta investigación	298
4. Límites y alcances de la reproducción de la racionalidad en lo digital	304
4.1 ¿Las prácticas digitales como herramienta subversiva o reproductiva?	307
4.2 La paradoja de la “ <i>diversidad</i> ” en lo homogéneo	310
4.3 Prácticas límite	319
4.4 Corolario	323

Sexta Parte: Los criterios rectores de la racionalidad neoliberal: delimitación conceptual

0. Advertencias preliminares	327
1. Análisis de la forma específica de diseminación discursiva en las prácticas digitales	328
2. Criterios rectores de la racionalidad neoliberal	331
2.1 Distinción y delimitación conceptual	334
I. <i>Capital Humano</i>	335
II. <i>Meritocracia</i>	353
III. <i>Competencia</i>	361
IV. <i>Participación política y gobernanza</i>	374
3. Bases para un análisis empírico	396

Conclusiones	399
---------------------	-----

Bibliografía	411
---------------------	-----

Lista de Tablas y Figuras	433
----------------------------------	-----

Anexo. Operacionalización de la racionalidad neoliberal: un aparato teórico para el análisis cualitativo.

1. Descripción de la Herramienta	437
2. Matriz de criterios, preferencias y prácticas de la racionalidad neoliberal	440
3. Recomendaciones metodológicas	455
3.1 Sobre el cuestionario	455
3.2 Sobre el método de administración y el tipo de encuesta	456
3.3 Sobre el universo de la muestra	457
4. Cuestionarios	459
4.1 Intensidad en el uso de Plataformas Digitales	460
4.2 Adopción y reproducción de los criterios rectores de la racionalidad neoliberal.	466

Conceptos Preliminares

Con el objetivo de explicar el uso y significado particular de algunos términos que se emplearán a lo largo de esta investigación, se procede a conceptualizar brevemente las principales ideas que recorren el cuerpo de esta tesis. Lo anterior con el objetivo de dotar de contexto al lector sobre dichos términos y en estricta función de los objetivos del presente análisis. En este sentido, la definición que aquí se otorga es tan solo referencial, puesto que la formulación completa se estará realizando durante las partes que comprenden este trabajo.

1. ***Criterios rectores del neoliberalismo:*** por criterios rectores del neoliberalismo se comprende al conjunto de *ideas-conceptos* que subyacen, impregnan y constriñen todo discurso contemporáneo; es decir, toda institución, régimen de veridicción y práctica que configura el orden establecido. Operan como una especie de principios fundantes de la racionalidad neoliberal y se interiorizan en los sujetos a partir del despliegue de una inédita tecnología de subjetivación digital. Son criterios que actúan como marcos de referencia que, permitiendo toda la diversidad y pluralidad posible, determinan los límites de lo aceptable y lo racional.
2. ***Digitalidad:*** por digitalidad se comprende toda actividad, interacción o proceso que ocurre a través de las plataformas digitales de manera virtual. Se refiere así al conjunto de elementos y condiciones que se desarrollan a través de las plataformas digitales de cualquier tipo, constituidas por comunidades de usuarios que promueven nuevas formas de interacción y gestión de la cotidianeidad. Se utilizará de forma análoga al concepto de prácticas y plataformas digitales cuando se intente mostrar el conjunto de

estructuras y dinámicas de articulación que ocurren en la red. También se utiliza como adjetivo para designar los procesos sociales, culturales y políticos que acontecen en el mundo contemporáneo a partir del fenómeno de la expansión del internet y las plataformas virtuales interactivas.

3. **Dispositivo biopolítico digital:** los dispositivos biopolíticos en esta investigación se comprenderán como estructuras disciplinares consolidadas y articuladas bajo un conjunto complejo de técnicas, discursos y prácticas que *“operan sobre el campo de posibilidad o se inscribe en el comportamiento de los sujetos actuantes: incita, induce, seduce, facilita o dificulta; amplía o limita, vuelve más o menos probable, cancela o permite”* (Foucault, 1988: 15). Es decir, como *“todo aquello que tiene, de una manera u otra, la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivos”* (Agamben, 2011: 257). El adjetivo *digital* consigna la operación de los diversos dispositivos a través de los recursos digitales, inaugurando una especie de *“dispositivo de dispositivos”* que actúa de forma perfeccionada y global.

4. **Plataformas digitales:** el término de plataformas digitales, según el tratamiento particular que se le otorga en este análisis, abarca todo sistema operativo, software o estructura digital programada para ejecutar determinadas tareas a partir de la interoperabilidad virtual. En este sentido, el término de plataforma digital incluirá a las redes sociales digitales, aplicaciones, sistemas bajo demanda y a cualquier otra estructura interactiva que esté alojada en internet y cumpla una función o servicio específico. Sin embargo, desde una perspectiva funcional, las plataformas serán analizadas como una modalidad instrumental para ejercer relaciones de poder

complejas en un contexto virtual.

5. ***Prácticas digitales:*** el término de prácticas digitales se emplea para señalar toda interacción entre usuarios y entidades que ocurre al interior de las plataformas digitales; así como su relación con las condiciones estructurales que las constriñen y en las que se desarrollan. Es decir, toda actividad que se realice de forma virtual y en la que intervenga una plataforma y un sujeto-usuario, constituye parte de las prácticas digitales.
6. ***Racionalidad neoliberal:*** esta investigación emplea el concepto de racionalidad como el conjunto de discursos, instituciones, dispositivos, regímenes de veridicción y prácticas cotidianas que se desarrollan en un momento histórico específico y que determinan el orden social establecido y dominante. Luego, el adjetivo neoliberal se utiliza para señalar una forma de racionalidad dominante en el mundo contemporáneo y que contienen una serie de criterios que determinan el orden político, económico, social y cultural vigente. En todo caso, se desarrolla todo un apartado (*Quinta Parte*) en la tesis para conceptualizar y objetivar esta noción.
7. ***Revolución-Era Digital:*** esta noción alude a la transformación de la tecnología mecánica, eléctrica y análoga en tecnología digital, en concurrencia con una serie de cambios en la informática y el desarrollo de las tecnologías de la comunicación. También expresa una intensificación en el uso y disponibilidad del acceso a Internet, de dispositivos de autoacceso, así como el desarrollo exponencial de plataformas digitales y sus prácticas relativas. Adicionalmente, en este trabajo se adopta una acepción más amplia del concepto que abarca también sus implicaciones políticas, sociales y económicas.

8. *Subjetivación digital*: el concepto de subjetivación se aborda desde la perspectiva particular desarrollada por Michel Foucault y profundizada posteriormente por Judith Butler: como el proceso a través del cual el poder transforma al individuo en sujeto; entendiendo al sujeto desde una doble acepción, como sujeto sometido a otro a través del control y la dependencia y como sujeto atado a su propia identidad por la conciencia o el conocimiento de sí mismo (Foucault, 1988). Por lo anterior, la subjetivación digital se comprende como el resultado de un conjunto de procesos, dinámicas y elementos interactivos que concurren dentro de las plataformas digitales y permiten el surgimiento de nuevos mecanismos de subjetivación a través de sus prácticas.

Primera Parte

Racionalidad, neoliberalismo y digitalidad: la expansión de una razón global

1. Digitalidad y neoliberalismo: dialéctica de una racionalidad

El impacto que ha producido el arribo y la profundización de la *era digital* está dejando grandes transformaciones a su paso que modifican sensiblemente el paisaje sociocultural y político del entorno. Es una etapa caracterizada por cambios profundos en las estructuras institucionales que han dominado el devenir histórico en los últimos tres siglos. Este conjunto de instituciones que garantizan el funcionamiento del Estado y las formas de organización social que se han desarrollado, están transformándose o atraviesan agudas crisis de legitimidad. Los conceptos y las bases epistemológicas que han servido para comprender el desarrollo de la humanidad, parecen hoy insuficientes para dar cuenta de estos inéditos cambios. El mundo tal y como se conocía, y en el que se estudiaron los sistemas políticos, las relaciones humanas o los modelos económicos, ya no es el mismo.

En medio de este interregno, las tecnologías digitales se han incorporado a diversos espacios de la cotidianeidad modificando con ello la naturaleza de las estructuras que las contienen. No existe un solo espacio de la vida que no esté siendo afectado progresivamente con la incorporación de nuevas dinámicas de interacción virtual, reconfigurando así al conjunto de relaciones de poder que fundamentan el orden social establecido. Dentro de esta vorágine de

transformaciones potenciadas por el desarrollo tecnológico, las plataformas digitales ocupan un espacio fundamental como verdaderos *dispositivos* articuladores que propician la interacción social entre personas. Estas estructuras pueden observarse como una amalgama entre dos elementos consustanciales a la vida del hombre moderno: la presencia de la tecnología en las formas de vida y la diversificación de las relaciones sociales.

No es posible afirmar que la digitalidad sea en sí misma el agente determinante de las condiciones actuales del mundo, pero tampoco es posible observar la experiencia global contemporánea sin considerar el efecto transversal de la digitalización. Lo virtual se ha vuelto parte de lo cotidiano y las nuevas tecnologías ya no son tan nuevas. Estamos frente a un proceso de interiorización gradual pero sostenido de asimilación de la tecnología digital en cada espacio de nuestra experiencia vital y lo digital ya se presupone en sí mismo (Ippolita; Lovink, G.; Rossiter, N, 2017).

En esta dinámica, se están registrando nuevos fenómenos que se originan o se potencian en el terreno de lo digital, pero que trascienden a la cotidianidad material y la afectan sensiblemente. Es decir, las plataformas digitales se han convertido en un nuevo espacio de interacción, comunicación y difusión de la conversación pública; pero no son espacios simples y neutrales que propician la comunicación interactiva, sino que se erigen como verdaderos dispositivos capaces de reestructurar los discursos contemporáneos y producir un tipo de sujeto (usuario) específico. Como señala Foucault *“la producción y la circulación de elementos del significado tiene como objetivo, o como consecuencia, ciertos efectos de poder”* (Foucault, 1988: 12). Pero, ¿qué tipo de sujeto es posible a través de la digitalidad? ¿qué clase de criterios y principios están siendo reproducidos e interiorizados gracias a la formidable potencialidad de las plataformas digitales?

¿cómo y en qué medida afectan estas novedosas dinámicas de interacción virtual al orden social establecido? ¿qué tipo de presión ejerce la digitalidad en la democracia liberal y representativa? Y sobre todo, ¿será la digitalidad un instrumento de transformación de la racionalidad neoliberal¹ o una inédita herramienta para su profundización?

Sobre estas cuestiones se revela el telón de fondo que enmarca esta investigación: el auge del proyecto neoliberal en tanto racionalidad práctica. Partiendo de la idea de que el neoliberalismo no es ni una ideología plenamente coherente, ni un conjunto de prácticas armonizadas, sino más bien una serie de criterios y principios límite que impregnan cada espacio de la vida, se desarrolla la idea de racionalidad neoliberal como racionalidad dominante en el presente. Para evitar la abstracción meramente conceptual, este trabajo propone establecer un análisis de los criterios rectores que constituyen los márgenes, los límites y los constreñimientos que determinan sus prácticas institucionales y sus relaciones sociales, con el objetivo de dotarlo de referencias claras para su comprensión.

Neoliberalismo y digitalidad se retroalimentan y se reconfiguran mutuamente. Es decir, si bien el neoliberalismo es innegablemente una racionalidad hegemónica, la digitalidad está emergiendo como condición de posibilidad para su transformación endógena; ¿hacia dónde se dirige dicha transformación? Es en esta dirección que el presente trabajo orienta su mirada. Por supuesto que la digitalidad no ha resultado ser ni la solución, ni el problema fundamental de

¹ El análisis teórico del concepto de racionalidad, en el contexto contemporáneo, se examina a partir de la denominada racionalidad neoliberal como forma concreta disponible en las democracias occidentales. Esta investigación dedicará un esfuerzo particular en describir esta condición a través de la distinción de algunos principios rectores en sus principales prácticas discursivas.

una sociedad compleja y global, pero ha llegado a mediar en cada proceso y en cada rincón de un mundo globalizado intensamente durante las últimas tres décadas.

En esta sucesión de transformaciones, es posible distinguir el surgimiento de nuevos criterios de veridicción a través del exitoso arraigo de algunos discursos institucionales. En la educación, en la empresa, en la gubernamentalidad, en la política, e incluso en la propia familia, principios como competitividad, meritocracia, autoinversión, capital humano, financiarización, transparencia total, rendimiento y diversidad², se han afianzado de tal forma que impactan en la configuración de la racionalidad particular: el neoliberalismo también se ha digitalizado. En otras palabras, el sistema que triunfó innegablemente desde principios de los años ochenta, se está transformando a sí mismo; esta vez de una manera vertiginosa e impredecible.

Sin embargo, a la par de las innovaciones y los criterios convertidos en valores y principios reconocidos, vienen también las resistencias. Nuevas demandas, reivindicaciones y protestas impugnan las prácticas institucionales de estos principios a lo largo del mundo. La propia configuración democrática que permite espacios institucionales de disputa, se ha visto desbordada ante inéditas formas de protesta de las que ha sido objeto. Los populismos de distinto signo retornan con nuevos bríos y ponen en jaque el funcionamiento institucional de los Estados. Paradójicamente, estos movimientos reivindicatorios que impugnan dichas prácticas y sus discursos, reproducen en su interior los

² Sobre estos y otros principios se profundizará en la *Parte 5* de esta tesis. Adicionalmente puede verse un análisis sobre ellos en el trabajo de Wendy Brown sobre racionalidad neoliberal en *“El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo”* (2016).

mismos principios y criterios de valoración que pretende combatir. Es decir, rechazan y descalifican determinadas prácticas discursivas, pero actúan de acuerdo a los principios que las subyacen. Es posible distinguir entonces una racionalidad compartida a pesar de los múltiples antagonismos.

Este proyecto de tesis pretende examinar la racionalidad neoliberal a partir de una serie de *criterios rectores* que se establecen a modo de principios y referencias de actuación social e institucional, para así valorar el impacto de las prácticas digitales en su desarrollo. En este esfuerzo se observan las plataformas digitales desde la perspectiva de su funcionalidad como dispositivos estructurados que albergan discursos, los reproducen y los transforman. Se propone que neoliberalismo y digitalidad constituyen fenómenos que conviene -al menos desde cierta perspectiva- analizar conjuntamente. Ambas circunstancias presentan una condición inédita en cuanto a su capacidad de articulación global. Son transformaciones que se producen en la globalización y su práctica trasciende todo límite -geográfico e institucional- de manera transversal, consistente y acelerada. En esta circunstancia, es necesario comprender estos fenómenos a partir de la observación del tipo de principios que sustentan sus discursos y sus prácticas institucionales, como instrumento que nos permita analizar las estructuras de poder disponibles y determinar el papel que desempeñan la digitalidad en su articulación.

Finalmente, puede decirse que esta no es una tesis *sobre* sino *a través* de la digitalidad en un esfuerzo por intentar comprender su grado de afectación en el devenir histórico. Constituye, en este sentido, un proyecto deliberado por observar una serie de fenómenos que se encuentran en pleno desarrollo y que van produciendo sendas transformaciones en la forma específica de racionalidad contemporánea. Y aunque quizás, como señala Manuel Castells, en

los momentos *“históricos de grandes transformaciones tecnológicas, las profecías tienden a ocupar el lugar de los análisis”* (Castells, 1995: 1), es conveniente y necesario intentar una interpretación crítica de los fenómenos en marcha para dimensionar el alcance de los procesos actuales, a pesar de todas las dificultades y limitaciones que esto genera. Se trata de indagar en la relación contingente entre política, cultura y tecnología, a partir del impacto directo de las plataformas digitales en las formas de subjetivación disponibles, así como en las alteraciones en las relaciones de poder que ocasionan.

2. Objeto, objetivos y preguntas de investigación

El impacto de la digitalidad ha sido multidimensional y ha generado diversos esfuerzos académicos por intentar comprender la dinámica y los efectos de las transformaciones en marcha. El tiempo parece discurrir ahora con más velocidad que nunca y la inmediatez se convierte en premisa cuando el espacio, la distancia y el tiempo adquieren nuevas dimensiones ante la aceleración de una realidad virtual. Este conjunto de condiciones empuja progresivamente al sujeto hacia nuevas formas de subjetivación para lograr su adaptabilidad al contexto. Al hacerlo, los reconstruye de una manera particular y los dota de nuevas referencias para comprenderse a sí mismos y para comprender el mundo que los rodea.

Es precisamente ante estas condiciones que surge la necesidad de observar dos elementos como parte de un mismo objeto de estudio, la racionalidad neoliberal y la intensificación de las prácticas digitales. Para establecer con claridad el objetivo de esta investigación se puede plantear que este trabajo versa sobre el desarrollo de la racionalidad neoliberal a través del impacto de las prácticas

digitales contemporáneas. Sin embargo, es necesario precisar con mayor detalle la perspectiva de observación y el interés fundamental del análisis.

En primer término, debe aclararse que para pensar en la forma disponible de racionalidad específica, conviene utilizar un aparato teórico que ponga el acento en el análisis de las estructuras sociales y políticas. Es decir, pensar a través del poder relacional y de la configuración de un sentido común compartido. Empezar la tarea de analizar las estructuras de racionalidad en la sociedad contemporánea resulta imposible sin determinar previamente la posición que se asume para observarlas. En este sentido se propone realizar el análisis a través del impacto de un elemento particular, pero poderoso, que trasciende a la configuración, la diseminación y la reproducción de los discursos contemporáneos: las prácticas digitales.

Para precisar inicialmente el término de “*prácticas digitales*” según el tratamiento particular que se le otorgará en este trabajo, se puede señalar que se comprenden como el conjunto de dinámicas de interacción mediadas por cualquier plataforma virtual. Estas dinámicas se observan a través de cierta funcionalidad específica que las asemeja a un dispositivo estructural que norma y disciplina a la sociedad. En otras palabras, las plataformas digitales serán analizadas como una modalidad instrumental inédita para ejercer relaciones de poder complejas. En este sentido constituyen simultáneamente un objeto y una epistemología. Es decir, se analizan en sí mismas y, a la vez, como filtro que constriñe a la racionalidad neoliberal.

Es importante señalar que el objetivo de esta investigación no es analizar la estructura particular de las redes o plataformas digitales en cuanto a su configuración estructural. Este tipo de estudios teóricos y empíricos forman

parte de otro campo de análisis al que solo se recurre en este proyecto para comprender algunos fenómenos concretos de la digitalidad. Por lo tanto, se expondrán algunos hallazgos y trabajos especializados al respecto tan solo en la medida que sean útiles para comprender nuestro objeto de estudio.

El segundo elemento que conforma el objeto de estudio es el neoliberalismo en tanto racionalidad práctica. Este elemento funciona como telón de fondo en la observación analítica, pero no de manera abstracta, sino entendido como una serie de referentes que articulan su naturaleza y sus prácticas. Se trata de distinguir los principales criterios que fundamentan la racionalidad neoliberal, conceptualizarlos según sus características y prácticas concretas, para finalmente operacionalizarlos. Solo de esta forma será posible reflexionar sobre los cambios o adaptaciones del neoliberalismo a partir del arribo y profundización de la digitalidad.

Dicho esto se puede deducir el objetivo central de la investigación: determinar si existe alguna correlación entre la intensificación de las prácticas digitales y la reproducción y diseminación de criterios reconocibles como característicos de la racionalidad neoliberal. De manera particular, se desprenden de ello algunos objetivos concretos:

- a) Realizar una reflexión crítica sobre la trascendencia de las prácticas digitales y sus efectos en los procesos de subjetivación y en la reproducción de las relaciones de poder contemporáneas.
- b) Examinar la funcionalidad de las plataformas digitales y sus prácticas para equipararla análogamente con las características presentes en un dispositivo biopolítico.
- c) Analizar al neoliberalismo en tanto racionalidad práctica y distinguir los

criterios y valores que lo fundamentan teleológicamente.

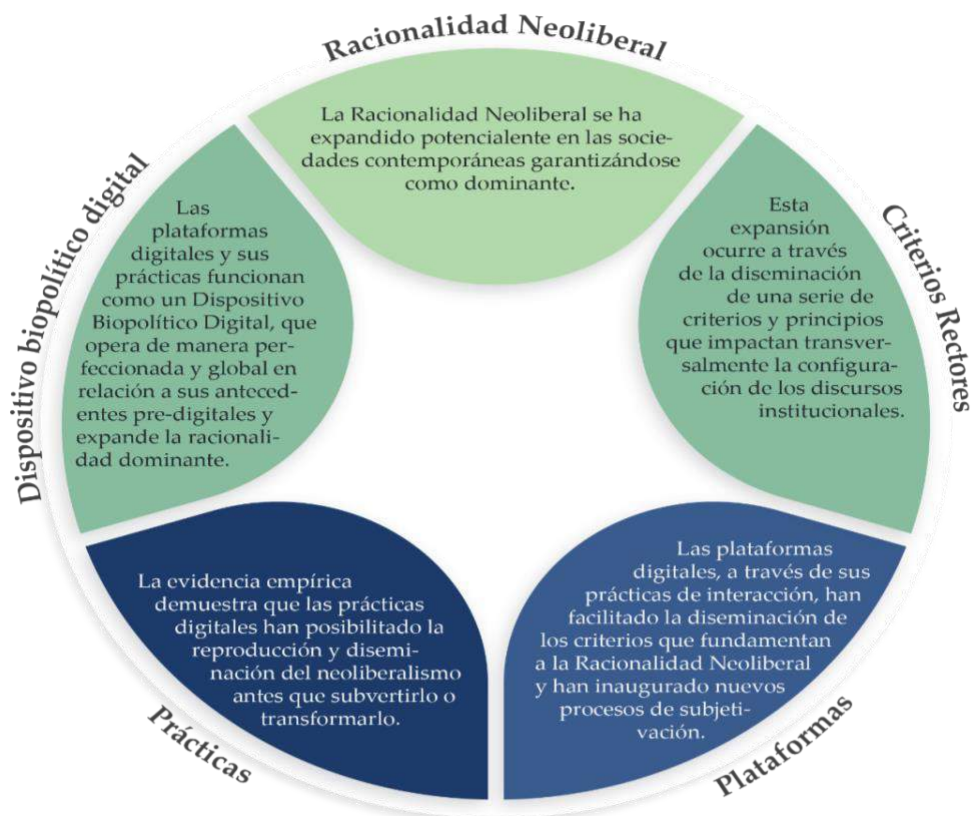
- d) Conceptualizar y hacer operacionalizables dichos criterios de tal forma que sea posible dimensionar su trayectoria a través de las prácticas digitales.
- e) Elaborar un aparato teórico que permita analizar la relación entre digitalidad y la diseminación y profundización de los criterios que subyacen a la racionalidad neoliberal en los sujetos.

La narrativa contenida en esta tesis podría plantearse de la siguiente manera: las plataformas digitales poseen una capacidad extraordinaria para promover nuevas formas de conversación pública (interactiva y multidireccional) que posibilitan el intercambio de información y contenidos. A través de estos procesos se disemina una cantidad inconmensurable de discursos y criterios que estructuran las relaciones de poder dominantes. Es decir, si en el mundo pre-digital, las instituciones y estructuras tradicionales de poder (Estado, familia, educación, religión, trabajo, etc.) desarrollaban procesos reproductivos de sus discursos y criterios como forma de garantizarse, en el contexto digital esta condición se encuentra potenciada radicalmente. Al facilitar la comunicación de manera exponencial, el principio de reproducción del poder no solo se mantiene, sino que se amplía progresivamente.

Adicionalmente, las prácticas de interacción digital promueven nuevos procesos de subjetivación entre los usuarios a través de diversos constreñimientos estructurales que establecen criterios sobre lo aceptable y lo marginal. Estas dos condiciones, la reproducción y diseminación discursiva por un lado, y la subjetivación y delimitación de los marcos epistemológicos por otro, producen un escenario ideal para garantizar y expandir la racionalidad neoliberal. Es decir, las plataformas digitales y sus dinámicas de interacción social tienen una función mucho más reproductiva que transformadora en la

racionalidad dominante. En las prácticas de interacción digital, como en todo fenómeno de orden social, la reproducción no está garantizada de antemano. Siempre existe la posibilidad de que los procesos reproductivos se interrumpan, se transformen o sean subvertidos, sin embargo, como se intentará mostrar en la presente investigación, las estructuras digitales se comportan en mucho mayor medida como dispositivos reproductivos y no como herramienta de subversión. Si bien la práctica de interacción digital puede promover formas de organización y disputa política alternativas, en el fondo deja básicamente intactos los criterios de racionalidad dominantes reconocidos bajo el concepto de neoliberalismo.

Figura 1. Narrativa gráfica de la ruta de investigación



Fuente: Elaboración propia

Derivado del objeto de estudio y los objetivos de la presente investigación, cabe

hacerse una serie de preguntas que sirven de guía y orientación en este trabajo. En primer término y a manera de cuestión central: ¿qué relación guarda la intensificación de las prácticas digitales con la reproducción y diseminación de la racionalidad neoliberal en la sociedad contemporánea? A partir de esta premisa se suceden otras que configuran sus límites y alcances: ¿en qué medida pueden comprenderse las plataformas digitales como inéditos dispositivos biopolíticos de dimensión global? ¿cómo ocurren los procesos de subjetivación dentro de la digitalidad y que consecuencias tienen fuera de ella? ¿es posible distinguir la racionalidad neoliberal a partir de ciertos criterios que subyacen en sus discursos? ¿cuáles son estos criterios rectores del neoliberalismo y cuáles son sus características? ¿puede relacionarse la expansión de la racionalidad neoliberal a la intensificación de las prácticas digitales?

3. Marco teórico e hipótesis

Este proyecto de investigación se inscribe en el ámbito de la Teoría Política en la medida que intenta “*explicar lo político en términos de motivos y razones y no solo de causas, de correlaciones funcionales o probabilidades estadísticas*” (Berlin, 2005: 103). Sin embargo, los materiales empleados para realizar un análisis político provienen frecuentemente de distintos campos del conocimiento, de diversas épocas históricas y de la disputa polisémica tan característica de la identidad conceptual. En este sentido se rehúye de una visión estrictamente dialéctica y se propone analizar los elementos que permiten que algunas prácticas discursivas se arraiguen en determinados momentos históricos. Para este propósito, el discernimiento sobre la significación e interpretación de algunos conceptos se realizará desde el *modelo contextual* establecido por Quentin Skinner (2014) para

leer la historia considerando que el discurso político funciona como argumento ideológico y constriñe a la mayoría de los textos.

Este trabajo en particular se interrelaciona con la teoría crítica, la filosofía política, la historia e incluso con una nueva dimensión de la sociología que estudia la etnografía virtual y los nuevos medios digitales. A diferencia de otras áreas de investigación científica, la teoría política es una disciplina en búsqueda de su propia metodología (Vallespín, 1992: 151-152) y esta solo se construye a medida que se avanza en la propia investigación. Sin embargo, esto no implica necesariamente sacrificar objetividad (a sabiendas que la objetividad total es solo una ficción a la que aspirar en el análisis político). Lo cuestionable, académicamente, no estriba en asumir posiciones normativas desde dónde observar el objeto de análisis, sino en ocultar estas premisas deliberada o inconscientemente. Realizar entonces un análisis político implica fundamentalmente asumir posiciones particulares, anunciarlas y justificarlas.

La hipótesis central que subyace a esta investigación es que la proliferación e intensificación de las prácticas digitales, contrario a transformar o subvertir, tiende a reproducir y diseminar los criterios que fundamentan la racionalidad neoliberal. De esta forma, el neoliberalismo se garantiza de una manera expansiva e inédita a través de la digitalidad. En esta tesitura, se observa que la digitalidad está ejerciendo una funcionalidad de dispositivo biopolítico digitalizado que actúa de forma integral sobre el resto de dispositivos disciplinares.

Una vez planteada la hipótesis principal, es conveniente explicitar conjuntamente el marco teórico elegido y los dispositivos metodológicos con los que se propone analizarlo. Es necesario precisar que esta tesis adopta una matriz

foucaultiana que recorre de principio a fin la investigación. Más que como teoría acabada -que también- como metodología de análisis. Los conceptos de *racionalidad*, *dispositivo biopolítico* y *subjetivación*, aunque fundamentados también en otros autores, son la piedra angular que cimenta el análisis de este trabajo. Sin embargo, se acude a la discusión activa entre diversos pensamientos para actualizar las tesis de Foucault a las condiciones del presente.

Para dimensionar la composición plena de este trabajo, conviene señalar a una serie de autores y desarrollos teóricos que vertebran el conjunto de esta investigación. Se pueden distinguir tres grandes ejes compositivos: el primero estaría conformado por las reflexiones sobre la relación entre poder y tecnología, así como los principales debates contemporáneos sobre la digitalidad y su impacto. Un segundo eje se compone del análisis de la digitalidad en tanto dispositivo biopolítico y los procesos de subjetivación que se inauguran. Finalmente, el tercer eje abarca el análisis del neoliberalismo en tanto racionalidad práctica y la distinción de los criterios principales que lo fundamentan.

Eje 1: Tecnología, poder y digitalidad: en lo relativo a este eje, se recurre a una serie de análisis teóricos contemporáneos que versan sobre el impacto de las plataformas digitales y las tecnologías de la información en las condiciones sociopolíticas actuales. Para ubicar el contexto en el que surge la revolución tecnológica se atiende al trabajo de ciertos autores y su contribución conceptual: la *"sociedad de la información"* y *"la era digital"* según lo expuesto por Manuel Castells (1995, 1999, 2009), la *"aldea digital"* presentado por el sociólogo canadiense Marshall McLuhan (1995), el concepto de *"nativos digitales"* de Marc Prensky (2001) o la noción de *"Netizens"* como ciudadanos digitales de Hauben y Hauden (1997), constituyen la base de la reflexión inicial. Estas y otras

referencias representan esfuerzos que surgieron de manera temprana para intentar comprender el impacto de la era digital en la sociedad y se utilizan en esta investigación para enmarcar el surgimiento de las nuevas tecnologías.

Sin embargo, con el arribo e intensificación de la denominada Web 2.0, particularmente ante la creciente popularidad de las redes sociales digitales (*Facebook, Twitter, YouTube o Instagram*) y la diversidad de plataformas virtuales que son útiles para gestionar actividades cotidianas, se han producido una serie de estudios y reflexiones sobre la trascendencia de este fenómeno en la interacción social. En este sentido se destacan las reflexiones contemporáneas de Eli Pariser (2017) sobre “*el filtro burbuja*” y el efecto de la configuración del algoritmo en las redes, Alice Marwick (2015) en su concepto de “*status online*”, Morozov (2016) y el “*solucionismo digital*” o Mossberger (2012) y la “*ciudadanía digital*”. También, sobre distintas perspectivas de la digitalidad, este proyecto incluye lo expuesto por autores como Yochai Benkler (2016) o Sánchez Medero (2016). De igual manera se utiliza el estudio de B. J. Fogg denominado “*A Behavior Model for Persuasive Design*” (2009) para comprender las implicaciones de la imbricación entre las plataformas digitales y los usuarios.

Desde el punto de vista sociológico, filosófico y político también se han realizado reflexiones sobre la digitalidad como las de Byung Chul-Han (2013, 2014, 2016), César Rendueles en “*Sociofobia*” (2015), Shoshana Zuboff (2019) sobre el capitalismo de vigilancia, Vicente Serrano (2016) y su análisis de “*Fraudebook*”, Michel Feher y su noción de “*self appreciation*” (2009), Remedios Zafra (2015, 2017, 2017b) sobre la precariedad en tiempos digitales o la politóloga Nadia Urbinati (2013) en sus disertaciones sobre la “*democracia en directo*”. Sobre esta base teórica se configura la primera parte de la tesis.

Eje 2: Subjetivación y dispositivos biopolíticos: en este eje se propone vincular la estructura y las características de las plataformas digitales como espacios reproductivos de las relaciones de poder. El objetivo estriba en utilizar el concepto de dispositivo biopolítico como una estrategia de análisis del acontecimiento y su regularidad, pero trayéndolo al presente y adaptándolo a las condiciones del entorno digital. Esto significa una forma de aprender -y aprehender- las dinámicas que coaccionan y constriñen a las prácticas digitales. Para ello resulta útil emplear un aparato teórico-metodológico que ponga el acento en el análisis de las estructuras sociales y políticas así como en las lógicas que las determinan. Es decir, pensar a través del poder como relaciones que ocurren dentro de las estructuras y sus dispositivos. Este tipo de encuadre epistemológico se encuentra poderosamente articulado en las tesis expuestas por el profesor Michel Foucault (1979, 1988, 1994, 2007a, 2007b, 2009, 2015) a lo largo de su obra. Este autor invita a reflexionar la configuración social a partir de las relaciones de poder instaladas, normalizadas e interiorizadas, y no exclusivamente a partir del sujeto que las habita.

En gran medida, Foucault representa una tradición de pensamiento filosófico y político que nos remite a otros autores fundamentales para concebir un encuadre integral. Para ello se acude a Giorgio Agamben (2011) sobre sus aportes particulares sobre la noción de dispositivo, a Deleuze (1990) sobre los trazos del poder al interior de dichas interfaces y a Bidet (2012) sobre nuevas formas tecnológicas del poder.

Sobre el concepto de subjetivación también se utilizan los planteamientos teóricos que desarrolla Judith Butler (2001, 2001b, 2017). Para Butler, la vida es una construcción social e histórica atravesada por la imposición de paradigmas de dominación donde la subjetivación es consecuencia y emerge,

simultáneamente, como efecto de un poder anterior y como condición de posibilidad de una forma de potencia radicalmente condicionada (Butler, 2017: 25). Un sujeto que se mueve entre dos paradigmas de manera intermitente, entre depositario de cargas culturales históricas que absorbe e interioriza y como agente de reproducción y materialización de dichas cargas.

Eje 3: La racionalidad neoliberal y sus criterios rectores: este último eje propone examinar la racionalidad neoliberal a partir de la distinción de un conjunto de principios rectores que están presentes en diversos discursos de la digitalidad. En lo relativo al concepto de racionalidad, se articulan progresivamente las tesis planteadas por Max Weber (2012, 2014), Theodor Adorno y Max Horkheimer (1995), Guy Debord (2007) y el propio Michel Foucault. Esta reflexión nos permite partir del Estado moderno y la perspectiva de una forma de dominación particular ejercida por un conjunto de medios técnicos. Así mismo, supone herramientas para pensar desde la teoría crítica desarrollada por la escuela de Fráncfort y su razón instrumental como mecanismo de análisis de la sociedad y su cultura.

En esta tesitura, se realizará un debate reflexivo entre las distintas formas de conceptualizar la racionalidad en cuanto a las semejanzas o distinciones que muestra con respecto a otros conceptos como ideología, cultura, hegemonía, sentido común, principio civilizatorio, etc. Algunas tesis planteadas por autores como Freeden (2013), Žižek (2003), Habermas (1987), Marx (1975), Gramsci (2017), Popper (2017) servirán para dar luz a este debate. La intención es enmarcar con claridad los alcances del concepto de racionalidad que se utiliza en esta investigación a partir de un contraste teórico.

Finalmente, las reflexiones hasta aquí expuestas solo representan el encuadre

formal que permitirá acceder al análisis del contexto contemporáneo, sus condiciones, características y principios. En este sentido se abordan las tesis planteadas por tres autores principalmente: Pierre Dardot, Christian Laval (2013) y Wendy Brown (2015) respecto a la denominada racionalidad neoliberal. En ellos se recupera y se expande el marco analítico de Foucault sobre racionalidad para ponerlo en contexto con las dinámicas actuales. Con base en sus reflexiones se discutirán distintos planteamientos del concepto de neoliberalismo en autores como David Harvey (2005) y Daniel Stedman Jones (2012) para determinar sus divergencias con respecto al liberalismo clásico.

Es necesario advertir que para analizar algunos de los conceptos señalados es preciso observar también las críticas y los debates que han suscitado. Por lo tanto se acudirá a diversos autores y desarrollos teóricos transversales para comprender mejor las ideas expuestas. Los autores que aparecen en este marco teórico tan solo representan la vertebración del pensamiento fundamental que se asume en la presente investigación.

4. Estructura y contenido de la investigación

En cierta medida, esta investigación tiene dos estrategias principales para acceder a un objetivo común: por un lado, se pretende reflexionar sobre la estructura que poseen las plataformas digitales, sus dinámicas y prácticas de interacción social disponibles, así como los procesos de subjetivación que ocurren en su interior. Se trata de observar la posibilidad y los límites que tienen en tanto dispositivos biopolíticos.

Un segundo objetivo es distinguir los criterios principales del discurso

neoliberal. Es decir, analizar e identificar aquellos criterios reconocibles en los discursos contemporáneos que puedan relacionarse con los principios de la racionalidad neoliberal. A través de estas dos estrategias, se intentará comprender mejor cómo y de qué manera impacta la digitalidad en el comportamiento y en la configuración del marco epistemológico de los sujetos-usuarios, así como en la diseminación de los criterios neoliberales y el fortalecimiento de su forma de racionalidad.

Para este propósito, la presente tesis se divide en *Seis Partes*, las conclusiones y un *Anexo*. En esta *Primera Parte* (Racionalidad, neoliberalismo y digitalidad: la expansión de una razón global) se realiza una contextualización integral de la investigación, se describen sus objetivos y sus límites, el marco teórico y sus aproximaciones epistemológicas, así como la hipótesis inicial y algunas preguntas que orientan su desarrollo. En la *Segunda Parte* (Tecnología y Política: la digitalización de una relación histórica) se desarrolla la relación entre tecnología y política para observar el fenómeno de la digitalización desde una perspectiva particular. Así mismo, se describen las condiciones de posibilidad disponibles al momento del arribo de la revolución digital y sus principales características. Se trata de presentar el encuadre general para identificar el surgimiento de las plataformas digitales y desarrollar el estado de la cuestión a partir de los principales análisis y debates contemporáneos al respecto.

En la *Tercera Parte* (Procesos de subjetivación: la digitalidad como nuevo espacio constructivo) se desarrollan una serie de reflexiones sobre los procesos de subjetivación que generan las prácticas digitales y cómo estas afectan ciertas dinámicas de comportamiento de los usuarios dentro y fuera del terreno de la digitalidad. El propósito es analizar los efectos de las prácticas de interacción digital en los marcos de interpretación y de actuación de los sujetos y determinar

de qué manera pueden incidir en su construcción específica como tales.

La *Cuarta Parte* (Nacimiento de un dispositivo biopolítico digital) se dedica al análisis de las características del dispositivo biopolítico según las tesis expuestas por Michel Foucault, a fin de equipararlo con las posibilidades funcionales que ofrecen las plataformas digitales y sus prácticas. Se trata de dimensionar cómo y en qué medida puede erigirse la digitalidad como un dispositivo biopolítico inédito, perfeccionado y global.

La *Quinta Parte* (Racionalidad neoliberal en tiempos digitales) realiza una reflexión teórica sobre el origen y la utilidad del concepto de racionalidad en diversos autores y algunos términos relativamente análogos. Posteriormente se introduce el concepto de neoliberalismo, su genealogía y la ruptura con el liberalismo clásico. De esta forma se delimita el concepto de racionalidad neoliberal en función del objetivo de la investigación y se introduce el impacto de la digitalidad en su ordenación y funcionamiento.

La *Sexta Parte* (Los criterios rectores de la nacionalidad neoliberal: delimitación conceptual) constituye una inmersión total sobre las características de los discursos en la digitalidad. Distingue y desarrolla conceptualmente una serie de criterios o principios que fundamentan a la racionalidad neoliberal. En cada exposición de dichos criterios se intenta justificar su función estratégica dentro del entramado neoliberal y se ejemplifican sus prácticas y las preferencias que desarrolla en los sujetos. Es un esfuerzo por elaborar un aparato teórico que permita distinguir los criterios principales que subyacen al discurso neoliberal y operacionalizarlos, de tal manera que se sienten las bases para el desarrollo de una herramienta cualitativa que permita testarlos. Finalmente, se desarrollan las *Conclusiones* en donde se abordan puntualmente los diversos hallazgos que

surgen de la investigación.

Adicionalmente, se desarrolla un *Anexo* denominado “Operacionalización de la racionalidad neoliberal: un aparato teórico para el análisis cualitativo”. Este anexo no corresponde directamente a los objetivos y alcances de la investigación doctoral, sino que pretende convertirse en una contribución extraordinaria que los complemente. Con la convicción de que el valor de todo análisis teórico radica en su potencial conexión con la realidad observable, se propone la creación de una herramienta de tipo empírico-cualitativo que permita identificar la correlación entre la intensificación de las prácticas digitales y la diseminación de los denominados criterios rectores de la racionalidad neoliberal.

Para lograr este propósito se emplea la operacionalización que se ha desarrollado a lo largo de la investigación como base teórica para la elaboración de una *Matriz* que organiza criterios y preferencias y los sitúa en categorías específicas de análisis. A partir de esta *Matriz* se elabora un cuestionario dividido en cuatro ejes: 1) capital humano, 2) meritocracia, 3) competencia y 4) participación política y gobernanza. En cada eje se desarrollan varias preguntas en escala *Likert* que se conectan a la medición de variables previamente establecidas. El objetivo es que su aplicación revele el grado de adopción de preferencias y comportamientos vinculados a los criterios neoliberales.

Esta encuesta se complementa con otra que diagnostica el grado de digitalización en el usuario, entendido este como la intensidad con la que interactúa en plataformas digitales para gestionar cualquier necesidad cotidiana. Ambos cuestionarios están diseñados para su aplicación vía encuesta *online*, a través de un *software* específico. El resultado de ambas encuestas, aplicadas a cada usuario, se contrastan para ver cómo se comporta la adopción

de los criterios neoliberales en relación al grado de intensidad de sus prácticas digitales. En un futuro inmediato, la idea es que se aplique este instrumento en diferentes muestras-objetivo para evaluar los resultados que arroje.

5. Alcances y limitaciones

Toda investigación se encuentra constreñida por múltiples circunstancias, tanto de orden académico como de orden material, que delimitan sus alcances y expectativas. Iniciar una investigación doctoral es una aventura en la que al principio se vislumbra toda clase de posibilidades; el entusiasmo es total e ingenuo a la vez. Al poco tiempo, el mayor esfuerzo estriba en delimitar y focalizar un objetivo, es decir, abandonar la perspectiva arrogante de hacer una teoría del orden mundial para definir objetivos un poco más realizables. El presente trabajo no fue la excepción.

En primer término, se deben explicitar las limitaciones más obvias que supone estudiar un fenómeno que se encuentra en pleno desarrollo. La tentación de realizar aseveraciones concluyentes puede acarrear graves fallos en el análisis. En cierto sentido, la euforia, el escepticismo o el optimismo que implica vivir la vorágine de los propios cambios, impide elaborar juicios certeros ante la falta de suficiente perspectiva de distancia. Sin embargo, es necesario atreverse a especular teóricamente a fin de generar premisas que permitan interpretar mejor el mundo e intervenir en su evolución.

Quizás una vez superado el vaivén de la euforia y la decepción, estemos en condiciones de emitir un juicio más ponderado acerca de una transformación que todavía está en marcha (Innerarity, 2018a). Además, por la propia

naturaleza del análisis teórico, había que sortear el problema de la polisemia conceptual que abunda en este campo de estudio. Era necesario acudir muchas veces a la genealogía de la idea, a la etimología y a las discusiones entre autores a fin de justificar y delimitar un término, según las necesidades de la investigación y sin perder el rigor académico. Quizás en algunas conceptualizaciones sea insuficiente el soporte teórico mostrado. Ofrezco disculpas por anticipado, pero estoy convencido que la revisión de la narrativa en su conjunto alcanza la congruencia necesaria para explicar su entramado.

Otro límite de este trabajo tiene que ver con la forma en que se contrasta la hipótesis, en la medida en que los resultados que se arrojan no establecen ningún tipo de causalidad absoluta ni determinismo excluyente. Esto obedece en gran medida a la multiplicidad de variables y diversidad de elementos que afectan concurrentemente al objeto de investigación en cuestión. Además, el fenómeno elegido como referente para observarlo, la digitalidad, es una condición emergente.

Sin embargo, el hecho de que no sea posible extraer un diagnóstico concluyente no significa que no puedan generarse valiosas conclusiones que den cuenta de la dinámica de la transformación presente en la racionalidad neoliberal. Lo aquí realizado permite inferir trayectorias y comportamientos que mantienen cierta regularidad entre los sujetos. Además, a través de una minuciosa selección de documentos, investigaciones y estudios recientes, se soporta teórica y empíricamente cada argumento que se vierte en la investigación; permitiendo con ello establecer una sólida línea de análisis que permite realizar inferencias y correlaciones concretas. Esta estrategia consiste en que una vez revisado ampliamente el estado de la cuestión, se formula una hipótesis y se crea una argumentación que debe de probarse. Para ello, desde la teoría, se acude a los

principales autores para soportar o refutar los argumentos expresados. No se intenta nunca descubrir el hilo negro ni partir de cero. Este estudio contiene decenas de referencias a estudios empíricos de primer orden que ayudan a dar soporte a las reflexiones realizadas.

También se debe admitir que existe un sesgo ideológico inicial. Es decir, el análisis y las herramientas epistemológicas seleccionadas obedecen a cierta predisposición por parte de quien escribe. En todo momento se intenta justificar, anunciar o declarar abiertamente dicha pretensión para evitar crear falacias. Como se ha dicho, toda investigación académica carece de neutralidad ideológica puesto que estamos determinados por nuestra experiencia y nuestras preferencias. La cientificidad se fundamenta en la capacidad de soportar los argumentos y anunciar la perspectiva analítica. Me parece que es lo más honesto que se puede hacer.

Esta tesis representa un conjunto de reflexiones coherentes, interconectadas y respaldadas académicamente que permiten ir delimitando un campo de análisis. Las teorías que se emplean y las bases epistemológicas que fundamentan el diseño de la investigación están nítidamente definidas. Las especulaciones que se establecen se acompañan en todo momento de evidencia empírica e intentan demostrar puntos originales y novedosos. Por supuesto que la originalidad y la novedad son quimeras que alcanzar, pero el esbozo que se realiza pretende al menos mostrar nuevos enfoques.

Finalmente, un esfuerzo extraordinario que intenta aportar la presente investigación, tiene que ver con conectar permanentemente el análisis teórico con la observación de la realidad práctica. No solo a través de ejemplos, citas periodísticas o analogías aplicadas, sino a partir del objetivo tácito de que la

investigación en su conjunto pueda ser testada a través de herramientas empírico-cualitativas que se aportan en el *Anexo*. Se trata de establecer las bases de futuras líneas de investigación y de potenciales estudios de caso empleando esta tesis como respaldo teórico para apoyarse. Evidentemente, este trabajo será susceptible de mejorarse, de adaptarse a las condiciones cambiantes, de ser refutado o actualizado, pero sin duda establece una premisa desde donde asirse para continuar la investigación.

5.1 Covid-19: la incógnita

Al momento de escribir la última parte de esta tesis, un fenómeno global se cierne sobre toda la humanidad en su conjunto y está poniendo en jaque la estructura civilizatoria en sí misma: una pandemia denominada Covid-19 surgida en la provincia de Wuhan, en China, a finales del 2019. A diferencia de las crisis anteriores, esta epidemia ha surgido desde la exterioridad del sistema. Es decir, las crisis pasadas emergieron de las contradicciones internas y existía, por tanto, la posibilidad de síntesis o de reconfiguración endógena. Ahora la amenaza no tiene nada que ver con criterios de racionalidad, pues el virus y el riesgo que encarna, no obedecen ni entienden de lógicas y prácticas racionales.

Esta crisis sanitaria global ocurre en una sociedad relativamente despolitizada como consecuencia de un largo proceso promovido por el proyecto neoliberal. Una sociedad caracterizada por el hiperconsumo, hiperconectada y altamente globalizada. Tan solo del 2010 al 2018, el turismo internacional ha aumentado de 800 a 1400 millones de turistas (Harvey, 2020). La economía se sostiene gracias a los grandes flujos financieros que ocurren en tiempo real. Es decir, solo el movimiento permanente y extenuante, permite su sostenimiento.

El Covid-19 está obligando a detener estos flujos, a ralentizar el modelo de consumo y a tomar medidas emergentes que contravienen sensiblemente las prácticas más elementales del modelo neoliberal. Como decía el poeta uruguayo Mario Benedetti *“cuando creíamos que teníamos todas las respuestas, de pronto, cambiaron todas las preguntas”*, con la diferencia que ahora apenas estaban formulándose hipótesis de respuesta y el mundo se encuentra desbordado por nuevas preguntas. De entre todas las preguntas hay una fundamental que emerge de esta investigación: ¿será este el inicio de una transformación radical de la racionalidad neoliberal?

En apenas pocas semanas desde que esta emergencia global ha dejado sentirse en toda su fuerza, han corrido ríos de tinta -ahora, en realidad, ríos de datos digitales- sobre la contingencia actual. Más allá de los análisis de carácter económico o político, se han desarrollado interesantes reflexiones sociológicas y filosóficas sobre las potenciales implicaciones de este virus en el orden establecido. Al principio, los más reacios a vislumbrar alternativas de cambio, aseguraban que era una estrategia para potenciar el autoritarismo gubernamental y convertir el estado de excepción en un paradigma normal de gobierno (Agamben, 2020). Por el otro extremo, Slavoj Žižek decreta ya un golpe mortal al capitalismo y el surgimiento de una sociedad alternativa más allá del estado-nación, solidaria y basada en la cooperación global (Žižek, 2020). Para otros, la intervención de la digitalidad es un factor neurálgico para prever el curso que tomarán las acciones. China, y en general los países asiáticos han logrado contener mejor la pandemia. Byung Chul-Han (2020) o Raúl Zibechi (2020) lo explican a partir de la propensión de las sociedades asiáticas a gubernamentalidades más autoritarias por la tradición del confucianismo, lo que ha permitido la toma de medidas más estrictas de confinamiento y de

restricción de libertades que en el mundo occidental.

Sin embargo, a manera de telón de fondo, también se está disputando la hegemonía geopolítica global. China está reposicionando su liderazgo en el concierto global y esto obedece en gran medida a su poder tecnológico en espectro virtual. La vigilancia digital, el uso de datos personales en sistemas de rastreo y seguimiento de los cuerpos y la vinculación entre los proveedores de internet, de telefonía móvil y la autoridad, han facilitado la respuesta asertiva de este país frente a la pandemia. Pero no solo eso, su autoritarismo, combinado con los avances tecnológicos de la digitalización, están revelando el poder sofisticado una nueva *biopolítica digital* con vocación totalizante. 200 millones de videocámaras, reconocimiento facial, la posesión del 45% de las supercomputadoras de todo el mundo y un sistema social de recompensas y castigos en redes digitales, son tan solo algunas evidencias del triunfo de la infraestructura tecnológica de China (Zibechi 2020) y de la utilización biopolítica de las mismas.

Sin duda, la evolución de la pandemia y sus efectos en los próximos meses determinarán el curso de la historia, ya sea para la permanencia del orden establecido o para su transformación. El potencial colapso del modelo económico global puede permitir el surgimiento de ideas alternativas para su reorganización. Hay mucho en juego. El argumento principal de esta tesis, la continuidad y fortalecimiento de la racionalidad neoliberal en tiempos digitales, puede estar comprometido. Pero no será por condiciones sistémicas y prácticas sostenidas en la propia racionalidad, sino por un fenómeno producido en la exterioridad. Por otro lado, de llegar a resistir, el *neoliberalismo digital* podría atravesar la aduana más complicada en su historia y corroborar los fundamentos que sostienen esta tesis. Es decir, este trabajo aporta una serie de

elementos a considerar en el futuro inmediato para evaluar la afectación del orden establecido: la ruptura con la racionalidad contemporánea o su reconversión proyectada a futuro.

Segunda Parte

Tecnología y política: la digitalización de una relación histórica

“Los hombres se someten a amar lo que tienen que hacer, sin saber siquiera que eso es someterse. Así se asegura subjetivamente su felicidad y se mantiene el orden.”

Theodor W. Adorno en el prólogo de *“Un Mundo Feliz”* de Aldous Huxley.

1. Sobre la relación entre Tecnología y Política

Para iniciar esta investigación es conveniente comprender la relación histórica e intrínseca entre la tecnología y la política con el objetivo de analizar con mejor perspectiva el escenario actual que se vive. Hoy es prácticamente imposible pensar la gestión política disociada de la influencia de la tecnología digital aplicada en los diversos avances que se han desarrollado. Existe una especie de imbricación entre lo virtual y lo real, donde aquello que consideramos como espacio público se ha transformado radicalmente. Estas transformaciones están afectando a la democracia, a la dinámica en que ocurren las relaciones sociales y a la propia forma en que se configura la identidad de los sujetos. En esta tesitura, resulta fundamental iniciar este trabajo realizando una breve reflexión sobre los vínculos que definen la relación entre política y tecnología.

Históricamente, es posible afirmar que la relación entre tecnología y política se

remonta al momento mismo en que las personas decidieron vivir en comunidad y tuvieron que organizarse para ello. Las decisiones sobre las reglas y los marcos relacionales que se dieron para lograr una armoniosa convivencia estaban mediados por un conjunto de instrumentos que salvaguardaban su materialización. Estos instrumentos incorporaron los elementos necesarios para ir concibiendo una estructura organizativa concreta, dotada de ciertas técnicas manifiestas a través de la aplicación de los conocimientos adquiridos por la acumulación de experiencia y la reflexión colectiva. Organizar políticamente la sociedad implica hacer uso de la tecnología en el sentido de estructurar una serie de procesos, dispositivos y recursos. Podría entonces decirse que la convergencia entre política y tecnología está dada desde el origen mismo de las sociedades.

Para comprender el impacto de la tecnología en el devenir histórico, primero es necesario precisar que se entiende por tecnología. La tecnología no es una cuestión propia de la modernidad o un fenómeno eminentemente reciente, al menos no en exclusiva. Aunque exista la tendencia de asociar dicho concepto con los avances científicos en el campo de la informática, la robótica, la digitalización o la comunicación (Abdul, 2012; Vaughan, 2013) la tecnología se remonta a tiempos más lejanos y a prácticas mucho más simples. Para aproximarse al concepto de tecnología en función del objeto de estudio de esta investigación, es ilustrativo partir de su raíz etimológica y observar su desarrollo a través del tiempo. Procedente del griego, la palabra tecnología se compone de dos vocablos distintos: *tekhné* que puede entenderse como técnica, arte u oficio y *logos* que representa el estudio, tratado o discurso relativo a una ciencia o arte³. Es decir, la tecnología puede comprenderse como el estudio de los

³ Esta definición y su raíz etimológica aparece en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (RAE). Disponible en: <http://dle.rae.es>

conocimientos técnicos o como el arte de concebir objetos que satisfagan diversas necesidades de las personas y las sociedades.

Desde esta perspectiva, la tecnología representa la posibilidad de ir aprendiendo de las experiencias, convertirlas en técnicas y dotarlas de un discurso que las determine en un contexto. Es por ello que el devenir histórico ha ido transformando el discurso sobre tecnología, nuestra comprensión de ella y el propio objeto de estudio que abarca⁴. En realidad, el propio concepto de tecnología se introduce al uso común hasta finales del siglo XVIII⁵ y partir de ese momento se comienza a significar, constituyéndose como elemento de análisis esencial. En gran medida, las condiciones sociales, culturales y políticas de una época concreta realizan una función de mediación histórica entre los avances tecnológicos y sus efectos sensibles. Es por ello que las revoluciones tecnológicas solo se explican a través del propio contexto en que se desarrollan.

1.1 Tecnología, poder y relatos en el Estado Moderno

A lo largo del tiempo se han desarrollado múltiples reflexiones sobre el impacto que tiene la tecnología en los procesos económicos, políticos y sociales de los pueblos. Sin embargo, con la consolidación del denominado Estado Moderno, se empieza a dilucidar el surgimiento de una tecnología administrativa de la

⁴ Para una análisis sobre la evolución conceptual de tecnología ver: *"The Social Construction of Technological Systems: New Directions in the Sociology and History of Technology"* (1989) de Wiebe E. Bijker, Thomas Parke Hughes, Trevor J. Pinch en MIT Press.

⁵ Ver: Doig, G. 2000. "Tecnología y mundo actual", en G. Doig (coord.) *El desafío de la tecnología. Más allá de Ícalo y Dédalo*. Lima: Vida y Espiritualidad.

burocracia. En su texto *"On the Citizen"* (Hobbes, [1642] 1988), Thomas Hobbes ya concebía al Estado como una maquina autómatas al afirmar que, para comprenderlo, había que hacer como el relojero que intenta reparar un reloj: *"(...) cannot get to know the function of each part and wheel unless one takes it apart, and examines separately the material, shape and motion of the parts"* (Hobbes, 1988: Pref. 9). Esta visión forma parte de lo que Hobbes luego desarrollaría plenamente en el *"Leviatán"* (1651) donde fundamenta filosóficamente la legitimación del poder del Estado proyectado como una superestructura y como un cuerpo social artificial.

En la etapa histórica comprendida entre los siglos XVI y XVIII, se produjeron un conjunto de transformaciones en el mundo occidental que fueron definiendo lo que posteriormente se comprendería como Estado Nación. Este conjunto de cambios incluye la consolidación de estructuras administrativas jerárquicas, un modelo económico y un sistema de producción nuevo. También el surgimiento de dispositivos disciplinares inéditos concebidos como instituciones de Estado; todo aquello articulado bajo un conjunto complejo de técnicas, discursos y estructuras: una nueva tecnología de Estado surgía.

Para comprender mejor la articulación de la tecnología gubernamental, es útil un análisis que atienda el cómo surgen aquellos criterios capaces de establecerse como regímenes de verdad y dotar de legitimidad el orden instituido, así como los discursos que fundamentan el desarrollo científico y las formas institucionales disponibles. Sobre esta cuestión, el profesor Michel Foucault (1926-1984) desarrolló el estudio de diversas instituciones públicas, sus discursos y sus prácticas. Intentó identificar su evolución discursiva a través del tiempo y la relacionó directamente con las transformaciones en sus prácticas cotidianas. Su hipótesis se centra en que existe una relación contingente y dinámica entre

las formas que adoptan las prácticas institucionales y las condiciones que posibilitan el establecimiento de los criterios de veridicción necesarios para instituir un saber (Foucault, 2007b: 55).

De esta forma, la consolidación de discursos sobre el saber científico tiene una repercusión directa en las relaciones de poder existentes y en las estructuras políticas disponibles. Por ello, la fijación específica del poder y del saber en un momento concreto se relaciona indefectiblemente con las prácticas dadas y sus características observables. Pero, ¿qué pasa entonces cuando estas prácticas se ven afectadas por desarrollos tecnológicos poderosos? ¿en qué medida puede incidir la reconfiguración de la tecnología –y su impacto en la comunicación, en la economía o en la ciencia- en las prácticas institucionales disponibles? ¿es la tecnología aplicada un elemento que afecta radicalmente al binomio poder-saber? Sobre estas interrogantes se irá reflexionando en la investigación.

Por otro lado, el análisis de las condiciones tecnológicas en el Estado Moderno pasa necesariamente por situarse en el contexto de emergencia y evolución de una de las manifestaciones materiales y simbólicas más significativas del progreso humano: el desarrollo de las máquinas. Pensar en el desarrollo de las máquinas dentro del contexto de la modernidad nos conduce necesariamente al periodo denominado como “*revolución industrial*”⁶ y a todas aquellas transformaciones que supuso en la configuración del mundo. Se puede afirmar que el vínculo entre el hombre y la maquina siempre ha discurrido en la tensión conflictividad-dependencia. Es decir, aunque la implementación de las

⁶ En lo que sigue se desarrollan algunas referencias al periodo denominado *Revolución Industrial*, comprendido como el conjunto de cambios producidos en la sociedad ante la industrialización de los sistemas productivos ocurrida entre mediados del siglo XVIII y el siglo XIX.

máquinas ha sido un rasgo de innovación y progreso social, también se les ha vinculado con instrumentos de explotación y dominación en la humanidad (Luxemburgo, 1976; Marx, 1974, 1975; Panzieri, 1980; Sweezy, 1976). La propiedad de las máquinas en la revolución industrial simbolizaba la tenencia de los medios de producción y por lo tanto, un mecanismo de poder que imponía las condiciones de las relaciones sociales existentes.

En este sentido, diversos análisis sobre la revolución industrial muestran cómo, por ejemplo, se profundizó la desconfianza en el potencial de las máquinas ante la posibilidad de sustituir el trabajo humano a través de la automatización (Wiener, 1965). Los avances tecnológicos de la época inquietaron a más de algún observador atento de las transformaciones que ocurrían, pero también provocaron un espíritu renovado de la fe en el progreso social. Con el avance progresivo de la tecnología de las máquinas, se facilitó en cierta medida la vida de las personas y la coexistencia en sociedad. Eran inéditos momentos de cambio. El surgimiento de la fábrica como un espacio de trabajo acercó más al hombre con la máquina, los conformó como unidad productiva⁷. Ya en sus textos clásicos, Karl Marx denunciaba críticamente una suerte de *alienación* (Marx, 1968) del trabajador sometido al paradigma de la máquina moderna y las consecuencias que esto tendría como medio de explotación del trabajo del hombre y de su propia vida.

Con el paso del tiempo, la relación entre el hombre y la maquina se ha complejizado y de aquella alienación que se presuponía inicialmente, han

⁷ Sobre el impacto de la Revolución Industrial se puede consultar “*En torno a los orígenes de la Revolución Industrial*” de Eric Hobsbawm (1975); “*La época de las revoluciones europeas. 1780-1848*” de Bergerón, Furet, Koselleck (1986); “*Historia Universal*” de Tom Kemp (1987); “*La Revolución Industrial en la Europa del siglo XIX*” (1986) de Martínez Roca.

derivado efectos que trascienden la mera relación laboral e impactan la vida completa de las personas resurgiendo cierto interés en su estudio (Fuchs y Dyer-Witheford, 2012; Reveley, 2013). Pero la máquina de hoy no es la de la fábrica del pasado. Aquellas máquinas no dejaban de tener la condición de herramientas, de instrumentos con una funcionalidad específica para desempeñar una tarea concreta, una utilidad práctica (Serrano, 2016: 14). La transformación de las máquinas, su diversificación y desarrollo tecnológico, ha supuesto el arribo de aparatos tecnológicos que podrían ser el sucedáneo de las máquinas, pero que no adquieren ya la mera connotación de herramientas prácticas ni están vinculadas con el ámbito laboral. Las máquinas contemporáneas son dispositivos tecnológicos complejos que cohabitan casi toda estructura de la vida -desde la privacidad del hogar hasta la más alta estructura global de gobierno- y permiten nuevas formas de ordenación.

Hay voces que señalan que con la digitalización de la vida estamos asistiendo a la ruptura más importante en la historia de la humanidad (Brynjolfsson y McAfee, 2013), a la inauguración de un nuevo *ethos* global o al surgimiento de una *épistémè* distinta que cuenta con una cosmovisión mediada por el contexto virtual. Pero antes de realizar una crítica sobre estas posiciones, conviene observar el surgimiento de la digitalización como fenómeno; sus antecedentes contextuales, su estructura actual y sus efectos más visibles: ¿estamos ante una coyuntura inédita en la historia de las estructuras sociales como consecuencia de la revolución digital o es solo una reacción natural frente a las transformaciones tecnológicas como ya ha sucedido en el pasado? ¿qué tiene realmente de novedosa esta condición digital que la distinga de otras coyunturas tecnológicas? ¿cómo se puede vincular el desarrollo tecnológico con los cambios políticos? Estos cuestionamientos deben ser reflexionados con la cautela y la

prudencia suficientes para evitar caer en afirmaciones erróneas o simplistas.

1.2 De la industrialización a la digitalización ¿estamos ante una cuarta revolución industrial?

Asistimos a una nueva etapa caracterizada por cambios profundos en las estructuras políticas, sociales y económicas que conocíamos. En medio de este interregno, la tecnología digital constituye un elemento que impacta de manera transversal al resto de transformaciones. Existen diversos análisis que expresan la posibilidad de una *“Cuarta Revolución Industrial”* como resultado de la digitalización (Schwab, 2016; Daemmerich, 2017). El economista Klaus Schwab señala que *"estamos al borde de una revolución tecnológica que modificará fundamentalmente la forma en que vivimos, trabajamos y nos relacionamos"* (Schwab, 2016).

Este hilo argumentativo parte de la consideración de que existió una primera revolución industrial en el proceso de sustitución del trabajo manual por el mecánico, iniciada a mediados del siglo XVIII (la industrialización); luego, con el arribo de la electricidad y la manufactura en masa (fordismo) se alcanzaría una segunda revolución industrial. La tercera se caracteriza por la aceleración de los avances en las tecnologías de la información y el desarrollo electrónico que se ubica a partir de la década de los cincuenta del siglo pasado (la sociedad de la información). En esta narrativa, estaríamos frente a una cuarta revolución industrial que no se define por un conjunto de tecnologías emergentes en sí mismas, sino por la transición hacia nuevos sistemas que están contruidos sobre la infraestructura de la revolución digital (Schwab, 2016).

Desde el punto de vista económico, la industrialización del siglo XVIII habría fundado un orden político que trajo consigo un nuevo sistema productivo y una reorganización de la división del trabajo. El modelo fordista potenció el sistema productivo y transformó el sistema económico en un modelo de consumo en masa. Por su parte, las tecnologías de la información han permitido la globalización y la financiarización de la economía bajo un modelo de gobernanza. Estas transformaciones no solo corresponden a variaciones del modelo económico, constituyen verdaderos cambios de época puesto que representan modificaciones profundas en las condiciones sociales, en las relaciones humanas, en la disposición de bienes y servicios, en los estilos de vida y de consumo, en la legislación, en la organización colectiva, en el ámbito de las ideas o en el funcionamiento democrático. En otras palabras, han sido transformaciones radicales e integrales para el reordenamiento mundial.

Es en este sentido que, dentro de las transformaciones concurrentes del mundo contemporáneo, se pueda estar configurando un nuevo cambio de época que resulte aún más radical que los anteriores. Para dimensionar esta posibilidad debemos preguntarnos ¿qué condiciones comunes pueden distinguirse entre los procesos de transformación de las anteriores revoluciones industriales y lo que está ocurriendo bajo el paradigma de la revolución digital? ¿qué similitudes y diferencias guardan? Con el objetivo de dotarnos de ciertas herramientas de análisis e intentar dar respuesta a estas interrogantes, es conveniente analizar algunos elementos observables en los procesos de cambio.

1.3 Condiciones compartidas en las coyunturas *inter-revoluciones*

Durante los periodos de transformación industrial es posible identificar cierta

relación entre los cambios en las formas de poder, los relatos de época y los avances tecnológicos. Esta serie de transformaciones que surgen desde el ámbito de lo material, de la tecnología aplicada a la industria, de las relaciones comerciales y del modelo económico, muy pronto tienen repercusiones estructurales en todos y cada uno de los ámbitos de la vida humana. Existe una ruptura fundamental con la forma pre-industrial del modelo capitalista. El trabajo dejó de simbolizar la pertenencia a un estamento social, una tradición familiar o un simple medio de subsistencia. Con la industrialización surge la fábrica como nuevo epicentro de la vida que convoca a una gran cantidad de personas y los concentra en una actividad específica. La fábrica se convirtió en la nueva aldea, en un dispositivo integrado al Estado que devino en sistema de alienación del trabajador (Serrano, 2016: 15). Fue además el centro neurálgico de las relaciones sociales y un elemento determinante para el desarrollo de la vida privada, el ocio y el sentido común compartido.

En este contexto se distinguen ciertas condiciones políticas que acompañaron a estas transformaciones. Esta época es la época de las grandes revoluciones burguesas (Hobsbawm, 1997), de manera particular, la Revolución Norteamericana (1776) y la Revolución Francesa (1789-1799). Ambos movimientos, a pesar de sus múltiples diferencias, estaban inspirados en el avance del pensamiento ilustrado y supusieron el reconocimiento de diversos derechos políticos y sociales dentro de sus territorios⁸. El impacto de estas revoluciones fue extensivo. Sus ideas, sus símbolos y sus instituciones constituyeron una amalgama discursiva que recorrió prácticamente toda

⁸ Ver: Guadarrama, P. 2015. "Derechos humanos y democracia en el pensamiento ilustrado latinoamericano", *Revista de Estudios Latinoamericanos*, (60): 239-280.

Europa y gran parte de América. Documentos como *“La declaración de independencia de las trece colonias”* en 1776, así como *“La declaración de los derechos del hombre y del ciudadano”* en 1789, sirvieron de asidero para establecer una reorganización política que devino en las posteriores luchas de independencia latinoamericanas (Rinke, 2011) y en el desarrollo de una forma de Estado constitucional basado en el modelo de democracia representativa.

Dentro de las condiciones económicas pueden observarse cambios profundos en el sistema productivo que trajo consigo una nueva organización en la división del trabajo y el surgimiento de una clase social que se reconocía a sí misma. Con la disposición de bienes y servicios que empezaron a producirse a mayor escala, surgió también una nueva clase burguesa que provenía más de su capacidad económica que de los títulos nobiliarios o estamentales. Hubo además una transformación en los asentamientos humanos como consecuencia de la concentración de población en las zonas urbanas. Desplazamientos masivos y migraciones del campo a la ciudad fueron características comunes desde finales del siglo XVIII⁹. Esta alteración demográfica trastocó la cultura, las tradiciones y la forma de vida de la sociedad industrial. La conexión entre ciudades como consecuencia de la modernización de los medios de transporte y las vías de comunicación supuso una mayor movilidad material y mayores capacidades de intercambios, no solo de productos sino también de ideas.

Luego, con la implementación del denominado modelo fordista, ocurre una nueva reorganización transversal de la economía, la sociedad y la cultura. Esta se caracteriza por la implementación de un modelo productivo sistematizado

⁹ Ver al respecto Boserup, E. 1984. *Población y cambio tecnológico*. Barcelona: Crítica.

que se basa en la cadena de montaje en serie. El término “*fordista*” proviene de la empresa automotriz Ford y su propietario Henry Ford (1863-1947) quien introdujo este sistema a principios del siglo XX. La incorporación del sistema de producción en serie resultó ser tan exitoso que muy pronto se convirtió en un modelo replicable por otras industrias. El fordismo será entonces comprendido como un sistema productivo dominante en la segunda revolución industrial. Este sistema no se entiende sin el acompañamiento de las políticas económicas keynesianas¹⁰ y su correspondiente impacto en las estructuras políticas y sociales. No solo constituye una coyuntura en el sistema productivo sino en el propio sistema de consumo de la sociedad.

Como señala David Harvey, la posibilidad de implementar un sistema de producción en masa significaba también un consumo en masa que conllevaba nuevos instrumentos de control político con “*una nueva estética y una nueva psicología*” (Harvey, 2005: 120) que representaba un paradigma inédito en el contexto de la posguerra. Las tres décadas posteriores a la segunda guerra mundial se conocerían como “*los treinta gloriosos*” en relación a la estabilidad social y el crecimiento económico que parecía conducir indefectiblemente a la prosperidad mundial. Sin embargo, como veremos en los siguientes capítulos de esta tesis, a partir de mediados de los años setenta este modelo mostraría un desgaste evidente e iniciaría un proceso de reconfiguración política y económica acompañada por un fuerte componente tecnológico. La revolución digital se estaba gestando.

¹⁰ Sobre el modelo económico de Keynes se puede consultar: “*Anticipations of the General Theory?: And Other Essays on Keynes*” (1982) de Don Patinkin. *The University of Chicago Press*.

En resumen, cada transformación identificada como una nueva revolución industrial ha modificado las condiciones económicas, políticas, sociales y culturales produciendo nuevas formas de ordenación. Estas transformaciones guardan una relación estrecha con los cambios tecnológicos, pero no en un sentido determinista: no se dan exclusivamente en un plano material y luego afectan a la experiencia de vida y a la estructura social, sino que sostienen una interacción contingente y recíproca. El avance tecnológico y el establecimiento de ciertos relatos ocurren de manera imbricada, se determinan contingentemente y solo se comprenden a partir de una mirada integral. Es posible evidenciar una confluencia entre las transformaciones tecnológicas y las formas de pensamiento dominante, los discursos institucionales, los relatos y sus regímenes de veridicción y la instalación de nuevos sistemas políticos con sus relativas estrategias de control y poder.

2 Revolución digital: contexto de emergencia y desarrollo

Para comprender mejor el surgimiento de la denominada *Revolución digital*¹¹ es conveniente pensar en las dinámicas ocurridas durante el gran interregno que separa la revolución industrial del mundo contemporáneo. Esta temporalidad ha estado repleta de transformaciones radicales, de reestructuraciones profundas en los sistemas y de cambios en las formas más sencillas de vida. Ha sido un periodo histórico complejo en donde han convergido dos guerras mundiales, decenas de revoluciones y una crisis fundamental del relato de la

¹¹ Para ver sobre el concepto de Revolución digital: Cohen, Jared; Schmidt, Eric. (2014) *"El futuro digital"* en Anaya Multimedia.

modernidad y sus promesas de progreso. Al mismo tiempo, también ha sido un periodo de grandes avances científicos y tecnológicos y de los descubrimientos más rupturistas. Es el denominado "*largo siglo XX*" (Arrighi, 2014) y a partir del análisis de sus condiciones de posibilidad se enmarca el surgimiento de la revolución digital.

En este apartado se establece el encuadre fundamental de la aparición de las plataformas digitales interactivas: el surgimiento de internet y el desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación. Para este propósito se divide la exposición en dos momentos principales: 1) las condiciones y el contexto del surgimiento de internet y 2) la transformación endógena de internet para convertirse en una herramienta plenamente interactiva, es decir, su propia revolución interna. En otras palabras, se propone analizar la coyuntura neurálgica que supuso el arribo de internet en la forma de utilizar la tecnología aplicada; no solamente por la innovación que produjo en sí misma, sino por su capacidad de impactar transversalmente todo el desarrollo científico superando una serie de limitaciones para su avance. Adicionalmente, internet ha transitado por un rápido proceso evolutivo interno mediante el desarrollo de la Web 2.0 y 3.0, la proliferación de las redes sociales digitales y el impacto de la digitalización en el sistema económico y productivo global. En este sentido, el estudio de la revolución digital es fundamental para comprender la ordenación actual de las estructuras políticas y sociales en el mundo.

Es preciso señalar que el tipo de aproximación que se elabora sobre el fenómeno de internet y la aparición de la Web 2.0 no se realiza desde el terreno de la ingeniería tecnológica o la configuración algorítmica. Ese tipo de estudios teóricos y empíricos forman parte de otro campo de análisis al que sólo se recurrirá en esta investigación para valorar ciertos fenómenos concretos de las

prácticas interactivas o para exponer distintos hallazgos en la medida que sean útiles para comprender nuestro objeto de estudio. El análisis teórico que se desarrolla tiene que ver con los procesos de subjetivación que genera la digitalidad y cómo esto afecta al conjunto de relaciones sociales y políticas en nuestro entorno. Finalmente, se presentan ciertas consideraciones sobre algunas tesis más influyentes elaboradas por diversos autores con respecto al desarrollo digital y tecnológico.

2.1 Condiciones de posibilidad al arribo de la era digital

Para explicar las condiciones de posibilidad que delimitan el arribo de la era digital, se requiere vincular una serie de fenómenos políticos, sociales y culturales que ocurrieron en dicho contexto. El objetivo principal es comprender el escenario existente como telón de fondo a las transformaciones digitales y relacionar algunos elementos. Tanto en esta contextualización, como en el resto de la investigación, el interés de presentar cierta perspectiva histórica representa la necesidad de establecer un marco referencial temporal que permita explicar mejor el devenir de los hechos observados. Es decir, se propone fijar momentos concretos a modo de *puntos nodales*¹² que soporten el análisis de este trabajo.

Aunque se debe reconocer de antemano la imposibilidad de narrar la totalidad de acontecimientos que impactan el desarrollo de una época en plenitud, la selección de elementos que se incluyen como referencias de análisis intentan

¹² Este concepto viene del término "*points de capiton*" utilizado por Jaques Lacan como fijaciones parciales y relativas que sirven para distinguir prácticas discursivas que estructuran el sentido de lo social en un sistema organizado de diferencias. Ver en: "*Otros escritos*", Paidós. 2007: 205-207.

cumplir una funcionalidad explicativa. Quizás puedan parecer limitados y relativamente parciales, en la medida que se encuentran constreñidos por el abanico de matices disponibles para su observación. En todo caso, también la parcialidad de la posición de análisis se tendrá que argumentar y justificar. estas premisas de forma deliberada o inconsciente.

A principios de los años noventa, el politólogo Francis Fukuyama anticipaba el triunfo del liberalismo occidental en el mundo y con ello el fin de la historia (Fukuyama, 1992). En aquellos años, el profesor de Stanford no estaba solo en la convicción de que se asistía a un momento histórico de cierre en la era de las ideologías. En el contexto político mundial se expresaba cierta sensación de haber superado definitivamente una etapa caracterizada por el conflicto ideológico y estar arribando a la posibilidad de construir progresivamente un consenso universal sobre la forma más conveniente de organizar el mundo (Bell, 2015). La gobernanza global aparecía como uno de los retos más importantes y se percibía confianza en la virtud de la tecnocracia, en un nuevo orden del sistema (Gilder, 1984; Guiddens, 1998, 1999).

Atrás habían quedado las grandes guerras por el orden mundial y parecía haber triunfado un modo específico de racionalidad en occidente que no tenía rival. El neoliberalismo¹³ cobraba carta de naturalización y empezaba a desarrollarse una nueva forma de gobernanza. ¿Qué ocurrió previamente para que las condiciones se tornaran de esta manera? ¿qué sucedió en la correlación de fuerzas geopolíticas? ¿cuáles fueron los elementos que permitieron el surgimiento del

¹³ El tratamiento del concepto “neoliberalismo” en esta investigación se desarrolla explícitamente en la *Quinta Parte* de la presente investigación de manera profunda y acuciosa. Sin embargo, es útil señalar que con este término se denomina una forma de racionalidad distinguible en el mundo contemporáneo que incorpora elementos económicos, políticos, culturales y sociales, así como los discursos que los subyacen.

discurso neoliberal? Para responder estos cuestionamientos conviene definir algunas condiciones observables durante estas décadas.

En primer término, es posible observar un desarrollo exponencial en la globalización mundial. Si bien es cierto que a lo largo de la historia ha existido un proceso continuo y progresivo hacia diferentes formas de globalización - desde la expansión comercial de finales del siglo XV en Europa hasta la conversión de los sistemas productivos impulsada por la industrialización del siglo XIX- nunca se había dado de manera tan exponencial y plena como en la segunda mitad del siglo XX. A causa de la “*gran depresión*” en Norteamérica y la irrupción de las dos guerras mundiales, el proceso globalizador se había desacelerado en las primeras cuatro décadas de 1900. Pero a partir de 1950 se relanza el proceso de integración global fortalecido por los acuerdos de *Bretton Woods* en 1944, que promueven la cooperación financiera y comercial a escala mundial. Es a partir de mediados de la década de los años setenta cuando las condiciones de la economía detonaron una verdadera posibilidad globalizadora.

El fenómeno de la globalización se apoya esencialmente en tres pilares: austeridad fiscal, privatización y liberalización de los mercados¹⁴. La globalización económica queda enmarcada por una creciente liberalización e internacionalización mundial de los procesos económicos, financieros, políticos, sociales, ambientales y culturales de los países. Por otro lado, se desarrolló una estrategia de expansión discursiva que utilizaba el cine, la televisión, la música

¹⁴ Este detonar en la globalización se asocia al denominado *Consenso de Washington* que promovió un paquete de reformas al modelo económico para estabilizar la macroeconomía, liberalizar y desregularizar los sistemas de intercambio y fortalecer instituciones globales. Ver al respecto: *The Washington Consensus as Policy Prescription for Development* (2004) de John Williamson, disponible en: <https://piie.com/publications/papers/williamson0204.pdf>

y la literatura a manera de incipientes esquemas de propaganda novedosa (que se empezaría a denominar *marketing*) para llevar su retórica política a cada parte del mundo.

El periodo comprendido entre 1950 a 1974 fue de gran desarrollo y crecimiento económico en todo occidente posibilitando dos fenómenos: la consolidación y expansión de la democracia liberal y la presión internacional en relación a nuevas exigencias democráticas que produjeron la caída de diversos sistemas de gobierno alternativos. En este contexto globalizador, ocurrió uno de los fenómenos políticos más relevantes del último cuarto de siglo: la desintegración de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS) en 1991. Este acontecimiento marcó el derrumbe económico y político de un bloque de países socialistas que establecían una especie de equilibrio geopolítico frente a las potencias occidentales encabezadas por Estados Unidos. Más allá del simbolismo que representó esta disolución, los efectos que tuvo para el fortalecimiento de la visión democrática liberal como forma de gobierno ideal y para la consolidación de un sistema económico global, fueron determinantes.

Es decir, la democracia liberal intentaba constituirse como portadora de los más altos valores occidentales frente al bloque comunista. El discurso normativo sobre libertad y las virtudes de una economía de mercado abierto se convirtieron en el estandarte con el que se presentaban ante el mundo. De pronto, la democracia liberal, como modelo, se encontró sin antítesis visible y sin un discurso político capaz de rivalizar con sus pretendidas virtudes. Surge entonces la denominada "*tercer ola de la democracia*" (Huntington, 1991) caracterizada por el carácter dominante de este modelo económico-político en los países occidentales.

Sin embargo, desde mediados de los años setenta, la democracia liberal fue adoptando una serie de transformaciones internas. Prácticamente con el declive del consenso socialdemócrata¹⁵ empezaron a quedar de relieve una serie de desequilibrios estructurales que cuestionaban la legitimidad del modelo establecido. El Estado Bienestar, que había generado que un gran número de personas satisficieran sus necesidades fundamentales y accedieran a un tipo de consumo de bienes y servicios que hasta hace unos años estaba reservado para minorías privilegiadas, empezaba a mostrar fracturas evidentes. La quiebra político-económica del modelo de Estado bienestar de posguerra se dejaba sentir (Caparrós, 1999: 100). En esta tesitura se introducirían nuevas reformas al sistema económico mundial, caracterizadas por una liberación de la economía y su desregulación progresiva: el modelo neoliberal.

Dos personajes resultan esenciales para comprender este proceso: Margaret Thatcher, primera ministra del Reino Unido de 1979 a 1990 y Ronald Reagan, presidente de los Estados Unidos de América entre 1981 y 1989. Ambos dirigentes constituyeron una alianza personal y política que relanzó el modelo liberal a nuevos estadios. Más allá de su conservadurismo político y liberalismo económico, esta alianza introdujo nuevos elementos al sistema: disminución de impuestos, reducción del gasto social, apertura y desregulación del mercado, máxima libertad y protección estatal a la iniciativa privada y un proceso progresivo de privatización de los bienes públicos. Sobre todo, prevalecía la idea de que el Estado no era la solución, sino el principal problema del sistema. A través de un profundo anti-intelectualismo, una supuesta identificación popular

¹⁵ Algunos autores toman como referente del declive socialdemócrata un informe sobre *"La crisis de la democracia"* presentado en 1975 ante la Comisión Trilateral realizado por Crozier, Huntington y Watanuki.

y un discurso anti-político, estos personajes representan claramente la aceleración del proceso neoliberal. Su relación con el entonces jefe de Estado de la Unión Soviética, Mijaíl Gorbachov, fue fundamental para acelerar las condiciones de la disolución del bloque socialista.

Es a partir de la década de los ochenta cuando avanza el discurso neoliberal, caracterizado por promover las virtudes de la tecnocracia por encima de la política. Se presenta un nuevo modelo de gobernanza bajo el slogan thatcheriano “*There is no alternative*” y las ideologías alternativas, si bien no habían dejado de existir, permanecían en un claro repliegue. Las corrientes de pensamiento dominante se transformaron en sintonía al modelo disponible mientras la economía migraba a nuevas estructuras de financiarización. La educación pública empezaba a resentir una re-privatización al igual que una serie de bienes y servicios (Brown, 2015: 235-239), la globalización trastocaba todo los referentes establecidos y los políticos parecían indeseables y perniciosos frente al nuevo modelo de gobernanza de los “*profesionales*”.

En esta trayectoria es posible observar la puesta en marcha de un conjunto de organismos internacionales que han reforzado estos procesos: el *North American Free Trade Agreement* (NAFTA) en 1989, la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI) en 1980, El Mercado Común del Sur (MERCOSUR) en 1991 o la Organización Mundial de Comercio (OMC) en 1995. Otro estímulo al desarrollo de la globalización ha sido el crecimiento de la economía financiera, entendida como el incremento de las relaciones globales a través de flujos financieros transnacionales (Prasad et al., 2003: 7).

Es precisamente en este escenario de fenómenos políticos globales cuando arriba la era digital y es por ello que emerge simultáneamente al nuevo discurso

instalado; a una forma reconocible de racionalidad que se incorporaba. Más adelante se intentará desarrollar el análisis para determinar en qué medida ambas condiciones, el arribo de la era digital y la emergencia de la racionalidad neoliberal, se retroalimentan e impulsan mutuamente.

2.2 División de la estructura temporal en etapas de análisis

En el contexto histórico que se ha descrito iba produciéndose la era digital. Para situar el surgimiento de internet como paradigma de la revolución digital es necesario exponer cuál será la división temporal y las etapas de análisis que se utilizarán en este trabajo. Si bien es cierto que los primeros antecedentes de lo que hoy se conoce como internet se remontan al año de 1969 con la aparición de *ARPANET* (Salus, 1995; Castells, 2000), no es hasta bien entrada la década de los años ochenta cuando se desarrolla con mayor celeridad y se convierte en una herramienta relativamente accesible para la ciudadanía.

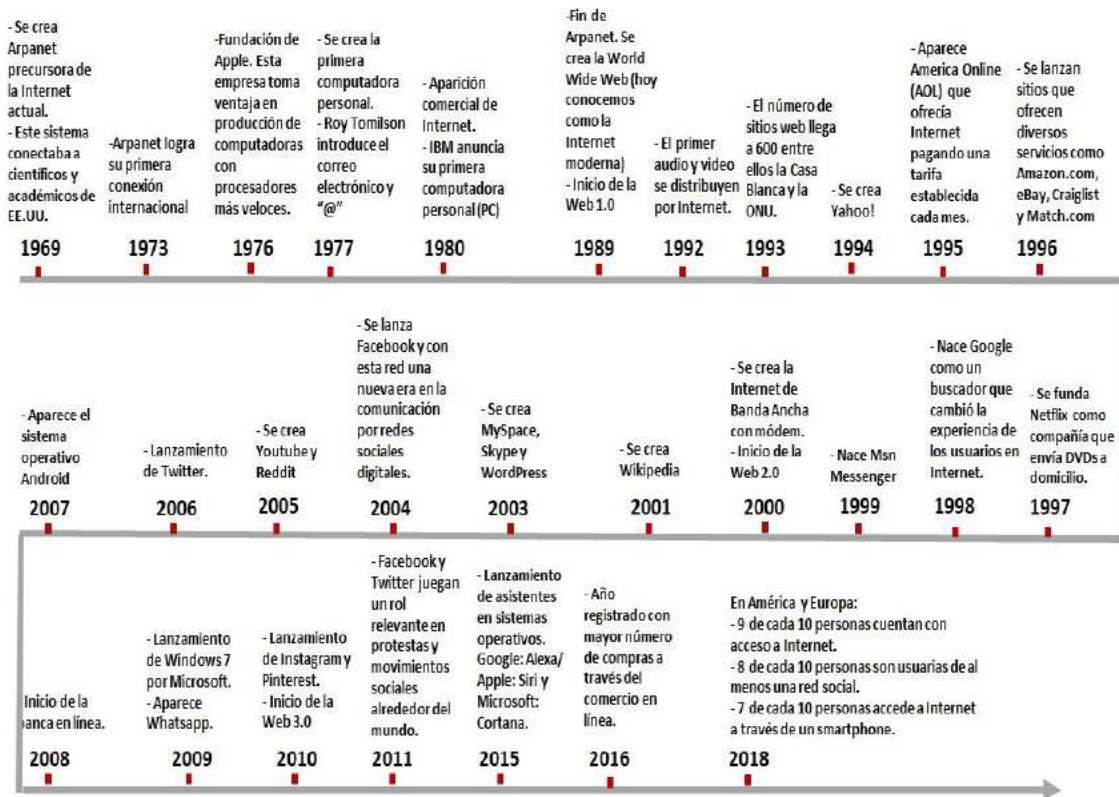
En este trabajo, como ya se ha expresado, el interés del análisis radica en el impacto de internet y sus consecuentes desarrollos digitales dentro de las estructuras de relaciones sociales y en los procesos de subjetivación posibles; así como el uso e incorporación de este tipo de tecnología en los procesos económicos, políticos e institucionales. Por tanto, las reflexiones aquí comprendidas se centran a partir del momento en que se socializa este tipo de tecnología e inicia un proceso sostenido de masificación. Para esta investigación se propone realizar el análisis a través de tres etapas distinguibles: la primera comprenderá del año 1990 hasta el año 2000, es decir, la etapa de la popularización de lo que se conoce como Web 1.0, el surgimiento de los primeros servidores y el predominio de las páginas *puntocom*. Una segunda

etapa del 2000 al 2010, la de la Web 2.0 caracterizada por la proliferación de las dinámicas interactivas digitales, la masificación del uso de los teléfonos inteligentes y la aparición de las grandes plataformas digitales interactivas. Finalmente, una tercera etapa a partir del año 2010 hasta la actualidad; este último periodo analiza el desarrollo potencial de la interacción en red, el impacto de la Web semántica (o Web 3.0), la digitalización de diversos modelos económicos, la profundización de los debates éticos sobre la digitalidad, el aumento de la crítica ante la deriva de la conversación pública y la disputa por la economía de la atención. Es decir, la etapa de la intensificación de las prácticas digitales.

Es cierto que existen diversas clasificaciones para agrupar temporalmente las etapas evolutivas de internet y los procesos digitales, pero es posible encontrar ciertas regularidades entre ellas, sobre todo la diferenciación entre la Web 1.0 y la Web 2.0 que es empleada por la mayoría de los estudios especializados en el desarrollo y evolución de internet, aunque pueden diferir en los años exactos que comprenden cada una. Para los propósitos de esta investigación se asumen las tres etapas descritas y se irán realizando análisis que comparen simultáneamente otros cambios concurrentes de carácter económico, político y social que ocurran en la misma temporalidad.

En el *Gráfico 1* se muestra una selección de las coyunturas más relevantes en el proceso de digitalización a partir del año de 1969 y hasta el 2018. Este recorrido permite distinguir la aparición de las principales innovaciones que marcan la evolución de la era digital.

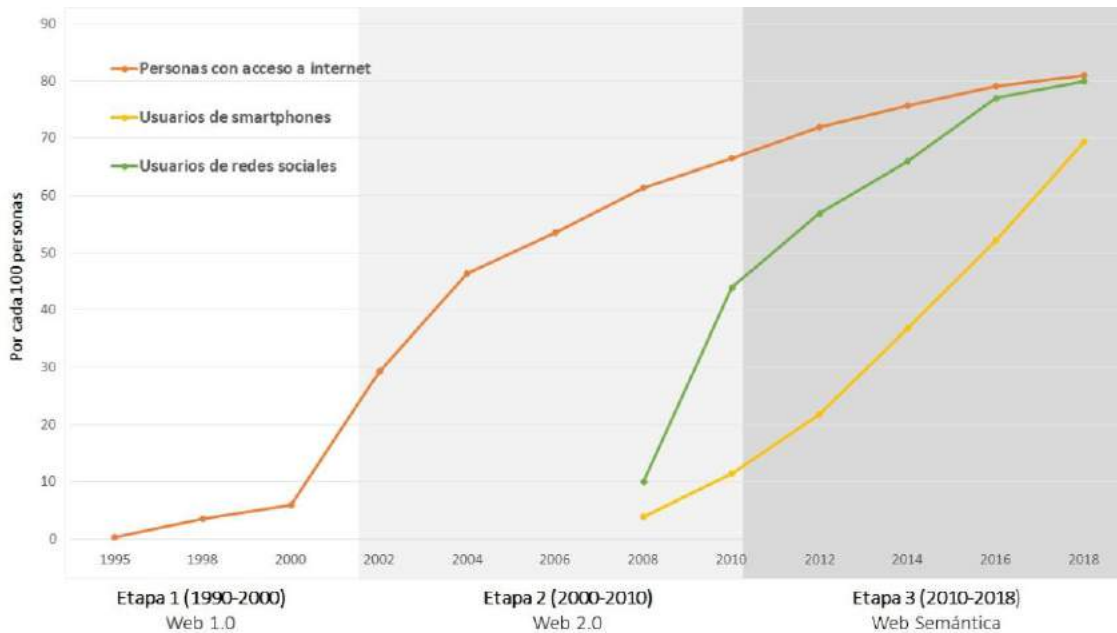
Gráfico 1. Surgimiento y evolución de la Era Digital



Fuente: Elaboración propia con información de Dorogovtsev y Mendes, 2013 y A Time Line of the Internet: 1969-2018 <https://www.digitalinformationworld.com/2018/08/history-of-the-internet-infographic.html> (Dorogovtsev, S. y J.F.F. Mendes. 2013. *Evolution of Networks: From Biological Nets to the Internet and WWW*. Oxford: Oxford University Press.

En el Gráfico 2 se establece la división temporal de análisis que se propone en tres etapas y se da cuenta del grado de uso intensivo digital en cada una de ellas. Puede distinguirse un aumento sostenido en la accesibilidad a Internet pasando de 6 personas por cada 100 en el año 2000 a 80 de cada 100 en el 2018. El arribo de las redes sociales y la popularización de los *smartphones* se intensifica a partir del 2008 y se consolida en la etapa de la Web semántica.

Gráfico 2. Evolución e intensificación de las prácticas digitales



Fuente: Elaboración propia con información de ITU World Communication, 2019 <https://www.itu.int/en/ITU-D/Statistics/Pages/stat/default.aspx> y Statista "Percentage of population with a social media profile from 2008-2018". El gráfico muestra datos de América y Europa entre 1995 y 2018.

2.3 Web 1.0 Características y primeros debates

Con el desarrollo de la Web 1.0 se empieza a escribir una nueva historia en la etapa de internet; una etapa enmarcada por la socialización de la *red de redes*, su masificación y su puesta en contacto con el grueso de la población. Antes de definir y caracterizar la Web 1.0, es importante hacer notar que este concepto se implementaría mucho después de la aparición del fenómeno que explica. Es decir, los términos de *Web 1.0* y *Web 2.0* surgen sincrónicamente a principios de la década de los dos mil, con el objetivo de diferenciar dos momentos distintos de la evolución de internet y sus capacidades (Revuelta y Pérez, 2011: 84). En este sentido, su definición parte fundamentalmente de las diferencias entre ambas etapas y es útil solo para contrastar sus características principales.

Aunque no existe una convención generalizada sobre el concepto o la temporalidad que abarca el fenómeno de la Web 1.0, sí es posible asignarle ciertas características y distinguirla a través del tiempo.

Por un lado, se identifica esta etapa en el desarrollo de internet desde el surgimiento de la *World Wide Web* desarrollada por Tim Berners Lee en 1989 y la aparición de las primeras páginas estáticas *HTLM* y *GIF*. Es un modelo de Web que carece de interacción, es decir, el usuario solo recibe y consume información de manera. Se compone de páginas que muestran cierto contenido de manera fija y el usuario tiene poca o nula capacidad de interactuar. El desarrollo de las páginas conocidas como “*puntocom*” se caracterizan además porque su contenido es producido exclusivamente por un “*webmaster*” (editor de la página web en cuestión) y mantiene una escasa actualización. Son espacios donde predominaba el texto sobre la imagen y se utilizan los hipertextos¹⁶ para navegar por sus distintas interfaces. Esta Web primitiva es estática, centralizada, secuencial, de lectura y está vinculada a la proliferación del uso del correo electrónico, navegadores o motores de búsqueda (Latorre, 2018: 2).

Otra de las cuestiones de la Web 1.0 radica en su filosofía de fuente cerrada; es decir, se consideraba que el contenido de las aplicaciones era propiedad exclusiva de la compañía o la persona que desarrolló dicho *software*. En dicha etapa, Internet era concebida como un universo de datos mayoritariamente

¹⁶ La función del hipertexto es “*conectar documentos o partes de documentos y explorar y navegar a través de grandes masas de documentos o hiperdocumentos. También permiten la búsqueda directa y la recuperación instantánea de la información*” (Lamarca, 2018. Tesis doctoral de la Universidad Complutense de Madrid disponible en URL: <http://www.hipertexto.info>). El Hipertexto es el nuevo concepto de documento en la cultura de la imagen.

estáticos que estaban disponibles para la consulta de millones de personas. Los usuarios ingresaban –navegaban– por la Web a su libre antojo, pero sin poder alterar los contenidos e interactuar; era como visitar una gran exposición en donde se podía apreciar, aprender, tomar notas, pero no era permitido alterar los objetos presentados. Sin embargo, y a pesar de estas restricciones, el arribo de la Web 1.0 significaría la realización del sueño de conectividad global en tiempo real y a través de una red virtual. A partir de ese momento se iniciaría un proceso acelerado de innovaciones y transformaciones.

La aparición de la Web 1.0 dio inicio a un proceso reflexivo desde el ámbito académico que intentaba comprender y dimensionar las implicaciones que esta novedad podría traer. Se empiezan a acuñar algunos términos para referenciar las transformaciones y se diversifican los análisis sobre el impacto de la revolución digital en la forma de vida y en las estructuras económicas y políticas. Estos estudios emergen de diversos campos de investigación como la sociología, los estudios políticos o la propia filosofía y brindan perspectivas particulares sobre los fenómenos concurrentes. Algunos de estos análisis fueron realizados al calor de los cambios y dan cuenta de circunstancias relativas a momentos concretos. Carecen por tanto de perspectiva histórica, pero en cambio adquieren una visión de primera mano, directa, sobre la contingencia de las transformaciones.

En 1995, el profesor Manuel Castells (1942) publica un libro titulado *“La ciudad informacional: tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional”*. En este texto se aborda la idea de que está ocurriendo una *“transformación tecnológica de proporciones históricas (que) está transformando las dimensiones fundamentales de la vida humana”* (Castells, 1995: intro.). Se propone entonces relacionar las nuevas tecnologías de la información con los procesos

urbanos e inicia un proceso de reflexiones profundas sobre el impacto de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) en la estructura social. Muy pronto se empieza a vincular el proceso de producción e intercambio de información como un elemento neurálgico en esta nueva etapa en donde *“la información constituye tanto la materia prima como el producto”* (Castells, 1995: intro.).

Castells se plantea la existencia de una *“sociedad de la información”*, concepto que desarrolla profusamente en su libro *“La era de la información: economía, sociedad y cultura: La sociedad Red”* (1999). Al respecto señala que el término informacional constituye el atributo de una forma específica de organización social donde *“la generación, el procesamiento y la transmisión de la información se convierten en las fuentes fundamentales de la productividad y el poder, debido a las nuevas condiciones tecnológicas”* (Castells, 1999: 47). La idea que desarrolla no se refiere tanto a la centralidad del conocimiento y la información en esta nueva etapa como a la aplicación de dichos elementos en nuevos aparatos de ordenación social. La noción de la sociedad de la información ya había sido empleada por el sociólogo Daniel Bell (1919-2011) en su libro *“El advenimiento de la sociedad post-industrial”* publicado en 1976. Sin embargo, la connotación del término y las implicaciones con que se asocia difieren de la de Castells.

Simultáneamente, se iba asentando el concepto de *“era digital”* que emulaba al término de *“aldea global”* que propusiera el sociólogo canadiense Marshall McLuhan en su libro *“Guerra y paz en la Aldea Global”* (1968). Si el concepto de la aldea global mostraba un entorno social conectado gracias a la saturación que permiten los medios de comunicación tradicionales (televisión, prensa, radio) y los cambios que producen, la idea de la aldea digital muestra la esencia de esta saturación, pero potenciada por el alcance de los nuevos medios digitales. Es así

como empieza hablarse de ciudadanía digital o “*netizens*” (Hauben y Hauden, 1997) en razón a la posibilidad de que los sujetos accedan y ejerzan su ciudadanía a través de las herramientas digitales existentes. Es decir, el concepto de ciudadanía digital estaría vinculado a dispositivos y estructuras digitales que permiten su consolidación (Rendueles, 2016: 16).

Más adelante, incluso se hablará en términos de “*nativos digitales*” (Prensky, 2001) en referencia a persona que han nacido y crecido con acceso a estas tecnologías y por tanto, las han interiorizado. El desarrollo de internet fue precipitado, es decir, apenas se difundía alguna novedad y ya se habían producido otras tantas. Fue, desde los primeros años, una suerte de creación exponencial ininterrumpida que daba poco tiempo para reflexionarse, simplemente se incorporaba en la vida diaria. Los análisis tempranos que se realizaban eran mayoritariamente optimistas. La comunicación y conectividad global eran el signo de su tiempo.

2.4 Web 2.0 Una revolución dentro de la revolución

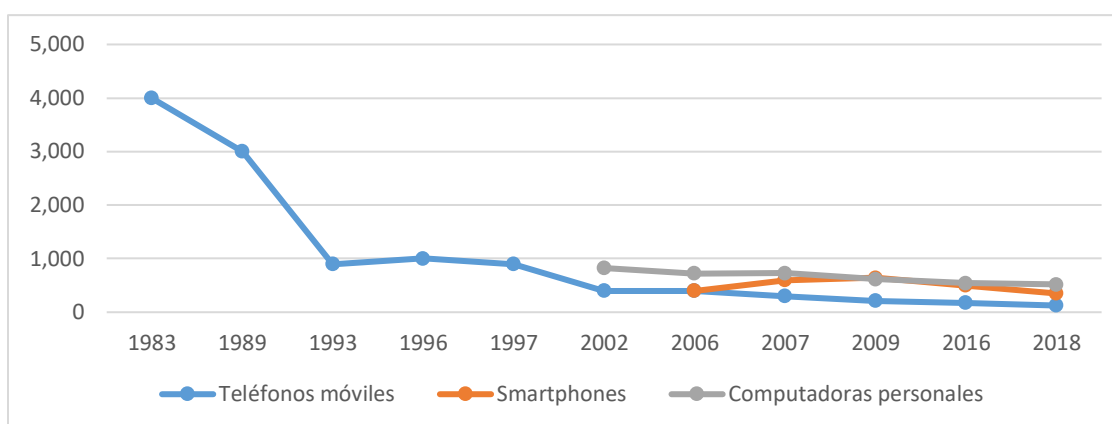
Apenas se estaba asimilando la potencialidad que representaba internet y se estaban incorporando sus lógicas a distintas estructuras económicas, políticas y sociales cuando emerge una segunda revolución dentro de la propia revolución digital: las dinámicas interactivas de la Web 2.0. En cierto sentido la estructura digital ya estaba ahí, disponía de contenidos e información para consultar de manera sencilla y ágil. Incluso se estaban desarrollando los primeros esfuerzos para utilizar esta plataforma como un espacio de comunicación entre personas

a grandes distancias¹⁷. Sin embargo, a partir del año 2000 se intensificaron de forma impresionante estos mecanismos ante la confluencia de dos condiciones: 1) el desarrollo de plataformas de interacción social de construcción colaborativa y sistemas bajo demanda; y 2) la masificación de dispositivos de auto-acceso (móviles y ordenadores) como resultado de la disminución relativa de su costo y su aumento de disponibilidad en el mercado.

En los *Gráficos 3 y 4* se proyecta la disminución del costo de los teléfonos móviles que en 1983 alcanzaban casi los 4000 dólares por unidad y para 2018 su valor promedio oscila apenas en 125 dólares. Esta disminución representa la posibilidad de su masificación al convertirse en dispositivos más accesibles para el grueso de la población. Se muestra la variación del precio en las distintas regiones del mundo y se establece la aparición y evolución del costo de los *smartphones*. Son estos último los que marcan el signo de la accesibilidad digital contemporánea.

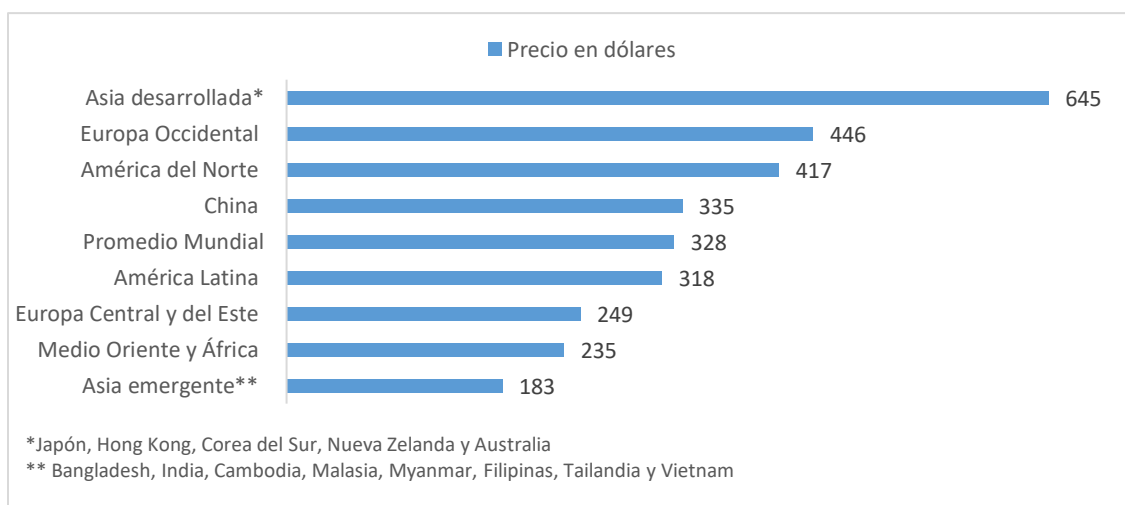
¹⁷ Estos esfuerzos se concentraban en el Internet Relay Chat (IRC) como un protocolo que permitía la comunicación en tiempo real a través de internet, ya fuera en grupos de interacción públicos o intercambios privados. Ver al respecto Rintel, S, Mulholland, J, Pittam, J (2001) *"First things first: internet relay chat openings. Journal of Computer-Mediated Communication"*.

Gráfico 3. Evolución de precio promedio de teléfonos móviles y smartphones (1983-2018)



Fuente: Elaboración propia con información de “Cell Phone Cost Comparison Timeline” de Technology.org en <https://www.technology.org/2017/09/18/cell-phone-cost-comparison-timeline/> Y “Average selling price of personal computers worldwide from 2005 to 2018” de Statista <https://www.statista.com/statistics/203759/average-selling-price-of-desktop-pcs-worldwide/>. Los datos se reflejan en dólares.

Gráfico 4. Precio promedio de smartphones por región (2017)

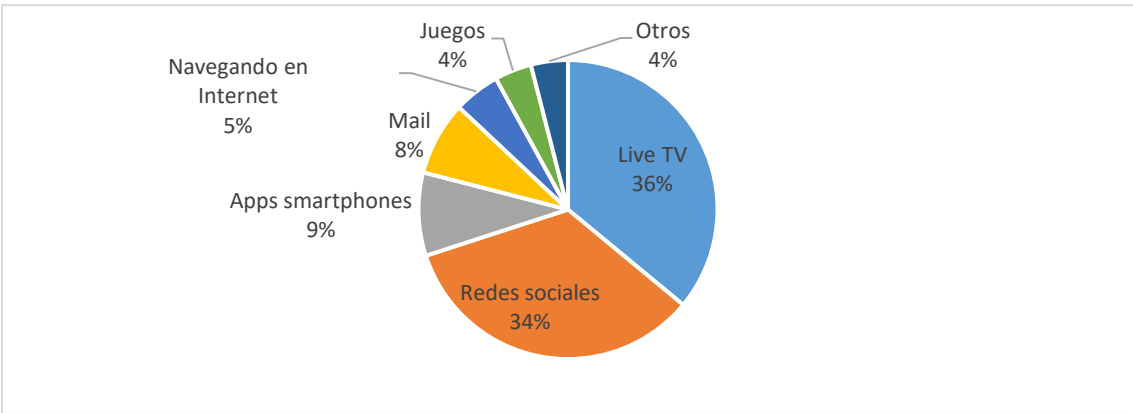


Fuente: Elaboración propia con información de GfK para Statista 2018 <https://www.statista.com/chart/12685/smartphone-asp-by-region/>

En el *Gráfico 5* se da cuenta de cómo usan el tiempo de navegación en Internet las personas. Destaca que los dos rubros más importantes sea el de los contenidos televisivos digitales (36%) y el de las Redes Sociales (34%). Las

industrias de televisión tradicionales han tenido que migrar o incorporar estrategias virtuales para permanecer vigentes.

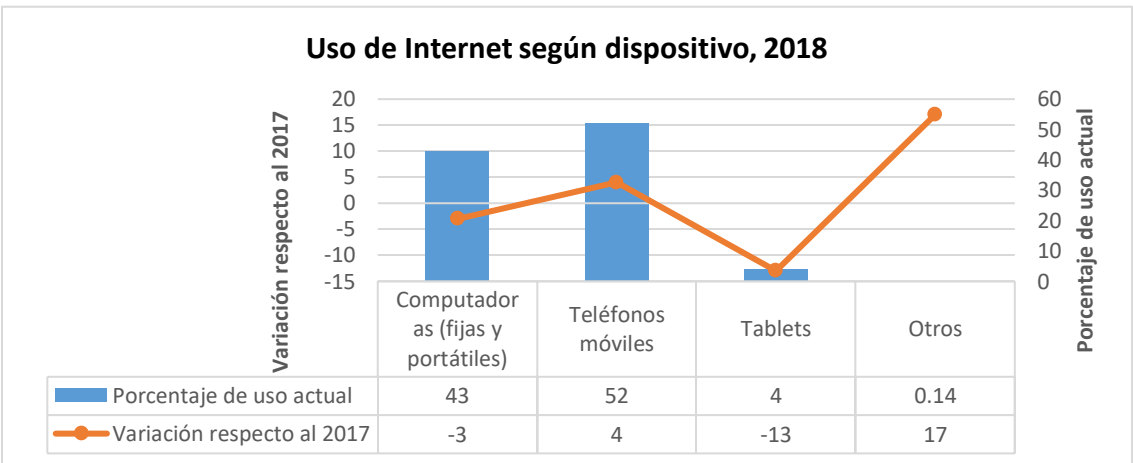
Gráfico 5. Uso del tiempo en Internet



Fuente: Elaboración propia con información de Adult’s Media Use and Attitude Report de Ofcom, 2018 https://www.ofcom.org.uk/__data/assets/pdf_file/0011/113222/Adults-Media-Use-and-Attitudes-Report-2018.pdf

El Gráfico 6 muestra cual es el tipo de dispositivo a través del cual acceden a Internet los usuarios. Las computadoras (PC) y las tablets, otrora dispositivos dominantes, han cedido ante la masificación de los smartphones. Hoy casi el 50% de quienes usan la red lo hacen con sus teléfonos móviles.

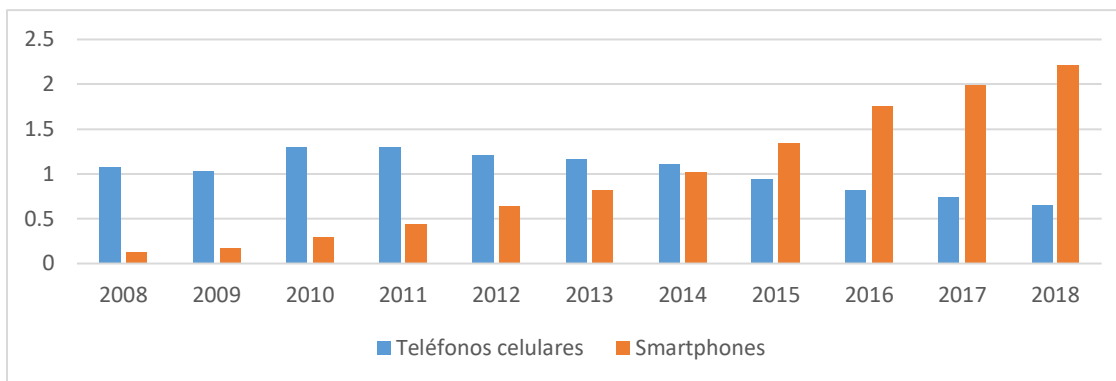
Gráfico 6. Acceso global a Internet según dispositivo (2018)



Fuente: Elaboración propia con información de Global Web Index, 2017 en el reporte We Are Social 2018 <https://wearesocial.com/blog/2018/01/global-digital-report-2018>

En relación a lo anterior, el *Gráfico 7* muestra la evolución del número de smartphones y móviles. En 2008 apenas existían 0.13 millones de unidades de smartphones, mientras que en 2018 esta cantidad se eleva a 2,222 millones.

Gráfico 7. Evolución de la cantidad de teléfonos móviles y smartphones en el mundo (2008-2018)



Fuente: Elaboración propia con información de Statista, 2018
<https://www.statista.com/statistics/225321/global-feature-phone-and-smartphone-shipment-forecast/>. Los datos se reflejan en millones de unidades.

Los *Gráficos* anteriores tan solo pretenden situar el contexto de surgimiento, evolución e intensificación de la digitalidad a partir de datos concretos. En el transcurso del presente capítulo se estarán presentando distintos gráficos que complementen y respalden las afirmaciones que aquí se realizan.

La Web 2.0 se caracteriza por posibilitar procesos de interacción y la colaboración entre usuarios capaces de crear contenidos. Se manifiesta a través de plataformas abiertas y participativas que potencian la actividad del usuario, lo convierten en un protagonista de la Web. En esta tesitura, el usuario adquiere una funcionalidad particular dentro de la digitalidad, se convierte en creador de contenidos y en un participante activo que interactúa en un modelo multidireccional y variable apoyándose en las herramientas síncronas y asíncronas (Pullen y Snow, 2007). Fundamentalmente es una plataforma

pensada para que cualquier sujeto tenga la posibilidad de convertirse en usuario gracias a su simplicidad y accesibilidad. Se accede a sus plataformas y herramientas desde cualquier dispositivo inteligente¹⁸ fijo o móvil, en cualquier momento y desde cualquier ubicación que tenga cobertura.

El término de Web 2.0 se populariza en el año 2004 luego de una lluvia de ideas para buscar el nombre de una conferencia de la compañía *O'Reilly Media* y se le adjudica a su propietario Tim O'Reilly (1954); aunque fue el arquitecto Darcy DiNucci quien planteó por primera vez el concepto en un artículo publicado en enero de 1999 donde sostiene:

“La Web que conocemos ahora, que carga la ventana de un buscador en la pantalla, es sólo un embrión de la Web que se avecina. El primer destello de Web 2.0 está empezando a aparecer, y apenas empezamos a ver cómo el embrión podría desarrollarse. La Web será entendida no como pantallas de texto y gráficos sino como un mecanismo de transporte, el éter de lo que pasa interactivamente. Aparecerá en la pantalla de tu computadora, en la de tu TV, el escritorio de tu carro, tu teléfono, máquinas de juego sostenidas a mano, incluso en tu horno microondas” (DiNucci, 1999).

Esta idea se refiere a una segunda generación de tecnología *Web* basada en procesos colaborativos, procesos de intercambio ágil de contenidos y la construcción de comunidades sociales en el espectro virtual. La posibilidad de desarrollar una inteligencia colectiva acompañó a esta nueva etapa desde el principio como una *actitud* distinta ante los procesos comunicacionales que

¹⁸ Por dispositivo inteligente se refiere cualquier aparato o dispositivo electrónico con acceso a la banda ancha (internet) o interconectado a otros dispositivos y redes que le permiten compartir datos y contenidos de manera interactiva y relativamente autónoma.

estaban ocurriendo en la digitalidad, al convertir al usuario en protagonista de la infraestructura tecnológica. Los sitios Web 2.0 actúan como vínculos bidireccionales y dinámicos pues siempre están en constante transformación y actualización. Algunos de los ejemplos prácticos de lo que representa esta evolución son las redes sociales, los *blogs*, los movimientos *wikis*, los servicios *host*, las aplicaciones web, las plataformas colaborativas de consumo o los *mashups*.

Adicionalmente, la Web 2.0 constituye una estructura dinámica que se reconfigura en su propia práctica, es decir, el solo hecho de utilizarla permite generar flujos e inercias que transforman sus propios objetivos. Están en continua adaptación y transformación, pues su esencia es la contingencia y no la fijación. Los distintos usuarios tienen la posibilidad de utilizar, compartir, crear y transformar ciertos contenidos y herramientas propiciando eso que denominan trabajo colaborativo 2.0 (Silva y Reygadas, 2013) y el desarrollo de la inteligencia colectiva en la digitalidad (Lévy, 1999: 89). Pero sobre todo, es una plataforma que ha bifurcado de manera gradual la diferencia entre lo real y lo virtual, entre el mundo material y el status *online*. Se ha difuminado la delgada línea entre lo público y lo privado, cuando “*la comunicación alcanza plena velocidad allí, donde lo igual responde a lo igual*” (Han, 2013: 12) en una sociedad conectada de manera horizontal.

2.5 Plataformas digitales interactivas

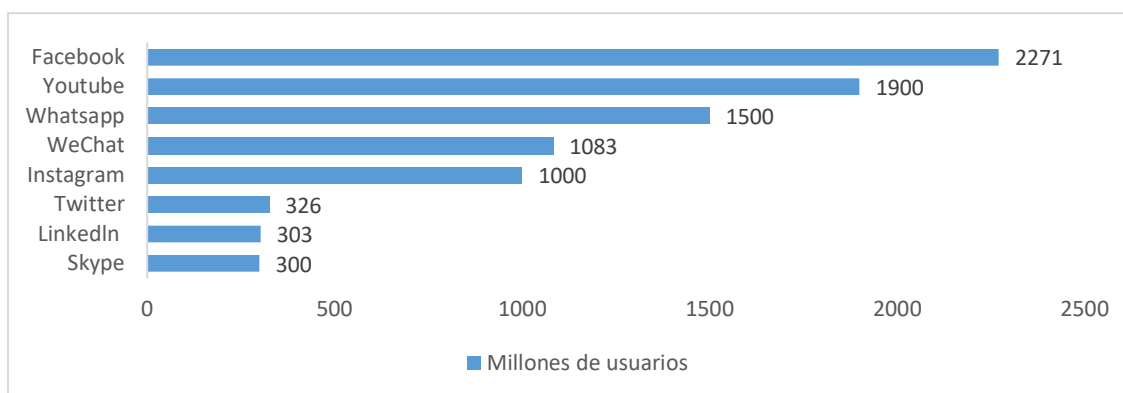
Aunque desde la popularización de internet en su etapa Web 1.0 existían ciertas estructuras interactivas que posibilitaban la participación de usuarios en esquemas bidireccionales, no es sino hasta el surgimiento de las primeras

plataformas sociales interactivas donde su potencialidad se deja sentir de manera global. Ya en 1995 había surgido *Theglobe.com* como una plataforma que daba la oportunidad a sus usuarios para personalizar su experiencia *online* permitiéndoles publicar contenidos e interactuar con otros usuarios que tuvieran intereses comunes. En 1999 surge *Livejournal.com* como el primer portal importante que ofrecía el servicio de crear diarios y blogs en línea.

Pero es en el año 2002 con *Friendster* que emerge la primera red social inteligente cuyo objetivo exclusivo es construir lazos relacionales entre personas a través del uso de ciertos algoritmos para encontrar afinidades y conectarlas. A partir de este momento se inicia un periodo de dinamización de este tipo de estructuras. Nace en esta década *Wikipedia* (2003) y *LinkedIn* (2003) de carácter más divulgativo y profesional, pero sobre todo se desarrollan plataformas como *MySpace* (2003), *Skype* (2003) o *Hi5* (2003). Todas estas plataformas fueron altamente populares llegando a contar algunas de ellas con millones de usuarios en un contexto en el que apenas se empezaba a masificar el acceso y disponibilidad de la banda ancha.

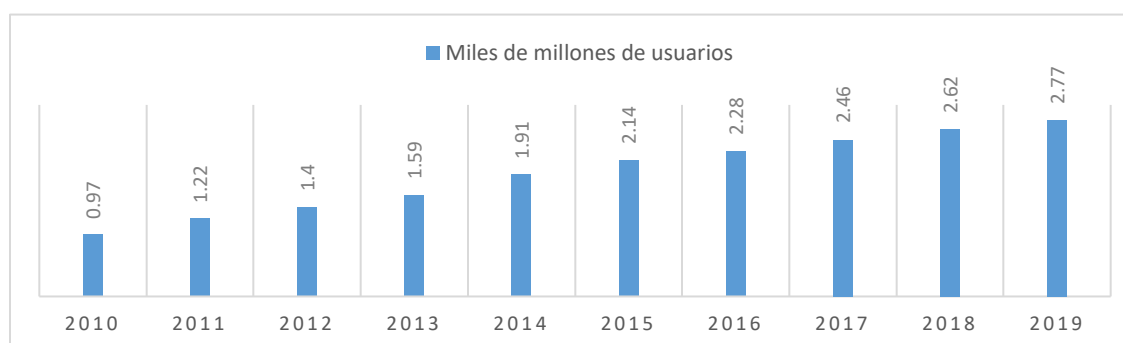
En los siguientes *Gráficos* se da cuenta de la relevancia del uso de algunas redes sociales y su evolución histórica. *Facebook* sigue siendo la plataforma dominante aunque la diversificación de la oferta de redes sigue aumentando.

Gráfico 8. Redes sociales más populares según número de usuarios (2019)



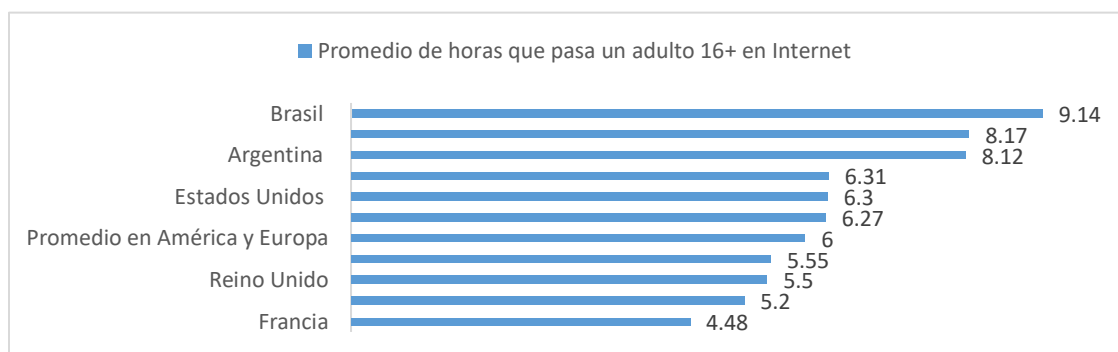
Fuente: Elaboración propia con información de “Most popular social networks worldwide as of January 2019” de Statista <https://www.statista.com/statistics/272014/global-social-networks-ranked-by-number-of-users/>

Gráfico 9. Evolución de usuarios de alguna red social en el mundo (2010 a 2019)



Fuente: Elaboración propia con información del reporte “Social Media & Use-Generated Content” de Statista <https://www.statista.com/statistics/278414/number-of-worldwide-social-network-users/>. [Los datos se expresan en miles de millones.](#)

Gráfico 10. Horas promedio por día que invierte una persona en Internet



Fuente: Elaboración propia con información de Global Web Index, 2017 en el reporte We Are Social 2018 <https://wearesocial-net.s3.amazonaws.com/wp-content/uploads/2018/01/DIGITAL-IN-2018-002-TIME-SPENT-ON-THE-INTERNET-V1.00.png>

El desarrollo de estas plataformas digitales no se agotó en la idea de conectar socialmente a personas. Bajo la misma lógica estructural de las redes sociales digitales, fueron desarrollándose de forma simultánea diversas plataformas que perseguían variados fines. Las capacidades de la *Social Media* en la Web 2.0 apenas iban explorando su potencialidad. Por ejemplo, en el campo del desarrollo académico se generaron plataformas de creación y difusión de conocimiento colaborativo como *Wikipedia*, *Google Scholar* o *Academia.edu*, o plataformas que permiten crear nuevas formas de aprendizaje del tipo *Blended Learning* (*B-learning*) o *Moodle*. En la parte comercial se han desarrollado plataformas como *Amazon* o *Alibaba* que han propiciado el cierre de tiendas departamentales importantes¹⁹.

En el campo del entretenimiento y la cultura han aparecido plataformas como *Netflix* o *Spotify* que están reconfigurando integralmente el modelo creativo y de distribución de la industria musical y el cine. Lo que es importante señalar es la forma en que estas herramientas digitales trascienden el campo de lo virtual y producen afectaciones sensibles en las estructuras tradicionales modificando el *status quo* establecido. Las redes sociales han alcanzado a más 3, 196 millones de usuarios, según el *Global Digital Report 2018*, es decir, casi la mitad de la población mundial conectada a ellas.

¹⁹ Actualmente se están desarrollando diversos estudios sobre el impacto de la tecnología digital en la empresa tradicional, tiendas departamentales o negocios y comercios del tipo *retail*. Para ver al respecto: David (2013). “*De cómo la tecnología está destruyendo el empleo*” en revista digital: MIT Review Technology. Disponible en <https://www.technologyreview.es/s/3615/de-como-la-tecnologia-esta-destruyendo-el-empleo>. También se puede consultar a Fabián Arango Archila (2016). “*El impacto de la tecnología digital en la industria discográfica*”. *Dixit*, 24(1), 36-50. Disponible en: http://www.scielo.edu.uy/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0797-36912016000100003&lng=es&tlng=es

El desarrollo del *e-commerce* (comercio en línea) ha reconfigurado todo el mercado mundial. Su impacto ha propiciado el cierre de grandes almacenes o industrias globales. Las personas han cambiado sus hábitos de compra y consumo. Tan solo en 2018, al menos 1,790 millones de personas han comprado algo por Internet. Esta industria representa casi 2000 millones de dólares solo en EEUU. Dentro de estos datos destacan el consumo de productos de moda y belleza que representan 408 millones de dólares anuales; seguido del rubro de tecnología que suma casi los 360 millones de compras en línea.

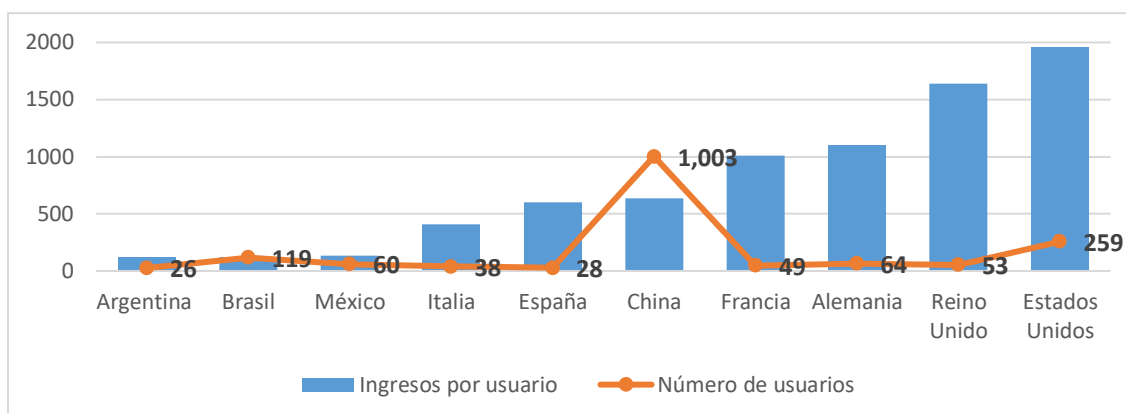
Los siguientes *Gráficos* nos permiten poner en perspectiva la relevancia del E-commerce y el posible impacto que está teniendo y que puede tener en la economía, pero también en la transformación del modelo de consumo de la sociedad.

Gráfico 11. Usuarios de E-commerce alrededor del mundo



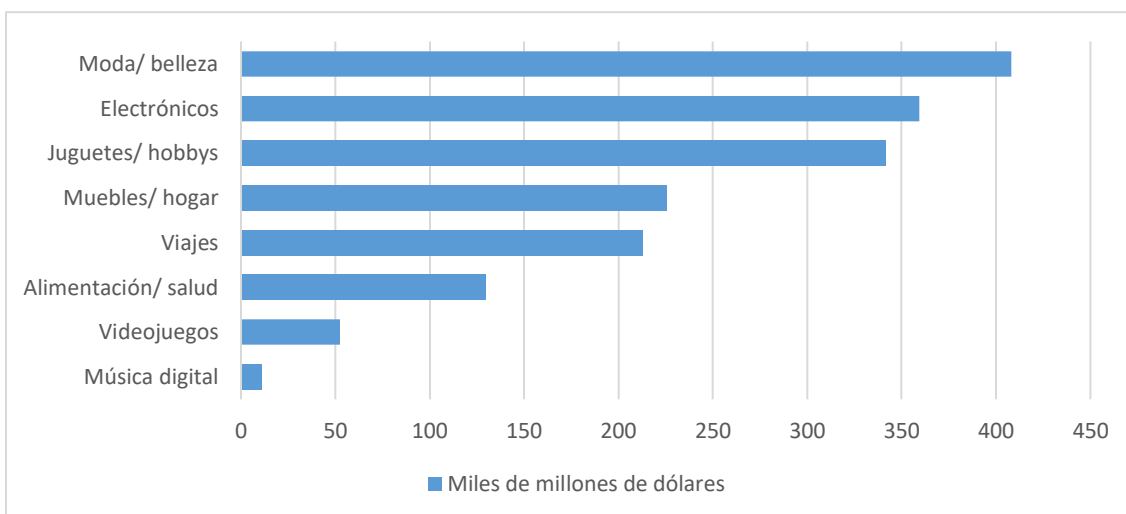
Fuente: Elaboración propia con datos de “Key Figures of E-Commerce” 2018, Statista
<https://www.statista.com/statistics/251666/number-of-digital-buyers-worldwide/>
Datos_expresados_en_miles_de_millones

Gráfico 12. Ingresos económicos por comercio en línea y número de clientes por país (2018)



Fuente: Elaboración propia con información de “Statista’s Digital Market Outlook 2018” <https://www.statista.com/outlook/243/109/ecommerce/united-states#market-globalRevenue>. Los datos relativos a los ingresos se expresan en millones de dólares y el de clientes en millones de personas.

Gráfico 13. Gasto de clientes de E-commerce por categoría (2018)



Fuente: Elaboración propia con información de “Statista’s Digital Market Outlook 2018” <https://www.statista.com/outlook/243/109/ecommerce/united-states#market-globalRevenue>. Los datos se expresan en miles de millones de dólares.

Sin embargo, es necesario ubicar el surgimiento de una red en particular que marca un hito coyuntural en el detonar de la interacción social digitalizada: *Facebook*. Creada el 11 enero 2004, esta red llegaría a convertirse en la red social más influyente y poderosa en la historia de la humanidad, adquiriendo la

capacidad de conectar en tiempo real a personas de casi cualquier parte del mundo, cultura, clase o lengua. El coste de participar como usuario es muy bajo y en concurrence con la masificación de los teléfonos inteligentes y la ampliación de la cobertura de banda ancha, este fenómeno ha llegado a cotas que apenas son posibles de dimensionar. Le seguiría *Twitter* (2006) *Instagram* (2010) y decenas de estructuras más. La conversación pública, las relaciones humanas y las nuevas prácticas de interacción empezaban a digitalizarse y aún no podían inferirse sus consecuencias.

3 El impacto de las prácticas digitales

Hasta este punto se ha intentado describir un conjunto de procesos que han acompañado la emergencia de la era digital con el objetivo de enmarcar nuestro fenómeno de observación particular: la intensificación en el uso de plataformas digitales. Para comprender mejor lo que representan estas plataformas - simbólica y materialmente-, es útil pensar en el impacto de las prácticas digitales en los sujetos desde el punto de vista de los procesos, las estructuras y las posibilidades particulares que brindan estas plataformas. Se trata de ir comprendiendo una potencial reconfiguración progresiva de los paradigmas existentes en que se basan las relaciones sociales y los sistemas más importantes de ordenación de la vida.

Las nuevas tecnologías digitales se han incorporado a diversos espacios de la cotidianeidad modificando a su paso la naturaleza de las estructuras que los contienen. Esto ha supuesto la proliferación de un novedoso mecanismo de relaciones humanas y de flujos de información que transitan por las carreteras

de las redes y determinan la nueva realidad de las comunicaciones. Hoy no vemos Internet como veíamos la televisión, sino que vivimos Internet (Castells, 2009). Dentro de esta sucesión de transformaciones potenciadas por el desarrollo tecnológico, las plataformas digitales interactivas ocupan un espacio fundamental como espacios que propician la interacción virtual entre personas.

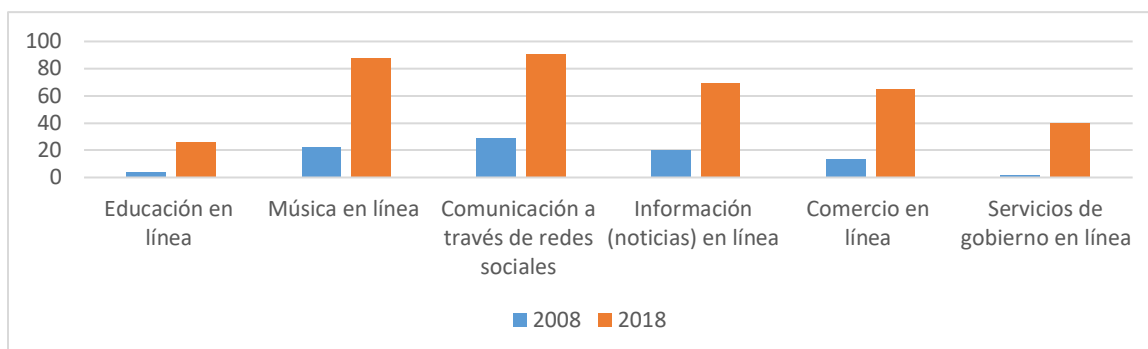
En este sentido, las plataformas digitales son más que un sucedáneo de las máquinas. Aunque desarrolladas también para satisfacer ciertas necesidades de la sociedad, estas tecnologías digitales se transformaron en auténticos dispositivos que están trastocando la propia dinámica de ordenación social. Como instrumentos de alienación, no solamente han resultado mucho más eficaces, sino altamente productivos. A diferencia de otros canales de difusión informativa -o diseminación discursiva- como la televisión, la radio o la prensa escrita, las plataformas digitales aparecen como una herramienta individualizada y a la medida.

Dinámicamente, el usuario no es sólo destinatario, sino que es productor y protagonista a la vez del sistema. El concepto de alienación deviene en el de sujeción o subjetivación; y existe entre ellos una diferencia fundamental: la alienación, según algunas tesis clásicas (Olsen, 1969; Marx, 1968; Hegel, 2000; Kierkegaard, 2007), se genera a partir de dos condiciones previamente constituidas: por un lado, está la identidad del sujeto (que se da por sentada) y por el otro su vínculo a una máquina o dispositivo a través del cual puede realizar cierta tarea o producir determinado producto. Con la máquina digital ocurre algo diferente: sin existir ningún vínculo coactivo entre el sujeto y el aparato, ninguna tarea que cumplir y ningún objeto que producir necesariamente, se constituye un amasijo que los reúne y los define contingentemente. No existe sujeto ni dispositivo previo, sino que a través de la

práctica de interacción digital, las plataformas en la red se van transformando ininterrumpidamente, pero también transforman al sujeto que las utiliza.

Afirmar que la tecnología digital y sus diversas estructuras colaterales están reconfigurando los sistemas mundo-vida de manera ostensible, implica situar el contexto actual a través de algunos datos, pero también de algunas reflexiones que sirvan de punto de partida. Las personas están utilizando cada vez más la mediación digital para gestionar sus actividades cotidianas. En el *Gráfico 14* se muestra una comparativa entre 2008 y 2018 de la gestión digital de diversas cuestiones. Por ejemplo, en 2008 apenas 22 de cada 100 personas utilizaba plataformas digitales para escuchar música. Diez años después lo hacen el 88%. Tan solo el 29% de las personas se comunicaban por medios digitales en 2008 y para 2018 lo hacen 91 de cada 100. Incluso la vinculación con el gobierno y los servicios públicos se ha digitalizado, pasando del 2% al 40% de personas que utilizan servicios de gobierno en línea. Estos datos, sin lugar a duda, deben ser interpretados de manera transversal y crítica. No se trata exclusivamente de la migración a servicios digitales, sino lo que ello propicia en el imaginario colectivo, en la forma de comprender la gestión de las actividades más básicas y la celeridad con que estas ocurren.

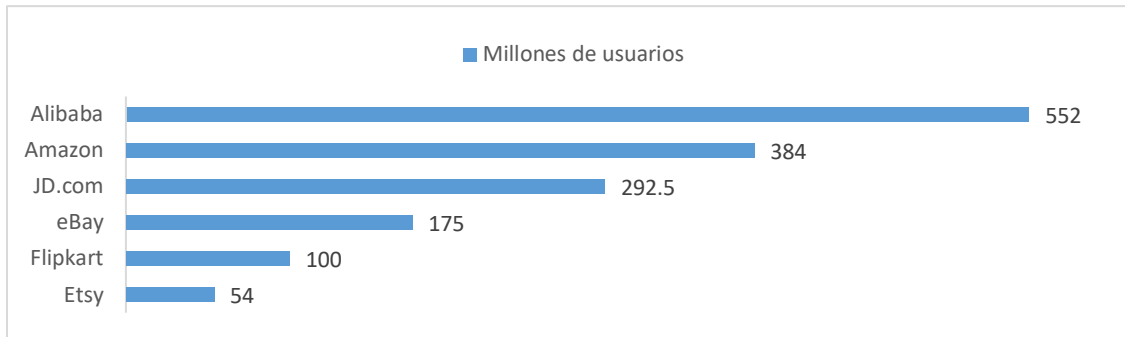
Gráfico 14. Comparativa del porcentaje de crecimiento en actividades gestionadas por Internet (2008-2018)



Fuente: Elaboración propia con información de “More students are enrolling in online courses” <https://www.usnews.com/higher-education/online-education/articles/2018-01-11/study-more-students-are-enrolling-in-online-courses> “Nielsen’s 2018 Year-End Music Report” <https://www.nielsen.com/us/en/insights/news/2019/total-album-equivalent-consumption-in-the-us-increased-23-percent-in-2018.html> “Number of social media users 2008-2018” <https://www.statista.com/statistics/278414/number-of-worldwide-social-network-users/> “Share of individuals reading or downloading online news from 2007 to 2018” <https://www.statista.com/statistics/286210/online-news-newspapers-and-magazine-consumption-in-great-britain/> “The Rise of E-commerce” <https://www.statista.com/chart/14011/e-commerce-share-of-total-retail-sales/> “E-government: availability of services” <https://www.statista.com/statistics/421693/e-government-availability-mobile-services/>

En los siguientes *Gráficos* se proyecta el crecimiento de las empresas digitales más importantes y su impacto en la sociedad. Amazon, una de los corporativos de venta de productos en línea tiene actualmente más de 384 millones de usuarios activos. En 2007 tenía apenas 18 mil empleados trabajando. En 2018 son más de 613 mil. Sus ingresos se han disparado del 2015 a la fecha y parece que su crecimiento seguirá sostenido.

Gráfico 15. Número de usuarios activos según empresas digitales en 2018



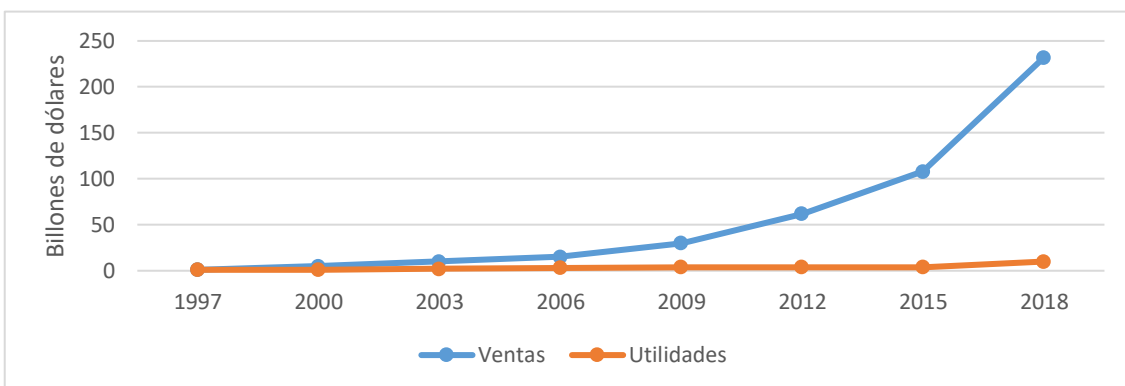
Fuente: Elaboración propia con información de “eCommerce Users Totals” de DMR, Business Statistics <https://expandedramblings.com/index.php/how-many-users-ecommerce-platforms/>

Gráfico 16. Empleados de Amazon alrededor del mundo de (2007-2018)



Fuente: Elaboración propia con información de “Amazon’s Workforce Is More Than a Half a Million Strong” de Statista <https://www.statista.com/chart/7581/amazons-global-workforce/>

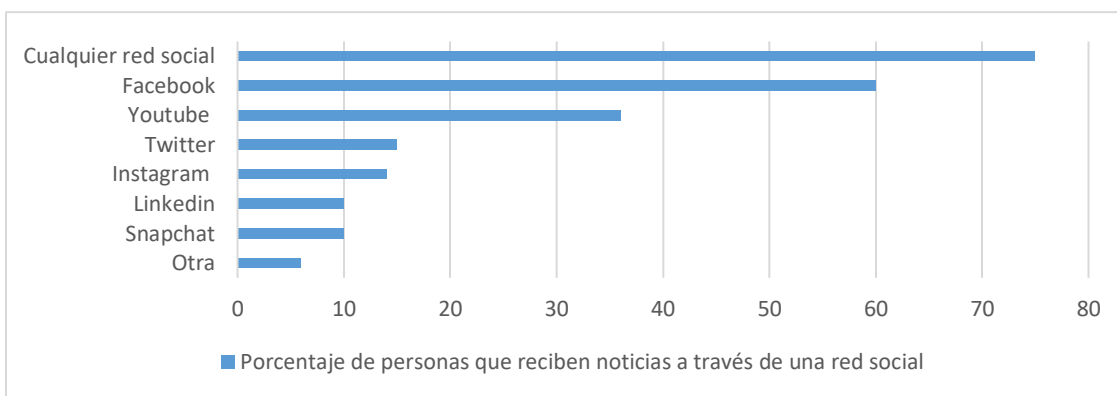
Gráfico 17. Crecimiento en ingresos de Amazon (1997-2018)



Fuente: Elaboración propia con información de “Amazon’s Impressive Long-Term Growth” de Statista <https://www.statista.com/chart/4298/amazons-long-term-growth/>

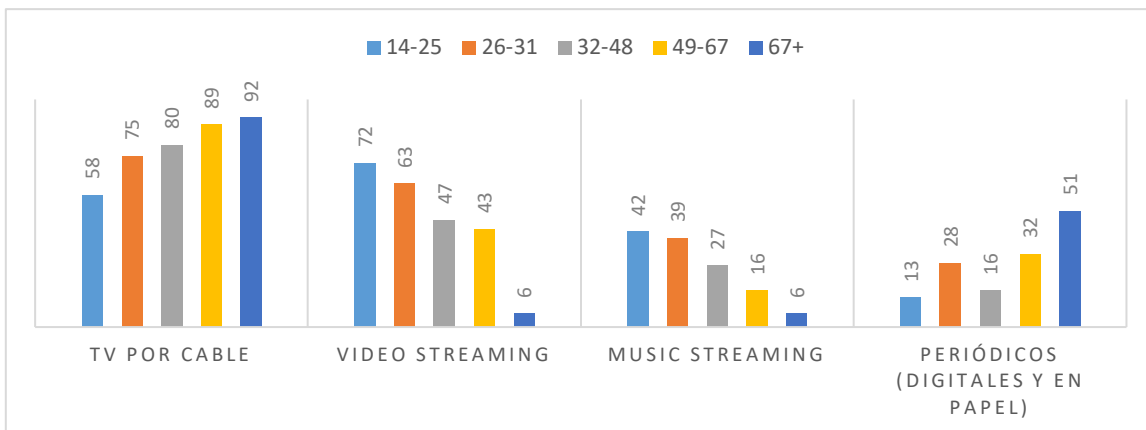
Otro dato interesante que permite darnos cuenta de la transformación que supone la digitalidad es el consumo de información preferente de las personas. Mientras que hace 20 años los “*mass media*” eran el espacio informativo por excelencia, hoy las redes sociales digitales han llegado a disputarles dicho monopolio. Entre la población más joven es muy significativo el número de usuarios que recurren a las redes como primer canal informativo. Por su parte *Facebook* sigue siendo la red social dominante entre las redes para recibir información. Tan solo en EEUU el 60% de la población accede a contenidos informativos por esa vía.

Gráfico 18. Porcentaje de estadounidenses que reciben noticias a través de redes sociales



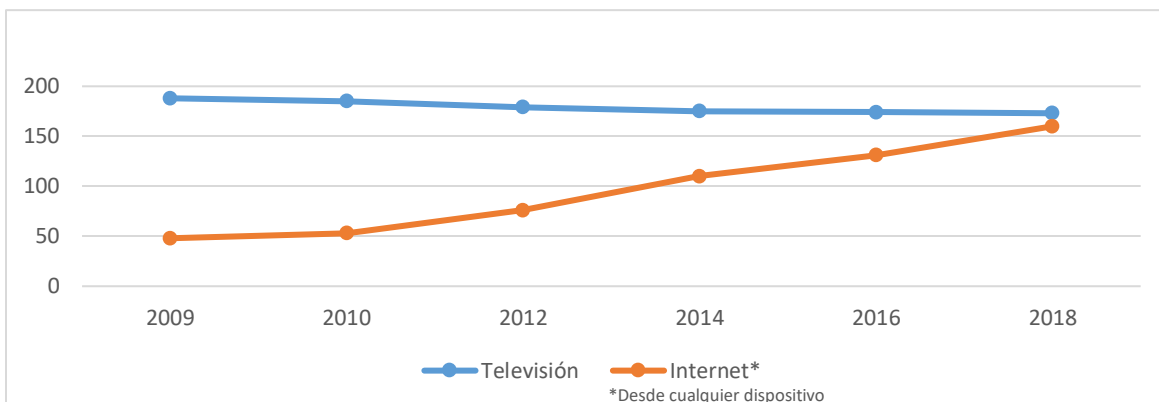
Fuente: Elaboración propia con información de “Demographic differences and paths to subscription” del American Press Institute
<https://www.americanpressinstitute.org/publications/reports/survey-research/print-vs-digital/>

Gráfico 19. Porcentaje de la población suscrita a medios por edades en Estados Unidos (2018)



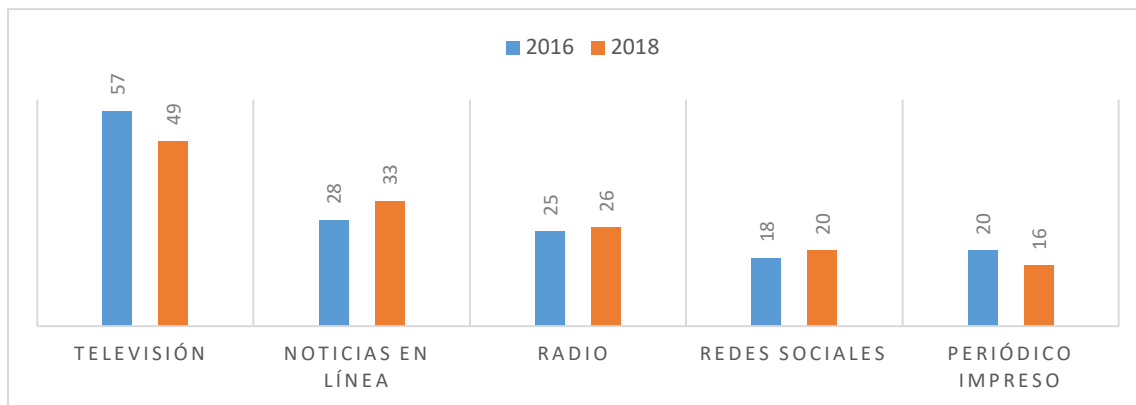
Fuente: Elaboración propia con información de “Digital Media Trends Survey” de Deloitte <https://www2.deloitte.com/insights/us/en/industry/technology/digital-media-trends-consumption-habits-survey.html>

Gráfico 20. Consumo de televisor vs consumo de internet al día por persona de 2009 a 2018



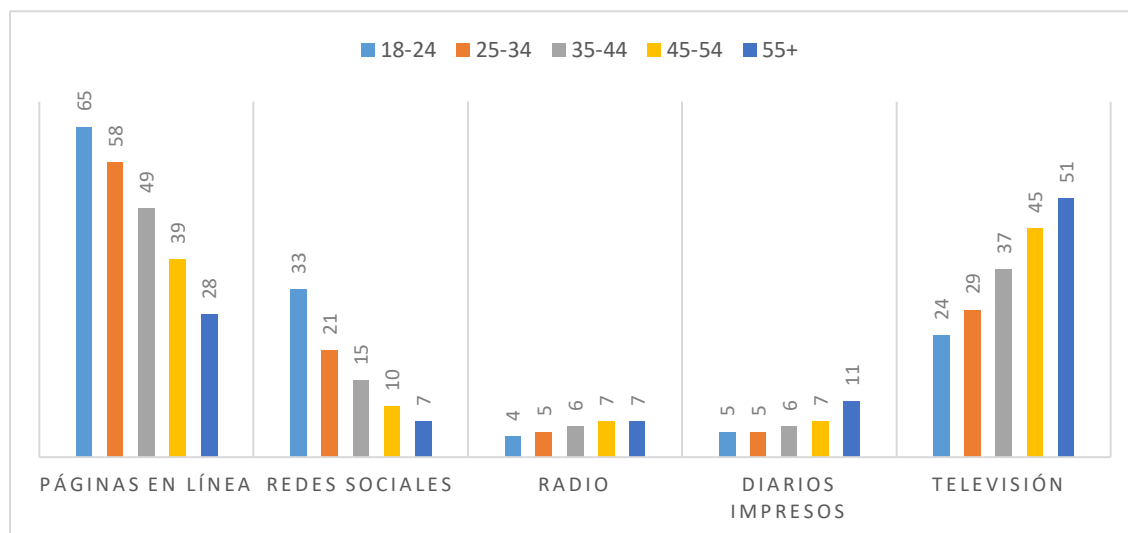
Fuente: Elaboración propia con información de “Media Consumption” de Zenith <https://www.zenithmedia.com/product/media-consumption-forecasts-2018/>

Gráfico 21. Comparativa de medios que utilizan los estadounidenses para informarse de acuerdo a cada plataforma (2016 y 2018)



Fuente: Elaboración propia con información de “Social media outpaces print newspaper as a news source” del Pew Research <http://www.pewresearch.org/fact-tank/2018/12/10/social-media-outpaces-print-newspapers-in-the-u-s-as-a-news-source/>

Gráfico 22. Porcentaje de consumo de noticias según medio y edad (EE.UU. 2017)



Fuente: Elaboración propia con información de “Digital News Report 2017” de Reuters Institute <https://reutersinstitute.politics.ox.ac.uk/risj-review/2017-digital-news-report-now-available>

En lo relativo a los sistemas bajo demanda, el impacto en la sociedad es altamente significativo. Plataformas como *Netflix* y *YouTube* se han convertido en las principales fuentes de contenidos audiovisuales en el occidente del mundo. Las series televisivas, los videos de corta duración, las películas o los

documentales que consumen las personas están ahora mediadas por gigantes de la industria digital. pero además se suministran a menor coste y prácticamente a través de cualquier dispositivo de autoacceso. Lo que esto está produciendo en la industria cultura y en la percepción y sensibilidad de la sociedad es todavía inconmensurable.

De la misma forma, industrias de servicios a domicilio como *UberEats* o *Deliveroo* se han convertido en algo cotidiano para consumir productos. En el área de la salud, de los viajes e incluso en el ámbito de las relaciones íntimas, las plataformas digitales ocupan el espacio de mediación permanente. Una mediación que no ocurre como herramientas neutrales, sino que reconfigura y filtra el fondo y la forma; los objetos y las prácticas cotidianas.

Gráfico 23. Comparativa de los principales sistemas bajo demanda según segmento (2018)



Fuente: Elaboración propia con información de "6 service industries that drive the on-demand economy" <https://www.peerbits.com/blog/service-industries-that-drive-the-on-demand-economy.html>

3.1 Aproximación a las plataformas interactivas

Diversos estudios han demostrado la capacidad adictiva que poseen algunas plataformas digitales²⁰. La cantidad de tiempo que se pasa en ellas, la necesidad de interactuar constantemente y hasta la obsesión que produce en los usuarios, ha despertado el interés de investigadores y académicos por analizar cómo se producen estos fenómenos. Un modelo académico creado por el profesor de la Universidad de Stanford, B.J. Foog en el año 2009, puede explicar mejor algunas características potencialmente adictivas. Fogg había fundado en 1998 el laboratorio de tecnología persuasiva de Stanford para analizar la dimensión persuasiva que habita en algunos dispositivos tecnológicos. En *"A Behavior Model for Persuasive Design"* (2009) desarrolla ciertas hipótesis que resultan muy significativas para comprender mejor el grado de penetración de las redes sociales en el usuario. De manera muy general, el modelo explica que existen tres elementos fundamentales en algunas plataformas tecnológicas que logran persuadir el comportamiento humano: motivación, habilidades y desencadenantes (Sáez, 2018a). El usuario debe tener motivaciones para permanecer en las redes, la habilidad necesaria para ello y un impulso que estimule su activación. Es decir, si se generan estructuras que envíen los

²⁰ Ver al respecto 1) *"Psychological Stress and Social Media Use"* (2015) en: <http://www.pewinternet.org/2015/01/15/psychological-stress-and-social-media-use-2/> 2) *"Facebook's emotional consequences: Why Facebook causes a decrease in mood and why people still use it."* (2014) en: <https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0747563214001241>. 3) *"The Social Media Disorder Scale"* (2016) en: <https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0747563216302059>

mensajes correctos a sujetos con habilidades digitales y con la motivación necesaria para emplearlas, es muy probable que logren que lleve a cabo algún comportamiento.

¿Cómo podemos observar estas características en las plataformas interactivas? En virtud del modelo de negocio que utilizan las empresas digitales, se requiere que el usuario pase el mayor tiempo posible interactuando en ellas. La publicidad y el principio de crecimiento ilimitado necesitan estimular al usuario para permanecer más tiempo en su plataforma, interactuar y regresar recurrentemente. Para este propósito, la mayoría de las principales plataformas digitales emplean estrategias similares que pueden ser reconocibles en los elementos descritos por el modelo del profesor Foog. Basta relacionar los tres elementos expuestos en el modelo con las características de las redes:

1) *Habilidades*: las plataformas interactivas digitales poseen diseños sencillos, fáciles de manejar y sumamente intuitivos. Los diseñadores digitales se esfuerzan cada día en construir plataformas tan amigables que cualquier usuario pueda ser capaz de manipularlas con éxito. Se busca -en el propio argot digital- “*reducir la fricción*” que se genera en el usuario para evitar cualquier esfuerzo que pueda producirle frustración. Esta condición, en concurrence con la habituación tecnológica progresiva de las personas, produce que cada vez un mayor número de sujetos desarrollen un mayor número de habilidades digitales²¹.

2) *Desencadenantes*: los desencadenantes son estímulos generados en las

²¹ Ver al respecto: “*Amazon’s Friction-Killing Tactics To Make Products More Seamless*” en: https://firstround.com/review/amazons-friction-killing-tactics-to-make-products-more-seamless/?cmp=em-design-na-na-newsltr_20170221&imm_mid=0ed898

plataformas que invitan al usuario a permanecer en interacción. Un estímulo que emplean la mayoría de las redes es la notificación. A través de diversas señales, íconos, sonidos, vibración o iluminación, le indican al usuario que tiene cierto contenido por revisar. En realidad, las notificaciones cumplen la función de recordatorio permanente de la red social; buscan captar la atención del usuario para que este regrese a interactuar. Es por ello que cada vez se activa un mayor número de notificaciones en las plataformas aunque realmente no sean necesarias.

Las notificaciones funcionan bajo el esquema de *“recompensa variable”* que incentiva la repetición de un comportamiento a través de una recompensa que no siempre se produce, propiciando que el sujeto reintente la acción. Este sistema fue investigado por el psicólogo y filósofo social B.F. Skinner (1904-1990) y en él se demuestra que la recompensa variable es más efectiva que una recompensa permanente cuando la intención es lograr la repetición de un comportamiento recurrente (Nord, 1969). Esto se manifiesta, por ejemplo, en las máquinas de apuestas de los casinos. El sujeto realiza una acción (apretar un botón o tirar de una palanca) y espera una recompensa (una ganancia de la apuesta). El jugador sabe que las máquinas están diseñadas para producir ganancias y que, irremediablemente, perderá su dinero en algún momento; pero esto no le impide seguir jugando, al contrario, lo estimula con la simple posibilidad de ganar.

Este comportamiento puede ser traducido de manera análoga a las notificaciones. La acción es pinchar el ícono e ingresar a la plataforma, la recompensa es el contenido que proporciona. Igual que en las máquinas de apuestas, no siempre produce una ganancia (satisfacción que brinda el contenido). Muchas veces la notificación informa sobre contenidos que no son

atractivos para el usuario pero este no puede dejar de ingresar porque siente que puede perderse de algo. Esta sensación o necesidad de permanecer todo el tiempo pendiente de lo que ocurre se explica mejor con la patología psicológica estudiada recientemente (Vaughn et al, 2011) y conocida como *Fear Of Missing Out* (FOMO).

Esta condición se manifiesta en la sensación del usuario de estar perdiéndose de algo importante; de que algo puede estar ocurriendo en su entorno y él puede quedarse al margen. Si en las redes sociales se interactúa con amigos, familiares, se enteran de sus vidas, de sus acciones cotidianas o se informan de las últimas noticias, es natural que construyan un lazo permanente con esta ventana digital que les muestra todo en su contexto y se vuelve –incluso– una manera de vivir. Es lógico entonces que sientan frustración y angustia cuando están desconectados de su entorno. Esta sensación la explotan, además de las notificaciones, ciertas funciones de las redes digitales como el *scroll* infinito y el “*pull to refresh*”.

Estas funciones se conectan, por un lado, existe una pantalla que te muestra contenidos de manera progresiva y permanente generando la impresión de que la información no termina, que siempre hay más. Por el otro, el usuario tan solo debe presionar la pantalla para “refrescarla” y obtener información nueva. Este botón es absolutamente innecesario puesto que las plataformas se renuevan automáticamente pero la simple acción produce una sensación de control. Aza Raskin (1984), creador del *scroll* infinito que vemos en redes sociales llegó a afirmar que “*es como si ellos (redes sociales) tomaran cocaína conductual y la rociaran*

por toda la interfaz. Y eso es lo que te mantiene con ganas de volver y volver”²². En las redes y plataformas especializadas en la reproducción de videos, esta situación se realiza a través de la función denominada “autoplay” que reproduce continua y automáticamente contenidos luego de visualizar el primero.

3) *Motivación*: los usuarios no solo están motivados a permanecer en las redes, están prácticamente enganchados a ellas. Como ya se dijo, las plataformas digitales sirven como un puente comunicante con su entorno afectivo; constituyen además una fuente de información sobre tendencias, noticias, entretenimiento o deportes. Es una ventana digital inconmensurable para acceder a todo tipo de contenidos de manera sencilla y ágil. Los programadores digitales incentivan esta condición gracias a la configuración del algoritmo de búsqueda que muestra aquellos contenidos que le sean más atractivos al usuario en base a su perfil digital. De la misma forma, este algoritmo muestra la información y contenidos que han sido vistos por algunos contactos del propio usuario, generando con esto una ventana personalizada y a la medida de su propio interés. Pero sin duda, la principal motivación creada por las redes sociales es la producción de una nueva forma de reconocimiento y aceptación social.

La función del *like* en *Facebook*, el número de amigos, seguidores o contactos en cada plataforma y el grueso de interacciones que el entorno digital tenga con los contenidos que se crean, representan nuevas formas de reputación personal. Se han convertido en verdaderos símbolos de reconocimiento, no exclusivamente en el entorno social y afectivo, sino también en el profesional. Diversos

²² Ver al respecto “*Social media apps are ‘deliberately’ addictive to users*” en BBC News disponible en: <https://www.bbc.com/news/technology-44640959>

empleadores están acudiendo al análisis de los perfiles digitales como mecanismo de contratación²³. Esto produce un esfuerzo extraordinario por parte de los usuarios para generar perfiles digitales que resulten atractivos y valorados por los convencionalismos reconocidos en las plataformas. No lograr este reconocimiento puede producir depresión entre los usuarios.

3.2 La experiencia de *Facebook* como ejemplo ilustrativo

Cada red social presenta ciertas características particulares, herramientas que apuntan a objetivos concretos y que tienen diversos alcances. Sin embargo, es posible distinguir algunos rasgos comunes en la gran mayoría de ellas a partir de su estructura y configuración. Para este propósito se muestran algunos elementos observables en *Facebook* como ejemplo concreto de la forma en que se configuran las redes sociales y así evidenciar su impacto en la estructura social contemporánea. Más allá de la romantización que se ha hecho del proceso de creación de la red social *Facebook* gracias a la narrativa contenida en películas como “*The social network*” (David Fincher, 2010) o en los múltiples relatos de éxito que retratan a Mark Zuckerberg (1984) y a un grupo de jóvenes que inició en un dormitorio universitario y luego en un pequeño garaje hasta convertirse en uno de las personas más ricas del planeta, existe una historia muy interesante que subyace al modelo adoptado y potenciado por esta plataforma.

En un principio, *Facebook* surge como una versión en línea de los “*facebook*s” que hacen algunas universidades a modo de publicaciones donde aparecen las fotografías, los nombres y algunos otros datos de los estudiantes con el objetivo

²³ Ver al respecto: *Informe Infoempleo-Adecco Redes Sociales y Mercado de Trabajo* (2017) disponible en: <https://adecco.es/wp-content/uploads/2017/11/Informe-2017-Empleo-y-Redes.-Infoempleo-Adecco.pdf>

de que puedan conocerse entre ellos. Aprovechando las posibilidades de internet, Mark Zuckerberg, estudiante de Harvard, creó en 2004 una plataforma que cumpliera dicho objetivo entre los estudiantes de su universidad. Solo necesitaban tener una cuenta de correo electrónico para ingresar. Fue tal el interés que despertó este portal que muy pronto se expandió en otras prestigiosas universidades del país. Apenas dos años después, Facebook tenía más de 11 millones de usuarios, varios inversionistas dispuestos y una oferta de compra por 750 millones de dólares -que por cierto, rechazó-. ¿Qué era lo que ocurría con este portal? ¿en qué radicaba su atractivo y por qué despertaba tanto interés? Para responder estas cuestiones es conveniente explicar algunas de sus características principales.

Facebook se ha convertido en algo más que una simple red social: es en verdad un dispositivo global capaz de conectar a millones de personas, extraer millones de datos y permitir el tránsito de cantidades de información inimaginables. Todo esto sin perder su naturaleza individualizada, afectiva y personal. Es, además, un esquema de organización de las relaciones sociales de sus usuarios; un recordatorio permanente de la vida de sus amigos y familiares. También, es una ventana digital hacia el mundo que muestra cómo se vive, qué cosas suceden y cuáles son las tendencias. Y todo ello al alcance de una pantalla portátil, de un click. ¿Cómo se logra todo esto? Primero, hay que detenerse a pensar en el valor principal con el que surge *Facebook* y su concepto articulador: la amistad. Conectar amigos, conocer amigos, reencontrar amigos; esta era la premisa de la plataforma y parece muy natural en una red que se dice social.

Pero Facebook no solo estrechó o fomentó los lazos de amistad, transformó el propio concepto y la manera en que se comprendía su dinámica. La amistad solía estar circunscrita a un ámbito personal y privado de la persona; se

vinculaba a una condición íntima que solo se extendía a un grupo determinado de amigos y familiares. Era un sentimiento que ocurría como experiencia vital y por tanto estaba limitado en tiempo y espacio. Facebook reconfigura en gran medida estas condiciones al despojar a la amistad de su carácter exclusivamente singular o personal para convertirlo en un fenómeno público. Esta migración de la amistad cara a cara, limitada por la presencia física y el fortalecimiento de las relaciones humanas, se observa hoy capaz de adquirir nuevas dimensiones y desprenderse de la necesaria presencia física, del tiempo y del espacio convencional con el que sucedía.

Sin embargo, pese a lo que pueda suponerse, este formato de amistad no es una ficción. Lo novedoso es precisamente que, pese a que habita en una superficie digital, es demasiado real y se conecta interactivamente con las diferentes realidades (Serrano, 2016: 29). Aparece como una herramienta individualizada en formato de álbum y con ello integra la afectividad del usuario. De la misma forma que un álbum alberga fotografías que atesoran momentos, experiencias y sensaciones, *Facebook* logró trasladar parte de esa intimidad personal y familiar al esquema digital; al publicitar la intimidad se producen nuevas formas de exhibicionismo o narcisismo, pero también de frustración (Serrano, 2016: 16-19).

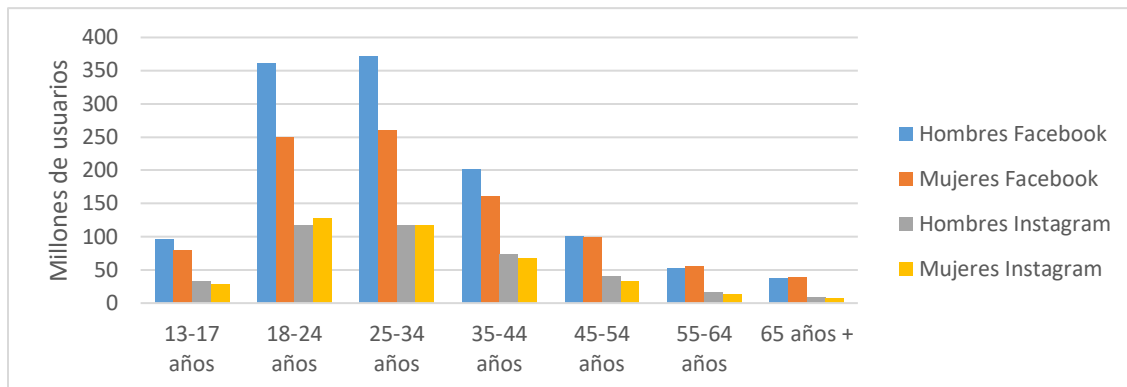
Por otro lado, *Facebook* actúa como instrumento de circulación y producción de información cuya mercancía se constituye a partir de los impulsos afectivos de los usuarios. Pero al gestionar y organizar la forma en que se articulan y se expresan dichos afectos, este dispositivo va reorganizando el propio sistema de creencias del usuario. Cuando el usuario accede a su página, encuentra impulsos afectivos procedentes de distintos tiempos y espacios que al ser desplegados en su pantalla ocupan el momento preciso de la contemplación e interacción con ellos, trayéndolos de nueva cuenta al presente.

Otro fenómeno interesante en *Facebook* es su capacidad de convertir a grandes marcas, instituciones o movimientos en otro usuario más. Es decir, en la interacción social, parece que existe una relación horizontal entre todos los participantes, por lo cual los usuarios se sienten cómodos de interactuar en ella. Muy pronto, las instituciones y compañías comprendieron que esta plataforma les permitía acercarse a un mayor número de personas y de una forma más efectiva²⁴. La capacidad de individuación de cualquier entidad es impresionante pues cualquiera que ingresa en *Facebook* ocupa un perfil presuntamente equivalente al resto. Más adelante, veremos cómo esta ficción digital puede estar produciendo profundas asimetrías, tanto en el universo digital como en el material. Este tipo de comportamientos se vinculan a las condiciones descritas anteriormente como características de las prácticas digitales. Fenómenos como el *like*, el *scroll* infinito, el botón de refresco o las notificaciones, hacen de esta red social la más poderosa actualmente. Hoy en día, Facebook cuenta con un promedio de 2,196 millones de usuarios activos por mes según el estudio *Digital in 2018: Q3 Global Digital Statshot* y un valor comercial que ronda los 400 mil millones de dólares²⁵.

²⁴ Ver al respecto: “*How technology has influenced the field of corporate communication*” de Paul Argenti (2006). Disponible en: <https://journals.sagepub.com/doi/10.1177/1050651906287260>

²⁵ Información disponible en el estudio anual que produce *We Are Social*: <https://digitalreport.wearesocial.com>

Gráfico 24. Perfil de usuarios en Facebook e Instagram (2018)



Fuente: Elaboración propia con datos de <https://wearesocial.com/blog/2018/01/global-digital-report-2018>

Esta somera aproximación a la dinámica de las plataformas digitales muestra un fenómeno que está en constante evolución y apenas deja ver sus efectos en la sociedad. Sus implicaciones no se limitan al ámbito de las relaciones sociales, sino que existe evidencia de su capacidad para impactar integralmente a la estructura social. La forma en que distintas redes sociales afectan la calidad, la cantidad y el modo en que se distribuye la información, puede ser un factor determinante en la construcción de la opinión pública y en el desarrollo democrático contemporáneo. Informes como los relativos a la empresa *Cambridge Analytica*²⁶ ponen de relieve la necesidad imperiosa de abordar la cuestión desde diversos frentes.

Esto puede ser solo la punta del *iceberg* de una situación profundamente compleja que vincula a la tecnología con la política, no ya en el sentido de que

²⁶ Ver al respecto: “Pressure grows on PM over Brexit Cambridge Analytica scandal” (2018) de Kevin Rawlinson en The Guardian. Disponible en: <https://www.theguardian.com/politics/2018/mar/26/pressure-grows-on-pm-over-brexit-cambridge-analytica-scandal-theresa-may>

la política se apropie de avances tecnológicos para incorporarlos en sus estrategias organizacionales y de orden político, sino que la propia tecnología posee inercias autónomas que pueden afectar sensiblemente el devenir de la misma democracia. Es decir, la tecnología, a través de las plataformas digitales, inaugura nuevas tensiones con los modelos democráticos en la medida que los estados se muestran incapaces de ofrecer soluciones a problemas complejos. Aquello de que *“las revoluciones tecnológicas marcan el fin del sueño del Estado máquina”* (Greppi, 2012: 97) puede estar ocurriendo. Estas tensiones producen una especie de malestar social, un estado de ánimo que deviene en incertidumbre.

3.3 Conceptos y debates contemporáneos de la digitalidad

Con el objetivo de revisar el estado de la cuestión, se propone distinguir algunas de las posiciones más influyentes en el debate contemporáneo sobre la digitalidad. Estas reflexiones han surgido como resultado de la intensificación del uso de las plataformas digitales y los posibles efectos que pueden producir sus prácticas. En un sentido amplio, es posible distinguir dos niveles de análisis principales. Por un lado, se encuentran los análisis sobre las consecuencias que generarán estas plataformas a mediano y largo plazo. En esta dimensión, las reflexiones se dividen fundamentalmente entre quienes suponen que las plataformas digitales producirán cambios sustanciales que benefician a la sociedad como resultado de sus posibilidades tecnológicas –mayor información, participación, inteligencia colectiva, condiciones de igualdad, libertad, facilitación de la vida, etc.- y que podemos agrupar bajo el término de *“ciberoptimistas”* (Zheng, 2007; Mossberger, 2010; Hardt y Negri, 2000, 2004;

Ghonim, 2012). En su reverso estarían los “*tecnoescépticos*”, aquellos que desconfían de las virtudes de la digitalidad y analizan la posibilidad de que se generen ciertos comportamientos indeseables para el desarrollo de la sociedad (Morozov, 2016; Han, 2014, 2016; Rendueles, 2016; Fuchs, 2013).

En un segundo nivel, los debates ocurren sobre la trascendencia misma del fenómeno digital, es decir, sobre si en verdad representan una novedad y hasta qué punto pueden ser rupturistas. Aquí la opinión se divide entre quienes visualizan las plataformas digitales como simples herramientas que permiten visibilizar mejor ciertas conductas sociales y personales que han existido en el pasado y las introducen a la conversación pública presente; y quienes proponen que, si bien las plataformas son un instrumento de visibilización, sus prácticas tienen efectos inéditos en la configuración de las identidades y por ende, en la naturaleza misma de la *épistémè* social. En este segundo sentido, la digitalidad no solo revela conductas o deseos reprimidos, sino que son capaces de producir inéditos fenómenos políticos y sociales que pueden incidir efectivamente en el establecimiento de una especie de “*ethos*” generacional.

A la par de estos análisis existen muchos otros que, sin tomar una posición concreta, observan ciertas tendencias y advierten sobre su posible evolución. De esta forma desarrollan reflexiones particulares sobre elementos observables, construyen términos para nombrarlos y los contextualizan en el escenario digital. Cuestiones como la conformación de la identidad de los usuarios, la forma en que se afecta la construcción de la opinión pública, el impacto en las estructuras tradicionales de intermediación, los sesgos que propicia la configuración de los algoritmos o la ética de su configuración, constituyen solo algunos ejes sobre los que gira la reflexión. Estos análisis varían en relación al tipo de fenómeno que pretenda observarse. Por ejemplo, existe una literatura

creciente sobre el impacto de estos dispositivos en la conformación de las identidades individuales (Han, 2014; Sibilia, 2008; Zafra, 2015; Fuchs y Dyer-Witheford, 2012; Reveley, 2013). La mayoría de estas reflexiones sugieren la posibilidad de que las prácticas digitales estén influyendo en la subjetivación de los usuarios de una manera más contundente y efectiva que cualquier dispositivo del pasado.

Con el objetivo de plantear algunos rasgos de estas visiones, se propone distinguir algunas críticas contemporáneas. En primer término, aquellas que cuestiona las supuestas virtudes de lo digital como respuesta global a los problemas sociales y políticos. Dentro de esta corriente se encuentra Evgeny Morozov a través de la elaboración de su crítica al *“solucionismo tecnológico”* (2016). Para el bielorruso, las plataformas digitales y sus prácticas han expandido la idea de que la tecnología digital puede convertirse en la respuesta para resolver una gran cantidad de problemas que se presentan en el entorno diario.

Esta idea solucionista se promueve como un camino progresivo hacia un estado de perfección, no solo a través de facilitar la gestión de las necesidades materiales con nuevos artefactos, sino a través de la posibilidad de armonizar y diluir las tensiones políticas y sociales. Funciona como un sustituto digital de la promesa de progreso anclada en la modernidad; pero en este caso, la ruta por avanzar no tiene que ver con valores o dimensiones normativas, sino con la virtud de lo digital y su potencialidad. Es decir, surge como una ideología que legitima y sanciona la visión de que todo problema existente tiene una posible solución digital, que además es más económica, eficiente y deseable (Morozov, 2106: 24).

La cuestión de fondo, desde el punto de vista político que expone Morozov, es que el entorno digital también define cuál es el problema y cómo debe resolverse. Lo polémico entonces no es tanto la solución planteada como la definición misma del problema y los límites de las respuestas que se producen. Esto inaugura una etapa de prácticas digitales que suceden en forma automática e impiden espacios reflexivos y procesos críticos. De la premisa de que la tecnología digitalizada puede ir corrigiendo los múltiples errores humanos, se obtiene como resultado la consolidación de un escenario más perfecto. Sin embargo, el derecho a cuestionar una forma de solución determinada -e incluso el derecho a equivocarse- es correlativo al principio de libertad humana; en una sociedad perfecta, el marco de libre elección no existe, tan solo existen alternativas deseables y por lo tanto, un guion a seguir. Morozov cuestiona entonces la posibilidad de libertad en un contexto de perfección digital.

Por otra parte, en *Sociofobia* (2016), César Rendueles aborda de manera similar el escepticismo en la digitalidad. Señala que, ante la destrucción de los vínculos sociales tradicionales, las prácticas digitales nos ofrecen una alternativa basada en supuestas formas de sociabilidad virtual. Pero esta “*sociabilidad digital*” se encuentra limitada por una red entre sujetos frágiles e identidades etéreas, “*conectados con la ayuda de una poderosa ortopedia tecnológica*” (Rendueles, 2016: 2). Por lo tanto, este ciberutopismo es en esencia una forma de autoengaño que impide entender que las principales limitaciones a la solidaridad y la fraternidad son la desigualdad y la mercantilización que ahora se expanden en la vía digital (Rendueles, 2016: 26). En esta tesitura, la digitalidad sería una barrera para la organización política en la medida que existe evidencia empírica que sugiere que internet limita la cooperación y la crítica política, no las impulsa (Rendueles, 2016: 4). Coincide esta visión con la de Morozov en que las redes no

presentan una realidad aumentada, sino una realidad disminuida como resultado de una deflación sistemática de las expectativas.

Frente a los tecno-escépticos, existen otras corrientes de pensamiento que postulan que las redes digitales pueden convertirse en la garantía de una sociedad más igualitaria. Sobre la base del concepto de *“ciudadanía digital”* (Mossberger, 2010), se explica la trascendencia de la tecnología de la comunicación como un vector privilegiado que modula el ejercicio político y democrático. De esta forma la ciudadanía, al estar vinculada necesariamente a dispositivos y estructuras digitales, encontraría un espacio de igualdad potencial.

Este ámbito transforma las condiciones de ejercicio de la democracia con importantes efectos positivos en términos de participación y bienestar social (Mossberger, 2010). Esta vertiente de pensamiento sostiene que las plataformas digitales no se limitan a facilitar la participación política y social de sus usuarios, tienen además la capacidad de *“perfilar”* dicha participación. Es decir, pueden inducir *“un cambio sustancial en las condiciones de posibilidad y las formas de legitimación de la intervención política democrática”* (Rendueles, 2016: 17). Adicionalmente, las condiciones de intervención para cualquier usuario son muy modestas: suturar la brecha digital y algo de alfabetización tecnológica (Mossberger, Tolbert y Hamilton, 2012).

En la misma tesitura, Michael Hardt y Tony Negri se pronuncian en torno a la posibilidad de la digitalidad como instrumento para producir efectos políticos emancipatorios radicales. En su texto *“El Imperio”* del año 2000, los autores dibujan una sociedad de dominación global caracterizada por un poder hegemónico que instrumentaliza el capitalismo neoliberal como estructura

principal. Luego, en 2004, publicarían “*Multitud*”, una lectura que desarrolla la posibilidad de consolidar la disputa subversiva del *Imperio* a través - fundamentalmente- de las herramientas digitales que estaban a su alcance. La multitud, como estructura social posmoderna (2004: 227), utilizará las nuevas plataformas digitales para promover la hibridación y la cooperación necesarias para vencer las desigualdades impuestas; así, la revolución de la información provee nuevos espacios de libertad. En este sentido, un logro del capitalismo avanzado -la innovación tecnológica- sería empleado como mecanismo de subversión política. En esta lectura, la multitud es la sociedad en red de Castells y la comunidad virtual interconectada por la web. El tono, casi ingenuo, de Negri y Hardt, responde al contexto de su publicación (principios del año 2000) y a las corrientes optimistas en las posibilidades tecnológicas.

3.4 Análisis sobre tendencias y efectos de las prácticas digitales

A través de la dimensión analítica que examina ciertas tendencias y comportamientos que ocurren en las prácticas digitales, es posible extraer algunos elementos interesantes para la reflexión. Sobre la relación entre el sujeto-usuario y las plataformas interactivas, resulta muy ilustrativo el concepto de “*status online*” que incorporan autoras como Alice Marwick (2015; 2016) y Theresa M. Senft (2013). Por *status online* se refieren a una tendencia manifiesta entre los usuarios de la digitalidad para gestionar formas de reputación que requieren modelar su propia identidad para adaptarse a lo que los demás esperan de ellos. Este perfil tiene por objetivo directo aumentar su visibilidad y aceptación en el contexto digital a través de un proceso de selección de la información personal que desea publicitar en función de los rasgos más

apreciables y los criterios rectores dominantes. Este comportamiento, que inicialmente está supeditado al marco de interacción digital, también se reproduce de manera *offline*, es decir, en sus características como sujeto fuera de la digitalidad.

Esta conducta, según las autoras, se encuentra constreñida por la propia lógica del mercado capitalista en su forma actual. En la medida que el usuario mejore su *status online* también podrá mejorar su valor como “*capital humano*”, puesto que aquellas características que resultan bien valoradas en el espectro virtual también resultan rentables en el mundo material. Bajo la necesidad de hacerse cargo de sí mismos en un contexto de competitividad que los responsabiliza de su propio destino, las redes digitales aparecen como plataformas que reflejan - conjuntamente con otros espacios- la infiltración en la vida social cotidiana de discursos y prácticas provenientes de la nueva cultura empresarial (Hearn y Schoenhoff, 2016).

En este sentido, la idea de *status online* se vincula con otro concepto que se emplea frecuentemente en los debates contemporáneos: la *auto-apreciación* (*self appreciation*) que describe Michel Feher (2009). Este término implica la tendencia del usuario por concebirse como una especie de *marca personal* o *self-branding* sometido a la necesidad de auto-promocionarse en un mercado competitivo y fragmentado. Para explicar mejor este fenómeno, se debe tener en cuenta el contexto de crisis económica, reestructuración de la división del trabajo y desmantelamiento progresivo del estado bienestar en el que ocurre²⁷. La austeridad y precariedad laboral se han agravado simultáneamente al proceso

²⁷ Sobre los efectos del mercado y su relación con la marca personal, ver: “*Digital work: self-branding and social capital in the freelance knowledge economy*”. Gandini, Alessandro (2016). en *Marketing Theory*, 16 (1). pp. 123-141.

de masificación de las redes sociales (Hearn y Schoenhoff, 2016). Es decir, por un lado aumenta la precariedad laboral y por otro se amplía el espacio digital. En esta conjunción, las redes aparecen como una alternativa para fortalecer el valor de mercado del individuo a través de la construcción de un perfil que pueda parecer rentable.

Las empresas y el mercado laboral, también en franco proceso de digitalización²⁸, empiezan a valorar más las habilidades digitales y se generan nuevas posibilidades de desarrollo que buscan determinado tipo de capital humano. Esto empuja al sujeto-usuario a buscar nuevas formas visibilidad en las plataformas como una forma de inversión futura frente a un mercado competitivo y precario (Khamis, Ang y Welling, 2017). Podría, en este sentido, aparecer como una actividad productiva que, si bien no recibe una retribución económica directa, se asume como una inversión basada en la esperanza de trabajos futuros o “*hope labour*” (Kuehn y Corrigan, 2013). Es decir, se consolida un “yo” que se comprende a sí mismo como empresa en un ambiente vital que ha convertido al *mercado* en el espacio natural de sociabilidad (Foucault, 2009). Este sujeto está atravesado por la constante competición y la necesidad de actualizar el valor propio.

Sin embargo, realizar estos análisis desde la lógica del mercado puede ocultarnos una serie de factores que escapan a una relación determinista de carácter económico. Hay algo que subyace y que trasciende la subjetividad digital cuando la sobreexposición del usuario deja de ser un proceso de mera

²⁸ Ver al respecto: “Estudio del uso de las redes sociales por las empresas” (2012) de Francesc Miralles, Ferran Giones e Irene Muñoz. Disponible en: https://www.researchgate.net/publication/275018888_Estudio_del_Uso_de_las_Redessociales_por_las_Empresas

acumulación de capital social, cultural o simbólico (Fuchs, 2013). Existen dinámicas de reconocimiento o estructuras simbólicas de identificación que se mueven en la necesidad de adoptar o disputar ideales normativos dominantes y actúan fuera de la lógica de la teoría racional. Pero esto no significa que el usuario actúe de manera impulsiva o emocional exclusivamente; su comportamiento se encuentra -regularmente- en sintonía con los criterios que rigen la conversación digital, es decir, está tutelado por la propia red y actúa bajo las dinámicas de su entorno. Esto es lo que convierte a la subjetivación digital en un fenómeno complejo y *sui generis*: no existe una teoría que explique satisfactoriamente los principios y dinámica de la configuración del sujeto a través de las prácticas digitales.

Ante el esfuerzo por comprender mejor al sujeto que ha sido mediado por las prácticas digitales, se están realizando análisis sobre las dinámicas de interacción digital. Una de estas dinámicas son las “*cámaras de eco*” o *echo chamber* (Dubois y Blank, 2018; Knight, 2017; Sunstein, 2017). Este término aparece como una representación metafórica de cierto proceso que tiende a crear espacios cerrados de información y contenidos. Dentro de estos espacios, se reproducen y amplifican solo determinadas visiones e ideas que son aceptadas por el grupo de personas que se encuentra dentro de la cámara. Este concepto surge originalmente en referencia a los medios de comunicación tradicionales y su tendencia a conformar públicos específicos de acuerdo a una determinada línea editorial, ideología, creencias, valores, etc. Ante una oferta limitada de medios, algunas personas deciden leer determinado periódico, ver cierto canal de noticias o seguir la información a través de la estación de radio que se corresponda mejor con sus valores personales. Al recibir la información a través del filtro seleccionado (su medio preferido) van reforzando sus ideas y creencias

en la medida en que los contenidos que reciben no suelen desafiarlas.

Con el arribo de las plataformas digitales, esta situación se transformó radicalmente pues el número de espacios informativos y su disponibilidad aumentó considerablemente. El usuario dejó de ser el único responsable de la selección de su medio informativo, pues ahora se encuentra expuesto a una gran cantidad de información que le brinda la configuración de la plataforma digital que utiliza. ¿Cómo es posible entonces que se reproduzcan las cámaras de eco ante tal diversidad de contenidos y medios informativos disponibles en el mundo virtual? En realidad no sólo se han reproducido, se han intensificado a través de una condición aún más relevante: si en los medios tradicionales el sujeto era relativamente consciente de su sesgo -al elegir qué medio consumía- en la digitalidad se percibe como un sujeto libre con acceso a contenidos diversos (Sunstein, 2017). Cree tener la capacidad de escuchar todas las voces y contrastar ideas.

Las cámaras de eco digitales se construyen a través de los distintos filtros que se le imponen a cada usuario y determinan los contenidos que recibe en función a la configuración de los algoritmos²⁹. De esta forma, los usuarios reciben solo cierta información -perfilada e individualizada- pero además, creen que el resto del mundo también se informa igual, por lo que pueden suponer que piensan de forma similar a ellos. Sobre esta base, la opinión pública presenta serias limitaciones de autonomía y objetividad.

²⁹ Sobre los efectos de la cámara de eco se puede ver como ejemplo un estudio realizado en la Universidad de Princeton titulado "*Anatomy of news consumption on Facebook*" (2017). Disponible en: <https://www.pnas.org/content/114/12/3035> y Echo Chambers on Facebook, (2016) de Quattrociocchi, Scala y Sunstein. Disponible en: <https://ssrn.com/abstract=2795110>

En este sentido, las prácticas digitales han venido a reemplazar, en cierta medida, a los tradicionales grupos de referencia de los que hablaba Deutsch (1968) en su desarrollo del “*cascade model*”. Según el autor, los grupos de referencia se conformaban por redes sociales con las que un sujeto se relacionaba en su experiencia vital. Estas redes ejercían determinados estímulos que iban desarrollando el marco de interpretación del sujeto y modelaban sus opiniones. Sin embargo, las comunidades virtuales se han convertido en los nuevos espacios de reunión, donde se opina y donde se escucha. Son las plataformas digitales en donde se accede a opiniones, discusiones y contenidos que reconfiguran el marco interpretativo del usuario de forma efectiva.

En otras palabras, si bien es verdad que la opinión pública y los procesos de aprendizaje siempre han estado constreñidos por el contexto (la cultura dominante, el lugar de nacimiento, el trabajo que se desarrolle o el estrato económico al que se pertenezca), en las prácticas digitales este contexto se auto-configura, se fragmenta y se personaliza de acuerdo al propio usuario. Es decir, en el terreno digital existe una segmentación sistemática que opera sobre el reforzamiento de creencias al limitar la capacidad de contrastar opiniones e información (Elster, 2010).

Como se puede apreciar, las cámaras de eco están constreñidas por el factor del algoritmo que también se conoce como “*filtro burbuja*”. Se denomina así a uno de los efectos más complejos -pero efectivo- de la configuración digital. El ciberactivista Eli Parisier ha denominado filtro burbuja a la capacidad que ejerce la programación del algoritmo sobre los contenidos que se le presentan a un usuario (Pariser, 2017). Esta selección de información y contenidos responde a la configuración algorítmica que “*aprende*” de los perfiles de acuerdo a su comportamiento digital, es decir, a partir de cada búsqueda, cada página que

visita, cada noticia que lee, cada canción que escucha o cada vez que compra algo en la red. Esta configuración actúa como un filtro para que el usuario encuentre una mayor disponibilidad de contenidos acordes a su perfil de gustos.

Redes sociales como *Facebook*, *YouTube* o *Twitter* utilizan algoritmos para filtrar la información y los contenidos a los que acceden sus usuarios. De la misma forma en que un vendedor se esforzaría por identificar los patrones de consumo de sus clientes para potencializar sus ventas, estas plataformas aprenden de los gustos de los usuarios, de su historial de sus interacciones y de su comportamiento de navegación en la red, para mostrarle contenidos que pueda preferir o aceptar con mayor facilidad o información que sea más probable que compartan. Es decir, cada usuario recibe las noticias o la información que refuercen sus percepciones y la información que pueda aceptar porque no desafía sus creencias.

Este comportamiento de las redes alimenta el denominado “*sesgo de confirmación*”, logrando la propagación de contenidos sin requerir siquiera la lectura por parte del usuario. Este sesgo es consecuencia de una reacción lógica del cerebro humano que tiende a gastar la menor energía y utilizar el menor tiempo posible para procesar la información. Para ello se vale de los denominados “*atajos mentales*”, es decir, soluciones que simplifican la posibilidad de decidir. Aunque estos atajos mentales se han aplicado durante largo tiempo y en una gran cantidad de asuntos, conocidos también como sesgos cognitivos (Tversky y Kahneman, 1974), en las prácticas digitales se han potencializado como resultado de la saturación de contenidos. Ante la cantidad de información y el esfuerzo que supone evaluar su veracidad, este sesgo lleva instintivamente a sobreestimar el valor de la información que encaja con nuestras ideas y creencias (Sáez, 2017b). La singularidad del algoritmo digital es

su carácter transversal e imperceptible con el que opera a través de las plataformas digitales y sus prácticas.

La masificación del uso intensivo de las redes digitales ha propiciado una saturación inédita de datos y contenidos que circulan por los espacios virtuales. La producción de información es permanente, sistemática y exponencial. Aquella descripción de la primera sociedad informacional (Castells, 1995) ha sido superada al grado de que la información por sí sola ya no es objeto de valor. Su valor se adquiere al obtener la atención del usuario. Para contextualizar, conviene citar al premio Nobel de economía Herbert Simon:

“En un mundo rico en información, esta riqueza significa la muerte de otra cosa: la escasez de lo que la información consume. Lo que la información consume es obvio: consume la atención de los que la reciben. Por lo que una riqueza en información crea una pobreza de atención.” (Simon, 1971: 40-41).

Esta es la base de la denominada “economía de la atención” que puede resumirse como la disputa de las plataformas digitales por conseguir la atención del mayor número de usuarios, la mayor cantidad de veces posible y durante el mayor tiempo que se logre. ¿Por qué ocurre esto? La atención es un recurso muy disputado y está vinculado a los datos (Harari, 2018). Se puede decir que las plataformas digitales, en tanto empresas, tienen necesidad de rentabilizar su inversión y en su modelo de negocio, las ganancias están determinadas en gran medida por el número de usuarios que acumulen, las interacciones que ocurran dentro de su red (cantidad de datos producidos) y el tiempo que permanezcan los usuarios conectados a ellas.

Por ello, se ha desarrollado una verdadera guerra por la atención de estos usuarios. Para lograrlo se han diseñados estrategias orientadas a atraer su

atención a través de distintos medios. La interpelación a reacciones sentimentales ha sido uno de los principales mecanismos y se sustenta en promover ciertas emociones como la ira, el morbo o el escarnio. De esta forma, los contenidos digitales en las redes suelen contener encabezados o imágenes que inviten a darle “click” a partir de despertar distintas emociones en sus receptores. A esto se le llama “clickbait”, y se ha convertido en una técnica muy popular en las redes y plataformas. De ahí se asocia la proliferación de cierto tipo de *fake news* que apelan a esta narrativa. Además, logran personalizar su estrategia de atracción gracias a los datos que tienen de cada usuario.

Derivada de estas condiciones, también se ha propiciado un escenario de *polarización en las redes*. Luego de reflexionar sobre los efectos de las burbujas de opinión y las cámaras de eco, es fácil suponer que las prácticas digitales estimulan la generación de islas de pensamientos, núcleos donde se asiste con quienes piensan de manera similar. No debemos imaginar estas islas como espacios físicos, ni siquiera como estructuras virtuales distinguibles. Estas islas se configuran fragmentariamente a través de diversos dispositivos que reconocen formas de pensar y sistemas cognoscitivos similares entre los usuarios que se encuentran distribuidos por todo el espectro digital y los ponen en contacto a través de la exposición de contenidos dirigidos. A esta desestructuración del espacio público también se le llama “*balcanización*” e implica “*la emergencia de nichos digitales que aíslan a seguidores de ciertas tendencias o temas, o de determinados posicionamientos políticos, que terminan favoreciendo la polarización política*” (Martínez-Bascuñán, 2018a).

Estos sujetos van reforzando su sistema de creencias y por lo tanto se vuelven menos tolerantes con quienes piensan distinto. Se perciben como parte de la mayoría (un resultado de la burbuja de opinión) y por lo tanto como parte del

pensamiento dominante. Esto muchas veces no se corresponde con la realidad pero no importa: en la digitalidad la percepción lo es todo. Luego, para atraer la atención de los usuarios, las plataformas crean debates o difunden noticias que despierten sentimientos en ellos y tiendan a extremar posiciones.

Como ya se dijo, la ira funciona muy bien en esta estrategia. De esta forma, se crean enconos, debates y discusiones que trascienden los límites de la conversación y se plantan como verdaderas trincheras de hostilidad. La argumentación razonable es suplantada por la hipérbole de lo espectacular. Y se recompensan los extremos: *“digamos que estás conduciendo y ves un accidente. Por supuesto que miras. Todo el mundo mira. Internet interpreta este comportamiento como si todo el mundo estuviera pidiendo accidentes de coche, por lo que intenta suministrárselos”*, señala Evan Williams (Sáez, 2018b), cofundador de Twitter para ilustrar este escenario de polarización.

Los conceptos y visiones que se han presentado constituyen una parte importante del encuadre y la literatura disponible sobre el contexto digital contemporáneo. Evidentemente, la diversidad de publicaciones, estudios y visiones sobre el tema es mucho más amplia que lo que aquí se resume. Sin embargo, los planteamientos expuestos sirven a los propósitos de esta investigación y establecen algunos criterios útiles para la observación que se propone.

Tercera Parte

Subjetivación digital: análisis de las prácticas digitales

1. Definición y dimensiones específicas de análisis

En esta *Tercera Parte* de la investigación se desarrolla y delimita el concepto particular de plataformas digitales que se emplea en este trabajo. Se presentan las dimensiones específicas de análisis y se plantea la necesidad de observar las prácticas digitales como parte fundamental del objeto de estudio. De la misma forma, se proyecta el análisis de los procesos de *subjetivación digital* como elemento característico de la nueva condición tecnológica. Los objetivos particulares de este apartado son los siguientes: 1) delimitar con claridad la dimensión particular de análisis de las plataformas digitales en este trabajo; 2) desarrollar una serie de reflexiones sobre los procesos de subjetivación que están propiciando las prácticas digitales y cómo afectan ciertas dinámicas del comportamiento de los usuarios dentro y fuera del terreno de la digitalidad y 3) desmitificar algunas connotaciones que se otorgan a las plataformas digitales.

En primer término, con el objetivo de delimitar el concepto de plataformas digitales para esta investigación, se presentan tres dimensiones principales de análisis: 1) como estructuras reproductivas de las relaciones de poder; 2) como modelo de negocio productivo; y 3) como estructuras de subjetivación dinámicas. La intención es desarrollar una perspectiva particular para observar la dinámica en que se estructuran las plataformas digitales, su grado de

afectación en los procesos de subjetivación contemporáneos y el impacto que propician en el orden social establecido. Para ello, las plataformas se observan desde la perspectiva de su funcionalidad como superficies reproductivas de relaciones de poder. Lo anterior en la medida que se configuran como herramientas potenciales que operan sin las restricciones convencionales de tiempo, espacio o regulación específica. Sobre todo, se propone la idea de que poseen un determinado diseño estructural que las despoja de su pretendida neutralidad en tanto espacios simples de comunicación o intercambio informativo y las convierte en verdaderos dispositivos disciplinares. Dentro de esta observación subyace la posibilidad de que las nuevas formas de interacción social puedan producir –progresivamente– una ruptura epistémica frente a los criterios de veridicción establecidos³⁰.

1.1 Como estructuras reproductivas de las relaciones de poder

Para precisar el término de plataformas digitales según el tratamiento particular que se le otorga en este análisis, es necesario enmarcarlo dentro de una dimensión funcional que las equipare a un dispositivo estructural capaz de albergar relaciones de poder a través del ejercicio de sus prácticas. Dentro de esta perspectiva, las plataformas serán analizadas como una modalidad instrumental para ejercer relaciones de poder complejas en un contexto virtual. Se propone la hipótesis de que las plataformas digitales instrumentan procesos

³⁰ El concepto de criterios de veridicción se comprende como “*el conjunto de reglas según las cuales se discrimina lo verdadero de lo falso y se ligan a lo verdadero (los) efectos políticos del poder*” (Foucault, 1979: 188)

para albergar, reproducir, transformar y diseminar discursos³¹ de manera inédita. Estos procesos tienen efectos concretos en la producción y reproducción de ciertas relaciones de poder que se erigen dentro y fuera del territorio digital.

En otros términos, se sugiere que las plataformas digitales poseen una capacidad extraordinaria para promover nuevas formas de conversación pública interactiva y multidireccional que posibilitan el intercambio de información y contenidos³². A través de estos procesos se disemina una cantidad inconmensurable de discursos y criterios que estructuran las relaciones de poder dominantes. En el contexto digital esta condición se encuentra potenciada radicalmente al grado de organizar nuestra cultura e incluso nuestras vidas (Sunstein, 2017). Al facilitar la comunicación de manera exponencial, el principio de reproducción del poder se va garantizando incesantemente³³. Si bien la práctica de interacción digital puede fragmentar los discursos, diversificar sus contenidos e incluso promover formas organizativas diferentes, en el fondo, como se intentará mostrar, dejan básicamente intactos los criterios de racionalidad dominantes; en la situación actual, los reconocidos bajo el concepto de neoliberalismo (Brown, 2015: 43).

Estos procesos reproductivos pueden observarse a partir de determinados

³¹ Los discursos, en este trabajo, no se reducen a los textos o intervenciones orales, sino que incluyen todas las prácticas institucionales y supuestamente no políticas. Son las instituciones que permiten sostener o incorporar una forma concreta de verdad, *“una práctica que se materializa estratégicamente y se relaciona con otras prácticas, se superponen”* (Sauquillo, 2017 :24).

³² Existen estudios recientes sobre la capacidad de las Redes Sociales para reproducir discursos. Ver por ejemplo *“Digital and networked by default? Women’s organisations and the social imaginary of networked feminism”*, (2016) Fotopoulou, A. En *New media & society*, Vol. 18(6) 989–1005.

³³ En un texto reciente, *“Performing Digital Activism”* (2018), Fidèle A. Vlavo explora el activismo político en la era digital y analiza sus límites en la consecución de objetivos.

esquemas de subjetivación que ocurren al interior de la virtualidad, pero que tienen consecuencias fuera de este espectro. Es decir, frente a la estratagema discursiva de la virtualidad como un mundo fuera de la realidad, se revelan evidencias de una experiencia dual que difumina la delgada línea entre lo digital y lo cotidiano. Las plataformas digitales son tan reales como es posible serlo hoy en día³⁴. Han adquirido cierta estabilidad en el imaginario colectivo y en las experiencias mundanas.

Los sujetos-usuarios de las plataformas van interiorizando una serie de criterios que los configuran de acuerdo a la propia estructura establecida, creándose una especie de *bucle* progresivo que se reafirma consistentemente. Por esta razón resulta interesante analizar la dimensión reproductiva del poder y problematizar sobre los procesos digitales y su efecto en la conformación de la opinión pública y la voluntad colectiva. Considerando el número creciente de estudios en torno a cómo las prácticas digitales están asumiendo cierta capacidad de afectar la percepción de la democracia³⁵, la reflexión se vuelve pertinente.

¿Cómo ocurren estos procesos reproductivos? Primero hay que distinguir que las plataformas digitales son *“la estructura reticular en donde los nodos son personas, organizaciones, instituciones, países, sitios de internet”* (Ricaurte y Ramos, 2015) y

³⁴ Ver al respecto: *“Mapping dynamic social networks in real life using participants’ own smartphones.”* (2015) de Boonstra et al. En Heliyon, Volume 1, Issue 3. Disponible: <https://www.heliyon.com/article/e00037>

³⁵ Ver sobre este tema: *“La empresa que explotó millones de datos de usuarios de Facebook”* de Rosenberg, Matthew, disponible en: <https://www.nytimes.com/es/2018/03/20/cambridge-analytica-facebook/>, *“Pressure grows on PM over Brexit Cambridge Analytica scandal”* de Rawlinson, Kevin. disponible en: <https://www.theguardian.com/politics/2018/mar/26/pressure-grows-on-pm-over-brexit-cambridge-analytica-scandal-theresa-may>, o el documental *“Juego sucio: Cómo ganó Trump las elecciones”* disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=iFYJ6KKjvq>

conforman un dispositivo complejo. Estos nodos se relacionan intermitentemente a través de procesos interactivos y al hacerlo dejan una huella digital, es decir, un rastro en el ciberespacio que constituye un dato. Luego, la suma de estos datos tendrá un valor para las empresas que quieran comercializar con ellos y se conforma un banco incuantificable de información denominado genéricamente *big data*.

A través del análisis de estos datos, es posible extraer información particular de los usuarios y conocer su opinión, sus tendencias o deseos, pero también para moldearlas e influirlas. Esa información procede del “*comportamiento de preferencias*” en la digitalidad, del patrón de compra de cualquier usuario con sus tarjetas de crédito o de la simple selección de una película o una canción en alguna plataforma digital. En este sentido, las redes digitales constituyen “*un macrodispositivo global que fabrica las biografías de cada individuo*” (Serrano, 2016: 114) a través de diversas e imperceptibles dinámicas. Las posibilidades son apenas imaginables.

Por otro lado, el usuario participa activamente de un proceso digital progresivo e invasivo que consigna una serie de complejos e imperceptibles elementos. En principio, este usuario se percibe como soberano de acceder o no a la plataforma digital; con el tiempo, va produciendo una serie de interacciones en diversos sentidos: cada “*me gusta*”, cada visita a alguna página, cada búsqueda en la Web o cada video que reproduce, va sumándose a una cadena de decisiones que definen un determinado patrón del usuario. A través de los algoritmos configurados, las plataformas van aprendiendo de los intereses de las personas y les ofrecen contenidos que les resultan atractivos. Luego, el usuario va accediendo a una oferta dirigida que puede desarrollar en él ciertos intereses distintos a los originales o profundizar en algunos. Este proceso se repite

cíclicamente y va produciendo efectos concretos sobre el usuario; en otras palabras, se instala un proceso productivo de subjetivación. Sobre las particularidades, los elementos y las condiciones en que se produce este fenómeno se profundizará más adelante.

1.2 Como modelo de negocios productivo

Es conveniente observar una característica particular que poseen las plataformas digitales, particularmente las denominadas redes sociales, y que frecuentemente pasa desapercibida por los usuarios que las utilizan: su configuración como estructuras productivas. Las redes son plataformas digitales que permanentemente están produciendo información, datos y contenidos que discurren en la dimensión de lo virtual. Esta capacidad productiva también es parte de un proceso interactivo en donde los usuarios se convierten en agentes de producción.

¿Qué es lo que produce el usuario y cuál es su retribución? Se puede decir que el usuario produce, en cada interacción, un volumen de datos que son susceptibles a ser comercializados. Esta actividad la realiza de manera relativamente inconsciente pues percibe que las redes digitales se encuentran fuera del alcance de los procesos económicos y de sometimiento. Aunque su actividad pueda producir riqueza para un tercero, el usuario no lo reconoce. Al contrario, navegar en la red, interactuar con amigos o consultar algún contenido informativo puede considerarse un servicio recibido de manera gratuita. Sin embargo, cada usuario produce permanentemente y lo hace incluso a través de un contrato muy detallado cuya característica fundamental es ceder la información que ingresa y la información que produce (Agustino y Monclús,

2016).

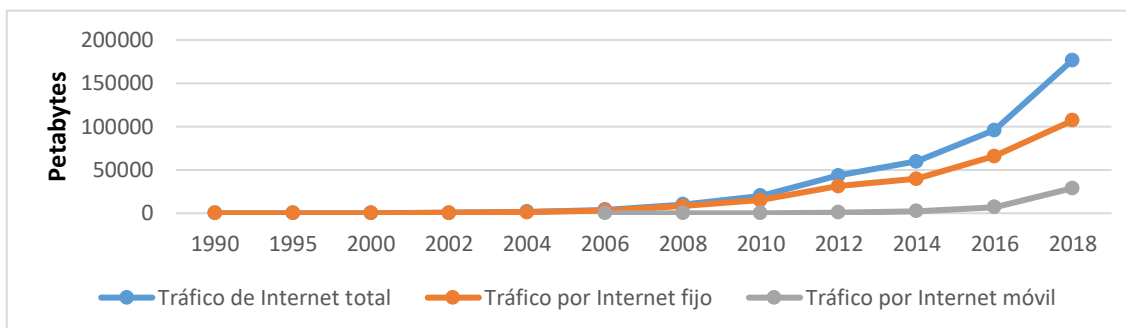
El motor de la riqueza que genera estriba en la información producida y el precio que paga el usuario es la cesión del dominio de su información (Serrano, 2017: 20). Desde esta perspectiva, ininterrumpida e incalculablemente, las plataformas digitales constituyen la fábrica más productiva de la historia, pues el tiempo invertido en las ellas es tiempo susceptible a mercantilizarse ya que toda acción digital siempre puede usarse para la minería de datos (Ippolita; Lovink; Rossiter, 2017). Lo más interesante es que, al no ser estructuralmente cimentada en las relaciones de producción tradicionales, pareciera que forma parte de las industrias culturales, de ocio o de espectáculo.

Si se observa con detenimiento, el contenido que se produce asume el formato de mercancía, pues tienen la característica tradicional de cesión y adquisición (por ejemplo, en sistemas de video o música bajo demanda como *Spotify* o *Netflix*) pero a la vez puede venderse y conservarse, como ocurre con la titularidad de la fuerza de trabajo. La mercancía es, al mismo tiempo, la fuerza de trabajo digital. Entonces las plataformas actúan como un instrumento mercantilizador por excelencia, no en exclusivo de objetos de consumo tradicional, sino a través de la capacidad de convertir valores afectivos como la amistad, la solidaridad o la popularidad en mercancías susceptibles a ponderarse (a través *likes*, de reproducciones o interacciones) e intercambiarse. La visibilidad obtenida podría entenderse como el pago que obtenemos a cambio de un trabajo (Zafra, 2015: 58), contribuyendo a la consolidación del carácter productivo que poseen y de las lógicas neoliberales que las alimentan.

En el *Gráfico 25* se muestra el tráfico de datos a nivel global entre 1995 y 2018. Este dato representa el volumen de información, contenido e interacciones que

discurre en las plataformas digitales. Como puede evidenciarse, el incremento del tráfico a partir de 2008 se ha multiplicado exponencialmente. Todo dato que circula en la red es información susceptible a comercializarse.

Gráfico 25. Tráfico global en Internet (1990-2018)



Fuente: Elaboración propia con datos del “Visual Networking Index” de Cysco Systems <https://www.cisco.com/c/en/us/solutions/service-provider/visual-networking-index-vni/index.html>

Adicionalmente, la productividad de las plataformas digitales no se agota en su capacidad para mercantilizar objetos. Incluso su configuración como servicio digital y la dinámica a través de la cual una persona se convierte en usuario, están regidas por las lógicas más básicas de las estructuras económicas. Las redes han sido diseñadas para ser explotadas y se convierten en otra forma de producir dinero que puede pasar imperceptible ante nuestra mirada. Si se observa el propio lenguaje que se emplea para formar parte de una red social, se distingue que la primera solicitud es “*abrir una cuenta*”. Es evidente que la palabra “*cuenta*” tiene una connotación en el ámbito de las operaciones económicas y no es casual que se le denomine de esta manera a la membresía que otorgan las redes digitales.

En cierto sentido, abrir una cuenta en alguna red tiene elementos que se asemejan con la apertura de una cuenta corriente en cualquier institución bancaria (Bernstein, 2015) Quizás sea útil observar estos fenómenos de forma

comparativa: ambas -las plataformas digitales y las instituciones fiduciarias- son instituciones responsables de brindar un servicio. Existe a la vez un contrato signado por las partes involucradas sobre las características de la prestación del servicio. Los usuarios, en ambos casos, deben realizar un depósito inicial; en el banco este depósito corresponderá a una cantidad de dinero, pero en las plataformas digitales podrá ser la creación de un perfil público, es decir, información y datos personales que se ceden al dominio público y a la empresa que opera el dispositivo.

A partir de ese momento, los usuarios pueden hacer uso de la cuenta, depositar o retirar sus activos (dinero o información y contenidos según sea el caso) con plena *libertad*, siempre que se ajusten a las obligaciones y condiciones del contrato suscrito. Esta semejanza no es de ninguna manera baladí, nos permite observar desde otra perspectiva cómo se configuran las redes y, a partir de ello, dimensionarlas como estructuras menos desinteresadas o neutrales y más como estructuras comerciales que generan también relaciones vinculantes. Podemos deducir que operan como empresas (pues finalmente es lo que son) de tecnología digital pero con pocas limitaciones legales gracias a su naturaleza virtual.

Las plataformas digitales tienen un determinado modelo de negocio basado en el principio de crecimiento ilimitado, un principio propio del tardo-capitalismo desde la perspectiva de consumo (Ippolita; Lovink; Rossiter, 2017). Desde el surgimiento de las *puntocom*, la expansión y el crecimiento sin límites sustentaban su modelo comercial; si las páginas Web dejaban de crecer y se estancaban, se mostraba que el negocio había dado de sí y precisaba abandonarse. El hecho de que la arquitectura digital y su alcance posean criterios propios del modelo económico neoliberal no es fortuito.

La capacidad de mercantilizar casi todo proceso interactivo en la digitalidad es una forma de ampliar el carácter reproductivo del modelo capitalista. De igual manera, la oposición a los procesos de regulación estatal de la economía, la política de oferta y la expansión de los mercados son rasgos característicos de principios relacionados al neoliberalismo (Streeck, 2011: 25-28). Las plataformas asumen estas características como mercados expansivos y desregulados, pero curiosamente no generan las resistencias habituales de otras empresas del mercado. Esto se debe en gran medida al factor referido anteriormente: la sociedad sigue percibiendo las redes como un servicio de comunicación interactivo gratuito y no como una empresa digital. Hoy existe un debate interesante que augura el agotamiento de este modelo de negocio para la Web 2.0 en relación con la finitud del mundo (Ippolita; Lovink; Rossiter, 2017) o en otras palabras, con la imposibilidad de crecer expansivamente de manera sostenida. Esto no significaría la obsolescencia de las plataformas, sino su reconversión a nuevos modelos sustentables en un universo limitado, es decir, una transformación del modelo y la expectativa de negocio.

Sin embargo, una cosa son las empresas digitales como negocio en sí mismo, y otra las posibilidades que brinda la digitalidad para reconfigurar la estructura económica en su conjunto. La revolución digital ha trastocado fundamentalmente los procesos económicos y sociales al reconfigurar el modelo económico a través de la incorporación de nuevos esquemas y formatos comerciales inéditos. Esto ha supuesto una reestructuración integral del sistema productivo contemporáneo. Las nuevas plataformas de intercambio, la digitalización y la dinámica virtual, han posibilitado la aparición de una economía financiarizada (Castells, 2016: 17).

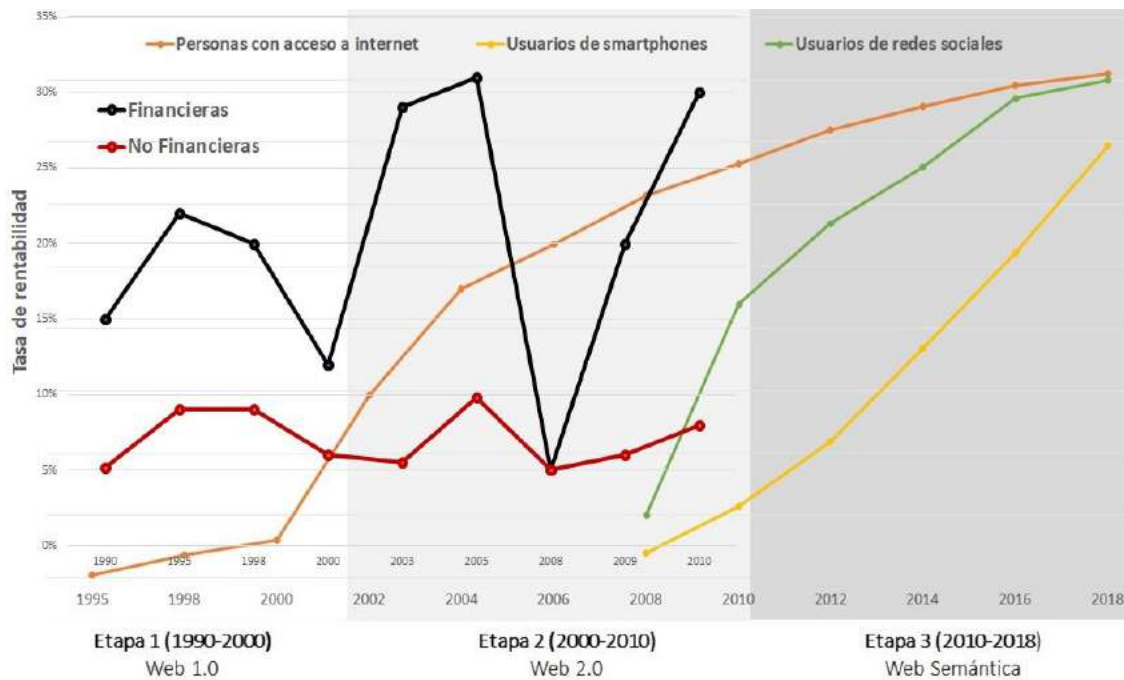
Este binomio entre digitalización y economía financiera ha afectado la lógica del

mercado, las relaciones laborales y los propios objetivos del desarrollo empresarial. Hoy el volumen de las transacciones a través de los mercados financieros supera en más de 100 veces el volumen del mercado de los bienes y servicios (Nachtwey, 2017: 44). Y aunque la financiarización económica no es un fenómeno exclusivo de la era digital³⁶ la capacidad global y desregulada de los esquemas digitales han permitido la reestructuración integral del sistema financiero.

En el *Gráfico 26* se aprecia el incremento radical en el volumen de la economía financiera con respecto a la economía de servicios y productos (no financiera) en el lapso de 1995 hasta el 2010, pasado el estallido de la crisis del 2008. La digitalidad ha permitido explorar con nuevos productos financieros y realizar transacciones en fracción de segundos. La conectividad global y una economía integrada han permitido el aumento de la utilidad de la renta de manera significativa.

³⁶ Desde 1910, Rudolf Hilferding había publicado ya un libro titulado *“El capital financiero”* (1985, Editorial Tecnos) en donde explicaba la potencialidad de este negocio en un futuro.

Gráfico 26. Crecimiento de la economía financiera en EE.UU. (1990-2010)



Fuente: Elaboración propia con información de “La financiarización de la economía mundial: hacia una caracterización”, Revista de Economía Mundial.

En su obra *“La sociedad del descenso”*, Oliver Nachtwey vincula el auge de la digitalidad con la financiarización de la economía, lo que denomina como parte del capitalismo poscrecimiento (2017, 47-57). Por su parte, Castells afirma que *“ha surgido un nuevo sistema financiero que ha aprovechado las tecnologías de información, comunicación y liberación económica para innovar sus productos y generar una expansión sin precedentes de los mercados de capital”* (Castells, 2016: 14).

En resumen, las plataformas son empresas digitales altamente productivas, que transforman la información en riqueza y que se soportan su estructura en las lógicas del mercado neoliberal. Bajo la apariencia de un sistema de comunicación digital gratuito, la digitalidad está produciendo y procesando una cantidad de datos inimaginables sobre el comportamiento humano y las características de los fenómenos sociales. Esta minería de datos se utiliza en el

plano comercial, es decir, se convierten en mercancías en transacción para diversos fines. Es por ello que uno de los mayores problemas político, legal y filosófico de nuestra época es cómo regular la propiedad de los datos (Harari, 2018) y visualizar a las redes como algo más que una herramienta de comunicación e información desinteresada, abierta y neutral. En lo que sigue se profundizará sobre sus efectos en los procesos de subjetivación y en el establecimiento de criterios que ordenan los discursos disponibles en el contexto actual.

1.3 Como estructuras de subjetivación dinámica

En lo relativo a esta dimensión de análisis, se reflexiona fundamentalmente sobre los procesos de subjetivación disponibles a través de las plataformas digitales y sus prácticas. La subjetivación digital se comprende como el resultado de un conjunto de procesos, dinámicas y elementos complejos que ocurren dentro de las prácticas de interacción social en plataformas digitales. Estas prácticas³⁷ van creando regularidades distinguibles en los perfiles de los usuarios digitales a través del establecimiento y expansión de una serie de criterios rectores sobre lo aceptable y lo deseable. Es una forma de ideología tecnológica que modula cada vez más nuestras aspiraciones económicas, sociales y culturales, así como nuestra percepción de la esfera pública (Morozov, 2015).

³⁷En lo que sigue, se desarrolla la idea de “*prácticas digitales*” como elemento consustancial del proceso de subjetivación en redes. Esta perspectiva se basa en el modelo de análisis foucaultiano que propone examinar la dinámica de las prácticas concretas en cada dispositivo como estrategia de estudio.

Los efectos de la subjetivación no se limitan a los comportamientos inmersos en la superficie *online*, sino que trastoca diversos procesos de la cotidianidad de manera efectiva. Estas afectaciones tendrían consecuencias en la configuración de los marcos de interpretación y comprensión del mundo para los usuarios, afectando las dinámicas sociales, económicas, culturales y políticas. Para este análisis, se considera que las prácticas de interacción digital constituyen el elemento principal de observación en la medida en que es ahí donde pueden distinguirse los elementos del proceso de subjetivación. Por lo tanto, comprender en qué consisten las prácticas interactivas dentro de las plataformas digitales será la premisa para dimensionar lo que pueden llegar a suponer estos fenómenos.

Es decir, el pensar que somos nosotros, hombres y mujeres libres, quienes establecemos las reglas del juego de la vida, los términos en que se desarrollan los procesos más significativos de la historia o los que decidimos los criterios a través de los cuales se piensa y se razona, siempre nos ha permitido sentirnos dueños de nuestro destino; aunque sea parcialmente, aunque sea una ficción colectiva. Pero, ¿qué sucede cuando percibimos que hay cosas que escapan a nuestra competencia? ¿qué ocurre cuando hacemos conciencia de que no somos tan dueños de lo que pensamos? Es decir, ¿cómo gestionamos que podemos ser irrelevantes y anecdóticos productos de una serie de condiciones externas a nuestro dominio? Estos cuestionamientos han acompañado históricamente la reflexión humana. Con el arribo de la era digital, las sociedades están más expuestas que nunca a una gran cantidad de estímulos y condiciones que impactan su capacidad cognoscitiva y, sin embargo, pareciera que se es menos consciente de ello.

En esta investigación se insiste en que es posible encontrar algunas respuestas -

o al menos ciertos ángulos reflexivos- a las preguntas más complejas a partir de las cosas más simples: a través del ejercicio práctico de la vida y sus relaciones. Esto significa pensar que, observando las prácticas institucionales y discursivas de los distintos fenómenos, es posible arribar a ciertas explicaciones sobre cómo y en qué medida se transforma la historia. Es decir, ¿cómo afectan las prácticas a los fundamentos que las promueven? ¿es posible que el ejercicio progresivo de una práctica transforme radicalmente los marcos que la establecieron?

Para ejemplificar de manera práctica cómo ocurre la subjetivación digital y de qué manera llega afectar el comportamiento *offline* del usuario, se propone recurrir a la serie televisiva “*Westworld*”³⁸ (2016) a manera de recurso explicativo y metáfora hiperbólica. Pensemos en un parque de diversiones temático, ambientado en el *Oldwest* norteamericano y habitado por robots con apariencia humana. Los “*anfitriones*” (nombre genérico de los robots) son androides prácticamente idénticos a los humanos y dotados de inteligencia artificial, que interactúan con los “*visitantes*” (cualquier cliente que acude al parque) de manera indistinguible a cualquier otra persona “real”. Lo atractivo del parque es que reproduce una serie de “*narrativas*” (historias o situaciones típicas del idealizado *Oldwest*) en donde los visitantes se mezclan con los anfitriones para vivir una experiencia extremadamente realista en la que pueden dar rienda suelta a cualquier instinto, pasión reprimida o deseo; sin consecuencias aparentes y sin juicio moral algunos.

Los anfitriones representan papeles que les han sido asignados -al igual que cuerpos hermosos de acuerdo a la estética que rige- y se relacionan con los

³⁸ *Westworld* es una serie televisiva producida por HBO y estrenada en el año 2016. Plantea una distopía a partir de la evolución de inteligencia artificial en un parque de diversiones temático y habitado por androides.

visitantes de manera natural, con una excepción: no pueden hacerles daño bajo ninguna circunstancia. Los visitantes, personas de un privilegiado status económico que quieren salir del tedio y la monotonía de la “*vida real*” y que en su vida cotidiana pueden ser perfectamente “*normales*”, dentro del parque se comportan de forma impredecible. Algunos intentan asumirse como héroes que defienden a desvalidos en alguna aventura programada; pero lo curioso es que la mayoría libera sus bajos instintos: unos violan mujeres, otros las asesinan. Unos prefieren vejar y torturar a hombres, convertirse en bandoleros o incluso matar a niños o ancianos. Todo es válido y nadie debe juzgar puesto que es solo un juego, un servicio contratado de entretenimiento. No es real.

¿Qué tiene que ver todo esto con el efecto de las prácticas digitales contemporáneas? ¿qué tiene de relevante la forma en que se comporten las personas dentro de un parque de diversiones utópico para comprender los procesos de subjetivación? Lo que interesa es analizar qué ocurre con la personalidad, el carácter y la identidad del visitante a través del tiempo. El visitante es plenamente consciente -al principio- de que se trata de un juego, de una ficción. Sin embargo, es tan real la vivencia, las sensaciones y las posibilidades de auto-realización generadas, que al poco tiempo empieza a perder la noción de la línea que separa lo real de lo programado.

Inicialmente, empieza por “*jugar*” de manera relativamente reservada, con cautela y prudencia. No sabe exactamente cómo actuar. Pero muy pronto aprenden del resto de visitantes; los observan y admiran las posibilidades. Cuesta algo de tiempo desprenderse del constreñimiento moral, del arraigo de ciertos principios que regulan su marco de comportamiento en su vida diaria y que entran en conflicto con las nuevas circunstancias del juego. Pero dentro de *Westworld* la práctica lo es todo. No existen códigos ni recetas que dicten cómo

aprovechar al máximo la experiencia; los guiones están escritos para ordenar la estructura básica del juego pero los visitantes la reconfiguran con sus acciones de manera permanente, la transforman.

Una vez concluida la jornada del juego, el usuario vuelve a la vida real, a su entorno. Con los recuerdos del disfrute de la vivencia experimentada y ante la imposibilidad de que su realidad le ofrezca dichas sensaciones, el visitante regresa pronto a *Westworld* para superar aquellas restricciones de la cotidianidad que lo condenan a la frustración. Pero algo empieza a cambiar en él. Ciertas sensaciones generadas dentro del parque lo acompañan afuera. El tipo de comportamiento vivido y la forma en que aprende a interactuar en el parque, es interiorizado por el sujeto y reproducido en sus relaciones sociales convencionales. Obviamente, no aquellas bajas pasiones que implicarían la comisión de delitos, pero sí el estilo que adopta para expresarse, los símbolos que emplea para comunicar su esencia, el trato con su contexto.

El usuario empieza a asumirse un tanto como el personaje que se ha construido y comienza a reflexionar sobre cosas que no reflexionaba antes. Tiene nuevos deseos, pero no es plenamente consciente de ello. Se pregunta por la posibilidad de vivir eternamente como lo hacen los huéspedes, sobre los límites de experimentar el sufrimiento, sobre los códigos éticos que restringen la vida común sin apenas pensarlos. Se cuestiona sobre la esencia de él mismo e imagina que las cosas pueden ser distintas. ¿Qué ha ocurrido? Cada vez que el visitante participó en las narrativas del parque fue absorbiendo e interiorizando ciertos elementos; cada práctica en *Westworld* iba afectando su identidad, lo iba reconstruyendo.

¿Era acaso un proceso de liberación de su personalidad atada en la vida real?

¿una especie de emancipación personal que le ocurrió gracias al parque? Por supuesto que no. Lo que el visitante interpretaba como una liberación era la interiorización de otro libreto; un libreto impuesto por el ejercicio de nuevas prácticas. El resultado de una serie de estímulos y condiciones imperceptibles que propiciaron la sustitución gradual y progresiva de su viejo marco de interpretación y comprensión de la vida. Pero nadie lo coaccionó, no lo obligaron a actuar de una forma determinada, ningún código de valores le impuso un nuevo orden de principios morales, todo fue el resultado de un proceso práctico.

El guion de la serie televisiva presenta múltiples reflexiones sobre los procesos tecnológicos, sobre el alcance del poder y el dinero y sobre las necesidades más básicas del ser humano. Es un debate filosófico permanente. Sin embargo, lo que interesa para esta investigación es simplemente observar el impacto que puede llegar a tener el ejercicio práctico de la vida; observarlo en condiciones extremas y un tanto distópicas como resultado de la permisividad de la ficción televisada. Aunque profunda y deliberadamente hiperbólica, esta situación nos puede abrir una perspectiva reflexiva del impacto de las redes digitales en la experiencia vital. No se trata de trasladar a las plataformas digitales la cuestión de los bajos instintos, sino dimensionar la dinámica de afectación de la práctica en los procesos de subjetivación. Para ello se intentará analizar los procesos de subjetivación digital como resultado de las prácticas interactivas en redes; así que, con sus evidentes reservas, vale la pena intentar contrastar algunos elementos observables en la fantasía de *Westworld*.

2. Procesos de subjetivación digital

En lo que sigue se aborda uno de los procesos más interesantes y menos atendido del efecto de las prácticas digitales en el contexto contemporáneo: su capacidad como instrumento de subjetivación. Atender los procesos que se generan por la repetición incesante de las prácticas de interacción digital implica dimensionar los efectos que propician a su paso. Sin embargo, no se deben buscar simples efectos causales en comportamientos particulares, sino evaluar la posibilidad de que las plataformas digitales puedan incidir en la propia construcción de la identidad de los usuarios de manera gradual, progresiva e imperceptible.

A este conjunto de elementos que modelan la construcción del carácter del sujeto, la capacidad de reconocerse a sí mismo, es decir *“al modo en que un ser humano se convierte a sí mismo o a sí misma en sujeto”* (Foucault, 1988: 3) y de comprender la exterioridad, se les puede encuadrar bajo el concepto de *“proceso de subjetivación”*. Lo que se propone es que es posible distinguir la emergencia de un nuevo espacio de subjetivación, poderoso y global, al interior de los dispositivos digitales. A través de las prácticas de interacción en las plataformas en red, los usuarios digitales van interiorizando nuevos marcos referenciales y normativos a partir de una serie de criterios que se establecen como aceptables frente a otros que se marginan. Operan sobre los *“pliegues ocultos de nuestra personalidad (para que sean) sometidos por las formas de subjetividad hegemónicas”* que existen en el entorno (Rendueles, 2016: 19). Es decir, las prácticas digitales podrían estar afectando el comportamiento de las personas a través de la modelación de los marcos interpretativos disponibles para comprender el mundo: ¿cómo es posible que una práctica digital pueda afectar la naturaleza

íntima de los usuarios? ¿a través de qué dinámicas virtuales se puede modelar el comportamiento de una persona en su vida cotidiana?

Para responder a estas interrogantes es necesario recordar que las plataformas digitales plantean una tensión inédita al consignar la privacidad y la intimidad de la vida individual en un formato público y abierto donde los usuarios intentan fabricar identidades rentables que puedan ser apreciadas por otros usuarios del sistema. Se erigen como espacios para depositar la identidad y diseñar un perfil que se corresponda con una supuesta *mejor* versión de ellos mismos (Khamis, Ang y Welling, 2017). Pero esa *mejor* versión responde a los propios criterios que se establecen como aceptables y convenientes, es decir, está condicionada por los propios cánones del dispositivo.

En esta búsqueda de una biografía particular, el usuario no persigue estrictamente sus intereses personales, es decir, no actúa como el idealizado individuo maximizador racional responsable de construir su propio bienestar mediante elecciones reflexivas y calculadas³⁹. En la digitalidad, el sujeto-usuario se guía por determinadas exigencias y principios constreñidos en dicho entorno. Podría ocurrir, como sostiene Yuval Noah Harari que *“las mismas tecnologías que hemos inventado para ayudar a las personas a perseguir sus sueños permiten rediseñarlos”* (Harari, 2019). Si bien es cierto que el usuario busca mejorar su apreciación y re-valorarse como capital humano, el ideal de ese modelo puede no coincidir con lo que racionalmente se consideraría su interés personal.

Al respecto, Wendy Brown comenta que el concepto de interés personal,

³⁹ Me refiero a la tradición del liberalismo clásico -David Hume (1739), Adam Smith (1776), Jeremy Bentham (1789)- y a los desarrollos posteriores a través de la teoría económica de la democracia -Shumpeter (1911) y Anthony Downs (1957)-.

vinculado al liberalismo clásico, no encaja del todo bien en el sujeto neoliberal contemporáneo pues *“este sujeto está tan profundamente integrado en la meta sobrevenida del crecimiento macroeconómico –y, por consiguiente, subordinado a ella– que puede sacrificar fácilmente su bienestar por estos propósitos mayores”* (Brown, 2015: 110). Esta es realmente la hipótesis de partida para comprender los procesos de subjetivación en la digitalidad: la identidad digital de un usuario es extrapolable a su conducta cotidiana fuera de lo virtual y es posible que el interés que persigue al fabricar su identidad digital no se corresponda con los intereses que debería perseguir como sujeto racional. Es decir, el usuario de la digitalidad podría actuar en un sentido distinto, e incluso contrario, a los supuestos intereses que tendría que perseguir.

Esto ocurre porque la estructura digital es un organismo descentrado y dinámico en donde las relaciones de dominación no siempre se ejercen en un sentido tradicional; es decir, no existe una única entidad visible que monopolice el poder y lo ejerza a su libre antojo. Tampoco es posible distinguir un agente dominado y uno dominador en cada relación. Es como si se estructurara a partir de pequeños fragmentos, dispersos pero conectados, que generan cierto orden social compartido.

En esto radica parte del potencial rupturista de la subjetivación digital que responde a dos condiciones convergentes: 1) el sujeto disciplinar y el sujeto disciplinado son la misma persona: el usuario digital. Progresiva e imperceptiblemente, el usuario va reproduciendo los criterios aceptables y valorados en la red hasta asumir e interiorizar determinados rasgos como sujeto; 2) los criterios dominantes se expanden a través de la digitalidad sin la restricción del tiempo y el espacio, con lo que adquieren un carácter global y permean casi cualquier estructura social. Es importante señalar que estos

criterios no comportan necesariamente un orden coherente; no pretenden construir una narrativa articulada en forma de ideología. Es al contrario. Su fortaleza estriba en la fragmentación de su discurso pero, a la vez, en su capacidad de instituir un orden social reconocible y compartido.

En la dinámica de las prácticas de interacción digital, los usuarios pueden modificar la naturaleza y la configuración de las redes, pero también las redes modelan el comportamiento y las perspectivas de los usuarios. Si las plataformas son estructuras contingentes, dinámicas y maleables, los usuarios que interactúan en ellas no lo son menos. Aquel espectador que describía Guy Debord en su obra *“La sociedad del espectáculo”* (2007) podría haber abandonado su lugar en la sala para ocuparlo en el escenario. Un escenario digitalizado que le propone diversos personajes para que se caracterice; le muestra cómo vestirse, cómo maquillarse e incluso cómo debe representar el personaje. Lo dota de las referencias necesarias para actuar en la puesta en escena. El observador de la representación espectacular de la vida toma parte en la función, pero no por haberse emancipado de su condición testimonial, sino como recurso para no ser abandonado en el anonimato de una sociedad que vive de la exhibición.

2.1 Las prácticas digitales como objeto de estudio

Para observar los procesos de subjetivación disponibles dentro de la digitalidad, conviene analizar la dinámica de sus prácticas. Son las prácticas de los discursos y las instituciones las que permiten acceder a la comprensión de su naturaleza. Como señalaba Michel Foucault en su epistemología historiográfica, los objetos naturales no existen *per se* sino que cada práctica crea el objeto que le corresponde. La cuestión es analizar un conjunto de elementos observables

como prácticas de un momento concreto y señalar, de manera empírica y provisional, conexiones entre los mecanismos de coerción y la disponibilidad de un contenido de saberes que las han hecho posibles (Sauquillo, 2017: 25).

Foucault centró sus análisis en la identidad de formaciones discursivas concretas, es decir, en la distinción de un discurso y sus prácticas con respecto a un saber⁴⁰. Señala que toda racionalidad es observable solo a partir de las prácticas que logran producirse: *“digamos que lo que permite hacer inteligible lo real es mostrar simplemente que fue posible. Que lo real sea posible: esa es su puesta en inteligibilidad”* (Foucault, 2007a: 52). Pero la observación de las prácticas digitales plantea retos inéditos puesto que no se circunscribe a un campo particular de la ciencia o de la vida, sino que actúa como un espacio de articulación, síntesis y reconfiguración transversal: como una estructura que alberga contingentemente diversos discursos.

La hipótesis que se propone en este sentido es que la práctica de interacción digital produce efectos directos en los procesos de subjetivación y en la construcción de identidades para los usuarios. Estos procesos se caracterizan por establecer criterios de aceptabilidad que se erigen como referentes normativos. A partir de ello, las prácticas digitales permiten la formación y diseminación de ciertos discursos. La suma de estos discursos y las prácticas de interacción que los sostienen, configuran lo que puede denominarse racionalidad disponible. En este sentido, las prácticas que ocurren en las plataformas digitales, la propia forma estructural que contienen y la capacidad

⁴⁰ Foucault tiene una trayectoria académica que empieza con el análisis de los discursos-institución -el manicomio en la *Historia de la locura*, la clínica en *El Nacimiento de la clínica* o la cárcel en *Vigilar y castigar*- para luego profundizar en la relación poder-saber y el concepto de racionalidad gubernamental y Biopolítica.

de diseminación global y permanente, suponen una forma inédita de dispositivo biopolítico según el concepto desarrollado por Miche Foucault. Es evidente que justificar y contrastar esta hipótesis es una tarea que se realizará durante toda la investigación, sin embargo, es necesario mencionarla en este apartado para asumir dicha perspectiva durante el análisis de las prácticas de interacción digital.

En estas prácticas interactivas se incluye todo tipo de conversación e intercambio que se produce dentro de las plataformas digitales. No sólo la información a través de textos, imágenes o recursos multimedia, sino toda intervención que afecte procesos institucionales y supuestamente no políticos a partir del desarrollo de prácticas simbólicas y significantes (Errejón, 2011). Este tipo de prácticas de interacción no surgen premeditadamente de un sujeto fundante, sino que obedecen a un conjunto de dinámicas sociales y de poder que ocurren de manera sistemática, progresiva y casi imperceptible. No es que detrás de todo exista un grupo de sujetos perversos que manipulan y dirigen a su libre antojo el destino de la voluntad social; esa es una visión demasiado humanista para la era digital. Las prácticas constituyen un proceso dinámico, contingente y continuo que -sin embargo- puede observarse en determinados rasgos. En lo que sigue se denominan “*condiciones*” a estos rasgos observables y se explican sus características.

2.2 Condiciones constitutivas de las prácticas digitales

1. Condición de trascendencia entre lo digital y lo real: a pesar de que se acostumbre identificar como realidad virtual o ficción digital, las relaciones afectivas y culturales que ocurren en las plataformas digitales trascienden esa naturaleza.

Lo novedoso es precisamente que independientemente de que ocurren en una superficie digital, son demasiado reales y se conectan interactivamente con las diferentes experiencias de vida (Serrano, 2017: 29). El comportamiento que se aprende en la digitalidad, la información adquirida o la sensibilidad que se recoge, son interiorizadas por los usuarios para luego ser empleadas en el desarrollo de su vida cotidiana, en las relaciones directas con su entorno. De tal forma que el impacto de las experiencias emanadas de la interacción digital es mucho más significativo de lo que podamos imaginar para la comprensión del mundo; al grado de que hoy en día lo representado en las redes parece marcar qué es lo real (Zafra, 2015: 34).

La gran innovación de las prácticas digitales tiene que ver con su carácter interactivo y con la posibilidad de superar las restricciones tradicionales de tiempo y espacio a un menor coste. Los usuarios no son meros espectadores de los intercambios de contenidos, son ahora sus protagonistas y se perciben con capacidad de seleccionar y discriminar. Tienen, al menos potencialmente, la posibilidad de acceder a todos los contenidos disponibles que circulen por la red, compartirlos o comentarlos. También pueden interactuar con cualquier otro usuario en tiempo real sin importar el lugar en donde se encuentren ambos. Es posible realizar consultas, emitir opiniones, ejercer críticas sobre casi cualquier tema y sin condiciones o restricciones previas. Y todo en un entorno interactivo que responde a cada estímulo, es decir, a cada acción que se emprenda corresponderá algún tipo de respuesta, ya sea mediante la visualización de contenidos o a través de emprender algún diálogo.

La organización de la sociedad y su componente político siempre han tendido a regular las libertades de las personas como premisa de su convivencia social, por lo tanto, existen barreras, restricciones y límites coactivos que surgen como

resultado del ejercicio de las relaciones de poder convencionales. Las personas se han desarrollado en estas estructuras vitales e interactúan con ellas permanentemente en el mundo “*real*” (las instituciones públicas, el Estado, la escuela, la iglesia), habitan una casa, un lugar específico. Se despiertan a determinada hora y se desplazan al trabajo, a la escuela o al mercado. Salen con sus amigos o se reúnen con su familia. Padecen el tráfico, la inseguridad, la contaminación, es decir, los problemas cotidianos. Pero dentro de la digitalidad, esas barreras parecen diluirse hasta casi desaparecer. En un momento dado, el usuario se percibe dueño de sí mismo, completamente libre para interactuar al menos en ese espectro. Esta percepción surge de un contraste apreciativo que realiza el usuario con su experiencia directa de vida; es decir, de una comparación con las inmanentes frustraciones que surgen de las estructuras tradicionales que limitan su desarrollo aspiracional en la vida cotidiana. Las prácticas digitales suelen ser una especie de huida hacia adelante; una negación a sucumbir ante las fuerzas coactivas estructurales.

2. *Condición de transparencia plena*: la transparencia es un concepto rector en la democracia contemporánea que pretende garantizar el buen funcionamiento de las instituciones y evitar la corrupción a través de las “*buenas prácticas*”⁴¹. Pero la idea de transparencia que se incorpora en las prácticas digitales no se limita al espectro de lo público, sino que se impone también en el terreno de la intimidad. La idea de una transparencia total, derivada de la capacidad de exposición de las plataformas digitales, no puede ser concebida como una decisión personal de un determinado usuario dispuesto a compartir su

⁴¹ Nótese cómo el concepto de “buenas prácticas” al igual que el de “capital humano”, “rendimiento” o “competitividad” que constituyen elementos centrales del discurso neoliberal, han sido plenamente incorporados en el argot de las redes digitales.

privacidad y su experiencia de vida con la comunidad virtual. Esta exposición de la intimidad es el resultado de un contexto digital que *empuja* al usuario a participar de dicha exhibición. No es una imposición en el sentido coactivo, sino una oportunidad que se le brinda para adquirir un valor de mercado a través de la construcción de una identidad determinada.

En este sentido, resistirse a publicitar la intimidad implica exponerse a la marginalidad y padecer las consecuencias: reducir el valor del perfil, excluirse de la visibilidad y la popularidad digital e incluso disminuir el propio capital humano (Iqani y Schroeder, 2016; Zafra, 2017b). Desde esta perspectiva, más que una posibilidad brindada por la dinámica de las prácticas digitales, parece una coacción violenta en un sentido doble: transparentar nuestra intimidad y asumir los criterios de una identidad que pueda resultar bien valorada. Sobre estas condiciones reflexiona Byung-Chul Han en diversos ensayos en donde afirma que en ello radica *“la violencia de la transparencia”* (Han, 2016: 31).

De esta dinámica es posible extraer una condición que rompe con la tradición liberal clásica y supone un interesante motivo de reflexión. En la tradición liberal se propugna por la protección de la privacidad como un territorio ajeno al escrutinio público o a cualquier intervención estatal. Respecto a ello, diría Benjamin Constant durante su discurso en el ateneo de París de 1819, *“nuestra libertad debe consistir en el disfrute apacible de la independencia privada”*. A partir de aquel momento se fortalece el concepto de privacidad como una premisa fundamental del Estado liberal. Alexis de Tocqueville lo expresa de la siguiente forma:

“Ese sentimiento reflexivo y apacible que induce a cada ciudadano a aislarse de la masa de sus semejantes y a mantenerse aparte con su familia y sus amigos; de

suerte de que, después de formar una pequeña sociedad para su uso particular, abandona a sí misma a la grande” (Tocqueville, 1981: 125).

Sin embargo, con el arribo de la digitalidad, la privacidad se ha diluido extraordinaria y progresivamente. Esto no se debe tanto a la invasión de algún poder público sobre la esfera de lo privado como a la reivindicación de lo privado por insertarse en la esfera de lo público. El fenómeno de la renuncia a la privacidad es por ello inédito y se relaciona a la dinámica de las prácticas de interacción digital. Los usuarios de las redes digitales necesitan visibilidad para existir y para ello construyen un perfil que sea atractivo para obtener la atención del resto de los usuarios. Este perfil que elaboran de sí mismos no es una identidad transparente y vulgar de su vida cotidiana, es decir, de su vida *offline*. Si sus características *offline* difieren de las condiciones de aceptabilidad o incluso resultan problemáticas a los estándares digitales, simplemente no serán transparentadas. En su lugar, fabricarán una biografía seleccionada y estilizada de cara a su exhibición pública (Sibilia, 2008: 60). Tener visibilidad puede interpretarse como la necesidad de adquirir un estatus y asumir una forma diferenciada que nos distinga de la masa insípida (Bauman, 2007). Se produciría una especie de confusión entre ser visto y existir (Zafra, 2015: 20).

3. *Condición de libertad aparente*: una de las características más potentes en las prácticas digitales es la sensación de libertad que proyectan. Esta sensación guarda una estrecha relación con la posibilidad de acceder a información, consumir o producir contenidos, u opinar y participar de casi cualquier conversación de manera sencilla y abierta. De esta forma, las plataformas se proyectan a sí mismas como herramientas liberadoras (Serrano, 2017: 39). Es por ello que el concepto de libertad es una pieza clave para entender la relación del sujeto con la tecnología digital.

La libertad constituye uno de los bienes más preciados en conjunto al de la vida misma. En gran medida, la historia de las reivindicaciones y luchas sociales en la modernidad, desde el reconocimiento a la ciudadanía hasta la igualdad, se encuentran vinculadas a la ampliación y reconocimiento de ciertas libertades. Sin embargo, ¿en qué medida se cumple esa promesa de libertad en la digitalidad? ¿hasta qué punto las plataformas digitales constituyen nuevos marcos de libertad? Las estructuras virtuales han permitido el surgimiento de una nueva forma de “*libertad digital*” entendida como la limitación de las posibilidades de una intervención externa y coactiva que condicione el desarrollo y movimiento de las personas. Esta eliminación de restricciones se asemeja a lo que Isaiah Berlín denominaba “*libertad negativa*” (2005).

Desde luego, el usuario sigue condicionado por una multiplicidad de factores, tanto dentro del espectro digital como en su vida cotidiana, pero al menos en lo relativo a las libertades modernas, es decir, la libertad de expresión, de comunicación o de información, las prácticas digitales propician una sensación de liberación⁴². Es decir, las plataformas emergen como una posibilidad técnica de incremento de las libertades y no se circunscriben en exclusiva a minimizar la coacción externa de cualquier poder, también poseen cierta dimensión proactiva en el sentido de propiciar procesos productivos y constructivos. Es precisamente esta sensación de que es posible incidir en el mundo, al menos con la opinión, con la acción de compartir algún contenido, una imagen o un video,

⁴² Ver: “*Degrees of Freedom, Dimensions of Power*” de Yochai Benkler (2016) en Daedalus Vol. 145, 18-32; *Freedom on the Net 2016*. Silencing the Messenger: Communication Apps Under Pressure. Estudio publicado por Freedom House. Disponible: http://www.europeanrights.eu/public/commenti/BRO6Freedom_on_the_Net_2016__Freedom_House.

lo que distingue esta característica liberadora de la red. Se perciben libres de elegir y gozar de albedrío; eso que Yuval Noah Harari entiende como el *“mito que el liberalismo heredó de la teología cristiana”* (Harari, 2019) en donde los seres humanos pueden tener voluntad, pero no son plenamente libres.

4. *Condición de inmediatez*: el concepto de aceleración, con relación al tiempo y a las formas de vida, ha sido un tópico muy explorado recientemente (Wajcman, 2015; Concheiro, 2016). El ritmo de la vida se ha acelerado -entre otras cosas- ante la posibilidad de gestionar una gran cantidad de necesidades gracias a las nuevas plataformas digitales. Desde el acto de realizar cualquier compra, solicitar algún servicio, ordenar comida, ver una película o escuchar un nuevo disco: todo está al alcance de un *click*. Esta situación podría comprenderse como un gran avance, resultado de la evolución tecnológica al servicio de la sociedad. Sin embargo, dicha capacidad de gestionar todo de manera más ágil, superando las restricciones tradicionales que impone el tiempo y el espacio, también está generando diversas tensiones y frustraciones que se empiezan a observar en la forma de vida contemporánea. Esta aceleración se manifiesta en la exigencia de inmediatez en los procesos de interacción e intercambio que suceden en la red digital al aumentar su valor en la medida que reducen sus tiempos de respuesta.

La sociedad digital no admite dilaciones porque rompe sus flujos de intercambio y como tecnología de la inmediatez, debe producir necesariamente una satisfacción. Esto genera una sensación desbordada del tiempo en donde las noticias que acontecen hoy, mañana forman parte del pasado, pierden interés. Sólo es importante lo que ocurre en el momento, lo inmediato. La caducidad de lo relevante para la sociedad concluye de una forma más vertiginosa que en cualquier otro momento de la historia. A esta sociedad la caracteriza la hiperactividad, la hiperproducción y la hipercomunicación (Han,

2013: 59) que tienden a generar procesos de aceleración. Es decir, con el surgimiento de las tecnologías de la información digital se han reconfigurado por completo los marcos comunicativos y se ha inaugurado una nueva práctica para la conversación pública.

Con independencia de la inmediatez reinante en el ritmo de vida contemporáneo, existe otro fenómeno adicional propiciado por el flujo de información constante y continua que presentan las prácticas interactivas. Cuando el usuario accede a determinados contenidos, encuentra impulsos afectivos procedentes de distintos tiempos y espacios que al ser desplegados en su pantalla ocupan el momento preciso de la contemplación e interacción con ellos, trayéndolos de nueva cuenta al presente (Serrano, 2017: 53). Esta situación no ha sido del todo asimilada por la experiencia humana y genera confusión ante la imposibilidad de ubicar con claridad el origen de la información a la que se tiene acceso y asignarle alguna referencia en el tiempo y el espacio. No se puede discernir con precisión si la información es real, de dónde procede o cuándo ocurrió.

Para dimensionar esta condición, se propone un ejemplo hipotético pero clarificador: imaginemos que un usuario reproduce cierto video que muestra escenas del ataque terrorista a las Torres Gemelas en Nueva York ocurrido en el 2001. De acuerdo a su experiencia y su marco cognoscitivo de interpretación personal, el usuario les asignará cierta connotación a las imágenes. Puede ser que al reproducir el video reviva ciertas sensaciones (dolor, angustia o rabia) como consecuencia de la empatía que pueda sentir con las víctimas del atentado. Estas sensaciones que percibe a través de la reproducción de un video digital pueden reforzar, inhibir o transformar un sentimiento concreto en él. Si además, dicho video proporciona alguna información que culpabilicen a determinado

movimiento (Yihadista de Al Qaeda en este caso) de la autoría del ataque, el usuario podrá relacionar dicha información con los discursos que haya interiorizado a través de su experiencia y dotarla de una interpretación particular.

La cuestión es que la simple reproducción de un contenido disponible en la digitalidad produce efectos directos en el usuario y puede afectar su opinión y re-vivir sentimientos del pasado. Sin embargo, en este caso, se puede suponer que el usuario sabe que estos atentados ocurrieron en el año 2001 y en Nueva York, con lo que sitúa temporal y geográficamente el hecho, aunque le produzca sensaciones en el presente. Pero, ¿qué ocurre cuando el contenido del video o las imágenes carecen de esos marcos de referencia? Imaginemos que el usuario reproduce un video que muestra a un supuesto grupo de policías golpeando a una persona negra. No se sabe con certeza el contexto de la agresión, el lugar o el tiempo en que ocurrió. Al visualizar dicho contenido, es probable que el usuario experimente algún tipo de sensación y la relacione de acuerdo a sus marcos de interpretación. De esta forma, dependiendo del usuario, el video puede simbolizar la represión policial; o quizás la discriminación racial que persiste en EEUU (o en Francia, o en el Reino Unido, no se sabe). Pero además carece de la referencia temporal; por lo tanto, si la agresión en cuestión sucedió hace 1, 5 o 10 años, poco importa. Para el usuario-espectador es como si acabara de ocurrir.

Introduzcamos una variable más ¿qué pasaría si el usuario replica el video en la propia red agregando un comentario como: *“la discriminación del gobierno de Trump contra los afroamericanos”*? Probablemente el siguiente usuario que reproduzca el video lo relacionará a EEUU y al contexto actual, y lo juzgará de acuerdo a ello. Pero esto no es necesariamente correcto. La cuestión es que con

un simple comentario (evidentemente hay situaciones de manipulación deliberadas) retrotrajo al presente un video de tiempo indeterminado. Esta condición se reproduce permanentemente en las prácticas digitales y con todo tipo de información. Los efectos que conllevan estas prácticas son tan reales como cualquier otro hecho puede serlo. Las redes se han convertido en una especie de depósito atemporal de las experiencias vitales a las que se puede recurrir en cualquier momento y en cualquier lugar.

5. *Condición normativa*: las plataformas también se asumen como herramientas orientativas que plantean un marco de aceptabilidad frente a una sociedad compleja y cambiante. Emergen como un tipo de *brújula* que permite, a partir de pequeños y casi imperceptibles estímulos, instituir ciertos criterios para configurar un perfil que pueda ser bien valorado y replicar una serie de comportamientos deseables. Esta capacidad puede ser interpretada como una dimensión moral de aprobación que actúa para modelar la identidad del usuario. Constituye una especie de guía sobre lo que se debe considerar correcto o rechazable. ¿En qué estriba esta potencialidad performativa? ¿cómo se opera en una dimensión moral sin producir casi rechazo o resistencia? Quizás se pueda encontrar alguna clave en la naturaleza simbólica de su comunicación.

La forma en la que se va perfilando la identidad del usuario nunca es a través de instrucciones o restricciones concretas; ni a través de un lenguaje que pretenda imponer conceptos complejos o cuestionamientos profundos. Es más bien a través de ir mostrando las alternativas deseables entre distintas posibilidades. En este sentido, la aceptabilidad de una conducta es expresada a través de símbolos positivos, de un lenguaje simple y replicable sin importar la

lengua nativa del usuario o su construcción cultural⁴³. Evidentemente, dependiendo de cada red digital, estos símbolos cambian y se complementan con algunos discursos, pero en general, las plataformas digitales no son territorio de reflexiones profundas o de deliberaciones complejas, pues su propia estructuración no exige ningún requisito en la interacción y además debe asumir la condición de aceleración que le es propia a la digitalidad.

Como dimensión moral de lo aceptable, las prácticas digitales van edificando estructuras de aceptabilidad más o menos estables y reconocidas; cualquier acción o comportamiento contrario a los criterios que se sostienen como deseables se asume como desafío a la lógica de dichas estructuras. Aristóteles ya señalaba, en *“Ética a Nicómaco”* (2010) que la reiteración de comportamientos reconocidos como aceptables van perfilando los límites de la ética y le enseñan al hombre los parámetros de la virtud. Lo denominaba *“la segunda naturaleza”* y se expresaba a través de una noción de verdad que fundamentaba la raíz de los vicios y las virtudes. En un contexto en donde los regímenes de veridicción se han vuelto más dinámicos y contingentes que en el pasado, las prácticas digitales surgen como la segunda naturaleza en versión *online*. En otras palabras, ante la imposibilidad de un reconocimiento común e inapelable sobre lo bueno o lo malo, o sobre lo ético o lo bárbaro, la sociedad contemporánea puede apoyarse en lo aceptable y lo inadmisible.

He aquí donde las plataformas digitales, en tanto dispositivos, empiezan a ejercer cierta influencia sobre los propios usuarios. Un poder, más que blando, casi imperceptible. Bajo la forma de estereotipos, modas o tendencias, va

⁴³ Ver al respecto: *“Language and identity in the digital age”*. (2016). Darwin, R. En Preece, S. (ed.), *Routledge handbook of language and identity*. Oxon, UK: Routledge.

definiendo las características más apreciables por la comunidad. Implementa mecanismos de evaluación de dichas características deseables a través de un sistema de reconocimiento (*likes, followers, interacciones*). Esto va *empujando* a los usuarios a incorporar elementos y asumir ciertas tendencias relacionadas al consumo, la moda⁴⁴ o la sensibilidad hacia los objetos. Claro que el usuario puede decidir no asumir ciertas condiciones o estereotipos que le presenta el entorno digital, incluso puede negarse y actuar en contrario. La cuestión es que actuar de esa manera lo expone a la exclusión y a la marginalidad de los estándares de la comunidad. Se arriesga a ser irrelevante y disminuir su valor de perfil digital. Es en esta lógica en donde emana la condición de subjetivación digital: la aparente libertad digital termina por imponer ciertos criterios disciplinarios; modelos normativos que se sugieren a través de la disponibilidad de posibilidades selectivas que tienen efectos conductivos. Nunca se utiliza la coacción, el *soft power* se perfecciona y se integra en las plataformas digitales.

Por otro lado, las redes digitales no se ocupan de cómo son las cosas, sino de cómo se comportan, por lo tanto, sus condiciones de aceptabilidad regulan las prácticas y no los objetos. Son estructuras para medir y regular acciones, no cualidades. Cuestiones como el ser, el espíritu o la sustancia le son extrañas; debe producirlas en un lenguaje cuantificable. Operan como ventanas infinitas para observar el mundo a través de ellas; en esta medida, son capaces de mostrar tal cantidad de estímulos y contenidos que se convierten en dispositivos para la construcción y regulación del “*deseo*”. Se conforma una especie de deseo sin objeto concreto, eso que Jaques Lacan denominaba como “*objeto a*”, a saber, un

⁴⁴ Sobre la influencia de las redes sociales en el marketing y el consumo de moda ver: "Of “*Likes*” and “*Pins*”: The Effects of Consumers’ Attachment to Social Media." (2015) de Rebecca VanMeter, et al. en Journal of Interactive Marketing, Elsevier, vol. 32(C), pages 70-88.

deseo que se produce constantemente sin estar necesariamente vinculado a algo (Lacan, 2006: 98).

Este deseo permanente y eternamente insatisfecho, propicia esa ansiedad constante que describía Hobbes como premisa de la propia felicidad (Hobbes, 2013: 79). Los criterios de felicidad y deseo son producidos por un poder inmanente a la digitalidad, por lo tanto, surgen y se expresan en esa condición: reconocimiento, visibilidad, aceptación, etc. ¿Cómo es posible explicar que redes sociales como *Instagram* estén repletas de usuarios que publican imágenes de su comida -previa decoración exhaustiva- en búsqueda de aceptación de la comunidad en forma de un *like* que le recuerde que está comiendo lo correcto? ¿cómo es posible que la experiencia de un viaje esté incompleta sin la publicación de las fotografías expuesta a través de redes? Fotografías que además deben plasmar los criterios de felicidad, diversión y alegría que son ya reconocidos en el entorno digital de la publicación⁴⁵. Por ello, el lenguaje de la aceptabilidad digital no dispone de iconos negativos o de rechazo⁴⁶, al menos no como constante. Su normatividad opera de forma positiva y constructiva. Se expresa en términos de aceptabilidad y lo que no se adecúa a estos criterios se margina progresivamente y se excluye de lo valorable. Esta condición no es exclusiva de la digitalidad (toda estructura social fundamentada en regímenes de verdad tiene una dimensión normativa que excluye a lo inadaptable) pero,

⁴⁵ Sobre el impacto de Instagram y el poder de las imágenes como estructuras disciplinares ver: “*Social media and loneliness: Why an Instagram picture may be worth more than a thousand Twitter words.*” (2016) De Pittman y Reich en *Computers in Human Behavior* 62. 155-167

⁴⁶ Como ejemplo de ello se suele señalar la existencia del “*like*” (me gusta) en Facebook pero no su contrario, es decir, un *no me gusta*. Al respecto, Bret Taylor, creador del botón like, lo explica en la entrevista disponible: <https://www.techradar.com/news/internet/creator-of-the-facebook-like-explains-why-you-ll-never-get-a-dislike-button-1269788>

nuevamente, la capacidad exponencial de lo digital ha supuesto la proliferación de marcos de aceptabilidad que regulan cada vez más campos de la vida, incluyendo la intimidad.

Para concebir mejor el alcance de los marcos de aceptabilidad y sus formas de actuación, se propone como ejemplo el ámbito de la producción científica: pensemos en el perfil de un investigador en ciencias sociales que requiere publicar su trabajo a través de los espacios y plataformas disponibles para ello. Desde hace tiempo, la difusión de los hallazgos se produce por medio de revistas especializadas, coloquios, seminarios o de la publicación de textos que puedan estar al alcance de la comunidad científica y académica. Sin embargo, con la era digital se han producido nuevas estructuras homologadas en plataformas digitales que se erigen como medios de difusión dominantes. Estas plataformas constituyen verdaderos mecanismos disciplinares sobre el formato, el estilo y la relevancia del conocimiento.

Hoy el investigador que requiere una alta visibilidad para existir y ser reconocido (tanto él como sus ideas) se centra cada vez más en las plataformas digitales creadas para ello. Estas plataformas digitales académicas poseen criterios normativos que orientan el tipo de investigación, el formato de los contenidos e incluso el estilo de redacción. Plataformas como SciELO (*Scientific Electronic Library Online*), Dialnet, *WorldWideScience.org*, *Academia.edu*, *Springer Link* o *ReefSeek* son las nuevas vitrinas para acceder a publicaciones e investigaciones. Por otro lado, las principales revistas especializadas o *Journals* académicos plantean una serie de criterios necesarios para publicar que delimitan los campos y objetos de investigación, el idioma a utilizar, la extensión y el formato de tal manera que establecen cuál es el área de conocimiento y los estudios pertinentes.

El investigador debe incorporarse a alguna de las plataformas digitales ahora convertidas en redes de investigación para poder publicar su producción académica. Los criterios establecidos le orientarán (dirigirán) en cuanto a qué y cómo investigar, incluso le facilitarán el estilo deseable y mejor valorado para que se ajuste a él de acuerdo al interés de la comunidad académica. ¿Cómo se le “orienta” al investigador? De manera muy sencilla: se publica y se difunde lo que responde a los requerimientos del mercado científico; el resto de producciones se relegan -o si se publican suele ser en plataformas menos valoradas o en espacios más modestos-. Es decir, no es necesario prohibir ninguna línea de investigación, tampoco obligar al investigador a escribir en cierto idioma⁴⁷ o usar determinados conceptos; no existe coacción, solo pequeños principios de orden normativo que están sujetos a la libre elección del académico⁴⁸. Esto es tan solo un ejemplo de la dimensión normativa de la interacción digital en las redes desde el campo de las ciencias, pero puede ser extrapolable a casi cualquier otro.

Finalmente, este tipo de adopción o modelación de la identidad a partir de estímulos y condiciones digitales puede relacionarse a ciertas hipótesis del poder y la subjetivación (Butler, 2001; Foucault, 1988). De acuerdo a esta perspectiva, la subjetivación persigue una lógica instrumental y competitiva cuyo objetivo es aumentar el valor individual entendido como marca y medido

⁴⁷ Sobre el predominio del idioma inglés y sus efectos en la producción científica se pueden consultar los trabajos de Mary Jane Curry y Theresa Lillis en *Global Academic Publishing: Policies, Perspectives and Practices* (2017, Multilingual Matters) o en *Academic Writing in a Global Context: The Politics and Practices of Publishing in English* (2010, Routledge).

⁴⁸ Sobre la capacidad disciplinar de las revistas científicas sobre la producción, ver: “El marketing de guerrilla. Un estudio bibliométrico.” (2016). González Alonso et al. en *Revista Publicando*, 3 (6). Pp. 471-484

en términos cuantificables. Diría al respecto Judith Butler que “*lo que puedo ser, está restringido por un régimen de verdad que decide qué formas de ser son reconocibles y cuáles no*” (Butler, 2009: 37). Cuestionar estos marcos puede implicar un cierto despertar, pero también se paga con el precio de la soledad, en la medida en que salirse de ellos implica arriesgar la propia existencia (Butler, 2001a; Butler, 2001b: 40).

En resumen, las prácticas digitales no proponen un modelo de *vida buena*, pero permiten el ejercicio práctico de la objetivación de ideas y deseos abstractos. En esta medida, las plataformas digitales permiten ponderar y cuantificar valores como éxito, felicidad, rentabilidad, competitividad o amistad. Son una herramienta para objetivar la aspiración abstracta y a la vez una hoja de ruta para alcanzarla. En una sociedad donde las ideologías muestran signos de agotamiento y las religiones pierden su fuerza moral para asignar valores y códigos de actuación en la vida, la digitalidad genera atajos mentales para dimensionar el deseo y construir paradigmas de aceptación a través de códigos de actuación. En un escenario de incertidumbre constante, de aceleración y de transformación, las plataformas automatizan nuevos criterios de aceptabilidad de manera eficiente.

6. *Condición para un lenguaje universal*: la característica del *lenguaje* que utilizan las estructuras virtuales constituye uno de los pilares de la práctica de interacción digital. Es un lenguaje simbólico que debe expresarse en términos simples y descifrables para adquirir su máxima “*movilidad*” en el espectro digital⁴⁹. No hay que olvidar, como señalaba Rancière (2016) que la materia de

⁴⁹ Ver estudio al respecto: ‘Identity and a model of investment in applied linguistics’, (2015) de Darwin, R. and Norton, B. En *Annual Review of Applied Linguistics*, 35: 36–56.

la política es lo simbólico y la dinámica de interacción digital consigue efectos sistémicos al interiorizarse progresivamente en la conversación pública. La comunicación digital es operacionalizable y acelerada puesto que tiende a darse en la uniformidad; por ello, la red despoja de su singularidad a las cosas y las expresa en dimensiones cuantificables, de tal manera que todo pueda ser comparable. Bajo esta lógica, la comunicación tiene una fuerza totalizadora “*porque convierte al hombre en elemento funcional de un sistema*” (Han, 2016: 14) y cuestiona cualquier resistencia de asimilación.

En este sentido, la información y los contenidos que fluyen por las redes a través de imágenes, iconos o códigos asumen una capacidad comunicativa poderosa. Progresivamente, ciertos iconos han ido arraigándose al lenguaje digital para reemplazar al lenguaje convencional o asumir la forma expresiones hasta convertirse en una forma de construcción lingüística (Tagg, 2015: 10). Un pulgar hacia arriba para indicar aprobación, decenas de emoticones (neologismo que proviene de emoción o icono) para expresar emociones a través de la representación de un rostro o la construcción de palabras que se replican y comprenden en cualquier lengua, han sido de gran valía en la conversación digital.

En las prácticas digitales se han elaborado conceptos que representan ideas complejas y que ahora pueden ser compartidos de manera sencilla⁵⁰: términos como *crowdfunding* se han erigido para simbolizar una forma inédita de buscar financiamiento a través de plataformas digitales reemplazando a otros

⁵⁰ Sobre el uso de conceptos, abreviaciones y *slangs* en redes sociales ver estudio: “Compilación de un lexicón de redes sociales para la identificación de perfiles de autor” (2016) de Gómez-Adorno et al. En *Research in Computing Science* 11. Pp. 19-26

mecanismos de inversión o mecenazgo y generando nuevas dinámicas que reconfiguran la estructura económica tradicional. Los *community manager* interactúan con los grandes CEO's en la empresa. El *sexting*, el *cyberbullying* o el *grooming* constituyen delitos sancionables en diversos países (Stratton et al, 2017). Es decir, la estructura de conceptos que emergen de la digitalidad está produciendo cambios sensibles en la vida cotidiana y tiene la ventaja de estar expresados en códigos comprensibles con independencia de la lengua nativa.

Otra de las características de este lenguaje es la concreción. Ideas cortas, comentarios en 240 caracteres, videos de 30 segundos. En una comunidad de macro-consumo, la información y los contenidos digitales también deben ser consumibles de manera sencilla y ágil para poder seguir consumiendo más (Yong et al, 2015; Piao y Breslin, 2018). En esta lógica, no solo se sacrifica información valiosa o los contextos tan necesarios para la comunicación asertiva; además se tiende a la reducción de la capacidad reflexiva o de análisis por parte del usuario que ya no está dispuesto a invertir su tiempo en ello. El pensamiento crítico requiere de tiempo para suceder puesto que dentro de él habita una “*negatividad*” que obliga a cuestionar la validez de los conceptos y de las proposiciones (Hegel, 2000: 27). Esta negatividad es constitutiva del pensamiento y se contrapone al simple cálculo que obliga a que las ideas adquieran valores ponderables y cuantificables de tal manera que puedan instrumentarse los procesos de aceleración. En las prácticas de interacción digital, la profundidad y la crítica no tienen mucha popularidad. El lenguaje digital simplifica los términos del debate público permitiendo que el ciudadano pueda emitir una opinión sin ninguna condición previa.

Desprovisto de la necesidad del argumento razonado que se requiere en la deliberación, el ciudadano interactúa a partir de los recursos que posee. Pero no

actúa de manera autónoma, sino condicionada; como una forma disciplinaria potenciada por la existencia de una “*neolengua*” diseñada por los nuevos dominadores que impide imaginar mundos alternativos (Vallespín, 2018). El lenguaje y los contenidos se proponen en términos de valores normativos dicotómicos para que resulten asequibles al ciudadano: bueno o malo, correcto o incorrecto, honestos o corruptos. Esta situación que opera como una simplificación para asumir una posición concreta, puede deberse a la propia configuración del código binario que emplean los sistemas computacionales e informáticos.

7. *Condición afectiva y emocional*: se ha insistido mucho en la idea de que las prácticas digitales se instalan en el territorio de la afectividad y de lo emocional (Arias, 2017) y llevan en parte razón. Las redes digitales surgen bajo conceptos como la amistad, la comunidad, las relaciones sociales o la vinculación. Se fundamentan en lazos que unen a las personas sin importar la distancia o las circunstancias particulares. Al promover ciertas dinámicas de conversación pública, sin requisitos previos, abiertas y muchas veces a través de perfiles anónimos, el terreno de conversación se convierte en el espacio donde se depositan las dudas, los miedos o los sentimientos reprimidos. Sucede, como en la tesis de las ventanas rotas (Kelling y Wilson, 1982), que cuando un usuario accede a la interacción social y observa el tenor y nivel de la discusión, tiende a asumirlo y replicarlo. Si se piensa que la digitalidad se ha desarrollado simultáneamente a una de las crisis económicas más importantes en las últimas décadas, se puede deducir que la incertidumbre social se trasladó también al espacio virtual.

La fragilidad de la condición humana, su incertidumbre y sus contradicciones, demandan referentes claros que les permitan ubicarse en un horizonte que les

es cada vez más extraño. Las prácticas digitales posibilitan marcos de expresión compartida. El usuario participa de una conversación pública cargada de emociones que adquieren mayor visibilidad que en el pasado. Pero ello no significa necesariamente que el sujeto contemporáneo sea más irracional. Esa crítica que reduce la conversación digital a un espacio meramente irreflexivo y banal, se equivoca en creer que sólo las redes tienen esa exclusividad. La idea de que las emociones son la “*contaminación*” que nubla la objetividad del argumento, procede de las tesis de segmentación dicotómica entre razón y emoción (Máiz, 2007: 138). La historia nos muestra que las emociones y los afectos han jugado un papel clave en la comunicación, la formulación de opiniones y la composición del sistema de creencias.

Recientemente, diversos análisis han revalorizado el papel emocional que ejerce un profundo y predecible impacto en el juicio político, la toma de decisiones y el procesamiento de la información como señala Marcus (2007). Las emociones emergen como una precondition decisiva en la forma de construir nuestras opiniones y en nuestro propio proceso racional, puesto estas “*constituyen la función del cerebro que motiva, dirige y prioriza la conducta humana*” (Newman, 2007: 15) y por ende impactan la manera en que nos relacionamos. Frente a la hipótesis de que las prácticas digitales se reducen a una condición afectiva que las determina y las define como espacios de expresión de lo emocional en detrimento de la condición racional, se propone que las prácticas de interacción digital construyen un nuevo marco relacional que mezcla afectividad, identidad y política a través de la dotación de dinámicas propias de comprensión y participación dentro del espacio público (Elster, 2007: 463). Observar a las redes como simples espacios de desahogo para expresar aquellos sentimientos incapaces de gestionarse en lo individual, implica una visión parcial que las

asimila a meros canales de expresión.

A manera de resumen parcial, se puede decir que las prácticas digitales producen una serie de condiciones que impactan en los procesos de subjetivación disponibles. En este apartado se analizaron ciertos procesos observables en dichas prácticas: 1) la erosión entre lo digital y lo real, 2) la exigencia de una transparencia total que publicita la intimidad y convierte lo privado en público, 3) la sensación de libertad que brindan, 4) la inmediatez como resultado de una redefinición de las dimensiones de tiempo y espacio, 5) la producción de nuevos criterios de aceptabilidad y sus procesos disciplinares, 6) la construcción de un *lenguaje* universal asimilable al flujo digital y 7) la dimensión emocional que poseen las redes. A través de estas condiciones, se propone explicar el impacto de las prácticas digitales en el orden social contemporáneo.

2.3 Sobre el impacto político de las prácticas digitales

En este apartado se propone la observancia de algunos elementos característicos de las prácticas digitales para determinar cómo y en qué medida afectan al desarrollo de la democracia en los sistemas contemporáneos⁵¹. Se trata de dimensionar las posibilidades que brinda la digitalidad para la participación política, pero también las tensiones que propicia por la propia incompatibilidad o desacoplamiento entre algunas de sus condiciones. El objetivo es relacionar

⁵¹ Cuando se hable de modelos democráticos contemporáneos en este apartado se referirá a las democracias occidentales preponderantemente, aunque algunas de las condiciones a las que se hace mención pueden reproducirse en diversos países y sistemas de gobierno. En el momento oportuno se hará dicha precisión según lo amerite el análisis.

ciertas conductas que ocurren en el contexto actual con los efectos de la práctica de interacción digital y comprender el grado de afectación que pueden tener en los procesos políticos.

1. Organización política a través de las prácticas digitales: uno de los objetos de análisis más recurrente es la capacidad de organización política a través de las prácticas digitales. Este debate sobre la potencial politización social, la participación en la conversación pública o la incidencia en la reconfiguración de las relaciones de poder, se sitúa entre ciertas tensiones que pueden describirse a partir de dos posiciones de análisis: la primera comparte la visión de que las prácticas digitales puede ser una herramienta efectiva para sostener y prolongar las relaciones de poder dominantes. Esta idea sostiene que la digitalidad permite la diseminación de discursos y facilita el establecimiento de cierta racionalidad.

La segunda visión tiene que ver con la idea de que las prácticas digitales también pueden ser herramientas de subversión y transformación de las relaciones de poder si se logra cierto grado de vinculación y organización social. Estas posiciones no son excluyentes, al contrario, parten de un análisis similar sobre la potencialidad digital. Ambos diagnósticos comparten la noción de que la digitalidad afectará -incluso puede sustituir- a la política convencional (Innerarity, 2019); solo se diferencian en el rumbo que pueda tomar esta afectación: preservar y prolongar el sistema dominante o abrir una grieta que posibilite su reordenamiento.

Se debe reconocer que en el mundo contemporáneo cualquier lucha política requiere -en alguna medida- de las plataformas digitales para existir. La digitalidad se ha convertido un espacio central en la batalla política. Sin

embargo, es un espacio restringido y constreñido como cualquier otro. Si anteriormente la disputa política ocurría en lugares controlados como la fábrica o los partidos tradicionales, hoy este constreñimiento se replica en la digitalidad aunque *“cuesta más observar que también están atravesados por discursos dominantes que actúan como dispositivos-instituciones”* (Rendueles, 2016). Para adentrarse en estas perspectivas es conveniente resaltar algunas evidencias concretas y luego matizarlas según las condiciones de posibilidad presentes en el contexto contemporáneo.

Es cierto que las plataformas digitales pueden romper determinadas formas tradicionales de censura sobre las libertades básicas de pensamiento y comunicación. Sucede, como explica Jaques Rancière que *“en las formas de lucha actual hay un proceso de redescubrimiento de las personas sobre su habilidad para hacer cosas para las que se suponía que no tenían ninguna capacidad. Se hacen escuchar, se vuelven visibles”* (Rancière, 2016). Y además, pueden hacerlo de manera sencilla y a bajo coste. En este sentido las plataformas constituyen una valiosa herramienta para la acción política en la medida que se emplean como instrumento de difusión de contenidos o como herramientas para convocar a la movilización social (Carty, 2010; Mouffe, Vlado, 2017; Puyosa, 2015; Tilly, 2009).

Lo anterior sería válido si se considera a las plataformas digitales tan solo como una herramienta de comunicación desprovista de intencionalidad y eminentemente neutral. Empero, las prácticas digitales no solo llevan al terreno virtual aquellas expresiones políticas tradicionales, sino que reconfiguran las propias demandas y los marcos de participación trastocando la comprensión de los fenómenos políticos. Actúan como un *filtro* que modifica o reorienta la dinámica de participación en los procesos públicos inaugurando nuevos esquemas y nuevos discursos que pueden potenciar o limitar la efectividad de

las luchas políticas.

Con el arribo de las nuevas tecnologías de comunicación, se han superado diversas restricciones para la movilización de ideas y para la organización política. Ahora los Estados y los grupos de poder visibles (instituciones, organismos, empresas, capitales) no tienen la capacidad de antes para inhibir o restringir los intercambios de información o contenidos entre personas. En esta tesitura, se ha analizado profusamente el impacto de las redes en procesos de politización y movilización como el 15M en España, el movimiento estudiantil chileno, la denominada primavera árabe, etc. Sin embargo, la evidencia empírica demuestra que el éxito de estos movimientos ha sido limitado; incluso puede advertirse un reposicionamiento de las corrientes opuestas.

Es importante tener en cuenta lo anterior a fin de desarrollar un tipo de análisis centrado en los fenómenos internos que acompañan a los procesos digitales que organizan la movilización. Se trata de explorar las condiciones de posibilidad que se fraguan en la interacción digital y que pueden determinar o incidir en el derrotero de la participación política y de la concepción misma del objeto político. Es decir, utilizar estas perspectivas de observación permite comprender en qué medidas las prácticas digitales pueden estar afectando la comprensión de lo político, los criterios que lo determinan o la percepción social de la democracia.

Con esta premisa, se propone establecer un conjunto de fenómenos observables dentro de las condiciones políticas contemporáneas a fin de relacionarlos con la dinámica digital y verificar su posibilidad de correlación. Para este propósito se emplean algunos criterios de observación desarrollados en el apartado anterior y se vinculan con determinadas tendencias en la participación política actual.

2. *Comunidades virtuales y su condición de individualidad en red*: el concepto de “*red social*” prefigura un componente colectivo que la define. Parecería que las plataformas digitales son instrumentos de socialización, pero ¿qué tipo de lazos sociales pueden generar? ¿cómo se emplea el concepto de colectividad en las masas digitales? En realidad, la idea de una comunidad digital dista mucho de la connotación comunitaria de la experiencia vital. Mientras que el concepto de comunidad en las estructuras sociales tradicionales implica cierto grado de solidaridad (Tönnies, 1986) y de pensarse como parte de una congregación con la que existen intereses e identidades coincidentes, la comunidad digital es una suma de individualidades que resisten su disolución en la comunidad.

Son fugaces e inestables, una concentración sin congregación, una multitud sin interioridad (Han, 2014: 29). No porque los usuarios intenten defender conscientemente su autonomía o su identidad particular (que se encuentra en gran medida determinada por el propio contexto digital), sino porque se niegan a perder sus rasgos de pretendida diferenciación. Lo popular suele ser homogéneo y este concepto atenta contra el de diversidad e individualidad (Bernabé, 2018: 112). Lo curioso de las comunidades virtuales es que dejan intactos los valores más arraigados en la racionalidad contemporánea: libertad, individualidad, diversidad, transparencia, etc. Es decir, configuran una comunidad sin sentido comunitario y una estructura social sin lazos solidarios, fragmentaria.

Algunos análisis como el desarrollado por Hardt y Negri (2000, 2004), quizás demasiado ingenuos o militantes, pretenden asignar a la comunidad digital una capacidad revolucionaria y rupturista. Le otorgan las características de una verdadera estructura social colectiva y solidaria que establece lazos sólidos y es capaz de actuar de manera articulada en torno a ciertos intereses compartidos.

Y no solo eso, esta comunidad sería potencialmente capaz de identificar a sus adversarios, al agente contra el cual se deban movilizar. Evidentemente, estas hipótesis pueden ser criticadas en muchos aspectos pues carecen de resistencia ante cualquier escrutinio consistente.

La práctica de interacción digital no implica una relación cercana con el resto de los usuarios. Las plataformas están hechas para visitarlas, extraer información, interactuar y abandonarlas en el momento que se estime conveniente. No hay la necesidad ritual del saludo o la despedida. Tampoco el requerimiento de mostrar empatía hacia el resto de los perfiles. Se interactúa sólo en la medida del interés particular del usuario y se muestra un perfil exclusivo de lo que el usuario quiere que se sepa de él. Todo en la red gira alrededor del *yo* virtual (Feher, 2009). En este sentido, las plataformas adquieren un carácter individualista y personalista que reproduce a gran escala ciertos procesos de individuación que están ocurriendo en las estructuras sociales convencionales (Van Baalen y Fenema, 2016).

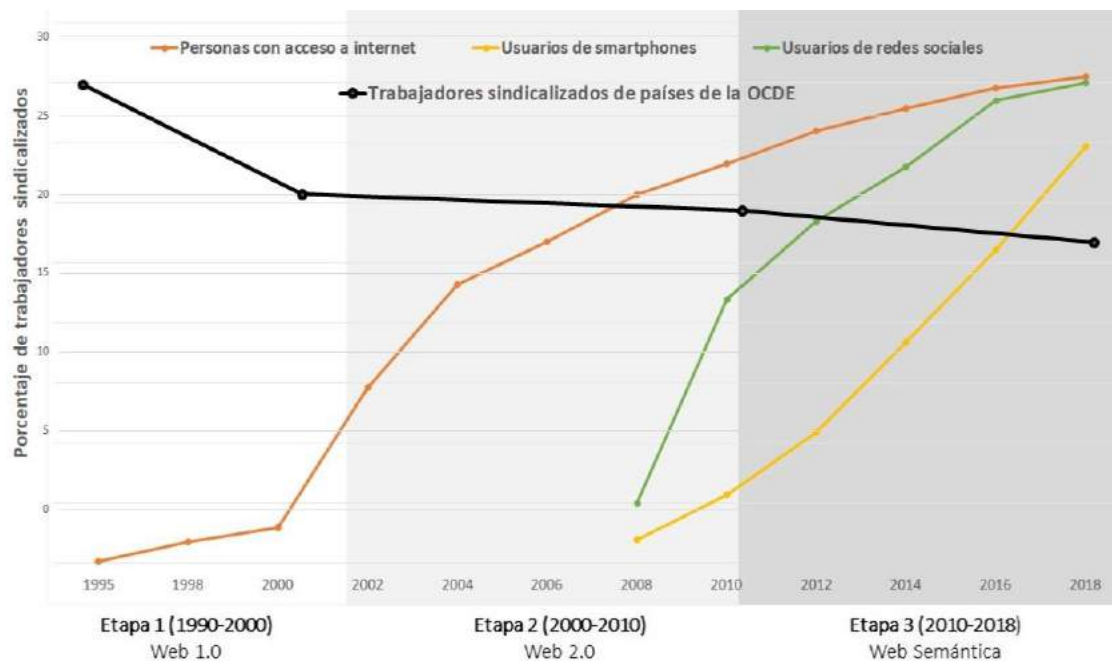
El discurso contemporáneo privilegia el carácter individualista y competitivo en la sociedad. Este fenómeno es la consecuencia de un proceso de desmasificación progresivo de la estructura social que se ha intentado promover como una emancipación del sujeto, como una toma de conciencia frente a un poder estructural que lo sometía en el pasado. Pero en realidad, el poder estructural de sometimiento o condicionamiento sigue estando ahí, con la novedad de que el sujeto ahora se enfrenta de manera aislada ante sus inercias; sin la colectividad como respaldo. Se puede comprender como un nuevo estado de aislamiento y soledad para el ciudadano global que se ve abandonado a sus propios recursos. Este amplísimo proceso de individuación fomenta una cultura política en la que se atribuye al sujeto una responsabilidad exclusiva y asfixiante sobre el diseño

y la realización de su propio proyecto de vida (Greppi, 2012: 45).

Esta pretensión se ve frustrada ante la imposibilidad de encontrar certezas en un mundo que se está reinventando permanentemente. Luego, el sujeto compete con los otros de manera inercial en el mercado de la diversidad (Bernabé, 2018: 93). El usuario de las redes necesita distinguirse del resto configurando un perfil más atractivo y distintivo como símbolo de una pretendida identidad única. Lo curioso es que las identidades que se conforman en la diversidad se parecen mucho más de los que creen. Difiriendo en nimiedades y exacerbando algunos rasgos, fundamentalmente comparten los mismos criterios rectores: los criterios de la aceptabilidad reconocida.

En el *Gráfico 27* puede observarse cómo, en la medida en que aumenta el uso intensivo de las plataformas digitales y se crean “*comunidades virtuales*” de carácter global, va decreciendo el número de trabajadores sindicalizados en los países de la OCDE. Por supuesto que no es posible afirmar que exista una relación determinista entre estas dos trayectorias, pero es bastante razonable imaginar que las transformaciones en los modelos de participación política digitales supusieron un cierto detrimento en los modelos tradicionales de organización sindical.

Gráfico 27. Decremento de trabajadores sindicalizados en países de la OCDE en relación a la intensificación de la Era Digital (1990-2018).



Fuente: Elaboración propia con información de “Perspectivas sociales y del empleo en el mundo- Tendencias 2018” de la OIT <https://www.ilo.org/research/global-reports/weso/2018/lang-es/index.htm>

El sujeto que ha interiorizado los criterios de lo individual, encuentra en las estructuras digitales un territorio para radicalizarlo de manera plena. Un espacio en donde el individualismo es la regla pero que se denomina comunidad virtual. Lo que consigue es acceder a las conversaciones, la información o la interacción propia de las relaciones colectivas pero sin crear lazos afectivos o compromisos recíprocos. Las estructuras que se generan en la red son muy distintas a las comunidades sociales y políticas en los tiempos de la llamada sociedad de masas. Son perfiles reunidos en estructuras digitales de acuerdo a sus intereses y de manera contingente e inestable. Existe muy poco en la comunidad virtual de aquellos lazos de solidaridad e identificación de clase que caracterizaban a las masas de los siglos XIX y XX. Lo que hoy se puede observar es una especie de acumulación de individualidades que convergen de manera aleatoria en plataformas disponibles para ello. Aquello que Byung

Chul-Han llama “*enjambre*” (2014), una masa fragmentaria carente de suficiente cohesión.

Se ha intentado comprender el fenómeno de las *masas digitales* a través de los estudios clásicos sobre la psicología de las masas. Los abordajes realizados por Freud, Le Bon o Canetti⁵² explican desde distintas perspectivas el comportamiento de los individuos y las tensiones que surgen en la identidad individual al asumirse como colectivo. Sin embargo, aunque el psicoanálisis, la psicología o la sociología han logrado explicar ciertos fenómenos de la comunidad, la evidencia de lo que está ocurriendo en la digitalidad plantea retos de análisis distintos. Los ambientes virtuales, el tipo de identidades que los usuarios asumen ahí y sus mecanismos de relación, crean estructuras mucho menos estables que en el pasado. En una superficie de hiper-visibilidad e hiper-información, los impulsos que configuran la identidad del sujeto y sus marcos de comprensión del mundo provienen de lugares y contextos muy divergentes. Progresivamente, las sociedades se han vuelto mucho más heterogéneas y los ciudadanos están menos anclados con la cultura y tradición de su localidad. Es como si su identidad también se hubiera “*deslocalizado*”, como ocurre con la economía.

En cuanto a la potencialidad política de las comunidades virtuales existe una paradoja constante que aún no se logra resolver. Se organizan más personas, de múltiples lugares, de manera más ágil, con menor dificultad y, sin embargo, no se alcanzan los resultados esperados. Es decir, como resultado de un mundo interconectado, diversos problemas y demandas sociales pueden replicarse

⁵² Me refiero a las obras “*Psicología de las masas*” (1995) de Le Bon, “*Masas y poder*” (2013) de Elias Canetti y “*Psicología de las masas*” (2010) de Sigmund Freud.

simultáneamente en latitudes distintas. A través de las prácticas digitales ha sido posible la coordinación de movimientos que superan los límites estatales y se han dejado escuchar demandas y luchas de manera articulada. Movimientos como el denominado *#MeToo*⁵³ que denuncia el acoso sexual que sufren las mujeres, han logrado replicarse en distintos lugares del mundo de forma ágil y simultánea. En este sentido, las comunidades virtuales han supuesto un espacio de articulación política, pero sin que ello implique necesariamente el éxito de sus propósitos.

Las propias características que convierten a las comunidades virtuales en estructuras atractivas para articular movimientos, pueden representar también sus límites y conflictos. Zygmunt Bauman solía decir que las pandillas o los clubes no aceptan a cualquiera⁵⁴ hay un conjunto de reglas (escritas o simbólicas) que sirven de premisa para asegurar que el nuevo integrante no ponga en riesgo la coexistencia y prevalencia del grupo en cuestión. Fundan una identidad compartida, una conexión que puede garantizarse en el tiempo. En cambio, las comunidades virtuales (incluso las de talante político) carecen de estas condiciones. Al ganar amplitud e inclusión pierden estabilidad y cohesión. Es decir, son atractivas para el perfil de usuario de las redes porque no exigen casi ningún tipo de compromiso, de responsabilidad o de vinculación. Son plenamente abiertas y se entra o se sale de ellas en cualquier momento. Pero el compromiso es fundamental en los movimientos políticos y las redes carecen de

⁵³ Movimiento para denunciar el acoso sexual socializado de forma viral a través del *hashtag* *#MeToo* en octubre de 2017 a propósito de las acusaciones de abuso sexual contra Harvey Weinstein. Este es un ejemplo de la capacidad de articulación digital contemporánea.

⁵⁴ En la entrevista titulada *Zygmunt Bauman: "Las redes sociales son una trampa"* realizada por Joaquín Estefanía para El País. (8/enero/2016) disponible en https://elpais.com/cultura/2015/12/30/babelia/1451504427_675885.html

él.

Las redes digitales se asimilan más a la relación del cliente con el mercado: *“ambos están caracterizados por un bajo compromiso (...) a diferencia de lo que ocurre en la familia, la cultura o la política donde la lealtad juega un papel prioritario”* (Rendueles, 2016: 20). Esta condición, como veremos en próximos apartados, plantea una diferencia fundamental con las organizaciones políticas análogas (materiales, físicas) y puede representar una limitación fundamental en la formulación de objetivos concretos y en la consecución de los mismos a mediano plazo.

3. *Algoritmos e influencia política*: ¿es posible seguir confiando en la democracia cuando los algoritmos digitales conocen mejor a las personas que ellas mismas y saben cómo influenciar su comportamiento y opinión? Este tipo de cuestionamientos ha estado cada vez más presente en los últimos años. Dice Yuval Harari que *“una vez que alguien (...) consiga la habilidad tecnológica para manipular el corazón humano —de forma fiable, barata y a escala—, la política democrática se convertirá en un espectáculo de guiñol emocional”* (Harari, 2018). La cantidad de datos que se extraen de las plataformas digitales sobre la características y comportamiento de cualquier sujeto es exponencial; pero más significativo aún es la capacidad tecnológica para procesar dichos datos y convertirlos en herramientas al servicio de poderosas empresas, organizaciones e intereses.

Ya se ha comentado en apartados anteriores sobre la forma en que actúan los algoritmos y su capacidad disciplinar y de incidencia en la construcción de la opinión de los usuarios, sin embargo, es destacable la manera en que los propios sujetos delegan deliberadamente un conjunto de sus decisiones personales a las

plataformas digitales. Cathy O’Neil, matemática y profesora en Harvard y en el *Massachusetts Institute of Technology* (MIT), publicó en 2017 *“Armas de destrucción matemática: cómo el big data aumenta la desigualdad y amenaza la democracia”* donde realiza un análisis profundo sobre la influencia de la configuración algorítmica en la democracia contemporánea. En este texto la autora plantea cómo y de qué manera se confeccionan matemáticamente los algoritmos para favorecer a diversas aseguradoras, a bancos o a cualquier empresa que se disponga a hacerlo (y tenga la capacidad para ello). Explica detalladamente el éxito que se obtiene y la forma en que se convence al usuario de una serie de premisas y referencias a través de las cuales tomará sus decisiones. Adicionalmente, lleva esta misma reflexión al terreno político y señala los riesgos que se corren al utilizar esta información para orientar la participación democrática.

Hoy se habla incluso de la posibilidad de que exista un fenómeno de representación política invertida (Martínez-Bascuñán, 2018b); es decir, que sean los dirigentes políticos quienes puedan perfilar a su electorado a través de las herramientas digitales y sus algoritmos. La ciudadanía se diseñaría de tal manera que respondiera mejor a determinados estímulos, a determinadas propuestas. Evidentemente, esta posibilidad –un tanto distópica– se enfrentaría a diversas resistencias y muchas condicionantes. Sin embargo, no se debe descartar de los análisis. Este tipo de uso político del algoritmo y la digitalidad está ya presente en el mundo contemporáneo y los debates sobre la dimensión ética de ello son cada vez más profusos.

4. *El poder negativo de la red*: las prácticas de interacción digital comportan nuevas dinámicas de participación política que producen un incremento sustancial de la crítica -en su forma de censura- hacia los mecanismos institucionales de la democracia representativa. El usuario tiende a “sancionar” con su opinión lo que

sucede en el espacio público. Es una sanción formulada a través de juicios de valor personales y en razón del sistema de creencias del individuo -ahora reforzado por la red-. Suele ocurrir en contraposición a un ejercicio racional o juicio crítico argumentativo pues nace de una especie de “*acción juzgadora*” que la politóloga Nadia Urbinati describe como una actitud del ciudadano que se erige en el gran juez que observa; una especie de ojo que todo lo ve y que emite su veredicto implacable (Urbinati, 2013).

Esta opinión, en forma de veredicto, se ha convertido en el *poder negativo*, como lo expresa Pierre Rosanvallon (2007: 138-141) y guarda una relación estrecha con la aparición de las tecnologías de la información y la emergencia de la sociedad digital. En la medida en que las plataformas digitales promueven gran cantidad de contenidos, el ciudadano tiene a su alcance la posibilidad de informarse y opinar sin descuidar sus actividades cotidianas. Este tipo de activismo político es mucho menos costoso que la participación convencional a través de partidos políticos, sindicatos o asociaciones. Con ello, se ha propiciado un fenómeno de desafección del ciudadano con la participación política tradicional (Mair, 2015: 58), pero a la vez, los usuarios se perciben a sí mismos más informados y activos en dichas cuestiones. Esto puede suponer una limitación para incidir efectivamente en la construcción de alternativas políticas, pues el usuario digital puede juzgar pero pierde capacidad de actuar efectivamente. El poder ciudadano ya no se utiliza tanto para presionar a las instituciones como para criticarlas.

Por otro lado, se ha cuestionado la capacidad de la acción juzgadora para ejercer como elemento de control político. En este punto se reflexiona que, si bien se ha producido un efecto de visibilización del quehacer de los representantes, aquello no se traduce automáticamente en un mejor o mayor control por parte

de los ciudadanos. La paradoja de insistir sobre el factor estético de la opinión pública, a expensas del valor cognitivo y del político-participativo, es que no se toma en cuenta el hecho de que los contenidos digitales reproducen imágenes y simplifican lo complejo hasta el grado que pierde la coherencia. Esto genera una especie de juicio que se emite a partir de relatos parciales, de contenidos que se retroalimentan en las cámaras de eco, de información falsa o narrativas posfácticas; apelan por tanto a la emotividad que alimenta al gran ojo del público.

5. *Los límites de la conversación digital*: una conversación pública exenta de requisitos de participación, compuesta por usuarios de procedencia distinta, de culturas diversas, en donde no importa la información previa para ejercer la opinión, donde los contextos se limitan a fragmentos de relatos y el concepto de verdad se relativiza, tendrá grandes problemas para comprenderse como un espacio democrático⁵⁵. Antes bien, es un espacio de conversación profundamente asimétrico y esto tiene consecuencias (Van Deursen y Van Dijk, 2014). La capacidad de interacción digital permite una sensación de cercanía virtual pero no garantiza igualar las capacidades reflexivas y críticas. Las plataformas digitales no tienen ese compromiso; no es su tarea y no lo prometen. Son plataformas que ofrecen una gran apertura y acceso a la conversación digital, pero no garantizan ningún tipo de igualdad en las capacidades críticas o en la discriminación informativa. Antes bien, filtran los contenidos que sirven de base para la conversación, los personalizan según los usuarios y los

⁵⁵ Sobre los requisitos mínimos para la participación política efectiva o para los procesos deliberativos y argumentativos deseables en el debate público ver como ejemplo: los criterios descritos por Robert Dahl sobre la igualdad real y formal en "*A Preface to Democratic Theory*" (1956) en Chicago U. Press. De igual forma, en "*Facticidad y validez*". (2010) en Trotta, Jürgen Habermas desarrolla ciertas premisas para una correcta deliberación.

fragmentan. Sobre estos supuestos ¿qué tipo de conversación digital es posible?

La red es un poderoso vehículo de comunicaciones, masivo y estructural, con cada vez más impacto en virtud a su disponibilidad; sin embargo, no tiene la necesidad de crear igualdad social, de cultura o de criterios (Urbinati, 2013: 28). En un espacio abierto que no propicia condiciones mínimas de equidad informativa, que no establece criterios de debate ni promueve una base para distinguir premisas normativas. Sin una base epistémica mínimamente compartida, la conversación se torna caótica y ruidosa. La información difusa, selectiva o falsa, termina por construir relatos parciales e incrementar el poder negativo y censor del ciudadano.

Sin embargo, existen al menos dos cuestiones sobre las cuales reflexionar: si bien no existe ningún criterio de admisión en la conversación pública, ello no significa que sea un terreno neutral en donde se exprese cualquier idea sin restricción. Como se ha señalado en apartados anteriores, la interacción digital contiene sus propios criterios de aceptabilidad y opera sobre los términos del debate. Crea estructuras normativas que tienden a rechazar el pensamiento alternativo y regula la participación de los usuarios. Aunque los usuarios puedan proceder de cualquier espacio ideológico, cultural o geográfico, a través de la práctica deberán homologar ciertos criterios de lo aceptable a fin de garantizar la base de la conversación. Esta operación representa una igualación u homogeneización de los marcos mínimos necesarios para interactuar en la red; constituyen el conjunto de reglas y procedimientos no escritos que dotan de regularidad a la interacción digital. La diferencia y la diversidad son bienvenidas mientras se acepte y se actúe dentro de los grandes parámetros del discurso digital. Incluso en esta condición, las prácticas digitales replican el pensamiento neoliberal: permiten y promueven lo diverso y lo identitario

mientras no se trastoque lo fundamental para garantizar el sistema⁵⁶.

6. *Las prácticas digitales contra la intermediación*: la posibilidad de establecer relaciones directas, inmediatas y cercanas con el “otro” genera una sensación espectacular en los usuarios dentro de la narrativa digital. Por primera vez en la historia de la humanidad, la comunicación interactiva con cualquiera, en cualquier momento, de manera sencilla y a bajo coste, está al alcance de casi todos. Pero lo fundamental es que esta interacción no precisa de la fisicidad y proyecta la sensación de una cercanía total. Esta cercanía habita dentro de una ficción que pone en tela de juicio cualquier relación de intermediación en la red, es decir, cualquier intervención o regulación que intente mediar las comunicaciones.

Esta situación es extraordinaria porque el usuario rechaza cualquier intermediación mientras interactúa a través de una estructura intermediaria; niega cualquier obstrucción para relacionarse directamente con el otro mientras toda interacción digital se encuentra regulada, ordenada y mediada (Hjarvard, 2016). En tiempos de la sociedad conectada y virtual, cualquier distancia es impedimento. Se requiere erosionarla hasta la tactilidad para poder sentir, palpar y percibir la realidad. El usuario se percibe dueño de sus decisiones y capacidad de selección ante un espectro altamente constreñido y atravesado por inercias y condiciones prefijadas.

Se puede establecer un proceso evolutivo en esta condición: al principio, las

⁵⁶ Sobre el discurso neoliberal y su impacto en las redes sociales ver: “*Making Sense of Neoliberal Subjectivity: A Discourse Analysis of Media Language on Self-development*” de Salman Türken, Hilde Eileen Nafstad, Rolv Mikkel Blakar & Katrina Roen (2016) en *Globalizations*, 13:1, 32-46, DOI: 10.1080/14747731.2015.1033247

redes digitales tenían la función primaria de acercar a personas cuya relación existía de facto fuera de la digitalidad (familiares, amigos, compañeros de trabajo) y los situaba en contacto virtual y *directo*. Luego, fueron constituyéndose redes entre personas que tuvieran intereses comunes (profesionales, académicos, culturales) sin la intermediación institucional convencional (evidentemente a través de la intermediación de las plataformas digitales). Pero con el paso del tiempo, distintas instituciones, organizaciones o empresas también accedieron a un perfil digital e implementaron estrategias interactivas a través de plataformas. De pronto, grandes instituciones o empresas internacionales interactuaban directamente con cualquier perfil; respondían sus dudas, sus quejas, sus requerimientos. La sensación de empoderamiento de un usuario promedio, cuyo círculo de relaciones personales fuera de la digitalidad era reducido y precario, se expandía. Cada vez más agentes participaban de la interacción a través de sus perfiles en redes y cada vez más la sensación de horizontalidad inundaba el imaginario colectivo digital.

En esta dinámica de interacción que integraba a todos los usuarios de manera directa y permitía que el más modesto de ellos recibiera al menos una respuesta del “*otro*” poderoso, las instituciones públicas y los políticos se sumaron al entorno. Ahora los usuarios -en su carácter de ciudadanos- estaban en contacto con sus representantes políticos, pero también con las diversas instituciones de gestión pública. Es posible constatar cierto desplazamiento de las organizaciones tradicionales por parte de grupos constituidos mediante las tecnologías⁵⁷. En la medida que diversos gobiernos locales y nacionales se

⁵⁷ Ver: Guitián, E. 2016. “Democracia digital. Discursos sobre participación ciudadana y TIC”, *Revista de Estudios Políticos*, (173): 169-193. doi: <http://dx.doi.org/10.18042/cepc/rep.173.05>

incorporaron y construyeron sus propios perfiles digitales, los usuarios fueron capaces de interactuar con ellos de manera directa, sin precisar de un intermediario. Este intermediario desplazado es el representante popular.

En muchos casos, los usuarios son capaces de auto-gestionar sus necesidades de servicios públicos a través de las redes, sin salir de su casa y sin invertir mucho tiempo. Estas nuevas dinámicas relacionales entre las estructuras públicas y los usuarios han transformado diametralmente el marco de la relación preexistente en la comunicación política. Antes de la aparición de estas herramientas, la comunicación pública se movía normalmente a través de los ejes de un triángulo compuesto por los partidos políticos, la prensa y los ciudadanos (Sánchez Medero, 2016: 23). Sin embargo, asistir a las oficinas del partido o participar activamente para informarse requería de un esfuerzo, tiempo y compromiso considerable. Adicionalmente, la satisfacción generada en la virtualidad suele ser inmediata mientras que en la democracia convencional el voto que se emite parece perderse en un océano inmenso y parece influir muy poco en la trayectoria de los hechos.

La prensa tradicional, otrora incuestionable, se ha sumergido en una competencia permanente con nuevos medios digitales que amplían la oferta entre los usuarios. Su legitimidad y veracidad es continuamente cuestionada. En este escenario, los ciudadanos asumen un papel de mayor protagonismo en el debate de la cosa pública aunque existen múltiples cuestionamientos sobre si esta intervención implica algo parecido a participación política⁵⁸. Lo cierto es

⁵⁸ En este sentido, Nadia Urbinati realiza una crítica sobre las limitaciones que representa una participación que se reduce a la emisión de opiniones a través de las redes sociales en ejercicio de la acción juzgadora. Argumenta que esto limita la capacidad propositiva y relega al ciudadano a una posición pasiva. Ver más en

que la distancia se erosiona ante la capacidad de expresar opiniones y recibir respuestas (o al menos reacciones de otros participantes) dentro de la digitalidad. La aparente cercanía que propicia la interacción directa entre ciudadanos e instituciones o actores políticos, redundando en un debilitamiento sistemático de los mediadores. En la medida en que este proceso interactivo se normaliza, también se fortalece la ficción de cercanía y se cuestiona la función normativa de la representación política. Es decir, si el representante debe expresar la voluntad de sus electores ¿no es posible que el usuario pueda expresarse de manera directa y sin intermediarios a través de plataformas digitales? ¿es la intermediación necesaria en el mundo digital? Las teorías de la crisis de representación política deben incorporar este elemento a la reflexión.

7. Impacto en la formulación de la opinión pública: a partir del análisis que se ha realizado hasta el momento, es posible inferir que las prácticas de interacción digital afectan sensiblemente los procesos de construcción de la opinión pública. Si bien es cierto que hablar de opinión pública nunca ha sido posible en términos de consenso absoluto, es probable que, de la liquidez de su acepción conceptual, se haya transitado a su evaporación material. Vivimos, como se ha afirmado, en tiempos de la opinión irrestricta y abierta.

Bernard Manin afirma en su tesis sobre la democracia de audiencias que el individuo tiene *“a su alcance medios de comunicación neutrales y ello permite que reciban todos la misma información sobre un determinado asunto”* (Manin, 1998: 279) propiciando la constitución de una opinión más independiente e informada. Manin sostenía este argumento en un contexto donde se estaban diversificando

“Democracia en directo: nuevos retos de la democracia”. Publicada en la revista digital Campo Abierto 2014

los medios masivos de comunicación y se mostraba muy optimista sobre el efecto democratizador de ello. Unas décadas después, no solo se diversificaron los medios de comunicación, se diversificó la propia estructura informativa. Sin embargo ¿es posible sostener ahora la tesis de Bernard Manin? ¿la diversidad de información y de estructuras que la producen representan la posibilidad de una opinión pública más y mejor informada?

Informarse y expresarse sin restricciones son condiciones constitutivas de la democracia liberal y nunca como ahora es posible hacerlo con costes tan relativamente bajos. Una opinión se considera pública no solo porque es “*del*” público sino porque reside y afecta a objetos y materias que atañen a la cosa pública, al bien común o al interés general (Sartori, 2002: 169). Para Walter Lippmann (1997) el papel de los medios de comunicación juega un rol relevante en la construcción de la opinión pública e incluso llega a señalar que la opinión pública es una realidad producida y mantenida por los propios medios que construyen estereotipos y pueden responder a intereses externos. Giovanni Sartori entiende que la opinión pública se produce “*en un público, o multiplicidad de públicos, cuyos estados mentales difusos (opiniones) interactúan con los flujos de información sobre el estado de la cosa pública*” (Sartori, 2002: 171).

Estas perspectivas sobre la construcción de la opinión surgen en una realidad pre-digital pero pueden ser dimensionadas de acuerdo a los efectos contemporáneos de las prácticas digitales. Hoy, los flujos de información son exponenciales, la *difusión* del estado mental de los usuarios es evidente y los medios de comunicación (ahora también digitalizados) producen contenidos a niveles incuantificables. Por lo tanto, no es la falta de información o la poca diversidad en los medios lo que impide formarse una idea concreta sobre los fenómenos del entorno, sino su pluralidad y exceso que imposibilita discernir

lo falso de lo verdadero.

Las redes han fragmentado también los marcos epistémicos que permiten la común interpretación de los hechos. Las personas acceden a la información que refuerce su opinión y se crean múltiples espacios fragmentarios en forma de “*cibercascadas*” (Sunstein, 2017). Es por ello que las denominadas *fake news* no son tanto mentiras flagrantes (que también) como interpretaciones parciales, subjetivas y viciadas de eso que se llama posfacticidad o “*posverdad*”. La guerra de relatos, como signo de este tiempo, se libra en la superficie de la digitalidad.

8. *Democracia bajo demanda (on-demand)*: el decremento en la satisfacción con la democracia es un hecho que se reproduce en casi todos los países occidentales⁵⁹. Si bien no se puede aludir a un pasado idealizado en donde la democracia funcionaba al dedillo y la sociedad estaba encantada con su sistema, si es posible observar la pérdida progresiva de una mayor estabilidad del sistema democrático. Las razones y las causas posibles de esta circunstancia son múltiples, sin embargo, se observa un paralelismo entre la intensificación y el uso masificado de las plataformas digitales y la profundización de la desconfianza en la democracia, ¿existe alguna relación entre la percepción del rendimiento de la democracia y la digitalidad? ¿las inéditas condiciones de las prácticas digitales pueden suponer alguna tensión directa con el comportamiento democrático? Probablemente toda innovación tecnológica ejerza cierta presión sobre los marcos de organización política y social de cada época, pero vale la pena observar algunas particularidades de la tecnología

⁵⁹ Sobre el rendimiento y la satisfacción con la democracia, ver el informe “Latinobarómetro 2018”, disponible en <http://www.latinobarometro.org/lat.jsp>. Con respecto a Europa se puede consultar el informe de la Unidad de Inteligencia de *The Economist* en <http://www.eiu.com/topic/democracy-index>

digital en el contexto contemporáneo.

Una posible explicación radica en la manifiesta incompatibilidad de ritmos entre democracia y digitalidad. Las prácticas digitales tienen una velocidad indómita que la institucionalidad democrática no puede sostener. En las redes, los ciudadanos se perciben con mayor autonomía y asumen un rol mucho más activo. Pueden concebirse a sí mismos como dueños de la libertad de selección ante las posibilidades que brindan estas estructuras de la virtualidad: elegir canales de televisión desde el propio móvil, la disposición de portales de noticias en una variedad casi inabarcable y global, escuchar la música preferida al alcance de un *click*, ver películas y series televisivas u organizar el próximo viaje sin la intermediación de una agencia profesional; todo ello, potenciado por las posibilidades de las redes; todo ello en refuerzo de la idea de autonomía de selección. En esta dinámica, el usuario aparece como el agente que decide sobre su futuro, pero ¿qué sucede si trasladamos esa tendencia selectiva a la gestión democrática? ¿es compatible la celeridad de las plataformas digitales con los esquemas democráticos de gestión?

Para analizar esta cuestión imaginemos a un tipo ideal de ciudadano habituado a las tecnologías digitales que realiza diversas compras a través de estas plataformas, dispone de sistemas bajo demanda para consumir música o películas, conversa con otros usuarios a través de las redes y opina de cuestiones políticas en la misma dimensión. Además, realiza algunos trámites en dichas plataformas, organiza su agenda, programa sus viajes y hasta se auto-analiza psicológicamente a través de los test disponibles en las plataformas. Un completo "*homos digitalis*". Este usuario ha desarrollado ciertas habilidades para tomar decisiones en la digitalidad y está acostumbrado al carácter y velocidad de las respuestas que ahí se generan.

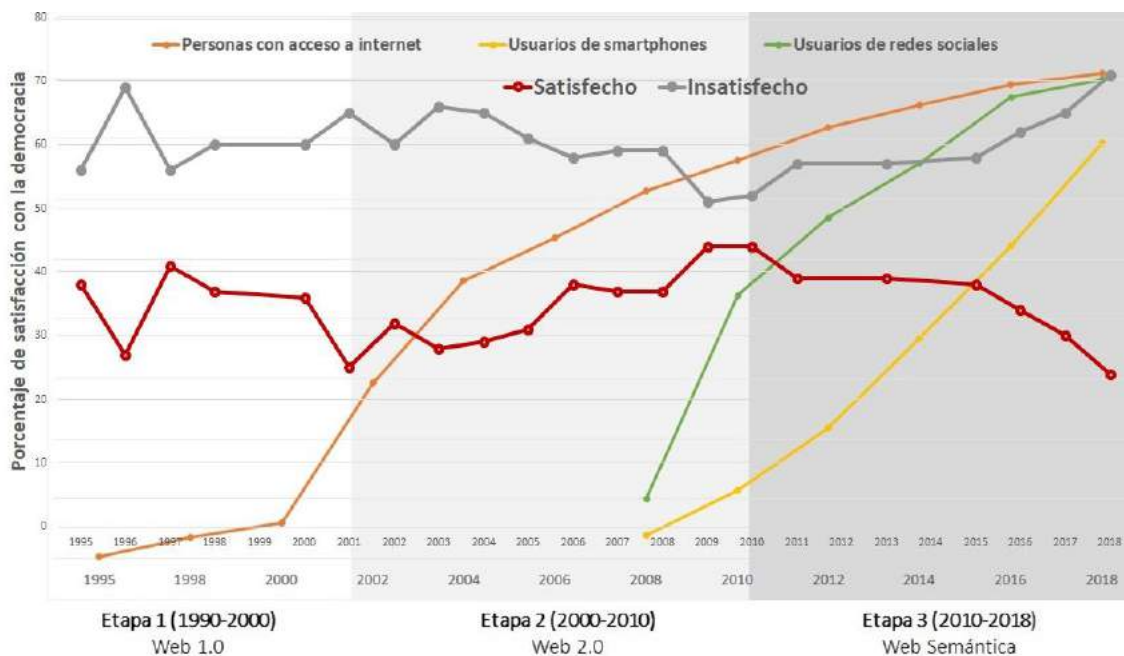
Cuando este individuo se ve tentado a participar políticamente, también lo hace a través de dichas estructuras y aprovecha la multiplicidad de formas que están surgiendo para ello. De esta manera, el sujeto se percibe con la capacidad de decidir, por ejemplo, entre una u otra iniciativa para el equilibrio ecológico como si eligiera unos zapatos por catálogo. Cree que reportar la falta de servicios públicos en su barrio tiene la misma lógica que reportar una falla en el servicio digital de películas que tiene contratado. Bajo esta premisa, el ciudadano espera que en ambos casos la solución sea inmediata y eficiente, puesto que él ya hizo su parte al seleccionar un servicio y reportar una deficiencia. El resto le corresponde al proveedor. Así, el Estado y los políticos que lo componen, pasan a convertirse en proveedores incapaces e ineficientes porque crece la idea de que pueden -y deben- adoptar las características de inmediatez que ofrece, por ejemplo, *Spotify* para escuchar música.

Se puede argumentar que el sujeto es capaz de diferenciar las características de la digitalidad y las dinámicas de la vida *offline*, pero si como se ha señalado en los apartados anteriores, los usuarios interiorizan criterios, moldean su identidad y su opinión sobre la cosa pública y la proyectan en relaciones directas, cercanas y horizontales con el resto de los usuarios ¿por qué debería ser distinto en su percepción de las dinámicas democráticas? El problema es que la democracia y la gestión de lo político es mucho más complejo que la prestación de un servicio digital en la medida que *“la democracia es lenta y geográfica mientras que las nuevas tecnologías se caracterizan por la aceleración y la deslocalización”* (Innerarity, 2018b). Este tipo de democracia *on-demand* no solo es incompatible con las dinámicas democráticas convencionales, sino que además es imposible ante la erosión política y de poder que sufre el Estado actual.

En el *Gráfico 28* se relaciona el decremento sostenido y permanente de la

satisfacción con la democracia en América Latina durante la evolución del uso intensivo de las prácticas digitales de acuerdo con las tres etapas que se han distinguido en esta investigación. Esta misma condición se observa en Europa y en la mayoría de las democracias occidentales. De nueva cuenta, no se puede expresar una relación determinista o causal pero sí una correlación evidente.

Gráfico 28. Grado de satisfacción e insatisfacción con la democracia en América Latina (1995-2018)



Fuente: Elaboración propia con información del reporte “Latinobarómetro 2018” <http://www.latinobarometro.org>

3. Desmitificando las plataformas digitales

Para concluir este capítulo se propone un breve resumen de las condiciones

observables en la estructura de las plataformas digitales, de algunos elementos identificables como procesos de subjetivación y de la relación que estos guardan con la dimensión política de acuerdo a las reflexiones que se han desarrollado aquí. Se presenta en forma de un listado de mitos que suelen acompañar a las prácticas digitales y se formulan a manera de corolario de lo aquí expuesto.

- 1) *Las plataformas digitales no son espacios neutrales*: se propone abandonar la creencia de que las redes digitales son espacios *neutrales* de comunicación interactiva. Dejar de imaginarlas como son simples vías de intercambio de información permite analizar en qué medida poseen una lógica particular capaz de promover determinados valores y generar inercias específicas.
- 2) *Las redes sociales digitales son de acceso libre pero no gratuito*: la apertura que se promueve en las redes digitales significa la capacidad de acceder al servicio. Sin embargo, este acceso está condicionado a un contrato detallado sobre las condiciones de uso de la plataforma. Se especifica una serie de responsabilidades mutuas y se ceden los derechos sobre los datos que se generen en la red; además de conceder también la mercantilización de dicha información y contenidos.
- 3) *Las plataformas digitales son empresas digitales y poseen un modelo de negocio*: a pesar de ser plataformas de acceso abierto, las redes son empresas privadas que poseen una determinada estructura de negocios y generan productos para comerciar en el mercado. Como el resto de empresas, tienden a generar riqueza a través de los servicios que ofrecen y la mercantilización de los datos que producen. Están sustentadas en el modelo de crecimiento ilimitado y la dinámica de consumo, es decir, en la expansión de su tráfico de datos y la comercialización de ello. El hecho de que el usuario no siempre realice un pago en efectivo no significa que no deba de costear su permanencia en la

plataforma a través de la cesión de la información que produzca o por otros medios. Sin embargo, el usuario juega un doble rol permanente: es consumidor y productor a la vez del contenido de la red.

- 4) *La dinámica virtual, afecta a la vida “real”*: frente a la visión de que las redes operan exclusivamente en la realidad virtual, distinta y ajena al mundo material y físico de la cotidianidad, se proyecta una realidad mediada por la digitalidad. Aquellas líneas imaginarias que separan lo privado de lo público, lo propio de lo común, lo material de lo simbólico, es decir, lo real de lo virtual, se diluyen y se bifurcan en una sola experiencia vital que reproduce interactivamente las dinámicas y los comportamientos aprendidos en cualquier espacio de desarrollo. El perfil construido para la realidad *online* se reivindica a través de comportamientos de la vida *offline*. Las sensaciones, la información, las dinámicas, los conceptos o los criterios de aceptabilidad aprendidos en las redes se conservan en diversos ámbitos de la vida.
- 5) *Las plataformas digitales permiten la apertura pero no libertad irrestricta*: la libertad que se consume y se ejerce en la digitalidad está muy ligada al concepto de libertad acuñado en el contexto neoliberal y de mercado. Mucho más parecido al ámbito de libertad de un cliente o consumidor que al de un ciudadano. La apertura es lo que produce parcialmente esa sensación de libertad como libre interacción, producción y consumo de datos en la arquitectura digital. Es entonces una libertad entendida como el respeto irrestricto a la individualidad, a la diferencia y a la diversidad; como la limitación de intervención del otro en las decisiones personales. Sin embargo, existen una serie de constreñimientos imperceptibles que operan sobre las posibilidades del usuario: las cámaras de eco, la configuración de los algoritmos y sus efectos en la disponibilidad de selección de oferta o en la modelación de gustos y deseos. La libertad digital es, en gran medida, la

libertad para aprender e interiorizar una serie de prácticas y criterios que actúan sobre la definición de la personalidad y comportamiento del usuario fuera de la propia red.

- 6) *Las prácticas digitales no solo promueven la transparencia, la coaccionan:* el concepto de transparencia en las prácticas de interacción digital no se corresponde con el de la transparencia institucional entendido como apertura, rendición de cuentas o rechazo a la discrecionalidad en el manejo de lo público. La transparencia en la digitalidad es la obligación velada de publicitar la intimidad del usuario; de erosionar la diferencia entre lo público y lo privado. Es la transparencia que no se impone coactivamente pero cuestiona cualquier negatividad a su adopción. Se implanta a través de una serie de estímulos y condicionantes de la práctica interactiva que actúan persuasivamente en el usuario para mostrarle los criterios de aceptabilidad que debe asumir.
- 7) *Las plataformas digitales son espacios de interacción profundamente asimétricos:* garantizar la apertura en el acceso a las plataformas digitales no significa garantizar alguna condición de igualdad en ellas. Las condiciones culturales y las competencias cognoscitivas o estructurales constituyen una interacción caracterizada por la profunda asimetría entre los usuarios. Reproducen también el escenario de igualdad que se privilegia en el entramado neoliberal: la igualdad entendida como igualdad formal en un escenario de desigualdades estructurales. Pero esta condición en la digitalidad se agrava, ya que el usuario es incapaz de reconocer la arquitectura de las estructuras digitales. En esta lógica asimétrica, la conversación pública se encuentra profundamente determinada por una serie de constreñimientos.
- 8) *Las plataformas digitales son cuerpos de intermediación:* la ficción de las redes como herramienta que permiten la comunicación directa y horizontal entre

personas e instituciones ha potenciado la crisis de los cuerpos intermedios tradicionales. Es decir, producen escepticismo o rechazo del ciudadano frente a la mediación convencional –partidos políticos, sindicatos, organizaciones, congresistas o grandes medios de comunicación- gracias a la posibilidad que brindan para establecer contacto directo con las estructuras decisoras o las instituciones responsables. Esta sensación convence al usuario de su capacidad para prescindir de los cuerpos de intermediación establecidos. Lo curioso, es que las plataformas digitales son estructuras de intermediación en sí mismas, quizás más constreñidas, reguladas y parciales que la intermediación tradicional; además que suelen permanecer menos sujetas a cualquier tipo de control porque su configuración no obedece a términos democráticos.

- 9) *Las prácticas digitales tienen una dimensión normativa:* ante el evidente desgaste o volatilidad de las ideologías modernas y la imposibilidad de definir conceptos claros y reconocibles como verdad, la sociedad parece necesitada de criterios que le permitan orientarse en un escenario de incertidumbre y dudas. Es en este plano en donde emergen las prácticas digitales como estructuras que establecen parámetros normativos a través de criterios de aceptabilidad. La práctica interactiva va mostrándole al usuario lo que sirve y lo que tiene valor en el entorno digital, así como aquello que debe evitar. De esta forma, va sustituyendo en el usuario la necesidad de buscar otros esquemas de orientación (éticos o religiosos) que resultan menos accesibles y mucho más conflictivos; simplemente se debe actuar de acuerdo a los criterios de aceptabilidad que permiten aumentar el valor de mercado del perfil de usuario. En otras palabras, dejarse llevar por la dinámica de interacción digital. Esta condición encaja mejor con la lógica de aceleración e impaciencia que opera en el contexto actual.

- 10) *Las plataformas digitales son estructuras de subjetivación:* las redes no solo permiten solamente mostrar la identidad o el perfil del usuario, sino que fundamentalmente lo determinan. Es decir, no son espacios de interacción del “yo” *offline* en un formato digitalizado, sino que ese “yo” se moldea y se construye en la propia interacción digital a partir de una gran cantidad de estímulos y condicionantes. Esta subjetivación ocurre de manera gradual, progresiva e imperceptible, por lo que la mayoría de los usuarios no son plenamente conscientes del grado de intervención de la estructura digital en cuanto a la forma en que seleccionan alternativas, toman decisiones o producen deseos. Es por tanto una construcción performativa dentro y fuera de la condición digital.
- 11) *Las prácticas digitales pueden facilitar la organización política pero también garantizar la prevalencia de las estructuras de poder:* si las redes se han convertido en estructuras comunicacionales que facilitan la organización y movilización política, también se han convertido en los principales instrumentos para diseminar los discursos y los criterios que sostienen el status político actual. Por cada movimiento social, convocatoria o protesta que se consolida en las redes digitales, se producen innumerables inercias y procesos que garantizan la prevalencia de una racionalidad específica. La diferencia fundamental es que mientras la disputa del poder opera en escenarios mucho más visibles (pues en cierta medida se erigen contra el sentido común impuesto), la reproducción de las estructuras de poder y su racionalidad dominante discurren discreta e inercialmente a través de los discursos y de los criterios sobre lo aceptable.
- 12) *Las plataformas digitales reproducen ciertos criterios de la racionalidad neoliberal:* las plataformas digitales se estructuran de acuerdo a diversos criterios propios de la racionalidad neoliberal: empresas digitales, mínima regulación

estatal, operación en dimensiones globales, modelos de negocio basados en el consumo y crecimiento ilimitado etc. Además, sus discursos y prácticas se desarrollan de acuerdo a criterios como individualismo, respeto a la diversidad, competitividad, capital humano o virtud del mérito. Estos criterios son distinguibles en el análisis de los discursos que se movilizan en el espectro digital. En mayor o menor medida, los discursos que se reproducen en las redes se inscriben dentro de los criterios de aceptabilidad dominantes y los diseminan de manera mucho más efectiva que las estructuras tradicionales. Es en este sentido que las redes pueden asumirse como instrumentos privilegiados de reproducción neoliberal.

- 13) *Las prácticas digitales suponen tensiones con la dinámica democrática:* las capacidades de interacción digital suponen posibilidades de aceleración, inmediatez, máxima transparencia y cercanía virtual que no son compatibles con la complejidad y el ritmo de la democracia contemporánea. Su lenguaje simbólico y ponderable, su apertura o la horizontalidad de sus intercambios, generan sensaciones apreciadas por los usuarios. La cuestión es que cuando estos desarrollan su vida *offline*, no perciben en la realidad material las cualidades de estas características, lo que produce en ellos frustración. En materia política, esta condición se agrava aún más pues el ciudadano pretendería que la gestión pública y la democracia tuvieran la misma capacidad de respuesta que tiene la digitalidad. Evidentemente esta situación es incompatible y el desencanto con la democracia se convierte en el reflejo de esta frustración.

Quizás estas reflexiones puedan parecer alarmistas o distópicas, pero en realidad se intenta mostrar una serie de condiciones encubiertas de las que se debe ser consciente al analizar las plataformas digitales. Evidentemente las

redes aportan un sinfín de posibilidades para mejorar nuestro entorno social, para interactuar y comunicarnos. Son herramientas valiosísimas que caracterizarán el escenario de convivencia en un futuro próximo (acaso lo están haciendo ya) y que llegaron para quedarse. No está en discusión la conveniencia de la digitalidad ni se pretende regatear las virtudes que representa, simplemente se pretenden abrir un panorama de observación particular sobre su dimensión e impacto en el contexto contemporáneo.

En este sentido, el análisis que se ha desarrollado no agota la multiplicidad de variables posibles para la observación del fenómeno digital, solamente se intentan señalar determinadas condiciones que permitan elaborar una crítica sobre su impacto en la diseminación de discursos, en la reproducción de estructuras de poder y en el sostenimiento de ciertos criterios que fijan la racionalidad disponible en el mundo contemporáneo. También permite analizar los procesos de subjetivación disponibles en las redes y la posibilidad de que puedan ser empleadas para interrumpir la reproducción de dicha racionalidad a través de prácticas antagónica en su interior.

Cuarta Parte

Nacimiento de un dispositivo biopolítico digital

“la de red es más moldeable que la noción de sistema, más histórica que la noción de estructura, más empírica que la noción de complejidad (...) las redes cruzan las fronteras de los grandes señoríos de la crítica: no son ni objetivas ni sociales, ni son efectos de discurso, a pesar de que son reales y colectivas y discursivas” (Bruno Latour, 1994).

0. Introducción

Si en los apartados anteriores se delimitó el análisis de las plataformas digitales y sus prácticas en cuanto su consecuente intervención activa en el contexto contemporáneo, a partir de ahora se dispone observar dicha intervención como un acontecimiento relativamente coherente e integral. Para ello se propone pensar el conjunto de fuerzas, discursos y prácticas activas que operan dentro de las prácticas digitales e intentar distinguir su funcionalidad. Se trata de observar este fenómeno como una entidad integradora que, a pesar de sus múltiples discontinuidades y contingencias, ofrece ciertas regularidades que la dotan de sentido. A estas regularidades distinguibles las enmarcaremos para su análisis en un concepto amplio que nos permita examinarlas a detalle: el concepto de dispositivo biopolítico.

En términos generales, en este capítulo se realiza una equiparación entre el

desempeño actual de las plataformas digitales y las características funcionales de los dispositivos biopolíticos según la conceptualización establecida por el profesor Michel Foucault⁶⁰. Esta equiparación parte de la intuición de que el conjunto de prácticas interactivas que se producen dentro de la digitalidad podría replicar las funciones básicas concebidas en el desarrollo teórico de dicho concepto. Con la novedad de que ahora se producen en un entorno global y mucho más dinámico que puede articular potencialmente al resto de dispositivos superando con ello los límites tradicionales de la experiencia humana.

La intención estriba en utilizar el concepto de dispositivo biopolítico como una estrategia de análisis del acontecimiento y su regularidad, pero trayéndolo al presente y adaptándolo a las condiciones del entorno digital. Esto significa una forma de comprender las dinámicas que coaccionan y constriñen a las prácticas de lo cotidiano a través de la digitalidad. El concepto de dispositivo⁶¹ no se entiende como una teoría acabada o rígida, sino como un sistema de apreciación. Se trata de procurarse una red de análisis que permita una analítica de las relaciones de poder (Foucault, 1983: 188). Como marco interpretativo, el dispositivo permite diseccionar los acontecimientos desde una perspectiva reticular en donde la interfaz que articula *poder-saber-cuerpo* puede ser interpretada.

⁶⁰ Michel Foucault desarrolla el concepto de dispositivo biopolítico en una variedad de textos, entrevistas y seminarios. Si bien es cierto que su primera exposición a detalle se recoge en *"Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión"* (2009), es necesario incluir el conjunto de nociones para lograr un análisis completo. Conforme se expongan sus connotaciones se realizarán las citas correspondientes.

⁶¹ En lo sucesivo, cuando se utilice la palabra *dispositivo* se referirá indistintamente al concepto de *Dispositivo Biopolítico*.

Para cumplir esta tarea, en un primer momento se reflexiona sobre la idea de que toda estructura social se encuentra siempre mediada por dispositivos disciplinares que configuran cierta *gubernamentalidad* (Sauquillo, 2001: 138). Se insiste en que observar esta forma de mediación es útil como perspectiva de análisis y no constituye ninguna teorización excluyente. Es decir, no se intenta visualizar al dispositivo como objeto de estudio, sino como una simple metodología de observación. En esta tesitura, los dispositivos se comprenderán como formas consolidadas de estructuras disciplinares articuladas bajo un conjunto complejo de técnicas, discursos y prácticas que *“operan sobre el campo de posibilidad o se inscribe en el comportamiento de los sujetos actuantes: incita, induce, seduce, facilita o dificulta; amplía o limita, vuelve más o menos probable, cancela o permite”* (Foucault, 1988: 15).

Así mismo, se introduce el concepto de biopolítica en tanto tecnología que articula al discurso, al poder y al cuerpo. Es decir, la biopolítica encuentra en el dispositivo su continente y permite el surgimiento de una nueva tecnología de gobernanza. En un segundo momento se plantea una crítica del propio concepto de dispositivo y se intentan distinguir sus características principales de tal forma que pueda ser operacionalizable. Se trata de visualizar sus elementos constitutivos y sus funciones principales para extraerlo de la mera abstracción teórica y contrastarlo con las condiciones presentes en las prácticas digitales. El carácter operativo del dispositivo no dispensa pensarlo desde la teoría (Moro, 2003: 31) otorgándole cualidades específicas, observables y manifiestas.

Posteriormente se realizará un ejercicio comparativo entre las características principales del dispositivo según Foucault y la funcionalidad que comportan las plataformas digitales. Se propone el concepto de *“dispositivo biopolítico digital”* y se analizan las semejanzas y las disimilitudes con sus antecedentes. Finalmente

se proyecta la hipótesis de que las prácticas digitales estén asumiendo la función de un dispositivo perfeccionado y global que articula en su interior al resto de dispositivos convencionales (pre-digitales o institucionales). Si como señala Gilles Deleuze, la verdad se produce al interior de todo dispositivo (1990: 155-163), ¿qué tipo de *verdad* es posible a través de las prácticas digitales y cómo se construye? Sobre esta cuestión se desarrolla el análisis.

1. La vida a través de dispositivos

Vivir a través de dispositivos es una de las características inherentes a las sociedades en su devenir histórico. Si nos atenemos a una definición mínima del dispositivo como *“todo aquello que tiene, de una manera u otra, la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivos”* (Agamben, 2007: 257), resulta difícil no observar su impronta desde las primeras comunidades que existieron. Vivir entre dispositivos significa entonces la integración de un conjunto de técnicas, discursos y estructuras que disciplinan la convivencia entre personas. Es decir, el dispositivo está vinculado desde su concepción primaria a la naturaleza de las técnicas de poder disciplinar (Foucault, 2009: 173-181) y en toda sociedad, por más básica que sea, puede notarse que subyace una forma de dispositivo de ordenación de las relaciones vitales.

El dispositivo se recrea a través de plataformas que le permitan convertir el saber en prácticas y los símbolos en técnicas. En cierto sentido, todos los sistemas sociales han sido sistemas simbólicos, desde las religiones hasta las ideologías (Serrano, 2016: 13). Sin embargo, estos sistemas han requerido siempre de

estructuras formales para actuar, plataformas que les permitan organizar e implementar determinados sistemas de ideas. De esta forma, las religiones erigen iglesias, las ideologías constituyen partidos políticos o movimientos y los gobiernos se organizan en Estados. A lo largo de la historia podemos reconocer estructuras capaces de albergar diversos sistemas sociales, políticos y culturales. La forma que adoptan y la fuente de legitimidad que adquieren, varía según la naturaleza del sistema, el lugar y la época en que se desarrollan. Incluso, un mismo sistema puede transformarse a través del tiempo e ir modificando sus características para adaptarse a nuevas circunstancias. Son estructuras contingentes y dinámicas.

El siglo XIX fue catalizador para el surgimiento de las instituciones modernas que intervienen activamente en la formación de los cuerpos: escuelas, orfanatos, fábricas, hospitales, prisiones o reformatorios. Algunas tienen raíces históricas más antiguas pero su masificación, como consecuencia de la naciente vida urbana, propició su extrapolación. Por lo tanto, la sociedad empezó una etapa disciplinar caracterizada por la fijación de estructuras de auto-reconocimiento e identificación (niños en estudiantes, hombres en trabajadores, enfermos en hospitales, etc.). Estas estructuras constituyen una referencia para configurar la narrativa de la vida.

Con el paso del tiempo, ha ocurrido un proceso de evolución y complejización constante en las sociedades, y por ende, de los dispositivos que intervienen en ellas. El grado de sofisticación en el dispositivo ha hecho proliferar sus formas disponibles hasta alcanzar cotas de ininteligibilidad. En este sentido, los dispositivos contemporáneos cohabitan casi toda estructura de vida. Se consolidan así formaciones complejas que vienen marcadas por admirables conocimientos y algunas de las tecnologías más impresionantes que se han

desarrollado (Sassen, 2018). Los avances tecnológicos, los descubrimientos científicos y los intercambios culturales, como condiciones de posibilidad, impactan profundamente en el desarrollo de las sociedades. En esta tesitura, es probable que las plataformas digitales y sus prácticas estén sustituyendo -o al menos integrando- a las instituciones del siglo XIX y XX como instrumentos que dotan a los sujetos de medios imaginativos para situarse en el orden social.

Cada dispositivo se caracteriza por la introducción de una serie de discursos, ideas, gubernamentalidad y descubrimientos tecnológicos que ofrecen una disrupción coyuntural con su pasado, marcando el surgimiento de una nueva época. Es en virtud de lo anterior que se pretende reflexionar el sistema político y social como un dispositivo biopolítico que contiene una serie de regularidades observables a través de diversos marcos interpretativos.

La era digital supone un reto mayúsculo para las formas biopolíticas convencionales y se hace necesario incorporar elementos de la sociología, la antropología o la ciencia política en conjunto con las tesis más recientes acerca de la digitalidad y su estructura. La propia filosofía política es una herramienta valiosa para dimensionar los avances científicos y tecnológicos del presente y como señala el profesor Daniel Innerarity, es incluso una obligación moral ponerla al servicio de las últimas novedades de la digitalidad en un contexto donde *“lo digital es político”* (Innerarity, 2019). El nuevo paisaje tecnológico representa una oportunidad para llevar a cabo esa renovación en el uso de la teoría política que se ha venido postergando. Dentro de este esfuerzo es que se inscribe el presente análisis.

1.1 El dispositivo como criterio epistemológico

¿Por qué utilizar el concepto de dispositivo biopolítico para comprender el impacto de la digitalidad en la vida? ¿qué tiene que ver la idea de dispositivo desarrollada en tiempos pre-digitales con las prácticas contemporáneas? ¿Es posible conectar algún paralelismo entre la funcionalidad del dispositivo biopolítico y la capacidad instrumental de las plataformas digitales? Precisamente, el objetivo de este apartado es responder a estos cuestionamientos demostrando que existen rasgos análogos entre ambos fenómenos y que resulta muy clarificador contrastar el poder instrumental de las plataformas digitales contemporáneas con la funcionalidad asignada al dispositivo biopolítico.

El concepto de dispositivo es útil para los fines de esta investigación en la medida que dispone una perspectiva sobre las conjunciones y disyunciones presentes en las formaciones políticas y sociales. Es una rendija para observar la genealogía del poder, los escenarios en donde ocurren, las circunstancias que los constriñen y los actores que intervienen. No se pretende encontrar una esencia fundante en forma de universales, sino por el contrario, se centra en las contingencias. Pero sobre todo, el concepto de dispositivo atiende las particularidades observables a través de las prácticas que ocurren en su interior, les otorga luz y las recrea.

Conviene utilizar al dispositivo biopolítico como marco epistémico y dilucidar tres elementos principales que concurren en la vorágine de toda transformación: el poder (como relaciones contingentes de fuerza), el saber (como los discursos disponibles que enmarcan su régimen de veridicción) y el cuerpo (como sujetos producidos por mecanismos de subjetivación específicos)⁶². Foucault utiliza la

⁶² Foucault dirá en *¿Qué es la crítica?* (2017: 27) que el saber y poder pueden tener un papel metodológico para el análisis pues no se pretende diagnosticar principios generales sino de fijar elementos para la observación.

palabra *saber* para referirse a todos los procedimientos y los efectos del conocimiento que son aceptables en un momento dado y en un dominio definido (Foucault, 2017: 27-28). Y utiliza el termino *poder* como el efecto de encubrir una serie de mecanismos particulares que parecen capaces de inducir comportamientos y discursos (Foucault, 2017: 26-27).

Así, saber y poder, se conforman en nociones que han de sustituir a las de conocimiento y dominación (Foucault, 2017: 35). No se trata de sostener que este tipo de observación sea mejor que otros o que sea excluyente del resto. Por el contrario, utilizar al dispositivo como recurso de análisis permite examinar los fenómenos sociales a la luz de diversas teorías, incorporar otras fuentes y contrastar distintos criterios. Es precisamente la flexibilidad que ofrece el dispositivo como epistemología en lo que estriba su pertinencia.

Otro elemento que justifica este tipo de análisis es la posibilidad de examinar los fenómenos desprovistos de cargas morales o éticas. Las consideraciones sobre *la verdad* que habitan el dispositivo no se realizan desde el punto de vista moral, sino sobre las condiciones de existencia de los acontecimientos y la forma de asegurarse la aceptabilidad en un contexto (Foucault, 2017: 19). Dentro del dispositivo, las relaciones de poder no son justas o injustas, ni buenas o malas en sí mismas. No es a través de criterios normativos como deben juzgarse. Existen como pueden existir, como el resultado de ciertas contingencias y ciertas regularidades. Para Foucault, decir que no puede haber sociedad sin relaciones de poder no quiere decir que las que están dadas sean necesarias, ni que el poder constituya una fatalidad que no puede ser socavada (Foucault, 1988: 16-18); sino que el análisis, la elaboración, el cuestionamiento de las relaciones de poder y la intransitividad de la libertad, son una tarea política y académica incesante.

1.2 Biopolítica y poder como premisas disciplinares

Como sostiene el profesor José Luis Villacañas, quizás *“la obra de Foucault es en realidad un dispositivo crítico cuya finalidad última es atacar la sociedad disciplinaria, destruir la sujeción o subjetivación”* (Villacañas, 2016: 109-110), pero al hacerlo, permite identificar sus componentes y la naturaleza de su configuración. Luego, resulta paradójico que, a lo largo de su obra, no intente definir concretamente al dispositivo; si acaso describirlo a partir de algunas características y funcionalidades determinadas que permiten hacerse una idea de la capacidad estratégica que en él proyectaba.

Sin embargo, existen dos conceptos que lo modelan: las relaciones de poder y el nacimiento de una biopolítica. En realidad, no son dos ideas excluyentes, sino que se encuentran profundamente imbricadas en el concepto dispositivo a tal grado que sólo se explican conjuntamente. En primer término, el concepto de *poder* que desarrolla Foucault a lo largo de su obra es proyectado siempre como una condición relacional; como una fuerza que existe tan sólo en relación a otras y que tiene un lugar determinado dentro de la estructura. Dirá que el poder es algo que existe con tres cualidades distintas: su origen, su naturaleza básica y sus manifestaciones.

Antes de preguntarnos *qué* es el poder y *por qué* existe, habría que empezar el análisis por el *“cómo”* ocurren sus relaciones (Foucault, 1988: 11-12). En este sentido, analizar el poder como un elemento independiente y abstracto sería un ejercicio estéril. Desde esta perspectiva, las relaciones de poder atraviesan toda estructura social, todo discurso histórico, toda forma de gobierno y toda

sensibilidad que configura la *épistémè*⁶³ humana. Están siempre presentes y ejercen activamente las fuerzas suficientes para producir estructuras disciplinares. Sin embargo, el propio Foucault aclara que estos términos juegan un papel exclusivamente metodológico en el análisis y no tienen la pretensión de establecer reglas generalizables a otros fenómenos. No se trata por tanto de describir el poder y el saber, ni siquiera de interpretar de qué manera uno se impone al otro, sino de describir la circunstancia en que se ligan, el nexo que establecen y que logra la aceptabilidad de un sistema (Foucault, 2017: 27-28). Es decir:

“No se trata de hacer funcionar al poder entendido como dominación, supremacía, a título de dato fundamental, de principio único de explicación o ley ineludible; al contrario, se trata de considerarlo siempre como relación en un campo de interacciones, se trata de pensarlo en una relación indisociable con formas de saber y se trata de pensarlo siempre de tal manera que se le vea asociado a un dominio de posibilidad y, en consecuencia, de reversibilidad, de inversión posible.” (Foucault, 2017: 33-34)

Consciente de ello, Foucault analizó, durante su trayectoria académica, la genealogía de algunos dispositivos de control como la locura (2015), la sexualidad (2007b) y el sistema punitivo o carcelario (2009). Los desarrolló a través de su propia metodología (a la que denomina “*arqueología*”⁶⁴) e indagó sobre las prácticas que iban generando en sus distintos campos de acción. De esta forma, intentó desenmascarar las fuerzas que subyacían en cada uno de los

⁶³ Foucault introduce el concepto de *épistémè* en la primera etapa de su obra. Más adelante se explica su connotación y la diferencia fundamental que tiene con la idea de *Dispositivo* y con el concepto de *Racionalidad*.

⁶⁴ Sobre el concepto de arqueología como análisis histórico, puede verse el capítulo IV, “*la descripción arqueológica*” (228-262) del texto “*La arqueología del saber*” (Foucault, 2002).

dispositivos y explicar cómo y por qué se produjeron en un momento histórico determinado. Las relaciones de poder constituían el centro de su análisis al grado de afirmar que *“una sociedad sin relaciones de poder sólo puede ser una abstracción”* (Foucault, 1988: 17). Las hipótesis que presentó Foucault como producto de sus investigaciones no están exentas de duras críticas y replicas; empero, ha legado una forma de indagación social e historiográfica que puede resultar útil para observar al poder y las relaciones en las que se inscribe.

Por otro lado, el concepto de biopolítica sirve como una herramienta para comprender el grado de sofisticación de las relaciones de poder en las estructuras contemporáneas. Es decir, permite observar el impacto del poder en los cuerpos y comprender cómo los produce sutilmente para consolidar su gobierno sin coacción. Foucault elabora este concepto en su curso *“Nacimiento de la Biopolítica”* (2007a) con el objetivo de describir y explicar el conjunto de cambios que ocurrían a finales de los años setenta. En realidad, ya había comenzado a desarrollar este punto de vista sobre los vínculos entre lo microfísico y macrofísico del poder en el capítulo final del primer volumen de *Historia de la Sexualidad*. Allí se introdujo el término de *“biopoder”* (Gordon, 2015: 5).

Al momento en que Foucault desarrollaba este concepto, el avance de las tecnologías de la información estaba en ciernes y aún no se expandía en su totalidad. Sin embargo, este autor da cuenta de la transformación en la estrategia de gobernanza y en la propia *épistémè* ciudadana. Aplica su metodología particular de análisis al fenómeno de la gubernamentalidad del Estado al que denomina *“neoliberal”* (Gordon, 2015: 7). Esta vez, su análisis se distingue de los anteriores porque no se circunscribe a un área determinada de la ciencia o de sus prácticas -como en el caso de la locura o la sexualidad- sino a la estructura

del Estado como una gran red que promueve un conjunto de mecanismos para establecer una forma de racionalidad dominante.

En cierto sentido, empieza a dibujar la posibilidad de que surja un *“dispositivo de dispositivos”* al señalar que es inviable realizar una crítica de las prácticas institucionales a partir exclusivamente del Estado. Para Foucault *“el Estado no tiene esencia. El Estado no es un universal, no es en sí mismo una fuente autónoma de poder”* (Foucault, 2007a: 96). El concepto de biopolítica puede comprenderse como un conjunto de relaciones de poder estructuradas que son capaces de modelar la forma en que se vive la vida sin el ejercicio de la coacción directa, sino a través de la producción de cuerpos relativamente dóciles y disciplinados que se correspondan a la racionalidad dominante. Es un *“arte de gobernar sobre el comportamiento racional de quienes son gobernados”* (Bidet, 2012: 178). Se distingue de lo coactivo porque no restringe ni limita, sino que produce y estimula. En lugar de atormentar al cuerpo, el poder disciplinario lo fija a un sistema de normas en la medida que el poder que depende de la violencia no representa el poder supremo (Han, 2014: 27-36).

Es una estrategia productiva en el sentido de que establece una serie de principios normativos que operan como mecanismos de orientación para la vida. Les informa a las personas cómo se debe proceder en cada momento a través de la delimitación de las alternativas de elección posibles. Ofrece a los cuerpos una ruta de actuación con una ventaja: no se establece a través de criterios normativos o morales que se presenten como superiores al resto; no compite con otros relatos y su capacidad disciplinar estriba en que se interioriza imperceptiblemente como dogmas naturales e irrefutables; como sentido común compartido.

Para Foucault, las fuerzas que operan en la biopolítica constituyen mecanismos complejos, transversales, discretos y efectivos que se ejercen a través de dispositivos. Estos mecanismos se introducen en diferentes campos de la vida y del cuerpo social en forma de discursos y prácticas que permiten el gobierno de la familia, el de los niños, de la casa, de las almas o de las comunidades (Foucault, 2007a: 17). La biopolítica se revela como gubernamentalidad⁶⁵ comprendida como un tipo de “*dominación política del Estado sobre la población y la regulación de las sociedades*” (Sauquillo, 2001: 138).

En su texto “*El sujeto y el poder*” (1988), Foucault explica las condiciones de posibilidad que permiten el surgimiento de la biopolítica como fuerza performativa. Acude a la historia y explica que con el cristianismo se inaugura también una forma particular de ejercer el poder al que denomina *Pastoral* (Foucault, 1988: 8). Este tipo de poder emerge como origen de una forma específica de control social de los cuerpos pues establece toda una discursividad que supone un nuevo mecanismo de subjetivación. Es decir que el cristianismo, al organizarse como Iglesia, inaugura una forma de poder que se ejerce bajo la imposición ideológica y no solo por el sometimiento. Al diseminar ciertos dogmas e ideas asociadas con su fe, produce también estructuras comunes reconocidas y aceptadas por la sociedad, creando así una feligresía -subjetivada- que comparte criterios similares para entender la vida y la muerte.

Bajo estos presupuestos, Foucault señala que el Estado moderno occidental integró, en una nueva forma política, dicha técnica de poder pastoral procedente de las instituciones cristianas (Foucault, 1988 9-10). Luego, al incorporar este

⁶⁵ El concepto de Gubernamentalidad es un neologismo que utiliza Foucault para referirse a la racionalidad gubernamental como nuevo dominio de investigación.

tipo de poder, lo transformó en una forma de racionalidad política: la biopolítica como la secularización del poder pastoral. A partir de ese momento pudieron erigirse relaciones de poder inéditas en las sociedades que se constituían en la modernidad. Surgieron nuevas instituciones y se diseminaron aquellos relatos que intentaban cohesionar la cultura occidental.

El tipo de relaciones de poder que devienen en la biopolítica se distinguen de la coacción, la opresión o la dominación violenta puesto que no actúan de manera directa e inmediata sobre los sujetos, sino que actúan sobre sus acciones (Foucault, 1988: 14). Es decir, no se perciben como una oposición directa a la libertad del individuo y en eso radica su potencialidad. En esto señala Foucault que el poder se ejerce únicamente sobre "*sujetos libres*" o colectivos que cohabitan, en libertad, enfrentados con un campo de posibilidades donde pueden tener lugar diversas conductas, diversas reacciones y diversos comportamientos (Foucault, 1988: 15).

En síntesis, el surgimiento de una nueva forma de ejercicio y manifestación del poder dio paso a la consolidación de una inédita técnica de gobernanza sobre los cuerpos comprendida como biopolítica. Sin embargo, el poder biopolítico requiere de una interfaz que le permita articularse, una superficie de acción. Será el concepto de dispositivo el que nos permita pensar en dicha superficie. Es decir, el dispositivo es la estructura que alberga las relaciones de poder y la biopolítica es la fuerza viva que las produce. El dispositivo es el gran contenedor que integra y reproduce la estructura social y la biopolítica es la estrategia disciplinar de los cuerpos que la componen. Sobre esta base es posible visualizar al dispositivo como una estructura integradora; como una interfaz.

2. El dispositivo de Foucault: una estrategia para pensar el poder

Foucault es útil como estrategia para pensar; más parecido a un repositorio en donde buscar cuando se hace necesario comprender algo que a una teoría coherente a dónde acudir por certezas. Él mismo afirmó que sus textos son “*una especie de caja de herramientas donde otros pueden rebuscar para encontrar una herramienta que puedan utilizar como quieran en su propia área (...) no escribo para un auditorio, escribo para usuarios, no lectores*” (Foucault, 1994: 523-524). El concepto dispositivo ocupa un lugar privilegiado en el desarrollo teórico y estratégico en su pensamiento. Sin embargo, es necesario señalar que no fue creado por él, ni él ha sido el primero en emplearlo⁶⁶. Es un concepto de amplio recorrido y maleabilidad en la historia de las ideas que requiere observarse desde una posición concreta a fin de especificarlo.

Primero, es necesario comprender cómo y de qué manera empieza a revelarse como una pieza que funge de articulación en los análisis foucaultianos. A partir de su entusiasta esfuerzo por comprender los procesos constructivos del saber, Foucault va elaborando en su trayectoria académica ciertos conceptos que denotan esa esfera constructiva. En sus diversos trabajos es posible rastrear algunos conceptos que intentan dar cuenta de una relación compleja entre las condiciones de posibilidad que envuelven a determinados fenómenos. Conceptos como el de “*sistema*” (*système*) o el de “*estructura*” (*structure*),

⁶⁶ Existen distintas referencias al concepto de *Dispositivo* en la Ciencia Política pero sus connotaciones varían según su especificación. En el campo de la comunicación, Pierre Schaeffer fue uno de los primeros autores que se refirió a la televisión como un “*Dispositivo* que capaz de capturar la voluntad humana” en “*Machines à communiquer. Tome II. Pouvoir et communication*”, Paris: Le Seuil, en 1971.

inspirados posiblemente en trabajos previos que van desde Ferdinand de Saussure en lo correspondiente a sus cursos de lingüística general impartidos entre 1906-1911, hasta las tesis de Lacan (1966) o Lévi-Strauss (1949), intentaron establecer una epistemología analítica concreta, una metodología para observar y explicar los acontecimientos pasados y presentes.

Sin embargo, en su esfuerzo por distanciarse de la corriente estructuralista, fue acuñando poco a poco una primera idea embrionaria de lo que luego sería el dispositivo: la *“épistémè”*. En *“las palabras y las cosas”* (2010) señala que en cada momento dado y en cada cultura, solo existe una *épistémè* y que su configuración general es *“el ajuste de la semejanza y de la imaginación que fundamenta y hace posible todas las ciencias empíricas del orden”* (Foucault, 2010: 87). De esta forma, con la *épistémè*, Foucault intenta expresar la conjunción de códigos fundamentales que habitan una cultura y el aparato reflexivo que constriñe la ordenación de las cosas; la filosofía de la época.

Sería a mediados de 1970 cuando sustituiría -progresivamente- el concepto de *épistémè* por el de *dispositivo* (*dispositif*) para dar cuenta de un fenómeno más amplio. Primero en *“Vigilar y castigar”* (2009) y posteriormente en *“Historia de la sexualidad”* (2007b), escritos en 1975 y 1976 respectivamente, empieza a dar forma a este concepto *red* que se convertirá en la sede de articulación entre enunciados, prácticas distinguibles y fuerzas que pueden modificar o incidir sus trayectorias. En el curso de *“Seguridad, territorio y población”* (Foucault, 2004) impartido en 1978, Foucault centra sus esfuerzos en explicar las características de los dispositivos y sus diferencias. En realidad, lo que Foucault proyecta como dispositivo resulta *“un caso mucho más general de la épistémè (...) más heterogéneo”* (Foucault 1991b: 131).

Al principio, el concepto de dispositivo podría parecer demasiado abstracto, nebuloso; una especie de truco teórico para introducir cualquier elemento a la observación y dotarlo de coherencia narrativa. Y en cierto sentido es así: intenta sintetizar las condiciones de posibilidad que observaba periféricamente en los fenómenos y utiliza la idea de *“aparatos-dispositivos”* como un contenedor a través del cual se ejercen y manifiestan las relaciones de poder *“donde unos pueden estructurar el campo de acción posible de los otros”* (Foucault, 1988: 17-19). El dispositivo es en sí mismo un vehículo del poder.

2.1 Apuntes sobre el dispositivo

En principio, la palabra dispositivo puede remitirse a su connotación más estricta proveniente del latín *“dispositus”* que significa dispuesto. Un dispositivo se definirá entonces como un aparato o mecanismo que desarrolla determinadas acciones para lograr un propósito⁶⁷. Su significación está vinculada a que dicho artificio está dispuesto para cumplir con un objetivo concreto.

Giorgio Agamben, por su parte, lo define de manera general como *“todo aquello que tiene, de una manera u otra, la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivos”* (Agamben 2007: 257). De esta forma, el dispositivo puede albergar múltiples relaciones de poder y prácticas discursivas. Es en sí mismo una superficie para que interactúen y se verifiquen todos estos elementos

⁶⁷ Definición de Julián Pérez Porto y María Merino, disponible en <https://definicion.de/dispositivo/>. Publicado en 2011 y actualizado en 2014.

presentes en el orden social al actuar como una red articuladora.

El concepto de dispositivo representa, a la vez, una retícula o red, una relación entre posiciones y un juego estratégico de fuerzas (Foucault 1991a: 130-131). En un intento por definirlo, Foucault menciona:

“Lo que trato de situar bajo ese nombre (dispositivo) es, en primer lugar, un conjunto decididamente heterogéneo, que comprende discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas; en resumen: los elementos del dispositivo pertenecen tanto a lo dicho como a lo no dicho. El dispositivo es la red que puede establecerse entre estos elementos (...) una especie — digamos — de formación que, en un momento histórico dado, tuvo como función mayor la de responder a una urgencia. El dispositivo tiene pues una posición estratégica dominante” (Foucault, 1991a: 128-129).

Según esta idea, el dispositivo se puede comprender como la estructura que da cuenta de una realidad heterogénea y compleja, determinada en cierta medida por una serie de discursos que ordenan las relaciones sociales -y de poder- a través del establecimiento de un régimen de veridicción y de la capacidad de influir en los deseos de las personas. Es decir, el dispositivo no es un mecanismo coactivo, sino permisivo y creativo. Su forma de crear -sujetos, relaciones, instituciones, discursos, etc.- es operando sobre la producción de deseos y necesidades.

En este contexto, el dispositivo adquiere, a la vez, una connotación teórica como modelo de saberes y una connotación práctica como tecnología del poder. Será simultáneamente el espacio en donde ocurre la vida y las fuerzas que en ella operan; una maqueta para colocar las relaciones de poder y un instrumento para

orientar su flujo. Para ejemplificar esta doble condición pensemos en el *Dispositivo Escuela*: este dispositivo constituye el espacio principal en donde se reproduce la educación de los cuerpos a través de la enseñanza de una serie de discursos compartidos que han adquirido el grado de verdad científica: un modelo de saber. Pero al mismo tiempo, representa el conjunto de prácticas, dinámicas y modos instrumentales a través de los cuales se produce el proceso de enseñanza-aprendizaje en las escuelas: tecnología del poder. Contenido y continente que permite distintos niveles de observación pero que se encuentran profundamente imbricados. Al analizar conjuntamente, ambos niveles, se produce un tipo de análisis particular, más amplio, que permite explicar integralmente al fenómeno en cuestión.

Por otro lado, el concepto de dispositivo evoca una gran red en la que discurre el entramado de relaciones de poder y saber que comprenden discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas o morales (Agamben, 2011: 250) que estructuran ciertas formaciones discursivas y sus prácticas. Se establece como un conjunto heterogéneo que, a su vez, produce variaciones, bifurcaciones o derivaciones (Deleuze, 1990: 155). Pero los dispositivos no son estructuras concretas, carecen de contornos definitivos y por lo tanto deben ser observados como fenómenos en movimiento a través de sus grandes trazos: saber, poder y subjetividad (Deleuze 1990: 155). Es también la suma de los elementos presentes en la sociedad que constituyen una red heterogénea: son los discursos y sus contenidos -instituciones, reglas, rituales, edificios, escritos- que producen cierta ordenación y regularidad (Agamben, 2011: 250).

2.2 Una fuerza disciplinar sofisticada

El dispositivo es ante todo una entidad disciplinar sofisticada. Se proyecta como una nueva forma de gubernamentalidad que emplea distintas tecnologías disciplinares de manera más efectiva que sus antecedentes históricos. Para Foucault, la nueva racionalidad gubernamental es el tránsito de las anteriores técnicas sectoriales del poder, a una emergente “*tecnología del poder del Estado*” (Bidet, 2012: 169). Es el proceso de perfeccionamiento de la dimensión disciplinar de los dispositivos: desde el *Estado Policía*⁶⁸ en donde el soberano ejercía el poder sobre la vida y la muerte de sus gobernados, a través de mecanismos coercitivos de control, hasta la biopolítica del neoliberalismo que plantean una relación condicionada e indirecta en la que el individuo se asume en plena libertad y potestad sobre su vida y su muerte, mientras el poder opera sobre los deseos y produce la subjetivación necesaria para que los individuos sean útiles a los fines del poder (Foucault, 2007b: 164).

El poder disciplinar del dispositivo es ejercido sobre un cuerpo al cual moldea en sus comportamientos, no solo para que asuma su lugar en la sociedad, sino para que sea fuerza útil y productiva para ésta (Foucault, 2007b: 61). No es la ley y la supervisión coactiva la que asegura la disciplina, pues no se alcanza a percibir como imposición, ni siquiera como poder. Mediante la genealogía del poder, Foucault pretende “*ofrecer una historia de los procedimientos de subjetivación del individuo en nuestra cultura*” (Sauquillo, 2001: 19) que puedan dar cuenta de

⁶⁸ Según Colin Gordon, el gobierno del Estado policía es una forma de poder pastoral. Es también una economía, a través de su modo de equiparar la felicidad de los sujetos individuales a la fortaleza del Estado. Más aún, la policía es un tipo de *pastorado económico*. (Gordon, 2015: 14)

la potencial transformación en la biopolítica.

Cada época tiene ciertos mecanismos disciplinares particulares que han venido transformándose aceleradamente. Las condiciones de posibilidad y la multiplicidad de elementos que operan en la historia van confeccionando su propia tecnología de gobernanza. Foucault distingue un cambio drástico en dicha tecnología disciplinar a partir de la segunda mitad del siglo XX. Los nuevos mecanismos de subjetivación generaron *“métodos que permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garantizan la sujeción constante de las fuerzas y les imponen una relación de docilidad-utilidad que se les puede llamar disciplinas”* (Foucault, 2009: 159).

La disciplina está arraigada en el sentido común que priva dentro de la sociedad. Por lo tanto, constituye la estructura organizacional en la que han crecido, donde se han relacionado y de donde han obtenido su concepción de la vida. Esto no quiere decir que los individuos sean cada vez más obedientes o serviles, ni que hayan renunciado expresamente a formas de organización alternativa, simplemente están inmersos en determinados modelos de disciplina que han logrado una fijación relativa en lo social. Como señala Foucault, hay que *“comprender como hemos sido atrapados en nuestra propia historia”* (Foucault, 1988: 5).

Una de los elementos más relevantes de esta transformación es la capacidad de individualizar al conjunto social. Esta individualización no fue física, es decir, no significó separar a las personas materialmente, sino que el Estado devino en *“una forma de poder individualizadora y totalizadora (...) nunca en la historia de las sociedades humanas ha habido una combinación tan compleja de técnicas de individualización y procedimientos de totalización en el interior de las mismas*

estructuras políticas” (Foucault, 1988: 8). Fue una individualización convertida en cultura compartida; erigida como imaginario colectivo. La forma biopolítica que emergió entonces disponía que *“aquellos sobre los que se ejerce (el poder) tienden a ser más fuertemente individualizados”* (Foucault, 2009: 195). Es este proceso de individuación quizás lo que garantiza la ruptura fundamental de este dispositivo con sus antecedentes.

El dispositivo que fue consolidándose a partir de los años cincuenta incorporó todo recursos de comunicación a su alcance. Operó a través de las estructuras globales que iban surgiendo; se apoyó en los medios tradicionales de comunicación e impuso una nueva ética y estética en sus mensajes. Sus discursos se difundieron a mayor velocidad y llegaron pronto a más personas. Se acuñaron nuevos criterios sobre lo deseable y fueron diseminándose progresivamente⁶⁹. Los individuos empezaron a incorporar estos valores y a comportarse de acuerdo a ellos. No les fueron impuestos, ellos los eligieron, o al menos eso perciben.

Es decir, los dispositivos tienen la característica de la contingencia varían a través del tiempo y transforman los valores y principios dominantes de su época. En cada transformación modifican, a la vez, las estructuras que lo contienen; pero también las estructuras modifican su dinámica. La relación entre ambos fenómenos es dialéctica y contingente. Sin embargo, a pesar de las múltiples transformaciones, es probable que algunos criterios y valores colectivos permanezcan intactos.

⁶⁹ Ver sobre la reconstrucción neoliberal del Estado y el sujeto a Wendy Brown en *“El pueblo sin atributos: la secreta revolución del neoliberalismo”*. Barcelona: Malpaso (2015: 13-56)

Si se observa detenidamente, existen condiciones comunes que persisten a pesar de las diversas transformaciones sociales, políticas y culturales de los últimos dos siglos: valores como la democracia, la educación pública, el respeto a los derechos individuales o el libre mercado como principio económico, se han mantenido vigentes a través del tiempo (al menos hasta ahora). Son estos criterios o principios fundantes de la modernidad los que están a prueba con el cambio tecnológico actual. Ideas como progreso, democracia, representación y soberanía, que fungen como columna vertebral del sistema político occidental, atraviesan un momento de deslegitimación evidente. Por ello la cuestión implica valorar si la digitalidad es capaz de amenazar aquellas condiciones que han persistido hasta hoy en el sistema político y social.

La hipótesis que explora este trabajo es que quizás la dimensión biopolítica se está perfeccionando a partir de la digitalidad; tal vez, en medio de un mundo que parece tan complejo y diverso, una nueva forma de dispositivo biopolítico esté surgiendo de manera global. Al respecto, Byung Chul-Han dirá que *“la libertad y la comunicación ilimitadas se convierten en control y vigilancia totales (...) el panóptico digital vigila y explota lo social de forma despiadada. Cuando apenas acabamos de liberarnos del panóptico disciplinario, nos adentramos en uno nuevo aún más eficiente”* (Han, 2014: 21). Para indagar sobre ello se requiere clarificar el concepto dispositivo y operacionalizarlo de tal manera que sea posible contrastarlo con la funcionalidad y el impacto que tienen las prácticas digitales en el orden político y social contemporáneo.

2.3 Operacionalizando el dispositivo

Hasta este punto se han expuesto algunas consideraciones sobre el surgimiento,

el desarrollo y la significación del concepto dispositivo. Se ha profundizado en su funcionalidad instrumental y en sus características observables. En la medida en que el objetivo de este apartado es vincular al dispositivo con la funcionalidad de las prácticas digitales, se hace absolutamente necesario sacarlo de su abstracción y hacerlo operacionalizable. Para lograr este propósito, y de acuerdo a las consideraciones vertidas con antelación, se presenta una lista mínima de las características presentes en todo dispositivo. Esta lista se plantea a partir de la selección de algunos criterios comunes que aparecen en las definiciones que realiza el propio Foucault, así como en diversas recepciones sobre sus tesis.

Las características se presentarán agrupadas en tres dimensiones: poder, saber y cuerpos.

a) Dimensión de poder

Esta dimensión pretende observar ciertas condiciones particulares dentro del dispositivo que hacen énfasis en cómo se estructura para la ordenación de las relaciones sociales, pero también en las dinámicas interactivas en que éstas se producen. Se trata de entrever al *continente* del poder al mismo tiempo que las prácticas que esto posibilita. En esta dimensión se intenta comprender cómo se establecen o se fijan relativamente las relaciones de poder a partir de los múltiples constreñimientos que imponen sus vasos vinculantes. En este sentido, todo dispositivo posee:

1. *Una interfaz*: entendida como el espacio o superficie que permite la articulación de las relaciones sociales, ya sea de forma jerárquica para garantizar los flujos de poder, ya sea de forma horizontal para promover la interacción. La interfaz funciona como lugar de encuentro para los

cuerpos pero también como depósito de los saberes convertidos en verdad. No son espacios neutrales, sino que su propio diseño limita y constriñe la forma en que se ejercen sus prácticas. Es la infraestructura del poder. En este sentido es posible señalar que la interfaz se erige como la sede de la institución o del discurso que soporta. Para Foucault, *“los discursos no son conjuntos de signos sino prácticas sometidas a reglas determinadas”* (Sauquillo, 2001: 63) y toda verdad se entiende como el producto de un *“régimen discursivo”* que posee una lógica política. Por ello, si el dispositivo alberga prácticas discursivas y no-discursivas, su interfaz no requiere ser necesariamente un espacio físico (el hospital, la escuela, el ministerio, la iglesia, etc.); puede adoptar formas virtuales o simbólicas diversas como estrategia de articulación (como la interacción digital en plataformas virtuales). En resumen, aunque los elementos constitutivos de un dispositivo puedan ser heterogéneos y diversos (personas, discursos, textos, infraestructura física, conversaciones, medios de comunicación, instituciones, etc.) siempre tendrán una interfaz -o interfaces- que los conecte, un espacio productivo común.

2. *Unas prácticas específicas:* cada dispositivo posee determinados esquemas de interacción entre los cuerpos que configuran sus relaciones internas concretas. Estas prácticas comprenden al conjunto de comportamientos, intercambios, regularidades y dinámicas con que se relacionan los elementos del dispositivo. En este sentido, determinan la posición que ocupa cada elemento y crean ciclos de procesos productivos. Sin embargo, sus dinámicas no son estáticas ni están determinadas previamente. Si bien el poder y el régimen de veridicción presentes en cada dispositivo producen unas prácticas determinadas, no es posible establecer una relación causal. Es decir, las prácticas son a la vez producto

y productoras; son creativas y se debe atender a sus procesos de construcción histórica para comprender la esencia de las cosas (Foucault, 2017: 25). Es por ello que la regularidad que muestran las prácticas al interior de los dispositivos debe ser observada con detenimiento para identificar sus momentos de ruptura o bifurcación. El análisis oportuno requiere comprender cómo y por qué se transforman las prácticas, los flujos de poder y los regímenes de veridicción a través del tiempo. Este tipo de observación permite conocer una cuestión fundamental dentro de todo dispositivo: cómo se gestionan las disputas y las contradicciones internas.

3. *Una ordenación del poder distinguible*: una de las cuestiones centrales en la naturaleza intrínseca del dispositivo es que ordena estructuras de poder. Los flujos de poder no discurren arbitrariamente, sino que obedecen al propio andamiaje de su configuración. Foucault señala que “*no hay que engañarse: si hablamos de estructuras o de mecanismos de poder, es sólo en la medida en que suponemos que ciertas personas ejercen poder sobre otras*” (Foucault, 1988: 12). Esto implica visualizar cual es el núcleo de articulación, quienes intervienen en la cúspide de las instituciones, cómo se generan los discursos y cómo se distribuye el poder y la información. En este sentido es posible determinar grados de influencia e intervención en la conducción del dispositivo. Esto no significa de ninguna manera que sean instrumentos perfectos de control, sino que es posible reconocer cierta forma de estructuración. Sin embargo, como veremos posteriormente, quizás este elemento jerárquico sea uno de los que más se han modificado en la era digital.

b) *Dimensión del saber*

Esta dimensión incluye los elementos discursivos del dispositivo, entendido como lo enunciable y la construcción de los saberes. Es la forma en que se producen los regímenes de veridicción y los discursos disponibles en ellos. Adicionalmente, se ocupa de indagar sobre las vías de difusión y diseminación de estos discursos, su contenido en tanto configuración de lo deseable y/o lo marginal, así como sobre el aparato intelectual que los promueve. En esta dimensión, todo dispositivo posee:

1. *Una serie de criterios subyacentes*: todo dispositivo alberga una forma de verdad reconocible y compartida por los sujetos que lo integran. De esta verdad emergen los grandes relatos y los discursos institucionales que explican el correcto -en función a la racionalidad disponible- orden de las cosas. Estos discursos permiten dar coherencia y justifican las prácticas, las jerarquías y las relaciones establecidas. Sin embargo, existe la posibilidad también de que el régimen de veridicción no reproduzca relatos concretos y coherentes, sino tan sólo criterios que establezcan ciertos parámetros de actuación institucional. Pensemos en el discurso contemporáneo de *la Empresa*: quizás no exista un discurso exclusivo que contenga lo que deber ser y cómo debe actuar una empresa específicamente, empero, es posible reconocer criterios que le son comunes como competitividad, eficiencia, buenas prácticas, crecimiento o máximo rendimiento para incentivar el *shareholder value* (Nachtwey, 2017: 50). Estos criterios constituyen un sentido común compartido respecto a un área del conocimiento o institución específica. En el dispositivo biopolítico se pueden modificar los contenidos y el orden de los discursos sin alterar radicalmente su funcionalidad. Son estructuras maleables y en su adaptabilidad radica su fuerza.
2. *Un aparato intelectual*: por aparato intelectual se entenderá al conjunto de

sujetos y estructuras que tienen como función principal el producir conocimiento científico -y profesional, burocrático o práctico- reconocido como verdad dentro del dispositivo. Este aparato está distribuido regularmente en todo el cuerpo social que lo integra: profesionistas, científicos, políticos, sacerdotes, CEO's (*Chief Executive Officer*) o directores y ejecutivos de empresas. Es decir, todo aquel sujeto que sea reconocido legítimamente como experto o capaz de producir conocimiento y compartirlo. Estos sujetos han absorbido los criterios y principios que subyacen en los discursos dominantes; se han formado de acuerdo a ellos. Así que su función es explicarlos, justificarlos y adecuarlos a los contextos cambiantes de la cotidianidad. Ocupan una posición en la estructura que alterna la producción y reproducción del régimen de verdad. Cada dispositivo y cada época produce su aparato intelectual como mecanismo de prevalencia en el tiempo. En este sentido Gramsci afirmaba que toda hegemonía creaba, al mismo tiempo y orgánicamente, capas de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de su propia función" (Gramsci, 2017: 300).

3. *Ciertos mecanismos de diseminación*: comprendidos como herramientas que integran al conjunto de vías de comunicación a través de las cuales se diseminan los discursos que contiene el dispositivo. Son los canales de difusión y reproducción de los principios, valores y criterios fundamentales en los que se basan las instituciones. Funcionan como vehículos del poder y como instrumento de su conservación. Como señala Foucault, "*la comunicación es siempre una cierta manera de actuar sobre el otro o los otros*" (Foucault, 1988: 12). Es por ello que cada dispositivo, a fin de existir, requiere diseminar sus discursos específicos ante los cuerpos que lo componen; necesita que estos cuerpos compartan el contenido de estos discursos, que

los interioricen y los asimilen. Para esta tarea, es fundamental crear las vías de disseminación más efectivas y eficientes.

c) Dimensión sobre el cuerpo

Esta dimensión comprende la intervención del dispositivo sobre los cuerpos. Agrupa al conjunto de estrategias y dinámicas que ocurren para la configuración de sujetos que comparten ciertos criterios comunes y la forma en que estos se disciplinan. En cierto sentido, todo dispositivo tiene como objetivo la producción de un tipo de sujeto que se corresponda con sus discursos internos; pero la forma en que ocurre esta producción puede tener naturalezas diversas. Al respecto, todo dispositivo debe poseer al menos:

1. *Tecnologías disciplinares*: por tecnologías disciplinares se comprende la infraestructura que se erige en cada época y en cada dispositivo específico para garantizar el comportamiento adecuado de los individuos que lo integran. Estas tecnologías incluyen los sistemas, las reglas, las disposiciones y las instituciones que conforman el aparato disciplinar. Su objetivo es gobernar los cuerpos de una forma determinada. La sociedad debe obedecer a través de cualquier medio dicha gobernanza. Ya sea a través de dogmas de fe, por mecanismos coercitivos, por temor, por convencimiento o por delimitaciones estructurales. Las tecnologías disciplinares ejercen un poder fáctico en todos los cuerpos que intervienen. Indagar en la evolución y en la efectividad reciente de estas tecnologías permite evaluar la estabilidad y funcionalidad de su modelo.
2. *Mecanismos de subjetivación*: los mecanismos de subjetivación son el conjunto de herramientas y dinámicas específicas de las que se valen las tecnologías disciplinares para producir cuerpos *ad hoc*. Es decir, si las tecnologías

promueven ciertas reglas y crean instituciones que las implementan, los mecanismos de subjetivación constituyen los *cómos* se insertan y se reproducen en el imaginario colectivo; cómo se interiorizan. En realidad, la subjetivación es un proceso permanente y complejo que abarca una gran cantidad de elementos internos y externos al dispositivo. Una misma persona puede, a través de su proceso vital, construirse-subjetivarse de acuerdo a diversos dispositivos. Cada época produce sujetos que poseen sensibilidades distintas, sistemas de creencias o identidades particulares. Incluso una misma época -y en un mismo dispositivo- se pueden contener sujetos con posiciones divergentes en asuntos concretos. Sin embargo, los mecanismos de subjetivación deben garantizar que, en el fondo, prevalezcan algunos mínimos criterios y principios compartidos. Es decir, dos economistas pueden disentir sobre los modelos macroeconómicos preferibles en relación a la situación de un país; sin embargo, muy probablemente compartirán los mismos criterios fundamentales del funcionamiento de la economía y sus conceptos rectores. Como se ha dicho en apartados anteriores, cada momento histórico posee su racionalidad reconocible, pero es a través del análisis de los mecanismos de subjetivación que integran los dispositivos como se puede comprender el grado de efectividad que han tenido unos y otros. El dispositivo es, al mismo tiempo, la garantía del proceso de subjetivación y su instrumento.

A partir de lo anteriormente expuesto, se puede concluir que el dispositivo biopolítico contiene mínimamente algún tipo de interfaz que funge como superficie de articulación entre los saberes (régimenes de veridicción y criterios particulares), las relaciones de poder que configuran prácticas específicas y los cuerpos disponibles. Se proyecta a través de cierta infraestructura particular y

posee reglas internas de funcionamiento que adquieren la característica de tecnología disciplinar. Adicionalmente, se alimenta de diversos aparatos intelectuales para fortalecer y legitimar los discursos que se difunden y diseminan en los mecanismos comunicación que están a su alcance.

En lo relativo al proceso de subjetivación, éste se produce a través de las prácticas específicas que ocurren dentro del dispositivo. Todos los elementos actúan en este proceso. En otras palabras, para lograr la vinculación de dichos elementos se requiere de una poderosa *interfaz* a modo de superficie interactiva. Precisamente, es la digitalización de la interfaz (y cómo ésta altera a sus componentes) la que permite hablar de nuevos mecanismos de subjetivación en el mundo contemporáneo.

Una interfaz digital permite digitalizar también todos los elementos constitutivos del dispositivo; incluso los individuos -cuerpos- adquieren una dimensión virtual que les permite una movilidad e interacción inédita. ¿Qué está ocurriendo con la biopolítica en pleno proceso de digitalización? ¿es posible que el dispositivo foucaltiano pueda entenderse ahora en clave digital? En lo que sigue se pretende observar el surgimiento de un dispositivo digital perfeccionado y global, que conserva la funcionalidad del dispositivo biopolítico convencional pero presenta diversas condiciones potenciales.

3. La digitalización de un dispositivo biopolítico

Las tesis expuestas por Foucault hace casi cuatro décadas sobre la biopolítica y la proliferación de los dispositivos disciplinares están quizás más vigentes que nunca, con una diferencia importante: el mundo se está digitalizando

apresuradamente y con ello ha surgido la posibilidad de utilizar nuevos mecanismos y plataformas para implementar los dispositivos biopolíticos. Foucault vivió en un mundo analógico que apenas empezaba a dar señales de una potencial revolución digital. Por ello su noción de dispositivo no tiene una relación estricta con lo tecnológico digital, sino que adquiere más bien una dimensión de gubernamentalidad de los cuerpos. Sin embargo ¿es posible vincular las características comunes a los dispositivos con los fenómenos que están ocurriendo en la digitalidad? ¿en qué medida las plataformas digitales pueden erigirse como nueva interfaz de un dispositivo biopolítico?

Para responder a estas interrogantes nos enfrentamos a la cuestión problemática de analizar un fenómeno que aún se encuentra en proceso de expansión. Intentar explicar regularidades, describir tendencias o anticipar reacciones es sumamente complejo en estas condiciones. Estas regularidades solo son distinguibles en la longitud del tiempo y la propia inercia de la digitalidad ha re-confeccionado dicha dimensión temporal, la ha comprimido (Harvey, 1991: 240). De esta forma, es todavía más complejo elaborar cualquier tipo de proyección puesto que las divisiones tradicionales en periodos/épocas se han diluido frente a la velocidad de los cambios contemporáneos. Ante esta situación tendríamos que esperar un largo periodo para luego identificar las regularidades; eso sería cauto y sensato. Sin embargo, frente al contexto de aceleración e inmediatez también se puede probar un análisis coyuntural que se corresponda con el vertiginoso ritmo. Es decir, una especie de análisis inmediato que se ajuste al ritmo de las transformaciones sin intentar buscar nexos causales absolutos; un *zoom* del acontecimiento detenido en el tiempo.

3.1 Nuevas fronteras de análisis

En lo que sigue se analiza específicamente la posibilidad de que las plataformas digitales actúen como una interfaz funcional de un nuevo dispositivo, al que se denominará, para fines de esta investigación, *dispositivo biopolítico digital (DBD)*. Para lograr este objetivo es necesario contrastar en qué medida las prácticas digitales reproducen las características y los elementos comunes a los dispositivos biopolíticos. A continuación, se enuncian dichos elementos y se propone su manifestación en las formas contemporáneas.

Las plataformas digitales ocupan la función de la *interfaz* en el *DBD* y constituyen el elemento nuclear más significativo para su consolidación. Estas plataformas representan la arquitectura estructural y la retícula que conecta los diversos agentes que intervienen en la digitalidad. Redes como *Facebook*, *Twitter* o *Instagram* se han convertido en una superficie de articulación y encuentro entre sujetos, discursos y estructuras de poder. Hoy en día, la comunicación y la interacción social se ejerce de manera importante a través de las plataformas digitales. Tan solo de enero de 2018 a enero de 2019, se registró un aumento de 288 millones de usuarios activos en redes sociales a nivel global⁷⁰. Esto representa una tasa del 9% de incremento. Dentro de este universo existen plataformas temáticas (académicas, laborales, sistemas bajo demanda) que también reúnen las tres dimensiones biopolíticas en la dinámica de sus plataformas y producen efectos concretos en el orden social⁷¹.

⁷⁰ *Annual digital growth in Digital 2019: Global internet use accelerates*. Disponible en <https://wearesocial.com/blog/2019/01/digital-2019-global-internet-use-accelerates>

⁷¹ Sobre las condiciones y los efectos de las plataformas colaborativas y bajo demanda en la sociedad, se puede ver el estudio realizado por la asociación española de la economía digital disponible en <https://www.adigital.org/media/plataformas-colaborativas.pdf>

La cuestión fundamental es que la funcionalidad que ejercen las plataformas digitales es similar a la de los dispositivos descritos por Foucault. En ambos espacios se produce una interfaz que conecta saberes, poder y cuerpo. Si en los dispositivos pre-digitales, estas interfaces se verificaban en lugares como la escuela, la fábrica, el hospital o los partidos políticos, en el *DBD* se ejerce a través de las prácticas digitales. Estas plataformas digitales reúnen sujetos (usuarios) de acuerdo a intereses particulares, permiten el compartimento de ideas, propagan discursos y recrean regímenes de veridicción. En ambos casos, los dispositivos contienen constreñimientos específicos, lógicas de poder propias y una fuerza disciplinar eficiente.

Es importante señalar que las distintas plataformas interactúan y se relacionan entre ellas; no son excluyentes ni exclusivas. Por ello es posible encontrar interacciones en *Twitter* sobre -por ejemplo- el consumo bajo demanda de películas y series que se reproducen en la plataforma denominada *Netflix*. De esta forma se generan discusiones, críticas e intervenciones que trascienden la configuración particular de cada red social particular y generan una sola estructura. Es decir, toda red se encuentra vinculada y se coproduce permanentemente, con lo que adquiere un carácter potencial como “*dispositivo de dispositivos*”.

En lo relativo a las *prácticas específicas*, cada dispositivo produce un conjunto de prácticas que incluyen formas de relacionarse socialmente, un lenguaje determinado, una estética concreta, instituciones en las que se soportan y dinámicas en las que se desarrollan. Las prácticas digitales no son la excepción. Han logrado promover un conjunto de prácticas interactivas muy poderosas debido a su característica digital que les permite prescindir de la fisicidad en sus relaciones (Reveley, 2013; Camarero-Cano, 2015; Zafra, 2015). Adicionalmente,

su carácter global promueve prácticas que superan las fronteras de los dispositivos convencionales y las fronteras de los territorios nacionales. La velocidad en que pueden darse las relaciones al interior del *DBD* y la homologación de formas de comunicación que trascienden la lengua nativa de los usuarios, completa la escena en que ocurren estas prácticas. Estos elementos, al mezclarse, producen nuevas sensaciones en los usuarios, nuevas dinámicas, nuevas sensibilidades y nuevas posiciones en relaciones de poder que se muestran sumamente inestables (Sunstein, 2017; Vlavo, 2017; Zeynep, 2018;). En gran medida, estas prácticas interactivas pueden constituir el elemento fundamental de inéditos mecanismos de subjetivación, disciplina y principios dominantes.

El caso de la forma específica de *ordenación de las relaciones de poder* como elemento presente en el dispositivo, quizás sea el más problemático dentro de la digitalidad. Mientras que en los dispositivos pre-digitales es relativamente sencillo distinguir las relaciones de poder, en las prácticas digitales estas relaciones permanecen fragmentadas y no poseen un núcleo o centro de poder único. Son mucho menos predecibles y menos regulares. Se mueven en todas direcciones, cambian de ruta intermitentemente. Las propias características de la interfaz digital y su alcance exponencial, hace que la red tenga una suerte de vida propia. Aunque si bien no existen agentes dominantes únicos en el *DBD*, sí existen agentes más poderosos que producen relaciones de auténtica asimetría⁷². Esta asimetría queda de manifiesto en empresas como *Facebook* o *Google* que tienen la capacidad de influir en la conversación digital a través del

⁷² Ver Cantamutto, L. y Vela Delfa, C. 2016. "El discurso digital como objeto de estudio: de la descripción de interfaces a la definición de propiedades", *Aposta Digital*, 69: 296-323.

diseño de sus plataformas o el manejo del *Big Data*; o de gobiernos e instituciones que pueden acceder a campañas publicitarias por medio de esquemas digitales que diseminen su mensaje de forma más efectiva como lo ocurrido en la elección del 2015 en EEUU con *Cambridge Analítica* (Rawlinson, 2018).

Estos agentes serán mucho más relevantes que el resto de los usuarios, pero eso no asegura que puedan lograr los objetivos que se propongan de manera automática. Por el contrario, muchos de los objetivos con los que se promueven estrategias digitales pueden producir resultados distintos a los pronosticados al ejercerse prácticamente. Es decir, no se asegura aquello que Foucault denominaba los “*finés del poder*” (Foucault, 2007b: 164). Dentro del dispositivo no existe forma infalible de objetivar el poder para alcanzar algunos fines estratégicos preestablecidos. No existe en él algo así como un “*consejo de planeación*” que determine el flujo de las prácticas y el sentido que pueden tomar. Las fuerzas internas son el producto de cambios históricos que gradualmente lograron afectar la composición de los discursos propiciando una “*sensibilidad colectiva*” particular (Foucault, 2009: 32). Los objetivos y las jerarquías de poder pueden variar y alternarse en la contingencia de la digitalidad.

En la característica relativa a los *criterios dominantes reconocibles* se muestra una divergencia sensible en las prácticas digitales con relación a los dispositivos biopolíticos convencionales. La reproducción del régimen de veridicción no ocurre a través de discursos necesariamente coherentes o articulados que sean compartidos ampliamente. Su diseminación ocurre a nivel de criterios específicos que subyacen los distintos discursos. Es decir, en las prácticas digitales puede existir toda la fragmentación posible y, sin embargo, es probable distinguir algunos criterios comunes que constituyen la racionalidad

dominante. Esta es una de las grandes disrupciones en la conversación digital.

Aunque pareciera que la existencia de una multiplicidad de discursos fragmentados carece de toda coherencia e impide la formulación de un *ethos* dominante compartido por un conjunto social, como se indagará posteriormente, persisten una serie de elementos compartidos en (casi) todo discurso⁷³. Estos criterios dominantes se erigen como un estrato superior a la discursividad institucional; un nivel más profundo que determina la articulación discursiva. De esta forma es probable que puedan existir discursos fragmentados que disputen una cuestión específica y, sin embargo, se sustenten en criterios dominantes compartidos. La determinación y distinción de estos criterios constituye la tarea fundamental de los capítulos posteriores de esta investigación.

Por otro lado, el *aparato intelectual* que, como se ha dicho, está conformado por el conjunto de sujetos y estructuras capaces de producir y reproducir los principales discursos dominantes entre la sociedad, ha adquirido una nueva connotación en la digitalidad. Las características propias de la comunicación en las redes virtuales propician una interacción recíproca que va creando conversación pública. Esta novedad en los flujos de información ha reorganizado la naturaleza creativa de los discursos dominantes. Los discursos se han multiplicado, las narrativas se han diversificado y la intervención de los

⁷³ Existen diversos estudios contemporáneos sobre la interiorización de conceptos y valores a través del uso intensivo de las plataformas digitales (Brown, 2015; Hayes, 2014, 2018; Brock, 2018). En apartados posteriores se profundiza en ello.

usuarios en la conversación es permanente⁷⁴. Según *Global Digital 2019 Reports*⁷⁵, el nivel de conversación pública a través de las distintas plataformas digitales está aumentando aceleradamente. Pero lo interesante en este sentido es, como se intentará demostrar, que ello no significa la quiebra o la ruptura de la racionalidad dominante (como pensamiento o sentido común compartido), sino quizás su prevalencia. Es decir, la fragmentación del aparato intelectual no ha interrumpido la función diseminadora de discursos que producía el dispositivo pre-digital, antes bien, la ha garantizado. Cada usuario se convierte en un agente reproductivo y un defensor del orden establecido. Finalmente, aunque siguen existiendo agentes importantes por su capacidad de influencia en la digitalidad, ya no monopolizan el aparato intelectual.

En lo que se refiere a los *mecanismos de diseminación*, las herramientas de las que se vale la interfaz digital para circular información y diseminar contenidos son casi ilimitadas. Como dice Castells “los medios de comunicación no son el cuarto poder, sino que “constituyen el espacio donde se crea el poder” (Castells, 2009). Las plataformas digitales han introducido una variedad de estrategias interactivas que se erigen en verdaderas estructuras de intercambio incapaces de acotar. Sin la necesidad de la corporeidad, mecanismos de participación que suponen un bajo coste y con múltiples contenidos que se encuentran disponibles permanentemente para cualquier usuario, las vías de comunicación que emplea el DBD para materializar su función disciplinar biopolítica se han diversificado. Además, constituyen la primera estructura comunicacional masiva que permite

⁷⁴ Ver: Miller, V. 2017. “Phatic culture and the status quo: Reconsidering the purpose of social media activism”, *Convergence*, 23 (3): 251–269.

⁷⁵ Disponible en <https://wearesocial.com/blog/2019/01/digital-2019-global-internet-use-accelerates>

una interacción en tiempo real entre usuarios.

Solamente en 2018, las redes sociales digitales registraron 3, 196 millones de usuarios activos y el consumo de datos móviles utilizados por cada *Smartphone* aumentó a 2.9 GB promedio mensual⁷⁶. Ninguna red o estructura social anterior había logrado esto con tal efectividad. Si los dispositivos pre-digitales empleaban grandes esfuerzos en garantizar los canales de comunicación más accesibles y masivos para diseminar sus mensajes, en la digitalidad estos mecanismos se dan por descontado propiciando una era inédita en los flujos del poder, los discursos y los cuerpos.

En la era digital, la *tecnología disciplinar* de los cuerpos ha alcanzado un grado de complejidad y eficacia que apenas es posible dimensionar. Se ha roto en gran medida con el carácter legítimo y central de las instituciones representativas o del poder estatal. Las estructuras convencionales de ordenación del poder se han vuelto muy lentas y visibles para el dinamismo de la digitalidad. Las ideologías, las religiones y el Estado moderno son, en cierta medida, tecnologías disciplinares que habían venido perfeccionándose a través del tiempo. Si se observa con detenimiento, cada época -y cada dispositivo- ha intentado producir “*sujetos aptos*” a través de normalizar conductas y marginar o excluir a aquellos que se resisten, por cualquier razón, a participar de los fines establecidos. Esta marginación a lo que resulta “*inútil*” para los propósitos del dispositivo son filtros que forman parte de las estrategias principales para garantizar la disciplina social.

Foucault sostiene que la tecnología disciplinar se ha transformado en el

⁷⁶ Información del “Global Digital 2018” disponible en <https://wearesocial.com/blog/2018/01/global-digital-report-2018>

transcurso del tiempo. En *“Genealogía del racismo”* (Foucault, 1992), señala que las estrategias de marginación han permitido la confección de una sociedad normalizada a partir de la exclusión de los inadaptados (Foucault, 1992: 33). Por ejemplo, entre los siglos XVIII y XX, la eliminación o destierro de los cuerpos fue la manifestación del poder soberano (Foucault, 1992: 205). En esta etapa, el racismo fue utilizado también como estrategia y se acompañó de bases científicas para adquirir la categoría de verdad. A finales del siglo XIX, surgieron una serie de ideas que se conocen como *“racismo científico”* o *“racialismo”*, que promovían la jerarquización racial evolutiva de los seres humanos y se *“basaban en el denominado darwinismo social, ligado al determinismo genético y del cual parte el discurso de la eugenesia racial”* (Siham, 2018).

Luego de la segunda posguerra, el racismo sería sustituido por la exclusión y eliminación por razones económicas. Aquí se sitúa el surgimiento de la tecnología de la gobernanza neoliberal (Foucault, 2007a: 98). Bajo el discurso de la competitividad y el crecimiento, aquel que se rezague adquiere la connotación del *“no apto”* de la especie. No solo es un necio, es un inadaptado del dispositivo. Este criterio de exclusión se extiende a empresas, instituciones nacionales e internacionales o a Estados completos. Los discursos y las prácticas de la racionalidad contemporánea desarrollan ciertos criterios de crecimiento económico, competitividad y eficiencia, entre otros, que propugnan un modelo normativo de comportamiento institucional. Las prácticas digitales no han liberado a los cuerpos de estos criterios de exclusión e integración, antes bien los han profundizado generando una nueva dimensión en la tecnología disciplinar.

La innovación en los *mecanismos de subjetivación* de las plataformas digitales en relación a los dispositivos que lo antecedieron es rupturista. La capacidad de

producir sujetos *aptos* para el sistema es una condición fundamental en los *DBD* y las estrategias concretas para lograrlo nos muestran su efectividad histórica. El perfeccionamiento de la biopolítica y la incorporación de una especie de *Psicopolítica* se han convertido en su signo. La *Psicopolítica* constituye, según Byung Chul-Han, una técnica de dominación vinculada al neoliberalismo que supera la dimensión *Biopolítica* y por tanto, explica mejor la tecnología disciplinar actual. Este autor sostiene que mientras la biopolítica se agota en la disciplina de los cuerpos, la *Psicopolítica* representa la conquista del alma; de sus deseos y aspiraciones de una forma sutil, flexible, inteligente que escapa a toda visibilidad (Han, 2016: 28).

Lo problemático de la visión de Chul-Han es que justifica la ventaja conceptual de la *Psicopolítica* en la premisa falsa de que el dominio de los cuerpos es distinto al dominio de la psique. Si se atiende esta falacia, se concluiría que la subjetivación de los cuerpos en la tesis biopolítica de Foucault ocurre sin ninguna intervención psicológica. Esto no sólo es erróneo, sino que representa un absurdo. La tecnología disciplinar que proyecta Foucault se ocupa de cada espacio de la vida para organizarla; opera a nivel institucional, estructural, relacional e individual. El concepto de subjetivación es solo comprensible como una intervención activa y permanente en la psique del sujeto. De ahí que la *Psicopolítica* no sea un campo excluyente sino una condición propia de la biopolítica.

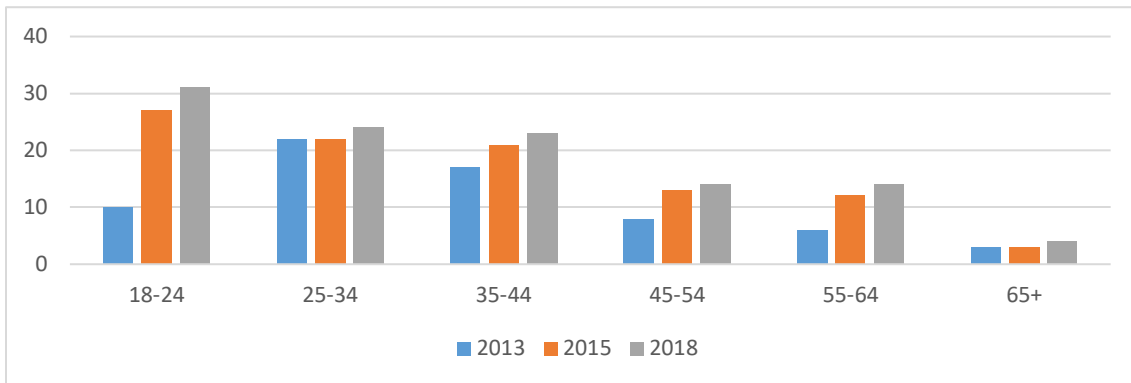
Las prácticas digitales han inaugurado un complejo entramado de mecanismos de subjetivación. En la *Tercera Parte* de esta tesis se ha desarrollado a profundidad las circunstancias en que ocurren estos nuevos procesos, pero vale la pena resaltar algunos de sus rasgos. El aumento progresivo en las prácticas digitales está produciendo múltiples efectos dentro y fuera de la vida *online*. La

gestión de los asuntos más cotidianas de la vida -la compra de un producto, la selección de una película, un viaje, un trámite administrativo, el reporte de calificaciones de los niños- está ahora atravesada por el impacto digital. Lo mismo ocurre con el trabajo, la educación, la búsqueda de información o la consulta para seleccionar el próximo restaurant para cenar. Incluso los impulsos afectivos y los sentimientos más privados constituyen mercancías que discurren por la vía digital.

Para encontrar una pareja y para el amor, también existen redes sociales digitalizadas. *Tinder* (2012) se ha convertido en la principal plataforma virtual para encontrar pareja disponible en 196 países y en más de 40 idiomas distintos⁷⁷. Es decir, las plataformas digitales se están convirtiendo en una herramienta para gestionar y organizar la vida, los intereses y los propios deseos de los usuarios. Como *DBD*, va reorganizando y reconstruyendo la identidad del usuario impactando en su propio sistema de creencias y valores que son absorbidos y reconfigurados en el ámbito de lo más íntimo (Serrano, 2016: 51). Los sujetos van interiorizando nuevos códigos para interpretar el mundo. No importa que tan diversos sean los discursos o que tan variados los contenidos disponibles en las plataformas digitales, las prácticas digitales poseen constreñimientos que limitan y producen sujetos que comparten un común denominador basado en criterios subyacentes.

⁷⁷ Ver: Goyeneche, M. 2018. "La Revolución del Amor: qué hay detrás de Tinder", *Revista digital Medium*, Disponible en: <https://medium.com/@miguegoeyeneche/la-revolución-del-amor-qué-hay-detrás-de-tinder-4c3f588be5a4> [consulta: 18 de junio de 2018].

Gráfico 29. Adultos por edad que han utilizado al menos una página de citas online en EE. UU: (2005-2018)



Fuente: Elaboración propia con datos de “Online Dating on 2015” de Pew Research <http://www.pewinternet.org/2016/02/11/15-percent-of-american-adults-have-used-online-dating-sites-or-mobile-dating-apps/> y Online Dating Statistics 2018 de datingnews.com <https://www.datingnews.com/industry-trends/online-dating-statistics-what-they-mean-for-future/>

Sus mecanismos son discretos, casi imperceptibles: un conjunto de estímulos que muestran lo deseable y lo indeseable. Desarrollan en el sujeto una sensación de libertad, de capacidad selectiva, y al mismo tiempo, recaban la información producida por cada usuario para perfilarlo (Monleón-Getino, 2015). El volumen de datos (*Big Data*, *tráfico de IP*) que se mueve por la red ha incrementado de 20,151 petabytes en 2010 a 122,400 en 2017⁷⁸, lo que significa que cada vez existe más información disponible y susceptible de emplearse para conocer mejor a los usuarios. La innovación de estos mecanismos radica en la capacidad que tienen de aprender continuamente a través del desarrollo de la *inteligencia artificial* (Harari, 2018: 38). Su perfeccionamiento ocurre en automático.

Para concluir este apartado se muestra una matriz que consigna resumidamente cuáles son los elementos mínimos del dispositivo biopolítico y cómo se

⁷⁸ Fuente: Statista. Disponible en: <https://es.statista.com/estadisticas/677828/trafico-ip-mensual-a-nivel-mundial/>

manifiestan en el *DBD*, haciendo notar la relevancia de sus innovaciones y potencialidad. En virtud de la dinámica de transformación de la digitalidad, los elementos que se detallan no son los únicos con que cuentan y siempre son susceptibles de transformarse. Por lo que lo aquí mencionado sirve como ejemplificación sin ser excluyente.

Matriz 1. Sobre los elementos integrales e innovadores del *dispositivo biopolítico digital*

Elemento 1. Interfaz	
Dispositivo digital	Utilizan la virtualidad y se desarrollan a partir de plataformas digitales.
Innovación	No se requiere la fisicidad de los cuerpos y tienen un carácter integrador del resto de <i>Dispositivos</i> . Permiten intercambios de contenidos en tiempo real y sin restricciones globales. Potencian una diseminación discursiva inédita. Promueven la interacción social permanente y a bajo coste con capacidad de individualización y sin un control central efectivo.
Elemento 2. Prácticas específicas	
Dispositivo digital	Genera prácticas de interacción digital y promueve la comunicación, el intercambio y la gestión a través de plataformas virtuales.
Innovación	Intensificación de la interacción social, accesibilidad a contenidos con bajo costo y utiliza un lenguaje simplificado y global.
Elemento 3. Ordenación de relaciones de poder	
Dispositivo digital	No existe una sola entidad o agente en la cima jerárquica.
Innovación	Son estructuras descentradas, fragmentadas, de intervención múltiple y con relaciones de poder más contingentes (Se mantiene la característica de asimetría en las relaciones con grupos y agentes de mayor influencia)
Elemento 4. Criterios compartidos	
Dispositivo digital	Discursos diversos y fragmentarios con ciertos criterios compartidos.

Innovación	Fragmentación de los discursos institucionales, emplean la diversidad como virtud. Se aumenta el número de posiciones de sujetos. No imponen criterios normativos estrictos.
-------------------	--

Elemento 5. Aparato intelectual

Dispositivo digital	Cualquier perfil digital dominante (por número de seguidores o tráfico de contenido) (agencias, empresas, instituciones, noticieros, influencers, etc.)
Innovación	No se limita a profesionales, intelectuales o autoridades públicas y cualquier usuario tiene la potencialidad de ser productor y reproductor de discursos. Evidentemente existen grupos de interés y empresas especializadas en la dirección de la opinión pública, principalmente quienes acceden al Big Data.

Elemento 6. Mecanismos de diseminación

Dispositivo digital	Cualquier Red Social o plataforma digital. (además de los convencionales)
Innovación	Interactividad y digitalización potencial de todo contenido (imágenes, audios, discursos) para desplazarse por las plataformas digitales. No hay intermediación institucional (salvo la plataforma) y se reproducen en cualquier momento y trascienden cualquier limitación espacio-temporal. Se diversifican y multiplican las vías comunicacionales.

Elemento 7. Tecnologías disciplinares

Dispositivo digital	Cualquier plataforma digital, sistema bajo demanda, App.
Innovación	Están presentes en casi cualquier espacio de la vida y se han convertido en instrumento de gestión de las dinámicas más cotidianas. Funcionan en el ámbito de lo público, de las relaciones sociales y de la vida privada. Se erigen como mediadores entre los sujetos y el mundo y tienen capacidad de aprender –inteligencia artificial, algoritmos- y mejorarse automáticamente.

Elemento 8. Mecanismos de subjetivación

Dispositivo digital	Biopolítica y Psicopolítica
Innovación	Se ejercen a través de la creación de modelos aspiracionales y aceptables para los sujetos. No es prohibitiva ni reactiva sino productiva y proactiva. No solo actúa sobre la disciplina de los cuerpos (bio) sino también de sus deseos y aspiraciones (psique). Funciona a partir de la diversidad y la libertad del sujeto y posee criterios, principios y dinámicas comunes a los usuarios.

Fuente: Elaboración propia

3.2 Un dispositivo perfeccionado y global

A partir de lo expuesto hasta aquí se plantea la hipótesis de que las plataformas digitales se están erigiendo en una suerte de interfaz de un nuevo *DBD* que permite y potencia sus capacidades biopolíticas. Para ello se han relacionado los elementos comunes observables de los dispositivos biopolíticos pre-digitales con algunas funciones análogas distinguibles en las prácticas digitales. Evidentemente, las redes sociales digitales fueron concebidas con objetivos muy distintos y diversos a la subjetivación del usuario. Como se planteó en la *Segunda Parte*, la evolución e intensificación de la era digital fue modelando el surgimiento de estas plataformas cuyos intereses atendían a fines concretos. Sólo a través del paso del tiempo es posible observar la dimensión performativa, el carácter disciplinar y los procesos de subjetivación que han desarrollado como resultado de las prácticas de interacción digital. Sin descartar con ello cierta intencionalidad en su diseño de acuerdo a los objetivos planteados por las empresas e intereses privados que están detrás.

Estas plataformas no sólo replican las funciones de los dispositivos convencionales, sino que las potencian de una forma inédita y, quizás, mucho menos controlable. Es en este sentido que nos encontramos con una suerte de dispositivo perfeccionado y global que está surgiendo como un gran contenedor-articulador del resto de dispositivos; que se reconfigura a partir de sus propias prácticas y que produce consecuencias en la estructura social que no están plenamente determinadas de antemano.

No es posible comprender el impacto de las plataformas digitales en el mundo contemporáneo sin dimensionar la trascendencia que estas tecnologías tienen en casi todo espacio de la vida cotidiana. Desde las dinámicas en que ocurren

las relaciones sociales, los flujos de información, los estilos y formas de consumo, el tipo de economía y su financiarización, la división del trabajo y sus nuevas características e incluso los criterios principales que hoy dominan la verdad científica y el comportamiento humano, se encuentran *atravesados* por la digitalidad como espacio articulador. Y dentro de la digitalidad, las plataformas interactivas -en sus muy diversas manifestaciones- dominan esta nueva superficie de encuentro. Estas plataformas tienen la potencialidad de integrar distintos dispositivos biopolíticos que anteriormente se circunscribían al mundo analógico. La medicina, la educación, la gobernanza, el trabajo, el cine, la música, la cultura: prácticamente todo sistema e institución es susceptible a incorporarse a las dinámicas digitales. Y lo están haciendo.

Para reflexionar sobre la potencialidad y el impacto de las prácticas digitales a corto y mediano plazo, es necesario distinguir cuales son aquellos elementos disponibles en el *DBD* que lo diferencian de sus antecedentes. Es decir, cómo y en qué medida estos rasgos inéditos le otorgan su eficiencia como dispositivo disciplinar y lo convierten en una estructura global e integradora. Entre los rasgos potenciales de las plataformas digitales se encuentra: 1) la transversalidad; 2) la reconfiguración discursiva; 3) la virtualidad, 4) la globalidad; 5) la diseminación; 6) la inestabilidad; 7) la libertad digital y 8) su productividad. A continuación, se plantea cómo se producen y se manifiestan estos elementos en el dispositivo digital.

En primer término, es necesario hacer notar el carácter transversal de las prácticas digitales que las proyecta como un verdadero “*dispositivo de dispositivos*” organizado a partir de la lógica de la racionalidad dominante de la sociedad contemporánea. Son en sí mismas estructuras multitemáticas e integradoras. Los diversos discursos, poderes y sujetos que intervienen, se

entrelazan y generan prácticas concurrentes a través de una misma superficie. A diferencia de los dispositivos institucionales que estudia Michel Foucault, el *DBD* no tiene una funcionalidad específica que se encuentre limitada por un campo científico concreto. Este funciona como una amplia red transversal que sirve de superficie para el resto de dispositivos. No constituye ni circunscribe un dominio institucional excluyente, sino que, por el contrario, es una plataforma abierta e integradora.

Foucault ya señalaba que los dispositivos se superponen, se mezclan y se complementan. Para ejemplificar esta situación se puede pensar en el “*dispositivo educación*”: su función principal es ordenar los saberes y dotarlos del valor de verdad científica, sistematizarlos y reproducirlos en los cuerpos susceptibles a ello (marginando y excluyendo otras formas de saber que disientan). Esto no representa un impedimento para relacionarse en cualquier momento con otros dispositivos más específicos dentro de las denominadas ciencias, como puede ser la medicina, la biología o la economía. Además, cada cuerpo participa de distintos dispositivos en su vida diaria. Cada uno de ellos posee su propio discurso y se interrelacionan permanentemente.

Sin embargo, la diferencia fundamental del *DBD* es su carácter integrador que le otorga dos rasgos especiales: 1) no puede segmentarse en campos específicos de conocimiento y 2) tiene la capacidad de albergar a cualquier otro dispositivo particular. Al conectar diversos dispositivos, impacta directamente en la configuración y organización de los sistemas de creencias, en las formas disponibles de mundo-vida⁷⁹. Es decir, no estamos ante una simple herramienta

⁷⁹ Para algunos estudios al respecto ver: Chukwuere, Joshua & Chukwuere, Precious. (2017). The impact of social media on social lifestyle: A case study of university female students. *Gender and Behaviour*. 15. 9966 – 9981. También de Akram, Waseem. (2018).

pretendidamente neutral para ejercer la comunicación que deja intactos los viejos conceptos y las ideologías: los reconfigura al ponerlos en relación. De esta forma se erosionan las fronteras que separaban la funcionalidad particular de un dispositivo a otro.

Muy relacionado a lo anterior se encuentra otro elemento distinguible: la capacidad de reconfiguración de los discursos que lo atraviesan. Esto implica que, en la integración que logra como superficie transversal, no sólo suma a otros dispositivos, sino que los “*filtra*” y los convierte en algo distinto. Lo que entra en la digitalidad para diseminarse no permanece estable. En este sentido, no son sólo una superficie de articulación de otros dispositivos estructurados de manera convencional que hoy ven en la digitalidad cierta posibilidad de expandirse y perfeccionarse de manera potencial. Esto puede ser cierto parcialmente, pero lo que se quisiera plantear es que a través de los procesos de articulación que suceden dentro de las prácticas digitales, es posible que los discursos y sus prácticas se transformen, modificando de esta manera la naturaleza y el alcance de los dispositivos que la atraviesan.

Otro elemento distintivo del *DBD* es su *carácter global* y la imposibilidad de limitarlo territorialmente. En cierta medida, el proceso globalizador ya había anticipado ciertas dinámicas disruptivas como consecuencia de la superación de los límites nacionales tradicionales. En la segunda mitad del siglo XX, instituciones como la OMS, el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional, habían puesto en cuestión las fronteras territoriales e institucionales de los dispositivos. Pero las posibilidades disponibles en la

digitalidad son radicalmente distintas; no se trata solo de la globalidad con que se ejerce, sino la capacidad de integrar, impactar y diseminar el poder, sus prácticas y sus discursos. Como sostiene A. Berten, el dispositivo es un “*productor de saber*” (Berten, 1999: 35) y no un mero contenedor de discursos o un simple depósito de saberes. Su poder radica en su ejercicio creativo.

Para ilustrar la capacidad de reconfiguración discursiva y del carácter global del DBD imaginemos por ejemplo la *Medicina* como institución: la producción de subjetividad siempre ha estado vinculada estrechamente al alcance material del dispositivo y a la diseminación de sus discursos de saber. Por ejemplo, durante la Europa del siglo XVIII, cuando se generaba un nuevo descubrimiento médico, su alcance era relativamente limitado⁸⁰. Debía primero probarse en un entorno definido, publicarse en los medios a su alcance y distribuirse. Se llevaban a cabo seminarios, publicaciones o coloquios que alcanzaban a un reducido número de personas interesadas. Los médicos y científicos que promovían dicho descubrimiento debían trasladarse a nuevas latitudes y vencer la resistencia de la desconfianza para introducir la nueva idea. Era un proceso lento de diseminación.

¿Qué ha pasado desde entonces y cómo ha afectado en ello la digitalidad? Hoy en las plataformas digitales, médicos y profesionales están conectados de manera permanente y global. Plataformas como *Sermo* (2005) *OnSalus* (2008) o *Lumedhealth*, existen como espacio de consultas médicas digitales, información de diagnósticos especializados, consejos o experiencias sobre enfermedades provenientes de personas -profesionales o no- que se encuentran en cualquier

⁸⁰ Ver al respecto: “*La transformación de la medicina*” (1999) de Ruy Pérez Tamayo publicado en Letras Libres, disponible en <https://www.letraslibres.com/mexico/ciencia-y-tecnologia/la-transformacion-la-medicina>

parte del mundo. Esto no significa que la sociedad pueda prescindir ahora de los médicos pero su legitimidad, antes casi incuestionable, es objeto de múltiples críticas y de una infinidad de opiniones alternativas en el espectro actual. Adicionalmente, las escuelas formadoras de médicos se han diversificado gracias a las nuevas tecnologías educativas que han abaratado costes y facilitado los procesos de capacitación⁸¹. De la misma forma, la digitalidad ha puesto en contacto el intercambio de conocimiento en la materia, propiciando avances significativos en los cuidados y atención a la salud. Todo esto produce nuevas prácticas, nuevas dinámicas que han alterado el “*dispositivo Medicina*” en su forma convencional. Al entrar en la digitalidad, los dispositivos se han transformado pues son atravesados por una cantidad incommensurable de elementos que los impactan. Y así como la medicina, todo dispositivo que se integra la digitalidad es filtrado por sus circunstancias.

Otro elemento potencial del DBD es su *carácter virtual*, esto es su capacidad para prescindir de la fisicidad y garantizar sus estrategias disciplinares. Los cuerpos no necesitan asistir físicamente o desplazarse hasta el alcance del dispositivo; el dispositivo crea un espectro digital y los integra plenamente. En los dispositivos pre-digitales era absolutamente necesario el desplazamiento de los cuerpos y los mecanismos de diseminación discursiva (el alumno se producía asistiendo a una escuela, el obrero en la fábrica y el cristiano en las iglesias, por ejemplo). Esto es así porque la diseminación de los discursos había estado supeditada a la experiencia humana y a su necesaria fisicidad. Con la llegada de los medios de comunicación de masas se inauguró un periodo en donde los discursos

⁸¹ Heinze, M., Olmedo, G., Canchola, V. H. y Andoney, J. V. 2017. “Uso de las tecnologías de la información y comunicación (TIC) en las residencias médicas en México”, *Acta médica Grupo Ángeles*, 15(2): 150-153.

adquirieron una mayor movilidad e impacto. Sin embargo, eran esquemas de comunicación unidireccional que no permitían la interacción. Estas dinámicas comunicativas, las barreras lingüísticas, las diferencias culturales o la simple distancia física, imponían restricciones a la diseminación discursiva y, por tanto, al alcance material de los dispositivos tradicionales. La interactividad presente en la digitalidad, su accesibilidad permanente, la intensificación de su uso y el bajo coste que supone la participación del usuario, entre otras cosas, están permitiendo superar aquellas viejas limitaciones.

Otra de sus cualidades estriba en el carácter dinámico, contingente e inestable que manifiesta con respecto a los procesos de los dispositivos pre-digitales. Las prácticas que ocurren en su interior han adquirido la aceleración y contingencia que le es propia a la digitalidad. Esto no significa que dichas prácticas sean caprichosas o fortuitas; por el contrario, se encuentran relativamente limitadas por los discursos dominantes, se interrelacionan y mantienen cierta coherencia. Pero son mucho menos consistentes y estables en el tiempo que sus antecedentes. Para observar mejor esta cualidad hay que atender a eso que Deleuze (1990) denominaba líneas de fuerza, de sedimentación y de fractura.

En cierto sentido, todo dispositivo posee una relativa estabilidad constituida por sus líneas de sedimentación: ese conjunto de regularidades distinguibles que conforman las prácticas más cotidianas y reconocidas por los sujetos. Estas líneas de sedimentación se sostienen en una tensión permanente con las fuerzas que actúan en su interior. Estas fuerzas permanentes que empujan e impactan la cotidianeidad pueden entenderse como relaciones de poder. Deleuze las denomina líneas de fuerza y son las responsables de fijar momentáneamente el sentido del dispositivo. Finalmente, existen otro tipo de dinámicas que trastocan la estabilidad y reconfiguran las líneas de sedimentación: las líneas de fractura.

Si bien es cierto que en los dispositivos pre-digitales estos tres elementos interactúan contingentemente, en el *DBD* esta interacción se ha intensificado produciendo constantes transformaciones. Diversos estudios⁸² han demostrado cómo las prácticas digitales afectan al aumento de la conversación pública y con ello, la agenda de temas que son relevantes en un momento determinado. Las prácticas se han acelerado, las líneas de estabilidad son mucho más efímeras, las de fuerza mucho más fragmentarias y las de fractura mucho más intempestivas.

Para contrastar estos elementos en la praxis, visualicemos estas tres líneas en el *dispositivo Hospital*, pero situándolo en su realidad pre-digital. Entre los siglos XVI y XIX, este dispositivo mostraba líneas de regularidad constantes puesto que sus prácticas y discursos se modificaban sólo a través de largos periodos de tiempo (Rosen, 1963). Las líneas de fuerza estaban circunscritas a un reducido aparato intelectual que producía y reproducía algunos avances científicos. La verdad reconocible se estabilizaba con mayor regularidad y las líneas de fractura aparecían con poca frecuencia. Con el arribo de los *mass media* y posteriormente con la intensificación de la digitalidad, el *Hospital* y su verdad científica evolucionan a un ritmo sin precedentes. Las líneas de sedimentación se vuelven muy irregulares ante la intervención de múltiples líneas de fuerza que entran en constante tensión (industria farmacéutica global, sanidad privada, descubrimientos médicos, nuevos tratamientos, plataformas virtuales que brindan consultoría gratuita, etc.). Las líneas de fractura aparecen frecuentemente y no sólo a través de avances médicos, sino a través de nuevas prácticas hospitalarias, de la diversificación de la oferta de medicamentos e

⁸² Ver al respecto “*How the news media activate public expression and influence national agendas*” en la *Science Journal articles*. Vol. 358, pp. 776-780. Disponible en <https://science.sciencemag.org/content/358/6364/776.abstract>

incluso de movimientos que cuestionan la legitimidad científica del dispositivo como la tendencia “*antivacunas*”⁸³. Así, los elementos que constituyen el *dispositivo Hospital* están en permanente modificación y sus trayectorias son intempestivas.

Como queda de manifiesto, los discursos en lo digital son mucho más variables. Las fuerzas que producen las fracturas son poderosas pero efímeras. Es decir, surgen con una fuerza brutal -tendencias, hashtags, imágenes, movilizaciones- y pueden alcanzar una visibilidad global en muy poco tiempo y determinar la agenda mediática. Piénsese lo siguiente como ejemplo: el 23 de junio del 2018, doce niños de la provincia Chiang Rai en Tailandia y su entrenador de Fútbol quedaron atrapados dentro de las cuevas de *Tham Luang Nang Non* cuando las lluvias causaron una inundación bloqueando la ruta de salida⁸⁴. De inmediato, la noticia inundó cada plataforma digital con información, imágenes y videos de la operación de rescate en tiempo real. Durante las dos semanas que tardaron en ser rescatados, esta noticia recorrió prácticamente cada rincón del planeta a través de la digitalidad. Fue uno de los *trending topics* más destacados en *Twitter* durante 2018⁸⁵ y en *Facebook* se convirtió en uno de los contenidos más compartidos.

Si bien los medios de comunicación convencionales cubrieron la noticia, el formato de difusión que la potenció en gran medida fueron las plataformas virtuales. Hace apenas 20 años hubiera sido prácticamente imposible que unos niños atrapados en una cueva se hubieran convertido en el fenómeno de

⁸³ Ver: López Santamaría, M. A. 2015. “Los movimientos antivacunación y su presencia en internet”, *Ene Revista de enfermería*, 9 (3).

⁸⁴ Sobre esta situación: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-44832488>.

⁸⁵ Información disponible en <https://www.fhios.es/trending-topics-de-twitter-mas-destacados-2018/>

atención mundial para personas que viven a miles de kilómetros de Tailandia. Una vez concluido el rescate, la atención internacional olvidó el asunto. Pero en la era digital, este contenido sigue vivo; disponible para cualquiera que pretenda recuperarlo. Al alcance de un *click*. Esta doble condición de lo efímero (desde el punto de vista de la atención mediática) y lo eterno (como contenido siempre recuperable) le otorga otro ritmo al paso del tiempo y su historicidad.

Es por ello que los acontecimientos suelen ser más dinámicos y la presente caduca más rápido que nunca. La agenda digital irrumpe intempestivamente pero también muere con la misma velocidad. Si miramos con detenimiento el cómo se producen estas fracturas múltiples y constantes, veremos que no hay grandes colapsos de fondo, sino más bien de sus formas. Al final de las batallas digitales, cambian algunas posiciones y elementos de las instituciones o de las estructuras sociales, pero se conservan en lo esencial. Todo cambia para que nada cambie. En otras palabras, la vorágine de las dinámicas de fractura y las fuerzas que las provocan son exponenciales pero superficiales: transforman aquello que puede ser observable. De esto nos ocuparemos posteriormente.

La *sensación de libertad* constituye otro elemento fundamental que reviste al DBD de un aura liberadora. Pero este tipo de libertad, como ya se ha dicho anteriormente, encierra una paradoja conflictiva. Las plataformas digitales son estructuras plenamente constreñidas y mucho más supervisadas que cualquier otro dispositivo anterior. Lo que algunos llaman el “*panóptico digital*” (Han, 2014: 21) puede dimensionarse como la quintaesencia del control biopolítico. Cada movimiento voluntario del usuario en la digitalidad se convierte en un dato susceptible de convertirse en mercancía para fines diversos. La idea de la protección de datos resulta anacrónica y su volumen (*Big Data*) se convierte en “*un instrumento psicopolítico muy eficiente que permite adquirir un conocimiento*

integral de la dinámica inherente a la sociedad de la comunicación” (Han, 2016: 25).

En realidad, todo dispositivo está fundado en una tensión paradójica entre libertad y control. La tesis biopolítica de Foucault se sustenta en gran medida en la capacidad de percibir al propio dispositivo disciplinar como una entidad liberadora que respeta la individualidad, promueve la capacidad de selección (libre albedrío cristiano) e incluso gestiona mejor la diversidad. Sin embargo, cada libertad que se gestiona, para preservarse, requiere ser garantizada a través de un conjunto de reglas e intervenciones sobre los cuerpos (Foucault, 2007a: 87-88). En ello reside la paradoja, a mayor diversidad y respeto de la individualidad, mayor intervención disciplinar del dispositivo. De esta manera, las prácticas digitales producen escenarios más controlados y restrictivos en lo correspondiente a una libertad material. Existen más zonas tuteladas por el dispositivo. Lo que hay que distinguir es el impresionante grado de eficiencia del *DBD*, no solamente por el alto nivel de colaboración social para su funcionamiento, sino por la apariencia de máxima libertad que proyecta.

Lo anterior permite desarrollar el *carácter productivo permanente* del dispositivo. Es decir, si todo dispositivo está orientado al cumplimiento de un objetivo o de una serie de objetivos particulares, en los *DBD* esta dimensión productiva es potencialmente más amplia y compleja. La digitalidad inaugura plataformas en donde permanentemente se está produciendo información, datos y contenidos digitales (Erevelles et al. 2016). Pero esta capacidad productiva no proviene exclusivamente de un aparato intelectual o de ciertas estructuras encargadas de generar los flujos de información. En la digitalidad, cada usuario es un agente productor a través de su simple interacción.

Cada *like*, cada búsqueda, cada compra en línea, cada canción que escucha o

cada película que ve en las plataformas virtuales, es susceptible de convertirse en datos para comercializar. En esta dinámica, la producción es total e incesante, el volumen de datos incuantificable y su trayectoria incontenible. Puede darse el caso de que las prácticas digitales hagan inteligibles aquellos deseos de los que no se es consciente de forma expresa (Han, 2016: 95).

Las plataformas digitales se erigen como una especie de organismos vivos más que como estructuras fijas. Tienen una inercia propia. Son los datos que producimos y el diseño estructural de los algoritmos digitales los que han permitido la *personalización de los mecanismos de subjetivación digital* como proceso inédito en la historia. Los dispositivos convencionales (pre-digitales) se producen colectivamente, requieren de procesos sociales y relacionales para diseminar sus discursos. Su dimensión disciplinar se obtiene de marcos normativos que se erigen como modelos para actuar en función de lo que se considera como deseable dentro de una comunidad. Las prácticas digitales operan a otro nivel; han accedido a la capacidad de conocernos mejor que nosotros mismos (Harari, 2018: 74-75); descubrir nuestros deseos más profundos y actuar sobre ellos. Esto se logra a través del procesamiento de los datos que genera cada usuario. Con esta información, los algoritmos elaboran perfiles y comienzan a particularizar la experiencia virtual del sujeto.

Cada sujeto-usuario se relaciona a través de prácticas interactivas digitales que se reproducen incesantemente. Estas prácticas están constreñidas por la configuración estructural de la plataforma. Van entonces “*empujando*” al usuario para comportarse de acuerdo a los cánones establecidos; generando lo que Thaler y Sunstein (2009) denominan *nudge* (estímulos). Poseen criterios y principios que se replican en cada espacio de la digitalidad, pero no imponen sus condiciones abiertamente sobre los usuarios, sino que envían mensajes y

contenidos personalizados de acuerdo a cada perfil de tal forma que se corresponda con sus preferencias. De cierta manera, cada usuario va construyendo su propia *camisa de fuerza* a partir de sus interacciones; produce su propia identidad -en razón del catálogo disponible- de forma gradual, progresiva e imperceptible.

A diferencia de los dispositivos pre-digitales, el proceso de subjetivación ya no opera mediante estructuras fijas que proyectan modelos únicos normativos. Los DBD personalizan los mecanismos de subjetivación, los producen en experiencias individuales que no requieren ni siquiera de relaciones humanas *offline*. Los revisten de diversidad genuina en donde cada persona es libre de elegir su destino. Es por ello que las prácticas digitales otorgan al sujeto la capacidad de reconocerse a sí mismo y a su exterioridad a través de los elementos que modelan sus procesos más íntimos.

Las prácticas digitales, además, operan además sin las restricciones convencionales de los límites estatales. Aún no existe regulación efectiva que pueda delimitar su campo de acción a menos que las prohíban completamente⁸⁶. Sin embargo, el costo político y social de estas prohibiciones resulta muy significativo y aparenta ser un atentado a la libertad individual. De esta forma, las prácticas digitales muestran una tendencia progresiva en cuanto a su expansión global. Cada vez van ocupando más volumen e integrando a más usuarios. Esta situación garantiza la diseminación de los discursos que contiene de una manera más ágil y asertiva.

⁸⁶ En China están censurados por la autoridad 11 de las más importantes redes sociales digitales. Ver en: <https://expansion.mx/economia/2017/03/17/11-medios-y-redes-sociales-que-no-encontraras-en-china>

En la siguiente matriz se muestran aquellos elementos que diferencian a los DBD de sus antecedentes institucionales. Se intenta mostrar aquellas condiciones inéditas que ocurren dentro de las prácticas digitales y que potencian la capacidad de producir efectos sobre los cuerpos, los discursos y las fuerzas que intervienen en sus relaciones. Algunas de estas condiciones pueden observarse en distintos dispositivos pre-digitales pero sin el alcance y la eficiencia potencial que han adquirido.

Matriz 2. Condiciones potenciales del *dispositivo biopolítico digital*: innovaciones con respecto a los dispositivos pre-digitales

<i>Condiciones potenciales</i>	<i>Características destacables</i>
<i>Carácter transversal</i>	<ul style="list-style-type: none"> • Estructura multitemática. • Capacidad e integrar al resto de dispositivos biopolíticos. • Red transversal de interacción institucional.
<i>Reconfiguración discursiva</i>	<ul style="list-style-type: none"> • Cada discurso, narrativa o contenido que lo “atraviesa” puede ser potencialmente reconfigurado. • Funge como un filtro en donde las prácticas interactivas digitales de los usuarios modifican la esencia de los discursos.
<i>Carácter global</i>	<ul style="list-style-type: none"> • Inaugura nuevas fronteras de actuación. • No se limita a territorios determinados. • Es difícil de regular su alcance.
<i>Carácter virtual</i>	<ul style="list-style-type: none"> • No requiere la presencia física de los cuerpos (sujetos-usuarios). • Le otorga a cada usuario una dimensión virtual de actuación. • Todo contenido es digitalizado y adquiere el mismo carácter virtual. • Fractura la dimensión espacio-tiempo. • Reduce el coste de participación e interacción. • Funciona permanentemente.
<i>Capacidad de diseminación de contenidos</i>	<ul style="list-style-type: none"> • Facilita la circulación y producción de discursos de una manera inédita. • Adquiere y reproduce múltiples formatos de contenidos. • Todo contenido está potencialmente dispuesto para interactuar con él. • Integra formas de comunicación que no se limitan a lenguas o idiomas regionales.

<i>Carácter dinámico, contingente e inestable</i>	<ul style="list-style-type: none"> • Las prácticas digitales permiten diseminar dichos contenidos a través de toda la estructura digital. • Las prácticas de interacción digital se han multiplicado y se han acelerado. • Las relaciones sociales y de poder carecen de estabilidad en el tiempo (hasta cierto nivel). • Se modifican permanentemente las posiciones de los agentes dentro de la digitalidad. • Los discursos se fragmentan y se transforman con mayor frecuencia.
<i>Sensación de mayor libertad y selección</i>	<ul style="list-style-type: none"> • Las plataformas digitales son espacios aparentemente abiertos y potencialmente libres. • El usuario tiene una inédita capacidad de selección de contenidos e información. • Gestionan una gran cantidad de actividades que anteriormente le significaban tiempo gastado al usuario. • Los constreñimientos y la configuración de algoritmos ocurren a un nivel casi imperceptible.
<i>Carácter productivo permanente</i>	<ul style="list-style-type: none"> • Cada práctica, cada contenido y cada intervención que ocurre dentro de la digitalidad tiene una dimensión productiva. • No exclusivamente por la generación de información convertida en <i>Big Data</i>, sino porque prácticamente toda interacción produce alteraciones y modifica directa o indirectamente su entorno.
<i>Personalización de mecanismos de subjetivación</i>	<ul style="list-style-type: none"> • La intervención biopolítica y psicopolítica ocurre a un nivel personal. • La configuración de los algoritmos y el procesamiento de datos permite una actuación individualizada. • Se particularizan los mensajes, los contenidos y los contextos virtuales que se le presentan a cada usuario. • Su experiencia es personal y esto aumenta la efectividad de los mecanismos de subjetivación.

Fuente: Elaboración propia

Esta es sólo una muestra de los rasgos distintivos del *DBD* con respecto a sus antecedentes analógicos. Evidentemente existen muchos otros fenómenos que intervienen en estos procesos y los van determinando. Sin embargo, se ha intentado resaltar las características principales que lo proyectan como un dispositivo perfeccionado y global, de tal manera que sea posible distinguir su funcionalidad biopolítica en el escenario digital. De estas reflexiones surgen algunas preguntas: ¿en qué sentido afecta el *DBD* a la racionalidad dominante?

¿qué efecto tienen las prácticas digitales en los principales relatos de la democracia liberal? ¿existe alguna relación directa entre la intensificación de las prácticas digitales y la crisis institucional contemporánea?

4. La diversidad de lo igual

Estamos ante una coyuntura sin precedentes en cuanto a la interconectividad y comunicación global. Se está consolidando toda una cultura de gestión de la vida a través de la mediación digital que pone en cuestionamiento el conjunto de prácticas sociales que se habían desarrollado en los últimos siglos. Como se ha sostenido, estas transformaciones no se limitan a crear nuevos espacios de expresión que dejen intacto el sistema de creencias y los marcos epistémicos que prevalecían en las civilizaciones, sino que impactan profundamente en ellos y reconfiguran la forma en que los sujetos comprenden -y se comprenden- en su entorno. Las prácticas digitales pueden permitir el surgimiento de lo que Thomas S. Kuhn (1995) denominó nuevo paradigma: una nueva forma de apropiarnos de la historia, de comprender las cosas y generar un nuevo universo simbólico. Las reacciones y los efectos que se producen son apenas ponderables y trascienden casi todo espacio cotidiano de la vida.

Ante estas condiciones, hay quienes afirman que se atraviesa una especie de “*ruptura epistémica*”⁸⁷ capaz de modificar profundamente el paisaje social, político y cultural que había dominado hasta hoy (Morozov, 2016; Fuchs, 2013;

⁸⁷ En este caso se utiliza el concepto de *épistémè* en una noción amplia que refleja la idea de un sentido común compartido de época; un momento histórico determinado; una cultura reconocible colectivamente.

Castells, 1995, 1999; Prensky, 2001; Mossberger, 2010; Hardt y Negri, 2000, 2004). En esta vorágine de transformaciones podrían quedar sin sentido algunos de los relatos que vertebran la cultura occidental. Dentro de esta perspectiva, las prácticas digitales habrían propiciado una tensión inédita con los principios fundamentales de la democracia liberal y podrían cuestionar las nociones más básicas del entendimiento colectivo. Es decir, el *DBD*, a partir de su fuerza transformadora, estaría erosionando los criterios que conforman nuestro sentido común y, con ello, dinamitando las viejas estructuras que nos cohesionaban como civilización.

Sin embargo, indagar sobre una posible ruptura epistémica implica - veladamente- reconocer la existencia de una *épistémè* vigente . Significa suponer que ha existido, al menos durante cierto tiempo y en cierto espacio, un sentido común mayoritariamente compartido. Una revisión histórica puede proporcionar evidencia suficiente para identificar momentos concretos en donde han imperado ciertas visiones con criterios y valores compartidos⁸⁸. Pero cuando se amplía la mirada, espacial y temporalmente, se tiene que reconocer que estas regularidades epistémicas han sido profundamente limitadas como para hablar de una sociedad global. Al observar con detenimiento la historia, es posible distinguir, por ejemplo, que mientras en occidente se llevaba a cabo el proceso de Ilustración, en las civilizaciones asiáticas o africanas, se desarrollaban situaciones muy distintas (Tully, 2003). Incluso al interior de la misma Europa, el proceso de la Ilustración no caló de igual forma entre las regiones mediterráneas, en los Balcanes o en la franja nórdica. En realidad no se puede hablar de un conjunto de valores y principios compartidos y reconocidos

⁸⁸ En gran medida, los trabajos de Michel Foucault versan sobre la verificación de supuestos cambios de época a partir de ciertas condiciones de posibilidad.

por la comunidad europea sino hasta muy recientemente⁸⁹.

¿Por qué es importante distinguir cronológicamente las profundas diferencias culturales existentes en cada región? Porque quizás, contrariamente a lo que se afirma, no estemos frente a una ruptura epistémica global; ni siquiera ante una diversidad inédita de identidades. Quizás estemos arribando al momento histórico más homogéneo en cuanto a principios, valores y criterios reconocibles y compartidos por la sociedad global. Quizás, como le dice Foucault a Gérard Raulot, *“no hay una bifurcación de la razón; lo que ocurre es que ella no cesa de bifurcarse y hay tantas bifurcaciones y ramificaciones como instauraciones”* (Deleuze, 1990: 157). En este sentido cabe preguntarse, ¿es posible distinguir algunos principios o criterios comunes en la discursividad digital? ¿se puede hablar de una fragmentación radical en los relatos? Es decir, ¿el DBD fragmenta las narrativas o, por el contrario, proyecta una global?

Con el objetivo de indagar en ello, se hace necesario analizar el grado de fragmentación en los discursos que se producen y reproducen en las prácticas digitales; evaluar si en realidad existe una diversidad radical en los principios que sustentan las narrativas contemporáneas y si dicha diversidad está propiciando una especie de ruptura epistémica en la sociedad; o quizás, por el contrario, estemos asistiendo a un proceso de colonización digital que proyecta y disemina una serie de principios normativos comunes.

⁸⁹ Camarero Bullón, C. y Gómez Alonso, J.C. 2017. El dominio de la realidad y la crisis del discurso. El nacimiento de la conciencia europea. Madrid: Polifemo.

4.1 Fragmentación o nueva homogeneidad

Para dimensionar si estamos frente a una ruptura que deje sin sentido los grandes relatos compartidos, es necesario analizar primero en qué medida las prácticas digitales están trastocándolos. Como premisa se debe reconocer que existe la sensación de que todo está cambiando muy deprisa y esto genera desconcierto. Encuestas y estudios como Latinobarómetro 2018 dan cuenta del decrecimiento progresivo de la confianza en las instituciones, la democracia y el progreso⁹⁰. El mismo patrón se reproduce en Europa⁹¹. La disonancia entre la vorágine acelerada de la digitalidad y las experiencias vitales físicas aún está buscando un punto de equilibrio.

En cierta medida, todo dispositivo que se ha producido a lo largo de la historia ha planteado distintas disonancias con sus antecedentes, efectos secundarios y descontrol manifiesto (Innerarity, 2019). La diferencia en el *DBD* es su capacidad de integrar la vida *offline* a la realidad virtual. Las plataformas digitales intervienen cada campo de la vida y van erosionando cualquier actuación al margen de los protocolos digitalmente establecidos. Como consecuencia, la regularidad en las relaciones sociales y de poder que ocurren en la actualidad son mucho menos estables. Las “fallas” ocasionales en los dispositivos pre-digitales se han convertido hoy en una constante. Estas fracturas alteran recurrentemente el orden de las cosas y dinamizan el entorno social. La forma de consumo, la tendencia en moda, las relaciones afectuosas e incluso la movilización política está vinculada fuertemente a la digitalidad (Molina, 2011).

⁹⁰ Informe 2018 de Corporación Latinobarómetro. Disponible en www.latinobarometro.org

⁹¹ *Democracy Index* 2018. Disponible en <http://www.eiu.com/topic/democracy-index>

Esta inestabilidad produce incertidumbre en el ser humano y la sensación de que no tiene control sobre la mayoría de las cosas que suceden en su entorno y sobre sí mismos⁹². Al mismo tiempo, las posibilidades digitales han promovido una conversación e interacción social de alcance global inédita. En virtud de la multiplicidad de contenidos e información que ahora son accesibles para un gran número de personas, han surgido relatos alternativos, críticas o cuestionamientos sobre aquellos discursos que se presumían dominantes. La conversación digital va produciendo ciertas bifurcaciones en la cohesión de los relatos establecidos. En este sentido, Giorgio Agamben afirmaba que los dispositivos no construyen sujetos, sino que los desubjetiva como consecuencia de la fragmentación y multiplicidad que imposibilitan dotarlos de una identidad relativamente fija (Agamben, 2011: 262). Sin embargo, ¿dicha fragmentación discursiva es sinónimo de una ruptura epistémica? ¿no es posible que exista una diversidad y pluralidad discursiva sin que ello impida la prevalencia de ciertos criterios compartidos?

Se dice que los grandes acuerdos o convenciones sociales se fundamentan en valores y criterios compartidos por una comunidad (Elster, 1989). En esto radica el pacto social que sostiene los compromisos colectivos sobre la forma de gobernarnos y relacionarnos. Las sociedades acuerdan de esta manera aquellos criterios mínimos de coexistencia que conforman también los principios rectores que reconocemos como aceptables o como indeseables; valores y principios que se reconocen colectivamente. Se crea así el sentido común compartido y se interioriza un marco epistémico común. Llegado a este punto, el acuerdo

⁹² Ver: Peses Wassermann, S. 2016. "De estos tiempos y el psicoanálisis - Subjetividad colectiva e individual en la clínica contemporánea", *Intercambios, papeles de psicoanálisis* (37): 63-74. Disponible en: <https://www.raco.cat/index.php/Intercanvis/article/view/326850>

prevalece por la concurrencia de principios morales y éticos que se reconocen públicamente y no exclusivamente por la fuerza disciplinar de la coacción. El proceso de subjetivación social se materializa y se produce una relativa estabilidad temporal. Se crea la “*normalidad*” y se reconoce un régimen de veridicción. Bajo estas premisas pueden explicarse ciertos periodos históricos de estabilidad y de cambio en la sociedad.

Lo que se señala es que precisamente, con el arribo de las plataformas digitales, este proceso de reconocimiento está roto. No termina por completarse y se ha diluido. Es decir, en virtud de las condiciones particulares que se han detallado, el *DBD* opera contra el reconocimiento de una *épistémè* compartida. No tanto porque organice una crítica contra los principios y valores reconocidos en ella, sino porque fragmenta y pulveriza los relatos comunes. En las prácticas digitales no se trata tanto de cuestionar una práctica institucional o alguna relación de poder instalada -que también- como de permitir una diversidad de relatos que compitan entre ellos. La diversidad cuestiona y rechaza todo valor colectivo que, por naturaleza, promueve comunidades relativamente homogéneas. Terry Eagleton vincula esta condición con la posmodernidad que propicia “*el pluralismo, la discontinuidad y la heterogeneidad*” (Eagleton, 2005: 229). La diversidad asume a la individualidad y a la diferencia como valores.

Si es posible demostrar que, con independencia de la diversidad y confrontación discursiva de las prácticas digitales, existe una serie de valores y criterios compartidos ¿estos criterios supondrían la base neoliberal de la racionalidad? ¿estaríamos entonces situándonos en un momento histórico de su expansión, ahora digitalizada? Comprender el efecto y la posible contribución de las prácticas digitales en la expansión de la racionalidad neoliberal puede aportar un dato interesante para el análisis político del interregno contemporáneo. Para

dimensionar dicha relación, se debe señalar la necesaria vinculación de todo dispositivo a su racionalidad contextual. Es decir, al igual que el resto de dispositivos biopolíticos, el *DBD* se instalan en un tiempo y en un espacio determinado de la historia y sus relatos se encuentran vinculados a un régimen de veridicción confeccionado por la racionalidad disponible (Foucault, 1988: 4-5). Dentro del dispositivo existe una disputa permanente entre regularidad y ruptura.

La capacidad del dispositivo para gestionar sus contradicciones internas es fundamental para garantizarse durante algún tiempo. La paradoja con las prácticas digitales es que su verdad no adopta la forma de relato coherente, sino de breves y discretos criterios que impregnan a la multiplicidad de discursos que lo atraviesan. Su fortaleza radica en la adaptación al cambio, en la fluidez y en su abstracción. Se dispone como una entidad neutral que no pretende imponer ningún régimen de verdad, pero en realidad, contiene una narrativa, posee un discurso y plantea sus propios criterios. No sólo lo contiene, lo impregna en todo elemento que lo trasciende.

En otras palabras, no se trata, por ejemplo, de que toda lucha contra el calentamiento global comparta un relato exclusivo sobre lo que debe ser y cómo debe ser su contenido, sino que las distintas posiciones incluyan al menos ciertos criterios comunes como fundamento. Y esto ocurre de manera efectiva e imperceptible: las propias condiciones y constreñimientos de las prácticas digitales premiarán a las posiciones contra el calentamiento global que mejor se adapten a los criterios de *lo aceptable* en la conversación digital y segregarán a las que no lo hagan. En la medida en que pueda contrastarse lo anterior, será posible identificar una relación entre la intensificación de las prácticas digitales y la interiorización de los criterios característicos de la racionalidad neoliberal.

Si esta relación es positiva, quizás estemos asistiendo a la emergencia de un dispositivo neoliberal perfeccionado y global.

Sin embargo, el hecho de que las plataformas digitales puedan diseminar la racionalidad neoliberal no es el resultado de un conjunto de elucubraciones maquiavélicas ni de un plan maestro elaborado por algún comité de expertos. En cierto sentido, es una circunstancia inesperada. Las redes digitales no fueron configuradas como herramientas al servicio exclusivo de algún interés ni como un instrumento que persigue fines preestablecidos y actúa sobre los cuerpos para conseguirlos. Esta visión es demasiado analógica para la digitalidad. Los dispositivos debemos imaginarlos como superficies de acción y como aparatos productivos que carecen de un poder central único. Las líneas de fuerza provienen, simultáneamente, de múltiples pulsiones: se comportan como organismos vivos.

Finalmente, es necesario considerar la posibilidad de que la racionalidad neoliberal, al discurrir por las vías digitales, se esté transformando a sí misma. Es decir, si se ha señalado que las prácticas digitales filtran cualquier contenido que las *atraviesa*, es probable que el neoliberalismo emerja de ellas en un formato distinto al que muestra actualmente. El impacto de la digitalidad en la racionalidad neoliberal también ira modificando su naturaleza para convertirla en algo distinto.

Quinta Parte

Racionalidad neoliberal en tiempos digitales

*La razón indispensable y, al mismo tiempo, intrínsecamente peligrosa, razón que aspira a la universalidad, pero se desarrolla en la contingencia, autónoma en su estructura, pero lastrada de inercias históricas, la razón como despotismo y como luz, luz despótica.*⁹³

0. Introducción

Si la *razón* es aquella condición que define el *ethos* dominante de una época, el comportamiento de sus sociedades es siempre la expresión práctica de su fuerza histórica. La razón, como sustancia intangible que modela y fecunda la naturaleza de las civilizaciones a través del tiempo, pero que solo se distingue en su materialidad más plena. Razón y praxis en complementariedad indisociable, pensamiento y acción, sentido común y vida cotidiana: aquí se halla el principio de la racionalidad. Ese pensamiento, convertido en razón, es siempre contingente. Su totalidad es tan solo un momento que tarde o temprano se renueva pues “cuando un pensamiento prevé el final de la historia, el otro anuncia

⁹³ Javier de la Higuera en la compilación denominada “*Sobre la Ilustración*” de Michel Foucault, editada en 2017 por Tecnos, página XLI del estudio preliminar.

lo infinito de la vida" (Foucault, 2010: 273).

En esta *Quinta Parte* se propone el análisis de la racionalidad neoliberal⁹⁴ (RN) como un sentido común dominante en una gran parte del mundo contemporáneo que tiene como característica imponer una serie de criterios rectores a todo cálculo racional. A manera de advertencia, se debe precisar que esta investigación emplea la idea de racionalidad en una connotación concreta y particular: como el conjunto de prácticas cotidianas que se desarrollan en un momento histórico específico y que contienen ciertos criterios rectores que asumen las personas para tomar decisiones. Es entonces una forma plural, contingente y concreta que solo puede ser posible en un momento y en un espacio determinado.

La racionalidad no es una mera expresión de la razón, sino una posibilidad que se instala sobre otras, que adquiere cierta dominación. Tampoco se pretende que la RN se agote en lo abstracto, por el contrario, se entenderá como una práctica que tiene manifestaciones concretas en la conducta de los individuos. Es por ello que delimitar, comprender y diseccionar esta idea servirá para conectar los procesos de subjetivación y el impacto de las prácticas digitales, analizados en apartados anteriores, frente a una realidad actual que posee criterios, dinámicas y condiciones específicas. De esta manera podremos visualizar con mayor nitidez los cambios y variaciones en las conductas de los sujetos.

Para adentrarse en la revisión de la racionalidad neoliberal, se propone partir en dos partes el análisis. En un primer momento se examina el concepto de racionalidad en sí mismo, sus connotaciones y significaciones a través del

⁹⁴ A partir de aquí se utiliza indistintamente la contracción RN simplemente para referirse al concepto de *Racionalidad Neoliberal*.

tiempo; sus diversas formas específicas y algunas de las principales críticas al respecto. Posteriormente se analiza el neoliberalismo desde sus múltiples acepciones. El objetivo es realizar una breve caracterización de las diversas formas en que se comprende este concepto para finalmente extraerlo de su abstracción y hacerlo operacionalizable, medible e identificable. Se trata de distinguir aquellas características mínimas que lo definen.

Esta decisión metodológica representa una premisa para establecer las características prácticas de la racionalidad en su forma neoliberal. Utilizar entonces el concepto de *RN* constituye una declaración de intenciones académicas en virtud de que representa una propuesta epistemológica clara a través de la cual se pretenden observar y contrastar ciertos fenómenos.

1. Genealogía de la racionalidad

En esta primera parte se propone analizar el concepto de racionalidad desde diversos ángulos, pero intentando establecer su condición como conjunto de prácticas específicas. En este esfuerzo conviene reconstruir brevemente su genealogía conceptual, es decir, explicar cómo surge en la teoría, qué significados se le han otorgado y cómo ha evolucionado desde la ciencia política. Lo anterior sin otra pretensión que delimitar con exactitud sus contornos y alcances para los propósitos de esta investigación. Se utiliza una noción de racionalidad que permite diagnosticar la evidencia de los acontecimientos históricos. Esto significa incorporar en el análisis los múltiples vínculos que logran ganar aceptabilidad entre la forma de pensar y la forma de hacer (Foucault, 2017: 29). En este orden de ideas, conviene asumir que las prácticas y

su racionalidad no son cuestiones excluyentes y, aunque teóricamente puedan separarse los elementos para su observación, solo aportan valor analítico cuando se comprenden como unidad.

Cuando se habla de la historia del mundo de forma abstracta, se debe asumir que su contenido se conforma de una sucesión de pequeños relatos que explican las cosas que le otorgan sentido al mundo. En otras palabras, la historia de las cosas, de las ciudades, de los héroes y de las civilizaciones no es otra cosa que el resultado de la memoria encerrada en conceptos que configuran los grandes relatos. Esta idea es clave para entender el concepto de racionalidad: aquilatar el mundo es también una manera de interpretar conceptos, de descifrarlos y dotarlos de vida y de fuerza. Como sostenía Reinhart Koselleck (1923-2006) los conceptos no tienen historia; la historia está contenida en el contexto del mundo que las recibe, las percibe, las interpreta y se relaciona con ellas (Koselleck, 2012).

Dimensionar la racionalidad implica situarla en una justa dimensión y distinguir los conceptos que se relacionan entre sí en un mismo tiempo y espacio. Como lo señala Castro-Gómez, la racionalidad es el *“funcionamiento histórico de prácticas que se insertan en ensamblajes de poder”* (Castro-Gómez, 2016: 34). El concepto de racionalidad, en este sentido, constituye una forma de aproximación a estos cambios históricos; una manera de acercarse y diseccionar el conjunto de elementos que configuran los criterios rectores de una época, siempre como un conjunto de prácticas. Estas etapas históricas constituyen *“bloques”* en los que se ajustan las habilidades, las redes de comunicación y las relaciones de poder en sistemas regulados y concertados (Foucault, 1988: 13) capaces de producir una forma de disciplina en los cuerpos y una racionalidad específica.

1.1 Antecedentes y condiciones de posibilidad: la razón como premisa

Aunque el objetivo no es elaborar una reconstrucción histórica exhaustiva del concepto racionalidad, es necesario dotarlo de puntos de referencia; primero en cuanto a su forma de surgimiento como concepto, y después como un conjunto de prácticas que pueden distinguirse. Es posible encontrar ideas y elementos equivalentes desde los textos clásicos, sin embargo, el concepto de racionalidad está profundamente vinculado con la aparición del Estado Moderno.

Comprender la racionalidad exige pensar en la razón como elemento central. Aunque ambos conceptos no tienen la misma connotación en la teoría política, es imposible desarrollar uno sin dimensionar el otro. La Escuela de Fráncfort realizó un extraordinario esfuerzo por pensar críticamente la razón como fundamento de una herencia ilustrada, y con ello, pensó críticamente sus valores y sus mitos⁹⁵. A pesar de que buscaron en sus raíces griegas y el origen filosófico del concepto, su tarea se centró en reconstruir dialécticamente la historia de la razón a partir de la modernidad. Su crítica -como cualquier crítica- no provenía de la abstracción teórica ni de la neutralidad académica; era eminentemente una crítica subjetiva que tenía como compromiso explicar y entender las causas de dominación social. Empleando las tesis de Kant, diseccionando a Hegel y fundamentalmente utilizando las ideas de Max Weber, la escuela de la Teoría Crítica acuña el concepto de *racionalidad instrumental*.

La Teoría Crítica abrió un campo de análisis que sería recuperado

⁹⁵ En particular a partir de los trabajos de Theodor Adorno y Max Horkheimer en *Dialéctica de la Ilustración* (1944) centrados en el análisis de la Razón en la modernidad y los aparatos culturales.

frecuentemente durante la segunda mitad del siglo XX. El proceso de reconstrucción social surgido de la posguerra va matizando las perspectivas reflexivas a partir de sus condiciones contextuales y promueve un tipo de investigación académica que alterna con la participación política; un ejemplo de ello es la *Internacional Situacionista*⁹⁶ en donde participaban intelectuales como Guy Debord (1931-1994) y Hebert Marcuse (1898-1979). Nuevas reflexiones sobre la razón y su forma de racionalidad se iban acuñando. En este contexto, Foucault se interesa por la reflexión sobre las condiciones de posibilidad que permiten la existencia específica de un tipo de razón específica. En *¿Qué es la ilustración?* (Foucault, 1983) declara que no acomete la búsqueda de una razón general o de *tipo ideal* como hicieran Max Weber o la propia Escuela de Fráncfort (Sauquillo, 2017: 100), sino que se constriñe al análisis de sistemas de prácticas concretas para extraer sus características principales.

Valga señalar que la razón no es necesariamente el reverso significativo de la *Sinrazón*. Es mas bien un instrumento de la conciencia que permite, por un lado, interpretar la estructura que organiza el mundo y por el otro, desenvolverse a través de los criterios que lo sostienen. Este desarrollo concurrente constituye la forma de la racionalidad política. Esta no posee una base moral o ética particular, solo articula los principios morales y éticos que habitan en determinado momento histórico. Así vista, la racionalidad, más que una teoría, es una metodología (Foucault, 1988: 4-5). Esta forma de aproximación promueve un tipo de debate que se intensifica en los autores denominados posmodernos.

⁹⁶ Movimiento político de aspiraciones revolucionarias que proponía la supresión de clases en la sociedad occidental y se sustentaba teóricamente tanto en el marxismo como en los movimientos de vanguardia como el dadaísmo, el surrealismo y el lettrismo.

Al propio Foucault se le reprochaba de ser un anti-moderno, por negar la razón como fundamento del pensamiento occidental. Es decir, mientras para pensadores como Jürgen Habermas (1929) la Ilustración es la formulación de un proyecto, el proyecto mismo de la razón, para Foucault es también su desenmascaramiento. Pero esto no quiere decir que se sitúe en contra de la razón ilustrada, por el contrario, reconoce la necesidad de analizarla como fundamento, pero sin evitar reflexionar también en los discursos que expulsa. La cuestión que presenta Foucault interroga el grado de razón que habita en la gubernamentalidad y sus consecuencias, tratando de desmitificar el planteamiento de que la racionalidad está legitimada por una razón inmanente. Argumenta que lo que se concibe como racionalidad puede también albergar excesos y lógicas de poder justificadas por una supuesta razón que las sustenta (Foucault, 2017: 15-16).

1.2 Racionalidad y algunos conceptos equiparables

El concepto de racionalidad, en su abstracción, encuentra grandes similitudes con otros conceptos políticos que intentan expresar connotaciones equiparables. Diversos autores han utilizado términos particulares para definir los paradigmas dominantes de una época. Por lo tanto, es útil resaltar algunas de estas ideas y contrastarlas con el ánimo de buscar las coincidencias y divergencias que permitan ir delimitando una posterior conceptualización del término en función de esta investigación. Esta identificación de conceptos equiparables no plantea ningún orden jerárquico ni pretende agotarlos en su complejidad; el objetivo es tan solo verificar el uso de términos que han servido para denominar fenómenos o procesos análogos desde la teoría política. Por

cuestiones de pertinencia y como delimitación temporal, esta revisión se circunscribe a los desarrollos teóricos posteriores a la Ilustración

En primer término, se propone el análisis de la posición de Friedrich Nietzsche (1844-1900) quien cuestiona la racionalidad clásica concibiéndola, no como racionalidad natural y necesaria, sino como estructura de dominación y de poder (Latorre, 2014: 3). Este tipo de análisis que ubica a la racionalidad como elemento de justificación para positivizar técnicas gubernamentales, procede de la tradición hegeliana. Nietzsche emprende la búsqueda de la razón como epistemología del saber, pero evita problematizar dicha dominación racional dentro de los procesos formativos del sujeto; la subjetivación como proceso de racionalización es un territorio que no recorre. Aunque si bien Nietzsche relacionó las estructuras de dominación en su fundamento racional, sería Max Weber (1864-1920) quien dota a este pensamiento de bases científicas y epistemológicas claras.

Es precisamente Weber quien, a diferencia de teóricos anteriores, puede trabajar ya con las bases de una modernidad instituida dentro del mundo que vivía. Su sujeto de análisis era el sujeto ilustrado, el supuesto maximizador racional que utiliza el cálculo como método de toma de decisiones pensando en sus fines. Evidentemente este sujeto, profundamente occidental, era el modelo de la racionalidad instrumental aplicada. Es así como encuentra en el concepto de racionalidad, una herramienta epistemológica que le permite pensar el mundo desde una perspectiva innovadora. Distanciado de la ortodoxia marxista, pero recuperando su componente nuclear, Weber intenta introducir la dimensión cultural como elemento de análisis del orden social. Ni la estructura ni la superestructura por sí mismas lograban, en su opinión, dar cuenta de la naturaleza humana y sus procesos de subjetivación. El determinismo económico

resultaba inconsistente en análisis más profundos. Weber reflexiona sobre la relación entre el protestantismo y el desarrollo del capitalismo en *“La ética protestante y el espíritu del capitalismo”* (2012) donde encuentra un hilo correlacional que lo llevó a desarrollar hipótesis que posteriormente pudieron ser empleadas a diversos elementos culturales.

Weber identifica al Estado como una forma de dominio político a través de un conjunto de medios técnicos para el ejercicio de su poder (Del Valle, 2015: 132). Sin embargo, esta forma de dominación era proyectada exclusivamente en cuanto a su manifestación en los límites de la conducta del hombre, en su *“naturaleza externa”*. La verdadera potencialidad de la racionalidad como andamiaje teórico se manifiesta precisamente cuando se empieza a vincular con el gobierno de la *“naturaleza interna”*, con la configuración íntima de la voluntad del hombre. De esta forma, Weber dota a la racionalidad de bases científicas para el análisis del orden social y del papel de los sujetos en él. Lo que interesa de las tesis de Weber es que es capaz de hacer evidente el uso de la racionalidad instrumental en cada esfera de la vida del ser humano, desde la religión y el amor, hasta la vida pública y la burocracia.

Es decir, la razón instrumental se había convertido en el fundamento cognoscitivo del individuo, es decir, en el cristal a través del cual miraba y establecía la medida para ponderar el mundo. Sostiene, además, que la racionalidad engendra consecuencias prácticas en la cotidianidad, en las ciencias y en la gubernamentalidad: inaugura un nuevo mecanismo de dominación perceptible en su particular orden social. La legitimidad -otro concepto que desarrolló ampliamente- necesaria para sostenerse en tanto razón, se adquiría a través de nuevos criterios que armonizaban perfectamente con la expansión de la sociedad capitalista. La legitimidad justificaba a la nueva

racionalidad y la nueva racionalidad era ya legítima.

György Lukács (1885-1971) continuaría indagando sobre la idea de racionalidad instrumental de Weber pero intentará conectarla con las tesis de Marx. Para Lukács, la complejización social y la evolución del capitalismo habían avanzado a tal punto en el que la racionalidad con arreglo afines desbordaba la esfera de dominio técnico-burocrático para insertarse en la propia división del trabajo y en la relación del ser humano con las cosas. De esta forma, la racionalidad instrumental de Weber desborda las categorías de análisis empleadas por el propio Karl Marx.

Por otro lado, Antonio Gramsci empleaba un concepto relativamente análogo a la racionalidad para pensar el orden social dominante: *bloque histórico*. Gramsci pensaba en la edificación de un nuevo “*principio civilizatorio*” como fundamento de la construcción hegemónica. Es decir, en cada época puede distinguirse la consolidación de una clase dominante que adquiere cierta forma de reconocimiento y legitimación de las clases intermedias. Estas clases se sienten representadas por el grupo dominante y establecen un relativo consenso. La clase dominante no es mera coacción, sino que reproduce un tipo de ideología interiorizada por la sociedad potenciada a través de la comunicación de los medios de masas, las artes, la escuela, las formas de propaganda subliminal y otros mecanismos (Gramsci, 1974: 43).

Si se contrasta la noción de bloque histórico con la noción de racionalidad según Foucault, es decir, como el conjunto de principios que condicionan las estructuras de poder y ordenan la sociedad, se puede inferir que comparten un sentido integral de lo social que incorpora procesos culturales y políticos históricos. Son construcciones que ocurren progresiva y sigilosamente, alejadas

del rupturismo y la aceleración escatológica. Es por esta razón que deben observarse a través de las prácticas cotidianas manifiestas en las estructuras de poder vigentes.

El propio Gramsci llegó a referirse a un “*sentido común de época*” entendido como “*una concepción del mundo difundida en una época histórica en la masa popular*” (Gramsci, 1984: 327). Con esta definición, el autor pretende conectar una serie de ideas vinculadas a la cultura popular, las costumbres y formas de sabiduría tradicional arraigada en ciertas comunidades; una suerte de filosofía de los no-filósofos que plantea una visión del mundo determinada. Es verdad que el propio Gramsci acepta que este sentido común está condicionado por los grupos dirigentes, sin embargo, incorpora también las aspiraciones de los grupos subalternos (Gramsci, 1984: 140). Existe un análisis exhaustivo de estos trabajos relacionados a la idea gramsciana de “*sentido común*” en Stuart Hall (Hall, 1996) que permiten inferir la influencia de dicho personaje en los estudios culturales.

Otro desarrollo teórico importante para el análisis de la racionalidad como concepto es el elaborado por la denominada Escuela de Fráncfort de la que ya se han expresado algunas consideraciones con antelación. Las disertaciones de sus miembros constituyeron un hito en los estudios de la cultura a través de la Teoría Crítica. Fueron Theodore Adorno Y Max Horkheimer en su obra “*Dialéctica de la ilustración*” (1995) quienes elaboraron la más profunda crítica sobre aquellos elementos clave para el arraigo de la Ilustración como modelo racional. Desvelaron que aquellas mismas condiciones que se convirtieron en virtud, modelo y aspiración del movimiento racional-ilustrado, estaban teniendo consecuencias sensibles en un espíritu humano que se disciplinaba en torno a dicha idea. Sus tesis se crean en el interregno que suponen las dos guerras mundiales de la primera mitad del siglo XX. Esto los llevó a cuestionarse

cómo y de qué manera fue posible que la racionalidad instrumental -valores y principios rectores mediante- pudiera haberse constituido en condición de posibilidad para aquella catástrofe.

Para Horkheimer, la evolución histórica del concepto plantea una transformación que va desde la denominada razón objetiva, hasta convertirse en razón subjetiva o instrumental. Esta última tiene como premisa el cálculo de lo útil o funcional para alcanzar un objetivo. Más allá de plantear una cosmovisión del mundo basado en principios de carácter moral o ético, la razón instrumental promueve como valor teleológico la consecución de un fin concreto, desprovisto de cualquier otra consideración. Esta innovación se tradujo en múltiples consecuencias sobre la estructuración social y el flujo de las relaciones de poder. La racionalidad era también una técnica:

“...la técnica adquiere poder sobre la sociedad, el poder del capital sobre la sociedad, la racionalidad técnica es hoy la racionalidad del dominio mismo, es el carácter coactivo de la sociedad alienada de sí misma.... la necesidad que podría acaso escapar al control central es reprimida ya por el control de la conciencia individual...” (Adorno y Horkheimer, 1995: 39).

En *Dialéctica de la Ilustración* se realiza un diagnóstico negativo de la evolución de la modernidad. La racionalización gubernamental se presenta en ellos como una forma de racionalidad social que coloniza el mundo bajo un modelo capitalista desprovisto de fundamentos éticos. La *Dialéctica de la Ilustración* deja de ser dialéctica, deja de retroalimentarse críticamente. Si, como diría el Georg Hegel, “*todo lo racional es real, y todo lo real es racional*” (Hegel, 1968: 34), se estaría claudicando frente a un proceso de racionalidad instrumental totalitario. En este sentido, Hebert Marcuse, miembro también de la Escuela de Frankfurt, llegará

a decir en *"El hombre unidimensional"* (1993) que la razón (pre-tecnológica) se vincula a aquellos elementos del pensamiento que mejor se ajustan a las reglas de control y dominación (Marcuse, 1993: 37-39). Una forma de sometimiento de la que no se es consciente y una forma de dominación que se presenta como natural y coherente. Aquella idea central de la Ilustración, que promovía la emancipación del hombre, no solo no se realizaba, sino que resultaba incluso contradictoria con la evolución de dicha racionalidad. El proyecto de la razón albergaba sus propias contradicciones internas.

Simultáneamente, pero casi en las antípodas de los frankfurtianos, Karl Popper (1902-1994) desarrolla una serie de planteamientos sobre el concepto de racionalidad en su obra titulada *"La sociedad abierta y sus enemigos"* (2017) escrita originalmente en 1945. Popper empieza a cuestionarse por la evolución científica relacionada con la evolución de la propia sociedad en un momento convulso de la historia como lo era la segunda guerra mundial. Es en esta obra donde acuña la idea de *"racionalismo crítico"* como oposición a otro tipo de racionalidad no crítica. En primer término, el autor distingue entre razón y racionalismo como premisa para dimensionar sus alcances. La razón, en sus trabajos, será comprendida en un sentido amplio e integral donde converge toda actividad intelectual que resulta del uso del método científico y sus diversas herramientas. Por otro lado, el racionalismo es observado como una sistematización del proceso cognitivo que procura encontrar soluciones a todos los problemas empleando la razón disponible. Es decir, la razón es el modelo y el racionalismo su método.

Para Popper, la razón no es producto de la colectividad; no es un hecho social abstracto y en eso toma distancia de las tesis marxistas y hegelianas. Sugiere que en toda sociedad existen individuos concretos que promueven determinadas

ideas y fomentan la comunicación y el desarrollo intelectual, dotándolo de un cariz de producto interpersonal. Por lo tanto, insistirá en que el curso de la razón y la racionalidad puede ser planificado y tutelado, y por lo tanto analizado, a través de la construcción de instituciones públicas y privadas que garanticen la crítica y el libre pensamiento renunciando a todo tipo de dogmatismo.

A partir de esta hipótesis desarrolla otra distinción entre un racionalismo crítico y uno *no*-crítico. El racionalismo *no*-crítico se percibe en una actitud que niega todo tipo de idea o argumento que no se ajuste enteramente a la razón disponible y a la experiencia directa. Es una forma de racionalismo dogmático y rígido que se verifica a sí mismo. El racionalismo crítico, por su parte, es un tipo de racionalismo que acepta su propia falibilidad; una forma autocrítica que reconoce sus limitaciones e incluso el carácter irracional de una argumentación que incorpore elementos morales, éticos o religiosos. Dirá entonces que *“somos libres de elegir una forma crítica de racionalismo que admita francamente sus limitaciones (...) en todo caso la decisión está supeditada a una cuestión moral”* (Popper, 2017: 298).

De esta forma, en Popper, la racionalidad es tan sólo una ideología que se logra imponer pero no por ello es verdadera. Incluso postula que será siempre una desviación arbitraria y política de la ciencia y, por lo tanto, estará sesgada. Plantea que la racionalidad, constituida por grupos de poder, dogmas o paradigmas, está exenta de un saber auténtico y constituye una condición desviante que ya no es un saber verdadero sino interesado por intentar imponer sus propias certezas y su autoridad. Entonces, para él, entre ciencia y poder no existe una relación auténtica o esencial, es sólo una utilización técnica del ejercicio del poder. Foucault contestó a tal afirmación de Popper: *“si se demuestra que existe una ciencia pura, verdadera y buena, que no tiene nada que ver con el perverso*

poder, yo lo aceptaría y me iría feliz” (Foucault, 2017: 40). Lo valioso del planteamiento de Popper es el reconocimiento de la contradicción y los distintos elementos que entran en juego para sustentar el racionalismo en un momento y en una condición concreta. Se aleja del determinismo anclado en el materialismo histórico más dogmático y aquello le permite mezclar hábilmente sus tesis científicas con la dimensión epistemológica de la razón.

Finalmente, para fijar un último punto de referencia en el análisis teórico de la razón, es importante destacar la contribución de Jürgen Habermas (1929) quien recupera la necesaria relación del pensamiento filosófico con la razón instituida y sus formas de racionalidad. En su obra *“Teoría de la acción comunicativa”* (1987), Habermas explora una forma de racionalidad posible a través de la configuración del conocimiento, la acción y los procesos comunicativos. A diferencia de otros análisis contemporáneos de la racionalidad, este autor aventura una propuesta de modelo que considera una serie de condiciones formales para la realización de un tipo de racionalidad concreta. Desde la perspectiva de la vida moderna, en donde el capitalismo se erige como fundamento de la estructura social, Habermas propone que el problema de la racionalidad puede y debe ser abordado desde perspectivas teóricas, metodológicas y empíricas que se complementan una reflexión con pretensión integral.

Para Habermas, los sujetos poseen una capacidad comunicativa estructurada a través del lenguaje que les permite acceder a ciertas formas de conocimiento. Este conocimiento nunca será definitivo ni totalizante, pero produce una racionalidad disponible y compartida. Propone entonces la idea de una racionalidad comunicativa que resulte de procesos comunicativos y produzca un marco más amplio y plural. Es decir, Habermas crítica un concepto de

racionalidad que esté supeditado a saberes preestablecidos en un modelo único de razón, pues argumenta que las decisiones que se tomen bajo estas premisas estarán también limitadas en un tipo de racionalidad cognitiva-racional (Habermas, 1987: 27-29).

Sin embargo, quizás el planteamiento más valioso de Habermas para la connotación de racionalidad empleada en esta investigación, se encuentre en su concepto de "*mundo vida*". Según esta idea, la sociedad solo puede relacionarse positiva y constructivamente cuando se cuenta con un mínimo de referencias comunes; cuando existen criterios compartidos, reconocidos y aceptados por una mayoría. Aunque sus intereses académicos se centran más en la producción de dichos criterios a través de la deliberación y la acción comunicativa, este autor nos permite dimensionar la necesaria presencia de la racionalidad a partir de un mundo común. Sobre esta premisa se propone la búsqueda de aquellos criterios comunes que corresponden a la racionalidad contemporánea.

Finalmente, exponer el concepto de racionalidad en términos de esta investigación, nos lleva indefectiblemente a Michel Foucault. Este autor proyectó de una forma inédita la significación de este concepto hasta llevarlo a un nuevo nivel de entendimiento. No significa que haya desvinculado por completo el concepto de sus connotaciones anteriores, pero sí redefinió sus límites y alcances hasta convertirla en una herramienta útil para el análisis político. En "*Vigilar y Castigar*" (2009) Foucault atiende a la idea de microfísica del poder y su representación a través de dispositivos específicos, sin embargo, aún no se introducía en la noción de racionalidad. Fue en su curso titulado "*Seguridad, territorio y población*" (1978) donde inicia un proceso reflexivo sobre la idea de que algo estaba cambiando en la forma de disciplinar y gobernar los cuerpos. Suponía que se estaba consolidando una dinámica que mezclaba un tipo de

poder blando, casi imperceptible, que ya no provenía de un núcleo único, definido y concreto, sino que se manifestaba en los criterios comunes de la sociedad; se interiorizaba en sus códigos y valores más íntimos hasta configurar una nueva forma de vida que funcionaba ya en automático, sorprendentemente.

En 1979 ofrece el curso de "*El nacimiento de la biopolítica*" en el que definió y exploró un nuevo dominio de investigación al que denominó "*Racionalidad Gubernamental*" o, en su propio neologismo, "*Gubernamentalidad*" (Gordon, 2015: 1). El concepto de gubernamentalidad se refiere a la "*dominación política del Estado sobre la población y la regulación de las sociedades*" (Sauquillo, 2001: 138). Llegado a este punto, Foucault dejó de referirse al gobierno como la expresión institucional del poder administrativo para comprenderlo en un sentido más general como conducción de la conducta. El interés de este autor no es analizar la relación entre sociedad y Estado, cosa que le recriminó el marxismo tradicional. Su objetivo era analizar las relaciones de poder que impactaban igualmente a las dos partes, con independencia del sentido de dominación u opresión en su versión clásica.

Ya no se refiere tan solo al espíritu del gobierno de las masas, sino al gobierno de *sí mismo*, al gobierno de la intimidad. Al referirse al gobierno no se está suponiendo la connotación de gobierno como Estado, sino como la posibilidad de estructurar el campo de acción de los otros, de "*conducir conductas y arreglar probabilidades*" para mantener el *status quo* (Foucault, 1988: 15). En este sentido, la racionalidad no se limita a una teoría del Estado y, a diferencia de la filosofía política clásica, no repara en la legitimidad de la soberanía o la idea ética del mejor gobierno. Su preocupación central es el "*cómo*" gobernar, es decir, las condiciones y las limitaciones inmanentes a las prácticas (Gordon, 2015: 9).

La racionalidad contemporánea es producto de un sistema de coacciones característicos de un aparato complejo, de un dispositivo que aplica diversos modelos y crea sus propias estructuras que lo sostienen (Foucault, 2017: 19) y es por este motivo que domina a través del sentido común. No se entiende como la coacción fundamental en el sentido clásico del Estado policía, y quizás en ello radique su eficacia: en vez de castigar, tan sólo rechaza y margina imperceptiblemente a quién no la asuma. Así, todos aquellos que se pronuncien en contra de su verdad reconocible se sitúan automáticamente en el lado incorrecto de la historia (Villacañas, 2016: 60).

Por otro lado, que la forma en que se entiende la racionalidad trascienda al gobierno instituido dentro del Estado, no significa que lo niegue por completo. Se refiere más bien a su transformación interna, su refinamiento; un punto de inflexión radical, pero sin romperlo (Foucault, 2007a: 44). Minimiza al Estado como gobierno, pero potencia su capacidad de reproducción y sostenimiento en la medida que sigue siendo útil para estabilizar las relaciones sociales. Además, es una racionalidad con vocación integradora de la sociedad pues no gobierna sobre súbditos, ya no se castiga por haberle faltado al "*pueblo*"; ahora se gobierna sobre una especie de república de intereses individuales y se calcula el principio de interés –siempre que este se encuentre armonizado con los intereses del mercado (Foucault, 2007a: 67).

Empero, es ante todo un conjunto de prácticas cotidianas que se han arraigado y a las que debe atribuírseles sentido. En la forma de vida contemporánea, la racionalidad ha adquirido unas prácticas específicas reconocidas como neoliberales. Para complementar esta delimitación conceptual, se debe precisar qué y cómo se comprende esta especificidad que nos permitirá identificar con claridad lo que se denomina racionalidad neoliberal.

1.3 Delimitación conceptual: la racionalidad como práctica

Una vez fijadas algunas referencias históricas recientes del concepto de racionalidad, a manera de connotaciones análogas según diversos autores, se propone realizar una aproximación al sentido práctico del concepto que acoge la presente investigación. Para ello debe atenderse a la observación de un tipo de racionalidad gubernamental que se sustenta en su naturaleza práctica, y por lo tanto, se cuestiona sobre cómo se gobierna, quién es capaz de hacerlo y sobre todo, cómo se configura el sujeto que es gobernado. En este sentido se aborda el concepto de racionalidad como marco de análisis para comprender y dar sentido al conjunto prácticas sociales, políticas y culturales dominantes que se desarrollan en un momento histórico concreto.

Así, la racionalidad se entenderá como un régimen particular de veridicción y, por lo tanto, de construcción permanente de sentido (Foucault, 2007a :40). Su establecimiento temporal y territorial de dominación están determinados por su grado de reconocimiento y legitimidad social. Para que sus criterios alcancen el grado de régimen de veridicción, la racionalidad requiere marginar, a través de rituales de exclusión, todo aquello que encarna la *otredad*. El objetivo es determinar qué tipo de prácticas son marginadas a partir del reconocimiento e identificaciones de cuales son mejor valoradas. El reverso de un criterio dominante es indicativo de lo marginal.

En este propósito, es posible rastrear los denominados principios rectores de la racionalidad a partir de un ejercicio invertido, es decir, buscando aquello que se repudia; lo que se margina. El propio Foucault utilizó esta estrategia analítica y se propuso encontrar el isomorfismo existente entre diversas formaciones

discursivas de la razón occidental. Bajo la premisa de que el poder aparece en diversas relaciones sociales sustentadas en saberes, se dedicó a analizar aquello que el poder normalizado rechaza como estrategia para lograr describir aquello que corresponde a la racionalidad. Es una forma de análisis de lo opuesto.

Utilizar la racionalidad como rendija de observación implica pensar también en sus inconsistencias y sus propias contradicciones. En todo análisis se debe pensar en las distintas alternativas al modo de gobierno existente; en otras palabras ¿cómo ser gobernado de una forma distinta, bajo distintos principios y por medio de otros procedimientos? Esta paradoja de comprender lo que es, reconociendo lo que no es, encierra la inmanente resistencia a la conformación de una racionalidad plena. Es decir, según la connotación empleada en esta investigación, la racionalidad siempre será imperfecta en la medida en que las prácticas de gobierno que se reproducen haciéndose más eficientes y profundas, también generan un pensamiento crítico que cuestiona posibilidades alternas. Es por ello que una sociedad racional no es sinónimo de una sociedad perfecta ni mucho menos. La racionalidad guarda dentro de sí profundas contradicciones y, a diferencia de una ideología o una teoría coherente, no pretende imponer una normatividad concreta. Si esto es así, se debe plantear el tipo de alternativas, de desviaciones o fallas de la racionalidad contemporánea y reconocer sus límites y alcances.

Toda racionalidad histórica es también el soporte de prácticas que se pueden considerar irracionales. El propio Foucault reconoce que *“la relación entre racionalización y los excesos del poder político son evidentes”* (Foucault, 1988: 5) y el origen de las grandes guerras y de las injusticias cometidas en los últimos siglos no es irracional, sino que precisamente es un producto de la racionalización convertida en prácticas. Así, de acuerdo con la pretensión de esta investigación,

lo valioso de un análisis político es examinar las prácticas contemporáneas a través de la comprensión del régimen de veridicción que las orienta: la racionalidad de lo establecido. Esto implica ir más allá del juicio ético o normativo particular que pudiéramos tener sobre la verdad que sostiene el discurso.

2. Neoliberalismo 3.0

Es un lugar común asegurar que el neoliberalismo emerge prácticamente en el mismo momento en que Margaret Thatcher y Ronald Reagan acceden al gobierno del Reino Unido y Estados Unidos respectivamente. Termina con ellos la era de la economía keynesiana, el Estado Bienestar (*Welfare*) y los denominados “*treinta gloriosos*”. Inicia un periodo de renovación política, reestructuración económica y disrupción racional. La razón, la gubernamentalidad y la racionalidad se reconfiguraban. Esto es cierto tan solo parcialmente; en realidad, la transformación empezó a gestarse algunas décadas atrás, desde diversos espacios y a partir de distintas condiciones.

Con el propósito de comprender mejor el concepto y las prácticas neoliberales, se propone realizar la contextualización de su surgimiento. Lo que interesa en este apartado es reconocer, de manera ostensible, los puntos de discontinuidad entre el liberalismo y el neoliberalismo de tal manera que sea posible ponderar sus rupturas. Es decir, a través de la visibilización de dichas discontinuidades se propone diagnosticar las características rectoras del neoliberalismo contemporáneo y de la racionalidad que lo acompaña.

2.1 Del liberalismo al neoliberalismo

En primer término se debe advertir que lo que se denomina liberalismo alberga un conjunto de teorías y prácticas que en sí mismas fueron evolucionando a través del tiempo. Para los objetivos de este trabajo, es fundamental comprenderlo desde la perspectiva de su tecnología particular de gobierno y no solo como una doctrina política y/o económica, sino como un estilo de pensamiento esencialmente vinculado al arte de gobernar (Gordon, 2015: 17).

Como punto de referencia histórico de la consolidación del liberalismo se debe pensar en el surgimiento de la autonomía de la *Racionalidad Gubernamental*. Al respecto Foucault señala una primera ruptura que tuvo como característica que los principios de gobierno ya no formarían parte de ningún tipo de divinidad. Nace la razón de estado como “*el cálculo y al artificio de los hombres, una máquina de saber, un trabajo de la razón*” (Thuau, 1966: 360). Ello constituye el inicio de la gubernamentalidad moderna en tanto racionalidad autónoma. Así, surge la tradición liberal clásica que tenía, como compromiso teórico y esfuerzo práctico, ubicar los límites del Estado y su gobierno político. Esta tarea versaba fundamentalmente sobre la cuestión del papel del Estado en la práctica gubernamental y su limitación como fuerza de intervención en cada esfera de la vida.

El liberalismo logró profundas innovaciones en lo relativo a la racionalidad gubernamental: inauguró una etapa de expansión en la democracia representativa sustentada en la institucionalidad burocrática y en la división de poderes e introdujo un modelo económico específico (capitalismo y libre mercado) como parte fundamental de su andamiaje institucional. Esto propició un segundo cambio en la gubernamentalidad; un pequeño pero significativo

giro inesperado: la “razón de estado” empezó a desconectarse de aquel monolito de poder constituido por el primer Estado Nación y se introdujo progresivamente un nuevo elemento de ponderación para determinar la conducción y el gobierno de los hombres a partir criterios de la economía política.

A través de ello desarrolló una respuesta contra la *razón de Estado*, elemento central de la gubernamentalidad pre-liberal; es decir, el liberalismo es también una crítica en sí mismo a la *razón de Estado* (Gordon, 2015: 17). Todo aquello propició el surgimiento de una estructura social particular y una subjetivación concreta que se planteaba a partir de un *homo economicus* maximizador y racional. Este planteamiento ha obedecido siempre a la concepción de un tipo ideal. En realidad, existen múltiples críticas y análisis que cuestionan la teoría de la pretendida “*Rational Choice*” en la subjetivación liberal⁹⁷.

Es imposible reconocer las características del *ethos* liberal y el sujeto al que interpela, sin mencionar las aportaciones en la unidad de la reflexión económica, social y gubernamental en el trabajo de dos pensadores fundamentales: John Locke (1623-1704) y Adam Smith (1723-1790). El primero a través de sus aportaciones en la teoría del liberalismo político suscritas principalmente en “*Tratados sobre el gobierno Civil*” (1689). El segundo a partir de dos textos que se complementan recíprocamente “*Teoría de los sentimientos morales*” (1759) y “*La riqueza de las naciones*” (1776). En estas obras, tanto Smith como Locke sientan las bases para el funcionamiento del liberalismo como parte de la evolución hacia una nueva gubernamentalidad. Locke postula en su obra una sociedad

⁹⁷ Sobre la crítica al sujeto liberal en cuanto a maximizador racional se puede ver de Steve Bruce “*Choice and Religion: A Critique of Rational Choice Theory*” (1999). También ver: “*El Sujeto liberal y patologías sociales*” de Gustavo Pereira (2008)

tolerante, que protege los derechos naturales entendidos como la vida, la libertad y la propiedad, dentro de un Estado parlamentario y constitucional que procura la mayor sociedad civil como sea posible.

Por su parte, Smith complementaria este pensamiento dotándolo de una teoría económica y una ética posible para ello. El capitalismo, un modelo de mercado abierto y una sociedad comercial fueron su propuesta. Es por lo anterior que una de las primeras tareas del liberalismo tradicional fue el fortalecimiento del perfil del *homo oeconomicus*. Este sujeto debía incorporarse a un esquema de sociedad comercial o sería marginal en ella. Así surge la conceptualización de un tipo de ciudadano social. Desde ese momento, aquella persona que se comporte contrariamente a lo que se espera del hombre económico será, por consecuencia, un ser *anti-social*. Este gobierno económico mostraba dos variantes: 1) un gobierno que empleaba preceptos económicos para orientar sus acciones y 2) un gobierno que economizaba sus propios costos y esfuerzo por gobernar con menos fuerza y más autoridad. De esta forma, el liberalismo clásico fue evolucionando desde sus primeros postulados en el siglo XVII, y con ello, también evolucionó la idea de un “*sujeto económico*” racional y maximizador en tanto individuo.

El sujeto liberal actuaba pretendidamente como “*homo oeconomicus*” tan sólo en los asuntos públicos y siempre en función de su interés particular. Sobre la base de estas premisas se fue desarrollando una teoría política liberal coherente, y simultáneamente, se produjeron un conjunto de prácticas correlativas. De esta manera se fundó un arte de gobernar sobre el comportamiento racional de quienes son gobernados y un arte de gobernar la racionalidad de los propios gobernados (Foucault, 1979: 61-62). Con el tiempo, emerge la racionalidad técnica e instrumental (según los postulados críticos que se han comentado con

antelación) que promueve la maximización de los rendimientos para convertirse en un fin en sí mismo que supedita al resto de las ponderaciones. Algo iba a cambiar pronto.

El Estado jugaba un rol fundamental en el liberalismo tradicional. Si bien es cierto que siempre ha estado bajo la presión del descrédito y la deslegitimidad como consecuencia de sus excesos, era el catalizador esencial de las relaciones económicas, políticas y sociales. Empero, la teoría liberal apuntaba la necesidad de que el Estado fuera mínimo en cuestiones económicas y tuviera límites en las políticas. Surge aquello que Foucault denomina como "*fobia al estado*", un proceso de impugnación al estado que estallaría al amparo de las corrientes neoliberales. A mediados del siglo XX, como consecuencia de los efectos de dos Guerras Mundiales, el liberalismo fue dejando paso al surgimiento de una nueva racionalidad que, más que su evolución lógica, estaría determinada por una serie de rupturas precisas: el liberalismo fue reemplazado por la idea de incorporar al *mercado* como principio de gobierno.

La deriva neoliberal del liberalismo no se explica sin una serie de condiciones de posibilidad sucedidas en el campo de las ciencias. El giro conductual (o giro positivista) en las ciencias sociales de principios del siglo pasado, abrió la puerta a nuevas posibilidades para pensar e interpretar el mundo. Las herramientas de las ciencias duras y formales al servicio -o impuestas- del estudio de la sociedad permitieron que una nueva racionalidad fuera posible. Esto significó la introducción de los principios económicos en el análisis del estudio del comportamiento humano y social. Significó también pensar, desde una serie de hipótesis como la escasez, la elección racional o la competencia, el funcionamiento de la sociedad. Las decisiones estratégicas del sujeto social podían considerarse a través de instrumentos metodológicos tomados de la

economía para desarrollar modelos. En este interregno, las ciencias sociales empiezan un proceso de redefinición de cuál debería ser el objeto del Estado, sus límites y condiciones, empleando para ello una teoría económica como plataforma conceptual.

Lo anterior afectó indirecta y progresivamente las prácticas políticas y gubernamentales que muy pronto adoptaron las premisas económicas en sus postulados políticos. Sin esta condición sería muy complejo dimensionar cómo y de qué manera, el neoliberalismo fue consolidándose teórica y prácticamente revestido de un halo científico de legitimación. En otras palabras, el neoliberalismo no es solo un nuevo estado evolutivo del liberalismo tradicional, es una reconfiguración de sus fundamentos y una nueva tecnología de gobierno. Incorpora inéditas nociones al cálculo político e inaugura un arte distinto y alternativo de proyectar el mundo. La falta de imaginación de la izquierda, en plena crisis posmoderna, le dejaba espacio abierto al surgimiento de un modelo organizado en otras coordenadas. He aquí el desplazamiento teórico-práctico que sirve de premisa para el surgimiento del neoliberalismo como racionalidad.

Es complejo ubicar un punto de partida concreto para el surgimiento y desarrollo neoliberal y ello no constituye la pretensión de este trabajo. Sin embargo, es conveniente situar algunos procesos de transformación a manera de condiciones de posibilidad para la emergencia de la RN. En esta tarea, es posible señalar -al menos como interés académico- dos movimientos visibles que fueron promoviendo lo que a la postre serían las ideas base del neoliberalismo: el Ordoliberalismo alemán de la Escuela de Friburgo y el neoliberalismo norteamericano de la *Chicago School*.

En primer término, se puede afirmar que existe un momento clave para analizar

la transformación del liberalismo clásico a una nueva realidad que luego se denominó neoliberalismo: las prácticas de gubernamentalidad resultantes de la posguerra. Luego del conflicto, las necesidades específicas de reactivación económica y de reorganización política se dieron a diferentes ritmos entre Norteamérica, Europa y el naciente eje encabezado por la URSS. No es casualidad que la II Guerra Mundial haya servido de catalizador para neoliberalismo puesto que ya en la tesis de Milton Friedman (1912-2006), precursor de las tesis neoliberales, se sostenía que toda crisis política, social o militar constituye una oportunidad para la introducción de una nueva ideología y un nuevo modelo económico: el instante supremo es el *shock* como doctrina (Han, 2014: 55).

En este contexto geopolítico, vale la pena distinguir diferenciadamente la experiencia norteamericana y la alemana. El tipo de respuesta política en estos dos países, por condiciones históricas obvias, será muy distinta; aunque como sostiene Foucault, en el fondo ambos discursos nacientes se asimilan en torno a una crítica común al keynesianismo como política de planificación e intervencionismo estatal (Foucault, 2007a: 98). Por un lado, el denominado *New Deal* promovido por el presidente estadounidense Frank D. Roosevelt (1882-1945) constituye una forma de recuperación económica inédita luego del *Crack* del 29' que marca un antecedente sobre las políticas de intervención estatal en crisis globales. Aunque la expectativa de un orden monetario global, pretendida por la teoría económica de J.M. Keynes luego de la posguerra⁹⁸ se viera frustrada por la ortodoxia de Washington, sus postulados determinarían el derrotero de

⁹⁸ Para desarrollar esta idea puede consultarse el trabajo de Scott Newton denominado: "A 'visionary hope' frustrated: J.M. Keynes and the origins of the postwar international monetary order" (2007).

la recuperación económica mundial. En Europa, la respuesta inmediata al término de la guerra no fue otra que las propias recetas de Keynes, con excepción de Alemania, motivo por el cual supone la relevancia de su observación particular.

En Alemania se probó una nueva forma de legitimación del Estado que rompe con la tradición liberal tradicional sustentada en la libertad del individuo y la defensa de su interés particular. Esta forma de legitimación ponderaba como referente máximo la libertad económica del Estado mismo como sustituto de la soberanía. El resto de los intereses particulares debían subordinarse a este principio central bajo la promesa de que con aquel ejercicio económico se aseguraría la libertad; precisamente, la libertad económica. La idea era que el consenso en el juego de la libertad económica produciría simultáneamente consenso político (Foucault, 2007a: 105). Alemania, en aquel 1948, carecía de un aparato estatal sólido, por lo que se decidió a explorar la posibilidad de construir una forma gubernamental sustentada principalmente en la libertad económica individual, con toda una serie de dispositivos al respecto.

El crecimiento económico se convirtió en la propia identidad nacional, en su símbolo de soberanía y su fuente de legitimidad. Los otros objetivos estaban supeditados a sostener este crecimiento económico, primero por necesidad -salían de una guerra devastadora- después como construcción cultural sostenida (Foucault, 2007a: 106). La economía se erige como “*productiva*” de sentido; como productora de un consenso permanente. Consenso político en donde cada parte de la sociedad económica (sindicatos, empresarios, trabajadores, consumidores, políticos) son agentes de este consenso, es *su* consenso.

La capacidad de aferrarse a un clavo ardiente para salir de una crisis no siempre significa desesperación, sino que puede ser una convicción proactiva. Como señala Foucault, lo que la historia le negó al pueblo alemán, la economía se los compensaba y había que ponderar la economía por encima de la política. Luego, de forma deliberada y casi inmediata, se decide abandonar la memoria y fijar su mirada en los tiempos del crecimiento creando una condición sin precedentes en su evolución cultural. La historia era para ellos un lastre (Foucault, 2007a: 108).

Lo interesante es que la Escuela Ordoliberal fundamenta la necesidad de un modelo (que luego se denominaría neoliberal) a partir de la construcción de un contra-modelo indeseable: el nazismo. Lo que hacen es ligar, teóricamente, una serie de rasgos propios de la economía planificada, del keynesianismo, con el crecimiento del poder estatal al Nazismo para construir un adversario. Es decir, crean su antagónico teórico-ideológico en donde todo lo negativo, todo el fracaso como modelo social, e incluso todo lo peligroso, solo puede ser vencido por su propuesta neoliberal. Una propuesta que disminuye la autoridad del Estado y que se presenta como una superación al socialismo y al capitalismo cuyos resultados habían sido negativos.

En otras palabras, el neoliberalismo surge más de un antagonismo a la práctica de la regulación y planeación del Estado que a una propuesta proactiva de acciones económicas. Lo que crean es una racionalidad basada en técnicas científicas, pretendidamente antipolíticas (Foucault, 2007a: 145-146). Se viste de reacción a la crisis y se antagoniza con el poder estatal; trasladan la culpa y las críticas del libre mercado capitalista al Estado excesivo. En esta tesitura, el primer objetivo -y el primer problema- del neoliberalismo tiene que ver con edificar un Estado a partir de sus principios. La pregunta que se hacían es ¿cómo

puede la libertad de mercado fundar y al mismo tiempo limitar el Estado? Se debían reelaborar las propias tesis liberales para ajustarse a este nuevo objetivo: articular un solo modelo político-económico-gubernamental (Foucault, 2007a: 124). La forma que adoptó la economía política naciente tenía como premisa conducir los esfuerzos del gobierno; para lograrlo, debía indicarle dónde buscar el principio de verdad contenido en propia racionalidad gubernamental.

2.2 Características observables en el neoliberalismo

En el mundo académico y político, el concepto neoliberalismo se ha repetido como mantra, de forma incesante e indiscriminada, para producir una crítica política o valoraciones de carácter normativo. Esta tarea, lejos de clarificar los alcances y límites del concepto, lo ha situado en una especie de zona oscura que impide su materialización y verificación. Esto no quiere decir, de ninguna manera, que el neoliberalismo no sea una realidad práctica, sensible y activa. Lo es en toda dimensión. Sin embargo, cada vez que se abusa de su empleo en el discurso académico, se le va privando de su condición material y se le vacía en su significación.

En lo que sigue, se propone sustraer al neoliberalismo de su abstracción conceptual como condición necesaria para comprenderlo y distinguirlo a través de los elementos que lo conforman. Se trata de rechazar la utilización del concepto neoliberal como un meta-concepto y evitar el ejercicio sistemático de nombrarlo indiscriminadamente. Para este propósito, se observarán algunos de los rasgos que lo fundamentan desde la teoría, pero también a través de sus prácticas más cotidianas y materiales. Al distinguir estos elementos, se les asignará una categoría de análisis que luego se empleará en la construcción y

delimitación de la racionalidad neoliberal de acuerdo a este trabajo.

Para introducir el análisis del concepto y sus prácticas, es necesario utilizar la estrategia de la observación inversa, es decir, que cosa no es el neoliberalismo. En este sentido, el neoliberalismo, como explica Michel Foucault, no es una ideología coherente ni incorpora ninguna teoría del Estado (2007a: 117-118). Es ante todo una forma de una racionalidad práctica que se interioriza y se materializa como una realidad constante.

Para Oliver Nachtwey (2017), el neoliberalismo no funciona sin la colaboración de los individuos orientados a promover los objetivos del mercado. Esta participación no es plenamente consciente, sino que responde a la estructuración de un modelo económico y social que limita u orienta el campo de actuación de los sujetos para propiciar determinados comportamientos. Esto no quiere decir que exista un “*gran hermano*” que calcule, milímetro a milímetro y segundo a segundo, la configuración precisa que deben asumir las estructuras existentes para alcanzar una serie de objetivos previamente designados. Esta visión distópica -promovida por una serie de autores encantados con las teorías conspirativas- es sumamente ingenua.

La configuración de las estructuras económicas no es plenamente premeditada, sino que es el resultado de sus interacciones permanentes con otras estructuras y campos de acción periféricos. Es decir, la organización política, la participación social, los acuerdos globales, la naturaleza económica-productiva de un entorno y el propio desarrollo histórico y cultural de una región, impactan transversalmente en la configuración, siempre contingente, del sistema económico. Cómo señala Anthony Giddens: las personas actúan sobre la base de normas e ideas sociales, pero en su actuación se relacionan siempre con

factores estructurales de sistemas sociales globales (Guiddens, 1999: 76). En este sentido, las personas actúan a partir de marcos establecidos y dentro de las posibilidades disponibles en las estructuras.

De esta forma, el neoliberalismo fue adquiriendo vida propia en la medida que consigue crear esquemas de ordenación política a través de la confluencia entre los intereses del capital, las estructuras sociales y la participación voluntaria de los individuos en su desarrollo. Una conflagración potencial inédita se ha consolidado en virtud de que responde al sentido común de la época, es decir, cabalga en compañía de un espíritu instalado. No es por tanto una ideología coherente que constriña normativamente a la sociedad, sino al contrario, es una *“racionalización de los intereses”* (Przeworski, 1985: 206) que se articula convenientemente con las aspiraciones individuales.

En la medida que el neoliberalismo impregnó el sentido común occidental fue convirtiéndose en una cultura omnipresente capaz de sustentar los discursos disponibles. Fue entonces construyendo su régimen de verdad. Foucault describe el neoliberalismo como una tecnología que intenta a la vez unir el derecho y la economía y separar la economía de lo social. Lo que significa producir un *“derecho separado de lo social, es decir, también de lo político”* (Bidet, 2016: 176).

Es importante no subsumir al neoliberalismo como pura teoría económica. Si bien esta forma de racionalidad incluye ciertos criterios económicos, el lugar donde se construye la *verdad* no es en la teoría propuesta por los economistas, sino en la lógica del mercado y sus prácticas. La RN implica una serie de premisas que garantizan el desarrollo de un sistema concreto: el mercado. Esta nueva racionalidad *“consume libertad”* (Foucault, 2007a: 84). No promete la

libertad a las personas, les promete generar las condiciones para que ellos puedan acceder a esta. Esto genera dos maniobras simultáneas: 1) la redefinición de los objetivos del Estado; y 2) el traslapar los objetivos del Estado con los del individuo en particular. Es, como propone Foucault, una gubernamentalidad que no se agota en formas externas al individuo, sino a su propio auto-gobierno, al gobierno de sí.

Es decir, los objetivos y los límites que se han convertido en la fundamentación legítima del Estado son replicados por aquellos sujetos considerados supuestamente libres de perseguir sus propios intereses. A partir de lo que se ha observado en apartados anteriores de esta investigación, existe suficiente evidencia empírica para afirmar que en el neoliberalismo, cada individuo tiende a armonizar sus esfuerzos con los propios objetivos estatales entendidos como competitividad y crecimiento.

En un estudio reciente realizado por Mayssoun Sukarieh, *“On Class, Culture, and the Creation of the Neoliberal Subject: The Case of Jordan”* (2016), se deja de manifiesto la tendencia del sujeto contemporáneo a emprender y arriesgar y cómo esto afecta los criterios de la ideología y la cultura dominantes. Por lo tanto, el sujeto termina jugando la misma suerte del Estado, subordinado a los mismos criterios rectores. De esta forma, el trabajo, el estudio, su vestimenta, el amor o el sexo, incluso su propia salud, son percibidos como una inversión a realizar. El propio lenguaje es transformado al introducir términos como *“gestionar”* que desplazan a otros verbos liberales como administrar (Laval, 2004).

2.3 Rupturas fundamentales

Con el objetivo de distinguir claramente las innovaciones que presenta el neoliberalismo frente al liberalismo clásico, en cuanto a concepto y prácticas, se proponen una serie de fenómenos observables que lo ejemplifica. Esta reflexión pretende poner de relieve tan solo algunas de las transformaciones más importantes entre liberalismo y neoliberalismo sin pretender exhaustividad, sino representatividad de los cambios ocurridos. Su presentación y orden no simboliza jerarquía alguna, simplemente se intenta dejar constancia de estos elementos para sentar las bases de una definición concreta del neoliberalismo en cuanto racionalidad práctica.

1. *Sustitución del intercambio por competencia*: para iniciar esta distinción, conviene exponer la importante significación de la sustitución del intercambio por la competencia; no sólo como premisa económica, sino como fundamento de las relaciones sociales. De esta forma, la competencia en el proyecto neoliberal, no es sólo un principio de mercado, es ante todo un principio de organización estructural de la vida. En este proceso, el Estado deja de cumplir la función de interventor y garante de un comercio justo para convertirse en un promotor de la pretendida competencia libre y plena. En consecuencia, una competencia plena genera desigualdad social, pero también la justifica, puesto que solo la competencia puede garantizar su racionalidad económica. El Estado neoliberal está impedido para interferir ante la desigualdad generada por la competencia pues esto lastimaría su correcto funcionamiento. Solo debe intervenir para garantizarla ante la amenaza de un fenómeno externo o ante la constitución de un monopolio.

2. *Del Laissez-faire a la intervención proactiva*: en razón de lo comentado con antelación, ya no es ni suficiente ni válido el clásico *laissez-faire* del liberalismo económico. El Estado asume una funcionalidad proactiva en el sostenimiento del

modelo neoliberal. Como señala la profesora María Alejandra Ciuffolini, “*el principio de competencia se ha cristalizado socialmente e informa prácticas tanto individuales como colectivas a través de una nueva escala de percepción en la que ocupan un lugar destacado el desarrollo autodirigido de la empresa de sí mismo*” (Ciuffolini, 2016: 90). Se reconoce por fin la ingenuidad de suponer que el mercado es una cosa natural y la necesidad de instrumentar una serie de principios para garantizarlo a través del tiempo. Es decir, la competencia no es necesariamente intrínseca al comportamiento humano, al menos no en forma plena. Es un juego artificial que se debe estructurar, formalizando sus reglas y conduciéndolo.

Se sostiene que el mercado competitivo no surge de forma natural ni espontánea, sino que r que debe construirse políticamente y sostenerse de forma continua; en otras palabras, se debe creer y crear para asegurar su existencia. Estas intervenciones necesarias van desde lo jurídico (leyes, reglamentos, ordenamientos y tratados internacionales) hasta lo político (creación de organismo e instituciones globales que aseguren su funcionamiento). Esta fuerza de transformación solo es posible a través de una gran fuerza vital, una *Vitalpolitik*⁹⁹. Este esfuerzo es el preámbulo del modelo *hombre-empresa*, condición fundamental del neoliberalismo en su forma actual.

3. *De maximizador racional a una empresa de sí mismo*: en esta transformación progresiva de las estructuras políticas-sociales y del modelo económico, el sujeto que habita el mundo tuvo también que transformarse a sí mismo. El sujeto liberal, maximizador y pretendidamente racional, se transformó progresivamente en el sujeto neoliberal, una empresa de sí mismo que compite

⁹⁹ *Vitalpolitik* fue un concepto acuñado por Alexander von Rüstó de la escuela Ordoliberal y se puede traducir como fuerza vital, aplicada al contexto del proyecto neoliberal.

permanentemente. De esta forma, el agente económico liberal teorizado por Smith, Hume o Ferguson, se transformó en el *homo economicus* neoliberal (Gordon, 2015: 52), más manipulable y conducido y disciplinado gracias a una inédita tecnología de gobernanza. En otras palabras, el maximizador racional del liberalismo clásico fue cediendo su lugar a otro sujeto que asumía la naciente racionalidad económica como premisa en todas las esferas de su vida. Una forma de subjetivación nace de ello. Si para Jeremy Bentham el *homo economicus* está orientado a la búsqueda del cálculo de la utilidad y su motor de acción se centra en el interés personal, su transformación en *hombre-empresa* es su revolución neoliberal: innovación y desequilibrio como condición permanente. Es la representación antropológica, como lo diría Christian Larval (2019), del *management*, la contabilidad y el marketing.

4. *De la búsqueda del interés individual a la búsqueda del crecimiento en un escenario de competencia*: quizás uno de los cambios más importante entre el liberalismo y el proyecto neoliberal estribe en las aspiraciones, pretensiones y objetivos que persiguen las personas. Mientras que el sujeto liberal entiende la racionalidad como una maximización permanente de su interés personal, el sujeto producido por el neoliberalismo ya no busca exclusivamente su interés individual, al menos no en una forma tradicional, amplia e integral, sino que ahora su interés está vinculado a la necesidad de fortalecer su perfil para la competencia y aumentar su rentabilidad en términos económicos. Se podrá pensar que ello es precisamente a lo que se refiere el interés personal, pero al analizar las elecciones que toma el sujeto neoliberal en la consecución de dichos objetivos, muchas veces resulta que actúa en su contra bajo la autopromesa de un bien superior.

Es decir, el sujeto liberal, el *homo economicus*, realiza sus cálculos y toma decisiones en tanto agente económico individual. De acuerdo a la teoría liberal,

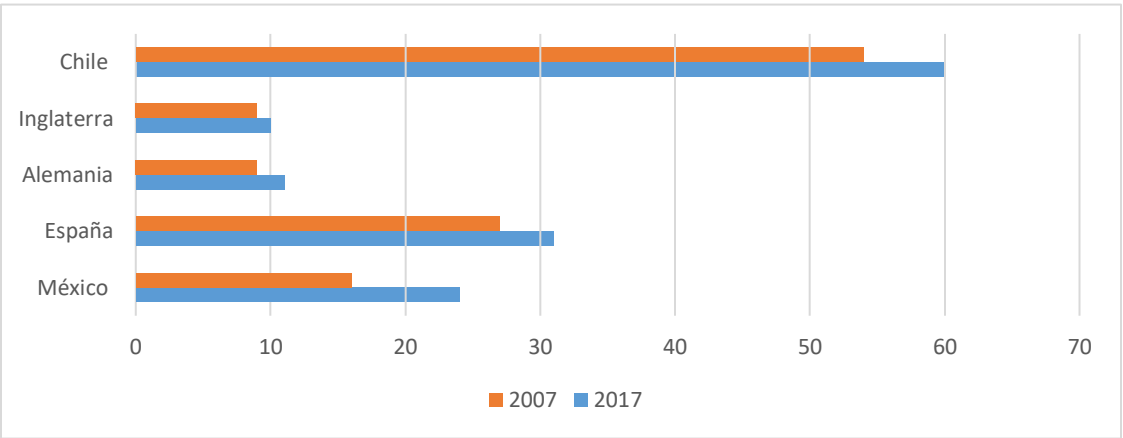
esto propiciaría un bien público a la postre, como sostiene el propio Adam Smith: (el individuo) *“sólo piensa en su propia ganancia, pero en este como en muchos otros casos, es conducido como por una mano invisible a promover un fin que nunca tuvo parte en su intención”: un fin que sirve al bien público*” (Smith, 1976: 477). El Estado es el gran actor que sirve de telón de fondo a cada esfuerzo individual y eso lo hace responsable de lo colectivo. ¿Pero qué ocurre cuando el Estado declina -o es relevado- de esa responsabilidad, y más aún, de esa capacidad de garantizar el bienestar a todos? ¿qué ocurre cuando el sacrificio individual está orientado a un objetivo privado empresarial? Al respecto, Byung Chul-Han sostiene que *“ya no trabajamos para nuestras necesidades, sino para el capital. El capital genera sus propias necesidades, que nosotros, de forma errónea, percibimos como propias”* (Han, 2014: 19).

5. *Del Estado Bienestar al Estado Competencia*: adicionalmente, el Estado bienestar fue desmantelándose y fue perdiendo su responsabilidad como institución de protección social por excelencia. Es decir, en el liberalismo clásico, el Estado conserva su función de proteger al ciudadano a través de acciones y políticas públicas; la naturaleza de la burocracia contiene en sí misma esa obligación. En el neoliberalismo, por el contrario, el Estado se deslinda progresivamente de esta obligación y busca diseñar un modelo en donde cada sujeto sea capaz de cuidarse a sí mismo a través del propio mercado. Es en este sentido que el neoliberalismo empuja al ciudadano a una competencia permanente y lo proyecta como actor económico. Al respecto, Wolfgang Streeck y Kathleen Thelen compilaron el texto *“Beyond Continuity”* (2005) donde se vierten reflexiones y evidencia empírica de los cambios económicos y políticos en los últimos años con respecto a la capacidad del Estado para brindar bienestar social. En él, Jacob S. Hacker escribe *“Policy Drift: The Hidden Politics of US Welfare State*

Retrenchment” en donde establece la reducción progresiva del Estado en tanto institución responsable del bienestar del ciudadano.

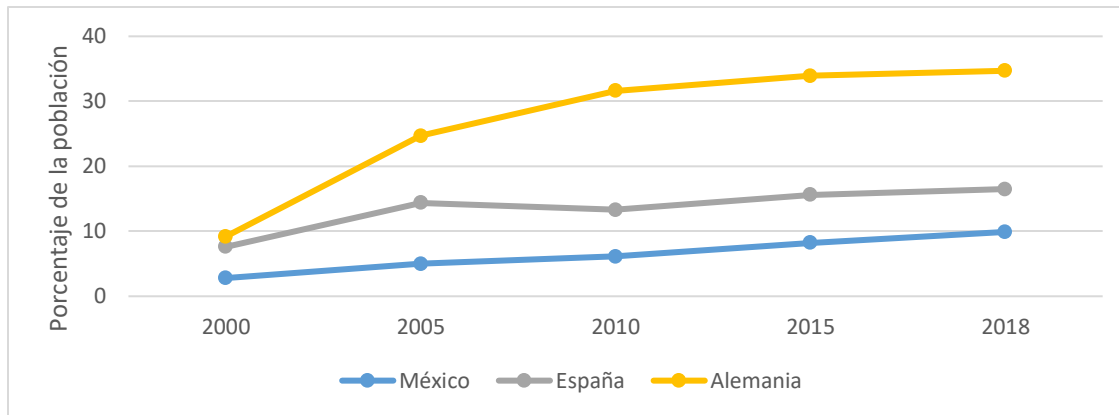
Como ejemplo de esta situación, se muestra en los siguientes *Gráficos* cómo fueron mercantilizándose derechos que anteriormente eran servicios que proveía el Estado. En primer término, el *Gráfico 30* muestra el aumento de matrícula en escuelas privadas en detrimento de la educación pública y su financiamiento entre 2007 y 2017 en una comparativa de 4 países: Chile, Reino Unido, Alemania y España. En el *Gráfico 31* se muestra el incremento en la adquisición de servicios privados ante la falta de sistemas de salud pública suficientes.

Gráfico 30. Aumento en matrícula en escuelas privadas en nivel de educación básica (primaria y secundaria) de 2007 a 2017



Fuente: Elaboración propia con información de Government data; L.E.K. Consulting y “Censo de Escuelas, Maestros y Alumnos en Educación Básica, INEGI 2017 <http://cemabe.inegi.org.mx/>

Gráfico 31. Aumento en la población que cuenta con seguro de gastos médicos privado de 2000 a 2019



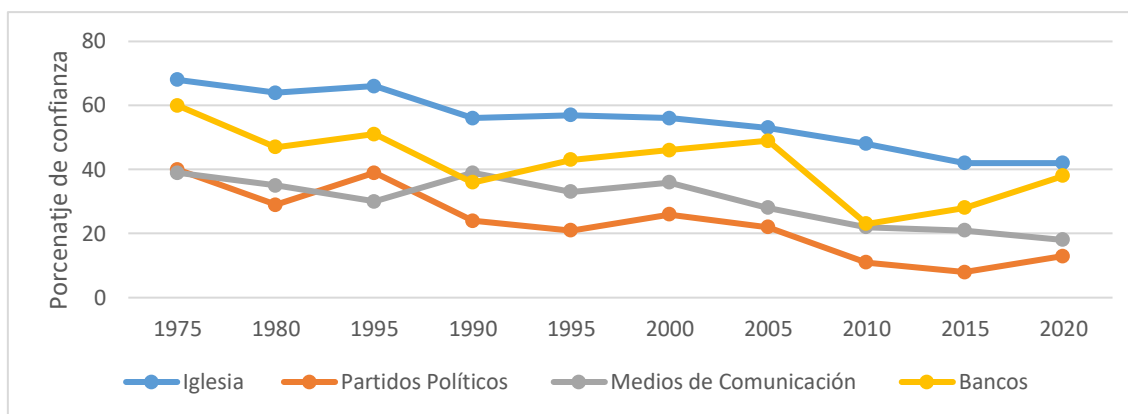
Fuente: Elaboración propia con información de Social Protection: private health insurance de OECD.Stat

6. *De la intermediación a la inmediatez:* la intermediación entre el individuo y el Estado o cualquier otra estructura jerárquica de poder, organizada a través de corporaciones, partidos, asociaciones, congregaciones, sindicatos o clubes, juega un papel fundamental en la democracia liberal tradicional. Prácticamente, hace funcional el principio de representatividad y sustenta al de soberanía. Sin embargo, el proyecto neoliberal emplea una narrativa que cuestiona la capacidad de eficiencia del Estado y lo deslegitima. En este sentido, la desconfianza progresiva y sistemática en los cuerpos intermedios constituye otra de las características que distinguen al neoliberalismo del liberalismo.

Esos cuestionamientos también apuntan hacia las instituciones de intermediación y representación promovidas por el mismo Estado. En esa maniobra se proyecta la idea de un sujeto capaz de responsabilizarse de su propio destino a partir de su esfuerzo individual dentro de un mercado de oportunidades distribuidas meritocráticamente. El descrédito de la intermediación trascendió al resto de estructuras creadas. La digitalidad, con su capacidad de conectar *bis a bis* a los usuarios, le dio el último empujón. El

resultado es una crisis de legitimidad en la intermediación y un individuo dispuesto, quizás ingenuamente, a hacerse cargo de sí mismo. Evidencia de esta situación queda evidenciada en el incremento progresivo y sistemático de la ciudadanía hacia los cuerpos tradicionales de intermediación; no solo los partidos políticos, sino los medios de comunicación o la iglesia. En el *Gráfico 32* se muestra esta tendencia desde 1975 a la actualidad. Se introduce la confianza en los Bancos, en tanto institución, para contrastar el hecho de que estos han aumentado su legitimidad en el mismo lapso.

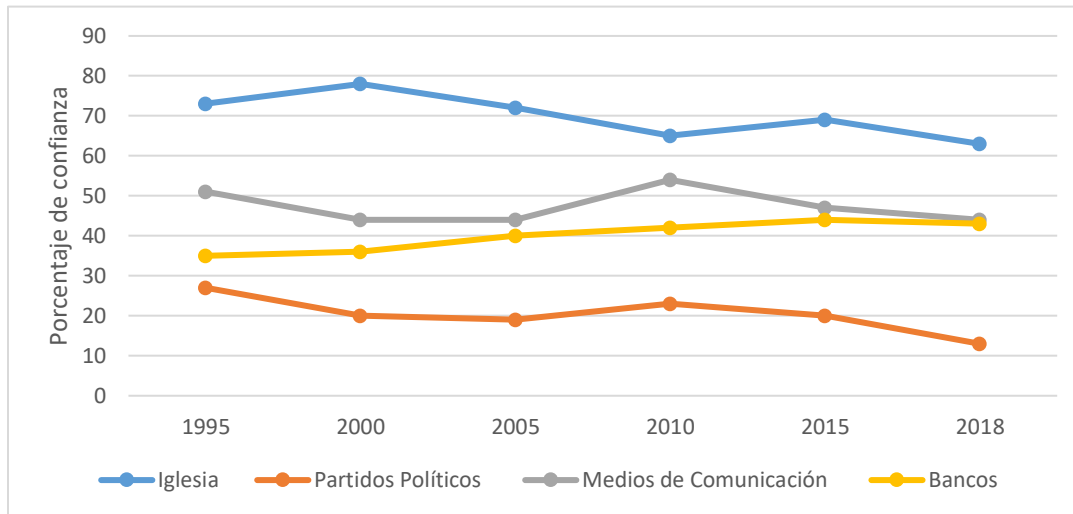
Gráfico 32. Desconfianza en los cuerpos intermedios en Estados Unidos



Fuente: Elaboración propia con datos de Gallup 2020, Confidence in Institutions <https://news.gallup.com/poll/1597/confidence-institutions.aspx>

En la misma lógica, el *Gráfico 33* nos muestra la misma variabilidad en Latinoamérica con algunos matices menores como el hecho de que la Iglesia conserve mejor su prestigio que en Estados Unidos o que la curva de la crisis de 2008 no haya afectado tanto la confianza en las instituciones bancarias.

Gráfico 33. Desconfianza en los cuerpos intermedios en América Latina de 1995 a 2018



Fuente: Elaboración propia con datos de Latinobarómetro: Confianza en América Latina 1995-2015 y Latinobarómetro 2018

7. *El crecimiento como fundamento de legitimidad por encima de la igualdad:* otro elemento importante que distingue al modelo neoliberal del liberalismo tradicional es el cambio de elementos que sirven de fundamento de legitimidad al Estado. La sociedad liberal, incluso durante el periodo del Estado bienestar, tenía la expectativa de que el Estado debía asegurar una serie de condiciones mínimas y evitar, en la medida de lo posible, una desigualdad radical. Esto no significa que existiera una justicia social plena o una igualdad total, pero el tipo de estructuras sociales, la diversidad de productos y servicios ofertados por el mercado y las posibilidades de adquirir diferenciadores de status, no estaban presentes en cada espacio de la vida. Como señala Michael Sandel en *“Lo que el dinero no puede comprar”* (2013) *“Los valores del mercado empezaron entonces a desempeñar un papel cada vez mayor en la vida social”* (Sandel, 2013: 5).

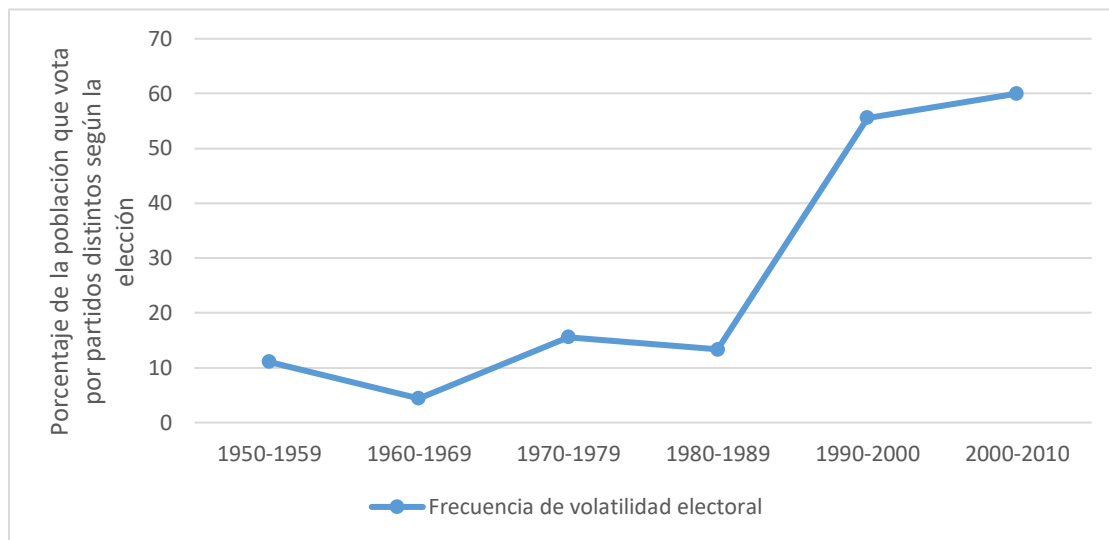
Con el arribo del neoliberalismo, el mercado fue mercantilizando cada vez más productos y servicios. El Estado fue replegándose en la función de proveer bienestar y, por tanto, su principio de legitimación tuvo que desplazarse. El

Estado ya no era legítimo en cuanto mayor bienestar ofreciera o si aseguraba relaciones sociales igualitarias, sino en cuanto podía crecer económicamente. Es decir, un Estado que no crece es un Estado fracasado. En el neoliberalismo, la legitimidad se centra fundamentalmente en un elemento: el crecimiento económico del Estado. Este mantra también se traslada al éxito personal: la felicidad, la libertad y la dignidad se supeditan al éxito económico. El neoliberalismo no vulnera arbitrariamente ni entra en contradicción con los derechos naturales, la dignidad o la justicia, simplemente le son ajenos. No son propios de su lógica interna, de su configuración y lenguaje. Luego, el mal gobierno no parte necesariamente de la maldad del príncipe, sino de su ignorancia (Foucault, 2007a: 34). Los expertos de la economía rempazan a los viejos consejeros del Rey. Pero el neoliberalismo, a pesar de que está desprovisto de límites y consideraciones éticas, no es invasivo ni coactivo. No se percibe como un régimen inmoral y maligno, sino todo lo contrario: el neoliberalismo se justifica en la libertad del sujeto, en su completo y total libre albedrío.

8. *Flexibilización del compromiso político*: finalmente, se puede apuntar que las estructuras sociales y políticas del neoliberalismo tienen lazos menos sólidos y un compromiso menor que en el liberalismo. Esto ocurre en cierta medida porque en la RN se plantean nuevas formas de organización colectiva que son asimilables con el individualismo y por tanto aparecen más cómodas y naturales. Mientras que el tipo de organización social y política liberal implica un esfuerzo considerable del individuo y cierta renuncia a su individualidad, el proyecto neoliberal promueve nuevas formas de asociación y vínculos más flexibles. En este sentido, aunque el neoliberalismo no se presenta a sí mismo como radicalmente individualista, reivindica permanentemente el valor del individuo y su autonomía, promoviendo nuevas formas de organización y

colectividad social que no subsuman su identidad individual. En el apartado 2.3 de la *Tercera Parte* de esta investigación “*Sobre el impacto político de las prácticas digitales*”, se desarrollan de manera puntual estas formas y su precariedad y volubilidad en la participación política y social. En el *Gráfico 34* puede verse el aumento de la volatilidad electoral y el decrecimiento de la fidelidad a un partido político concreto. Obsérvese el punto de inflexión ocurrido desde mediados de la década de los años ochenta.

Gráfico 34. Aumento en la volatilidad del voto en países europeos de 1950 a 2010



Fuente: Elaboración propia con datos de Peter Mair (2005) *¿Gobernar el vacío? El proceso de las democracias occidentales.* New Left Review.

Nota: La frecuencia de volatilidad electoral se calculó con el promedio de volatilidad electoral de los siguientes países: Austria, Bélgica, Dinamarca, Francia, Finlandia, Alemania, Islandia, Irlanda, Italia, Luxemburgo, Holanda, Noruega, Suecia, Suiza y Reino Unido.

En resumen, se puede afirmar que el neoliberalismo se ha diluido en una doble dimensión: como realidad práctica y como significante conceptual. La primera dimensión le ha permitido asentarse en cada espectro de la vida, la segunda lo ha hecho invulnerable a la crítica. Como toda racionalidad histórica, el neoliberalismo inaugura un conjunto de prácticas que poseen discursos y albergan dispositivos propios ajustados a la competencia como criterio rector.

Funda una nueva forma de gubernamentalidad que trasciende al gobierno en su forma de institución tradicional. El Estado pierde la rectoría o el monopolio de la razón y esta se bifurca estableciendo nuevos límites para las prácticas políticas. Estos límites se orientan a nuevos objetivos entendidos como el crecimiento económico y la competencia permanente que se convierten en sinónimo de eficacia gubernamental. Estas condiciones surgen internamente a partir de los propios objetivos que establece el Estado y determinan lo que se debe y lo que no se debe hacer. El Estado que trascienda esos límites no será simplemente un gobierno ilegítimo o usurpador, será un gobierno torpe e inadaptado con su entorno.

3. Racionalidad neoliberal: conceptualización y prácticas específicas

En función de la breve revisión genealógica del concepto de racionalidad y de la descripción del proceso de inflexión entre liberalismo y neoliberalismo que se ha realizado, es conveniente delimitar en este apartado cómo se entenderá el concepto de racionalidad neoliberal en esta investigación. A manera de premisa, se debe recordar que la *RN* es analizada a través del impacto que las prácticas digitales contemporáneas. Es decir, a partir de las reflexiones vertidas en esta tesis, la evidencia empírica mostrada y el estado del arte existente sobre este fenómeno, se asumió la decisión metodológica de vincular los efectos de la digitalidad a la racionalidad disponible a manera de rendija de observación. En este sentido, se reconoce que la selección metodológica fue una alternativa analítica deliberada, pero no por ello arbitraria, ya que se justifica por la trascendencia del fenómeno en el mundo contemporáneo.

Por otro lado, el incorporar el concepto de *RN* para sintetizar al conjunto de características que determinan el estado de ordenación social, cultural, política y económica, no implica compartirlo o rechazarlo, simplemente es asumirlo como marco reflexivo. Situar desde una posición normativa para analizar fenómenos políticos es una premisa que debe ser anunciada de manera honesta en una investigación. De otro modo, todo esfuerzo por parecer objetivos e imparciales no hace sino desconocer los principios que orientan su crítica (Butler, 2001). Es preciso señalar que la racionalidad no se dimensiona aquí como un sistema global pleno.

En esta tesitura, el presente trabajo dimensiona el término de *Racionalidad Neoliberal* como una forma de racionalidad dominante en el mundo contemporáneo que se ha potenciado correlativamente al arribo de la era digital y que es capaz de albergar en su interior los principios rectores de los diversos dispositivos específicos ya existentes. En virtud del alcance exponencial de la condición digital, la *RN* será dimensionada como una racionalidad de alcance global -aunque centrada fundamentalmente en el denominado mundo occidental- que tiene la capacidad de diseminar digitalmente los principios característicos del proyecto neoliberal y configura una subjetividad específica.

3.1 Delimitación del concepto de racionalidad neoliberal en función de esta investigación

La forma de racionalidad específica, en tanto racionalidad histórica, que se expone en este trabajo se encuentra ligada a una dinámica particular de subjetivación. Foucault sostenía al respecto que los individuos interiorizan los criterios de la racionalidad dominante a través de procesos disciplinares

presentes en los dispositivos de su época. Esta idea no es nueva; sobre esta cuestión, Thomas Hobbes había escrito 300 años antes, en *De Cive*, que “*el hombre no está equipado para la sociedad por la naturaleza, sino por la disciplina*” (Hobbes, 1972: *De Cive* 1.1). Según esta tesis, los procesos disciplinares relativos a cada época se han venido perfeccionando. Los sujetos no son plenamente conscientes de su condición puesto que la tecnología disciplinar se corresponde con el “*sentido común*” que priva dentro de la sociedad y, por tanto, forma parte de la estructura organizacional en la que el sujeto ha crecido, donde se ha relacionado y de donde ha obtenido su concepción de la vida.

El desbordamiento del territorio tradicional de aplicabilidad de una racionalidad específica es también un elemento fundamental para dimensionarla en tiempos digitales. La racionalidad comprendía tradicionalmente un principio y un ámbito de aplicación: el Estado. Sin embargo, con la globalización -y el conjunto de transformaciones que se relacionan a ella- este espacio aparece rebasado. La RN ha mermado progresivamente la rectoría del Estado y lo ha relegado a ciertas funciones de mantenimiento del mercado y la competencia, o al menos lo ha reducido sensiblemente a ello. Se ha dicho que el Estado cumple la función de “*núcleo*” articulador de las relaciones de poder contemporáneas; pero quizá es tiempo de reflexionar su protagonismo al respecto.

El Estado, como encarnación visible del poder, ha sido objeto de desgaste en su legitimidad y ha limitado sus capacidades funcionales y su carácter articulador del poder. Ha resentido un embate sin precedentes en donde las relaciones de poder se han rebelado contra él y sus instituciones principales. Tampoco esta narrativa contra el Estado es plenamente una innovación. Aunque el proyecto neoliberal se caracteriza por pronunciarse contra un Estado fuerte y robusto, el antiestatismo o la fobia al Estado no es un discurso absolutamente propio de

esta racionalidad. En realidad, viene de mucho más lejos, sin embargo, es posible distinguir la profundización de esta consigna a partir de las últimas décadas propiciando un relativo vaciamiento.

Esto obedece a que la consigna antiestatal dejó de ser propia de los sujetos marginales y excluidos para convertirse en parte integral de los discursos de la RN. Pareciera ciertamente una paradoja: ¿Cómo es posible que la misma racionalidad gubernamental sostenga un discurso que cuestiona la centralidad e intervención del Estado? En este sentido, Foucault empieza a distinguir que *“el Estado no es nada más que el efecto móvil de un régimen de gubernamentalidades múltiples”*, que solo es posible descubrirlo a partir de esas prácticas de gubernamentalidad (Foucault, 2007a: 96). El detrimento de la capacidad del Estado ha supuesto el fortalecimiento de otras estructuras de articulación de las relaciones de poder aunque en realidad su función es que el gobierno estatal se disponga al servicio de los mercados y representando sus intereses. Sus estructuras son más *“liquidadas”* y complejas de precisar; que escapan a todo poder democrático porque no se perciben con tanta nitidez y por lo tanto, son difíciles de disputar como las instituciones globales, los capitales financieros y sus estructuras o los sistemas culturales globalizados.

En otro orden de ideas, el análisis de la RN no implica exclusivamente comprender el conjunto de ideas contemporáneas dominantes o sus conceptos rectores desde una mera perspectiva teórica; el objetivo de emplear a la RN, como herramienta de análisis de los fenómenos actuales consiste en otorgarle sentido a las prácticas que ocurren en la cotidianidad. Puesto que la racionalidad es sólo realidad inteligible a través de prácticas, el análisis dialéctico entre práctica y discurso permite conectar ciertas regularidades observables en las diversas prácticas y vincularlas a criterios capaces de fundamentarlas. Estas

prácticas contemporáneas son revolucionarias en cierto sentido. Es decir, el neoliberalismo surge como una práctica revolucionaria con respecto al orden social previo. Es por ello que no debe confundirse, ni al neoliberalismo ni al mercado, con expresiones conservadoras, pues son todo lo contrario. En estos fenómenos se alberga la incertidumbre y la transformación permanente. Son estructuras en constante movimiento y atentan contra cualquier pensamiento que reivindique la conservación del *status quo*.

El problema es que se suele interpretar que cualquier sistema que favorece el fortalecimiento del capital y de sus élites como un movimiento de conservación o de derechas. Sin embargo, al valorar sus elementos potenciales, es más parecido al movimiento de transformación y revolución que postula la izquierda progresista, sólo que no se mueve en la dirección que esta quisiera. Es por esta condición que tanto el conservadurismo tradicional como la izquierda clásica han querido disputarle su hegemonía. La reacción contemporánea (*Backlash*) de proyectos como el de Donald Trump en EEUU, Matteo Salvini en Italia, Viktor Orbán en Hungría o Marie Le Pen en Francia, se orientan en contra de ciertas características o efectos del neoliberalismo desde una posición nacionalista autoritaria que pudiera parecerse más a la derecha. Por supuesto, sin promover alternativas que los sustituyan como *Racionalidad*.

Sobre esta cuestión han escrito recientemente la politóloga Pippa Norris y Ronald Inglehart, en su texto "*Cultural Backlash*" (2019) donde analizan empíricamente la clasificación de los Partidos Políticos europeos según su tendencia a asumir valores vinculados al populismo autoritario. En este texto demuestran la dificultad de categorizar en los clivajes tradicionales a las nacientes reacciones globales. Esto es un ejemplo de las muchas coincidencias que existen entre con las denuncias y críticas al neoliberalismo por parte de

proyectos supuestamente antagónicos.

En otras palabras, bajo los clivajes políticos tradicionales, es difícil establecer las características de los proyectos políticos actuales. Y simultáneamente, los principios rectores de la RN terminan por integrarse en ellos. Como sostiene el Profesor José Luís Villacañas (2016), quizás el neoliberalismo no sea ningún dispositivo teórico sino una lógica de gobernanza. Como tal, no se autorregula bajo supuestos éticos o principios teóricos. Crece, se transforma y reorganiza según la propia naturaleza de sus prácticas institucionales. Ya Weber y Shumpeter sostenían que el capitalismo se apoya en fuerzas anti-conservadoras y el neoliberalismo fue la radicalización de esta revolución.

Dentro de las técnicas más eficaces de la subjetivación en la RN, destaca la implantación del concepto de *resiliencia* a través de distintos dispositivos que interpelan a cuerpos precarios. Estos cuerpos deben aceptar su condición y seguir esforzándose para superarla en tanto individuos responsables de sí mismos. La desactivación de la lucha colectiva y de la disputa de las condiciones estructurales de dominación se hace evidente. Para configurar la resiliencia hace falta la multiplicación de seminarios especializados, libros de autoayuda, las técnicas del *management* personal o los productos que procuran el desarrollo de la inteligencia emocional en la resiliencia. Incluso nace una estrategia de disciplinar capaz de ser auto-administrada entre los mismos sujetos sin la mediación profesional o científica: *el coaching*.

Ya sea personal, empresarial o institucional, el *coaching* emerge como técnica de acondicionamiento personalizado para alcanzar nuevos objetivos individualmente, siempre como individuos. En un estudio realizado por Jeff Sugarman, profesor de Simon Fraser University, publicado en 2015 denominado

“Neoliberalism and psychological ethics”, se estudia la relación de subjetivación neoliberal a partir de estímulos psicológicos. En él se menciona el papel del Coaching como instrumento eficaz en dichas prácticas. He aquí una muestra de la proliferación de mecanismos instituidos de manera imperceptible en la sociedad para garantizar su funcionamiento en los términos neoliberales.

Para autores como Byung Chul-Han, la RN se alimenta de una técnica de dominación que apela al control de la *psique* de manera productiva. La psicopolítica, como la denomina, actúa por medio de una programación y control psicológicos (Han, 2014: 117). Este tipo de análisis tiene como antecedente los trabajos de Alexandra Rau (2010) en su monografía *Psychopolitik* donde define la psicopolítica del régimen neoliberal como forma de gobierno Biopolítico: *“Por tanto, si bien la psicotécnica, desde un punto de vista de la teoría del poder, puede ser vinculada con la sociedad disciplinaria, quiero contemplar la biopolítica como una forma de gobierno biopolítica”* (Rau, 2010: 298)¹⁰⁰.

La RN, a pesar de incorporar los criterios de competencia y crecimiento en toda ponderación, no es meramente una racionalidad económica. Si se entiende la economía como un modelo estructural de la producción y el capital, sus criterios se expanden hasta subordinar a otros principios que sustentan diversas esferas de vida. Los criterios de ponderación de la economía tradicional devienen en una forma particular de simbolismo y cultura. La RN se erige, a la vez, como un sistema normativo, una *razón* global, una práctica gubernamental, económica y empresarial; empero, sobre todo, como un productor de subjetividad capaz de reorganizar integralmente las relaciones sociales y los criterios a través de los cuales valoramos cada esfera de la vida. Es decir, *“el modo en que nos vemos*

¹⁰⁰ Citada por Byung Chul-Han en el texto de Psicopolítica (2014)

llevados a comportarnos, a relacionarnos con los demás y con nosotros mismos” (Laval y Dardot, 2013: 14).

La *razón* neoliberal somete todo a su propio interés y funciona a partir de sus propios criterios al grado de que la propia naturaleza se convierte así en objetivo de dominación. Ante la emergencia climática contemporánea, la crítica a la racionalidad ha encontrado un asidero profuso en las reflexiones sobre la naturaleza y el impacto ecológico (Trischler, 2017; Arias, 2018; Srnicek y Williams, 2016). Es decir, una de las críticas más consistentes a la racionalidad dominante se centra en la incompatibilidad de esta y la sustentabilidad natural del mundo. Cuando Laval y Dardot explican en *“La nueva razón del mundo”* (2013) que el neoliberalismo es una *razón* mundial, lo dicen en dos dimensiones complementarias: una *razón* mundial en tanto que se ha dispersado a nivel global, y una razón global en tanto que trasciende cada esfera de la vida humana; una *razón-mundo* (Laval y Dardot, 2013: 14).

4. Límites y alcances de la reproducción de la racionalidad en lo digital

Cuando en 2008, la crisis económica global brotó con epicentro en la quiebra de Lehman Brothers¹⁰¹, se especuló que aquello significaría el inicio del fin del modelo neoliberal reinante. Incluso el premio Nobel de economía, Joseph

¹⁰¹ Para ver al respecto: “What Might Have Been, and the Fall of Lehman” de Andrew Ross Sorkin, Publicado por New York Times en septiembre de 2013. Disponible: <https://dealbook.nytimes.com/2013/09/09/what-might-have-been-and-the-fall-of-lehman/>

Stiglitz, así lo vaticinaba (2008). Poco después, dichas profecías elaboradas por politólogos expertos no solo no se cumplieron, sino que la *RN* parece haberse dispersado y arraigado aún con más fuerza. Como señala Laval y Dardot, quizás el error fue de diagnóstico al suponer que una crisis del capitalismo financiero suponía automáticamente una crisis del modelo neoliberal (Laval y Dardot, 2013: 12). Pero el neoliberalismo ha demostrado ser algo más que una racionalidad económica que pueda ser analizada y reformulada a partir de bases científicas y empíricas.

Por el lado opuesto, también es un error suponer que la *RN* es absolutamente plena e insustituible. Pensarla como una condición contemporánea no implica que se le considere inevitable y mucho menos infalible a través del tiempo. En realidad, al momento de escribir este trabajo doctoral, existen múltiples evidencias de un resquebrajamiento del proyecto neoliberal como consecuencia de la precarización, la desigualdad, la insostenibilidad ecológica y más recientemente, la pandemia del Covid-19¹⁰². El desgaste y la pérdida de credibilidad del modelo de libre mercado, presuntamente desregulado y capaz de producir una mejora en la calidad de vida de las personas bajo la premisa de no ser intervenido por el Estado, es una realidad. Cada día se producen una mayor cantidad de análisis e investigaciones que informan sobre los límites y la falibilidad manifiesta de dicho modelo.

Es decir, hay datos que hacen evidente las fallas del modelo global de la *RN*; la crítica viene desde la economía (Piketty, 2014, 2019), la ciencia política o la

¹⁰² Esta pandemia global denominada Covid-19 surgió presuntamente en Wuhan, China, a finales de 2019. Sin embargo, el primer semestre del 2020 ha sido caótico para el mundo en razón al confinamiento masivo de personas en distintos países y la ralentización de la economía global. Más adelante, y por el inevitable interregno que se vive, profundizo sobre la probable repercusión de esta situación.

filosofía. Cada vez son menos los que defienden abierta y públicamente el neoliberalismo como premisa. Sin embargo, es un error suponer que ello representa automáticamente su quiebra.

A pesar de la proliferación de cuestionamientos, críticas o hipótesis que retan la dominación del neoliberalismo, las prácticas y los principios rectores que la orientan permanecen casi intactos. Esta es la paradoja que ciñe esta investigación: la potencial crisis y la feroz crítica al neoliberalismo, desde la teoría y los movimientos sociopolíticos actuales, no aseguran la emergencia de un proyecto alternativo que lo reemplace ni el surgimiento de prácticas que lo contravengan. Como hemos evidenciado en este trabajo, las luchas, reivindicaciones y antagonismos actuales tienen un gran impacto y son más explosivos que antes, pero también son más capilares, superficiales y estéticos. Esta doble condición concurre al mismo tiempo: la *RN* es, simultáneamente, un concepto de constante disputa y creciente descrédito, y un conjunto de prácticas globales y criterios rectores dominantes.

De lo anterior se desprenden los siguientes cuestionamientos: ¿Por qué, a pesar de la visibilidad de las prácticas digitales y la interactividad global, las disputas por subvertir las prácticas de la racionalidad neoliberal parecen ineficaces? ¿cómo es posible que, a pesar de la proliferación de críticas y cuestionamientos, las prácticas comunes al neoliberalismo permanezcan intactas e incluso se multipliquen? ¿Cuáles son entonces los límites de la *RN* y cuáles sus alcances a través de las plataformas digitales en expansión? En realidad, sobre estas cuestiones se ha venido trabajando a lo largo de la presente investigación y se ha reflexionado con detenimiento el desarrollo de estos comportamientos.

En lo que sigue, se propone distinguir cuáles son los límites y los potenciales

alcances en la reproducción y sostenimiento de esta racionalidad dentro de la sociedad contemporánea, así como las posibilidades de subversión en función de los datos disponibles. Lo anterior con el propósito de utilizar la evidencia enunciada en este trabajo para dilucidar la hipótesis propuesta en el sentido de que las prácticas digitales han asumido el papel de un dispositivo biopolítico digital que ha potenciado la expansión de la racionalidad neoliberal.

4.1 ¿las prácticas digitales como herramienta subversiva o reproductiva?

Pensar políticamente la posibilidad de reproducir o subvertir la racionalidad neoliberal a través de las prácticas digitales implica suponer que los usuarios son conscientes de aquellos principios que la sostienen. Toda crítica que no atina a identificar las cuestiones fundamentales que pretende transformar, difícilmente puede tener éxito. En este sentido, el neoliberalismo se ha caracterizado por la producción de estructuras complejas, líquidas y de poderes difusos (Greppi, 2012). Esta situación proyecta a la *RN* como una sombra abstracta que impide reconocer sus elementos y, por lo tanto, subvertirlos. El tipo de prácticas cotidianas están afianzadas en el sentido común impuesto y se corresponden con una estructura ideológica imperante. Incluso el tipo de prácticas vinculadas con las reivindicaciones que plantean la necesidad de buscar modelos disruptivos, reproducen en su esencia los criterios neoliberales.

Es decir, subvertir o antagonizar una idea requiere como premisa un ejercicio de nominación; distinguirlas con claridad es condición necesaria para luego asignarles ciertas dimensiones y, por supuesto, proponer una alternativa que las sustituya. Si esto ya es una cuestión problemática en las teorías del conflicto, en el territorio digital se vuelve aún mucho más complejo. La disputa requiere la

asignación y construcción de posiciones antagónicas. En una sociedad compleja, de poderes líquidos, de estructuras difusas, esta asignación se ha vuelto una tarea política casi imposible. Los términos del debate son impuestos por entidades indefinidas y difusas, desestructuradas e intermedias entre la singularidad y la multiplicidad (Camargo, 2015). En la digitalidad, lo líquido se vuelve gaseoso; lo difuso se vuelve abstracto y la asignación de posiciones antagónicas, se vuelve un esfuerzo capilar, superficial.

La democracia contemporánea enuncia la virtud del individuo y su forma específica -y condicionada- de libertad. Incluso plantea que, en gran medida, las formas de dominación y explotación han sido relativamente superadas, así que produce un tipo de lucha orientada, más que a la clásica emancipación política, a la ampliación de libertades en una sociedad que promete recompensas al esfuerzo individual. En este sentido, es conveniente vincular estos rasgos de la disputa del poder con las manifestaciones recientes a través de las prácticas digitales. Es decir, tratar de indagar en el efecto de las redes virtuales para la configuración de antagonismos, de sujetos políticos, de colectividades globales, de un populismo digital o de la capacidad de articular proyectos alternativos.

Las características de las disputas que son posibles en la digitalidad comparten ciertos elementos comunes. En primer término, son luchas que se configuran a partir de objetivos visibles, de banderas concretas y de objetivos inmediatos. En la época de la inmediatez no hay tiempo para la guerra de posición que postulaba Gramsci, al menos no como estrategia deliberada. En la digitalidad se produce un tipo de confrontación más parecida a la lucha de asalto, estruendosa, frontal y espectacular. Esto es útil para la rápida articulación de un sujeto político digital, pero a la vez, resultan disputas más efímeras y contingentes.

La espuma baja en poco tiempo y deja a su paso una barrera de contención que encubre y protege a la racionalidad dominante. Los ejemplos de movilizaciones recientes en el Egipto de la Primavera árabe, los *Ocupas* de *Wall Street*, los *Chalecos Amarillos* en Francia o las manifestaciones por una educación pública universal en Chile, comparten ciertos elementos: 1) surgen intempestivamente; 2) adquieren visibilidad global; 3) se organizan a partir de una consigna concreta o un simbolismo compartido; 4) proyectan un “*otro*” contra quien dirigen el reclamo; 5) generan altas expectativas entre sus simpatizantes; 6) emplean recursos digitales para lograr la articulación.

Ahora bien, cada una de estas condiciones tienen un reverso que impide las transformaciones radicales y que se pueden expresar de la siguiente manera: 1) suelen ser efímeras y breves; 2) la sobrexposición mediática del movimiento muy pronto satura el margen de atención social y pierde su interés; 3) la consigna que interpelan, o bien es tan concreta que resulta asimilable al sistema para satisfacerla sin trastocar de fondo la estructura, o bien es tan abstracta y ambiciosa que no es posible imaginar soluciones inmediatas. En ambos casos, carecen de un modelo de transformación escalonado, parcial y progresivo que apunte a objetivos de mediano y largo plazo; 4) el “*otro*” impugnado suele personalizarse, es decir, se convierte en la expulsión de un individuo o de un pequeño grupo de las instituciones o estructuras cuestionadas. Sin embargo, difícilmente se organiza la disputa frente a dinámicas estructurales complejas. Se sustituye al individuo, pero no se proponen alternativas de sistema; 5) La expectativa de resultados inmediatos se ve frustrada y provoca desilusión en los simpatizantes. En una sociedad habituada a los satisfactores directos, toda postergación de un objetivo aparece como impedimento y produce frustración; 6) Las mismas prácticas digitales que facilitaron la articulación impiden su

continuación en el tiempo. En un modelo digital sustentado en la economía de la atención, pronto se generan nuevos estímulos que sustituyen a los anteriores. Así, toda frustración puede ser sustituida por un nuevo objeto de deseo.

A través de esta paradoja entre la facilitación y la frustración contingente de la disputa política y la movilización social, se puede comprender mejor la expansión de la RN y el sostenimiento de sus prácticas. Una tensión permanente en las relaciones de poder que, sin embargo, se equilibra. Se dice que lo que resiste también apoya, y toda actitud crítica que resista una forma de gobierno específica, solo puede aspirar a ser gobernada de otro modo (Foucault, 2017: 8). En otras palabras, toda tecnología de gobierno ha sido acompañada históricamente de la emergencia de formas de resistencia, de cierto grado de desconfianza, del intento por limitarlas y recusarlas. Ya lo advertía Gramsci cuando hablaba de la *“coexistencia contradictoria de fuerzas reactivas y emancipadoras habitando en la cultura popular”* (Cadahia, 2018: 11). El no querer ser gobernado es siempre no querer ser gobernado de cierta forma y a través de ciertos procedimientos. Pensar en un objetivo plenamente anárquico es una quimera pues siempre existirá la necesidad de dotarnos de premisas mínimas de organización social.

4.2 La paradoja de la “diversidad” en lo homogéneo

Para comprender el desempeño y la eficiencia del neoliberalismo, en tanto racionalidad práctica, no hay que buscar sus fundamentos en la pureza de una teoría concreta ni en la coherencia de una ideología acabada, sino en las dinámicas en que se recrea y se diseminan sus contenidos. En relación a lo anterior y a manera de preámbulo para la exposición de los criterios rectores de

la racionalidad neoliberal, se propone distinguir una condición que constriñe e impacta toda conversación digital: la “*diversidad*” como valor y como discurso límite. Es decir, la diversidad, en la forma que se expondrá, opera sobre la dinámica de interacción digital y afecta la configuración de relatos, conceptos, preferencias y prácticas resultantes del proyecto neoliberal. Por ello es importante subrayarlo y tomarlo en consideración en el análisis conceptual propuesto.

La diversidad se ha convertido en valor *per se*. En la amplitud de los contenidos digitales de alcance global, se ha multiplicado exponencialmente la oferta disponible en cuanto al tipo de música que se consume, la ropa que se utiliza, la conceptualización de lo que se entiende como arte y cultura, la forma espiritual que se profesa, el tipo de actividad física que se realiza, las manifestaciones estéticas o las estructuras institucionales. Esta diversificación genera un panorama social que reconoce y valora lo diverso. Para dimensionarlo mejor, conviene pensar que la cuestión que está al centro de la reflexión es el mismo concepto de diversidad y su relación con el fenómeno de la fragmentación discursiva. Sin embargo, como se analizará en lo que sigue, esta versión de diversidad se encuentra constreñida por marcos de actuación que funcionan como fuerzas límite que modulan y modelan el comportamiento y las preferencias sociales. En otras palabras, la función estratégica de la diversidad, en su forma contemporánea, no es tanto la fragmentación y pluralidad de identidades como la limitación que establece a través de ciertos criterios rectores que funcionan discreta pero efectivamente.

La idea de diversidad que se ha desarrollado en las últimas décadas ocupa el lugar de un poderoso significante en el imaginario colectivo (Díaz-Polanco, 2006). En cierto sentido, este concepto se intensifica durante el periodo de

posguerra, principalmente a partir de la década de los años sesentas. Es un fenómeno que concurre con el auge de aquello que Nancy Fraser y Judith Butler denominan “*políticas del reconocimiento*” (2016), con las reivindicaciones de los derechos civiles y con las protestas por el respeto a la identidad. Como referencia histórica, se puede identificar emblemáticamente los movimientos de 1968 ocurridos en diversas latitudes del mundo y que articularon un discurso que combinaba un tipo de “*crítica artista*” con otra “*crítica social*”, es decir, se conjuntaron diversas demandas de los estudiantes que exigían mayores libertades, transformaciones culturales y derechos progresistas con reivindicaciones sindicales que abogaban por justicia social y desigualdades verticales.

En aquellos movimientos existía una diferencia fundamental entre el tipo de demandas expresadas discursivamente: las formuladas por el movimiento estudiantil giraban en torno al reconocimiento de sus identidades, de sus deseos y sus diferencias; tenían un alto contenido estético y eran prioritariamente demandas horizontales. Por su parte, las demandas sindicales estaban dirigidas a disminuir la desigualdad vertical, la posición dentro de una estructura jerárquica de marginalidad. Con el tiempo, aquellas demandas horizontales, progresistas y estéticas, fueron fácilmente asimiladas por las estructuras neoliberales que iban conformándose a mediados de los setentas. Lo que es más, no solamente fueron asimiladas, sino que se convirtieron en el sello distintivo de una nueva racionalidad que se proyectaba a sí misma como abierta, progresista e incluyente.

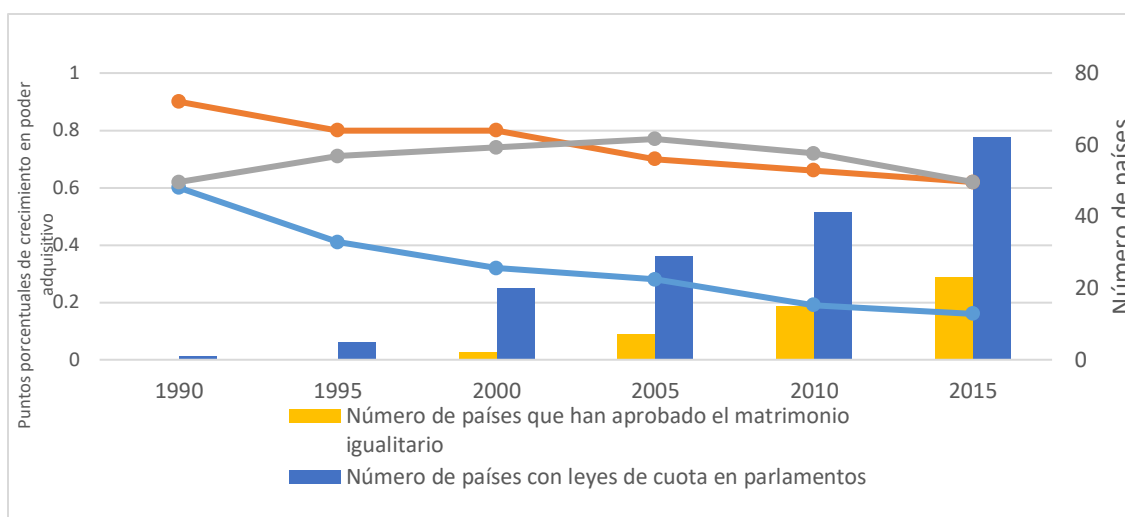
Por otro lado, las reivindicaciones verticales, las más materiales, fueron prácticamente excluidas de este nuevo proyecto porque afectaban directamente a los objetivos neoliberales. El libre mercado podía ser feminista, incluyente a la

diversidad sexual o amigable con los bosques y los ríos, pero no podía soportar un *Estado Bienestar*, garantizar amplios beneficios laborales o servicios públicos universales. La reivindicación identitaria desarrollaba incluso nuevas oportunidades de mercado, mientras las exigencias materiales de las mayorías imponían límites al desarrollo del capital.

Como resultado, se puede observar que mientras los derechos sociales y económicos han mermado en casi toda la estructura social, la percepción de inclusión y respeto a la diversidad ha aumentado. Es decir, mientras se desmontaban los derechos sociales colectivos, se iban construyendo algunos derechos individuales bajo el aura de “*progresistas*”. Estos derechos individuales del mundo contemporáneo se relacionan más con la noción del individuo como consumidor (Dardot y Laval, 2013) y los derechos cívicos se convierten en los derechos del ciudadano de los mercados que goza de derechos individuales y específicos: igualdad política, protección al usuario, derechos de propiedad, protección contra la discriminación, es decir, derechos del consumidor que pueden producir también desigualdades distributivas y dejan al sujeto a merced de la competencia total (Rosanvallon, 2013: 92).

En el *Gráfico 35* pueden observarse dos fenómenos que ocurren simultáneamente: por un lado, el incremento de derechos sociales y civiles, en este caso ejemplificados con el derecho al matrimonio igualitario y la aparición de cuotas de género en los escaños políticos; y por el otro lado, el decrecimiento de las condiciones materiales de bienestar generalizada, manifestado aquí como la pérdida de poder adquisitivo en términos reales de 1990 a 2018. Se consideran tres países como ejemplo, a saber, Estados Unidos, México y España.

Gráfico 35. Correlación entre el aumento de derechos civiles e identitarios frente a poder adquisitivo real de 1990 a 2018



Fuente: Elaboración propia con información de *Bureau of Economic Analysis; Knoema.es "Poder Adquisitivo (PPA) en España"*; Torres y Martínez, 2015. *"Política Económica y Política Social en México"* e *"Indicadores sociales de la OCDE 2016"*, OCDE.

Otro síntoma de los discursos neoliberales es el *auto*-convencimiento o convencimiento estructural, de que se han superado las clases sociales y sus conflictos. El concepto de clase social es relacional a la posición económica que se ocupa y a la capacidad de influencia política que se tiene. La disputa de las condiciones materiales para la realización individual y colectiva era el signo de las reivindicaciones de la izquierda tradicional; el reconocimiento y la influencia política fueron poco a poco revalorizándose en ese discurso. Progresivamente empieza a sustituirse el concepto de clase por el de identidad que aparece como nuevo marco interpretativo del mundo que emergía (Lilla, 2018: 67-75).

Este concepto de *identidad* surge en un mundo diverso que reconoce las diferencias y las integra. No es una diversidad que se agote en el reconocimiento de minorías o colectivos históricamente excluidos, es una diversidad que opera a nivel personal, reconociendo e incentivando el hecho de construir identidades

particulares diferentes al resto. Se ha creado una especie de “*mercado de la diversidad*” (Bernabé, 2018: 93-94) donde se compite por ser “*diferente*”. Esta competencia tiene como consecuencia la fragmentación social y su individuación. Cabe mencionar que el concepto de individualidad no es el mismo que en el liberalismo clásico; es una individualidad neoliberal que trasciende al mero respeto de la propiedad privada y la libertad de creencias. Se convierte en un credo que promueve la virtud de la diferencia y la libertad de elección absoluta. Es una individualidad que se plantea como oposición a lo colectivo y a lo social.

En esta dinámica, las prácticas digitales han logrado un efecto potenciador por sus propias características que fomentan la diversidad y variedad manifiesta de ideas que discurren en sus plataformas virtuales y producen una suerte de *fragmentación discursiva*. Es decir, los discursos que en tiempos *pre-digitales* mantenían una relativa estabilidad y conformaban los grandes relatos, ahora atraviesan un proceso de fragmentación que es evidente en la diversidad de visiones y críticas que se erigen frente a ellos. Las religiones, la ciencia, la educación, el consumo de productos, la alimentación, la sensibilidad con la naturaleza y, por supuesto, las estructuras que sostienen el modelo político occidental fundamentado en los valores democráticos liberales, hoy son cuestionados. Este fenómeno obedece en gran medida al aumento de los debates públicos -ahora digitalizados- sobre cuestiones de la vida común; surgen así puntos de vista divergentes y aumenta la oferta discursiva. Hay una suerte de *guerra de relatos* que compiten entre sí por convertirse en verdades aceptadas.

La diversidad que se manifiesta en las plataformas digitales presupone una multiplicidad inédita de identidades disponibles y asequibles para los usuarios. Estos no tienen que comprometerse con ninguna de ellas en exclusiva y pueden

utilizarlas indistintamente (Rendueles, 2016: 20). El sujeto digital percibe que asume libremente identidades que le son atractivas y se suma a causas o ideas que van acorde con los principios que ha interiorizado durante su vida. Disfruta de la diversidad porque evita las ataduras de una ideología coherente en la que se deba mantener cierta congruencia. La diversidad implica consumir y replicar sólo las partes con las que se identifica en cada relato. Este sujeto se va produciendo a través de la dialéctica entre poder y saber que discurre en la digitalidad. Es por ello que el concepto de subjetivación es absolutamente necesario para desarrollar un análisis integral de las formaciones sociales y políticas dentro de los dispositivos.

De esta forma, la diversidad se ha convertido en un valor *mainstream*¹⁰³, en un bien público o virtud aspiracional. ¿Por qué comprometerse en exclusividad con alguna identidad colectiva que nos remite a la insignificancia de lo homogéneo? Sin embargo, esta diversidad se revela como quimera cuando se analizan las condiciones que la limitan. Las características de la digitalidad, tal como se han desarrollado en esta investigación¹⁰⁴, poseen una serie de constreñimientos y configuraciones que modelan las prácticas en su interior. Tienen límites de movilidad, de selectividad y de acceso a información, aunque ocurran de manera casi imperceptible. Estos constreñimientos operan para premiar ciertos comportamientos, dinámicas, prácticas o actitudes y castigar otros. La dimensión normativa entre lo aceptable y lo marginal actúa en este proceso diseminador.

¹⁰³ Anglicismo empleado para significar la tendencia o moda dominante en un momento determinado.

¹⁰⁴ Sobre los constreñimientos específicos de las prácticas digitales se aborda en la *Tercera Parte* de esta tesis.

Al interior de las prácticas digitales existe entonces una tensión manifiesta entre dos condiciones, aparentemente opuestas, que se producen conjuntamente: 1) la reproducción de discursos como resultado de la capacidad inédita de diseminar contenidos que impactan en usuarios y lugares a los que anteriormente no accedían; y 2) la diversidad de discursos como resultado de la pluralidad de ideas y su fragmentación, de tal forma que no sea reconocible ninguna como dominante. Reproducción y diversidad. Diseminar los discursos y fragmentarlos simultáneamente.

Lo que se intenta plantear es que la tensión entre reproducción y diversidad de discursos no es una cuestión excluyente, sino complementaria. Es decir, es posible que coexista una diversidad de discursos con una homogeneidad de criterios compartidos. Ideas, posiciones, opiniones y perspectivas diversas - incluso antagónicas- promovidas por sujetos que mantienen, en el fondo, ciertos criterios comunes. La homogeneidad en el apropiamiento de los criterios de la racionalidad neoliberal no tiene que ser entendida como uniformidad, sino como una diversidad estética, cultural y de prácticas que ocurren dentro de límites estructurales de una homogeneidad inédita.

Esto ocurre a escala global y de manera permanente. Se produce una disonancia cognitiva como consecuencia de la saturación de contenidos a nivel estructural, es decir, dentro de las prácticas digitales, pero al diseccionarlos es posible reconocer una racionalidad común. Esto nos llevaría a suponer que la relación entre diversidad y homogeneidad digital no es una cuestión de exclusión sino de grado; una forma de tensión permanente que estabiliza al orden establecido y mantiene el *status quo*. Es decir, la diversidad y la fragmentación discursiva operan a cierto nivel institucional, sobre los objetos distinguibles, relativamente comprensibles o concretos, pero pueden dejar intactos los principios en que se

sostienen al no ser plenamente conscientes de ello.

Como señala el profesor Andrea Greppi, la fragmentación a la que está sometido el espacio público impide que el ciudadano común sea capaz de reconocer cómo o quiénes ejercen el poder; ante un poder profundamente diluido, anónimo e indeterminado, al ciudadano se le niega la posibilidad de comprender sobre quien recaen las responsabilidades de la toma de decisiones (Greppi, 2012: 97-97). Luego, todo malestar e inconformidad social tiene graves problemas para organizar sus disputas y reivindicaciones puesto que no tiene claro cuál es la posición antagónica. No se puede disputar lo que no se conoce. Es necesario organizar las demandas contra las estructuras visibles que pueden distinguirse en el espacio público, aunque quizás no sean estas las entidades responsables. Al hacerlo, es probable que los movimientos logren algunos cambios a nivel institucional, pero dejen intactas las estructuras superiores de poder. Foucault señalaba al respecto que la resistencia a las relaciones de poder ocurre como luchas inmediatas que versan sólo sobre los efectos del propio poder (Foucault, 1988: 6-7).

De acuerdo a lo anterior, la diversidad promueve toda la diferencia posible en lo individual e incluso en las estructuras más cercanas, a la vez que establece los límites racionales para la superestructura¹⁰⁵. ¿Es posible que la sociedad más diversa y plural de la historia sea, simultáneamente, la más homogénea en cuanto a criterios y valores compartidos? ¿pueden existir discursos que promuevan posiciones divergentes y, sin embargo, reproduzcan criterios comunes? Con el propósito de responder a lo anterior, se propone observar a la

¹⁰⁵ Se utiliza la jerga de Antonio Gramsci sobre *estructura-superestructura* a modo de ejemplificación. No se desarrolla su significación aquí puesto que se ha realizado con antelación en otras partes de este trabajo.

diversidad como una paradoja que cumple un doble propósito: promover simultáneamente una forma de diversidad estructural y una homogeneidad superestructural. Esto lo logra a través de la utilización de aquellos criterios comunes que constituyen la raíz de la racionalidad neoliberal y que funcionan como marcos de actuación.

4.3 Prácticas límite

La cuestión que pretende desvelar esta investigación es que los efectos de la fragmentación discursiva en las prácticas digitales no producen necesariamente una ruptura radical con ciertos criterios comunes y distinguibles en la racionalidad neoliberal. Si bien es cierto que la pluralidad de relatos es evidente en el contexto de la digitalidad, quizás existan algunos criterios que los subyacen transversalmente. Dicho de otra forma, es probable que las prácticas digitales generen discursos alternativos y posiciones antagónicas que, sin embargo, se alimenten de principios compartidos. A manera de ejemplos prácticos de esta condición, se analizan dos situaciones contemporáneas.

La primera de ellas es la movilización por la disminución de la brecha salarial entre hombres y mujeres¹⁰⁶. En las recientes movilizaciones por erradicar la brecha salarial de género, las organizaciones reclaman que las empresas e instituciones paguen lo mismo a la mujer y al hombre que realicen un trabajo similar. En este caso, la reivindicación del movimiento feminista parece disputar las estructuras de poder establecidas, cuestiona las relaciones heteropatriarcales

¹⁰⁶ En España se han intensificado las movilizaciones contra la brecha salarial desde el 2017. Ver <https://www.europapress.es/epsocial/igualdad/noticia-lucha-contra-brecha-salarial-tarea-pendiente-futuro-gobierno-20190430185734.html>

de dominación y la división sexual en el trabajo. Este movimiento se ha extendido globalmente a través de las plataformas digitales generando replicas en distintos países. A la vez, se ha articulado con otras reivindicaciones para intentar revertir dicha injusticia histórica. Sin embargo, es posible que la posición de disputa deje intactos ciertos criterios que subyacen al mismo orden institucional contra el que protestan: meritocracia, competitividad, mercado libre o capital humano.

El manifiesto de la Huelga Feminista del 8 de marzo del 2018 en España¹⁰⁷ incluye ciertas exigencias sobre la eliminación de la brecha salarial: mismas condiciones laborales, mismo salario, eliminar la temporalidad, combatir la precariedad y romper los techos de cristal¹⁰⁸. El reclamo principal, en este sentido, es igualar las condiciones de las mujeres y los hombres. Sin embargo, este reclamo no se dirige al modelo estructural de la empresa, las relaciones laborales o sus códigos implícitos. Por lo que los criterios centrales que sostienen los principios empresariales permanecen intactos. Incluso, al esbozar la necesidad de replicar las mismas condiciones laborales que mantiene el hombre, o introducir como justificación a dicha solicitud el principio del mérito, se refuerzan estos criterios.

Es verdad que las reivindicaciones feministas muchas veces plantean ciertas consignas de carácter rupturista, pero en la mayoría de los casos es posible observar cómo las exigencias se limitan a cambiar situaciones institucionales sin que ello signifique modificar los valores en que se erigen. Es decir, incluso las reivindicaciones que se organizan contra los modelos institucionales

¹⁰⁷ Ver contenido en <http://hacialahuelgafeminista.org/manifiesto-8m/>

¹⁰⁸ Techos de cristal se refiere a las limitaciones estructurales y discretas para el ascenso laboral de las mujeres al interior de las organizaciones.

establecidos pueden incluir, consciente o inconscientemente, los mismos criterios fundacionales de la posición que disputan. Esta paradoja contenida en las reivindicaciones feministas está siendo también estudiada por diversas autoras que elaboran críticas al respecto (Crispin, 2016; Fraser et al. 2019).

De esta forma, aunque se generen cambios y transformaciones a nivel institucional, pueden permanecer intactos ciertos principios que garantizan la racionalidad dominante. Esta situación no es exclusiva de las demandas feministas. Es posible observar este fenómeno en la gran mayoría de las disputas que se originan al interior del *DBD*. Lo anterior nos lleva a cuestionar la capacidad de transformación real y radical en las prácticas digitales. Quizás la condición de diseminación discursiva en el dispositivo sea más significativa que la de subversión. Quizás la fragmentación de los relatos esconda en el fondo una nueva forma de homogeneización social; ahora, de alcance global.

La segunda paradoja se observa en los movimientos ecologistas y el alcance de sus reivindicaciones. El 3 de Julio del 2018 se celebró el “*Día internacional sin bolsas de plástico*”. En diferentes partes del mundo y bajo el hashtag #YoUsoMiBolsa, usuarios de diversas plataformas digitales se manifestaron para solicitar a las autoridades responsables la prohibición o reducción del uso de bolsas de plástico en tiendas y supermercados. Los usuarios, adheridos a diversos movimientos ecologistas, reclaman que cada año, hasta 12 millones de toneladas de plásticos llegan a nuestros mares y océanos, afectando a más de 550 especies de animales marinos¹⁰⁹. Dos días antes, el primero de julio, entró en

¹⁰⁹ Ver sobre el movimiento #YoUsoMiBolsa y la implementación del real decreto en España: <https://es.greenpeace.org/es/sala-de-prensa/comunicados/asociaciones-ecologistas-demandan-reducir-el-consumo-de-bolsas-de-plastico-ante-la-entrada-en-vigor-de-un-real-decreto-insuficiente/>

vigor en España el real decreto 293/2018 que obliga a cobrar todas las bolsas ligeras (entre 50 y 15 micras) y a prohibirlas en su totalidad a partir del 2021. Con esta medida, España se suma al esfuerzo de distintas ciudades en el mundo que han limitado el uso de bolsas de plástico¹¹⁰.

Como resultado de las regulaciones sobre las bolsas, empresas y establecimientos tendrán que buscar alternativas para sus clientes. Sin embargo, ¿en qué medida esto contribuye realmente al subsanar el daño ecológico en los océanos? Según datos de *Biopedia*¹¹¹, la contaminación en los océanos tiene distintas raíces: desechos industriales, aceites y petróleos, metales tóxicos y drenajes. Las bolsas de plástico representan, en este universo, apenas un elemento poco significativo. El gran problema de la contaminación se centra, como afirma Thomas Piketty, en el modelo de consumo global (Piketty, 2019b). El problema ecológico es en realidad un problema del sistema económico global.

Como se puede observar, la movilización y disputa ecologista a través de las prácticas digitales no es capaz de denunciar el problema de fondo. No se articula en torno al modelo global de consumo y toda su estructura. Cuando se promueve la reducción de bolsas en supermercados, se legitima inconscientemente el modelo de consumo en ellos, lo que en realidad es insostenible desde el punto de vista ecológico. Así, la disputa ocurre a un nivel estructural (bolsas de plástico en establecimientos), mientras se refuerza –o se prolonga– el modelo económico que domina en la racionalidad.

En este sentido, puede ser que la gran mayoría de las disputas y

¹¹⁰ Ver sobre los países que regulan las bolsas de plástico <https://ccee.mx/blog/medio-ambiente/que-paises-prohiben-el-uso-de-bolsas-de-plastico>

¹¹¹ Sobre agentes contaminantes en relación a este tema se puede consultar: <https://www.biopedia.com/la-contaminacion-de-los-oceanos/>

transformaciones que ocurren en las prácticas digitales solo se sucedan en aquello que Gramsci denomina *nivel estructural* (Gramsci, 2017: 21-24). Entonces, la diversidad de las prácticas digitales crea múltiples posiciones de sujeto, ideas y discursos que trascienden la mera virtualidad. Cuando la diversidad entra en conflicto, los términos de éste se producen en aquello que es tangible y visible para los participantes. Por el contrario, la homogeneidad se construye en el terreno de lo imperceptible, de lo anónimo. No se manifiesta a través de la imposición de relatos coherentes o únicos que deban ser aceptados comúnmente, simplemente impregna todo discurso de una serie de criterios fundamentales que lo subyacen. Una suerte de superestructura gramsciana.

4.4 Corolario

A manera de corolario de este apartado, se puede afirmar lo siguiente: el neoliberalismo, en tanto racionalidad práctica, ha evolucionado progresivamente desde su implementación en la década de los ochentas. Las transformaciones que ha propiciado a su paso, tanto en el espectro económico como en el político y social, resultan evidentes en cualquier análisis. Sin embargo, es quizás en el ámbito cultural hegemónico y en la reconfiguración de las relaciones sociales donde su forma de subjetivación se ha desarrollado de manera subterránea, imperceptible y efectiva.

Como se ha observado, con la *RN* también se ha implementado una tecnología de gobierno inédita capaz de reinventarse permanentemente. Las plataformas digitales, en tanto dispositivos abiertos a la contingencia, tienen el potencial de estructurar el campo de acción y el modo de subjetivación en el mundo contemporáneo. Su fortaleza obedece a su instrumentación como proyecto

creativo y productivo que utiliza el mínimo de coacción para orientar la voluntad del ser humano. De esta forma, durante las últimas décadas, el proyecto neoliberal se ha compatibilizado asertivamente con la complejidad de la democracia liberal. Incluso ha sido flexible en cuanto a reciclar, asimilar y reestructurar las demandas que surgen sin que ello signifique abandonar los fundamentos de su propio sistema. Esta dinámica se ha visto afectada sensiblemente por la irrupción de la digitalidad y sus prácticas, pero no tanto para subvertirla como para garantizar y potenciarla de manera inédita.

Adicionalmente, se han distinguido las principales innovaciones que incorpora el neoliberalismo con respecto al liberalismo tradicional. Se destaca la sustitución del intercambio por la competencia como premisa básica del modelo económico y como criterio de ponderación en diversas esferas de la vida. Se considera insuficiente el *laissez-faire* y se inicia una etapa de mayor intervención proactiva del Estado, solo en la medida que garantice el funcionamiento del mercado y la competencia. El maximizador racional deja paso al empresario de *sí mismo* neoliberal en donde el interés particular, en el sentido más estricto de lo privado, es desplazado por el interés económico de crecimiento y acumulación. De esta forma, el Estado Bienestar es ahora un Estado de competencia permanente que se legitima por dicho crecimiento de su economía y no tanto por la igualdad y calidad de vida que garantice. Además, los cuerpos de intermediación que facilitaban el funcionamiento de la democracia son presionados por el fenómeno de inmediatez e interacción directa; con ello, la estabilidad y el compromiso de la política y la militancia, se ha flexibilizado hasta constituir redes flexibles y efímeras.

Finalmente, como se ha sostenido, esta investigación doctoral no es sobre la digitalidad, sino a través de ella. Es un esfuerzo por analizar la racionalidad

contemporánea a partir de sus prácticas a manera de rendija de observación concreta; con todos los problemas que conlleva cualquier análisis realizado sobre un fenómeno en movimiento y vigente. De lo aquí expresado, se puede inferir que atravesamos un interregno de transformación endógena del modelo neoliberal tal y como se conocía; una reestructuración interna de las prácticas comunes a esta racionalidad dominante, sin que ello signifique necesariamente su desaparición. La hipótesis propuesta es que, aún bajo la presión de la intensificación digital, del punto de inflexión que atraviesa el sistema democrático liberal o de la convulsión actual del mercado económico y financiero, los principios y criterios fundamentales del neoliberalismo siguen vigentes en las prácticas contemporáneas y en las emergentes. En otras palabras, no hay una exterioridad plena a la racionalidad neoliberal que esté sustentada en evidencia empírica alguna hasta el momento.

Lo anterior no significa que el orden social establecido permanezca en equilibrio perfecto gracias a un consenso global. Por el contrario, esta racionalidad se sostiene gracias a la tensión permanente, al conflicto irresuelto como condición. Sin embargo, la proliferación de confrontaciones, conflictos y disputas expresadas en la sociedad actual se encuentran limitadas por los propios conceptos rectores de las prácticas neoliberales. Los antagonismos que surgen, dentro y fuera de la digitalidad, comparten ciertas premisas que los constriñen. Es como si existiera un marco de disputa, imperceptible pero efectivo, que restringiera la radicalidad de las contradicciones para salvaguardar los principios de la *RN*.

En la racionalidad neoliberal, las relaciones de poder no se destruyen, se reconfiguran. Pero para lograr establecer nuevos flujos de poder, es decir, nuevas relaciones hegemónicas, se requiere plantear nuevas fronteras, no solo

cambiarles el color o la apariencia. Criterios como la competencia, el capital humano, el crecimiento económico, la responsabilización individual o la meritocracia, permanecen prácticamente intactos en los vaivenes del paisaje global. La crisis geopolítica surgida del derribo de las Torres Gemelas en el 2001 y la crisis económica producida por el modelo financiero y la especulación inmobiliaria del 2008, no fueron suficientes para hacer surgir un proyecto civilizatorio alternativo al de la *RN*. Hasta ahora.

En el siguiente apartado se desarrollarán aquellos criterios que se distinguen como fundamento de la racionalidad neoliberal en cuestión para objetivarlos y operacionalizarlos de manera práctica. Solo de esta forma podremos concluir si son las prácticas digitales un poderoso aliado de la reproducción del neoliberalismo.

Sexta Parte

Los criterios rectores de la racionalidad neoliberal: delimitación conceptual

0. Advertencias Preliminares

Analizar el neoliberalismo como un elemento independiente y abstracto puede llegar a ser un ejercicio estéril. Para lograr *aprehenderlo* es necesario situarlo en relación con algo, objetivarlo para observarlo. En este trabajo se ha propuesto que la racionalidad neoliberal opera a través de una serie de criterios rectores distribuidos en el conjunto de instituciones, discursos y prácticas que configuran el orden establecido. Se erigen como principios fundantes de las estructuras dominantes y se interiorizan en los sujetos a partir del despliegue de una inédita tecnología de subjetivación digital. Son criterios que actúan como marcos de referencia que, permitiendo toda la diversidad y pluralidad posible, determinan los límites de lo aceptable y lo racional. Por ello, no se muestran como dispositivos coherentes ni como ideologías concretas, sino que impregnan la multiplicidad de posiciones y prácticas de manera subterránea, gradual y eficiente. Permiten la divergencia, el conflicto y la disputa, siempre y cuando no se transgreda la delgada línea roja de su racionalidad.

Todo lo anterior ha sido examinado con detenimiento en esta tesis doctoral desde una perspectiva epistemológica concreta y a partir del fenómeno de las

prácticas digitales como rendija de observación. Sin embargo, es necesario distinguir y delimitar con la mayor claridad posible los “*criterios rectores de la racionalidad neoliberal*”. Se trata de exponerlos de una forma sistemática, categorizarlos y explicar sus características y límites a partir del impacto de las prácticas digitales, en tanto nuevo esquema de diseminación discursiva. Para ello, se intentará distinguir una serie de preferencias y comportamientos que han adquirido cierto nivel de aceptabilidad y replicabilidad en las prácticas institucionales contemporáneas. Una vez seleccionados y justificados se organizarán para su clasificación.

Es necesario señalar que esta exposición solo se comprende como resultado de las indagaciones que se han realizado a lo largo de esta investigación; cada delimitación conceptual que se realizará, procede en gran medida de las reflexiones y la evidencia empírica citada en capítulos previos. Es decir, los datos concretos y los artículos académicos que soportan la configuración de los siguientes criterios, se han expuesto previamente, por lo que en este apartado tan solo se resumen y se delimitan en cuanto a sus principales características y al sentido específico que se proyecta. En este sentido, se ruega al lector que considere esta distinción tan solo como una organización de ideas que se han expuesto a lo largo de esta tesis y se proceda a consultar su justificación académica en los apartados respectivos.

1. Análisis de la forma específica de diseminación discursiva en las prácticas digitales

Cuando se pretende distinguir entre una serie de criterios que fundamentan la

racionalidad, se hace inevitable cuestionarse también sobre cómo llegaron a ocupar dicho espacio, es decir, cómo lograron afianzarse con tal fuerza en el imaginario colectivo. Si es verdad, como señala Ernesto Laclau, que quienes sean capaces de proponer los términos del discurso serán también capaces de determinar las características del sujeto político resultante (Camargo, 2015 :58), se vuelve propicio indagar sobre aquellos criterios que modulan los discursos y las prácticas de la cotidianeidad. En tiempos de intensificación digital, dichos criterios no son impuestos por un poder único, ni personal ni corporativo. La configuración de las prácticas digitales, como marco preferente de interacción en la actualidad, es demasiado complejo para sucumbir ante tal reduccionismo. Los criterios que permanecen y constriñen los discursos y las prácticas contemporáneas no obedecen a ningún interés exclusivo, sino que son el resultado de una correlación de fuerzas inestables y de relaciones de poder contingentes.

A lo largo de este trabajo se ha intentado dar cuenta de estas condiciones y se han descrito sus prácticas. Por lo tanto, la pregunta no debe ser solamente quién promueve los principios fundamentales de la racionalidad neoliberal, sino cómo es que se han arraigado en los sujetos y han producido dichas prácticas. En un contexto en donde el orden establecido se muestra multipolar y complejo, no se pretende abundar exclusivamente en el origen de los criterios dominantes, sino en su interiorización por parte de los sujetos y en las prácticas que se producen. Para lograr este propósito es necesario distinguir, definir y delimitar dichos criterios de tal forma que luego sea posible analizar concretamente las preferencias y las prácticas que se extienden entre los sujetos-usuarios de las plataformas digitales.

En primer término, se debe señalar que los criterios rectores del neoliberalismo

han encontrado en las estructuras discursivas de las plataformas digitales un espacio privilegiado para su disseminación. Estos criterios no fungen como entidades meramente conceptuales o normativas, sino como una práctica articuladora que amalgama y organiza las relaciones sociales. No es que promuevan valores y principios de manera directa, como si se tratara de un manifiesto, sino que van impregnando al conjunto de prácticas, deseos y estructuras de tal forma que las condicionan sistemáticamente. Estas condiciones impiden distinguir nítidamente los criterios neoliberales porque se articulan a partir de elementos relativamente independientes, cual fragmentos de alguna unidad perdida que requiere ser rearticulada artificialmente mediante algún relato que los interprete en conjunto.

Es por lo anterior que se propone realizar una exposición de los criterios rectores de la racionalidad neoliberal a partir de una selección de principios o valores distinguibles en las preferencias del sujeto contemporáneo, en concurrencia con la observación de las prácticas y comportamientos que se producen al respecto. El propósito es agruparlas en una serie de categorías a modo de estancos conceptuales que permitan interpretarlos y dotarlos de sentido. Cada uno de estos estancos tendrá una “*etiqueta*” a partir de la naturaleza de las prácticas y preferencias que agrupan y en ellos se dispondrán los criterios que promueven acompañados de su correspondiente delimitación conceptual. Sin embargo, todos los criterios están interconectados de alguna forma; se complementan y se explican conjuntamente, por lo que su delimitación y catalogación responde a fines académicos y de análisis.

Para evitar realizar un ejercicio monumental de análisis discursivo, se propone partir de la revisión de los trabajos académicos y de la evidencia empírica que se ha consignado a lo largo de este trabajo, en función de lo desarrollado por

parte de reconocidos investigadores en años recientes. Para ello se realiza un análisis de la literatura de diversos autores que proponen términos como “competitividad”, “capital humano”, “meritocracia”, “empleabilidad”, etc. En esta investigación se han citado dichos trabajos y se han presentado sus resultados a modo de categorías de análisis. Se propone caracterizar ciertas regularidades en las conductas y en los valores dominantes resultantes de las distintas formas de vida contemporánea para luego relacionarlas con determinados principios neoliberales y categorizarlos de tal forma que sintetice y reordene dichos criterios.

Foucault sostenía que el ejercicio fundamental para comprender el devenir histórico implicaba reconstituir *la historia de la veridicción*, no la historia de la verdad, del error, de la economía o de la cultura (Foucault, 2007a: 54). En este sentido, los discursos poseen cierta regularidad, ciertos elementos y ciertos paradigmas reconocidos como verdad. Cada discurso, en su especificidad, interpela a determinados cuerpos y organiza determinados campos del saber. Su práctica permite edificar las estructuras sociales y organizarlas de acuerdo a ellas. Lo que se puede observar a partir de la globalización y la intensificación de las prácticas digitales, es que los discursos empiezan a interpelar a cuerpos mucho más abstractos y se universalizan. Los relatos pierden su especificidad y particularidad en el imaginario colectivo y, sin embargo, ciertos criterios prevalecen transversalmente.

2. Criterios rectores de la racionalidad neoliberal

Examinar distintas nociones que modelan las conductas y la forma de percibir

el mundo es un ejercicio problemático por diversas causas. Una de ellas es que estas nociones pueden llegar a ser contradictorias entre sí, y sin embargo, reproducidas por un mismo sujeto. Por ejemplo, el hecho de que una persona se declare absolutamente liberal en lo económico y que, al mismo tiempo exija mayor protección social y sanitaria por parte del Estado, es mucho más común de lo que se imagina. Estas contradicciones que surgen al reunir en un mismo individuo dos o más criterios propios de la racionalidad neoliberal, resultan de la imposibilidad de hacer coincidir sus planteamientos conceptuales o los supuestos objetivos que persiguen dichos criterios. Sin embargo, el error fundamental es pretender encontrar coherencia en las características de subjetivación neoliberal.

Es verdad que quizás nunca ha existido una coherencia total en los sujetos; es verdad también que, dependiendo de la esfera de vida en la que participen, sus conductas -e incluso sus opiniones- cambian hasta la contradicción. Sin embargo, estas contradicciones eran menos evidentes y menos frecuentes en el mundo de los grandes relatos. Las ideologías, las religiones e incluso los modos estructurales de producción y división del trabajo, generaban sujetos más definidos, o menos diversos si se quiere, que los que ha producido el proyecto neoliberal. En la medida en que se ha complejizado y pluralizado la sociedad, ha surgido una mayor diversidad, se han multiplicado los espacios relativos a cada esfera de vida y se han pluralizado las identidades subjetivas. Para evitar el conflicto de estas inconsistencias, la racionalidad neoliberal se ha estructurado como un espacio armónico de articulación de lo diverso. Al no proponer modos de vida únicos y homogéneos, al no consignar coactivamente una verdad dogmática, al propugnar por una forma de libertad individual presuntamente irrestricta, el neoliberalismo aparece como un aparato casi

liberador.

Sin embargo, al observar el funcionamiento del neoliberalismo, en tanto racionalidad, desde una perspectiva más amplia, es evidente que alberga cierta forma de unidad y coherencia sistemática. Sus prácticas económicas, financieras, organizativas, políticas y sociales han adquirido un tipo de articulación global genuino. ¿Cómo es posible que ante el aumento de la libertad y la diversidad individual se construyan formas de homogeneidad sistemática con mayor eficiencia que antes? La hipótesis que aquí se expresa, y que es en realidad la justificación de esta parte final de la investigación, es que su dinámica de articulación no promueve prácticas ni ideologías concretas, sino una serie de criterios que funcionan como límites a los marcos de actuación.

En esta tesitura, es necesario que se proceda a un análisis conceptual desde una perspectiva no dialéctica ni excluyente. Es decir, no se debe observar incompatibilidad entre criterios en función de lo que promueven, sino a partir de lo que impiden. Se deben observar negativamente, a partir de aquello que restringen o expulsan y no a partir de lo que objetiva y supuestamente persiguen. Por ejemplo, la idea de una eficiente “*gobernanza*” local puede ser incompatible a primera vista con la de “*libre competencia*” global, puesto que mientras la primera expresa la necesidad de regular el funcionamiento institucional de forma eficaz y eficiente, la otra postula que el mercado global no requiere dicha intervención. En realidad, la gobernanza se utiliza de manera negativa: como una forma de impedir cierto tipo de intervención institucional que limita la construcción de la competitividad permanente. La gobernanza, como criterio, no se comprende en cuanto a los objetivos que persigue, sino en cuanto a las prácticas que produce para evitar el colapso de otros criterios con los que converge: competitividad, crecimiento ilimitado, libre mercado, etc.

En función de lo anterior, la revisión, interpretación y observación de la sobredeterminación de los criterios rectores de la racionalidad neoliberal, deberá ser estratégica más que dialéctica en la medida en que no es útil referirse a la contradicción entre principios o términos para pretender obtener un tercero que sea la síntesis de ambos. Se propone en cambio la lógica de la estrategia que se refiere a encontrar los rasgos o conexiones que pueden mantener estos elementos unidos sin fusionarlos. Como señala Foucault *“la lógica de la estrategia es la lógica de la conexión de lo heterogéneo y no la lógica de homogeneización de lo contradictorio”* (Foucault, 2007a: 62) y por tanto, no existe antagonismo entre los criterios neoliberales, sino dimensiones de intensidad que se sobredeterminan en la correlación de prácticas.

2.1 Distinción y delimitación conceptual

De acuerdo a lo que se ha desarrollado a lo largo de este trabajo, se procede a realizar una distinción de aquellos criterios rectores que se muestran con mayor intensidad, presentes y constantes, en la racionalidad neoliberal. Se trata de identificar aquellos mínimos fundamentales que deben contenerse en su naturaleza, o en sentido inverso, aquellos máximos permitidos en la diversidad de las prácticas manifiestas. En este sentido conviene identificar las principales narrativas o discursos *“que pugnan por explicar los hechos sociales y producir, en torno a ellos, unas u otras actitudes o comportamientos”* (Errejón, 2011: 10) y posteriormente dotarlos de sentido para vincularlos a conceptos concretos.

Es preciso señalar que, para la distinción de los criterios neoliberales, resultó útil considerar cuatro rasgos que establecen Laval y Dardot en su texto *“La nueva razón del mundo”* (2013): 1) a diferencia del liberalismo, el *mercado* no es una

realidad natural dada, sino una construcción que precisa de la intervención estatal y de un sistema legal específico; 2) sus ejes no son el intercambio y el consumo, sino la competencia; 3) el Estado mismo se convierte en empresa y funciona mediante la norma de la competencia y 4) la norma de la competencia excede la esfera del Estado y alcanza al sujeto en su relación consigo mismo, tornándolo individuo-empresa (emprendedor)¹¹². A partir de estas premisas se desarrollan cuatro dimensiones en las que es posible agrupar los criterios rectores: capital humano, meritocracia, competencia, participación política y gobernanza. En lo que sigue se procede a especificarlos particularmente.

I. Capital humano

Quizás una de las dimensiones que condiciona mejor el comportamiento del sujeto neoliberal es su conversión en capital humano; todo el tiempo y en todo espacio. El concepto de “*capital*” empleado en la teoría económica es definido como uno de “*los factores de los medios de producción destinado a su propia acumulación y a la generación de riqueza, junto a los recursos naturales -suelos, yacimientos, agua, aire- y al trabajo*” (Nohlen, 2006 :131). En el argot común, capital se relaciona más con el dinero que se tiene en determinado momento; como valor cuantificable que genera rentas o intereses, o como el conjunto de activos necesarios para producir un comportamiento económico. Sin embargo, las ciencias sociales han contribuido en darle a este concepto una connotación particular para cuantificar el valor de ciertos fenómenos sociales.

En 1964, el premio Nobel de Economía, Gary Becker, publica “*El Capital*

¹¹² Este resumen de los cuatro rasgos que distinguen Laval y Dardot se toma del artículo “*Neoliberalismo como forma de subjetivación dominante*” de Mauricio Bedoya y Alberto Castrillón publicado en *Dorsal: Revista de Estudios Foucaultianos*. Número 3, diciembre 2017, 31-56 ISSN: 0719-7519

Humano” en donde realiza una valoración de cómo el sujeto invierte en sí mismo a través de cálculos que comparan las posibles ganancias futuras esperadas contra el costo de la capacitación e instrucción que debe adquirir. Se trata de la aplicación de un análisis microeconómico al estudio del comportamiento humano, desde las leyes del mercado y empleado prioritariamente a la vida familiar. Muy pronto, conforme se acercaba el fin de siglo, las ideas vertidas por Becker se extenderían a otras esferas, además de la familiar, para elaborar así el análisis sobre el comportamiento del individuo en pleno arribo del proyecto neoliberal.

El término de capital humano se distingue, de manera simple y reduccionista, como el conjunto de habilidades que posee un individuo y son aprovechables en el mercado laboral. En realidad, es una forma de aplicar la metodología económica a los estudios de sociología y ciencia política (Nohlen, 2006: 131). Analizando el capital humano a partir de sus elementos constitutivos, se puede deducir que este se conforma de *“un componente innato de equipamiento físico y genético, y un componente adquirido de aptitudes obtenidas como resultado de la inversión en el suministro de estímulos ambientales apropiados: nutrición, educación, etc.”* (Gordon, 2015: 52-53).

Con la emergencia de la racionalidad neoliberal, la noción de capital humano empieza a emplearse en diversos campos que van desde la teoría hasta las prácticas más cotidianas. No solo se desarrollan múltiples estudios de su interpretación epistemológica, sino que su uso acompaña a un conjunto de técnicas de la administración, la gobernanza y el trabajo. Se puede afirmar que a partir del impacto de la economía financiera se *“crea un nuevo modelo de conducta económica, uno que no solo se reserva a los bancos de inversión y las corporaciones”* (Brown, 2015: 42), sino que produce un escenario contextual ideal

para la competencia del capital. Sin embargo, el capital ya no se entiende exclusivamente como los recursos activos y pasivos que se emplean para generar valor: el recurso fundamental es el ser humano en *sí mismo*.

Es verdad que, en cierta medida, el individuo siempre ha sido un recurso más en la generación de valor, pero lo hacía ocupando la función de articulador de los propios recursos disponibles -materiales, económicos, tecnológicos- a través del trabajo. Ahora el individuo se proyecta como un recurso más y adquiere en su comportamiento las características instrumentales del capital. Michel Feher (2009), el pensador que ha teorizado con mayor detenimiento en torno a las implicaciones del cambio de capital productivo a capital financiero en el sujeto y la subjetividad, argumenta que se trata de un cambio absoluto y complejo. El trabajo para el trabajador significa, de acuerdo con los neoliberales, el uso de los recursos y las habilidades, las aptitudes y las competencias, que componen el capital humano del trabajador, para obtener ganancias que constituyen la renta de ese capital (Gordon, 2015: 53-54).

Simultáneamente, el proyecto neoliberal reconfigura al sujeto como capital humano y este interioriza una serie de principios y objetivos que le permitan competir en esta lógica. Este sujeto cohabita en un dominio económico casi pleno y transversal al resto de los dominios. Es decir, la racionalidad neoliberal, en tanto *“modo distintivo de razón, de producción de sujetos, una conducta de la conducta y un esquema de valoración”* (Foucault, 2007a) interpela al sujeto como capital humano en todas sus facetas, intensamente construido al que se le asigna a tarea de mejorar su posicionamiento competitivo (Brown, 2015: 6). En este contexto, el capital humano, en tanto capital, se encuentra también limitado por las dinámicas y lógicas de mercado que lo constriñe. Son las estructuras de un mercado financiarizado, competitivo y global, las que delimitan sus márgenes

de actuación.

Su comportamiento está alineado con la naturaleza de los mercados en los que habita y a los que intenta incorporarse a través del aumento de su valor y rentabilidad. Para (*sobre*) vivir en este contexto, el sujeto neoliberal aprende y reproduce una serie de comportamientos que emulan al del capital en un mercado competitivo. Medios y fines articulados en un objetivo común: aumentar su valor y rentabilidad futura. La forma relacional de este sujeto convertido en capital humano es la desigualdad permanente y legítima. Cualquier forma igualitaria restringe el marco de competencia y por tanto, de realización del proyecto personal y colectivo. Es por ello que el individuo, devenido en capital humano, elimina su valor intrínseco, *per se*, para ser valorarlo instrumentalmente en función a su capacidad de rendimiento y dicha *“racionalidad instrumental de mercado se convierte en la racionalidad dominante que organiza y restringe la vida el sujeto neoliberal”* (Brown, 2015: 146).

a) Responsabilización: individual e institucional

La responsabilización en la racionalidad neoliberal se entiende como el fortalecimiento de un modelo estructural en donde se trasladan al individuo ciertas responsabilidades que antes estaban provistas por otras instituciones del Estado. Se trata de la asignación de una serie de cargas materiales, pero sobre todo de un peso moral, a los eslabones más débiles de la cadena. Esta responsabilización suele darse en un sentido normativo y en uno práctico: normativamente, se sostiene en la idea de que cada persona es plenamente responsable de su éxito o de su fracaso y de la conducción de su destino que equivale a aumentar su valor como capital humano. En el sentido práctico, la responsabilización se basa en una delegación de funciones, atribuciones y

responsabilidades, desde el centro hasta la periferia; desde la cima de la jerarquía a los eslabones inferiores de mando.

En el plano individual, la responsabilización opera sobre el sujeto en su posición específica como trabajador, emprendedor, padre de familia, estudiante, cliente, representante público o empresario, pues lo hace individualmente responsable de la *“tarea de discernir o asumir las estrategias correctas de autoinversión y ese espíritu emprendedor (necesario) para prosperar y sobrevivir”* (Brown, 2015: 177). Esta tarea se vuelve legítima y propicia el hecho de que las estructuras jerárquicas tradicionales se eximan de dicha responsabilidad. De esta forma, la responsabilidad personal se convierte en un deber cívico.

No significa solamente de ser auto-responsable como un logro, sino como la obligación material de buscarse la vida; es decir, adquiere la forma de mecanismo disciplinario del propio sistema (Nachtwey, 2017: 78). Esto deviene en la transformación de sujetos libres y sujetos de derechos a sujetos gobernados por el concepto de autorresponsabilidad y autoadministración. Esta forma de responsabilizar directamente a los individuos sobre la realización de su destino difiere de esa cualidad descrita por Kant al hablar de la *emancipación*, pues no se trata de un proceso crítico y reflexivo que permita hacerse cargo de sí mismo, sino de una condición que obliga a competir en un mercado global de capital humano. El ciudadano pretendidamente ilustrado cede su lugar al *homo oeconomicus* convertido en capital. En esta responsabilización, el sujeto es responsable de satisfacer sus necesidades en competencia, negando las condiciones estructurales que lo constriñen y determinan. Lo interesante es que el mismo modelo sostiene que el sujeto nunca está totalmente derrotado, puesto que cuenta -mientras tenga salud- con su capital humano y depende absolutamente de él salir adelante

En el plano institucional, la responsabilización se reproduce como una forma de delegación forzada. Esta responsabilización no equivale a un tipo de desconcentración del poder o fortalecimiento de lo local, sino a una asignación unilateral de responsabilidades a distintos actores que pueden estar incapacitados para hacerles frente. Es decir, en un mundo altamente globalizado, con estructuras, dinámicas e interacciones que no siguen la lógica de las fronteras, los grandes problemas suelen ser transnacionales. Las crisis económicas, la contaminación medioambiental, la deslocalización del empleo o la precariedad que devienen de las nuevas dinámicas de producción, son problemas que ocurren a gran escala y tienen efectos globalmente, sin importar los límites de los Estados o ciudades. Este tipo de problemas suelen ser delegados y desplazados como responsabilidad de las *“pequeñas unidades débiles que no tienen la capacidad técnica, política o financiera para enfrentarse a ellos”* (Brown, 2015: 175).

Dentro de los propios países puede distinguirse esta tendencia vinculada a las políticas de austeridad, eficiencia y rendición de cuentas que se han fortalecido en las últimas décadas. Por supuesto que ni la austeridad, ni la eficiencia, ni la rendición de cuentas son negativas *per se*, sin embargo, cuando se aplican recortes desde el gobierno nacional –por ejemplo- a la educación, la sanidad, la seguridad o el régimen de pensiones, y luego se les exige a las entidades subnacionales que afronten estos desafíos, los resultados pueden imaginarse. Es como señala Ronen Shamir *“while obedience had been the practical master-key of top-down bureaucracies, responsibility is the practical master-key of governance”* (Shamir, 2008: 4). Esto sin contar que, como señala el profesor Joan Subirats (2009), las ciudades son depositarias -y por lo tanto responsables- de una multiplicidad de problemas globales. Esta delegación no suele implementarse a través de

mandatos concretos, sino de incentivos que propician nuevas prácticas institucionales. Pequeños cambios, empujones a modo de “*nudges*” en Sunstein, que tienen efectos en la configuración total de las instituciones.

b) Autoinversión: la necesidad de convertirse en proyecto

La autoinversión es una condición de necesidad para el desarrollo del capital humano en su pretensión por aumentar su competitividad. Por lo tanto, su conducta y decisiones estarán restringidas al objetivo de aumentar su rentabilidad y crecer económicamente. El conjunto de habilidades, capacidades y aptitudes de las que pueda hacerse a lo largo de su vida determinarán relativamente su expectativa de éxito. Dichas habilidades no se adquieren en exclusiva a través de los dispositivos biopolíticos convencionales como lo son la escuela, el trabajo o la fábrica. La construcción de una biografía aceptable en el mundo contemporáneo implica la suma de diversos elementos que apenas hace poco eran considerados poco valiosos: la visibilidad y replicabilidad en plataformas digitales, la acumulación de “*experiencias de vida*” (viajes, actividades, interacciones sociales), la participación en actividades altruistas que generen reacciones positivas en la comunidad (integrada a valores dominantes), o la capacidad de adaptación a condiciones estructurales establecidas (vinculadas a la precariedad y a la incertidumbre) hacen del capital humano un prototipo de lo deseable para la competencia.

Adicionalmente, la responsabilidad de adquirir estos elementos para valorizar el capital humano es responsabilidad exclusiva del sujeto. El Estado sigue brindando ciertos servicios educativos, de salud y de formación para el empleo, pero para destacar en un escenario de competencia, dichas salvaguardas son insuficientes. Se debe perseguir la diferenciación del resto comprendida como

ventajas competitivas. De esta forma, lo que se come, cómo se vista, la forma de hablar y expresarse, el estado físico, el acceso a cierto *status* social, la elección de la pareja, la elección del gimnasio, el destino seleccionado para viajar o la foto en *instagram*, constituyen elementos de autoinversión en el sujeto neoliberal.

Mientras que en tiempos del Estado Bienestar la pobreza, el desempleo, los bajos salarios o las pocas oportunidades de ascenso eran vistas como problemas y retos de clase o como un destino que se debía disputar colectivamente, ahora se observan como déficits personales que deben paliarse a través de la autoinversión como el destino personal de un "*individuo del mercado*" (Beck, 1986:144). Hoy la autoinversión configura una nueva subjetividad que promueve el carácter emprendedor del individuo, la necesidad de su plena libertad, la autonomía en sus decisiones y su esencia de competitividad. En realidad no la promueve, la impone imperceptiblemente como condición de posibilidad en la promesa de éxito.

Es decir que en la práctica, esta necesidad de autoinversión modela la conducta del sujeto al grado de condicionar su marco cognoscitivo y referencial. Si se aspira a mejorar la condición personal, se debe recurrir al arsenal de acciones que posibilitan la valoración de acuerdo a los criterios dominantes. Luego, el interés individual queda constreñido a tal necesidad. El hecho de que se hayan transformado los valores y principios rectores que conciben una *vida buena*, en términos arsitotélicos, modifica también la noción de interés en las personas y produce una subjetivación específica de la que ya se ha dado cuenta en esta investigación. Pero ¿qué consecuencias se desprenden de esta variación del principio que representa el interés individual? Entre otras cosas, que el sujeto neoliberal supedita los conceptos de bienestar, felicidad o estabilidad emocional

a su búsqueda continua de éxito competitivo¹¹³.

c) Empleabilidad: como disponibilidad del capital humano

El concepto de trabajo se ha individualizado hasta percibirse como una decisión estratégica que le corresponde tomar al sujeto. Ya no es una condición vital o una cualidad intrínseca del ser humano solamente. El concepto de empleabilidad incorpora la noción de que todo individuo debe prepararse adecuadamente para cuando le llegue su oportunidad de integrarse al mercado. Esta preparación implica, como ya se ha dicho, apostar por la autoinversión, sacrificarse en aras de alcanzar un proyecto y aceptar las condiciones estructurales de la economía tal y como son. La virtud es desarrollar la sensibilidad necesaria para participar en la economía de mercado, no solamente como un trabajador ordinario, sino como un capital humano dispuesto a aprovechar cualquier oportunidad para monetizarse. Es decir, si se quiere sobrevivir en un mercado competitivo se debe aprender que, a mejores habilidades de empleabilidad, más oportunidades de monetizar los deseos.

Esa esperanza se ha convertido en una poderosa narrativa de la racionalidad neoliberal sostenida en la idea de que el mundo funciona de determinada manera y solo los necios o los inadaptados querrán nadar contra la corriente. El desarrollo de prácticas como el “*networking*” se convierten en una forma de

¹¹³ Sobre el valor de la autoinversión y las prácticas que se generan, puede verse: Atwal, Glyn and Williams Alistair. 2008. *Luxury brand marketing-The experience is everything! Brand Management* Vol. 16, 5/6, 338–346. También, Morris B. Holbrook. 2000. *The Millennial Consumer in the Texts of Our Times: Experience and Entertainment*. Journal of Macromarketing, Vol. 20 No. 2, December 2000 178-192. Así como B. Joseph Pine II and James H. Gilmore. 1998. *Welcome to the Experience Economy*. Harvard Business Review, July 1, 1998.

atraer futuros inversionistas para fortalecer el propio capital humano. Decenas de páginas *Web* y plataformas digitales funcionan como repositorios de dicho capital bajo la expectativa de visibilizarse, de encontrar otros sujetos dispuestos a sumar sus capitales humanos o de ser encontrados por alguna corporación que reconozca su valor y los capte. Este comportamiento empresarial se ha extendido a toda forma de empleo: desde el profesor hasta el costurero, desde la mesera hasta el fontanero. Todos se consideran a sí mismo emprendedores.

Este espíritu emprendedor ha sido forjado junto a la aceptación del sacrificio. Si no es posible triunfar de inmediato, se debe insistir, esperar, aguantar. Las caídas y la precariedad en la vida del individuo que las sufre, se normalizan. Conceptos como el de *resiliencia* permiten verbalizar este sentimiento a la vez que reconfortan al sujeto para evitar su desesperanza. Nociones como “*Hope Labour*”¹¹⁴ sintetizan esta cultura de mantenerse disponible y esperanzado en un futuro incierto pero prometedor que exige disciplina y adaptabilidad; es en sí misma una tecnología disciplinar para una forma concreta de subjetivación neoliberal.

d) Flexibilidad laboral: el trabajo no estandarizado como valor

Mientras la intervención del Estado en la regulación del trabajo es observada como una camisa de fuerza y tiene cierto tufo impositivo, el neoliberalismo promueve una nueva organización empresarial y reticular que proyecta mayor autonomía para el trabajador. Proyectos empresariales donde los trabajadores son parte de un “*equipo*” y se distribuyen la toma de decisiones obteniendo

¹¹⁴ Vocablo anglosajón que se traduce como “*esperanza laboral*” y se utiliza para designar el comportamiento de un sujeto dispuesto a esforzarse hasta el sacrificio y esperar pacientemente su oportunidad de insertarse en el mercado.

mayor capacidad de autodeterminación. Al principio, esta formulación parecía prometedora y muy pronto los trabajadores adoptaron nuevas prácticas laborales, más flexibles, con mayor sensibilidad a su necesidad y condición individual. Cada uno era responsable de sí mismo y de su desarrollo laboral, lo que produjo un incremento en el rendimiento ante la implementación de una inédita competencia interna.

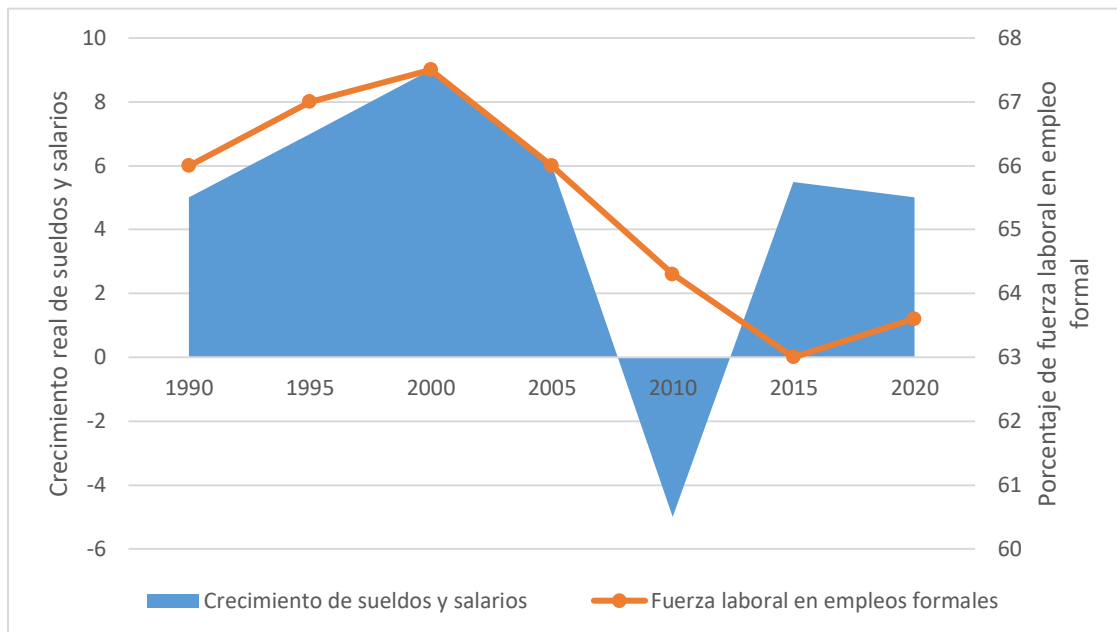
En el *Gráfico 36* se muestra cómo ha venido decreciendo el empleo formal en los Estados Unidos de América al mismo tiempo que los salarios se reducen de manera general. Esto permite inferir que, en la medida que se erosiona la estabilidad laboral y surge el autoempleo o formas de trabajo no estandarizado, también se sacrifica el salario y el poder adquisitivo. En el *Gráfico 37* puede observarse una relación entre países con menos PIB per cápita y menos población con empleos formales. Por supuesto que existen diversos factores que producen estas situaciones, sin embargo, la pérdida de estabilidad laboral protegida por regulaciones y prestaciones, guarda una correlación directa con las condiciones de bienestar material, a pesar de la alternativa del trabajo no estandarizado.

Si los trabajadores anteriormente se entendían como parte de una clase social amplia y más o menos homogénea, hoy reivindican su derecho a la diferencia y a la individualidad, incluso en su carácter de trabajadores. Esto ha sido posible en gran medida gracias al incremento de bienestar laboral que se vivió el siglo pasado: mayores ingresos, aumento de la posibilidad de ascenso social y el acceso a bienes y servicios, permitieron que la sociedad buscara nuevas formas de *status* y diferenciación al reconfigurar sus biografías propias e individuales (Nachtwey, 2017: 85).

Hoy en día los trabajadores están expuestos a las condiciones del mercado más que nunca y los beneficios se reparten en menor proporción según los principios de rendimiento (Nachtwey, 2017: 89). Sin embargo, buena parte de los trabajadores valoran lo que consideran una forma de "*flexibilidad laboral*", es decir, la posibilidad de no estar subordinados a una estructura laboral jerárquica, horarios rígidos y directrices concretas. En una renovación de la utopía marxista de la abolición del trabajo, el neoliberalismo digital ofrece diversas actividades económicas que prescinden de las categorías de trabajo convencionales y se aprecian como posibilidades de mayor libertad. Una diversidad de actividades susceptibles a ser monetizadas surge en este interregno y la digitalidad es un elemento potencial para estas causas.

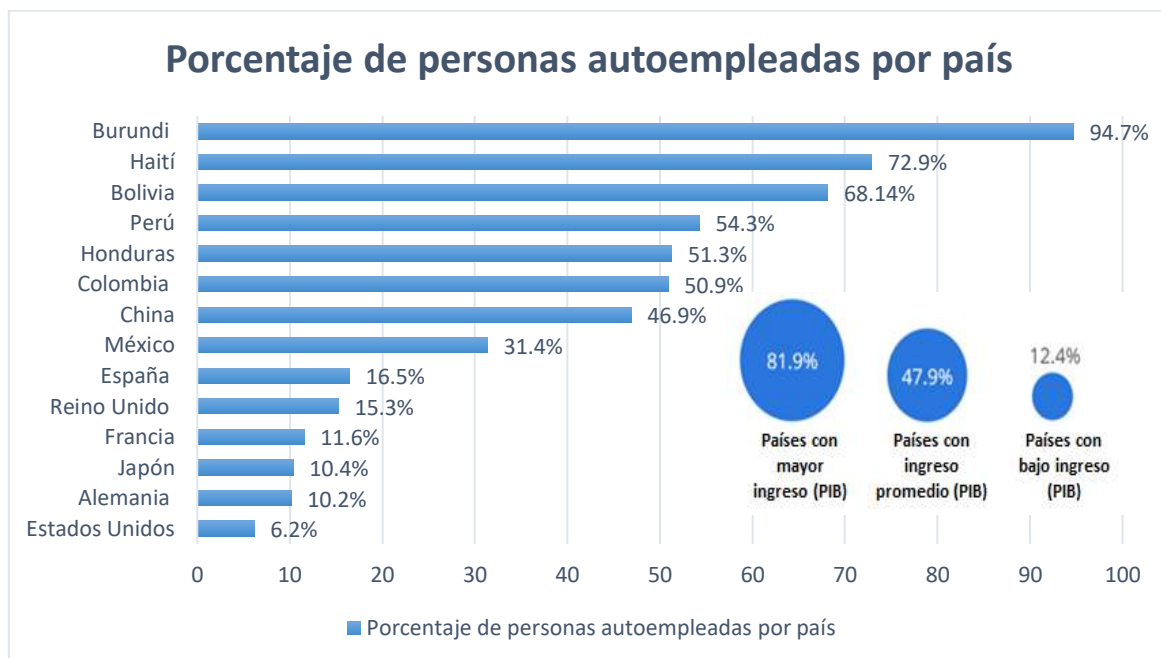
En el fondo, esta promesa de emanciparse del trabajo solo los remite a otras formas laborales, muchas de ellas a partir de condiciones de menor formalidad-estabilidad y precarización. Sin embargo, como se demuestra en otras partes de esta investigación, la pauperización y precariedad en la calidad de los ingresos es el resultado más común en este proceso de flexibilización laboral. Estas formas de precariedad en las condiciones del trabajo afectan mayoritariamente a los trabajadores no cualificados o de servicios terciarios. Pero también, y cada vez más, a trabajadores especializados a los que se les contrata por proyecto prometiéndoles mayor libertad o autonomía. En este caso, el trabajador cualificado recibe un mejor ingreso comparativamente, por lo que no se preocupa de no tener prestaciones laborales puesto que es capaz de costearse en el mercado sus necesidades de salud, vacaciones, etc. El problema es que viven en una constante incertidumbre, sin garantía o estabilidad. A pesar de que este *nomadismo* laboral se ha hecho costumbre -e incluso declaran que les gusta trabajar así- en realidad están expuestos a los cambios del mercado laboral.

Gráfico 36. Precarización laboral y pérdida de empleos formales en Estados Unidos



Fuente: Elaboración propia con información de “Trading Economics: United States Wages and Salaries Growth” <https://tradingeconomics.com/united-states/wage-growth>

Gráfico 37. Relación entre autoempleo y PIB per cápita por país en 2018



Fuente: Elaboración propia con información de la OIT, 2018.

En 2016, la *Internationa Labour Organization* realizó un estudio denominado

“Non-Standard Employment Around The World: Understanding challenges, shaping prospects” en donde da cuenta de las transformaciones y el incremento de las actividades de trabajo no estandarizado en más de 150 países. En sus conclusiones se observa que tanto el empleo temporal, el empleo a tiempo parcial, el empleo múltiple y el autoempleo, se han incrementado estadísticamente en casi todos los países, generando consecuencias de precarización salarial, inestabilidad laboral e incertidumbre¹¹⁵.

e) Sacrificio: como cultura y compromiso

En el contexto de la racionalidad neoliberal, el compromiso con el crecimiento económico se transforma en un mantra que promueve el *sacrificio* individual del ciudadano; y lo hace legítimamente. Cada ciudadano, en tanto capital humano de autoinversión, se encuentra responsabilizado dentro de un gran proyecto económico que le impide perseguir exclusivamente sus intereses individuales. Por el contrario, en un contexto en donde el crecimiento y la rentabilidad económica dominan la razón global, cualquier sujeto puede *-y debe-* perder o sacrificarse de modo legítimo cuando sea necesario, en aras de contribuir al sostenimiento del modelo. Para el Estado, es tan importante perseguir el objetivo de crecimiento económico que no se permite fracasar, por lo que algunos sujetos y agentes serán necesariamente perdedores y no deberán ser rescatados mientras otros *-los que sirvan para el objetivo de crecimiento-* serán resucitados a cualquier costo.

Para comprender mejor lo anterior se debe partir de que la idea de sacrificio es

¹¹⁵ Non-Standard Employment Around the World- OIT, 2016, disponible en: https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---dgreports/---dcomm/---publ/documents/publication/wcms_534326.pdf

una construcción cultural histórica que simboliza la renuncia legítima a algo para conseguir, merecer o beneficiarse a sí mismo o a alguien más. Es un acto de abnegación inspirado por la vehemencia del amor¹¹⁶. Es fundamentalmente una renuncia justificada y consciente que se hace por un motivo específico. Más allá de la connotación espiritual, divina o religiosa, el sacrificio ha acompañado el desarrollo de la humanidad como necesidad o como voluntad proactiva; como una virtud intrínseca del propio acto, o como cálculo racional de la obtención de un beneficio futuro. Cualquier ser humano ha realizado algún tipo de sacrificio en la vida, sin embargo, el concepto del sacrificio como cultural neoliberal, tiene un signo particular que remite a una condición de necesidad para la sobrevivencia competitiva.

Las medidas de austeridad son el sacrificio colectivo de las naciones con economías emergentes. Es una forma de patriotismo económico. Cuando se dice que *“es demasiado grande para fallar”*, en referencia a los grandes bancos o empresas, se presume que si estas quiebran debastarían a la economía en su conjunto. Gary H. Stern y Ron J. Feldman explican esta tendencia de proteger a los grandes capitales y las implicaciones que esto conlleva en su texto *“Too Big to Fail: The Hazards of Bank Bailouts”* (2004). En otras palabras, los grandes capitales no pueden fallar y el precio que se debe de pagar por este seguro contra el caos es el sacrificio individual de la sociedad. Un paradigma tautológico que, sin embargo, funciona legítimamente.

Al respecto, se han realizado múltiples estudios que analizan la intervención legítima del Estado para rescatar grandes empresas y bancos como parte del

¹¹⁶ Definición de la Real Academia Española de la Lengua, disponible en: <http://dle.rae.es/sacrificio>

propio modelo económico. Sobre la crisis de 2008, Andrew Ross escribe *“Too Big to Fail: The Inside Story of How Wall Street and Washington Fought to Save the Financial System – and Themselves”* (2010) para explicar las intervenciones de rescate al sistema financiero. En la lógica neoliberal, el Estado no se sacrifica por lo individual: lo individual, en algunas ocasiones, debe ser sacrificado en el nombre del Estado.

El mercantilismo, señala Weber, significa *“hacer funcionar al Estado como un conjunto de empresas”* (Gordon, 2015) y eso requiere de la participación y el esfuerzo de todos. La era de la austeridad y de la autoinversión es también la era de sacrificarse en aras de un bien mayor que trasciende al interés individual. Pero ese bien mayor no se refiere a lograr consolidar principios éticos o políticos de convivencia, justicia o dignidad; tampoco a sacrificarse para construir una sociedad que brinde mayores niveles de calidad de vida a sus habitantes. El sacrificio se hace en razón del crecimiento y la acumulación macroeconómica. Recortar puestos de trabajo, reducir el salario, las prestaciones, el acceso a servicio y bienes públicos, recortar gasto en educación o en salud, encuentran ahora una justificación dentro de la racionalidad neoliberal y su propio correlato soportado en el imperativo del sacrificio.

Ese pequeño sacrificio -que además se ajusta a la idea meritocrática- tiene por objetivo el desarrollo económico y el aumento de la competitividad. La nación, vista como la gran empresa, puede entonces prescindir en cualquier momento de cierta parte del capital humano o tomar decisiones que restrinjan su flujo si con ello avanza hacia la competitividad. Esta narrativa avanza de la mano de la idea de proteger la inversión y el capital aún a costa del interés individual. De esta forma, las cargas impositivas progresivas a la riqueza parecen inadecuadas puesto que desalientan la inversión y disminuyen la capacidad competitiva de

la empresa. Si la empresa encuentra otro espacio que le genere mayor rentabilidad, tiene todo el derecho de migrar hacia allá. Aunque en esa migración deje atrás a trabajadores y provoque crisis regionales. El sacrificio entonces consiste en aceptar impuestos regresivos con tal de mantener a flote el mercado.

f) Exposición digital: como necesidad de ser visto

Ante el incremento de la exposición en plataformas digitales, una serie de actividades y prácticas que estaban delimitadas al ámbito privado de la vida o a la intimidad familiar o individual, son ahora objetos a publicitar en la realidad *online*. ¿Por qué tomar una foto al desayuno para subirla en *Instagram*? ¿para qué exponer una imagen ejercitándose muy temprano en un exclusivo gimnasio? ¿para qué compartir un artículo del cuidado del medio ambiente en *Twitter*? ¿qué se pretende al postear en *Facebook* el gran cariño y pasión que se siente por los animales? Más aún, ¿con qué objetivo se presume del amor a los padres en las redes? La respuesta está en que cada una de estas acciones espera ser vista, reconocida y valorada positivamente por el entorno; no solo en búsqueda de aceptabilidad, sino de incrementar de alguna forma el status personal para convertirlo en una oportunidad futura, en un proyecto.

Si la digitalización ha logrado impactar el “*ethos*” dominante de esta generación, la visibilización del sujeto a través de las prácticas digitales marca su nuevo signo. Visibilización como característica de una subjetivación específica que empuja la *sobre-exposición* individual hasta aquello que Byung Chul-Han adjetivaría de pornográfico (2013). La racionalidad neoliberal plantea esta forma de visibilización, no tanto como una alternativa más, sino como una absoluta necesidad: en una sociedad mediada por el mercado y la competencia, aquello

que no brilla, no existe (Zafra, 2015). Tanto sujetos individuales como colectivos; desde actores políticos hasta sociedad civil organizada; desde las estructuras gubernamentales hasta los actores económicos, la visibilización digital se ha convertido en un elemento fundamental en la vida contemporánea.

Más allá del *ciberoptimismo* y del *tenoescepticismo*, las prácticas digitales contemporáneas vinculan simultáneamente las diversas esferas de vida. El trabajo, los amigos, el tiempo de ocio o la familia, están atravesados por cierta mediación digital, es decir, “*el Homo oeconomicus, como capital humano se ocupa de mejorar su valor de portafolio en todos los dominios de su vida (...) ya sea a través de los seguidores, likes y retuits de los medios sociales, ya sea a través de las clasificaciones y calificaciones de cada actividad y esfera*” (Feher, 2009). Los datos comparativos y la evidencia empírica mostrada en esta investigación dan cuenta de esta realidad que nos obliga a interpretar sus consecuencias colaterales.

g) Reputación digital: *status online*

El sujeto, convertido también en usuario, busca utilizar el espacio virtual como una oportunidad de aumentar su valor individual y su rentabilidad. No solamente desde el punto de vista económico neto, sino como capital humano en competencia. Es decir, no se trata de visualizar a un individuo que utilice exclusivamente las plataformas digitales para buscar un empleo tradicional o vender un servicio -que también- sino que asumirá conductas y prácticas que sean mejor valoradas de acuerdo a los criterios de la racionalidad neoliberal. Esto va desde el tipo de alimentos que consumen, los destinos que seleccionan para viajar, la ropa que utiliza o el deporte que practica: todo es susceptible de alimentar asertivamente la biografía del capital humano.

Este tipo de reputación que se dispone a construir desde las plataformas

digitales se puede comprender desde el concepto de “*status online*” (Marwick, 2015, 2016; Senft, 2013) empleado en ciertas investigaciones actuales como un esfuerzo por analizar la gestión de identidades y comportamientos que tienen por objetivo aumentar la apreciación positiva del resto de usuarios. Este sujeto intenta ganar aceptabilidad en su entorno y aumentar su visibilidad presentándose a través de un perfil virtual luego de haber seleccionado una serie de rasgos potencialmente rentables y funcionales a los valores dominantes. Sin embargo, esta construcción de una identidad en la realidad *online* trasciende el espectro virtual y poco a poco se va replicando en las prácticas *offline*; es aquí donde el impacto digital se externaliza a la cotidianidad.

El tipo de perfil digital que se asuma estará constreñido por la lógica del mercado competitivo en su forma neoliberal. Luego, si el usuario mejora su *status online* también podrá mejorar su capital humano y con ello, sus posibilidades de integrarse activamente a la competencia económica. Es decir, lo que se valora positivamente en la digital también resulta valorable en las prácticas más materiales pues, según Hearn y Schoenhoff (2016), ambas esferas comparten la misma cultura empresarial.

II. Meritocracia

El concepto de “*meritocracia*” proviene de la conjunción de dos nociones históricas que se desarrollaron en diferentes momentos: por un lado la idea de *mérito* que se relaciona al concepto latín del “*meritum*” y, por el otro, la noción de “*kratos*” en referencia a cierta idea de poder o Estado procedente del griego. A través de estos dos componentes se infiere el desarrollo normativo del “*poder del mérito*”. Según su definición conceptual, mérito se puede comprender como:

1) la acción que hace al hombre digno de premio o de castigo; 2) resultado de las obras buenas que lo hacen digno de aprecio; y 3) hablando de cosas, las que tengan valor¹¹⁷. En este contexto, el mérito se expresa en dos sentidos complementarios, como una condición intrínseca de la persona, es decir, como algo que se posee, o como una acción a emprender para obtenerlo, como algo que se realiza. Esta dicotomía se hace más evidente en los vocablos provenientes de la lengua inglesa “*merit*” y “*deserve*”: mientras *merit* simboliza una cualidad que se posee, *deserve* se refiere a la posibilidad de que las cosas se merezcan en función de las acciones realizadas¹¹⁸.

Para ejemplificarlo brevemente, se puede decir que el mérito, en tanto valor intrínseco, se observa en relación al honor o al prestigio, tanto personal como profesional, que ostenta alguien, digamos, un investigador prominente en relación a los grados obtenidos, sus premios, distinciones o posiciones que ocupa en el mundo académico. Por otro lado, el mérito como merecimiento se relaciona con aquellas acciones del investigador que le permitieron acceder y merecer dicho prestigio, a saber, trabajos de investigación, textos publicados, años de docencia, etc.

Esta connotación particular de “*mérito*” aparece por primera vez publicada por la prensa en “*The Economist*” del 1 de noviembre 1958 como reseña de la novela de Michael Young “*The Rise of the Meritocracy*” (1996). En dicha obra, el autor presenta una especie de distopía en donde un gobierno hipotético valora la aptitud y la inteligencia de sus ciudadanos y, a partir de ello, los estratificaba en

¹¹⁷ Definición referida en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española en su vigésima primera edición.

¹¹⁸ Según el “*English Oxford Dictionary*” vol. IX, “*Merit*”, Clarendon Press, Oxford, 1989, pp.633-635.

clases. En su libro Young comenta: *“El mérito es igual a la inteligencia más el esfuerzo, sus propietarios se identifican a una temprana edad y son seleccionados para una apropiada educación intensiva”*. Al satirizar su obra, Young alertaba acerca de las funestas consecuencias de hacer regir una sociedad bajo el único y restringido criterio de la meritocracia (Young, 1996: 88). La razón era de fácil vaticinio: la fórmula del éxito (*Mérito = Talento + Esfuerzo*) terminaba traducándose en una élite de dirigentes que se reproduciría constantemente y en un gran número de marginados a los cuales se les reducía sus alternativas de ascenso social progresivamente.

En ello está implícita la idea de que la meritocracia se sustenta en un modo de proceder selectivo que pondera el mérito en términos de la suma de inteligencia y esfuerzo y se concibe como el *“tipo de dominación social, jerarquía de status o sistema de justificación de las posibilidades de ascenso según la capacidad”* (Heinz, 2001). En términos coloquiales, las personas suelen pensar el mérito como una virtud. Virtud y mérito como ideas análogas y condiciones propias que otorgan valor al individuo. Así, la meritocracia se convierte en un mantra que se repite esperando que *“las recompensas y bienes que la sociedad entrega a sus ciudadanos sean asignadas de acuerdo al mérito de cada cual”* (Cociña, 2013: 5-6).

Se puede afirmar que el mérito se reconoce en la capacidad de aumentar el valor como capital humano a través del desarrollo de habilidades y la disposición del esfuerzo requerido para alcanzar un objetivo concreto. Dicho conjunto de habilidades está determinado por el contexto y pueden variar de una época a otra. Por ejemplo, hace pocos años no se consideraba que la capacidad de interacción digital fuera una habilidad valorada, sin embargo, ahora es un elemento fundamental en el repertorio del capital humano.

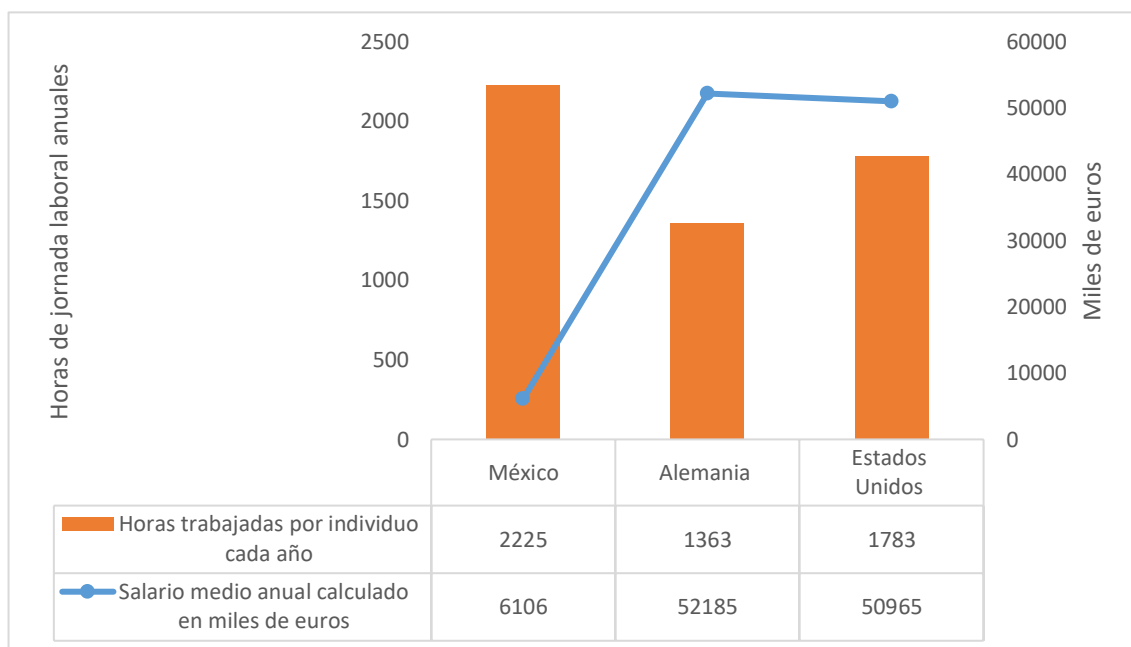
De esta forma se deduce que el mérito siempre será subjetivo y relacional con respecto a aquello que se considere valorado en una sociedad. En la racionalidad neoliberal, esta valoración se corresponde a la métrica de la economización de la vida: crecimiento, competitividad y aumento del valor en tanto capital humano. La racionalidad neoliberal informa al mérito y lo restringe a partir de sus criterios rectores. De esta forma, al mérito se accede -no se obtiene- comportándose de acuerdo a los cánones de valor dominantes que establece su racionalidad. No obedecen a términos de justicia, dignidad o merecimiento en abstracto, sino a partir de la métrica económica dominante. Sin embargo, la idea meritocrática no es ni una teoría perfecta, ni un tipo ideal que sirva exclusivamente de referente: es ante todo una práctica cotidiana. Como tal, la meritocracia muestra una gran cantidad de contradicciones entre lo que promete y lo que realiza. Diversas inconsistencias se revelan tanto en sus elementos constitutivos como en los resultados que produce.

La problematización teórica de la meritocracia ha introducido debates académicos interesantes, sin embargo, los principales objetores del mérito no han logrado aportar una teoría alternativa lo suficientemente elaborada como para rivalizar con la meritocracia definitivamente. Es decir, en la medida en que se fueron identificando las condiciones estructurales establecidas en el capitalismo avanzado, los sesgos del mérito también se fueron revelando como factores explicativos de sus límites. Sin embargo, ni antes ni ahora se ha podido superar la meritocracia definitivamente a pesar de sus contradicciones internas. El hecho de que no se refuten adecuadamente no significa que se acepten, pero otorga una idea del poder de arraigo en su relato.

a) Esfuerzo individual

La idea de igualdad de oportunidades introduce en su ecuación el diferencial del *esfuerzo*. Es decir, en la medida que se esfuerce más un competidor que otro, será también merecedor de mayores réditos. Sin embargo, la noción de esfuerzo, componente central de la meritocracia, resulta altamente problemática cuando no se vincula directamente ni con el punto de arranque ni con los resultados obtenidos a largo plazo. Está demostrado, desde una perspectiva histórica amplia, que una persona que se esfuerce más no recibirá necesariamente una compensación mayor. Si dicha persona se encuentra constreñida -como es frecuente- por condiciones estructurales, probablemente sea compensada escasamente a pesar de su voluntad de esforzarse. Incluso su esfuerzo puede ser capitalizado por *otro* que esté situado en condiciones de hacerlo, es decir, su esfuerzo puede generar réditos que probablemente sean usufructuados por alguien más.

Gráfico 38. Relación entre esfuerzo individual y compensación en 2017



Fuente: Elaboración propia con información de Perspectivas de Empleo 2017, OCDE y Salario Medio de Expansión/datosmacro <https://www.bbc.com/mundo/institucional-43872427>
<https://datosmacro.expansion.com/mercado-laboral/salario-medio>

Al fortalecerse el relato de la supuesta igualdad de oportunidades, se refuerza la idea de una sociedad individualizada que compite entre sí. La noción de responsabilidad y esfuerzo personal, así como la de autonomía individual, prevalecen sobre la idea de colaboración social y el establecimiento de lazos solidarios. Una sociedad fragmentada y compitiendo permanentemente entre ellos mismos es mucho menos capaz de buscar transformaciones estructurales pues desafían su sentido común individualizado (Nachtwey, 2017: 89). El resultado es que ahora ya pocos defienden la igualdad material y la expectativa se limita a la igualdad de oportunidades. El imaginario aspiracional se contrajo. De esta forma, la idea de la “*cancha pareja*” es una de las ilusiones más cínicas del relato del poder, pues frente a las condiciones estructurales, el esfuerzo resulta un elemento marginal en la fórmula de la meritocracia.

Adicionalmente, el factor *suerte*, comprendido como azar, juega un papel relevante en la distribución del éxito individual en la sociedad. En igualdad de circunstancias, en categorías estructurales homogéneas, e incluso en esfuerzos similares, el resultado en las personas puede estar influido por aquello que Maquiavelo denominaba *fortuna*. Los liberales igualitaristas (Dworkin, 1993; Frank, 2016) introducen este factor en el análisis meritocrático. Luego, la tesis de Young tendría que ser reformulada nuevamente en términos de *Mérito = Herencia + Esfuerzo + Suerte*.

b) Igualdad de oportunidades

Se puede decir que la meritocracia no es en sí misma buena o mala, justa o injusta; es fundamentalmente un instrumento ideológico que funciona para legitimar y justificar adecuadamente las desigualdades en una sociedad capitalista. Es el correlato más efectivo que ha acompañado a la narrativa liberal.

A raíz de estas consideraciones, aquellos que conforman las élites pueden desembarazarse de cualquier remordimiento por su *status*: están ahí porque son mejores y más aptos que el resto. Los más aventajados, en cuanto a posición social o económica, ya no se cuestionan su merecimiento. El mérito reviste de legitimación su ventaja. De esta forma, los más desfavorecidos lo son en razón de sus propias limitaciones. Se exime la culpa y se cierra el debate.

Conforme se fue arraigando la democracia liberal en su forma formal-procedimental, la igualdad de oportunidades se fue interpretando en un sentido negativo -como eliminación de discriminaciones injustas- y en un sentido positivo -como la estricta consideración de los méritos- (Vázquez, 2010: 126). Se puede esgrimir que la meritocracia se sostiene en una tríada compuesta por la igualdad de derechos, la igualdad de oportunidades y la igualdad de resultados (Vázquez, 2010: 123). Una legislación que elimine la discriminación se hace cargo de la primera forma de igualdad. La tercera, la igualdad de resultados, es una quimera que nunca se ha realizado porque depende de la segunda. Esto nos lleva a enfatizar la importancia de la igualdad de oportunidades como premisa de realización de la justicia meritocrática.

La igualdad de oportunidades, concebida radicalmente, reduce la justicia a la horizontalidad de la inclusión y la igualdad de trato, mientras la lógica de la redistribución vertical se va esfumando (Nullmeier, 2006). Es decir, la igualdad de oportunidades debe ser provista a través de su materialización sustantiva y no solo a través del carácter enunciativo e idílico de su garantía jurídico-formal. No se trata solamente de establecer una competencia que aplique las mismas reglas a competidores distintos. Como reza el viejo adagio: *“no hay peor injusticia que tratar igual a los desiguales”*. Frente a las desigualdades naturales, e incluso frente a las originadas por el capital cultural proveniente de la familia, puede

hacerse poco para prevenir; lo que cabe es construir un marco de actuación de las instituciones respecto a ello.

En la lógica de la igualdad de oportunidades operan una serie de condiciones ocultas que reproducen esquemas de desigualdad y fortalecimientos de élites. Pierre Bourdieu (1930) expresa algunas de estas circunstancias a través de su teoría de la distinción y de la reproducción cultural. Bourdieu (1998) viene a decir que existen ventajas que gozan los hijos de las clases más acomodadas para alcanzar mejores posiciones laborales, en comparación con los hijos de las clases más desfavorecidas. Esta circunstancia se da por múltiples situaciones: mejor capacitación, mejor acceso a cultura, más relaciones sociales, influencia en grupos decisores e incluso su forma de vestir y conducirse socialmente los sitúan por encima de otros. Es decir, si bien la condición económica y la posición que le brindaba al sujeto resultaba un obvio sesgo del mérito llano, las aportaciones de la teoría crítica y el estructuralismo visibilizaron otras condiciones que resultaban igual de importantes, a saber, el capital cultural y social.

La teoría de la reproducción social y las ideas vertidas en *“Los Herederos”* de Pierre Bourdieu y Passeron (2012) echaban por la borda la hipótesis del mérito y el esfuerzo. Utilizando el ejemplo de las estructuras en la educación, demostraron la existencia de vacíos en los análisis de las causas que originan el grado de rendimiento escolar. Aseguraban que la ausencia en la ponderación de diversas circunstancias presentes en el orden social y en la vida de los estudiantes hacía pasar por falta de talento o esfuerzo, lo que en realidad eran desigualdades estructurales. Estas condiciones no-formales convierten a la idea de igualdad de oportunidades en una quimera que solo legitima la desigualdad real. El talento, el esfuerzo y las capacidades individuales como mecanismo de

selección del mercado se ven subordinadas fácticamente a otras premisas apenas perceptibles. Es verdad que siempre existen ejemplos excepcionales que reivindicán la justicia de la meritocracia (por ejemplo, el niño pobre que llega a ser un magnate de las comunicaciones) y refuerzan su discurso, sin embargo, son estadísticamente muy inferiores a la normalidad reproductiva de élites y precarios (Nachtwey, 2017: 89).

III. Competencia: como marco relacional

Para que el capital humano pueda desarrollarse plenamente es necesario que disponga de una condición principal: la competencia como medida relacional. Toda inversión calculada para el fortalecimiento de sus habilidades, solo puede ser valorada en función de un contexto competitivo que se lo reconozca. Desde Herbert Spencer (1857), pasando por W.G. Sumner (1914), la idea de la competencia fue proyectándose más allá de la teoría económica y del comercio para ser considerada como marco relacional de la sociedad y premisa del progreso humano. Con este viraje teórico, la competencia económica se asimila a una forma de lucha por la supervivencia; una reinterpretación desafortunada de la teoría de la *selección natural* de las especies en Darwin, proyectada entonces como “*darwinismo social*”.

Se sostiene la idea de que se debe permitir que la competencia económica se desarrolle sin interferencias para no detener la evolución. Y si algún individuo fracasa en dicha competencia, debe ser abandonado a su suerte por no ser lo suficientemente apto. Lo fundamental en este devenir es la sustitución de la “*especialización del trabajo*” por la “*selección por eliminación*” (Laval y Dardot, 2013: 47). En la especialización, el intercambio es el modelo que permite a todos

desarrollarse, mientras el mercado es su mecanismo de coordinación. En la selección por eliminación, “*toda competencia se convierte en una prueba constante de confrontación y supervivencia*” (Laval y Dardot, 2013: 47) en donde la desigualdad es el incentivo prioritario. La competencia reemplaza al intercambio y la desigualdad reemplaza a la igualdad. No se trata entonces de mercantilizar la vida y comerciar productos, se trata de construirse como un sujeto que sea en *sí* mismo capital en un amplio mercado de desigualdades.

Si bien el principio de competencia está íntimamente ligado al liberalismo clásico, la reinterpretación que hace el neoliberalismo tiene -utilizando su propio argot- una *ventaja competitiva*: entiende que la competencia no es ni natural ni está dada, debe construirse proactiva y permanentemente. Es decir, en el proyecto neoliberal, el Estado es pieza fundamental para el desarrollo del modelo económico que adopta la competencia y el crecimiento como principios rectores. La competencia económica debe apoyarse y corregirse continuamente y el gobierno debe intervenir para producirla y reproducirla, para facilitarla o restaurarla. El Estado contemporáneo ya no protege con garantías a sus sujetos, sino que la competencia permite que éstos puedan alcanzar sus objetivos.

Tal y como sostiene Foucault, “*en la razón neoliberal, la competencia reemplaza al intercambio como el principio que anima al mercado, así como su bien básico*” (Foucault, 2007a: 150-151) y esto reconfigura todo el espectro social, político y económico. De esta forma, el sujeto convertido en capital humano, la competencia permanente como sustituto del intercambio, y un Estado que garantice el mercado como espacio relacional dejando atrás el *laissez-faire*, constituyen los ingredientes de una nueva forma de razón del mundo que surge del proyecto neoliberal. Progresivamente, estos criterios invaden y modifican las dinámicas de vida y la *épistémè* dominante, pues generan un nuevo espacio

de veridicción. En el neoliberalismo, el mercado permite construir toda forma de verdad y diseña los caminos que la sostienen. Los actores racionales aceptan estas verdades. Quienes se rehúsen serán desde entonces irracionales y además rechazarán la realidad perceptible. Herbert Marcuse lo calificó como el *cierre del universo político* (1993: 50-51), la eliminación de alternativas inteligibles y legítimas a la racionalidad económica. Este es el principio del proceso de economización de la vida.

a) Libre mercado: una falacia coherente

El concepto de libre mercado configura el corazón mismo del liberalismo y quizás el de la propia modernidad. Los sistemas políticos pueden variar en cuanto a sus formas específicas o en sus principios legales que los contienen, pero prácticamente en todo el planeta se incorporan los principios de libre mercado como fundamento organizacional. Evidentemente, a lo largo de los últimos siglos ha venido transformándose la idea de lo qué es el libre mercado, su significado y sus alcances. El concepto en sí mismo se conforma a partir de la noción de mercado y la de libertad. Visto así, el concepto de *mercado* se refiere al espacio en el que se reúnen la oferta y la demanda condicionando la conducta de las partes que participan en él y fundamentando un campo de intereses interdependientes. Es el ámbito en donde se forman los precios y ocurre el intercambio (Nohlen, 2006: 859).

Esta noción de mercado abre toda una posibilidad de análisis, pues pareciera interpretarlo como un espacio exclusivo en donde ocurren actividades comerciales y económicas, sin embargo, también reconoce que dicha estructura afecta y condiciona el comportamiento de los participantes para construir un campo de intereses. En este sentido, el mercado se puede visualizar como un

espacio performativo de subjetividades. En un principio, quizás de subjetividades relacionadas al ámbito económico pero, como se ha puesto de manifiesto en el capítulo segundo de esta investigación, la subjetividad adquirida se va replicando progresivamente en cada esfera de la vida. Es decir, un vendedor, entrenado y educado en ello, utilizará técnicas de venta o de convencimiento en el resto de actividades que realice, ya sea en el ámbito familiar o personal; es prácticamente imposible desprenderse plenamente de las características que se han interiorizado cuando se actúa en una o en otra esfera de vida. De esta forma, la subjetividad de participante del mercado se externaliza a diversos ámbitos y condiciona los marcos de actuación de los sujetos.

Por otro lado, al configurarse como un “*campo de intereses*” que vincula y tensiona simultáneamente a los participantes, debe suponerse que es un escenario de conflicto. Si un sujeto persigue, como sostiene el liberalismo clásico, sus intereses particulares y busca en todo momento maximizar su utilidad, forzosamente tendrá que enfrentarse a otros sujetos que busquen lo mismo. El resultado de lo anterior es la negociación, cierta forma de conflicto mediada por intereses que responde a lo que Adam Smith describiría como “*la tendencia natural al intercambio*” (1994) por parte de los seres humanos. Nótese que la negociación no es sinónimo de competencia. La negociación se aplica como mecanismo de resolución de conflictos y construcción de acuerdos en el intercambio y en el comercio, tratando de obtener un arreglo que satisfaga, en la medida de lo posible, los intereses de las partes involucradas en lo que W. Pareto denomina como “*optimo*”. La competencia, asociada al neoliberalismo, busca llanamente triunfar sobre el oponente en un mercado de recursos y oportunidades escasas.

Conforme se ha ido transformando la noción de mercado también las ciencias sociales han interiorizado sus principios en los análisis políticos y sociales. El confeccionamiento liberal de un sujeto interpelado como maximizador racional, en una nueva forma de racionalidad determinada por criterios instrumentales, dio pie a la elaboración de múltiples teorías sobre el comportamiento humano y el Estado. De esta forma, el paradigma del mercado trascendió el ámbito económico y se integró a otros campos del conocimiento. Surge así la Teoría Económica de la Política o la nueva *Economía Política*¹¹⁹ como instrumentos metodológicos que incorporaban principios económicos al ámbito social.

Esta transformación no fue meramente académica, sino que se manifestaba en prácticas específicas que iban surgiendo y en las estructuras disponibles para que ocurrieran. La economía de un mercado en expansión era una nueva e importante función del Estado moderno. A partir de ello, la política y la estructura social se apropiaron de criterios de la economía de mercado y se reorganizaron a partir de ellos; tanto en la teoría como en la práctica más cotidiana. Así surge el liberalismo económico, sobre todo después de la publicación de "*La riqueza de las naciones*" de Adam Smith, como una forma de limitar al Estado en la participación económica y permitir -ahora si- el *Libre Mercado*, autorregulado y sustentado en la teoría fisiocrática que propugnaba por el avance natural de la sociedad por la mano invisible.

Sin embargo, el libre mercado solo fue pretendidamente *libre* por un corto tiempo (si es que alguna vez lo fue). Muy pronto se tuvieron que generar regulaciones e intervenciones estatales para mantener la existencia de un

¹¹⁹ Aunque el concepto de Economía Política había aparecido por primera vez en Francia en los escritos de Montchrestien denominados "*Traicté de L'oeconomie politique*" (1615).

mercado que resultó ser menos natural de lo que se esperaba. Ante una segunda oleada de globalización ocurrida durante el siglo XIX, el mercado global requirió un intenso soporte estructural de los estados para su realización. Las crisis económicas y las guerras mundiales obligaron a un replanteamiento del modelo. Es así como el neoliberalismo surge como alternativa que promueve la existencia de un libre mercado pero, a diferencia de la ingenuidad liberal, propone un modelo estatal que opere permanentemente para garantizarlo pero sin participar como un actor prioritario. Es decir, el Estado se concebía como un instrumento al servicio del mercado que prometía compensarlo con crecimiento económico. Esto representa una inversión total de los roles en la economía política. Foucault se interroga hasta donde el *“mercado puede servir de principio, de forma y de modelo para un Estado (...) se trata de saber hasta dónde podrían extenderse los poderes políticos y sociales de información de política del mercado”* (Foucault, 2007a: 149-159).

Un Estado que se legitima a partir de criterios económicos, fundamentalmente el de crecimiento permanente, convierte este crecimiento en objetivo central y en esencia, Luego, todas las partes integrales del Estado deben contribuir para este fin. *“El crecimiento económico se ha convertido tanto en el fin del gobierno como en su legitimación”* (Brown, 2015: 27) y en este contexto, el sujeto está también al servicio del libre mercado, aún por encima de sus intereses inmediatos. Es decir, la idea de libre mercado es expandida por el neoliberalismo, pero dista mucho de una libertad autónoma del funcionamiento del mismo. La cuestión es que las intervenciones del Estado fortalecen a los grandes competidores del mercado e interpelan a los sujetos como responsables de su mantenimiento y, a la vez, como competidores en el marco de sus reglas. La particularidad del neoliberalismo es generalizar efectivamente la forma económica de mercado y

de empresa dentro del cuerpo o tejido social (Foucault, 2007a: 277-278).

b) Rentabilidad: económica y simbólica

El concepto de rentabilidad se articula como un principio natural del comercio y la economía de mercado. Una vez superado el trueque y el intercambio histórico, toda estructura comercial ha promovido la extracción del máximo beneficio en todo negocio a través de algún tipo de renta. La rentabilidad es ante todo un indicador que sirve para evaluar si una inversión está generando réditos. Económicamente se entiende como el beneficio promedio de la empresa por el total de las inversiones realizadas¹²⁰. ¿Qué ocurre si este criterio determina el curso de las acciones, la conducta y la toma de decisiones de un sujeto en cada espacio de su vida? ¿todo comportamiento debe estar orientado a la productividad? Sobre esta condición es importante reflexionar para comprender de mejor manera la rectoría de este principio en el proyecto neoliberal.

La fórmula que plantea la rentabilidad es simple: se trata de mejorar el rendimiento sobre la inversión como criterio de actuación y toma de decisiones en cada esfera de la vida. Este rendimiento no se limita a ganancias monetarios, es decir, el dinero no tiene que mediar forzosamente puesto que la autoinversión y los réditos pueden darse en forma de valoración de capital humano o acumulación de experiencias y habilidades susceptibles a ser monetizadas en algún momento futuro. En la racionalidad neoliberal, el desarrollo económico y la rentabilidad se presentan como condición de posibilidad para que cualquier otro valor sea razonable (o racional). La

¹²⁰ Definición particular de rentabilidad económica según *Economipedia*, disponible en: <https://economipedia.com/definiciones/rentabilidad.html>

rentabilidad ya no se refiere a un concepto económico propiamente; ya no se reserva para el comportamiento empresarial o comercial, ni siquiera para el campo de los negocios. Es ahora un objetivo transversal a la vida misma, es decir, cada valor social o político solo será coherente y aceptable en la medida en que traiga aparejado algún tipo de incentivo para producir rentabilidad directa o indirecta. Crecer económicamente y generar réditos funcionan como criterios condicionales que supeditan al resto.

c) Emprendimiento: el sujeto como empresa de sí mismo

En la racionalidad neoliberal toda conducta puede interpretarse como una conducta económica en una versión redefinida de la propia economía: en términos de competencia incesante del capital humano como empresa de sí mismo en un contexto precario. Como señala Wendy Brown, mientras “*el homo oeconomicus del liberalismo clásico se comprendía como un maximizador de intereses, el homo oeconomicus del neoliberalismo formula al sujeto como miembro de una empresa y como una empresa en sí mismo*” (Brown, 2015: 42). El mercado proyecta a cada ser humano como participante activo y competitivo que debe asumir un comportamiento que vaya de acuerdo a criterios económicos y a empresarializar sus esfuerzos: aumentar su valor, su calificación y su clasificación. Es decir, no se trata ya de la clásica distinción del individuo en tanto cliente, dueño, trabajador o consumidor: el proyecto neoliberal los interpela a todos como pequeños capitales y actores de un mercado competitivo. En este sentido los reduce a esta condición y los dimensiona a través de ella.

Para comprender mejor la idea de un sujeto que actúa como una empresa de sí mismo, es posible realizar una analogía hipotética y distinguir las condiciones del comportamiento empresarial del capital, para luego asignárselas a la

conducta del sujeto en cada esfera de su vida. Digamos entonces que, si todos los actores del mercado se convierten en pequeños capitales, su propia vida se interpreta como un conjunto de acciones que tienen por objetivo aumentar su valor intrínseco para luego aumentar su rentabilidad en el mercado. Cada una de sus estructuras personales, familiares o culturales, se configuran como espacios potencialmente productivos; por lo tanto, cada una de sus relaciones y posiciones deberán estar orientadas a producir rendimiento en dicho espacio. Desde esta perspectiva se puede conjeturar que los códigos y principios que articulan las relaciones sociales también se han transformado. De esta transformación se deriva la conducta racional del neoliberalismo.

Sin embargo, la clase de empresario que configura el capital humano no es la del empresario prototipo que busca invertir en los medios necesarios para producir un bien o servicio a cambio de una ganancia esperada. En una economía financiera, especulativa, digital y globalizada, esta visión sería demasiado análoga. El empresario de sí mismo actúa como un emprendedor dispuesto a procurarse habilidades, experiencias y aptitudes que puedan ser valoradas positivamente en el mercado, sin la obligada necesidad de producir un bien específico u otorgar un servicio determinado. Este capital humano debe ser flexible para integrarse a nuevas formas de actividad económica, aunque no se monetice de inmediato. En este sentido, como sostiene Michael Feher, el emprendedor de sí mismo sigue conservando ciertos rasgos y aspectos empresariales tradicionales, pero la economía financiera ha impactado significativamente la noción de capital humano y su comportamiento: el sujeto se piensa a sí mismo como un proyecto de autoinversión de tal forma que aumente su valor o atraiga inversionistas a través de exigirse constantemente una mejora de su calificación de crédito real o figurativa en todo

comportamiento de su existencia (Feher, 2009).

Por otro lado, si cada sujeto actúa como un capital empresarial, se reemplaza el concepto tradicional del trabajo y el de mano de obra. Es decir, en vez de productores, vendedores, o trabajadores, cada sujeto es una empresa sin importar cuán pequeño o pobre sea. Es obvio deducir que la transformación en capital humano implica que los trabajadores -ahora supuestamente emprendedores de sí mismos- compitan con otros emprendedores. Esta competencia sustituye al concepto de cooperación social y plantea un escenario en donde algunos pocos ganan y el resto pierde. Esto configura una condición de posibilidad para el deterioro de la organización sindical, el concepto mismo de clase social y algunas otras formas de solidaridad económica que no sean consorcios empresariales o colectivos vinculados por el activismo digital. Propicia adicionalmente un tipo de individuación social que ha transformado la autopercepción de colectividad laboral a competitividad entre individuos.

d) Riesgo: como principio cultural

Pensar en la confluencia entre capital humano y competencia nos permite dilucidar al emprendedor de *sí* mismo en toda plenitud. Este individuo está obligado a asumir diversas prácticas concretas para mantenerse vigente en la contienda. Una de estas prácticas se relaciona con incorporar el *riesgo* como condición constante en todo su proceder. No se trata solo del riesgo calculado de un inversionista, se trata de un tipo de riesgo que acompaña el desarrollo de todo proyecto de capital humano y se extiende a cualquiera de sus ámbitos de actuación. Para este propósito se propone entender al riesgo como una nueva "*cultura*" que se introduce en la toma de decisiones y va delineando la conducta del sujeto neoliberal en tiempos de digitalización.

El concepto de riesgo implica, etimológicamente, la posibilidad de que ocurra un acontecimiento que produzca un daño en un contexto de peligro; es entonces la potencialidad de lo vulnerable. Desde hace tiempo el ser humano ha intentado calcular los riesgos en el esfuerzo de diseñar proyectos que, por su talante, puedan conllevar una posibilidad de fracaso. Desde la transformación de la naturaleza hasta las decisiones políticas, pasando por el comportamiento económico, el cálculo del riesgo está presente. El maximizador racional del liberalismo introducía esta variable en sus ponderaciones y las aseguradoras navieras desde el siglo XVI las cuantificaban para cobrar pólizas¹²¹. Así, el riesgo convive con la humanidad desde que se tiene registro histórico.

Pero todo cálculo de riesgo era elaborado para evitarlo en la medida de lo posible. Es decir, si existían situaciones que podían suponer ventajas, pero en las que forzosamente se corría cierto peligro, el objetivo era minimizarlo. Evitar a toda costa el estar en una posición de riesgo es absolutamente racional. Entonces ¿por qué se dice que en el contexto actual se ha intensificado la cultura del riesgo? ¿el riesgo es siempre una opción o se impone como necesidad? ¿qué tipo de vulnerabilidad hemos tenido que gestionar como sociedad contemporánea ante la inexorable exposición a lo incierto? Lo que se intenta expresar bajo la noción de la cultura del riesgo es una práctica cotidiana en los sujetos neoliberales ante las condiciones estructurales que se le imponen y a las que se ha sometido por voluntad o por inconsciencia.

En otras palabras, el factor de la competencia permanente y el deterioro de las condiciones establecidas en el Estado Bienestar, producen un estado de riesgo

¹²¹ Sobre los antecedentes y evolución de los seguros como prima de riesgo, ver por ejemplo de Octavio Sánchez Flores, *“La institución del seguro en México”* (2000) editada por Porrúa.

latente para la vida de los sujetos. No solo desde la perspectiva económica, que desde luego, sino desde el menoscabo de las condiciones medioambientales, la improbabilidad de una relación afectiva estable y duradera, la diversidad de oportunidades educativas o la posibilidad de encontrar un empleo: todo está pleno de riesgo. La cuestión es que se ha interiorizado el riesgo como un elemento más de oportunidad y se ha aprendido a vivir en él como una condición estructural del ambiente competitivo. Triunfar en la competencia es enfrentar necesariamente el riesgo -hacer un negocio lucrativo, conquistar un espacio político, acceder a la universidad deseada- y, por lo tanto, se convierte en una condición de posibilidad.

Sobre la idea de la *filosofía del riesgo* en el pensamiento de lo social se adentra François Ewald (1991), al explicar que se ha convertido en una de las condiciones que posibilitan el mundo moderno. El progreso, en su versión neoliberal, implica necesariamente la existencia de perdedores y ganadores en un contexto competitivo. En este sentido, sostiene Ewald que el riesgo es un capital, no el espíritu del capitalismo: *la osadía fáustica del capitalismo depende de esta capacidad de quitarle riesgo al riesgo* (Gordon, 2015: 47). En sí, riesgo, competencia, progreso y emprendimiento suelen ser conceptos genealógicamente interdependientes que se anudan en la racionalidad neoliberal asertivamente. Sin riesgo no hay éxito posible.

e) Financiarización: como estrategia de acción individual

La intensificación del proyecto neoliberal ha posibilitado nuevos márgenes potenciales para la obtención de rentabilidad gracias al auge del capitalismo financiero. La actividad económica financiera ha venido desplazando gradualmente a la economía industrial, y en concurrence con la digitalización,

su capacidad global y su velocidad de gestión, han permitido alcanzar nuevas cotas en sus utilidades con menores inversiones. Esto ha venido a alterar el funcionamiento convencional de la empresa y sus objetivos. La figura de *dueño de la empresa*, al menos en los grandes consorcios, es cada vez más suplantada por la de *fondos de inversión*. Estos fondos se mueven globalmente a través de productos financieros que se articulan en escenarios virtuales y deslocalizan la riqueza, el objetivo de la empresa que financian y la responsabilidad de sus propietarios.

La paradoja de esta conducta es que la economía financiera no produce crecimiento económico (Natchwey, 2017: 27). La crisis del 2008 se debe en gran medida a la especulación financiera y sus nuevos productos. El capitalismo financiero ejerce el “*shareholder value*”, un esquema que se basa en la generación del mayor y más ágil rendimiento para los inversionistas -accionistas-, no en el crecimiento de la misma empresa. Esto se logra por dos factores principales: la financiarización de la economía y la precarización del trabajo a través de su desregulación; es decir, flexibilización, externalización de plantillas laborales a empresas creadas *ex profeso*, trabajos de tiempo parcial y contratos por obra o por horas. Esto permite ajustar o reestructurar la empresa en caso de crisis (Holst, Nachtwey y Dörre, 2010) eufemismo para hablar de simples despidos.

En este sentido, la economía financiera esconde su capacidad depredadora: su brutalidad no es evidente como lo es, por ejemplo, la explotación laboral que puede verse en un taller de costura clandestino o en una mina explotada en países subdesarrollados (Sassen, 2018). No es suficiente intentar distribuir la riqueza y librarnos de las prácticas abusivas de los nuevos actores económicos, por el contrario, las nuevas formas de poder vienen marcadas (en parte) por admirables conocimientos complejos y algunas de las tecnologías más

impresionantes que hemos desarrollado (Fernández, 2019). La confluencia digitalización-financiarización supera la simple actuación de los actores económicos y adquiere vida propia. Habita en la configuración de múltiples algoritmos complejos que generan sus propias trayectorias, su verdad y su forma de conocimiento.

Es cierto que en muchos sentidos el mundo sigue funcionando relativamente por el interés, las utilidades y el intercambio de mercado, pero el capital financiero y la financiarización crean un nuevo modelo de conducta económica que trasciende a las corporaciones y se introduce a los aspectos más privados de la vida. Es decir, por supuesto que la economía productiva orientada por el interés y las utilidades sigue presente en el mundo contemporáneo, pero está siendo desplazada por un modelo financiarizado que ya no es exclusivo de los bancos o corporaciones, es también una conducta humana.

IV. Participación política y gobernanza

Bajo este concepto se intentan observar una serie de criterios que constriñen el funcionamiento y la cultura política de una sociedad en específico, así como su actividad institucional de gobierno. Cabe señalar que en este contexto el término *Gobierno* se utiliza en referencia al funcionamiento y la estructura de la administración pública que ocurre al interior de un Estado, así como a la dinámica democrática y política constitutiva de sus poderes. En otros lugares de esta investigación se ha señalado al Gobierno en una noción más amplia, como toda forma de dirigir y conducir los cuerpos, pero aquí tan solo se intenta describir cómo y en qué medida el poder público ha modificado sus objetivos y sus prácticas a partir de la racionalidad neoliberal y las prácticas digitales. En

este sentido, se propone que el poder político del Estado y su Gobierno también se han *economizado* en al menos tres sentidos: en tanto modelo, en tanto objeto y en tanto proyecto común.

En referencia al modelo, se puede decir que los principios económicos se han convertido en los referentes a partir de los cuales el Gobierno se conduce. Sus procesos internos, sus valoraciones y sus prácticas promueven los fines de crecimiento económico y rentabilidad. En este sentido, otros valores democráticos y de convivencia social, han sido supeditados a que se cumplan los principios económicos. La economía funge entonces como modelo de legitimidad para el Estado y por lo tanto, si un país no logra adquirir cierta posición e influencia como actor económico global creciendo sostenidamente, se convierte en un Estado fallido.

En tanto objeto, el Gobierno es utilizado como plataforma de sostenimiento del mercado competitivo. Crear las legislaciones necesarias, establecer proactivamente los límites de actuación de las entidades participantes y asegurar la estabilidad del modelo neoliberal, se convierten en su principal función instrumental. Incluso en la vida política y partidista, el Estado va economizando los principios de rentabilidad y eficiencia a los actores en disputa y se comercializan progresivamente sus dominios: campañas electorales, comunicación pública y gestiones administrativas. La tecnocracia deviene en un mantra que las instituciones públicas valoran y aprecian como principio irreductible.

Como proyecto, el Gobierno es un aliado efectivo en la diseminación de los principios económicos en cada espacio de la vida social. Los dispositivos biopolíticos que lo sostienen actúan como espacios de subjetivación del sujeto

neoliberal que interioriza y reproduce sus prácticas cotidianas. Desde la forma en que un ciudadano hace valer sus derechos, hasta la forma en que debe tramitar un servicio municipal, todo está atravesado por prácticas economizadas que procuran una normatividad replicable. Los espacios, bienes y servicios que antes eran públicos se sujetan progresivamente a las leyes del mercado y el ciudadano asume esta condición y se adapta a ella. El proyecto del gobierno es el proyecto neoliberal y ambos se fusionan en una racionalidad que los conforma.

La cuestión es que introducir nuevas técnicas de orden y estructuración produce, simultáneamente, nuevas prácticas que acaban generando formas de subjetivación distintas y redefinen la naturaleza misma del dispositivo que las contiene: la forma también transforma el fondo. Es decir, estas transformaciones en el Gobierno no sólo plantean una técnica administrativa que modifica las estructuras del mismo, sino que promueve una nueva forma de relación entre el gobernante y el gobernado. La forma en que la racionalidad neoliberal ha impactado a la naturaleza y administración del Gobierno, deviene en prácticas concretas que se distinguen en la vida pública, en procesos concretos jurídicos y de autoridad, pero sobre todo, en un nuevo imaginario colectivo que se ha extendido y se ha interiorizado en los sujetos definiendo su marco referencial para comprender la vida colectiva.

a) Gobernanza: como estrategia de administración

La “*gobernanza*” surge como una práctica efectiva y una forma de administración propia del neoliberalismo, más que como una propuesta teórica. Implica fundamentalmente el traslado a la vida pública, al gobierno y al orden político, de una serie de técnicas que pertenecían en exclusiva al campo de la

organización empresarial privada. Esta nueva modalidad de administrar lo público introduce un planteamiento específico tanto del orden y de la estructura, como de la eficiencia y la eficacia necesaria para alcanzar los fines neoliberales. En cierta medida, la gobernanza es la racionalidad instrumental aplicada a la administración pública; le ofrece una batería de *medios* propicios y adecuados para perseguir sus nuevos “*fin*es establecidos. Se puede decir que “*el gobierno transmuta en gobernanza y administración*” (Brown, 2015: 17) y aquello se convierte en la racionalidad dominante.

El concepto de Gobernanza, proveniente del inglés “*governance*”, se refiere a la organización del gobierno en términos de regulación y ordenación que trascienden su propio campo de acción y se extienden a todos los ámbitos donde ocurran interacciones individuales y transacciones sociales que sigan patrones sistemáticos, reglas fijas y ordenes (Nohlen, 2006: 662). Al principio, solía recurrirse a la noción de gobernanza en referencia al ámbito de las relaciones internacionales, pero poco a poco se fueron vinculando a las prácticas internas del gobierno institucional y también a las estructuras de carácter social. Ideas relacionadas con la participación, la valoración positiva del consenso, la responsabilidad, la eficiencia, la equidad y la inclusión, suelen ser complementarias del concepto de gobernanza.

Ya en 1997, R.A.W. Rhodes identificó, en “*Understanding governance: policy networks, governance, reflexivity and accountability*”, al menos seis usos con los que se caracteriza a la gobernanza: 1) como un Estado mínimo; 2) como una gobernanza corporativa; 3) como una nueva forma de gestión pública; 4) como buena gobernanza; 5) como un sistema sociocibernético; y 6) como redes que se organizan a sí mismas. En términos abstractos, la gobernanza pretende ser una forma de *gobierno sin el gobierno*, una transformación de estructuras jerárquicas

hacia modelos de organización en red que promueve la cooperación y se autoorganizan. De esta forma se va acuñando sutilmente el concepto de gobernanza como vocabulario que interpela al gobierno en términos económicos.

Generalmente, cuando se utiliza el concepto de gobernanza se pretende ocultar la palabra gobierno y se sustituye por la de gestión. Mientras gobernar alude a una connotación jerárquica de orden coactivo y parece una reminiscencia del viejo Estado Policía, gestionar se proyecta como una cuestión técnica de eficiencia y eficacia, una innovación exenta de cargas ideológicas que permite tomar las mejores decisiones respecto a un objetivo. Es por lo anterior que la gobernanza impone una forma de medición basada en modelos de negocio: productividad, crecimiento, eficiencia y eficacia comprendida como el aumento de la competitividad, con menos capital humano y con mayor agilidad. Una austeridad en todo los procesos y una justificación de cualquier sacrificio.

Rhodes explica que su materialización explícita surge con la denominada *Nueva Gestión Pública* (NGP) promovida en el Reino Unido en pleno Thatcherismo: empresarialismo, incentivación, subcontratación y competencia para bienes y servicios públicos (Rhodes, 1997: 48-49). Es por ello que la gobernanza, como técnica administrativa y principios organizativos, no sólo se introdujo en la administración pública, sino también lo hizo en organizaciones de la sociedad civil, en instituciones sin fines de lucro, en clubes deportivos y sociales, en las universidades e incluso en sindicatos y partidos políticos. Sus características son susceptibles de reconfigurar cualquier estructura y hacerla más eficiente y rentable.

Una práctica ejemplar vinculada al auge neoliberal de la gobernanza es la

narrativa de la virtud de la *tecnocracia*. Esta se presenta como cierta tendencia por trasladar la toma de decisiones de los asuntos públicos a expertos y/o profesionales. Con el tiempo, esos expertos se fueron subcontratando a empresas privadas, o porque aquellas ofrecían mayor rentabilidad salarial para el consultor que desempeñarse en el ámbito público o porque dichas decisiones convenían ser tratadas desde afuera. El problema fundamental de ello es la representación de intereses en los congresos ¿qué intereses promueven estos expertos? ¿a quién le responden económica y laboralmente? Hacker y Pierson (2011) lo expresan muy bien en *“Winner -take- all politics: how Washington made the rich richer -and turned its backs on the middle class”*.

El desarrollo de la gobernanza tiende a combinar una serie de conceptos políticos con términos relativo al mundo de los negocios; luego, las prácticas de gubernamentalidad también son constreñidas por técnicas que enfatizan la importancia de los incentivos, las directrices y el *benchmarking*. Esto propicia que el Estado recurra a procesos de mercantilización y subcontratación para eficientar el gasto como parte de mejores prácticas. Lo anterior puede convertir al Estado, progresivamente, en una estructura vulnerable ante los movimientos y las crisis financieras. Las políticas de austeridad se han convertido en una obligación y en un sacrificio racional. La imposición de límites a la libertad y a la democracia están vinculadas al comportamiento económico.

Finalmente, la gobernanza opera también como un elemento de desideologización política. Al privilegiar el consenso, se opone a cualquier tesis política conflictual, pues no es compatible con la politización de objetivos ni con la disputa en torno a principios de justicia. Funciona mejor como tecnología aplicada a procesos que como reflexión sobre criterios fundamentales para concebir el orden social. Promueve también las alianzas público-privadas al

entrelazar ambas esferas bajo la promesa de aumentar la productividad de ambas. Si el Estado es proyectado por el neoliberalismo como una entidad ineficiente, corrupta y sometida a luchas políticas intestinas, la gobernanza se muestra como alternativa de la gestión de los expertos, neutrales y conducidos por principios científicos.

b) Mejores prácticas: del gobierno eficaz y eficiente

Las *Mejores Prácticas* neoliberales tienen su origen en el “*Bench-marking*” que representa una estrategia comparativa de los procesos y dinámicas exitosas que realizan otras empresas a fin de replicarlas y adaptarlas a la propia. Evidentemente estas prácticas, al ser empresariales, tienen como objetivo fundamental crear riqueza; el resto de variables y aristas deberán ajustarse a este fundamento y generar una ventaja competitiva. Como su premisa es que existen una serie de comportamientos, acciones y procesos que se pueden trasladar a cualquier industria o sector, por pequeño o grande que sea, se deduce que también pueden ser asumidas por las instituciones públicas y el gobierno.

Las mejores prácticas provienen de la racionalidad económica de la esfera empresarial, entendida como economía de procesos y tiempo, eficiencia del gasto, privilegio del consenso y aumento de la competitividad y el rendimiento orientada a objetivos. Suelen definirse de la siguiente manera:

“Una mejor práctica es una técnica, método, proceso, actividad o incentivo que ha demostrado ser la más efectiva para generar un resultado específico (...) con el fin de sobrevivir a las condiciones de un mercado volátil y la dura competencia que lo domina, las organizaciones de todas las industrias han comenzado a

adoptar la Mejores Prácticas de sus respectivos campos”¹²²

En función a esta definición, se deriva que las mejores prácticas tienden a desvincular el producto en sí mismo de las prácticas concretas. Se intenta ser más productivo, eficientar costos o satisfacer a un cliente-consumidor antes que cuestionarse sobre la calidad intrínseca de los productos. Aunque a veces ambas cosas puedan coincidir, en muchos de los casos la productividad no implica aumentar la calidad del producto, sino aumentar la rentabilidad de la empresa. De esta forma, instituciones sin fines de lucro o administraciones públicas que tienen como objetivo generar bienestar social, educación, acceso a condiciones dignas o cualquier otra no vinculada al crecimiento económico o competitividad, van transformando sus propios objetivos.

Estas mejores prácticas comprenden dos partes esenciales, por un lado, las prácticas en sí mismas y por otra la medición (Camp, 1993: 22). Las prácticas se corresponden a los métodos que se introducen y la medición a la cuantificación de costes para ponerlas en operación. Sin embargo, ¿qué ocurre cuando estos criterios se emplean en la política, en las relaciones sociales o en las instituciones y programas públicos? Si en un contexto competitivo, las mejores prácticas deben brindar ventajas competitivas frente a sus competidores ¿cómo deben adaptarse las prácticas de gobierno? ¿cómo se obtienen estas ventajas competitivas? ¿quiénes se convierten en sus competidores? Es decir, las mejores prácticas reconfiguran las prácticas de toda relación de poder y toda institución se somete a estos criterios. Esta idea tan básica tiene como consecuencia la alteración o el reemplazamiento de los objetivos originales de la institución que

¹²² Definición de “Mejores Prácticas” según “The Best Practice Network”. Disponible en: <http://www.best-practice.com/definition-of-best-practice/>

las emplea.

Se puede afirmar entonces que las prácticas de gobierno se han transformado a partir de la introducción de la noción de mejores prácticas en concurrence con el discurso de la gobernanza. Estos efectos suelen ser bien apreciados por que se ajustan a los parámetros de comportamiento en el mercado, sin embargo, suelen tener consecuencias indeseables a mediano y largo plazo. Es decir, con su implementación se han perfeccionado los procedimientos de gestión administrativa hacia modelos más públicos y transparentes; los hace más eficientes al digitalizarlos, más productivos, más homologados. Pero no se cuestiona sobre el objetivo último de sus propósitos, sobre su dimensión teleológica: cualquier preocupación por la justicia, la eticidad o la problematización del proyecto social y político colectivo está ausente.

En función a los principios de eficiencia y eficacia, la administración pública tiene que hacer más con menos a cualquier costo: menor número de trabajadores, más resultados. Se erigen como comportamientos ejemplares modelados en procesos (Brown, 2015: 182) que no admiten objeción por criterios normativos o morales, solamente su perfeccionamiento en el sentido que se proyectan. Lo anterior puede interpretarse como un intento de autoregularse en detrimento de regulaciones jerárquicas de gobierno a las que interpretan como anacrónicas e insensible. Suelen operar como reemplazos a la ley y se afirman más eficientes y adaptativas que ella.

Un ejemplo de esta cuestión puede observarse en la implementación del *marketing* en los gobiernos locales. Desde hace algunas décadas se puede distinguir la creación de "*ciudades marca*" como una mezcla de *branding*, mejores prácticas de ciudad y comunicación pública. Quizás el primer caso

paradigmático de ello fue la ciudad de Barcelona a partir de la celebración de los juegos olímpicos de 1992. Medellín y Dubái son también ejemplos recientes¹²³. El objetivo es promocionar la ciudad en un mercado competitivo global para atraer inversiones y turismo, lo que a la vez, redundaría en crecimiento económico. Sin embargo, como resultado de este posicionamiento competitivo, se crean escenarios de precarización, de aumento de la desigualdad o de gentrificación¹²⁴ de dichas ciudades, que no se corresponde con el aumento del bienestar y la dignidad de sus ciudadanos.

Si bien las mejores prácticas pretenden mostrarse abiertamente apolíticas - incluso antipolíticas- es probable que incorporen criterios éticos o normativos en sus procesos, siempre y cuando sean vendibles, rentables y susceptibles de convertirse en una ventaja competitiva que no interfiera con los propósitos fundamentales de crecimiento en el mercado. Incluso es posible que los gobiernos expresen su preocupación por mejorar sus servicios de salud, su sistema de cuidados y estancias infantiles, su inversión en educación pública, la lucha contra la discriminación sexual o el feminismo, enmarcados en términos de contribución al crecimiento económico o de competitividad (Brown, 2015:

¹²³ Sobre estos casos de éxito en Ciudades Marca ver: Morillo P, Consolación. (2014) *“Creación y posicionamiento de la Barcelona postolímpica como marca ciudad”*. Tesis doctoral / García M, Fernando. (2016) *“Dubai’s International Positioning as a Global City”*. Moreno Echeverry, Virginia & Gil Triana, Alexander. (2018). *La marca ciudad como inclusión social en el desarrollo de movilidad de extranjeros y residentes en instituciones educativas de la ciudad de Medellín*.

¹²⁴ Gentrificación es una adaptación adecuada al español del término inglés *gentrification*, con el que se alude al proceso mediante el cual la población original de un sector o barrio, generalmente céntrico y popular, es progresivamente desplazada por otra de un nivel adquisitivo mayor. Definición disponible: https://www.estandarte.com/noticias/idioma-espanol/definicion-de-gentrificacin_1824.html

25).

c) Privatización: lo privado sobre lo público

La privatización se entiende como un proceso progresivo que desplaza la provisión de una serie de servicios y bienes públicos a la órbita del mercado. Se ampara y se legitima consistentemente con el modelo de subjetivación que convierte cada esfera de la vida en un espacio de mercado y a cada sujeto en capital humano. Esto ha superpuesto progresivamente conceptos y nociones de valoración a las cosas. Así, cada vez es más frecuente escuchar el cuestionamiento de ¿por qué debería pagar el ciudadano por bienes y servicios de carácter público que no suele utilizar? ¿no deberían ser los *consumidores* quienes paguen por ello? El individuo que ha nacido y crecido en la racionalidad neoliberal ha interiorizado, ya sea por la dinámica institucional, por los conceptos adquiridos, por la influencia de las industrias culturales o incluso por la estructura de las plataformas digitales, estas condiciones; las asume y las reproduce.

En gran medida, el proceso privatizador se comprende mejor en perspectiva histórica. A mediados de la década de los setenta, el modelo de Estado Bienestar llega a su punto máximo de desarrollo y empieza a dar señales de agotamiento. La economía deja de crecer a los ritmos anteriores y los Estados, sin generar medidas adicionales, no dejan de gastar. El resultado es que empiezan a adquirir deuda para sostener su nivel de gasto (Nachtwey, 2107: 70). Este fenómeno, en concurrence con un debilitamiento de las empresas públicas frente a un mercado cada vez más competitivo, generó los argumentos suficientes para que, en los ochentas, pareciera más que justificado privatizar (Streeck, 2014).

Dichas privatizaciones corresponden a una estrategia concreta del ámbito de las

liberalizaciones. El inicio del proceso de privatización suele entenderse como el traslado de competencias estatales a los mercados; aunque en realidad significó una restructuración de las propias funciones estatales y la generación de fortunas millonarias al amparo de modelos de corrupción organizados. Al respecto, Stephen Martin y David Parker analizan en *"The Impact of Privatization: Ownership and Corporate Performance in the UK"* (1997) cómo impactó el proceso de privatización en el Reino Unido, no solo en la generación de nuevas fortunas y la ampliación de la desigualdad, sino en la desarticulación de la clase trabajadora del país.

Al principio los ciudadanos vieron con buenos ojos estas privatizaciones: significaban liquidez para el Estado, eficiencia para las empresas privatizadas, competencia de mercado que se trasladaba a la bajada de precios, y sobre todo, un discurso de modernización y competitividad que convenció a la gran mayoría que era la alternativa adecuada de todos los países desarrollados frente a la desaceleración de la economía. Las capas medias de la sociedad con perspectivas de ascenso social fueron aliadas de estos procesos neoliberales (Nachtwey, 2017: 66) pues apuntaban a la soberanía individual y a la posibilidad de decidir por ellos mismos sin la uniformidad e imposición del Estado. Además prometían bajar los impuestos al recortar servicios públicos, a fin de cuentas ¿por qué seguir manteniendo servicios pagados con los impuestos de todos para beneficio de quienes no quieren trabajar? Un nuevo sentido común se afianzaba.

El hecho de que existan bienes públicos es una condición de necesidad para la democratización y la equiparación social en una realidad que apunta a la prevalencia de desigualdades estructurales. Es por ello que el proceso de privatización de lo público ha dejado al descubierto las graves asimetrías existentes y ha inculcado un malestar progresivo en cierto sector de la

población. Es verdad que la existencia de algún grado de desigualdad siempre ha sido reconocida y aceptada en un modelo democrático, siempre y cuando se establezcan límites en la anchura de su brecha (Reich, 2013). Esto parece lógico y hasta cierto punto, sencillo de comprender. Lo que resulta excepcional es que ocurra lo contrario: en el discurso contemporáneo, es cada vez más complejo justificar la obligatoria provisión de bienes públicos por parte del Estado, que sean accesibles y gratuitos. Parques, bibliotecas, carreteras, espacios deportivos, alumbrado público e incluso los servicios funerarios, son asumidos como productos que deberían estar en el mercado y no como servicios que se deben costear públicamente.

Diversos estudios se han generado en torno al proceso privatizador y sus implicaciones. E. Sam Overman publica al respecto un estudio comparado entre China, México y Rusia que da cuenta de estos procesos¹²⁵. De igual forma Vanessa Coscia escribe en 2008 *“La privatización como salida a la crisis de fines de los 80. Un análisis desde las estrategias mediáticas”*¹²⁶ que comprende la privatización como una respuesta a una crisis en ciernes más que como un proyecto planificado.

d) Economización de la vida: criterio de ponderación

La racionalidad neoliberal puede observarse como un esquema de valoración de la vida y un criterio a través del cual se toman las decisiones en todo ámbito,

¹²⁵ E. Sam Overman. 1998. La privatización en China, México y Rusia. Un estudio comparativo. Gestión y Política Pública vol. 7, num. 1.

¹²⁶ Vanesa Coscia. 2008. La privatización como salida a la crisis de fines de los 80. Un análisis desde las estrategias mediáticas. Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín. ISSN: 1851-2577. Año 2, nº 4, Buenos Aires, diciembre de 2008.

individuales, institucionales, empresariales y gubernamentales. Este criterio está fundamentalmente determinado por valores y principios que estaban anteriormente vinculados exclusivamente al espectro económico. Al convertirse en criterios de valoración aplicables a las diversas esferas de la vida, ocurre un proceso al que Koray Caliskan y Michel Callon (2009) denominan de “*economización de la vida*”. Este proceso se genera cuando el modelo de mercado se disemina a cada una de las actividades cotidianas, sin la necesidad de que se incluya la monetización o la rentabilidad económica. En ese contexto, cada participante actúa como un actor más del mercado y es interpelado en esa dimensión siempre y en todo lugar. Como sostienen Dardot y Laval (2013), todos los ámbitos de la vida sufren un proceso de economización y se articulan a través del dispositivo *mercado* que sirve de referencia y contenedor estructural. Las relaciones sociales y las actuaciones individuales deben ocurrir en su interior y al hacerlo, adoptan sus códigos y sus dinámicas.

Sin embargo, la preocupación por interpretar el mundo desde la métrica de valoración económica no es exclusiva del signo neoliberal. Para Hannah Arendt y Claude Lefort, la economización de la sociedad, la política y el hombre, era el sello del marxismo, tanto en la teoría como en la práctica. Carl Schmitt ya sentenciaba que la democracia liberal era una forma de economizar el Estado¹²⁷.

¹²⁷ Sobre estas posiciones, Wendy Brown cita diversos textos: Carl Schmitt, *The Crisis of Parliamentary Democracy*, trad. Ellen Kennedy, MIT Press, Cambridge, 1988, pp. 24-26. Hannah Arendt, *La condición humana*, trad. Ramn Gil Novales, Paidós, Barcelona, 1993, pp. 97-142; Claude Lefort, *Democracy and Political Theory*, trad. David Macey, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1988, pp. 2-4 y 10-12. Para fines de fundamentación, se reproduce la citación de la autora incluida en el texto “*El Pueblo sin atributos*” al que ya se ha hecho referencia.

Pero ahora no se trata tan solo de un tipo de economización que impone una razón instrumental a la política; no se circunscribe a la perspectiva de la *sociedad del espectáculo* en términos de Guy Debord. Es ante todo una forma novedosa de estructurar la jerarquía de valores, de aspiraciones y de objetivos económicos, políticos y sociales. Por tanto, es una nueva producción de orden social y de subjetivación que configura un régimen distinto de veridicción.

En otras palabras, la economización de esferas y prácticas que hasta ahora no eran económicas, implica el inicio de una redefinición del propio objeto y sus prácticas. La economización de la vida resulta de la métrica económica que se convierte en criterio de valoración universal. Las relaciones sociales y de poder se ponderan en dichos términos: la relación Estado-ciudadano, las relaciones familiares, la amistad, las jerarquías institucionales y académicas, las relaciones profesionales, en fin, toda estructuración relacional es atravesada por la métrica económica convertida en razón del mundo. La cuestión es que el papel que se asume en cada circunstancia puede ser distinto. Al igual que en la economía, las relaciones economizadas asignan un rol determinado a cada sujeto que interviene: ya sea en el papel de productores, el de comerciantes, de empresarios, consumidores o inversionistas, siempre se va rotando el rol asignado.

Es importante señalar que economización no es sinónimo de mercantilización. Mercantilizar es convertir cada necesidad o deseo en un producto que pueda ser adquirido y/o consumido. Economización es la capacidad de convertir cada necesidad o deseo en un proyecto futuro, en la aspiración de producirlo como una empresa rentable. Al imponer criterios económicos en la ponderación de las distintas dimensiones de la vida, no solo se modifica el tipo de decisiones que se toman sobre un conjunto de alternativas: las propias alternativas se

transforman de modo radical en cuanto a su estructuración, sus propósitos y sus objetivos. Es por ello que economizar la vida no es un cambio estético y organizacional, es un cambio de *épistémè* que impone una nueva racionalidad.

La economización de la vida produce prácticas concretas en la conducta humana. Cuando un sujeto asume los criterios económicos de valoración, cada decisión que toma involucra el objetivo de buscar un rendimiento. Este rendimiento no debe comprenderse como una ganancia económica directa; incluso puede suponerse que la generación de riqueza no es la preocupación primaria. El hecho de seleccionar una carrera que estudiar, la Universidad más idónea, el barrio en donde vivir o el tipo de amigos que frecuentar, implica una valoración que pondera el costo-beneficio de tiempo invertido contra una potencial retribución.

e) Economización política: despolitización y desideologización

El proceso de economización ha tenido múltiples efectos colaterales, sin embargo, quizás uno de los menos analizados y más efectivos ha sido el impacto en mentalidad ciudadana con respecto a la política: la sociedad empezó a ver al Estado como una administración que debía ser tan eficiente y ágil como cualquier transacción de mercado. Si los servicios son ineficientes e improductivos es porque no asumen los principios del modelo exitoso de la empresa competitiva. Es decir, el ciudadano, progresivamente, se iba asumiendo como cliente frente al Estado (Nachtwey, 2017: 70). Simultáneamente, las expectativas en el Estado democrático iban rebajándose y la problematización sobre los términos de la justicia y los procesos políticos e ideológicos para alcanzarla, fueron diluyéndose.

Este proceso es expresado por Jürgen Habermas en términos de los “*problemas*

de legitimación en el tardocapitalismo” (1973), mientras Rancière (1996) los denomina como una condición “*posdemocrática*” en referencia a una democracia vaciada de *demos*. Conforme avanzaba el proyecto neoliberal, la democracia cada vez necesitaba menos de la sociedad y parecía que se gobernaba a sí misma, automáticamente, creando un gran dispositivo con vida propia. Esto generó tensión entre los ciudadanos que habían idealizado a la democracia como un proyecto de justicia social y demandaban de ella cada vez más cosas. La democracia aumentaba en casi todos los ámbitos pero no ofrecía los resultados esperados (Zakaria, 2003). Lo que sucedió realmente es que el modelo democrático cada vez era menos capaz de propiciar transformaciones efectivas en el sistema y dar respuestas a las demandas de la ciudadanía.

El modelo representativo no había cambiado, habían cambiado las estructuras económicas y políticas del Estado. La globalización planteaba retos para los que no existían respuestas en el repertorio democrático tradicional. La tensión fue aumentando. El mayor acceso a información, la masificación de las estructuras y el crecimiento poblacional propiciaron que el modelo democrático representativo se quedara *corto* ante las expectativas sociales. “*La democracia exige cierto grado de igualdad en cuanto a las posibilidades efectivas de todos los ciudadanos en las decisiones políticas*” (Rosanvallon, 2013) y los ciudadanos se percibían marginales ante la complejización del Estado y las nuevas competencias globales.

La democracia liberal concibe una serie de valores de carácter normativo, como la libertad e igualdad, compartidas en un gobierno *del* pueblo y *para* el pueblo. Cuando se analiza, la mayoría de los sistemas democráticos comparten estos ideales aunque en distinto modo interpretativo. Sin embargo, como sostiene Wendy Brown “*el neoliberalismo ataca los principios, las prácticas, las culturas, los*

sujetos y las instituciones de la democracia entendida como el gobierno del pueblo" (Brown, 2015: 5). El proyecto neoliberal interpela los principios políticos y democráticos de justicia para reconfigurarlos en términos de una métrica económica y desplaza al Estado a una funcionalidad de gestoría administrativa.

Dice Jürgen Habermas que "*el mundo de la vida*" (2002: 179) constituye el espacio trascendente y común que hace posible el entendimiento colectivo. Ese espacio que compartimos los seres humanos está compuesto de historias, de principios, de dilemas éticos, de mitos, de ideologías, de religiones. Pretender vaciarlo de ello es intentar reducir la estructura social a un mero problema de gestión burocrática y de eficiencia. La racionalidad neoliberal ha contribuido sensiblemente a este proceso de desideologización que intenta superar lo político. Los análisis de Habermas y Offe (1972) acertaron en diagnosticar cierta desideologización, burocratización, oligarquización en los partidos políticos tradicionales, además de un progresivo desencanto de la ciudadanía que se reflejaba en apatía.

Esta desideologización está vinculada al proceso de "*economización del Estado*" que promulga una versión del mismo en donde se relegue su funcionalidad a la administración eficiente y a la conservación del mercado competitivo. Ya señalaba Foucault que el propio liberalismo no está fundamentado en los derechos del hombre ni en las consignas de las revoluciones modernas, sino que anida en la gubernamentalidad del mercado como su orden central. Pero a partir de la racionalidad neoliberal, el mercado se configura como el sitio de veridicción para el gobierno y una nueva forma de organizarlo, limitarlo, medirlo y legitimarlo (Brown, 2015: 73). En este sentido se engarza la noción de ciudadano que deviene en capital humano y participa de la creencia de que la unidad social se funda en la dinámica del flujo del capital y su economía. Esto

vacía de contenido al sujeto y deja a la sociedad cohesionada por una argamaza de relaciones comerciales.

Por otro lado, el concepto de pospolítica ha sido empleado como referencia a la visión que establece el consenso como premisa de orden institucional; como una forma de cancelar el conflicto. A este respecto, Chantal Mouffe argumenta que la premisa pospolítica se olvida que el poder no es una cuestión que se agote en la mera técnica, ni un asunto que se resuelva entre expertos. La política implica contradicciones y visiones divergentes del mundo y sus relaciones sociales. Por lo tanto, este enfoque se equivoca en tecnificar lo político porque olvida el conflicto que habita en la naturaleza pluralista del mundo social y sus conflictos de interpretación (Mouffe, 2014: 21-23). La racionalidad neoliberal, desde los agoreros del *“fin de la historia”*, ha intentado posicionar dicha visión pospolítica. Las recientes revueltas y el malestar social, en conjunto con una nueva tensión geopolítica, dan cuenta del grave error de diagnóstico.

f) Representación directa: contra la intermediación y el representante político

La idea de una representación directa y sin intermediarios aparece en el horizonte político como una nueva ficción: la cercanía digital. En tiempos de la racionalidad neoliberal y ante el impacto digital, cualquier distancia es impedimento, es obstrucción. Se requiere erosionarla hasta la tactilidad para poder sentir, palpar y percibir la realidad. Esta paradoja de una realidad que habita en un mundo virtual es la que obliga a plantearse el papel de la intermediación y la representación política en la gobernanza contemporánea. Las nuevas tecnologías generan una sensación de utilidad en la participación del ciudadano en cuestiones que anteriormente le eran atribuidas a cuerpos de

intermediación sociales o políticos. Mientras que, en la democracia de los partidos de masas, el voto que se emitía parecía que se perdía en un océano inmenso y poco podía influir en los hechos prácticos, la nueva ficción construida a partir de las prácticas digitales logra que el ciudadano que emite opiniones perciba una reacción inmediata; ya sea a través de otras reacciones de ciudadanos en red o por alguna respuesta institucional en la misma dimensión.

Algunas tesis contemporáneas (Greppi, 2012; Urbinati, 2013) están abordando con atención la crisis de los cuerpos intermedios en la democracia actual. Ante un desgaste sistemático del modelo de partidos, de la representación política o de la participación ciudadana, han aumentado los cuestionamientos a las instituciones características del gobierno representativo. Como ejemplo de lo anterior, se propone analizar en particular dos cuerpos intermedios que han sido pilar fundamental de la democracia representativa: los partidos políticos y los medios de comunicación tradicionales. Estos cuerpos intermedios comparten historia común: aparecieron de la mano en los tiempos del nacimiento del gobierno representativo, se fortalecieron casi hegemónicamente en los tiempos de la democracia de los partidos de masas y están decayendo, juntos también, en tiempos de la sociedad digital. Estas instituciones que en otros momentos sirvieron para vehicular las demandas, las aspiraciones sociales y para la construcción de una opinión pública, hoy sufren un embate deslegitimador que cuestiona su función histórica.

Los partidos políticos han dejado de cumplir las funciones sustantivas para las que fueron concebidos. Han entrado en un proceso gradual y sostenido de desconexión con la sociedad en general y están empeñados en una clase de competición que es tan carente de significado que ya no responde a la democracia en su forma presente (Mair, 2015). De esta forma se entiende el

vaciamiento de la zona de interacción entre el político y el ciudadano y su abandono recíproco. Estas condiciones que modifican el papel tradicional de los partidos políticos y su relación con la sociedad, han contribuido a su deslegitimación sistemática y con ello, al fortalecimiento de la idea de que pueden ser prescindibles. Sin embargo, el verdadero detonador de la idea de una relación directa entre sociedad e instituciones o representantes, sin la intermediación del partido, fue la proliferación de instrumentos digitales de comunicación directa y bidireccional. A través de esta ficción de cercanía, la sociedad empezó a pensar que era posible sustituir la función desgastada de los partidos.

Por otro lado, los medios de comunicación tradicionales no están pasándola mejor. Esta institución que evolucionó a la par del sistema de gobierno representativo permitió la construcción de una opinión pública que sirviera a la democracia. Con la masificación del uso de la televisión, la democracia empezó a explorar nuevas formas de comunicación política. Las campañas electorales y los sistemas noticiosos se transformaron para ser más *consumibles* por la sociedad. La crítica vertida por Giovanni Sartori en "*Homo Videns*" es muy ilustrativa al respecto¹²⁸. En la realidad contemporánea se cuestiona fuertemente la labor del periodista profesional y en su lugar han proliferado nuevos esquemas digitales para interactuar e informarse en tiempo real. El fortalecimiento de estas nuevas tecnologías interactivas aplicadas a la comunicación y difusión de las ideas tienen un efecto directo en el menoscabo del papel que ejercía la prensa convencional en la modulación de la opinión

¹²⁸ Para ver más, se puede consultar la obra "*Homo videns: La sociedad teledirigida*" (2002) donde se realiza una disertación puntual de la forma y los efectos de la televisión en el comportamiento social.

pública. La caída de los grandes diarios en todo el mundo es observada como la erosión de una función tradicional que desempeñaron.

Sin embargo, algo sucedió con la incorporación de los medios digitales a la comunicación pública. El denominado "*modelo de propaganda*" que cuestionaba Chomsky (2013) mucho antes de la reciente revolución tecnológica, ha sido denunciado en las plataformas digitales como una trama estructural que proviene de múltiples intereses. Es decir, si en la prensa convencional era posible reconocer la existencia de intereses económicos concretos, en la era de la información digital estos intereses se diluyen en la inmensidad de los contenidos. Las críticas que siempre se han vertido sobre el papel de los medios tradicionales, ahora también se extienden radicalmente sobre la fiabilidad de los medios electrónicos y hay quienes prevén la posibilidad de un nuevo totalitarismo dominado por un sistema que se autoalimenta sin regulación.

Por otro lado, en una sociedad global de poderes difusos y supranacionales, la idealización de la representación política, que servía de ancla al concepto de soberanía, se ve seriamente cuestionada. En plena intensificación de la era digital, la representación buscar sobrevivir como relato que justifique la pertinencia de la democracia liberal frente a una sociedad que cuestiona la intermediación de los representantes. La creciente insatisfacción con la representación política, la deslegitimación de las instituciones estatales y el escepticismo a las instituciones supranacionales que carecen -muchas veces- de fundamento democrático, desactiva la visión que dotaba funcionalmente a la representación como elemento articulador del modelo democrático.

Es por ello que el incremento exponencial de contenidos e información que vive la sociedad digital está propiciando en ella reacciones inéditas en forma de

estímulos que se mezclan con sentimientos, pasiones, estados de ánimos y sensaciones. En una sociedad habituada a lo inmediato, a la velocidad de respuesta de lo digital y a los sistemas “*on demand*”, la representación política se percibe lenta e incluso sospechosa. ¿Por qué se ha de delegar a otro una decisión que se puede tomar al alcance de un *click*? Es decir, si el representante debe expresar la voluntad de sus electores ¿no es posible que a través de plataformas digitales pueda expresarse directamente, sin intermediación? De esta forma, la sociedad digitalizada exige nuevas formas de interacción de manera directa, sin intermediarios.

Cualquier dilación en la respuesta, o peor aún, cualquier incapacidad de respuesta por parte del representante, es juzgada con severidad por la sociedad conectada. Los esquemas de información emergentes en las prácticas digitales (portales, blogs, videos, comentarios, etc.) adquieren un valor determinante por su inmediatez, no tanto por su contenido. El contraste, el cuestionamiento o la comprobación de la información que se recibe, no tienen cabida en una realidad que transcurre a gran velocidad y caduca permanentemente. En la medida que este proceso interactivo se abre paso y se consolida con nuevas herramientas digitales, también se fortalece la ficción de cercanía y se cuestiona la función normativa de la representación política.

3. Bases para un análisis empírico

Esta distinción de conceptos, preferencias y valores intenta resumir los criterios mínimos que subyacen a toda práctica neoliberal y su forma de subjetividad. El listado de criterios fue abordado a través de cuatro ejes temáticos que, como ya

se ha señalado, no son exhaustivos ni excluyentes, sino que resaltan ciertos elementos irrenunciables al proyecto neoliberal. Cada uno de los criterios expuestos está configurado a partir de ciertas preferencias manifiestas en los sujetos y en diversas prácticas que delimitan la dinámica social e institucional. A pesar de que aquí se han comentado brevemente, solo a través de la revisión completa de la tesis puede dimensionarse justamente.

Es por lo anterior que esta tesis doctoral constituye un esfuerzo para analizar teóricamente una cuestión que luego debe ser testada en las prácticas cotidianas. Se ha revisado parte de la literatura más relevante para dar cuenta del impacto de las prácticas digitales y de la configuración de la forma disponible de racionalidad neoliberal. La apuesta por extraer de su abstracción a dicha racionalidad, surge de la necesidad de objetivarla para comprenderla; y sobre todo, para construir un aparato teórico que sirva para confeccionar un instrumento empírico que pueda ser aplicable a los fenómenos observables.

Es verdad que esta exposición de los criterios rectores de la racionalidad neoliberal puede ser insuficiente o quizás problemática. Se ha de recordar que la propia construcción del andamiaje neoliberal es contradictoria y se aleja de cualquier ideología coherente. Sin embargo, los criterios expuestos generan preferencias y prácticas concretas que se han descrito a lo largo de este trabajo; es decir, sirven de fundamento que subyace posiciones incluso antagónicas. Funcionan a modo conceptos límite: no estructuran claramente el comportamiento y las ideas a profesar, sino que delimitan un marco de actuación en plena diversidad, pero con fronteras claras que no deben traspasarse. No describe las reglas del juego plenamente, más bien confecciona el tablero que constriñe su desempeño.

Estos criterios tienen consecuencias sensibles en la sociedad contemporánea, en sus sesgos cognitivos, en sus referencias para comprender el mundo. En conjunto con el desarrollo de las plataformas digitales y sus prácticas, se han tenido que ajustar y redefinir los valores y principios que sostienen a la racionalidad neoliberal, pero sin trastocar una serie de límites. También se han expandido globalmente con mayor fuerza que antes y se puede observar su impacto en el orden social y político.

A partir de las reflexiones, los análisis y la evidencia empírica mostrada en esta investigación se propone la posibilidad de diseñar una herramienta que diagnostique en los sujetos su grado de apropiación e inmersión en las prácticas digitales, así como su nivel de interiorización de criterios propios de la racionalidad neoliberal. Esta tesis pretende ser, por lo tanto, el inicio de una línea de investigación a futuro sobre las potenciales transformaciones endógenas de la racionalidad neoliberal a partir del impacto de las prácticas digitales; así como la observación de su reproducción a nivel global y el uso de estrategias de subjetivación digitales. Además, se propone la creación de modelos de análisis empíricos, tanto cualitativos y cuantitativos, que puedan verificar cierta evidencia al respecto. Lo anterior sin perder la ruta propuesta en la hipótesis de esta tesis: la posibilidad de que, a pesar de la presunta diversidad manifiesta, se esté configurando la sociedad global más homogénea de la historia; y que la reproducción de la racionalidad neoliberal a través de las prácticas digitales tenga una correlación directa en ello.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo se profundizó en la relación existente entre los criterios, los principios y las prácticas presentes en el orden sociopolítico contemporáneo y el impacto que en él ejercen las plataformas digitales y sus dinámicas interactivas. Por cuestiones epistemológicas, se utilizó la noción de dispositivo y racionalidad neoliberal como forma de encuadre para situar el análisis del contexto; a la vez, se analizaron las prácticas digitales como rendija de observación del fenómeno en cuestión.

La pregunta central que orientó esta tesis doctoral fue la siguiente: ¿qué relación guarda la intensificación de las prácticas digitales con la reproducción y diseminación de la racionalidad neoliberal en la sociedad contemporánea? A partir de esta interrogante se vertebra la reflexión sobre las condiciones, la funcionalidad y las repercusiones que las plataformas digitales y sus prácticas ejercen en los procesos de subjetivación de los usuarios; lo anterior parte de la hipótesis que dichos procesos de subjetivación impactan directamente en la consolidación de los criterios y principios dominantes en la sociedad actual.

El objetivo fue verificar cómo y en qué medida está impactando la intensificación de las prácticas digitales en los criterios distinguibles como característicos de la racionalidad neoliberal. Se trató de indagar sobre la posibilidad de que la digitalidad pueda subvertir, transformar o reproducir los criterios rectores del neoliberalismo. Para ello, se establecieron dos estrategias analíticas en la búsqueda de un objetivo común: por un lado, se revisaron las características, dinámicas y prácticas que se realizan a través de las plataformas

digitales, así como su dimensión performativa; por el otro, se distinguieron y operacionalizaron los criterios rectores de la racionalidad neoliberal a fin de analizar su evolución.

De forma general y resumida, se puede señalar que esta investigación arrojó el siguiente hallazgo: el neoliberalismo, en tanto racionalidad disponible, posee un conjunto de criterios que subyacen e impactan transversalmente los discursos disponibles en la conversación pública, limitando con ello las fronteras de sus prácticas. Estos criterios orientan y determinan las preferencias y los principios que asumen los sujetos, así como las prácticas que se realizan cotidiana e institucionalmente. Estos criterios se han venido diseminado recientemente a través de plataformas digitales, alcanzando nuevas cotas de penetración y diseminación global, inaugurando con ello nuevos procesos de subjetivación en formato digital. Las prácticas digitales que se han desarrollado desde entonces constituyen una nueva forma de tecnología del poder, erigiéndose funcionalmente como verdaderos dispositivos biopolíticos -según la connotación de Foucault- que articulan y reconfiguran en su interior al resto de dispositivos convencionales.

Luego, las dinámicas democráticas, las relaciones sociales, las formas de consumo y la propia cultura disponible, entran en tensión y colisionan con la naturaleza de las prácticas digitales, produciendo una sensación permanente de cambio. Sin embargo, la evidencia empírica demuestra que estos cambios no apuntan en la dirección de subvertir o transformar radicalmente los principios básicos de la racionalidad neoliberal, sino que los expande y disemina de forma exponencial, fungiendo como instrumento privilegiado de su reproducción. Es decir, los constreñimientos que imponen las plataformas digitales propician una reconfiguración endógena de los criterios neoliberales antes que su eliminación.

Finalmente, las características propias de la racionalidad neoliberal y las prácticas digitales no funcionan como una ideología coherente y armónica, sino más bien como un conjunto de criterios y principios límite que impregnan cada espacio de la vida. En este sentido, a pesar de la presunta diversidad manifiesta, se puede distinguir cierta homogeneidad inédita en las prácticas sociales a nivel global. Se puede concluir entonces que las plataformas digitales contemporáneas constituyen un instrumento sumamente útil para la reproducción de los criterios rectores de la racionalidad neoliberal a escala global, y a la vez, los reconfiguran progresivamente. A continuación, se detallan algunos hallazgos específicos que soportan la conclusión de esta investigación:

1. El impacto de la revolución digital en la configuración del poder: las plataformas digitales no son solo un sucedáneo de las máquinas y las innovaciones tecnológicas previas, sino que se erigen como dispositivos tecnológicos complejos que permiten dinámicas de interacción e intercambio capaces de reordenar transversalmente al conjunto de prácticas sociales e institucionales existentes. Esto es relevante en la medida de que en la *Segunda Parte* de esta tesis se analiza cómo, históricamente, es posible evidenciar una relación intrínseca entre la evolución de la tecnología y la forma en qué se ejerce el poder. Si la tecnología se comprende como el estudio de los conocimientos técnicos para concebir objetos que satisfagan necesidades sociales e individuales, se puede sostener que las condiciones tecnológicas impactan sensiblemente la estructura social y su organización.

Esta conclusión se sustenta en el análisis de cómo las máquinas han sido un rasgo de innovación y progreso social durante las denominadas *cuatro revoluciones industriales*, pero también han sido un elemento vinculado fundamentalmente al modelo de dominación política y económica

(Luxemburgo, 1976; Marx, 1974, 1975; Panzieri, 1980; Sweezy, 1976). En esta tesitura, la cuarta revolución industrial caracterizada por la digitalización y sus formidables potencialidades (Schwab, 2016) implementa nuevas máquinas que superan la simple función histórica de herramientas diseñadas para desempeñar una tarea concreta y aportar una utilidad práctica.

Las plataformas digitales tienen una dimensión totalizante que, lejos de su utilidad práctica, promueve procesos de subjetivación efectivos. Si a esto se le suma la ampliación de la cobertura de Internet, la multiplicidad de actividades que ahora se desarrollan en la virtualidad y el abaratamiento de los dispositivos de auto-acceso y su masificación, se pueden prever efectos sensibles en la reconfiguración de las estructuras las relaciones sociopolíticas globales.

2. *La ruptura que genera prescindir del cuerpo:* el aumento progresivo en el uso intensivo de las plataformas digitales inaugura nuevas dinámicas de interacción social que modifican transversalmente la gestión cotidiana de la vida, propiciando con ello una ruptura fundamental en los criterios de valoración de los objetos, sujetos y relaciones. Es decir, al permitir la gestión y el desarrollo virtual de una multiplicidad de actividades que anteriormente estaban supeditadas a la presencia física del sujeto, no solo facilita su realización, sino que reconfigura su naturaleza.

En este trabajo se ha dejado de manifiesto que la digitalidad tiene la potencialidad de atravesar casi cualquier institución y sus prácticas relativas, desde una estructura global de regulación económica, hasta la actividad más íntima de una persona. Al hacerlo, se desarrollan prácticas digitales que no solo permiten interacciones de forma neutral, sino que reconfiguran los principios que la sostienen. Lo que trasciende la digitalidad, se impregna de nuevas formas

de sentido de manera progresiva y contingente.

Esta virtualidad constituye el signo de las prácticas digitales y desencadena una serie de condiciones que afectan -simbólica y materialmente- a los procesos, a las estructuras y a los sujetos. La evidencia empírica citada en el apartado 3 de la *Segunda Parte*, da cuenta del aumento progresivo en la gestión de múltiples actividades cotidianas e institucionales por la vía digital, así como su impacto específico en todo aquello que atraviesa. Se expone cómo funcionan las plataformas digitales y las repercusiones que tienen. A partir de la tesis de B. J. Fogbeg y su diseño persuasivo para modelar el comportamiento, desarrollado en la Universidad de Standford (2009), se analizan las plataformas en cuanto a tres elementos distinguibles: motivación, habilidades y desencadenantes.

Adicionalmente se reflexiona sobre la capacidad de las plataformas digitales para producir efectos concretos en los usuarios a partir de múltiples estudios contemporáneos (Han, 2014; Sibilia, 2008; Zafra, 2015; Fuchs y Dyer-Witheford, 2012; Reveley, 2013): el depósito de la afectividad, la publicidad de la intimidad, la sociabilidad digital, el concepto de *Status Online* de Marwick (2015; 2016), la noción de *Self-appreciation* y *Self-branding* de Michael Feher (2009) o el desarrollo de la *Hope Labour* de (Kuehn y Corrigan, 2013). De igual forma se repara en la configuración de los algoritmos digitales, la producción de cámaras de eco, del filtro burbuja, el sesgo cognitivo o de confirmación, el efecto del *clickbait* y el impacto de la economía de la atención. En función a todo lo anterior se encuadran las prácticas digitales, su dinámica interactiva y sus efectos directos en los procesos de subjetivación.

3. Mecanismos de subjetivación digital: en esta investigación se deduce que las prácticas digitales producen efectos directos en los procesos de subjetivación y

en la construcción de identidades para los usuarios. Estos procesos se caracterizan por establecer criterios de aceptabilidad que se erigen como referentes normativos. A partir de ello, las prácticas digitales permiten la formación y diseminación de estos discursos exponencialmente. Así, la diseminación de estos discursos y las prácticas de interacción que los sostienen, configuran lo que puede denominarse racionalidad disponible.

Lo anterior se analiza particularmente en la *Tercera Parte* de la tesis donde se reflexiona sobre los procesos de subjetivación en los usuarios digitales, así como su dimensión performativa y normativa que produce un tipo de sujeto específico. En este sentido, se extrae que las plataformas digitales asumen una modalidad instrumental para ejercer relaciones de poder complejas en un contexto virtual. Esto permite verificar la hipótesis de que las prácticas digitales tienen la potencialidad de albergar, reproducir, transformar y diseminar discursos de una forma inédita.

Se concluye que existe una imbricación permanente entre la realidad *offline* y la actividad *online*. Se observa que las prácticas digitales van generando regularidades distinguibles y promoviendo criterios rectores sobre lo aceptable y lo marginal, sustituyendo en cierto sentido la función que asumían las ideologías y las religiones, pero de forma mucho menos coactiva y perceptible. Lo anterior tiene efectos directos en la producción de marcos de interpretación y comprensión del mundo para los usuarios, afectando las dinámicas sociales, económicas, culturales y políticas. Cabe señalar que la subjetivación digital no comporta necesariamente un orden coherente y no pretende construir una narrativa articulada en forma de ideología. Por el contrario, su fortaleza estriba en la fragmentación de su discurso y en su capacidad simultánea de instituir un orden social reconocible y compartido.

4. *Prácticas digitales como inédita tecnología del poder:* las prácticas digitales incorporan una tecnología inédita del poder que se ejerce reticularmente. A diferencia de la tecnología gubernamental *pre-digital*, las relaciones de poder en las prácticas digitales ocurren de manera descentrada y dinámica; no existe una única entidad visible que monopolice el poder y lo ejerza libremente. Los usuarios pueden modificar la naturaleza y la configuración de las redes, pero también las redes modelan el comportamiento y las perspectivas de los usuarios. Si las plataformas son estructuras contingentes, dinámicas y maleables, los usuarios que interactúan en ellas no lo son menos.

Adicionalmente se propone que existen siete condiciones observables en toda práctica digital: 1) trascendencia entre lo digital y lo real, como condición intrínseca; 2) máxima transparencia de la intimidad, como efecto coactivo de la publicidad digital; 3) sensación de libertad, como posibilidad de acceder a contenidos, interactuar y elegir; 4) inmediatez y permanencia, como características de la velocidad digital y del efecto de reproducción descontextualizada de contenidos; 5) normatividad, como efecto orientativo que produce marcos de aceptabilidad; 6) lenguaje universal, como la adopción de símbolos y categorías de comunicación sin un idioma específico; y 7) afectividad, como la dimensión emocional que poseen las redes.

5. *Las prácticas digitales generan una tensión progresiva con la forma vigente en que se desarrolla la democracia liberal:* a partir de lo anteriormente expuesto se propone que, tanto las condiciones en que se ejercen las prácticas digitales como el impacto político que generan, producen una tensión fundamental con respecto al funcionamiento que hasta ahora mantiene la democracia liberal. Esto en virtud de que opera en contra de algunos principios básicos en los que ésta se sostiene, a saber: impide los correctos procesos de deliberación racional en

razón de los sesgos implícitos en sus prácticas y sus marcos de polarización. Dificultan el establecimiento y reconocimiento de valores comunes y compartidos en virtud de que fragmentan los relatos dominantes al personalizar la información en las preferencias de los usuarios.

Generan también cierta tensión ante la figura de la representación política, puesto que las capacidades de interacción directa y masiva de la digitalidad, propician que el usuario perciba como innecesario a los intermediarios. Impiden el conocimiento y el contraste de las posiciones divergentes al configurar las cámaras de eco y con ello erosionan la posibilidad de contar con información plural y diversa, a pesar de la cantidad de contenidos existentes. Es decir, los sesgos cognitivos y la imposibilidad de discriminar asertivamente la información producen escenarios ideales para el fenómeno de la posverdad. Además, los esquemas de activismo digital y las comunidades virtuales establecen un bajo compromiso político y operan de manera individualizada, lo que impide la correcta organización política solidaria.

6. Las plataformas digitales se erigen en dispositivos biopolíticos: el desempeño actual de las plataformas digitales y las características funcionales de los dispositivos biopolíticos, según la conceptualización establecida por el profesor Michel Foucault, pueden ser equiparables. En este sentido, se proyectan las prácticas digitales como una fuerza disciplinar sofisticada que ahora se produce en un entorno global mucho más dinámico, articulando potencialmente al resto de dispositivos y superando con ello los límites tradicionales de la experiencia humana.

Se concluye que existen ciertos elementos mínimos reconocibles en la funcionalidad de un dispositivo: una interfaz que lo soporte, prácticas

específicas, una ordenación concreta del poder, diversos criterios rectores, un aparato intelectual, mecanismos de diseminación discursiva, tecnologías disciplinares y mecanismos de subjetivación. Sin embargo, si bien es posible reconocer estos elementos dentro de las prácticas digitales, el nuevo *dispositivo biopolítico digital* tiene la posibilidad de albergar en su interior al resto de dispositivos convencionales (escuela, fábrica, familia, trabajo, medicina, religión, etc.). Al hacerlo, los reconfigura en sí mismos, fungiendo como un auténtico *dispositivo de dispositivos*.

8. Existen ciertos criterios rectores que subyacen al conjunto de prácticas y discursos de la racionalidad neoliberal: el neoliberalismo, en tanto racionalidad práctica, posee una serie de características que lo distinguen del liberalismo clásico y lo articulan como racionalidad dominante. En la *Quinta y Sexta Parte* de esta tesis, se procede a conceptualizar y operacionalizar estos criterios, de tal forma que puedan analizarse en la práctica. Es decir, la racionalidad neoliberal opera a través de una serie de criterios rectores distribuidos en el conjunto de instituciones, discursos y prácticas que configuran el orden establecido. Se erigen como principios fundantes de las estructuras dominantes y se interiorizan en los sujetos a partir del despliegue de una inédita tecnología de subjetivación digital. Son criterios que actúan como marcos de referencia que, permitiendo toda la diversidad y pluralidad posible, determinan los límites de lo aceptable y lo racional.

A partir de la revisión de trabajos académicos citados a lo largo de la investigación y de la evidencia empírica aportada, se concluye que es posible dimensionar a la racionalidad neoliberal a partir de cuatro ejes: 1) capital humano; 2) meritocracia; 3) competencia; y 4) participación política y gobernanza. Lo anterior como estructura para observar una serie de criterios

rectores identificables en prácticas y preferencias, a saber: *responsabilización, autoinversión, empleabilidad, sacrificio, exposición digital, meritocracia, competitividad, rentabilidad, emprendimiento, austeridad, financiarización, gobernanza, mejores prácticas, economización política y economización de la vida*. A través de la descripción y delimitación de estos conceptos, se ofrece una forma práctica de observar al neoliberalismo. Estas nociones están debidamente soportadas y justificadas académicamente a lo largo de la investigación.

Esta distinción de conceptos, preferencias y valores intenta resumir los criterios mínimos que subyacen a toda práctica neoliberal y su forma de subjetividad. El listado de criterios no es exhaustivo ni excluyente, sino que se resaltan ciertos elementos irrenunciables al proyecto neoliberal. Al final se conforma una *Matriz* con esta información sistematizada que sirve de aparato metodológico para su observación en fenómenos contemporáneos.

9. La diversidad de lo homogéneo: a partir de la función de los criterios rectores distinguibles en la racionalidad neoliberal, se puede observar que existen múltiples disputas y antagonismo en la sociedad contemporánea que, a pesar de toda la presunta diversidad y confrontación, comparten criterios que los subyacen. Luego, en una sociedad en donde la diversidad aparece como un valor aspiracional, se concluye que dicha diversidad solo funge como *frontera límite* para soportar uno de los marcos de actuación más homogéneo, global y diseminado de la historia.

Esto inaugura un proceso de colonización digital que proyecta y disemina una serie de principios normativos comunes. La racionalidad neoliberal tiene la capacidad de gestionar sus propias contradicciones internas en la medida que no adopta la forma de relato coherente, sino de breves y discretos criterios que

impregnan a la multiplicidad de discursos que lo atraviesan. Es por ello que las prácticas digitales que la reproducen se perciben diversas y abiertas, a pesar de sus constreñimientos permanentes. En el apartado 4 de la *Cuarta Parte* se ejemplifica esta cuestión y se aporta evidencia que permite analizar la capacidad de diseminación global de las prácticas digitales y cómo impregnan casi cualquier discurso.

10. Las prácticas digitales, contrario a subvertir, garantizan y diseminan la racionalidad neoliberal de forma inédita y exponencial: los criterios rectores del neoliberalismo han encontrado en las estructuras discursivas de las plataformas digitales un espacio privilegiado para su diseminación. Estos criterios no fungen como entidades meramente conceptuales o normativas, sino como una práctica articuladora que configura y organiza las relaciones sociales. De lo anterior se concluye que existe una correlación entre la adopción e intensificación de las prácticas digitales con la diseminación e interiorización de los criterios rectores característicos de la racionalidad neoliberal.

Finalmente, este trabajo representa un esfuerzo de comprender un fenómeno en pleno proceso, con toda la complejidad que ello conlleva. Sin embargo, es necesario reflexionar de forma seria y consistente sobre las implicaciones que la digitalidad está generando cotidianamente y las transformaciones que está produciendo en las estructuras políticas y sociales. La racionalidad neoliberal se encuentra en constante transformación, pero no precisamente en crisis de extinción. Al menos los principios que la caracterizan gozan de cabal salud en el mundo contemporáneo.

La contribución fundamental de esta tesis es la operacionalización de la racionalidad neoliberal y el análisis de las prácticas digitales en ella. Se trata de

una línea de investigación en ascenso y con múltiples aristas de análisis, por lo que se propone continuar indagando al respecto. En ese esfuerzo es que se inscribe el *Anexo* de esta investigación; con el interés de testar esta reflexión teórica a través de una herramienta empírica. Conectar la teoría y la praxis es condición para avanzar en el conocimiento. Espero sinceramente que mi investigación sea criticada, objetada y mejorada, pero sobre todo que sea una contribución útil al desarrollo de las Ciencias Políticas.

Bibliografía

- Abdul, S. (2012), "Defining the Concepts of Technology and Technology Transfer: A Literature Analysis", *International Business Research*, 5 (1).
- Adorno, T. y Horkheimer, M. (1995), *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Ed. Trotta.
- Agamben, G. (2011), "¿Qué es un Dispositivo?", *Sociológica*, 26 (73): 249-264.
- Agamben, G. (2020), "La invención de una epidemia", *Sopa de Wuhan*: 17-20.
- Agustinoy, J. y Monclús, A. (2016), *Aspectos legales de las redes sociales*. Madrid: Bosch.
- Arias, M. (2017), "Desmontando al sujeto postsoberano". *Beerderberg*, Marzo 2017. Recuperado de: <http://beerderberg.es/desmontando-al-sujetopostsoberano/> el día 31 de Mayo de 2017.
- Aristóteles. (2010), *Ética a Nicómaco* [Traducción: Julio Palli Bonet]. Madrid: Gredos.
- Arrighi, G. (2014), *El largo siglo XX*. Madrid: Editorial Akal.
- Bauman, Z. (2007), *Vidas de consumo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económico.
- Beck, U. (2002), *La sociedad del riesgo global: hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Becker, G. S. (1983), *El Capital Humano*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bell, D. (1976), *El advenimiento de la sociedad postindustrial: un intento de prognosis social*. Madrid: Alianza Editorial.

- Bell, D. (2015), *El final de la ideología*. Madrid: Alianza Editorial.
- Benkler, Y. (2016), "Degrees of freedom, dimensions of power". *Daedalus*, 145: 18-32.
- Berlin, I. (2005), *Dos conceptos de la libertad y otros escritos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bernabé, D. (2018), *La trampa de la diversidad*. Madrid: Editorial Akal.
- Bernstein, L. (2015), "Beyond Relational Contracts: Social Capital and Network Governance in Procurement Contracts", *Journal of Legal Analysis*, 7 (2): 561-621.
- Berten, A. (1999), "Dispositif, médiation, créativité: petite généalogie", *Hermès Cognition, communication, politique*, 25: 33-47.
- Bidet, J. (2012), "Foucault y el liberalismo. Racionalidad, revolución, resistencia", *Argumentos*, 25 (69): 169-184.
- Bourdieu, P. (1998), *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, P. y Passeron J.C. (2012), *Los herederos: los estudiantes y la cultura*. México: Siglo XXI.
- Brown, W. (2015), *El pueblo sin atributos: la secreta revolución del neoliberalismo*. Barcelona: Malpaso.
- Brynjolfsson E. y McAfee, A. (2013), *La Carrera Contra la Máquina: Cómo la Revolución Digital Está Acelerando la Innovación, Impulsando la Productividad y Transformando Irreversiblemente el Empleo y la Economía*. Madrid: Bosch.
- Butler, J. (2001), "¿Qué es la crítica? Un ensayo sobre la virtud de Foucault". *Instituto Europeo para las políticas culturales progresivas*. Recuperado de: <http://eipcp.net/transversal/0806/butler/es>.

- Butler, J. (2001b), *El género en disputa*. Barcelona: Paidós.
- Butler, J. (2009), *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*. Buenos Aires/Madrid: Amorrortu Editors.
- Butler, J. y N. Fraser. (2016), *¿Reconocimiento o redistribución? Un debate entre marxismo y feminismo*. Madrid: Traficante de sueños.
- Butler, J. (2017), *Mecanismos psíquicos del poder*. Madrid: Cátedra.
- Cadahia, L. (2018), "Las fisuras del ethos neoliberal", *Reporte Sexto Piso*, (44): 11-12.
- Caliskan, K. y Callon, M. (2009), "Economization, Part 1: Shifting Attention from the Economy Towards Processes of Economization". *Economy and Society* (38).
- Camarero-Cano, L. (2015), "Comunidades tecnosociales. Evolución de la comunicación analógica hacia la interacción analógico-digital", *Revista Mediterránea de Comunicación*, 6 (1): 187-195. doi:10.14198/MEDCOM2015.6.1.11
- Camargo, R. (2015), "Intervenciones: Laclau y lo político", *Revista Pleyades* (16):57-61.
- Caparrós, R. (1999), "La crisis del modelo de crecimiento de la posguerra y su repercusión en la viabilidad del modelo social europeo", *Revista de Estudios Políticos* 105: 97-146.
- Carty, V. (2010), *Wired and Mobilizing: Social Movements, New Technology, and Electoral Politics*. Londres: Routledge.
- Castells, M. (1995), *La ciudad informacional: tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional*. Madrid: Alianza.

Castells, M. (1999), *La era de la información: economía, sociedad y cultura. La sociedad red*. México: Siglo XXI.

Castells, M. (2000), "Internet y la Sociedad Red". Conferencia de presentación del programa de Doctorado sobre la Sociedad de la Información y el Conocimiento. Universitat Oberta de Catalunya. 07 de octubre del 2000. Recuperado de: https://s3.amazonaws.com/academia.edu.documents/34314728/INTERNET_Y_LA_SOCIEDAD_RED

Castells, M. (2009), *Comunicación y poder*. Madrid: Alianza.

Castells, M. (2016), *De la crisis económica a la crisis política*. Barcelona: La Vanguardia Ediciones.

Castro-Gómez, S. (2016), *Historia de la Gubernamentalidad II. Filosofía, cristianismo y sexualidad en Michel Foucault*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.

Ciuffolini, M.A. (2016), "La dinámica del neoliberalismo y sus desplazamientos. Para una crítica inmanente en orden a su superación". *Studia Politica* (40).

Concheiro, L. (2016), *Contra el tiempo*. Madrid: Anagrama.

Crispin, J. (2016), *Por qué no soy feminista: un manifiesto*. España: Los Libros del Lince.

Daemmrigh, A. (2017), "Invention, innovation systems, and the Fourth Industrial Revolution", *Technology and Innovation*, 18 (4): 257-265.

Debord, G. (2007). *La sociedad del espectáculo*. Colectivo editorial "El último recurso". Recuperado de: <http://www.ultimorecurso.org.ar/drupi/files/sociedad.pdf>

Deleuze, G. (1990), “¿Qué es un dispositivo?”, en Deleuze, G. et al., *Michel Foucault, Filósofo*. Barcelona: Gedisa.

Díaz-Polanco, H. (2006), *Elogio de la diversidad. Globalización, multiculturalismo y etnofagia*. México: Siglo XX· Editores

DiNucci, D. (1999), “Fragmented future”. *Design & New Media*, 53 (4): 221-222.

Dubois, E. y Blank, G. (2018), “The echo chamber is overstated: the moderating effect of political interest and diverse media”, *Information, Communication & Society*, 21 (5): 729-745, doi: 10.1080/1369118X.2018.1428656

Dworkin, R. (1993), *Ética privada e igualitarismo político*. Barcelona: Paidós.

Eagleton, T. (2005), *Después de la teoría*. Barcelona: Debate.

Elster, J. (1989), *The Cement of Society*. Nueva York: Cambridge University Press.

Elster J. (2007), *Explaining social behavior. More nuts and bolts for the social science*. Nueva York: Cambridge University Press.

Elster, J. (2010), *La explicación del comportamiento social. Más tuercas y tornillos para las ciencias sociales*. Barcelona: Gedisa.

Erevelles, S., Nobuyuki, F. y Swayne, L. (2016), “Big Data consumer analytics and the transformation of marketing”, *Journal of Business Research*, 69 (2): 897-904.

Errejón, I. (2011), “¿Qué es el análisis político? Una propuesta desde la teoría del discurso y la hegemonía”, *Relacso*, 1(1): 1-16. doi: 10.18504/r10101-2011-2012

Feher, M. (2009), “Self-Appreciation; or The Aspirations of Human Capital”, *Public Culture*, 21 (1): 21-41.

Fernández, A. (2019), “Gramsci no tiene la culpa”. *Letras Libres* [en línea], 1 de junio, México. Recuperado de:

<https://www.letraslibres.com/mexico/revista/gramsci-no-tiene-la-culpa>]. 1 de junio 2019.

Fogg, B.J. (2009), "A behavior model for persuasive design", *Persuasive*, (350): 40.

Foucault, M. (1979), *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones La Piqueta.

Foucault, M. (1983), *El discurso del poder*. México: Folios. Colección Alternativas.

Foucault, M. (1988), "El sujeto y el poder", *Revista Mexicana de Sociología*, 50 (3):3-20.

Foucault, M. (1991a), *Saber y verdad*. Madrid: Las Ediciones de la Piqueta.

Foucault, M. (1991b), "Seguros y Riesgos", en Burchell, G; Colin, G y Miller, P. (Eds.). *El efecto Foucault*. Chicago: Chicago Press.

Foucault, M. (1992), *Genealogía del racismo*. Madrid: Ediciones La Piqueta.

Foucault, M. (1994), "Prisons et asiles dans le mécanisme du pouvoir", *Dits et Ecrits* (11): 523-524.

Foucault, M. (2002), *La arqueología del saber*. Madrid: Siglo XXI.

Foucault, M. (2004), *Seguridad, territorio y población: curso del Collège de France: 1977-1978*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Foucault, M. (2007a), *El nacimiento de la biopolítica: curso del Collège de France 1978-1979*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Foucault, M. (2007b), *Historia de la sexualidad: la voluntad del saber*. México: Siglo XXI.

Foucault, M. (2009), *Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI.

Foucault, M. (2010), *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI.

Foucault, M. (2015), *Historia de la locura en la época clásica, I*. México: Fondo de Cultura Económica.

Foucault, M. (2017), *Sobre la Ilustración*. Madrid: Tecnos.

Frank, R. (2016), *Success and Luck. Good Fortune and the Myth of Meritocracy*. New Jersey: Princeton University Press.

Fraser, N., Arruzza, C. y Bhattacharya, T. (2019), *Manifiesto de un feminismo para el 99%*. Barcelona: Herder Editorial.

Friedman, T. L. (2010), "Power to the (Blogging) People", *The New York Times* (Septiembre, 14).

Fuchs, C. (2010), "Theoretical Foundations of the Web: Cognition, Communication, and Co-Operation. Towards an Understanding of Web 1.0, 2.0, 3.0", *Future Internet*, 2: 41-59.

Fuchs, C. y Dyer-Witheford, N. (2012), "Karl Marx and Internet Studies", *New Media and Society*, 15 (5): 782-796.

Fuchs, C. (2013), "Class and exploitation on the Internet", en Scholz, T. (Ed.), *Digital labor. The Internet as playground and factory*. Nueva York: Routledge.

Fukuyama, F. (1992), *El fin de la historia y el último hombre*. Madrid: Planeta.

García, F., Alfaro, A., Hernández, A., y Molina, M., (2006), "Diseño de Cuestionarios para la recogida de información: metodología y limitaciones", *Revista Clínica de Medicina de Familia* 1 (5): 232-236.

Ghonim, W. (2012), *Revolution 2.0: The Power of the People Is Greater Than the People in Power: A Memoir*. Londres: Houghton Mifflin Harcourt.

Giddens, A. (1998), *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*. Madrid: Cátedra.

Giddens, A. (1999), *La tercera vía*. Madrid: Taurus.

Gilder, G. (1984), *Riqueza y pobreza*. Madrid: Instituto de Estudios Económicos.

Gordon, Colin. (2015), "Racionalidad gubernamental: una introducción", *Nuevo Itinerario Revista Digital de Filosofía*, 10 (10): 1-51.

Gramsci, A. (1974), *Pequeña antología política. Selección y notas de Mario Spinella*. Barcelona: Fontanella.

Gramsci, A. (1984), *Cuadernos de la cárcel*. México: Ediciones Era.

Gramsci, A. (2017), *Escritos (antología)*. Madrid: Alianza Editorial.

Greppi, A. (2012), *La democracia y su contrario: representación, separación de poderes y opinión pública*. Madrid: Trotta.

Habermas, J. (1987). *Teoría de la acción comunicativa. Volumen 1: Racionalidad de la acción y racionalización social*. Madrid: Taurus.

Habermas, J. (2002), *Teoría de la acción comunicativa. II: Crítica de la razón funcionalista*. Madrid: Taurus.

Hacker, J. y Pierson, P. (2011), *Winner-takes-all politics*. Nueva York: Simon and Shuster.

Hall, S. (1996), "Introducción: ¿quién necesita identidad?" en Deugay, Hall, S., *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.

Han, B-C. (2013), *La sociedad de la transparencia*. Barcelona: Editorial Herder.

Han, B-C. (2014), *El Enjambre*. Barcelona: Editorial Herder.

Han, B-C. (2016), *Psicopolítica: Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Barcelona: Editorial Herder.

Han, B-C. (2020), "La emergencia viral y el mundo del mañana", *El País*, consultado el 22/03/2020.

Harari, Y. N. (2018), *21 lecciones para el siglo XXI*. México: Debate.

Harari, Y. N. (2019), "Los cerebros hackeados votan", *El País*, (5 de enero de 2019).

Hardt, M. y Negri, A. (2000), *Empire*. Cambridge: Harvard University Press.

Hardt, M. y Negri, A. (2004), *Multitud*. Barcelona: Debate.

Harvey, D. (1991), *The Condition of Postmodernity. An Enquiry into the origins of cultural change*. Cambridge: Blackwell.

Harvey, D. (2005), *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.

Harvey, D. (2020), "Política anticapitalista en tiempos de COVID", en Antón, L. (trad.), *Sopa de Wuhan*: 79-96.

Hearn, A. y Schoenhoff, S. (2016), "From Celebrity to Influence: Tracing the Diffusion of Celebrity Value across the Data Stream", en Marshall, P.D. y Redmond, S. (Eds.), *A Companion to Celebrity*. Chichester: John Wiley & Sons.

Hegel, G. F. (1968). *Filosofía del Derecho*. Buenos Aires: Editorial Claridad.

Hegel, G.F. (2000), *Fenomenología del Espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica.

Hjarvard, S. (2016), "Mediatización: La lógica mediática de las dinámicas cambiantes de la interacción social", *La Trama de la Comunicación*, 20 (1): 235- 252.

- Hobbes, T. (1972), *Man and Citizen: De Homine and De Cive*. México: Hackett Publishing Company.
- Hobbes, T. (1988), "Prefacio", en Tuck, R. y Silverthorne, M. (Eds.) *On the Citizen*. New York: Cambridge University Press.
- Hobbes, T. (2013), *Leviatan*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hobsbawm, E. (1997), *La era de la revolución, 1789-1848*. Buenos Aires: Crítica.
- Holst, H., Nachtwey, O. y Doerre, K. (2010), "The strategic use of temporary agency work", *International Journal of Action Research* 6 (1).
- Huntington, S. (1991), *La tercera ola: la democratización a finales del siglo XX*. Oklahoma: University of Oklahoma Press.
- Innerarity, D. (2018a), "El año de la volatilidad", *El País*, (30 de diciembre de 2018).
- Innerarity, D. (2018b), "La decisión de Siri", *El País*, (8 de octubre 2018).
- Innerarity, D. (2019), "Lo digital es lo político", *La Vanguardia*, (11 de marzo de 2019).
- Ippolita, L., y Rossiter, N. (2017), "El supuesto digital: 10 tesis". *CIC. Cuadernos de Información y Comunicación* [en línea]. Recuperado de: <http://ucsj.redalyc.org/articulo.oa?id=93552794003>
- Iqani, M. y Schroeder, J.E. (2016), "#selfie: digital self-portraits as commodity form and consumption practice", *Consumption Markets & Culture*, 19 (5):405-415.
- Kelling, G., y Wilsons, J. (1982), "Broken windows: the police and neighborhood safety", *Atlantic Monthly*, 249 (3):29-38.

Khamis, S., Ang, L. y Welling, R. (2017), "Self-branding, 'micro-celebrity' and the rise of Social Media Influencers", *Celebrity Studies*, 8 (2):191 – 208.

Kierkegaard, S. (2007), *Escritos de Søren Kierkegaard. O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida II*. Madrid: Trotta.

Kirby, Vicki. (2011), *Judith Butler: Pensamiento en acción*. Barcelona: Bellaterra.

Knight, M. (2017), "Social media as echo chamber: Facebook's influence on news diversity", *Rhodes Journalism Review*. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/2299/19226>

Kornbluth, J. (2013), *Inequality for all. Documental: 72 productions*.

Koselleck, R. (2012), *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid: Trotta.

Kuehn, K. y Corrigan, T. F. (2013), "Hope Labor: The Role of Employment Prospects in Online Social Production", *The Political Economy of Communication*, 1 (1):9-25.

Kuhn, T. (1995), *Estructura de las Revoluciones Científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.

Lacan, J. (1966), *Los 'Escritos' de Jacques Lacan*. México: Siglo XXI.

Lacan, J. (2006), *El seminario 10. La angustia*. Buenos Aires: Paidós.

Latorre, M. (2018), "Historias de las Web 1.0, 2.0, 3.0 y 4.0". Universidad Marcelino Champagnat. Recuperado de: http://umch.edu.pe/arch/hnomarino/74_Historia%20de%20la%20Web.pdf

Latour, B. (1994), *Nunca fuimos modernos*. Barcelona: Debate.

Laval, C. (2019), *La Escuela no es una Empresa*. Barcelona: Paidós.

- Laval, C. y Dardot, P. (2013), *La nueva razón del mundo: ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa
- Lévi-Strauss, C. (1949), *Las estructuras elementales del parentesco*. Barcelona: Paidós.
- Lévy, P. (1999), *¿Qué es lo virtual?*. Barcelona: Paidós.
- Lilla, M. (2018), *El regreso liberal*. Barcelona: Debate.
- Lippmann, W. (1997), *Public Opinion*. Estados Unidos: Free Press Paperbacks.
- Luxemburgo, R. (1976), *Obras Escogidas, Tomo 1*. Bogotá: Editorial Pluma Ltda.
- Mair, P. (2015), *Gobernando el vacío*. Madrid: Alianza Editorial.
- Máiz, R. (2007), *Nación y revolución: la teoría política de Emmanuel Sieyès*. Madrid: Tecnos.
- Manin, B. (1998), *Los principios del gobierno representativo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Marcuse, H. (1993), *El Hombre Unidimensional*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Marcus, G., Russel, N. y MacKuen, M. (2007), *The Affect Effect. Dynamics in emotion of political thinking and behavior*. Estados Unidos: Chicago University Press.
- Martínez-Bascuñán, M. (2018a), "Democracia Digital: el nuevo poder inaprensivo", *Revista de Libros, Segunda época*. Recuperado de: <https://www.revistadelibros.com/articulos/democracia-digital-el-nuevo-poderinaprensivo>
- Martínez-Bascuñán, M. (2018b), "Este nuevo viejo mundo del 2018". *El País* (30 de diciembre de 2018).

- Marwick, A. E. (2015), "Instafame: Luxury Selfies in the Attention Economy", *Public Culture*, 27 (1): 137-159.
- Marwick, A. E. (2016), "You May Know Me from Youtube. (Micro-)Celebrity in Social Media", en Marshall, P.D. y Redmond, S. (Eds.) *A Companion to Celebrity*. Chichester: John Wiley & Sons.
- Marx, K. (1968), *Manuscritos. Economía y filosofía*. Madrid: Alianza Editorial.
- Marx, K. (1974), "Trabajo asalariado y capital", en Marx, K. y Friederich, E., *Obras Escogidas en 3 volúmenes, vol. 1*. Moscú: Progreso.
- Marx, K. (1975), *El Capital. Crítica de la economía política*. Madrid: Siglo XXI.
- McLuhan, M y Fiore, Q. (1968), *Guerra y paz en la aldea global*. Madrid: Martínez Roca Ediciones.
- Molina, J. L. (2011), "Los cambios culturales provocados por el software social". *Revista digital Lychnos*, (7). Recuperado de: http://www.fgcsic.es/lychnos/es_ES/publicaciones/lychnos07
- Monleón-Getino, A. (2015), "El impacto del Big-data en la Sociedad de la Información. Significado y utilidad", *Historia y Comunicación Social*, 20 (2): 427-
- Moro, O. (2003), "¿Qué es un dispositivo?", *Revista de Metodología de Ciencias Sociales* (6): 29-46.
- Morozov, E. (2016), *La locura del solucionismo tecnológico*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Mossberger, K. (2010), "Toward Digital Citizenship", en Howard, P. (Ed) *Routledge Handbook of Internet Politics*. Nueva York: Taylor and Francis.

- Mossberger, K., Tolbert, C. J. y Hamilton, A. (2012), "Measuring Digital Citizenship: Mobile Access and Broadband", *International Journal of Communication*, (6).
- Mouffe, C. (2014), *Agonística: Pensar el mundo políticamente*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Nachtwey, O. (2017), *La sociedad del descenso*. Barcelona: Paidós.
- Newman, E. (2007), *Psicología profunda y nueva ética: nueva valoración de la conducta humana a la luz de la psicología moderna*. Madrid: Alianza Editorial.
- Nohlen, D. (2006), *Diccionario de ciencia política*. México: Porrúa.
- Nord, W. (1969), "Beyond the teaching machine: The neglected area of operant conditioning in the theory and practice of management", *Organizational Behavior and Human Performance*, 4 (4):375-401.
- Norris, P. e Inglehart, R. (2019), *Cultural Backlash*. Nueva York: Cambridge University Press.
- O'Neil, C. (2017), *Armas de destrucción matemática: Cómo el big data aumenta la desigualdad y amenaza la democracia*. Madrid: Capitán Swing.
- O'Reilly, T. (2005), "What Is Web 2.0. Design Patterns and Business Models for the Next Generation of Software", en <http://www.oreillynnet.com/pub/a/oreilly/tim/news/2005/09/30/what-is-web20.html>
- Olsen, M. (1969), "Two categories of political alienation", *Social Forces*, (47):288-299.
- Pariser, E. (2017), *El filtro burbuja*. Madrid: Taurus.

Panzieri, R. (1980). "The Capitalist Use of Machinery: Marx Versus the 'Objetivists'", En Slater, P. (Ed.): *Outlines of a Critique of Technology*. Londres: Ink Link, Humanities Press-Atlantic Highlands.

Piao, G. & Breslin, J.G. (2018), "Inferring user interests in microblogging social networks: a survey", *User Modeling and User-Adapted Interaction*, 28 (3):277–329.

Piketty, T. (2014), *El capital del siglo XXI*. México: Fondo de Cultura Económica.

Piketty, T. (2019b), "The illusion of centrist ecology", *Le Monde*, (11 de junio de 2019). Recuperado de: <http://piketty.blog.lemonde.fr/2019/06/11/the-illusion-ofcentrist-ecology/>

Popper, K. (2017), *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona: Paídos.

Prasad, E., Rogoff, K., Wei, S. y Kose, M. A. (2003), "Effects of financial globalization on developing countries: some empirical evidence", *International Monetary Fund (IMF) Occasional Paper* (220): 86.

Prensky, M. (2001), "Nativos digitales, inmigrantes digitales", *On the Horizon*, 9 (6):1-12.

Przeworski, A. (1985), *Capitalismo y socialdemocracia*. Madrid: Alianza.

Pullen, M. J., y Snow, C. (2007), "La integración de la educación a internet sincrónica y asincrónica distribuida para la eficacia máxima", *Tecnologías de la Educación y la Información*, 12 (3).

Puyosa, I. (2015), "Los movimientos sociales en red: del arranque emocional a la propagación de ideas de cambio político (Ensayo)", *Chasqui* 128: 197-214.

Rancière, J. (2016), "La extrema derecha está volviendo a ser exitosa en su evocación de símbolos identitarios muy primitivos". Entrevista realizada por

Federico Galende. Recuperado de:
<http://www.theclinic.cl/2016/12/04/jacquesranciere-la-extrema-derecha-esta-volviendo-a-ser-exitosa-en-su-evocacion-desimbolos-identitarios-muy-primitivos/>

Rau, A. (2010), *Psychopolitik. Macht, Subjekt und Arbeit in der neoliberalen Gesellschaft*,. Frankfurt: Campus.

Rawlinson, K. (2018), "Pressure grows on PM over Brexit Cambridge Analytica scandal", *The Guardian* (26 de marzo de 2018). Recuperado de:
<https://www.theguardian.com/politics/2018/mar/26/pressure-grows-on-pmover-brexit-cambridge-analytica-scandal-theresa-may>

Rendueles, C. (2015), *Sociofobia: el cambio político en la era de la utopía digital*. Madrid: Capitán Swing.

Rendueles, C. (2016), "La ciudadanía digital ¿Ágora aumentada o individualismo post-materialista?", *Revista Latinoamericana de Tecnología Educativa*, 15 (2):15-24.

Reveley, J. (2013), "Understanding Social Media Use as Alienation: A Review and Critic", *E-Learning and Digital Media*, 10 (1):83-94.

Revuelta, F. I. y Pérez, L. (2011), "Interactividad de los entornos en la formación on-line", *L@ educación revista digital*, (146).

Rhodes, R.A.W. (1997), *Understanding governance: policy networks, governance, reflexivity and accountability*. Philadelphia: US. Open University.

Ricaurte, P. y Ramos-Vidal, I. (2015), "Investigación en redes sociales digitales: consideraciones metodológicas desde el paradigma estructural", *Virtualis*, 6 (11):165-194.

Rinke, S. (2011), *Las revoluciones en América latina. Las vías de la independencia, 1760-1830*. México: El Colegio de México.

Rosanvallon, P. (2007), *La contrademocracia: la política en la era de la desconfianza*. Buenos Aires: Manantial.

Rosen, G. (1963), "Social attitudes to irrationally and madness in seventeenth and eighteenth Century Europe", *Journal of the History of Medicine and Allied Sciences*, 18 (3):220-240.

Sáez, H. (2018a), "Un sistema para engancharlos a todos: el sistema de recompensa variable", Medium Corporation [revista digital]. Recuperada de: https://medium.com/@hugo_saez/un-sistema-para-engancharlos-a-todos-el-sistema-de-recompensa-variable-ii-47a079526b1b

Sáez, H. (2018b), "La guerra por nuestra atención", Medium Corporation [revista digital]. Recuperado de: https://medium.com/@hugo_saez/la-guerra-por-nuestra-atención-6492f8e00bb5

Salus, Peter. (1995), *Casting the Net: From ARPANET to Internet and Beyond*. Addison-Nueva York: Wesley Professional.

Sánchez, R. (2016), *Comunicación política: nuevas dinámicas y ciudadanía permanente*. Madrid: Tecnos.

Sandel, M. (2013), *Lo que el dinero no puede comprar*. Madrid: Debate.

Sartori, G. (2002), *Elementos de teoría política*. Madrid: Alianza Editorial.

Sassen, S. (2018), "Los nuevos depredadores", *El País*, (13 de enero de 2018). Recuperado de: https://elpais.com/elpais/2019/01/12/opinion/1547312065_523014.html

- Sauquillo, J. (2001), *Para leer a Foucault*. Madrid: Alianza Editorial.
- Sauquillo, J. (2017), *Michel Foucault: poder, saber y subjetivación*. Madrid: Alianza Editorial.
- Schwab, K. (2016), *La cuarta revolución industrial*. Madrid: Debate.
- Shamir, R. (2008), "The edge of responsabilization: on market- embedded morality". *Economy and society*. 37 (1): 1-19.
- Sen, A. (2000), "Merit and Justice", En K. Arrow et al. (Eds.), *Meritocracy and Economic Inequality*. Princeton: Princeton University Press.
- Senft, T. (2013), "Microcelebrity and the branded self", En Burgess, J.E. y Bruns, A. (Eds.) *A Companion to New Media Dynamics*. Oxford: Wiley Blackwell.
- Serrano, V. (2016), *Fraudebook: lo que la red social hace con nuestras vidas*. Madrid: Plaza y Valdés.
- Sibilia, P. (2008), *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Siham, E. (2018), "Racismo científico: Determinismo biológico y darwinismo social". *Esracismo* [revista digital], Recuperado de: <http://esracismo.com/2018/04/24/racismo-cientifico-determinismo-biologico-ydarwinismo-social/>
- Silva, D., y Reygadas, L. (2013), "Tecnología y trabajo colaborativo en la sociedad del conocimiento", *Alteridades*, 23 (45):107-122.
- Simon, H. (1971), "Designing Organizations for an Information- Rich World", *Digital Collections Library*, Disponible en: digitalcollections.library.cmu.edu.
- Smith, A. (1994), *La riqueza de las naciones*. Madrid: Alianza Editorial.

Srnicek, N. y Williams, A. (2016), *Inventar el Futuro: postcapitalismo y un mundo sin trabajo*. Barcelona: Malpaso.

Stedman, D. (2012), *Masters of the Universe: Hayek, Friedman, and the birth of neoliberal politics*. New Jersey: Princeton University Press.

Stiglitz, J. (2008), ¿El fin del neoliberalismo? *El País* (19 de julio de 2008)

Stratton, G., Powell, A., y Cameron, R. (2017), "Crime and Justice in Digital Society: Towards a 'Digital Criminology'?", *International Journal for Crime, Justice and Social Democracy* 6 (2):17-33.

Streeck, W. (2011), "La crisis del capitalismo democrático", *New Left Review* (71).

Streeck, W. (2014), *Buying Time: The Delayed Crisis of Democratic Capitalism*. London and New York: Verso 2014.

Subirats, J. (2009), "Gobiernos locales e implicación ciudadana", *Papeles* (106) (Instituto de Gobierno y Políticas Públicas de la UAB).

Sunstein, C. (2017), *#Republic. Divided Democracy in the Age of Social Media*. Princeton: Princeton University Press.

Sweezy, P. (1976), *La teoría del desarrollo capitalista*. México: Fondo de Cultura Económica.

Tagg, C. (2015), *Exploring Digital Communication Language in Action*. Nueva York: Routledge.

Thaler, R. y Sunstein, C. (2009), *Nudge*. Nueva York: Penguin.

Thuau, E. (1966), "Raison d'Etat et pensée politique à l'époque de Richelieu", *Revue belge de Philologie et d'Histoire*, 47 (1):152-158.

Tilly, C. (2009), *Los movimientos sociales, 1768-2009: Desde sus orígenes a Facebook*. Barcelona: Crítica.

Tocqueville, A. (1981), *De la démocratie en Amérique, vol. II*. París: Garnier Flammarion.

Tönnies, F. (1986), "El nacimiento de mis conceptos de "comunidad" y "sociedad". en Sociología", *Revista de la Universidad Autónoma Metropolitana*, 1 (1).

Tully, J. (2003), "Diverse Enlightenments", *Economy and Society*, 32 (3): 485-505.

Tversky, A. y Kahneman D. (1974), "Judgment under Uncertainty: Heuristics and Biases", *Science, New Series*, 185 (4157):1124-1131.

Urbainati, N. (2013), "Democracia en directo". *Campoabierto* [revista digital], Recuperado de: https://encampoabierto.files.wordpress.com/2014/10/nadiaurbaniti_democracia_web1.pdf

Vallespín, F. (1992), "El Pensamiento en la historia: aspectos metodológicos". *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, (13).

Vallespín, F. (2018), "La democracia es frágil", *El País*, (6 de octubre de 2018).

Van Baalen, P., Paul Van F. (2016), "Extending the Social Construction of Technology (SCOT) Framework to the Digital World", Thirty Seventh International Conference on Information Systems, Dublin 2016. Recuperado de: <https://pdfs.semanticscholar.org/091d/553d63e32653a24bc73d80e8e55bbcbdf2a>.

Van Deursen, A. J., & Van Dijk, J. A. (2014), "The digital divide shifts to differences in usage", *New media & society*, 16 (3):507-526.

Vaughan, J. (2013), "Technological Innovation: Perceptions and Definitions", *Library Technology Reports*, edición única.

Vaughn, J; Mack, A., Berelowitz, M. y Ayala, N. (2011), "Fear Of Missing Out (FOMO)". Reporte de JWTIntelligence. Recuperado de: <https://www.jwtintelligence.com/2012/03/data-point-the-fomo-gender-gap/>

Vázquez, R. (2010), *Educación liberal. Un enfoque igualitario y democrático*. México: Fontamara.

Velasco, A. (2013), "El sujeto político y la transformación social en Judith Butler y Seyla Benhabib", *Bajo Palabra*, 2 (6): 275-282.

Villacañas, J. L. (2016), "Una apología cínica de la revolución neoliberal: sobre la última lección de Michel Foucault", *Dorsal Revista de Estudios Foucaultianos*, (1):109-118.

Vlavo, A. F. (2017), *Performing Digital Activism: New Aesthetics and Discourses of Resistance*. Inglaterra: Routledge.

Wajcman, J. (2015), *Pressed for Time: The Acceleration of Life in Digital Capitalism*. Chicago: University of Chicago Press.

Weber, M. (2012), *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. España: Editorial Península.

Weber, M. (2014), *Economía y sociedad*. México: Fondo de cultura económica.

Wiener, N. (1965), *Cybernetics or Control and Communication in the Animal and the Machine*. Cambridge: The MIT Press.

Yong li, et al. (2015), "Revealing the efficiency of information diffusion in online social networks of microblog", *Information Sciences*, 293 (1):383-389.

- Young, M. (1996), *The Rise of Meritocracy*. New Jersey: Transaction Publishers.
- Zafra, R. (2015), *Ojos y capital*. Bilbao: Editorial Consonni.
- Zafra, R. (2017), *El sujeto precario: Trabajadores culturales en la era digital*. Barcelona: Centro de Cultura Contemporánea.
- Zafra, R. (2017b), "Redes y posverdad", En AA.VV. *En la era de la posverdad*. Barcelona: Calambur.
- Zakaria, F. (2003), *El futuro de la libertad*. Madrid: Taurus.
- Zeynep, T. (2018), "YouTube, the Great Radicalizer", The New York Times. (10 de marzo de 2018). Recuperado de: <https://www.nytimes.com/2018/03/10/opinion/sunday/youtube-politicsradical.html>
- Zheng, Y. (2007), *Technological Empowerment: e Internet, State, and Society in China*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Zibechi, R. (2020), "A las puertas de un nuevo orden mundial", *Sopa de Wuhan*: 113-118.
- Zizek, S. (2003), *El sublime objeto de la ideología*. México: Siglo XXI.
- Zizek, S. (2020), "El coronavirus es un golpe al capitalismo a lo Kill Bill", *Sopa de Wuhan*: 21-28.
- Zuboff, S. (2019), *The Age of Surveillance Capitalism: The Fight for a Human Future at the New Frontier of Power*. New York: Public Affairs.

Lista de gráficos y figuras

Primera Parte

Figura 1. Narrativa gráfica de la ruta de investigación	21
---	----

Segunda Parte

Gráfico 1. Surgimiento y evolución de la era digital	61
Gráfico 2. Evolución e intensificación de las prácticas digital	62
Gráfico 3. Evolución de precio promedio de teléfonos móviles y smartphones (1983-2018)	68
Gráfico 4. Precio promedio de smartphones por región (2017)	68
Gráfico 5. Uso del tiempo en Internet	69
Gráfico 6. Acceso global a Internet según dispositivo (2018)	69
Gráfico 7. Evolución de la cantidad de teléfonos móviles y smartphones en el mundo (2008-2018)	70
Gráfico 8. Redes sociales más populares según número de usuarios (2019)	74
Gráfico 9. Evolución de usuarios de alguna red social en el mundo (2010 a 2019)	74
Gráfico 10. Horas promedio por día que invierte una persona en Internet	74
Gráfico 11. Usuarios de E-commerce alrededor del mundo	75
Gráfico 12. Ingresos económicos por comercio en línea y número de clientes por país (2018)	76
Gráfico 13. Gasto de clientes de E-commerce por categoría (2018)	76
Gráfico 14. Comparativa del porcentaje de crecimiento en actividades gestionadas por Internet (2008-2018)	81
Gráfico 15. Número de usuarios activos según empresas digitales en 2018	82
Gráfico 16. Empleados de Amazon alrededor del mundo de (2007-2018)	82
Gráfico 17. Crecimiento en ingresos de Amazon (1997-2018)	82

Gráfico 18. Porcentaje de estadounidenses que reciben noticias a través de redes sociales	83
Gráfico 19. Porcentaje de la población suscrita a medios por edades en Estados Unidos (2018)	84
Gráfico 20. Consumo de televisor vs consumo de internet al día por persona de 2009-2018	84
Gráfico 21. Comparativa de medios que utilizan los estadounidenses para informarse de acuerdo a cada plataforma (2016 y 2018)	85
Gráfico 22. Porcentaje de consumo de noticias según medio y edad (EE.UU. 2017)	85
Gráfico 23. Comparativa de los principales sistemas bajo demanda según segmento (2018)	86
Gráfico 24. Perfil de usuarios en Facebook e Instagram (2018)	96
 <i>Tercera Parte</i>	
Gráfico 25. Tráfico global en Internet (1990-2018)	119
Gráfico 26. Crecimiento de la economía financiera en EE.UU. (1990-2010)	123
Gráfico 27. Decremento de trabajadores sindicalizados en países de la OCDE en relación a la intensificación de la Era Digital (1990-2018)	162
Gráfico 28. Grado de satisfacción e insatisfacción con la democracia en América Latina (1995-2018)	178
 <i>Cuarta Parte</i>	
Gráfico 29. Adultos por edad que han utilizado al menos una página de citas online en EE.UU: (2005-2018)	228
Matriz 1. Sobre los elementos integrales e innovadores del <i>Dispositivo Biopolítico Digital</i>	229
Matriz 2. Condiciones potenciales del <i>Dispositivo Biopolítico Digital</i> : innovaciones con respecto a los dispositivos pre-digitales	244
 <i>Quinta Parte</i>	
Gráfico 30. Aumento en matrícula en escuelas privadas en nivel de educación básica (primaria y secundaria) de 2007 a 2017	291

Gráfico 31. Aumento en la población que cuenta con seguro de gastos médicos privado de 2000 a 2019	292
Gráfico 32. Desconfianza en los cuerpos intermedios en Estados Unidos	293
Gráfico 33. Desconfianza en los cuerpos intermedios en América Latina de 1995-2018	294
Gráfico 34. Aumento en la volatilidad del voto en países europeos de 1950 a 2010	296
Gráfico 35. Correlación entre el aumento de derechos civiles e identitarios frente a poder adquisitivo real 1990-2018	314

Sexta parte

Gráfico 36. Precarización laboral y pérdida de empleos formales en Estados Unidos	347
Gráfico 37. Relación entre autoempleo y PIB per cápita por país en 2018	347
Gráfico 38. Relación entre esfuerzo individual y compensación en 2017	357

Anexo

Figura 1. Relación entre los criterios rectores, sus preferencias y prácticas	440
Matriz de criterios, preferencias y prácticas de la racionalidad neoliberal	443
Cuestionario 1: intensidad en prácticas digitales	461
Cuestionario 2: adopción de los criterios rectores de la racionalidad neoliberal	467
Figura 2. Imagen ilustrativa de la aplicación de una encuesta online	483

Anexo

Operacionalización de la racionalidad neoliberal: un aparato teórico para el análisis cualitativo

1. Descripción de la herramienta
2. Matriz de criterios, preferencias y prácticas de la racionalidad neoliberal
3. Recomendaciones metodológicas
 - 3.1 Sobre el cuestionario
 - 3.2 Sobre el método de administración y el tipo de encuesta
 - 3.3 Sobre el universo de la muestra
4. Cuestionarios
 - 4.1 Cuestionario 1: intensidad en prácticas digitales
 - 4.2 Cuestionario 2: adopción de los criterios rectores de la racionalidad neoliberal

1. Descripción de la herramienta

Este anexo pretende convertirse en una contribución extraordinaria que complemente el objetivo central que persigue esta tesis doctoral. Bajo la premisa de que todo análisis teórico debe conectarse permanentemente con la realidad observable, se propone la creación de una herramienta de tipo empírico-cualitativo que permita identificar la correlación entre el uso intensivo de las plataformas digitales y la diseminación de los denominados criterios rectores de la racionalidad neoliberal. Para este propósito se desarrolla, a partir del análisis teórico realizado a lo largo de esta investigación y de la adopción de estrategias propias de la investigación cualitativa, una inédita herramienta capaz de identificar la correlación entre la reproducción de la racionalidad neoliberal y el impacto de las prácticas digitales. Consciente por anticipado de la existencia de una serie de limitaciones técnicas y con las salvaguardas respectivas, esta herramienta se proyecta como un esfuerzo original que contribuye a la verificación de ciertas premisas que se han expuesto en este trabajo.

Para confeccionar este aparato, se procedió en primer término a la operacionalización específica de aquellos criterios rectores relacionados con la racionalidad neoliberal, de acuerdo a lo que se ha expuesto a profundidad en apartados anteriores. Posteriormente, y una vez identificados, seleccionados y resumidos, fueron observados a partir de dos distintas dimensiones analíticas: 1) en tanto *preferencias*, entendidas como principios y valores interiorizados y asociados a procesos de subjetivación digital; y 2) como *prácticas* resultantes de ellos, es decir, como aquellas dinámicas y comportamientos observables y relacionadas con dichas preferencias. Cabe mencionar que esta operacionalización está conectada plenamente con las reflexiones realizadas a

lo largo de la investigación doctoral y se comprende solo a través de ella. En ese sentido, este anexo debe ser interpretado como complemento del análisis conceptual de la tesis, nunca como una herramienta absolutamente independiente.

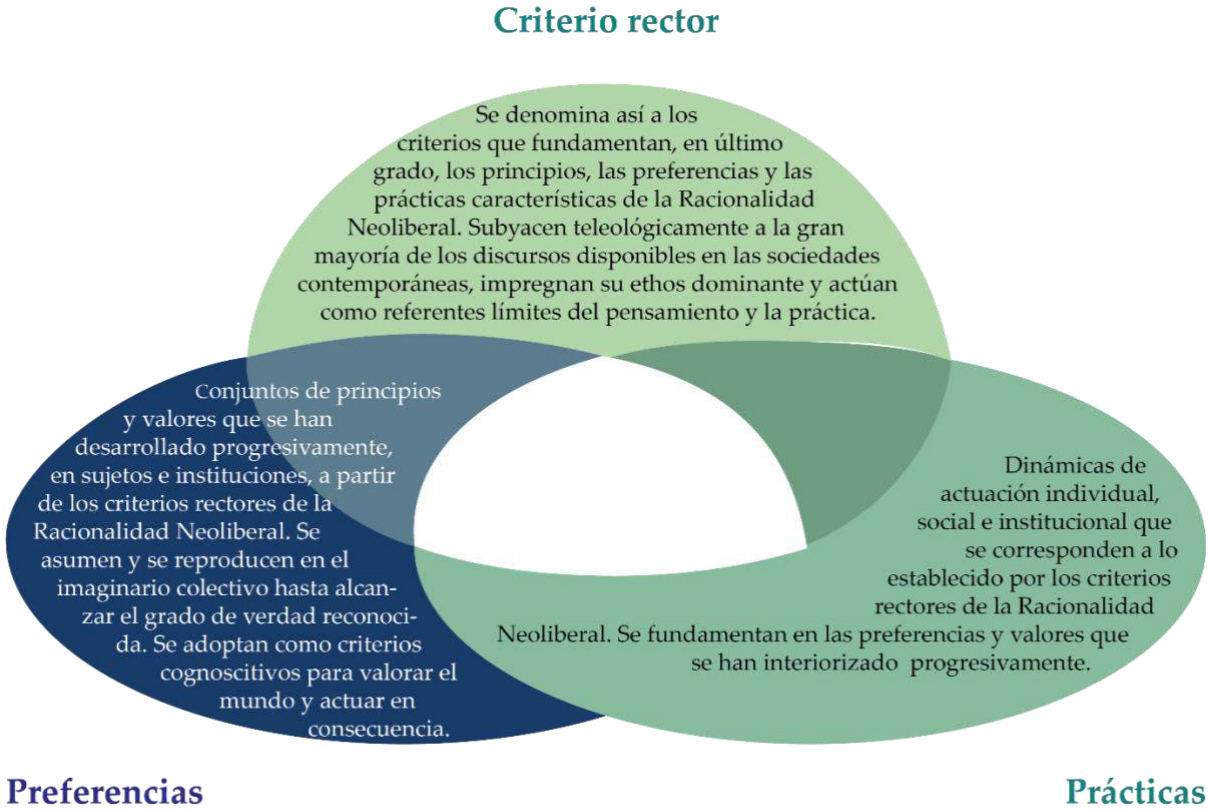
Una vez observados a través de las dimensiones analíticas descritas, estos criterios fueron resumidos y categorizados de tal forma que conformaran *etiquetas conceptuales* de análisis que se agrupan consecutivamente en una *Matriz* de acuerdo a su naturaleza respectiva. Es decir, se armonizan a partir de sus rasgos distinguibles y relativamente homogéneos. Luego, a cada una de estas *etiquetas* se le asignan determinadas preferencias y prácticas que se ordenan en el documento para facilitar la mejor comprensión e identificación al lector.

Es necesario aclarar que dicha categorización nunca será excluyente o absolutamente independiente, puesto que los distintos criterios, así como sus preferencias y prácticas, se encuentran contingentemente vinculados y relacionados, de tal manera que solo se comprenden de forma complementaria. Esto quiere decir que las categorías asignadas a preferencias y prácticas no corresponden en exclusiva a un sólo criterio rector, sino que cada conducta, cada dinámica y cada valor asumido por los individuos, puede corresponder simultáneamente a diversos criterios neoliberales; están sobre determinados y su verificación, por tanto, será un ejercicio relativamente artificial que permite tan solo su correcta valoración académica.

Finalmente y a partir de la operacionalización, selección y disposición organizacional realizada, se grafican los resultados en la *Matriz de criterios, preferencias y prácticas de la racionalidad neoliberal*. Este documento establece las bases para desarrollar un aparato cualitativo (cuestionario) que pueda ser

aplicable a distintas muestras poblacionales -previa identificación de intereses y selección del tipo de muestra- con el propósito de reconocer el grado de aceptación particular que tiene un individuo en relación con cada uno de estos criterios. Lo anterior se complementa con un cuestionario que mide el uso intensivo de plataformas digitales y la interacción digital en cada sujeto. De esta forma se intenta distinguir una correlación positiva entre ambos resultados.

Figura 1. Relación entre los criterios rectores, sus preferencias y sus prácticas



Fuente: Elaboración propia

A través de esta aportación académica se busca que cualquier investigador pueda utilizar esta herramienta y aplicarla en grupos objetivos determinados, siendo premisa fundamental para este propósito la revisión y análisis de la

presente tesis doctoral. Es decir, el contenido de la tesis funciona como guía referencial y explicativa de los criterios y categorías empleadas. Sin embargo, es necesario precisar, como se ha dicho previamente, que la creación de esta herramienta no supone parte del objetivo central de la investigación y puede contener ciertas deficiencias de carácter metodológico. No obstante, representa el inicio de un proceso para vincular la teoría y la praxis de esta investigación, así como la posibilidad material de que en posteriores investigaciones se continúe profundizando sobre la relación entre racionalidad neoliberal y las prácticas digitales.

2. Matriz de criterios, preferencias y prácticas de la racionalidad neoliberal

De acuerdo a lo expuesto en los apartados anteriores de esta investigación, se presenta la siguiente *Matriz* que organiza el contenido de la siguiente forma: se presentan gráficos organizados de acuerdo a cuatro ejes: capital humano, meritocracia, competencia y participación política y gobernanza. De lado izquierdo aparece un gráfico y al centro del mismo se menciona un criterio rector acompañado de una breve descripción y alrededor de él, las preferencias con las que se relaciona directamente. Cada criterio tiene una letra asignada y cada preferencia una letra y un número. Esto sirve para que, posteriormente, se relacione cada pregunta del cuestionario con el criterio y la preferencia de la que emerge y a sobre la que pretende indagar. De lado derecho aparece un listado numerado de manera consecutiva que muestra diversas prácticas relacionadas, tanto a los criterios rectores como a las preferencias de cada eje.

Cada eje se agrupa por temas o categorías relativamente homogéneas. A pesar

de que en cada etiqueta (criterio rector) y en cada preferencia y práctica se resume brevemente su significado, aunque su connotación más explícita aparece detalladamente en la *Sexta Parte* de la investigación y a lo largo de la tesis, por lo cual será necesario que el investigador recurra a su lectura a fin de delimitar conceptualmente sus contenidos. El objetivo es que a partir de esta *Matriz* sea posible establecer un cuestionario capaz de medir y ponderar el grado de aceptación, interiorización e intensidad de determinados criterios, valores en las preferencias en los individuos. Las prácticas que se mencionan servirá también para construir algunos reactivos que reflejen lo anterior.

Matriz de criterios, preferencias y prácticas de la racionalidad neoliberal

Eje 1: Capital Humano	Prácticas asociadas
<p>A. Responsabilización:</p> <p>Criterio que consiste en delegar a cada individuo la responsabilidad de construir su propia suerte a partir de sus capacidades y esfuerzos personales. Se relaciona con la idea de que cada quien es estrictamente responsable de su éxito o su fracaso, así como abastecerse de sus necesidades básicas. Opera también a nivel institucional.</p> <p>Preferencias</p> <p>A1. Principio de responsabilización individual: principio que implica la absoluta responsabilidad del individuo en la conducción de su vida, sin considerar las condiciones estructurales existentes. Sostiene que la pobreza, la precariedad o el fracaso son resultado de la falta de esfuerzo y talento; así como el éxito y la riqueza son resultado de las aptitudes individuales.</p> <p>A2. Principio del esfuerzo individual: consiste en la creencia de que todo logro procede del esfuerzo individual y como tal debe ser recompensado. La determinación, las habilidades y el talento se expresan individualmente. Los esfuerzos colectivos son tan solo la suma de esos talentos.</p> <p>A3. Principio de resiliencia: capacidad de adaptarse y asimilar las dificultades del entorno con actitud positiva y visualizar cada problema como una oportunidad a futuro. El resiliente aprovecha las oportunidades en la adversidad, no las transforma.</p> <p>A4. Principio del voluntarismo: principio centrado en el poder de la voluntad individual para vencer adversidades. Sostiene que querer es poder; es decir, si un individuo se esfuerza lo suficiente podrá obtener los beneficios que desea.</p> <p>A5. Principio de auto-disciplina: valor que pondera positivamente la adquisición, interiorización y reproducción de los códigos, criterios y principios dominantes en el orden establecido por iniciativa individual. Es la disposición del individuo a vincularse asertivamente con los dispositivos disciplinares existentes.</p>	<p>1. De la individualización del esfuerzo: en un marco competitivo que valora y reconoce las habilidades y capacidades individuales, existen pocos incentivos para producir prácticas de cooperación social o colectiva. El esfuerzo individual reemplaza a la solidaridad social. Las investigaciones académicas, las estructuras empresariales o la dinámica de visibilidad digital, están orientadas a la valoración individual del sujeto y las recompensas se generan de la misma forma.</p> <p>2. De los “shark tanks” (mentalidad tiburón): práctica relacionada al desarrollo de múltiples cursos, talleres y programas para estimular la capacidad de vencer al “otro” en un marco competitivo a través del desarrollo de cualidades vinculadas a la astucia en la negociación y el aprovechamiento de las debilidades de los competidores.</p> <p>3. Del examen y la catalogación: el examen permite contrastar nitidamente las condiciones de cada individuo para asignarle una calificación según los objetivos señalados en una proyección escatológica. Esto produce una clasificación, diferenciación y categorización de los individuos en cuanto a sus capacidades o habilidades y sirve de justificación para la asignación de beneficios. Hoy el examen se ha diversificado en cuanto a su forma de implementación y en cuanto a los indicadores que pondera: exámenes de oposición, de ingreso, de aptitudes y capacidades cognitivas, físicas o biométricas que se administran vía digital en forma de test, de relojes inteligentes, de algoritmos en plataformas digitales o de formas más convencionales.</p> <p>4. De la empresarialización de esfuerzos: práctica que orienta cada esfuerzo individual al aumento de la rentabilidad y la mejora de la calificación y la clasificación. De esta forma cada actividad es un emprendimiento: desde ir al gimnasio, seleccionar un restaurante o cambiar de guardarropa.</p>



B. Autoinversión:

Criterio asociado a la acumulación de habilidades, experiencias y capacidades susceptibles a ser ponderadas positivamente en determinado entorno. Esta acumulación no es exclusivamente económica, sino también simbólica; es el esfuerzo por adquirir cierto status social como estrategia de rentabilidad futura.

Preferencias

B1. Principio del consumo como identidad: principio que asume que todo producto o servicio que se consume, refuerza la identidad del individuo. En un contexto de máxima transparencia y exposición digital, todo tipo de consumo es susceptible a valorarse como una expresión de la identidad y los valores del individuo en cuestión. El consumo también es una forma de auto-promoción; lo que se consume, se proyecta.

B2. Principio del consumo como inversión: principio que promueve la idea de buscar rentabilidad en el consumo, ya sea material o simbólica. Es decir, cada producto que se consuma y cada experiencia que se realice debe aportar a la construcción del capital humano.

C. Empleabilidad:

Criterio que expresa la capacidad de adaptación y el desarrollo de habilidades que reúne un individuo para lograr integrarse asertivamente en la economía de mercado, aprovechándose de las oportunidades que se presentan. Es el resultado de la autoinversión en su capital humano y la disponibilidad de monetizar sus esfuerzos acumulados dentro de un mercado competitivo.

Preferencias

C1. Principio de autonomía y autodeterminación laboral: consiste en la preferencia por el trabajo no estandarizado y la posibilidad de rentabilizar el propio capital humano. Se vincula a la noción de riesgo, competitividad y empresarialización de los esfuerzos como virtudes. El trabajador aspira a obtener libertad de decidir sus propias condiciones fuera de las restricciones laborales convencionales. La capacidad de libertad creativa, el manejo individual de la agenda, la flexibilidad de horario y la selección de alternativas, se convierte en una aspiración del trabajador y una forma de reconocimiento.

5. De la autoinversión: práctica que consiste en invertir en sí mismo para alcanzar un valor de mercado con mayor rentabilidad. Estas formas de inversión pueden darse en cualquier formato, desde las experiencias, relaciones sociales o grados académicos, prácticamente cualquier cosa que pueda aportar valor frente al capital humano frente al contexto competitivo.

6. De la resiliencia: el sujeto convierte en virtud su capacidad de soportar y adaptarse a las dificultades. Su empeño y perseverancia son muestra de la disciplina para aceptar las cosas como son y aprovechar las circunstancias antes que transformarlas.

7. De la fragmentación identitaria: si la diversidad es virtud y estrategia de visualización en el espectro digital, la fragmentación de la sociedad en pequeñas identidades es la condición que prolifera. La polifonía de voces se segmenta en islas identitarias que comparten prácticas y preferencias. Esta fragmentación casi nunca es radical, sino superflua.

8. Del trabajo no estandarizado: nuevas prácticas laborales que consisten en la posibilidad de no subordinarse a una estructura jerárquica, horarios rígidos y directrices coercitivas. Promueven una cultura empresarial de prácticas reticulares para el trabajado convencional que lo proyecta con mayor autonomía.

9. De la cultura "freelance" (trabajadores autónomos): alternativa de trabajo que consiste en la autonomía laboral, es decir, trabajar por su propia cuenta y vincularse intermitentemente con otras estructuras económicas. Se proyecta como una alternativa que brinda mayor flexibilidad laboral y se ejerce como la necesidad de monetizar cada esfuerzo.

10. Del "networking": creación de redes de contactos profesionales con el objetivo de atraer inversionistas o invertir en capital humano. Esta práctica ha proliferado en diversos esquemas, desde congresos y convenciones hasta repositorios digitales interactivos.



C2. Principio de transversalidad en el trabajo: se valora la cultura del trabajo en equipo y la toma de decisiones colectivas dentro de las prácticas laborales y empresariales. La delegación de responsabilidad y la transferencia de atribuciones a eslabones pequeños de la cadena de mando es visto como la sustitución de las jerarquías por la transversalidad.

C3. Principio de infravaloración del concepto “trabajador”: pérdida progresiva de la identificación de clase en tanto trabajador. Proyección peyorativa del status de trabajador convencional vinculado con la mediocridad del trabajo asalariado.

C4. Principio de la autopercepción de la clase media: constructo ideológico que motiva a un gran número de personas a considerarse a sí mismos como parte de la clase media, sin importar el espacio real que ocupa en la escatología económica, cultural o social. Así, la clase media se convierte en un sentido común que simboliza una aspiración y una posibilidad.

D. Sacrificio:

Criterio que expresa la voluntad de sacrificarse, de modo legítimo y cuando sea necesario, en aras de contribuir al sostenimiento del modelo económico y al aumento de la competitividad y rentabilidad de la empresa. Simboliza la renuncia a algo en el presente para conseguir, merecer o beneficiarse a sí mismo o a alguien más en el futuro. El individuo se asume como un proyecto a futuro, por lo que puede asumir comportamientos que sacrifiquen sus intereses individuales más básicos bajo la expectativa de un bien posterior. El individuo neoliberal no es un maximizador racional clásico, es un capital que invierte en su proyecto.

Preferencias

D1. Principio de cuidado a la empresa: simboliza la idea de que la empresa es la única que produce riqueza y trabajo para los individuos, por lo que tanto el Estado como sus ciudadanos, deben garantizar su permanencia y competitividad; aunque esto signifique sacrificar otro tipo de intereses individuales y colectivos. Se complementa con la idea de que el gobierno debe hacer lo que sea necesario para asegurar la competitividad del mercado.

D2. Principio de aptitud: sostiene que en toda competencia es natural que se produzcan ganadores y perdedores. No todos los sujetos son iguales y aquellos con mejores condiciones individuales se impondrán sobre los menos aventajados; de esta forma se distribuirán los beneficios de la contienda. Así es como el más apto progresa mientras el mediocre perece. Ese es fundamentalmente el marco de justicia en competitividad.

11. Del nomadismo laboral: disminución de la estabilidad laboral y jurídica de una persona en un espacio laboral o en centro de trabajo determinado. Los individuos se habitúan a la movilidad latente de trabajo, con lo que se producen efectos colaterales como la pérdida de identidad con la empresa y la incertidumbre permanente.

12. De la precarización laboral: disminución en términos reales de las condiciones económicas y de acceso a bienes y servicios por parte de los trabajadores como resultado del desmantelamiento del Estado bienestar, la reducción de la seguridad social, la certeza jurídica del trabajador, el nomadismo laboral y la erosión del sindicalismo, entre otras. Se relaciona con que la deslocalización de la riqueza y la globalidad han propiciado un tipo de empresa capaz de migrar con relativa facilidad en la búsqueda mano de obra barata para aumentar su rentabilidad; propiciando mercados laborales precarizados.

13. De los contratos laborales temporales o a tiempo parcial: práctica empresarial que promueve un tipo de contratos de corta duración y/o condiciones especiales que generan menos prestaciones para el trabajador y mayor flexibilidad para concluir la relación laboral.

14. De la desvinculación entre trabajadores: desestructuración de los vínculos de los trabajadores entre sí: sindicalismo, organización colectiva, solidaridad mutua.

15. De la fragmentación empresarial: reorganización de las estructuras empresariales que tiende a la pulverización de las grandes empresas en pequeñas unidades interdependientes, pero desvinculadas para efectos administrativos y legales.

16. Del sacrificio por la empresa: el sacrificio del trabajador -o asociado-neoliberal con la empresa no simboliza lealtad institucional a la marca, sino una necesidad de supeditar sus propios intereses a los de la empresa con el objetivo de mantener la capacidad competitiva de la misma en el mercado.

E. Exposición Digital:

Comportamiento del individuo que consiste en publicitar aspectos personales de su vida y de sus acciones emprendidas a través de plataformas digitales. Esto con el objetivo de que puedan ser reconocidas y valoradas positivamente por su entorno para así aumentar su aceptación social y su valor de mercado.

Preferencias

E1. Principio del *status online*: forma de reputación que se obtiene y se recrea a través de las prácticas digitales, mediante la construcción de un perfil virtual que asume una serie de rasgos potencialmente rentables y funcionales a los valores dominantes del entorno, en busca de aumentar su apreciación positiva y ser aceptado por parte del resto de usuarios.

E2. Principio de imbricación de lo virtual a lo real: principio vinculado a concebir el espectro digital como un espacio real, productivo y material. Es la idea de la imbricación entre la realidad *online* y *offline*. Modifica conductas y produce comportamientos que alternan interactivamente en lo digital y lo cotidiano.

E3. Principio de la economía de la atención: se relaciona al modelo económico en que se sustentan la mayoría de las plataformas digitales y que consiste en lograr que el usuario pase la mayor parte del tiempo dentro de ellas; ya sea consumiendo contenido o interactuando. Se complementa con la comercialización de datos informativos susceptibles de ser monetizados.

E4. Principio de digitalización del capital humano: es el principio que vincula el contexto económico precario y las alternativas que brinda la digitalidad para que un individuo se inserte en el mercado y pueda rentabilizarse. Se asocia con el proceso de digitalización de los perfiles individuales en la búsqueda de oportunidades de producir réditos.

E5. Principio de inmediatez: frente a las posibilidades que brinda la digitalidad, tendencia de los sujetos a interactuar, consumir o realizar casi cualquier práctica cotidiana reduciendo al mínimo los tiempos de gestión.

17. De la aptitud en competencia: proceso de adopción de esquemas competitivos como instrumento para reconocer la aptitud y actitud de los individuos y distribuir los beneficios resultantes. Estos esquemas operan bajo el criterio de igualdad de oportunidades y no reconocen particularidades o diferencias preexistentes entre los sujetos

18. De la discriminación positiva: práctica que promueve la erradicación de todo tipo de discriminación identitaria o simbólica para el acceso a oportunidades. Suelen enfocarse en discriminaciones raciales y de preferencias sexuales, no tanto a desigualdades estructurales.

19. De la reproducción de las élites: en virtud de la inequidad estructural preexistente, aquellos individuos más aventajados logran transferir esas ventajas generacionalmente. Ante el impacto de la digitalidad, dichas ventajas competitivas persisten e incluso se agravan frente a estructuras y entidades dominantes por su influencia en las prácticas digitales.

20. De los concursos de oposición: la existencia de entrevistas, pruebas y exámenes para otorgar plazas laborales públicas y privadas, es una de las prácticas que sostienen el relato de la igualdad de oportunidades y una oportunidad de movilidad social.

21. De la ralentización en la movilidad social: tendencia global al estancamiento o ralentización de la movilidad social ascendente frente a la situación económica contemporánea.

22. De la especialización técnica o profesional: práctica que orienta a los trabajadores para que se especialicen en un área determinada o desarrollen una habilidad específica sin que necesariamente medie la educación formal. Esta práctica se complementa con el desarrollo y la proliferación de cursos, talleres y capacitaciones de especialización implementados por las propias empresas.



Eje 2: Meritocracia

Prácticas asociadas

F. Meritocracia:

Sistema social que justifica una forma particular de asignar a cada individuo el conjunto de recompensas y bienes producidos por la sociedad según su mérito. Dicho mérito se entiende como la suma de la capacidad intelectual y el esfuerzo realizado individualmente. Es, además, un procedimiento de selección que permite un tipo de estratificación del orden social de manera legítima.

Preferencias

F1. Principio de justicia como merecimiento: convicción de que en un mercado competitivo, los más aptos merecen mayores beneficios. Es una forma de legitimación de la desigualdad manifiesta a partir de los criterios meritocráticos.

F2. Principio de igualdad de derechos: principio que se centra en la convicción de que un marco jurídico igualitario y universal es capaz de producir una verdadera igualdad de condiciones para todos los ciudadanos.

F3. Principio de igualdad de oportunidades: principio que supone que todos los individuos poseen igualdad de oportunidades frente a las estructuras políticas, sociales y económicas en un marco competitivo.

F4. Principio del mérito individual: principio que plantea que la capacidad y el esfuerzo individual deben ser recompensado individualmente. Se vincula al principio de diferenciación por mérito. Es la fórmula de *"a mayor capacidad, mayor recompensa"* y *"a mayor esfuerzo, mayor merecimiento"*.

F5. Principio de movilidad social ascendente: principio que considera que cualquiera, sin importar sus condiciones de procedencia, puede acceder a superar su estándar de vida y el de su familia si se esfuerza lo suficiente. La posibilidad de una movilidad social ascendente constituye el fundamento de todo relato meritocrático.

F6. Principio de la relación entre esfuerzo y retribución: principio que sostiene que esforzándose lo suficiente, se puede obtener aquello que se desea. Se resume en *"a mayor esfuerzo, mayor compensación"*.

23. De la desvinculación real entre esfuerzo y recompensa: práctica que consiste en cierta desproporción entre esfuerzo, cantidad de horas trabajadas y disciplina del sujeto frente a los rendimientos o beneficios recibidos. La evidencia empírica demuestra que la mayor parte de las compensaciones se distribuyen para aquellos más aventajados sin que necesariamente sean los más esforzados.

24. De la revaloración del capital cultural y social: práctica que refleja el impacto de las relaciones sociales, del acceso a estructuras de poder y de desarrollo de conexiones asertivas, frente al mero esfuerzo en relación a la producción de mayores réditos y beneficios.

25. Del consumo como inversión: práctica que consiste en consumir productos, servicios o experiencias que sean susceptibles a aumentar el valor de capital humano acumulado; ya sea porque constituyan bienes y servicios bien valorados por el contexto social, o porque produzcan status o habilidades potencialmente monetizables a futuro. Estas prácticas han transformado toda la industria del marketing para enfocarlo a la promoción de este tipo de valores.

26. De la subjetivación mediante consumo: al autoinvertir en sí mismo como capital humano, se produce indirectamente un marco de referencia para el comportamiento y para el consumo. Esto a su vez produce un tipo de sujeto que adopta prácticas similares en diversas esferas de su vida. En otras palabras, la necesidad de autoinversión restringe y modela la conducta como consecuencia de la adopción de prácticas comunes vinculadas al reconocimiento y la rentabilidad en el mercado competitivo.



Eje 3: Competencia	Prácticas asociadas
-----------------------	------------------------

G. Competencia:

Criterio que expresa la dinámica competitiva permanente entre sujetos y entidades. Refleja la evolución histórica del intercambio y su reemplazo. Promueve la disputa de dos o más entidades por la obtención de cierta retribución. En la racionalidad neoliberal, se concibe como un marco relacional pleno en la sociedad y como premisa del progreso humano.

Preferencias

G1. Principio de libre mercado: creencia que sostiene que el mercado es capaz de autoregularse de manera justa y equitativa, así como de regular los precios y los términos de los negocios con la intervención política o estatal mínima. Esto se complementa con la idea de que funcionando así, el mercado llegará a un punto de equilibrio en el que todos los individuos se benefician.

G2. Principio de competencia como justicia: principio que asume la idea de que un mercado competitivo y abierto produce bienes y servicios más asequibles para la sociedad y beneficia fundamentalmente al consumidor. Asegurar la libre competencia es también asegurar la libertad de consumir y adquirir. Se resume en *“a mayor competencia, mayor justicia”*.

G3. Principio de competencia como calidad: creencia que sostiene que la competitividad entre las empresas del mercado irá elevando progresivamente la calidad de los bienes y servicios que se producen. Se resume en *“a mayor competencia, mayor calidad”*.

G4. Principio de desigualdad natural en competencia: consiste en la legitimación de las desigualdades entre personas a partir de un principio particular de justicia que sostiene el mérito individual como criterio de distribución de los beneficios generados.

G5. Principio de competencia como progreso social: sostiene que la creación de marcos competitivos entre personas, ideas, proyectos y estructuras produce, a través de la confrontación y el contraste, que triunfen las mejores y se desechen las menos adecuadas. Con el tiempo, esto determina el curso hacia el progreso de la sociedad; de otra forma se estancaría su proceso evolutivo.

G6. Principio del mercado como “tierra de oportunidades”: principio que plantea que la competencia, el libre mercado y la igualdad de oportunidades generan una situación idónea para el desarrollo del talento, la creatividad y el esfuerzo individual en la consecución del éxito.

1. De la productividad y la recompensa: dinámica que se realiza en empresas privadas, centros de trabajo o instituciones públicas para reconocer, a través de alguna forma de estímulo simbólico o material, la productividad, el esfuerzo o la actitud de algún trabajador. Consiste en una práctica de reconocimiento y diferenciación que otorga beneficios a individuos que asumen un conjunto de condiciones, criterios o comportamientos bien valorados de acuerdo a parámetros establecidos.


2. Del emprendimiento personal: práctica asociada a la disposición individual de emprender proyectos con el objetivo de obtener cierto beneficio a futuro. Se centra en el cálculo permanente de riesgos e inversiones razonables.

3. Del individualismo: como práctica, se establece un marco competitivo donde cada sujeto se dispone a competir en una doble condición: externamente frente a otros competidores para vencer; e internamente frente su propio equipo para diferenciarse.

4. De la desconfianza sistemática: la individualidad menoscaba las prácticas de solidaridad colectiva y limita los lazos sociales a un círculo cada vez más restringido al núcleo familiar. Ante la precariedad, primero asegurarse individualmente. Se produce una desconfianza progresiva al otro como práctica de protección ante la amenaza de la competencia permanente.

5. De la cohesión mediante competencia: lo social y lo colectivo se vinculan ahora al concepto de competencia. En los equipos de trabajo, en las prácticas educativas o en las expresiones culturales, la cohesión es estructurada a partir de marcos competitivos.

6. De los impuestos a los grandes capitales: para asegurar la competitividad económica en una región, se deben limitar las cargas impositivas y se deben generar estructuras legales preferencia-



G7. Principio de pobreza como carga colectiva: creencia que sostiene que los pobres, al ser receptores de ayudas o usuarios de servicios públicos, tributan menos y generan una carga importante sobre el Estado y sobre las personas productivas que generan impuestos.

H. Rentabilidad:

Cualidad de toda actividad o comportamiento para producir beneficios superiores en relación a el esfuerzo realizado. Funciona como un criterio para evaluar si una inversión está generando los réditos esperados y calcula su capacidad de rendimiento. Actúa como un criterio condicional de toda acción razonable.

Preferencias

H1. Principio de rentabilidad individual: principio que orienta el esfuerzo individual a la búsqueda de la mayor rentabilidad posible. El conjunto de sus acciones y comportamientos deben producir réditos; no siempre económicos, sino también simbólicos que puedan acumularse en el capital humano hasta que exista la posibilidad de monetizarlos.

H2. Principio de rentabilidad empresarial: cultura que valora la máxima rentabilidad en el menor tiempo posible por cada inversión, como criterio principal del modelo de negocios.

H3. Principio de bienestar por crecimiento: principio que expresa la noción de que si una región o país crecen económicamente, sus habitantes obtendrán en automático mejores condiciones de vida y mayor bienestar.

I. Emprendimiento:

Actitud o disposición manifiesta en un sujeto para iniciar un proyecto que pueda reportarle beneficios a futuro. En el proyecto neoliberal, el emprendimiento no está limitado a la noción económica, sino que puede realizarse en lo social, lo político o lo cultural. El emprendimiento funge como alternativa al empleo formal en la búsqueda de ingresos económicos. Indirectamente, se produce toda una cultura que refuerza las virtudes del riesgo a emprender y la disposición de soportar la competencia.

Preferencias

I1. Del sujeto-empresa: comportamiento individual que asume los criterios de la métrica económica y empresarial para el desempeño cotidiano en diversas esferas de su vida. Se expresa en la tendencia de actuar como actores de mercado en cada una de sus relaciones sociales.

les que le permitan a las inversiones disminuir riesgos y aumentar su rentabilidad. Adicionalmente, los gobiernos promueven no aumentar o establecer nuevos impuestos como estrategia de rentabilidad electoral.

7. Privatización de los derechos sociales: ante un mercado competitivo que busca maximizar réditos, disminuyen la prestaciones laborales vinculadas a los sistemas de pensiones, contratos colectivos, certeza jurídica laboral, servicios de salud pública, seguros de vida, salario, etc. Esto se soporta en toda una configuración jurídica que adopta el Estado. Se relaciona con la tendencia a privatizar los derechos sociales que se convierten en una mercancía que pueden contratar individualmente los trabajadores.

8. De los fondos de inversión: los fondos de inversión se convierten en una práctica económica de generación de riqueza que sustituye a los dueños convencionales de las unidades de negocio. A través de productos financieros se invierte en negocios que produzcan una potencial rentabilidad.

9. De la des-responsabilización del empresario: al diversificar los tipos de inversión y de propiedad de las empresas, se erosiona la presencia de un único dueño responsable de sus bienes o servicios frente a los consumidores. De la misma forma, se produce cierta desvinculación de los productores con el producto.

10. Del "Shareholder value": modelo de negocios que se sustenta en la generación de rendimientos netos para los inversionistas de manera más ágil y expedita a través de la adquisición de productos financieros.

11. De la externalización o subcontratación (outsourcing): proceso realizado por ciertas empresas que consiste en subcontratar una serie de servicios para que asuma la responsabilidad de parte de su actividad o producción. Estas empresas externas se encargan comúnmente del manejo de la contratación de la plantilla, sin que ello genere una relación directa del trabajador con la empresa principal.

12. Principio de competitividad individual: disposición de un individuo a buscar formas de diferenciación y reconocimiento individual a partir del contraste de capacidades y habilidades en un marco competitivo que tiende a reproducirse en cada esfera de la vida.

13. Principio de la cultura del riesgo: consiste en comprender el riesgo como una condición constante que no debe ser rehuida, sino aceptada. Adaptarse al riesgo es premisa para vencer en la competencia y poder tener éxito. Es una cualidad individual que refleja carácter y determinación.

14. Principio de adaptación como valor: principio que valora la capacidad de un individuo para adaptarse a las condiciones estructurales. Consiste en reconocer el contexto, aceptarlo y aprovechar cualquier oportunidad; de otra manera luchar contra corriente y oponerse le impediría aprovechar los recursos disponibles y por tanto, le restaría potencialidad.

15. Principio de diversidad en competencia: creencia que promueve la competencia por el desarrollo de ideas, prácticas e identidades diversas que nutren a la sociedad. Eliminar la competencia produciría estancamiento, uniformidad y dependencia al suprimir los estímulos de la diferenciación.

J. Austeridad:

En términos estatales y gubernamentales, la austeridad es un comportamiento ejemplar de aquellas naciones menos aventajadas económicamente y simboliza su sacrificio y renuncia a esquemas de bienestar presentes en aras de sostener su estabilidad económica global. En lo individual, principio que promueve evitar el dispendio con el propósito de acumular. Este principio se aplica fundamentalmente a aquellos que menos tienen, en donde todo derroche o lujo es visto como un exceso negativo y condenable.

Preferencias

J1. Principio de reducción de impuestos: principio que vincula toda carga impositiva como un gasto poco rentable. Promueve que cada quien deba procurarse su bienestar a partir de sus ingresos, por lo que el pago de menos impuestos permite que se decida individualmente sobre su uso.

K. Financiarización:

Criterio de actuación en la economía contemporánea vinculado a la generación de riqueza en escenarios de incertidumbre y al empleo de técnicas y disciplinas de análisis del mercado para lograrlo. Se sustenta en la especulación económica, altos rendimientos a inversionistas y nuevos productos financieros más agresivos en entornos competitivos. Se ha potenciado gracias a la digitalidad global.

12. De la protección a los grandes capitales: prácticas gubernamentales que consisten en la protección de ciertas empresas que, por su tamaño y relevancia en la economía, deben sostenerse para evitar un desplome que afecte económicamente al conjunto de habitantes, no sólo a los inversionistas.

13. De legislar a favor de la competencia: procesos de modificaciones jurídicas a distintas leyes y reglamentos orientados a producir un aumento de la rentabilidad económica. Estas reformas no solo versan sobre leyes vinculadas estrictamente a lo económico, sino que incluyen transversalmente cualquier legislación que pueda, directa o indirectamente, aumentar al competitividad.

14. De la disminución de políticas redistributivas: práctica que consiste en dejar de invertir en servicios y bienes públicos para privilegiar el mercado competitivo y mercantilizar este tipo de recursos. Toda intervención gubernamental para compensar a los menos aventajados en la distribución de beneficios sociales es vista como antinatural y por ello hay que evitarla. De esta forma, las ayudas sociales y los mecanismo de compensación económica son vistos con recelo. Se complementa con la idea de que cada uno debe abastecerse sus necesidades mínimas y responsabilizarse de su éxito o fracaso.

15. De la austeridad como práctica gubernamental: la austeridad es una condición que se impone estructuralmente a las naciones menos aventajadas y que se manifiesta en recortes al gasto (normalmente vinculado al gasto social) y reorientación de las prioridades de inversión estatal, enfocadas de nuevo al sostenimiento macroeconómico.



Preferencias

K1. Principio del capitalismo financiero: principio que replica en el individuo el comportamiento económico sustentado en el análisis financiero y la especulación en contextos competitivos adversos. En concurrencia con la digitalización, su capacidad global y su velocidad de gestión han permitido alcanzar nuevas cotas de rentabilidad que han alterado el funcionamiento convencional de la empresa y sus objetivos.

K2. Principio de financiarización del individuo: comportamiento del individuo, en tanto capital humano, que reproduce las dinámicas y prácticas específicas de la economía financiera.

Eje 4: Participación Política y Gobernanza

Prácticas asociadas

L. Gobernanza

Criterio de organización de la administración pública vinculado a una serie de prácticas que asumen los criterios de eficiencia y eficacia. Consiste en una reinterpretación de la administración empresarial y corporativa aplicada a las instituciones públicas y sus prácticas. Se asocia a la racionalidad instrumental convertida en tecnología de gobierno.

Preferencias

L1. Principio del Estado como promotor de la competencia: principio que sostiene que para asegurar el bienestar y el progreso es necesario que cada Estado establezca las bases de la competencia, la promueva y la asegure a través de los instrumentos a su alcance. Un Estado en el que no se compite es un Estado condenado a rezagarse.

L2. Principio de crecimiento económico como legitimidad: principio que expresa la prevalencia del crecimiento económico sobre el resto de los objetivos que persigue un Estado. Toda actividad y esfuerzo del gobierno debe concentrarse en asegurar el crecimiento económico. El resto de objetivos deben vincularse a este.


L3. Principio de infravaloración de lo colectivo: creencia manifiesta de que los bienes públicos pierden parte de su valor cuando están a disposición de cualquiera sin restricciones, pues carecen de exclusividad y se piensa que *“lo que es de todos no es de nadie”*.

1. Del status digital: los usuarios de plataformas digitales tienden a adoptar ciertos comportamientos o a reproducir ciertas acciones que puedan resultar bien valoradas por el entorno digital. El número de *likes*, seguidores, reproducciones o cualquier reacción positiva que generen, aumenta su visibilidad virtual y les otorga cierto reconocimiento que puede traducirse en una forma de ventaja competitiva.

2. De la personalización de la información: característica de la configuración de las plataformas digitales que generan una distribución de información y contenidos personalizados a partir de las prácticas digitales del usuario. De esta forma un sujeto accede a ciertos tipo de contenidos de acuerdo a sus preferencias y sesgos cognitivos.

3. De la identidad digital: construcción de un perfil biográfico que selecciona ciertos rasgos y oculta otros, según los valores dominantes, para visibilizar su imagen en las plataformas digitales. También incluye la creación de perfiles académicos y profesionales que buscan visibilizarse.

4. De la atracción digital de inversionistas: uso de las plataformas digitales como vitrina para la promoción de las capacidades y cualidades individuales con el objetivo de monetizarlas o atraer potenciales inversionistas a su capital humano.



L4. Principio de des-responsabilización de lo público: tendencia a concebir que el cuidado y mantenimiento de las infraestructuras, equipamientos o servicios públicos no son responsabilidad de los individuos, sino de la administración pública estatal. Se complementa de la idea de que lo que no cuesta, no se valora y que lo público no es de nadie.

L5. Principio de la gestión privada frente a la pública: creencia consolidada que sostiene que los bienes y servicios privados son superiores en calidad a los que se proveen públicamente. Se complementa con la idea de que lo que cuesta es mejor y privatizar es modernizar.

L6. Principio de no contribución a lo público: tendencia a sostener que quienes no usan ni necesitan servicios o bienes públicos, no tienen obligación de contribuir económicamente para sus sostenimiento. Solo quienes lo utilicen deben de pagar por ello.

L7. Principio de gobernanza corporativa: principio que pondera las habilidades de conducción eficaz, eficiente y austera de cualquier institución. Sostiene la premisa de que la gobernanza debe hacer más con menos, debe ser autosustentable y estandarizar procesos derivados de las mejores prácticas.

M. Mejores prácticas:

Criterio que asume una estrategia comparativa de los procesos y dinámicas exitosas que realizan diversas empresas a fin de replicarlas y adaptarlas a la administración pública. Su premisa es que existe una serie de comportamientos, acciones y procesos que se pueden trasladar a cualquier industria o sector, por pequeño o grande que sea, se deduce que también pueden ser asumidas por las instituciones públicas y el gobierno.

Preferencias

M1. Principio de delegación institucional: en una empresa o institución gubernamental, principio que valora positivamente el hecho de que se transfieran cargas y responsabilidades a pequeñas unidades de trabajo, porque simbolizan confianza en los equipos y en las personas que los integran, igual que contribuyen a la creatividad y a la posibilidad de diferenciarse del resto según su capacidad productiva.

M2. Principio de la empresa eficiente frente al Estado: creencia que sostiene la superioridad de la administración empresarial frente a las administraciones públicas. Se complementa con la idea de que si la eficiencia y la eficacia son criterios de la administración privada, el Estado debe administrarse como cualquier una empresa.

5. De la digitalidad como normatividad: las prácticas de interacción digital van generando una serie de conductas, valores y tendencias que se interiorizan en la subjetividad de los usuarios produciendo un sujeto con preferencias determinadas. Asume así una función normativa en la configuración de la identidad.

6. De la coacción a la transparencia: tendencia de los usuarios digitales a publicitar cada aspecto de su vida, desde sus prácticas cotidianas hasta sus creencias y pensamientos más íntimos. Se complementa con el recelo y la desconfianza a todo individuo o entidad que resista a transparentarse plenamente.


7. De la comunicación simbólica: tendencia a la construcción de un lenguaje universalizable soportado en símbolos y expresiones que refieren ideas, comportamientos y emociones. Constituyen una simplificación en la comunicación virtual que emplea signos que adquieren referencias similares sin importar la lengua materna del usuario.

8. De los influencers: sujeto que ejerce prácticas vinculadas al marketing y/o a la promoción comercial empleando su reputación *online* como instrumento de legitimidad para lograr influir en el consumo de las personas. Es un individuo convertido en un prescriptor digital de marcas, servicios o experiencias.

9. Del "selfbranding" (marca personal): práctica que conjunta la construcción del status *online* de un individuo con la potencialización de su propio capital humano, en función de generar una especie de autopromoción frente a un mercado competitivo y fragmentado.

10. De la mediación digital: desarrollo de procesos en donde los individuos pueden gestionar una gran cantidad de necesidades a través de la digitalidad; desde el consumo cultural hasta una gestión administrativa.

11. De la digitalización de bienes y servicios: proceso mediante el cual una gran cantidad de bienes y servicios se trasladan al espectro virtual, creando un mercado digital que concentra una amplia diversidad de oferta. Este proce-



M3. Principio del Estado como proveedor de servicios: Principio que propone una versión del Estado relegado a su funcionalidad como administración eficiente y a la conservación del mercado competitivo. Esto sostiene que si los servicios son ineficientes e improductivos es porque no asumen los principios del modelo exitoso de la empresa competitiva. Se complementa con la idea del ciudadano-cliente.

N. Economización política:

Criterio que pondera los principios económicos como modelo para la práctica política y construye referentes para la definición de sus propios objetivos. Se introduce a través del empleo de criterios de crecimiento económico y rentabilidad como premisa de legitimidad política que desplaza el ejercicio de gobierno a una función instrumental.

Preferencias

N1. Principio de gestión política: principio de la nueva gestión pública que promueve que se deben gestionar los problemas con criterios científicos antes que políticos. Se complementa con la idea de un gobierno de los expertos relacionado a la tecnocracia y promueve las ventajas de la gestión administrativa frente al gobierno convencional.

N2. Principio de consenso: principio que sostiene las ventajas de la toma de decisiones consensuadas y rechaza la problematización y la politización de los problemas públicos.

N3. Principio de la participación política digital: alternativa que propone que cada individuo pueda proponer, decidir y demandar políticas y servicios públicos a través de la digitalidad. Se complementa con la desconfianza en los cuerpos de intermediación.

N4. Principio del Estado mínimo: principio que sostiene que el Estado y su gobierno debe funcionar con una administración lo más reducida posible e intervenir solo lo estrictamente necesario en los negocios públicos.

N5: Principio de economización del Estado: principio que aplica la métrica económica en los procesos y tareas sustantivas de la administración gubernamental. Se asocia con un modo de gobernar para el mercado donde la soberanía y la ley se conviertan en soportes de la competencia.

N6. Principio de desideologización y pospolítica: tendencia a considerar que las ideologías políticas son poco útiles en comparación con el gobierno de los expertos. Es una idea que intenta situar a la política y a la ciencia en extremos opuestos. Se alienta la idea de que todos los partidos políticos son iguales, corruptos, ineficientes y poco representativos. Se complementa con la creencia

so afecta a los mercados análogos y reconfigura su modelo de negocios y la estructura de mercado.

12. De la jerarquía a la transversalidad: práctica relacionada con las grandes empresas e instituciones públicas y privadas que consiste en transferir funciones, atribuciones y responsabilidades a unidades más pequeñas en las cadenas de mando. Con ello se desplazan responsabilidades a personas o equipos que ahora son responsables de generar resultados.

13. Del centro a la periferia: proceso que consiste en *des-responsabilizar* a las estructuras jerárquicas a través de la delegación de responsabilidades del centro a la periferia (estructuralmente hablando). Esto permite que las estructuras jerárquicas disminuyan su responsabilidad directa en la rendición de cuentas.

14. Del Estado al mercado: práctica que consiste en que el Estado delegue al mercado la responsabilidad de proveer bienes y servicios que antes eran parte de sus atribuciones y responsabilidades.

15. De lo global a lo local: las regiones o las ciudades son responsabilizadas de atender y hacerse cargo del impacto de una gran cantidad de problemas que se producen en la dinámica global, generando una sensación permanente de impotencia e incapacidad material.

16. Del valor simbólico agregado: proceso de producción de mercancías y adopción de criterios que integran valores apreciados en la racionalidad contemporánea. Es la mercantilización de los deseos, las aspiraciones y las causas sociales actuales como valor agregado al producto o al servicio que se oferta. Es fundamentalmente una práctica de marketing que tiene por objetivo relacionar la esencia o el consumo de algunas mercancías con valores o principios que las conviertan en productos aspiracionales.

17. De los indicadores de gestión: práctica que consiste en utilizar indicadores propios de la métrica económica para medir criterios de eficiencia, competitividad o crecimiento en el ejercicio de un Gobierno. De esta forma

en la virtud del consenso y de que las luchas políticas son dañinas para el desarrollo del Estado.

N7. Principio de la aversión a la movilización y al activismo: principio que asigna un valor negativo a quienes participan activamente en movilizaciones políticas y exponen públicamente sus causas.

N8. Principio contra la representación política: desconfianza progresiva y sistemática a los representantes políticos en tanto cuerpos de intermediación. Se complementa con la idea de que cada quien puede representarse a sí mismo a través de los recursos tecnológicos.

N9. Principio contra la intermediación: ante las dinámicas interactivas digitales, el acceso a contenidos informativos y la posibilidad de realizar activismo digital, los cuerpos de intermediación tradicionales se perciben obsoletos y anacrónicos. Se complementa con la idea de que existe corrupción sistémica en ellos y que solo persiguen intereses propios o de grupo.

N10. Principio contra los políticos profesionales: visión generalizada sobre la incapacidad y la corrupción de los representantes políticos ante la crisis sistémica que priva en la sociedades contemporáneas. Se complementa con la noción de la cercanía e interacción digital que existe en las plataformas, que permite suponer que se puede prescindir de la representación y ejercerla en directo.

O. Economización de la vida:

Conducta que consiste en interpretar todo fenómeno social utilizando la métrica económica como criterio de valoración para la toma de decisiones. Esta conducta interpela toda relación social como una relación de mercado e inaugura un proceso de reconstrucción del conocimiento, la forma, el contenido y la conducta apropiada en relación a cada práctica.

Preferencias

O1. Principio de fragmentación del espacio público: proyecta incapacidad por parte del individuo para reconocer y asignar responsabilidades políticas a entidades y actores concretos, como consecuencia de un proceso de fragmentación y erosión del espacio público. Las dinámicas políticas actuales han complejizado el esquema de funcionamiento del gobierno y la administración, lo que provoca que sea poco probable discernir y comprender su estructuración.

O2. Principio de confianza en el progreso: principio que sostiene que la historia avanza continuamente hacia el perfeccionamiento y que evoluciona tecnológica, social y culturalmente. Se complementa en la idea de que cada generación futura tendrá mejor calidad de vida y mejores condiciones de desarrollo que en el presente.

se catalogan escatológicamente sus resultados para fines comparativos.

18. De las alianzas público-privadas: práctica relacionadas a la administración pública que, con el fin de aumentar

la rentabilidad, concesiona, subcontrata o se asocia con empresas privadas para el cumplimiento de sus objetivos institucionales, generando réditos económicos para la empresa en cuestión.

19. Del "Benchmarking" (comparativa de proyectos exitosos): práctica que consiste en comparar procesos y dinámicas exitosas que realizan otras empresas a fin de replicarlas y adaptarlas a la propia.

20. De la gestión "on demand": tendencia de los usuarios a exigir que se transfieran las características, la velocidad y la capacidad de gestión y respuesta que poseen las plataformas digitales bajo demanda a la actividad de la vida pública y el ejercicio de gobierno.

21. De la democracia procedimental: práctica que reduce el funcionamiento de la democracia y sus instituciones a sus elementos formales y procedimentales, en detrimento de la radicalización de esquemas de participación y en la politización de los ciudadanos y sus problemáticas.

22. Del Estado como competidor global: práctica relacionada con la geopolítica y la economía global en la que el Estado interviene como cualquier otro actor de mercado, haciendo valer su poder y su capacidad de influencia.

23. De la democracia de consenso: tendencia a evitar los extremos ideológicos o políticos para converger en el centro. Proceso en que los partidos políticos y el activismo pierden relevancia y se generan una serie de límites que sirven de marcos de actuación.

24. De la participación política al activismo social: tendencia manifiesta que promueve el activismo social en organizaciones de la sociedad civil o no gubernamentales en detrimento de la participación en partidos políticos, sindicatos o movimientos políticos radicales.



25. De la fragmentación y volatilidad

política: ante el descrédito de la política convencional, se refleja una pérdida sistemática de militantes en los partidos políticos, aumento en la alternancia electoral y una disminución de la fidelidad del electorado con una opción política determinada.

26. De la democracia online: nuevas prácticas de participación política a través de plataformas digitales que emergen como formas de democracia participativa y directa. Se implementan como sustituto o complemento de las formas de representación convencional, reduce los costes de participación, es accesible y requieren Prácticas asociadas menos compromiso. Se convierten en alternativas que ofrecen una sensación de participación directa y de respuesta inmediata.

27. De la posverdad y la posfacticidad: los sesgos cognitivos son afectados por la personalización de la información a través de la configuración de algoritmos especializados que muestran al usuario un tipo de información que le resulte más creíble. Esto, en concurrencia con el incremento de contenidos disponibles en las plataformas digitales, crea las denominadas cámaras de eco que contribuyen a crear realidades a la medida para cada usuario.

28. De la economización de la ley: Práctica que expresa el conjunto de modificaciones legales que han sufrido diversas legislaciones estatales para realizar el simple papel instrumental de permitir y sostener el mercado competitivo.

29. De la postsoberanía: práctica que consiste en trasladar -o perder- progresivamente un conjunto de atribuciones y competencias, a entidades supranacionales que no están sujetas a reglas democráticas.

30. Del capital económico al capital político: proceso en que las grandes empresas y los actores económicos más consolidados se convierten también en actores políticos cuya influencia afecta sensiblemente el devenir democrático. Se manifiesta de manera formal e informal, así como de manera directa o a través de consejos y organismos empresariales que participan en la toma de decisiones.

31. De la digitalización electoral: proceso relacionado con la incorporación de estrategias digitales en campañas políticas, uso de big data y algoritmos inteligentes y contenidos informativos que se distribuyen virtualmente. En concurrencia, el costo de estos servicios, sumados al despliegue de una campaña convencional, ha aumentado el costo real de una contienda electoral. Los esquemas de financiamientos electorales se han diversificado.

3. Recomendaciones metodológicas

3.1 Sobre el cuestionario

Se propone emplear una encuesta a través de un cuestionario en escala *Likert*, aunque se introducen, en menor medida, algunas preguntas de opción múltiple y otras que recaban información nominal y ordinal métrico para estadística. Es decir, el cuestionario reúne información de tipo estadística y cualitativa. Al decir cualitativa se refiere al tipo de encuestas que analiza la diversidad de las características de los miembros de una población (Jansen, 2012). Según Groves (2009) la encuesta constituye un método sistemático para la recopilación de información de una población objetivo con el fin de describir los atributos que estos revelan. La encuesta cualitativa trata principalmente de mostrar la diversidad, es en sí misma un estudio de la diversidad entre las características de la muestra.

Según Creswell (1998) y sus cinco tipos de investigación cualitativa, el presente cuestionario obedece a lo que denomina investigación con teoría fundamentada, esto quiere decir un modelo sofisticado de creación y delimitación de conceptos soportados en literatura académica y que permitan generar teorías explicativas de prácticas sociales.

Sobre la duración de la encuesta, diversos expertos (Galesic, 2006; Schoua-Glusberg, 2007) señalan que no debe ser más extenso de las 80-100 preguntas, o que su implementación no exceda lo relativo a 20 minutos de duración. En esta herramienta se propone que ambos cuestionarios estén conectados de tal forma que se perciba como un solo instrumento. El cuestionario de prácticas digitales deberá contener entre 30-40 preguntas, mientras que el de preferencias

neoliberales será de entre 60 y 80 preguntas aproximadamente¹²⁹.

3.2 Sobre el método de administración y el tipo de encuesta

Este cuestionario está diseñado para ser administrado de manera digital a través de una *Encuesta Web*. En la literatura sobre la metodología de este tipo de encuestas suele denominárseles de distintas formas: encuestas *online*, encuestas por Internet, encuestas electrónicas, encuestas digitales, e-encuestas o el acrónimo CAWI (*Computer-assisted web interviewing*). En general se refieren al tipo de encuestas que se administran a través de cuestionarios informáticos, auto-administrados, que se encuentran en servidores web de internet y a los cuales se accede a través de navegadores especializados (Callegaro M, et al. 2015: 4-5).

Este tipo de encuesta Web tiene las características de ser 1) autoadministradas, en el sentido de que no requieren encuestador que guíe su aplicación; 2) informatizadas, en referencia a que adoptan las ventajas de la digitalidad; 3) interactiva, puesto que se crea una relación activa y dinámica entre el sujeto y la herramienta¹³⁰. A pesar de estas ventajas, es preciso señalar que también tiene ciertas limitaciones prácticas, entre ellas la complejidad de delimitación en la muestra, la imposibilidad de obtener información concluyente sobre

¹²⁹ Este documento contiene las propuestas base de dichos cuestionarios con un número determinado de preguntas sugeridas. Sin embargo, estas pueden variar y seleccionarse de acuerdo al interés del investigador.

¹³⁰ Sobre estas características se expone con mayor detalle en el trabajo denominado “Cuaderno Metodológico de Internet como administración de encuestas” (2019) de Vidal Díaz, Juan Antonio Domínguez y Sara Pasadas del Amo, publicado por el Centro de Investigaciones Sociales (CIS)

causalidades directas o el abandono de la encuesta a la mitad de su desarrollo. Sobre ello se advertirá en su momento.

Se recomienda utilizar un *software* profesional que permita la programación y gestión de las encuestas Web (por ejemplo, *SurveyMonkey*, *e-encuesta.com* o *questionpro.com*), así como el tratamiento de los resultados de forma sistemática. También se debe procurar que tenga la herramienta de seguimiento individualizado y sobre todo asegurar la *Usabilidad* (sencilla, explícita y cómoda) y el *Diseño Web Adaptativo*, donde la encuesta se adapte automáticamente a la pantalla del dispositivo en donde se visualiza.

También se recomienda que el alojamiento de la encuesta se realice en un servidor propio y no en los de las plataformas comerciales (por ejemplo *LimeSurvey*). Esto para tener mejor control sobre los parámetros. Los parámetros son datos generados automáticamente en el proceso por el cual se recopilan los datos de la encuesta (cita cuaderno) y permite identificar, clasificar y modular la información que se recoge puesto que muestra ciertas variables como el instante exacto que se realizó la encuesta, desde qué dispositivo digital se llevó a cabo, qué características tiene dicho dispositivo, tiempo de respuesta, saltos de preguntas y abandonos, zona geográfica desde donde se responde, etc. Estas variables se almacenan en un fichero denominado *Fichero Log* que permite realizar una correcta trazabilidad de la información y es invisible para el sujeto encuestado.

3.3 Sobre el universo de la muestra

Se recomienda que se utilice una muestra a población objetivo. Es decir, para

aumentar la representación y fiabilidad de la herramienta, se propone su administración a poblaciones cuya muestra ha sido seleccionada a partir de ciertos criterios de uniformidad mínimos y se puedan generar listados para invitación directa. Por ejemplo, grupos de universitarios, profesionistas, miembros de alguna asociación, comunidades virtuales delimitadas, etc. Lo anterior con el propósito de contrarrestar las limitaciones convencionales de las encuestas online relacionadas a que el universo de aplicación está constreñido por las personas que usan internet. Es por ello necesario que se tenga esto en cuenta al momento de diseñar la muestra objetivo.

En este caso específico, no afecta esta limitación en la medida de que la muestra objetivo de este estudio debe ser un sujeto que de suyo utilice la digitalidad de forma cotidiana. Por ello el segmento al que se dirige debe contar con accesibilidad a la Web. El otro problema es la delimitación de la muestra, puesto que se corre el riesgo que, al difundirla por plataformas digitales abiertas, pueda ser contestada por una población ampliamente heterogénea como para producir información fiable. En este caso, al seleccionarla y delimitarla con antelación, se puede salvar este cuestionamiento.

Una vez seleccionado el universo de muestra, se propone desarrollar un muestreo probabilístico aleatorio sobre dicho marco, para asegurar la correcta representatividad. Posteriormente, se recomienda contactar a la muestra de manera personalizada (*e mail*, *WhatsApp*, mensaje de texto) para aumentar el margen de participación, además de procurar su correcta delimitación y representatividad. Existe para ello una serie de instrumentos especializados en envíos masivos (*mailings*), como *acumbamail.es*, *mailchimp.com*, o *sendinblue.com*, que tienden a facilitar el contacto y evitar errores en la entrega. También es necesario establecer un control de acceso al cuestionario a través de una clave y

contraseña que se proporciona al usuario. Esto evita errores de duplicidad en la aplicación y genera seguridad y privacidad en la información.

4. Cuestionarios

Se ha decidido utilizar el cuestionario como instrumento de recogida de datos en función de su utilidad como proceso estructurado que opera a través de preguntas concretas y dirigidas. Permite replicabilidad y delimita concretamente los objetivos de la información que se busca a través de las preguntas. En este sentido, se debe garantizar que el cuestionario tenga validez y fiabilidad. La validez expresa la capacidad material que tiene el instrumento cualitativo para medir con claridad el concepto que se quiere evaluar. La fiabilidad, por su parte, implica la condición de replicabilidad del instrumento y su pertinencia a través del tiempo (García F, et al. 2006). Esta herramienta consta de dos cuestionarios que se deben administrar a un mismo individuo

4.1 Cuestionario 1: intensidad en prácticas digitales

El objetivo principal de este cuestionario es conocer, diagnosticar y clasificar claramente a los sujetos muestra a través de una escala concreta de intensidad en la adopción de prácticas digitales. Cuando se habla de intensidad, para este propósito, se refiere al grado y la frecuencia con que cada sujeto se desempeña en las diversas plataformas digitales y gestiona a través de ella una serie de necesidades cotidianas. Adicionalmente, se preguntan referencias generales de tipo ordinal y nominal métrico para contextualizar y relacionar mejor el status de cada participante.



Cuestionario 1:

Intensidad en prácticas digitales

Preguntas estadísticas ordinales:

1. Edad:
2. Sexo: ☐ Mujer ☐ Hombre ☐ Otro
(en caso que no te identifiques binariamente)
3. Grado máximo de estudios:
☐ Básica ☐ Bachillerato ☐ Licenciatura ☐ Posgrado
4. Lugar de residencia:

V1: Preguntas sobre dispositivos y accesibilidad

P1. A continuación, por favor indique con cuál de los siguientes dispositivos cuenta usted:

P1.1 Smartphone (teléfono inteligente)

Sí ☐ No ☐

P1.2 Computadora personal (lap top)

Sí ☐ No ☐

P1.3 Computadora en casa (de escritorio)

Sí ☐ No ☐

P1.4 Otro (Tablet, I pad, Kindle, etc.)

Sí ☐ No ☐

P2. ¿Cuentas con internet en casa?

Sí ☐ No ☐

P3. ¿Cuentas con internet en tu teléfono móvil?

Sí ☐ No ☐

V2: Preguntas sobre hábitos digitales

P4. Sobre Redes Sociales:

¿Con qué frecuencia utiliza las siguientes plataformas digitales

Tipo de plataforma



P4.1 WhatsApp

1

2

3

4

5

☐

Nunca

Poco

Alguna vez

Frecuentemente

Siempre

No soy Usuario



P4.2 Messenger

1

2

3

4

5

☐

Nunca

Poco

Alguna vez

Frecuentemente

Siempre

No soy Usuario



P4.3 Telegram

1

2

3

4

5

☐

Nunca

Poco

Alguna vez

Frecuentemente

Siempre

No soy Usuario



P4.4 Facebook

1

2

3

4

5

☐

Nunca

Poco

Alguna vez

Frecuentemente

Siempre

No soy Usuario



P4.5 Twitter

1

2

3

4

5

☐

Nunca

Poco

Alguna vez

Frecuentemente

Siempre

No soy Usuario



P4.6 Instagram

1

2

3

4

5

☐

Nunca

Poco

Alguna vez

Frecuentemente

Siempre

No soy Usuario



P4.7 Tik Tok

1

2

3

4

5

☐

Nunca

Poco


Alguna vez

Frecuentemente

Siempre


No soy Usuario



 **P4.8 Pinterest**


1 2 3 4 5 ☐

Nunca Poco Alguna vez Frecuentemente Siempre No soy Usuario

 **P4.9 LinkedIn**

1 2 3 4 5 ☐


Nunca Poco Alguna vez Frecuentemente Siempre No soy Usuario

 **P4.10 Snapchat**

1 2 3 4 5 ☐


Nunca Poco Alguna vez Frecuentemente Siempre No soy Usuario

P5. Sobre plataformas *on demand*
¿Con qué frecuencia utiliza las siguientes plataformas *on demand*?

 **P5.1 Spotify**


1 2 3 4 5 ☐

Nunca Poco Alguna vez Frecuentemente Siempre No soy Usuario

 **P5.2 Netflix**


1 2 3 4 5 ☐

Nunca Poco Alguna vez Frecuentemente Siempre No soy Usuario

 **P5.3 YouTube**

1 2 3 4 5 ☐

Nunca Poco Alguna vez Frecuentemente Siempre No soy Usuario







 **P5.4 Amazon Prime**

1 2 3 4 5 ☐

Nunca Poco Alguna vez Frecuentemente Siempre No soy Usuario



P6. Plataformas especializadas
¿Con qué frecuencia utiliza las siguientes aplicaciones o plataformas?

	P6.1 Booking	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input checked="" type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>
		1	2	3	4	5		
		Nunca	Poco	Alguna vez	Frecuentemente	Siempre	No soy Usuario	
	P6.2 Zoom	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input checked="" type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>
		1	2	3	4	5		
		Nunca	Poco	Alguna vez	Frecuentemente	Siempre	No soy Usuario	
	P6.3 Drive	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input checked="" type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>
		1	2	3	4	5		
		Nunca	Poco	Alguna vez	Frecuentemente	Siempre	No soy Usuario	
	P6.4 Amazon	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input checked="" type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>
		1	2	3	4	5		
		Nunca	Poco	Alguna vez	Frecuentemente	Siempre	No soy Usuario	
	P6.5 Uber	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input checked="" type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>
		1	2	3	4	5		
		Nunca	Poco	Alguna vez	Frecuentemente	Siempre	No soy Usuario	
	P6.6 Uber eats	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input checked="" type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>
		1	2	3	4	5		
		Nunca	Poco	Alguna vez	Frecuentemente	Siempre	No soy Usuario	
	P6.7 Rappi	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input checked="" type="radio"/>	<input type="radio"/>	<input type="radio"/>
		1	2	3	4	5		
		Nunca	Poco	Alguna vez	Frecuentemente	Siempre	No soy Usuario	

V3: Sobre gestión y prácticas digitales

P7. Valore qué tanto y con qué frecuencia utiliza plataformas digitales para las siguientes cuestiones cotidianas del 1 al 5, siendo 1 “no lo hago nunca” y 5 “lo hago siempre”:

P7.1 Reservar un restaurante

1	2	3	4	5	<input type="radio"/>
Nunca	Poco	Alguna vez	Frecuentemente	Siempre	No soy Usuario

P7.2 Comprar en línea

1	2	3	4	5	<input type="radio"/>
Nunca	Poco	Alguna vez	Frecuentemente	Siempre	No soy Usuario

P7.3 Reservar un hotel o un vuelo

1	2	3	4	5	<input type="radio"/>
Nunca	Poco	Alguna vez	Frecuentemente	Siempre	No soy Usuario

P7.4 Realizar tramites administrativos o gubernamentales

1	2	3	4	5	<input type="radio"/>
Nunca	Poco	Alguna vez	Frecuentemente	Siempre	No soy Usuario

P7.5 Reportar desperfectos o fallas en servicios públicos

1	2	3	4	5	<input type="radio"/>
Nunca	Poco	Alguna vez	Frecuentemente	Siempre	No soy Usuario

P7.6 Para entretenimiento y ocio (películas, juegos virtuales, etc.)

1	2	3	4	5	<input type="radio"/>
Nunca	Poco	Alguna vez	Frecuentemente	Siempre	No soy Usuario

P7.7 Ver noticias e informarme

1	2	3	4	5	<input type="radio"/>
Nunca	Poco	Alguna vez	Frecuentemente	Siempre	No soy Usuario



P7.8 Relacionarme con amigos y familiares

1 2 3 4 5

Nunca Poco Alguna vez Frecuentemente Siempre

☐ No soy Usuario

P7.9 Compartir información importante

1 2 3 4 5

Nunca Poco Alguna vez Frecuentemente Siempre

☐ No soy Usuario

P7.10 Aprender nuevas habilidades (cursos o talleres online)

1 2 3 4 5

Nunca Poco Alguna vez Frecuentemente Siempre

☐ No soy Usuario

P7.11 Realizar operaciones bancarias

1 2 3 4 5

Nunca Poco Alguna vez Frecuentemente Siempre

☐ No soy Usuario

P7.12 Utilizar mapas y ubicaciones

1 2 3 4 5

Nunca Poco Alguna vez Frecuentemente Siempre

☐ No soy Usuario

P7.13 Leer libros o documentos en formato digital

1 2 3 4 5

Nunca Poco Alguna vez Frecuentemente Siempre

☐ No soy Usuario

P7.14 Trabajar fuera de la oficina o centro de mi centro laboral

1 2 3 4 5

Nunca Poco Alguna vez Frecuentemente Siempre

☐ No soy Usuario

A partir de las 3 variables expuestas y los 39 indicadores, se crean 3 tipos distintos de perfiles de acuerdo a su frecuencia e intensidad en las prácticas digitales:

Perfil Bajo (0 al 1.8) / *Perfil Medio* (1.9 al 3.7) / *Perfil Alto* (3.8 al 5)

4.2 Cuestionario 2: adopción de los criterios rectores de la racionalidad neoliberal

Este cuestionario está vinculado a la *Matriz* de criterios, preferencias y prácticas de la racionalidad neoliberal anteriormente expuesta e intenta conocer el grado de adopción en interiorización de una serie de criterios y preferencias vinculadas a la racionalidad neoliberal. Se desarrolla en el mismo orden de ideas que la *Matriz*, es decir, 4 variables o dimensiones que corresponden a cada uno de los ejes temáticos; 14 indicadores principales que se relacionan a los criterios rectores que se han expuesto en la investigación y 62 indicadores extendidos que corresponden tanto a preferencias como a prácticas vinculadas. En total se proponen 85 ítems base que pueden ampliarse o reducirse en función del universo objetivo de la muestra y sus particularidades. Cada ítem está relacionado a uno o varios indicadores que aparecen en la *Matriz* y se señalará su vinculación de acuerdo a la letra y el número correspondiente con el cual fue etiquetado. Finalmente, su ponderación permitirá reconocer 3 tipos de perfil de usuario de acuerdo a su grado de interiorización de criterios neoliberales:

Perfil Bajo (0 al 1.8) / *Perfil Medio* (1.9 al 3.7) / *Perfil Alto* (3.8 al 5)

Cuestionario 2:

Adopción de los criterios rectores de la racionalidad neoliberal.

V1: Capital Humano

Instrucción

En los siguientes enunciados se realizan afirmaciones relacionadas a la importancia de desarrollar nuestro propio capital humano, de la necesidad de invertir en nosotros mismos, de las distintas formas de empleo y del emprendimiento, así como de las oportunidades que nos brindan las plataformas digitales para aumentar nuestra capacidad de éxito.

V1.1 Responsabilización

¿Qué tan de acuerdo estas con la siguiente frase, considerando que 1 es nada de acuerdo y 5 muy de acuerdo?

P1. Cada quien es el único responsable de su éxito o su fracaso de acuerdo a las acciones o decisiones que toma día con día.

(A1, A2, F4)



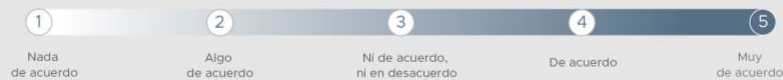
P2. ¡Querer es poder! Si uno se lo propone, puede vencer cualquier adversidad.

(A2, A4, D2)



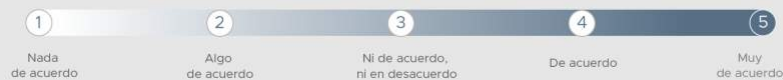
P3. Tener una buena actitud, aceptar las circunstancias y adaptarse para salir adelante es la mejor forma de afrontar los problemas.

(A3, A5)



P4. Las personas exitosas lo son porque tienen mayor talento y se esfuerzan más que el resto

(A2, F4)





P5. En la sociedad actual, cada vez se puede confiar en menos personas. (D3)

1 2 3 4 5

Nada de acuerdo Algo de acuerdo Ni de acuerdo, ni en desacuerdo De acuerdo Muy de acuerdo

P6. Cuando uno trabaja en equipo se reciben mayores ganancias que cuando se trabaja individualmente (C2, D3 inverso)

1 2 3 4 5

Nada de acuerdo Algo de acuerdo Ni de acuerdo, ni en desacuerdo De acuerdo Muy de acuerdo

V1.2 Autoinversión

P7. No hay mejor inversión que en uno mismo. Cada aprendizaje y cada habilidad que se adquiere es una forma de sobresalir frente a los demás. (B2, A5)

1 2 3 4 5

Nada de acuerdo Algo de acuerdo Ni de acuerdo, ni en desacuerdo De acuerdo Muy de acuerdo

P8. Las cosas que haces, los lugares que frecuentas y los productos que utilizas dicen mucho de ti; por ello es importante que proyecten tu verdadera identidad. (B1, consumo como identidad)

1 2 3 4 5

Nada de acuerdo Algo de acuerdo Ni de acuerdo, ni en desacuerdo De acuerdo Muy de acuerdo

P9. Es muy importante invertir en productos y experiencias que nos aporten algo porque ello servirá para aumentar nuestro valor y reconocimiento como individuos. (B2)

1 2 3 4 5

Nada de acuerdo Algo de acuerdo Ni de acuerdo, ni en desacuerdo De acuerdo Muy de acuerdo

V1.3 Empleabilidad

P10. Conformarse con un trabajo asalariado es mediocre y cómodo (C3, C1)

1 2 3 4 5

Nada de acuerdo Algo de acuerdo Ni de acuerdo, ni en desacuerdo De acuerdo Muy de acuerdo



P11. Tiene mucho más mérito atreverse a emprender que ser un simple empleado.

(C3, I1)



P12. Un trabajo es mejor si se tiene libertad de decisión y la flexibilidad de horarios aunque no se tenga un sueldo fijo.

(C1, C2)



P13. Un trabajo es mejor si se tienen prestaciones sociales y sueldo garantizado aunque se tenga un horario rígido y poca libertad creativa.

(C1, I1 inverso)



P14. El trabajo en equipo y la toma de decisiones colectivas produce mejores resultados en el ambiente laboral que los esquemas tradicionales.

(C2, C1)



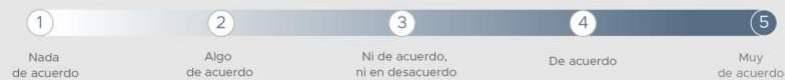
P15. El Estado y su Gobierno no producen riqueza, sino que son las empresas las únicas responsable de ello.

(D1, I2)



P16. Para que existan más y mejores empleos, se deben generar apoyos fiscales y facilidades institucionales a las empresas.

(D1, H2, G5)





P17. Las empresas deben pagar más impuestos para distribuir sus beneficios entre la sociedad.

(D1) Inverso



P18. Un buen trabajador debe hacer sacrificios para que su empresa genere mayores rendimientos aunque no se traduzca en un mejor sueldo de forma automática

(D1, D2)



V1.5 Exposición digital

P19. Los perfiles en Redes Sociales ayudan a conocer mejor a las personas y expresan mejor su identidad.

(E1, E4)



P20. Las personas que tienen influencia y visibilidad en Redes Sociales (influencers) suelen ser personas exitosas que sirven de ejemplo a los demás.

(E1)



P21. Las personas suelen mentir en sus redes sociales para obtener mayor aceptación y reconocimiento.

(E1 inversa)



P22. Las persona que tienen muchos seguidores y comentarios positivos en su perfil de Redes Sociales es porque son un ejemplo a seguir.

(E1)





P23. Si se quiere obtener mayor visibilidad y reconocimiento social, las Redes Sociales son la mejor opción para proyectarse. (E1, E4)

1 2 3 4 5

Nada de acuerdo Algo de acuerdo Ni de acuerdo, ni en desacuerdo De acuerdo Muy de acuerdo

P24. Las Plataformas Digitales son una excelente oportunidad de mostrar nuestro perfil y capacidades con el objetivo de buscar alternativas de negocio y de empleos futuros. (E4, K2)

1 2 3 4 5

Nada de acuerdo Algo de acuerdo Ni de acuerdo, ni en desacuerdo De acuerdo Muy de acuerdo

P25. La transparencia debe ser absoluta y total, tanto para las instituciones como para las personas. Cualquier resistencia a la transparencia es porque algo se esconde. (E5)

1 2 3 4 5

Nada de acuerdo Algo de acuerdo Ni de acuerdo, ni en desacuerdo De acuerdo Muy de acuerdo

V2: Meritocracia

Explicación

En los siguientes enunciados se realizan afirmaciones relacionadas al mérito individual, el esfuerzo, el talento y la igualdad de oportunidades.

¿Qué tan de acuerdo estas con la siguiente frase, considerando que 1 es nada de acuerdo y 5 muy de acuerdo?

P1. El talento y el esfuerzo individual determinan absolutamente el éxito de una persona. (F4)

1 2 3 4 5

Nada de acuerdo Algo de acuerdo Ni de acuerdo, ni en desacuerdo De acuerdo Muy de acuerdo



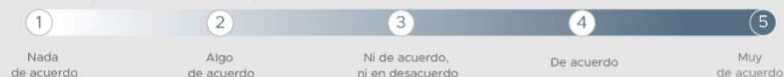
P2. Una persona que fracasa y/o es pobre, suele serlo por que no tiene el talento suficiente o no se esfuerza demasiado.

(F1)



P3. El sistema jurídico asegura la igualdad de derechos porque todos somos iguales ante la ley.

(F2)



P4. La justicia consiste en que cada uno reciba lo que se merece de acuerdo a su esfuerzo.

(F1, F6)



P5. La justicia consiste en que todos reciban parte de los beneficios de la sociedad sin importar su mérito individual.

(F1, F4 inversa)



P6. Si uno se esfuerza lo suficiente, se puede conseguir cualquier cosa.

(F5, F6)



P7. Para lograr la igualdad es suficiente que todas las personas tengan las mismas oportunidades.

(F3, F6)



P8. Para lograr la igualdad entre personas, el Estado debe distribuir la riqueza a través de más impuestos a quienes más tienen.

(F3 inversa, F4 inversa)



V3: Competencia

V3.1 Competencia

P1. El mercado es capaz de regularse solo. Toda intervención del Estado perjudica, a corto o mediano plazo, el desarrollo económico de un pueblo.

(G1, N4)



P2. Para vencer y sobresalir en un mundo competitivo es necesario ser más astuto y sacar ventajas de las debilidades del otro.

(G4)



P3. Cuando existe competencia entre empresas, los más beneficiados son los consumidores.

(G2, G4)



P4. Todo ciudadano debe tener el derecho de adquirir cualquier producto o servicio disponible en el mercado siempre y cuando tenga el dinero suficiente para adquirirlo.

(G1, G4)



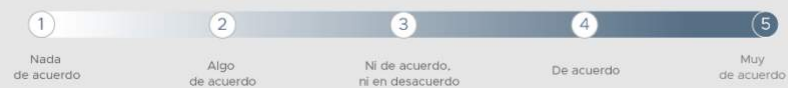
P5. Entre más competencia exista entre productos, mayor será su calidad y será más barato.

(G3)



P6. La competencia permite que los mejores sean quienes salgan adelante y se desarrollen para que la sociedad pueda progresar.

(G5)





P7. Si no se reconoce el esfuerzo y el talento de los individuos mediante la competencia, no existirán incentivos para generar aportes que permitan el progreso social. Es decir, sin reconocimiento y competencia no hay progreso.

(G5, G4)



P8. El libre mercado y la igualdad de oportunidades permite que cualquier ser humano pueda mejorar su situación social y económica.

(G6, G2)



P9. Las personas que reciben ayudas económicas del Estado son una carga para aquellos ciudadanos que sí pagan impuestos y producen riqueza.

(G7)



P10. La competencia es siempre injusta porque las personas no tienen las mismas oportunidades.

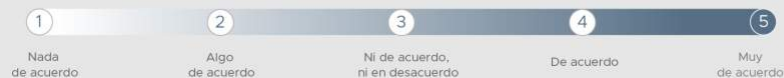
(G2 Inverso,
G4 Inverso)



V3.2 Rentabilidad

P11. Siempre y en toda actividad, se debe buscar obtener el máximo beneficio como retribución al esfuerzo realizado.

(H1)





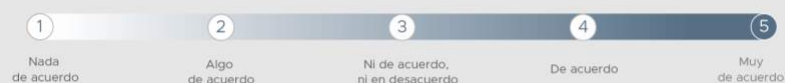
P12. Existen acciones que deben realizarse sin fines de lucro, aunque estas representen una inversión personal de esfuerzo y tiempo.

(H1 inversa, H2 inversa)



P13. Siempre hay que tratar de que cada relación social y cada actividad que se realiza pueda aportarte algo de valor.

(H1, B2)



P14. Si un país produce riqueza y crece económicamente, sus habitantes obtendrán mejor calidad de vida automáticamente.

(H3)



V3.3 Emprendimiento

P15. Cada uno somos una empresa de nosotros mismos; por lo tanto debemos invertir en nosotros, desarrollar habilidades y ser eficientes a fin de ser más competitivos que el resto.

(I1, I2, G4)



P16. Asumir riesgos es una cualidad de los ganadores. El que no arriesga, no gana.

(I3)





P17. Siempre es mejor ser prudente al hacer un negocio o tomar una decisión. Hay que evitar los riesgos.

(I3 inverso)



P18. Es más inteligente saber adaptarse a las circunstancias en lugar de intentar cambiarlas. Hay que aceptar el mundo como es.

(I4, A3)



P19. Atreverse a ser diferentes y diversos es un valor que enriquece nuestra sociedad.

(I5)



V3.4 Austeridad

P20. El ocio, la cultura y las actividades recreativas deben realizarse siempre y cuando primero se garanticen las necesidades básicas.

(I2)



P21. En lugar de pagar tantos impuestos, las personas deberían tener el poder de decidir si utilizan ese dinero en satisfacer sus necesidades básicas, en lugar de esperar a que lo haga el Estado.

(I1)



V4: Participación Política y Gobernanza

Introducción

En los siguientes enunciados se realizan afirmaciones relacionadas a la política, a la administración pública, a la función del Estado y del gobierno, a los partidos políticos y los procesos electorales y a la participación política y las organizaciones sociales.

V4.1 Economización

¿Qué tan de acuerdo estas con la siguiente frase, considerando que 1 es nada de acuerdo y 5 muy de acuerdo?

P1. Entre más descubrimientos y avances científicos se logren, se asegurará también el progreso humanidad. (O2)



P2. Yo pude disfrutar de una mejor calidad de vida que la que tuvieron mis padres y mis hijos probablemente tendrán mejores oportunidades que yo. (O2, F5)

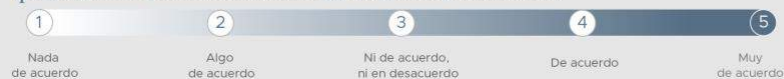


V4.2 Gobernanza

P3. Es responsabilidad del gobierno asegurar que exista la libre competencia entre empresas y el libre mercado para que la economía crezca. (I.1)



P4. El crecimiento económico es responsabilidad del Estado. Un Estado que no crece económicamente es un Estado fracasado. (I.2, L1)





P5. Las plazas, los parques, los jardines y demás espacios públicos deben ser cuidados y mantenidos exclusivamente por el gobierno. Es su responsabilidad.

(L3, L4)



P6. Cuando de escuelas, hospitales, carreteras o espacios deportivos se trata, los servicios privados son mejores que los públicos. Lo que cuesta se valora más.

(L3, L5)



P7. La administración privada es mucho más eficiente que la administración pública.

(L5, L3)



P8. Hablando de infraestructura pública (escuelas, hospitales, carreteras, espacios deportivos), es injusto que yo deba pagar con mis impuestos por servicios que no necesito. Sería más justo que solo el que la necesitara, contribuyera con su mantenimiento.

(L6, I1)



P9. La administración pública debe ser administrada como cualquier otra empresa: con austeridad, eficiencia y eficacia.

(L7, L5)



P10. El gobierno debería promover más discusiones sobre principios morales y éticos para que los ciudadanos puedan reflexionar cómo vivir en comunidad.

(M3 inverso,
N4 inverso)





V4.3 Mejores Prácticas

P11. El Estado debe limitarse a ser un buen administrador y brindar servicios de calidad para los ciudadanos.

(M3, N4)



V4.4 Economización Política

P12. Los problemas políticos y sociales deben ser resueltos por expertos y técnicos que utilicen criterios científicos antes que por políticos.

(N10, N6)



P13. La politización de los asuntos públicos crea problemas y enfrentamientos. Siempre es preferible que se llegue a consensos entre los políticos.

(N2, N6)



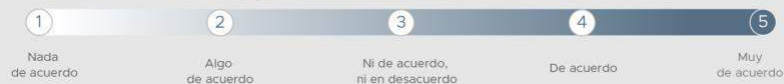
P14. A través de las plataformas digitales podemos participar y exigir nuestras demandas de manera directa a las instituciones, sin necesidad de ir a manifestarnos y molestar al resto de la gente.

(N3, N7)



P15. El Gobierno (Estado) debe intervenir lo menos posible en la economía y la forma de vida de la sociedad. Debe dedicarse solo a administrar, brindar servicios y garantizar la seguridad.

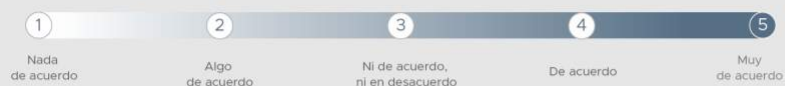
(N4, N5)





P16. Las ideologías políticas afectan negativamente el funcionamiento de la administración pública. Las decisiones deben ser tomadas por técnicos y expertos profesionales.

(N6, N5)



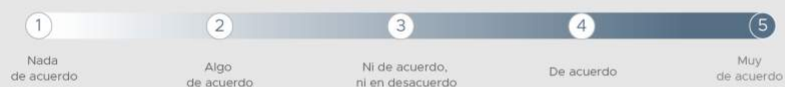
P17. Las protestas y manifestaciones sociales generan más problemas y malestar de los que intentan resolver.

(N7, N6)



P18. Los representantes políticos (diputados, senadores, regidores) no representan adecuadamente los intereses de la ciudadanía, sino solo los suyos y los de su partido.

(N8, N9, N10)



P19. Siempre será preferible que cada quien ejerza su opinión y sus demandas de manera directa, puesto que los cuerpos intermedios (sindicatos, asociaciones, colectivos) suelen ser corruptos y poco representativos.

(N9)



P20. La tecnología y la digitalidad pueden ser una herramienta útil para evitar que nos representen políticos corruptos e ineficaces.

(N8, N10)



P21. Los programas y ayudas sociales deben otorgarse siempre y cuando el beneficiario se comprometa a realizar cierto esfuerzo para compensarlos.

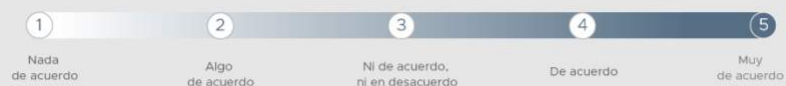
(L4, G7)





P22. Los programas y ayudas sociales son un mecanismo útil para compensar la desigualdad de los que menos tienen.

(L4, L6, G7
inverso)



P23. Es muy importante votar para lograr transformaciones en nuestra sociedad.

(N5 inversa,
N6 inversa)



P24. No importa por quién se vote, al final todos los partidos son lo mismo.

(N5, N6)



P25. La política es una actividad corrupta que solo beneficia a unos cuantos.

(N8, N10)



P26. La ley protege mucho mejor a los ricos que a los pobres. Si se tiene poder, se puede lograr que la ley los beneficie.

(P2 inverso, N5)

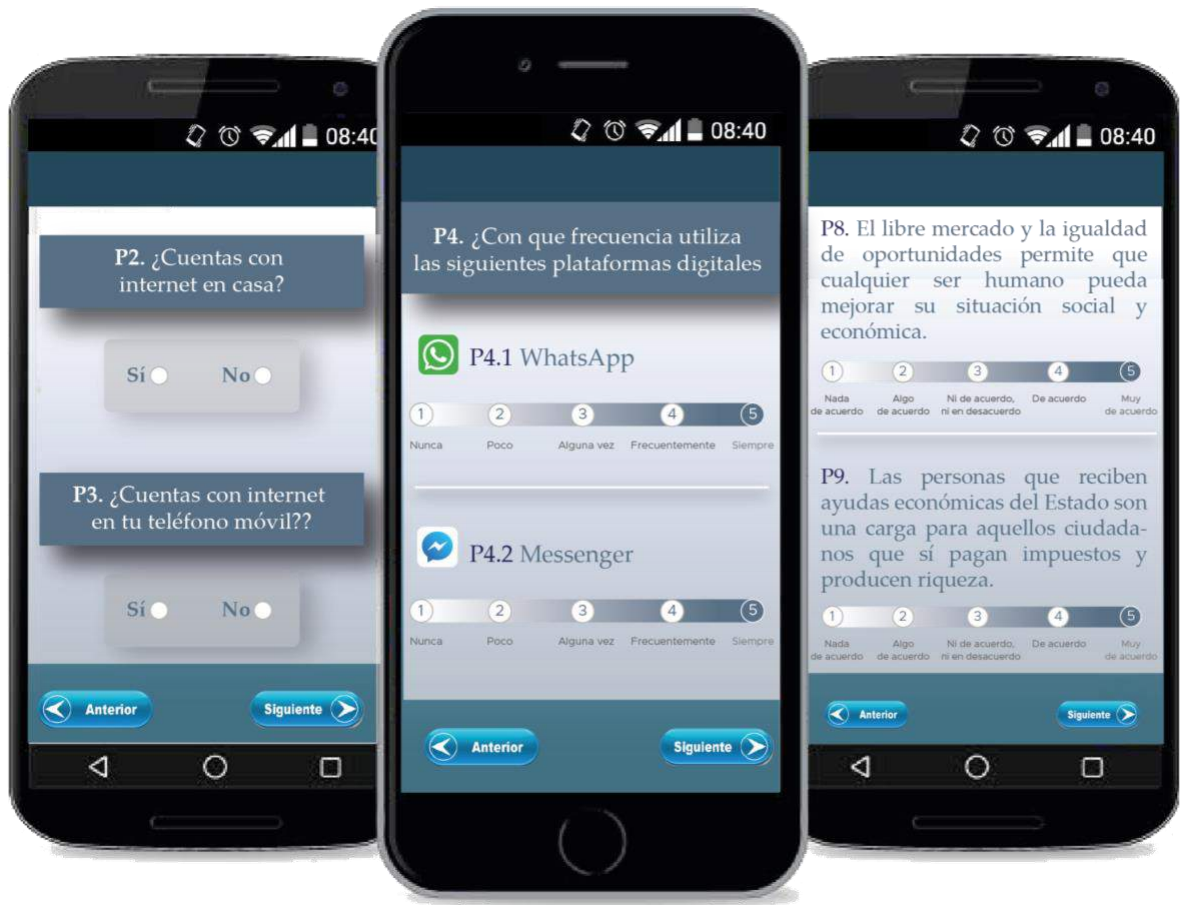


P27. Cuando los trabajadores se organizan en sindicatos para exigir sus derechos colectivamente, siempre logran mayores beneficios.

(N9 inverso,
N7 inverso)



Figura 2. Imagen ilustrativa de la aplicación de una encuesta online



Fuente: Elaboración propia